
Håkan
Nesser
La noche más
oscura
DESTINO
Serie Inspector Barbarotti

Índice

Portada
Sinopsis
Portadilla
I. Diciembre
- Capítulo 1
- Capítulo 2
- Capítulo 3
- Capítulo 4
- Capítulo 5
- Capítulo 6
- Capítulo 7
- Capítulo 8
- Capítulo 9
- Capítulo 10
- Capítulo 11
- Capítulo 12
- Capítulo 13
- Capítulo 14
- Capítulo 15
- Capítulo 16
- Capítulo 17
- Capítulo 18
- Capítulo 19
- Capítulo 20
- Capítulo 21

II. Enero
- Capítulo 22
- Capítulo 23
- Capítulo 24

III. Agosto
- Capítulo 25

Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
IV. Noviembre
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
V. Diciembre
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Notas
Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:

Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Unos días antes de Navidad, la familia Hermansson al completo se reúne para celebrar los sesenta y cinco años de Karl-Erik, un padre encomiable y maestro jubilado, y los cuarenta de Ebba, su hija favorita. Unas horas después, se producen dos desapariciones inexplicables: primero, Robert, la oveja negra de la familia; al día siguiente Henrik, el hijo mayor de Ebba, quien desaparece en medio de la noche sin dejar rastro. Gunnar Barbarotti, un inspector de origen italo-sueco que trabaja en la policía de Kymlinge y que se preparaba para la odiosa perspectiva de una Navidad con su exmujer y sus ex suegros, se hará cargo del caso. Las investigaciones, sin embargo, parecen no avanzar. ¿Existe una conexión entre los dos casos? Obsesionado con encontrar la verdad, hará falta tiempo, perseverancia y la ayuda del destino para que las investigaciones tomen una dirección precisa y dé con el culpable antes de que el caso quede enterrado por el olvido.

LA NOCHE MÁS OSCURA

Serie Inspector Barbarotti I

Håkan Nesser

Traducción de Martin Lexell y Mónica Corral Frías

Ediciones Destino

La ciudad de Kymlinge no existe en la realidad y la editorial Albert Bonniers Förlag nunca ha publicado un poemario titulado *El ejemplo del frutero*. Por lo demás, el contenido de este libro se corresponde en todo lo esencial con el conocido estado de las cosas.

I
Diciembre

Capítulo 1

Cuando Rosemarie Wunderlich Hermansson se despertó el domingo 18 de diciembre faltaban unos minutos para las seis y tenía una imagen muy nítida en la cabeza.

Desde una puerta miraba hacia un jardín desconocido. Era verano o principios del otoño. Contemplaba, sobre todo, a dos regordetes pajarillos de color amarillo verdoso; se habían posado en un cable telefónico a unos diez o quince metros de ella, y a cada uno le salía del pico un bocadillo de tebeo.

«Tienes que quitarte la vida», ponía en uno de ellos.

«Tienes que quitarle la vida a Karl-Erik», rezaba el otro.

Los mensajes iban dirigidos a ella. Era ella, Rosemarie Wunderlich Hermansson, la que debía quitarse la vida. Y matar a Karl-Erik. No cabía la menor duda al respecto.

Karl-Erik era su marido, y no fue hasta que pasaron unos segundos cuando se percató de que los dos absurdos postulados debían de tener su origen en algo que había soñado; pero se trataba de un sueño que se había desvanecido enseguida dejando tras de sí nada más que a esos dos extraños pájaros sentados en el cable. Muy raro todo.

Durante un instante permaneció quieta, tumbada sobre su costado derecho con la mirada fija en la oscuridad que la rodeaba, en busca de un amanecer ficticio que, con toda probabilidad, no había sobrepasado todavía los Urales, mientras escuchaba las respiraciones inalterablemente tranquilas de Karl-Erik. Entonces se dio cuenta de que, en efecto, así era. Los pájaros desplegaron sus alas y salieron volando, pero sus afirmaciones quedaron suspendidas en el aire, imposibles de malinterpretar.

Ella o Karl-Erik. Así era. Había una «o» entre los bocadillos, no una «y». Una afirmación excluía la otra, y daba la sensación de que era una necesidad imperiosa que eligiese una de las dos alternativas. Madre mía, pensó, sacó las piernas de la cama y se sentó. ¿Cómo habían llegado a esto? Como si esta familia no tuviese ya bastante.

Pero cuando enderezó la espalda y sintió el familiar dolor matinal hacia la tercera o cuarta vértebra, poco a poco se le fueron colando también los pensamientos cotidianos. Un bálsamo consolador, aunque bastante aburrido para el alma. Lo recibió con una especie de perezoso agradecimiento, se metió las manos en las axilas y, con pasos silenciosos, fue al cuarto de baño. Estás tan vulnerable por la mañana, pensó. Tan desnuda y desamparada. Una profesora de manualidades de sesenta y tres años no mata a su marido, eso es impensable.

Cierto que también daba clases de alemán, pero eso no cambiaba gran cosa las premisas. De

ninguna manera lo hacía más aceptable. ¿Cómo diablos podría marcar alguna diferencia la asignatura de alemán o la de manualidades a ese respecto?

Así que parecía que lo que le tocaba era acortar su propio recorrido por este valle de lágrimas, pensó Rosemarie Wunderlich Hermansson antes de encender la luz y ponerse a contemplar su cara en el espejo. Notó que alguien le había pegado una sonrisa.

¿Por qué estoy sonriendo?, pensó. ¿Qué motivo tengo yo para sonreír? No me he sentido peor en mi vida, y dentro de media hora se despertará Karl-Erik. ¿Qué era lo que había dicho el director del instituto? *El profundo timbre metálico que...* ¿cómo continuaba?... *¿que había dado a las nuevas generaciones la caja de resonancia de su desarrollo moral e intelectual?* ¿De dónde demonios había sacado eso? Menudo imbécil. *Curso tras curso, generación tras generación, durante cuarenta años. Una roca de la pedagogía*.

Sí, Foca Bergson, de hecho, había llamado «roca de la pedagogía» a Karl-Erik. ¿Se detectaba ahí una pizca de ironía quizá?

Probablemente, no, pensó Rosemarie mientras se introducía el cepillo de dientes eléctrico hasta el fondo de la mejilla derecha. Vera Ragnebjörk, su única compañera de la languideciente asignatura de lengua alemana en el instituto Kymlingevik, solía afirmar que, en Foca Bergson, la dimensión irónica brillaba por su ausencia, de ahí que no se pudiera hablar con él como con una persona normal, y que era sin duda gracias a esa singular carencia que había conseguido mantenerse en el cargo de director durante más de treinta años.

Foca Bergson solo tenía un año menos que Karl-Erik, pero pesaba al menos cuarenta kilos más, y hasta ese triste día, hacía ya casi ocho años, en el que Berit falleció tras caerse desde un telesilla en Kitzbühl y romperse el cuello, habían tenido bastante trato. Los cuatro. Por el bridge y cosas así. Algún que otro viaje a Estocolmo para ir al teatro. Una semana desastrosa en Creta. Rosemarie pensó que echaba un poco de menos a Berit, pero no a Foca Bergson. O sea, tratar con él.

¿Por qué estoy aquí malgastando mis valiosos minutos matutinos pensando en ese don nadie monodimensional?, se preguntó. ¿Por qué no intento pasar un cuarto de hora leyendo tranquilamente el periódico? Creo que estoy a punto de perder el control.

Pero ni con el periódico y una taza de café le vinieron a la mente pensamientos agradables. No se le ocurrió nada positivo. Al alzar la vista hacia el reloj de la pared de la cocina —comprado por capricho en IKEA por cuarenta y nueve coronas y cincuenta céntimos allá por el otoño de 1979, y al parecer indestructible—, este marcaba las seis y veinte, lo que significaba que tendrían que pasar al menos diecisiete horas antes de que se le concediera de nuevo la gracia divina de poder meterse entre las sábanas y olvidarse de otro día más de penas. Y dormir, dormir.

Ese día era domingo, y también su segundo día como feliz jubilada, «el último cambio vital de importancia antes de la muerte», como algún alma caritativa había comentado, y se decía a sí

misma que, de haber tenido un arma cerca, se habría dejado guiar por aquella idea matutina. Pegarse un tiro en la cabeza antes de que a Karl-Erik le diera tiempo a entrar en la cocina con su pijama a rayas, hinchar el pecho y anunciar que había pasado toda la noche durmiendo como un bebé. Y, si luego resultaba que esas historias sobre las experiencias cercanas a la muerte que había leído eran verdad, podría ser muy interesante quedarse suspendida cerca del techo, observando su cara al encontrarla de bruces sobre la mesa, la cabeza en medio de un gran charco de sangre caliente.

Aunque eso tampoco se hace. Menos aún cuando no tienes un arma en condiciones y has de pensar también en los nietos. Tomó un trago de café y, tras quemarse la punta de la lengua, se le encendió la parte del cerebro que regía la vida cotidiana. ¿Qué había en su agenda este segundo día después de que su vida profesional se hubiera acabado?

Limpiar y recoger toda la casa. Así de sencillo. Los hijos y los nietos llegarían mañana, y el martes era el gran día.

El día que debería haber sido el Día, con D mayúscula, pero que de alguna misteriosa manera se había encogido y convertido en una especie de pomposo anti-evento por culpa de Robert. Ni más ni menos. Durante todo el otoño, habían hablado de invitar a unas cien o ciento veinte personas; las únicas limitaciones las marcaba el aforo del restaurante Svea, pero Karl-Erik había tratado el asunto con el *maître* Brundin al menos una docena de veces, y la asistencia de ciento y pico personas no supondría ningún problema.

No habría supuesto ningún problema. El escándalo de Robert tuvo lugar el 12 de noviembre. Entonces los salones del restaurante ya llevaban tiempo reservados, pero no había sido demasiado tarde para cancelar la reserva. Habían enviado unas setenta invitaciones, y habían recibido una veintena de respuestas afirmativas, pero la gente se mostraba muy comprensiva al explicarles que, debido a unas determinadas circunstancias sin especificar, habían decidido reducir la celebración a una fiesta con el núcleo familiar.

Muy comprensivos todos. El programa había tenido una audiencia de casi dos millones de personas, y los que no lo habían visto se habían dejado informar por los tabloides al día siguiente.

ROBERT EL PAJILLERO. El titular había marcado el corazón maternal de Rosemarie como la huella que deja el hierro candente en una vieja vaca sarnosa, y sabía que, para siempre, mientras siguiera viva, nunca podría pensar en Robert sin añadir ese horrible epíteto. Había decidido no leer nunca más *Aftonbladet* ni *Expressen*, ni ningún otro tabloide, una promesa que hasta el momento no había incumplido, ni había estado tentada de hacerlo.

Una fiesta con el núcleo familiar, por tanto. En el instituto ocurrió más de lo mismo. Allí también se había bajado el discreto telón de la misericordia. De modo que cuando el matrimonio Hermansson, tras un total de sesenta y seis años de servicio, «se retiró del sangriento campo de

batalla de la pedagogía», como algún iluminado —aunque difícilmente Foca Bergson— lo había formulado, las celebraciones se limitaron a una prolongación de la reunión del claustro en la que se sirvió tarta y se hizo entrega del mencionado número de rosas rojas, así como de un juego de tazas de cobre martillado para tomar vino caliente. Rosemarie, nada más abrir el paquete, se preguntó si Elonsson no habría obligado a sus desastrosos alumnos de octavo a hacerlas en la clase de manualidades con metal bajo la amenaza de suspenso general. Elonsson, a diferencia de Foca Bergson, tenía un generoso sentido de la ironía de la vida.

Sesenta y cinco más cuarenta. Esa era la segunda de las grandes sumas de ese mes de diciembre, y el resultado era ciento cinco. Rosemarie sabía que a Karl-Erik le mortificaba que no salieran cien años justos, pero ese tipo de datos no se podían alterar. A decir verdad, su marido no alteraba nunca un dato. Rosemarie hizo un par de estiramientos dubitativos sin levantarse de la silla mientras pensaba en aquella noche hacía cuarenta años, cuando había conseguido frenar dos contracciones para que pasara de la medianoche. La felicidad de Karl-Erik por ese detalle, aunque intentase disimularlo, resultó más que obvia. Y no era para menos: así, su hija primogénita llegaba al mundo el mismo día de su vigésimo quinto cumpleaños. Siempre había existido un vínculo inmensamente fuerte entre Ebba y su padre, y Rosemarie sabía que se había establecido ya en ese momento: en la maternidad del hospital de Örebro a las doce y cuarto de la madrugada del 20 de diciembre de 1965. La matrona se llamaba Geraldine Tulpin, un nombre que no era fácil de olvidar, eso tampoco.

En la familia, la celebración navideña siempre había pecado de un cierto sesgo. Rosemarie nunca había manifestado que así fuera, al menos no con esa palabra, pero no cabía duda de que era sesgo de lo que se trataba. Las personas normales, creyentes o no, consideraban el 24 de diciembre el eje en torno al cual giraba la oscuridad invernal, pero en el seno de la familia Wunderlich Hermansson, el 20 era igual de importante, o más. El cumpleaños de Karl-Erik y Ebba. El día siguiente era el día más corto del año, el corazón de las tinieblas, y de alguna extraña manera Karl-Erik —sin alterar ningún dato, aunque ahí estuvo muy cerca— había conseguido crear una especie de trinidad. Su cumpleaños, el de Ebba, y el regreso de la luz a la Tierra.

Ebba siempre había sido la niña de sus ojos, su niña mimada; era en ella en la que había depositado todas sus esperanzas. Ni siquiera se había molestado en disimularlo: algunos niños poseen más quilates que otros, así funciona el crisol genético de la biología, había explicado en una ocasión en la que, por muy raro que pueda parecer, se había echado un coñac de más al coleto. Nos guste o no. Y a juzgar por los acontecimientos, pensó Rosemarie con pena y crudeza —mientras se servía otro café, fiable piedra angular en su poco entusiasta proceso del despertar —, todo parecía apuntar a que había apostado por el caballo ganador.

Ebba era una roca. Robert siempre había sido la oveja negra de la familia, y ahora se había convertido en alguien innombrable; un hecho que quizá resultaba menos sorprendente de lo que se quería reconocer. ¿Kristina? Bueno, de Kristina se podía decir que era como era. El niño le

había aportado un poco de estabilidad, de ahí que los últimos años los hubiera navegado en aguas más tranquilas que los anteriores, pero Karl-Erik seguía insistiendo en que aún era pronto para cantar victoria, muy pronto.

Pero ¿alguna vez has cantado victoria, mi querido príncipe de madera?, pensaba Rosemarie cada vez que lo decía, y ahora, sentada en su oscura cocina, volvió a pensarlo.

En ese instante, Karl-Erik entró en la cocina de marras.

—Buenos días —dijo—. Es raro. Pese a todo, he dormido como un bebé.

—A mí me parece un poco desesperado —respondió ella.

—¿El qué? —quiso saber Karl-Erik Hermansson mientras encendía el hervidor eléctrico—. ¿Dónde has puesto mi té nuevo?

—En la segunda balda —contestó Rosemarie—. Pues vender la casa y mudarnos a España, ¿qué va a ser, si no? Me resulta..., bueno, algo desesperado, como he dicho. No, a la izquierda.

Karl-Erik trasteaba con latas y tazas.

—An-da-lu-cí-a —articuló con sólidos fonemas castellanos—. Sé que tienes recelos ahora, pero un día me lo vas a agradecer.

—Lo dudo —repuso ella—. Lo dudo de los pies a la cabeza. Tienes que recortarte los pelos de la nariz.

—Rosemarie —dijo Karl-Erik mientras hinchaba el pecho—. Aquí ya no puedo mirar a la gente a los ojos. Un hombre debe ser capaz de andar por la calle con la espalda erguida y la cabeza alta.

—Y ser capaz de inclinarse también —replicó ella—. Esto pasará. La gente olvida y las cosas volverán a tener unas proporcio...

Karl-Erik la interrumpió al dejar su nueva lata de té en la encimera con un buen golpe.

—Creo que ya hemos hablado lo suficiente de ese asunto. Lundgren ha prometido preparar todos los papeles para firmar el miércoles. Estoy harto de esta ciudad. Basta. [1] Lo único que nos mantiene en este sitio son la dejadez y la cobardía.

—Llevamos treinta y ocho años viviendo aquí —dijo Rosemarie.

—Más que suficiente —repuso Karl-Erik—. ¿Ya te has tomado dos tazas de café? Acuérdate de lo que te he dicho.

—Irnos a vivir a un lugar que no tiene ni nombre... Por lo menos podría llamarse de alguna manera, ¿no?

—Lo tendrá en cuanto las autoridades españolas se decidan. ¿Qué problema hay con Estepona?

—Estepona está a siete kilómetros. El mar a cuatro.

Karl-Erik no contestó. Echó agua hirviendo a sus saludables hojas de té verde y sacó el pan de semillas de girasol de la panera. Rosemarie suspiró. Llevaban veinticinco años discutiendo por los hábitos de desayuno de ella; por la venta de la casa y el traslado a España, veinticinco días. Aunque *discusión* no era en realidad la palabra correcta, pensó Rosemarie. Karl-Erik había

tomado su decisión y luego había utilizado su bien engrasado sentido democrático para convencerla. Como siempre. Nunca se rendía. Estaba dispuesto a hablar y hablar sobre cualquier asunto que considerara importante hasta que ella tiraba la toalla de puro hastío y agotamiento. Típica estrategia filibustera. Podía tratarse de la compra de un coche. O de las carísimas librerías que él encargó hacer a medida para la «biblioteca», como le gustaba llamar al cuarto de trabajo que compartían, y donde él pasaba cuarenta horas a la semana y ella cuatro. O de irse de vacaciones a Islandia, a Bielorrusia o a la región del Ruhr; claro, ser director del departamento de ciencias sociales y geografía conllevaba cierta responsabilidad.

Y él había pagado la señal de esa casa entre Estepona y Fuengirola sin consultárselo. Había iniciado las negociaciones de la venta del chalé en Kymlinge con el señor Lundgren del banco sin antes iniciar las negociaciones democráticas en el ámbito doméstico. Eso no lo podía negar, y tampoco se esforzó en hacerlo.

Aunque quizá debería estarle agradecida. Porque podría haber sido Lahti o Wuppertal. He convivido con este hombre durante toda mi vida adulta, pensó de repente. Creí que con el tiempo algo maduraría entre nosotros, pero no ha sido así. Las cosas estaban enmohecidas desde el principio, y por cada año que pasaba, más moho las cubría.

¿Y por qué era tan rematadamente dependiente de su marido que tenía que echarle la culpa de haber desperdiciado su vida? ¿Acaso no era esa una señal definitiva de debilidad?

—¿En qué piensas? —preguntó Karl-Erik.

—En nada —respondió ella.

—Dentro de seis meses ya nos habremos olvidado de todo esto —aseguró él.

—¿De qué? ¿De nuestras vidas? ¿De nuestros hijos?

—No digas tonterías. Sabes perfectamente a lo que me refiero.

—No, no lo sé. Y, por cierto, ¿no sería mejor que Ebba y Leif se alojaran en el hotel? Al fin y al cabo, son cuatro adultos, apenas vamos a caber todos.

Karl-Erik clavó los ojos en ella como si fuera una alumna que llevaba tres clases consecutivas sin entregar un trabajo. Rosemarie sabía que había sacado el tema solo para fastidiar. Bien era cierto que Ebba y Leif y sus dos hijos adolescentes ocupaban más espacio del que en realidad tenían, pero Ebba era Ebba, y Karl-Erik antes vendería su última corbata que alojar a su hija predilecta en otro sitio que no fuera la casa y la habitación en las que se había criado. En especial tratándose de la última vez, la última vez que se juntarían allí.

A Rosemarie se le formó un nudo en la garganta, así que se acabó de un trago el tibio café. ¿Y Robert? Bueno, al pobre Robert había que ocultarlo de los ojos del mundo de la mejor manera posible; no podían dejarlo deambular por los pasillos del hotel, donde cualquiera podría quedarse mirándolo con estupor y mofarse de él. Robert el Pajillero de *Fucking Island*. La última vez que habló con él, hacía dos días, había sonado al borde de las lágrimas.

Por tanto, decidieron que fueran Kristina, Jakob y el pequeño Kelvin los que se alojaran en el hotel. ¿Cómo podían llamar Kelvin al pobre crío? Pero si es una unidad de temperatura, el cero

absoluto, les había informado Karl-Erik a los recién estrenados padres, pero no sirvió de nada. Por lo demás, Rosemarie estaba bastante segura de que, para Kristina y Jakob, que les hubiera tocado el hotel era un golpe de suerte. El estado de ánimo que Kristina provocaba en su madre desde que se hizo mayor y se marchó de casa era un sentimiento tricéfalo de culpa, inferioridad y fracaso. Y durante un instante breve pero de gran clarividencia fue consciente de que el único de entre sus tres hijos por el que realmente se preocupaba y sentía cariño era Robert. ¿Se debía a que era un chico? ¿Era así de sencillo?

Aunque quizá tendría lugar una especie de apertura en la relación con Kristina, tarde o temprano; al menos en lo que se refería a ella, claro, dudaba que fuera a cambiar nada respecto a Karl-Erik. Y es que su padre siempre había sido el objetivo principal de su obstinencia. ¿Existía esa palabra? *¿Obstinencia?* De todos modos, había sido así desde el primer día de la pubertad, pero la roca pedagógica había perseverado, sólida, pétrea, durante una infinitud de discusiones y disputas y peleas, dando muestras de las características propias de ese tipo de acumulación de minerales íntegros: permanecer en su sitio, firme, y no ceder jamás ni un milímetro.

Estoy siendo injusta con mi marido, pensó, pero es que estoy tan condenadamente harta que me entran ganas de vomitarle encima.

Mientras la hora se acercaba a las noticias de las siete en la radio, Karl-Erik presentaba una serie de argumentos de peso, irrefutables, a favor de alojar a la familia de Ebba en casa, y Rosemarie se sorprendió a sí misma pensando que le gustaría acercarse a él, agarrarle la lengua y cortársela.

Su labor pedagógica había concluido, así que ya había llegado el momento.

Y de nuevo, de un modo automático, apareció el pensamiento de que estaba siendo injusta con él.

—Vale, vale —cedió ella—. No tiene importancia.

—Muy bien —dijo él—. Entonces estamos de acuerdo. Eso sí, debemos intentar tratar a Robert como siempre. No quiero que mencionemos aquello. Yo hablaré con él cara a cara, los dos solos, eso será suficiente. ¿A qué hora dijo que llegaba?

—Por la tarde. Viene en coche. No ha concretado más.

Karl-Erik Hermansson asintió reflexivo con la cabeza, antes de abrir la boca de par en par y cargarla con una cucharada colmada de yogur natural con muesli integral, orgánico puro y con treinta y dos minerales añadidos, incluido el selenio.

Rosemarie se puso a pasar la aspiradora en la planta de arriba y Karl-Erik, con espíritu de solidaridad doméstica, cogió la lista de la compra y el coche y se marchó al nuevo hipermercado Coop en la zona industrial de Billundsberg con el objetivo de adquirir quinientos kilos de provisiones para el cumpleaños, así como un árbol de Navidad. Mientras Rosemarie tiraba de la anticuada Volta, comprada en Hermanos Eriksson – Máquinas Eléctricas para el Hogar a finales

del invierno de 1983, y a todas luces indestructible, reflexionó sobre cuántas decisiones importantes había podido tomar durante sus sesenta y tres años de vida.

¿Haberse casado con Karl-Erik Roca Pedagógica? Pues no. Se habían conocido ya en el instituto Karolinska (ella, una tímida alumna de primero, y él, un elegante, trajeado y formal estudiante de tercero), y él había desgastado su resistencia de la misma manera en que la fue desgastando durante el resto de su vida juntos. Cuando él le pidió la mano, su primer «no» se atenuó a través de un segundo «quizá, pero esperemos al menos hasta graduarnos», hasta un tercer «vale, de acuerdo, pero antes tenemos que buscar una casa». Se casaron en 1963; Rosemarie se graduó en la rama de formación textil de la escuela de educación doméstica en junio de 1965, y seis meses después nació Ebba. Eso tampoco fue resultado de ninguna decisión tomada por ella.

Optó por la carrera de profesora de manualidades porque su mejor (y única) amiga, Bodil Rönn, ya se había decidido a estudiarla. Se graduaron juntas. Bodil consiguió una plaza fija muy al norte, en Boden, en un colegio ubicado a menos de quinientos metros de la casa de los padres de su novio, Sune; y hasta donde Rosemarie sabía, allí seguían aún. Habían intercambiado cartas y llamadas durante unos quince años, pero la última tarjeta de felicitación navideña le había llegado hacía unos siete u ocho.

Cero decisiones importantes hasta ese momento, pensó mientras empujaba la monstruosa Volta por el recibidor para ponerse con los cuartos de invitados. O las viejas habitaciones de los niños, o como quiera uno llamarlas. El dormitorio de Ebba, el de Robert y el cuartucho de Kristina, no mucho más grande que un trastero, y es que nunca había entrado en sus planes tener más de dos niños —especialmente después de haber conseguido uno de cada sexo en solo dos intentos—, pero las cosas salieron así. La vida tenía sus propios derroteros, y no siempre seguía el plan previsto. Kristina nació en 1974, diez meses después de que Rosemarie dejara la píldora por consejo de su ginecólogo, y si bien el desastroso viaje a Grecia con la familia Bergson no había reportado ningún recuerdo alegre, al menos les había dado una hija no planificada. A Karl-Erik se le había olvidado comprar condones y no se había retirado a tiempo. Así que las cosas salieron como salieron, simplemente, mierdas que pasan en este, el mejor de los mundos, igual que en todos los demás. Pero ¿qué era ese lenguaje en el que sus pensamientos se vestían esa fría y húmeda mañana de diciembre? Sabe Dios, cielo santo, que algo le pasaba, eso estaba claro. ¿Qué tiempo hacía? Mejor pensar en algo neutral. Aún no se les había concedido ni un solo milímetro de nieve en ese extremo occidental del país, y cuando miró por la ventana le dio la impresión de que incluso la propia luz diurna se había rendido y había tirado la toalla. El aire parecía unas gachas de avena.

No fue hasta que enrolló la larga alfombra del pasillo y empezó a pasar la aspiradora sin boquilla por los listones del suelo que se acordó de una decisión que había tomado y que fue determinante en su vida. Anda, sí, es verdad.

Se llamaba Göran. Llevaba sandalias sin calcetines y sustituyó al orientador estudiantil durante un semestre de otoño. Sucedió en su tercer año en el colegio, cinco años después de tener a Kristina, y no le entraba en la cabeza que una madre de treinta y seis años con tres niños fuera lo que quería ese barbudo encantador, por lo que había dicho que no. Y sin duda ese «no» constituía la decisión más importante de su vida. Rechazar a un libidinoso orientador ancho de hombros y recién divorciado. Ocurrió durante un cursillo de formación que se hizo a bordo de un ferry a Finlandia. La roca pedagógica había enfermado, por tercera vez en toda su existencia (sin contar la hernia umbilical congénita), y el orientador se había pasado la mitad de la noche en su camarote intentando seducirla. Rogando de rodillas. Invitándola a cócteles «pata de lobo» del *duty free*. Pero nones. Invitándola a licor de moras boreales. Pero nones.

Rosemarie se preguntó qué habría sido de él. Recordaba los dedos bronceados de sus pies, con interesantes pelusillas encima, y la verdad es que había sido una oportunidad para cambiar de vida; pero había dejado que se le escapara de las manos. ¿Total? ¿Qué más daba? Solo un hombre se había abierto camino en su, ahora y para siempre, seca y cerrada vagina. Pero bueno, también es cierto que, por lo que ella sabía, el pito de Karl-Erik tampoco se había extraviado durante cuarenta y dos años. Antes de casarse, confesó que había mantenido relaciones con una chica que se llamaba Katarina durante una fiesta de Santa Lucía cuando estaba en segundo en el instituto, pero no era su tipo, un hecho que quedó recalcado cuando la chica, a principios de los años ochenta, disfrutó de una breve notoriedad como secuestradora de rehenes durante un atraco a un banco de Säffle. Sea cual sea el motivo por el que, de entre todos los pueblos de mala muerte del mundo, se elige Säffle para atracar bancos.

En cualquier caso, el número de decisiones importantes que había tomado en su vida alcanzaba el enojoso cómputo total de uno. Rosemarie decidió que ya estaba bien de pasar la aspiradora y se preguntó si había motivos que respaldaran la optimista idea de que era lo bastante fuerte para tomar la decisión importante número dos. La casa estaba a nombre de los dos, eso lo sabía. Sin su firma, el miércoles la operación se iría a pique. La pareja que quería comprar se apellidaba Singlöv y vivía en Rimminge; de ellos solo estaba al tanto de que el marido era electricista y de que tenían dos niños.

Pero el hecho de que Karl-Erik y ella ya hubieran ingresado cien mil coronas no reembolsables de fianza para la casa de dos habitaciones en España era algo que no podía cambiar. La Costa Senil, ¿no era así como llamaban a la región? Durante un doloroso segundo un nuevo titular revoloteó en su ojo interior: ¡LOS PADRES DE ROBERT EL PAJILLERO HUYEN A LA COSTA SENIL!

Si no estuviera tan resignada..., pensó ella mientras volvía a encender la cafetera eléctrica. Si no me resultara todo tan terriblemente carente de sentido... ¿Dónde voy a encontrar las fuerzas para seguir?

Últimos días y muerte de una profesora de manualidades, pensó un minuto más tarde cuando

se dejó caer en la silla frente a la mesa de la cocina con la tercera taza de café del día. En su humilde opinión, no sonaba mal como título de una novela o de una obra de teatro, pero verse en medio de la trama no era nada envidiable, la verdad.

¡Uf!, surgió a modo de protesta desde alguna circunvolución de su cerebro aún sin enderezar, no es muy propio de mí regodearme en tantas desgracias. ¿Es posible que me haya dado una pequeña apoplejía esta mañana? Ojalá fumara, entonces al menos podría permitirme el lujo de fumarme un cigarrillo.

Pero bueno, ¿qué les pasa a mis pensamientos hoy?, se dijo Rosemarie Wunderlich Hermansson. No eran más que las diez de la mañana. Todavía quedaba un día entero antes de que pudiera volver a la cama, y mañana hijos y nietos empezarían a llegar como... eso, ¿como qué?

¿Soldados llamados a filas para una guerra cancelada?

Vida, ¿dónde está tu punzada?

Capítulo 2

Kristoffer Grundt estaba tumbado en la cama luchando contra un extraño deseo.

Quería saltarse los próximos cuatro días de su vida.

Quizá no se trataba de un deseo particularmente extraño para otras personas, no lo sabía, pero a él era la primera vez que le pasaba. Tenía catorce años, y se le ocurrió que tal vez fuese una señal de que estaba haciéndose mayor.

La dificultad de aguantar.

Era bien cierto que solía agobiarse por todo tipo de cosas. Un examen de matemáticas. Clase de educación física en la piscina. Acabar solo en un rincón perdido del colegio con Oscar Sommerlath y Kenny Lythén de 9.º C.

Pero, sobre todo, lo más difícil de aguantar de todo: la mirada de su madre atravesándolo y poniendo en evidencia lo poco resistente que era la pasta de la que estaba hecho.

No era la misma pasta que la de su hermano Henrik. Ni de lejos; algo había salido mal con Kristoffer. Tenían los mismos genes, los mismos padres, las mismas oportunidades; no, el fallo no se debía a factores hereditarios ni ambientales, se debía única y exclusivamente a ese pequeño detalle que era él mismo. Kristoffer Tobias Grundt y sus agallas. No, error, Kristoffer Tobias Grundt y su ausencia de agallas. El agujero que había en medio de su alma donde la gente normal tenía el carácter.

Era justo así. Así de mal estaban las cosas cuando las examinabas de cerca.

Pero ¿saltarse cuatro días? Acortar deliberadamente la vida noventa y seis horas. ¿No era eso un insulto a la... a toda la idea de vivir?

Eran las 09.30. Y era domingo. Si fuera jueves, sería el 22 y faltarían solo dos días para Nochebuena. Si es que lograba llegar a ese momento, prometía detenerse entonces para enviar de vuelta un mensaje de gratitud; pensar de forma retrospectiva y recordarse a sí mismo que el tiempo, creyera lo que creyera, seguía transcurriendo pese a todo.

El problema era que el tiempo solía avanzar terriblemente despacio y que nunca jamás se saltaba nada.

No se saltaría el insoportable viaje en coche a Kymlinge.

No se saltaría a su abuela y su abuelo ni al resto de familiares coñazo.

No se saltaría la fiesta de los ciento cinco años y el viaje de regreso igual de inaguantable.

Y, pensó Kristoffer con los ojos cerrados, sobre todo no se saltaría la conversación con su madre.

—Entiendo —había dicho esta noche desde lo más profundo y oscuro del sofá del salón, justo cuando Kristoffer empezaba a pensar que había conseguido colarse en su habitación sin ser visto—. Entiendo que a ti te parece una buena hora para llegar a casa. Son las dos de la madrugada. Ven aquí y échame el aliento.

Kristoffer se había acercado y había soplado un fino chorro de aire hacia la cara de su madre. No había logrado distinguir sus ojos en la oscuridad, y ella no había comentado nada más. Pero Kristoffer no se hacía ilusiones.

—Mañana por la mañana —fue lo único que dijo—. Espero una explicación. Ahora estoy muy cansada, Kristoffer.

Suspiró, se dio la vuelta en la cama y centró sus pensamientos en Linda Granberg.

La razón por la que se había bebido seis cervezas y una copa de vino tinto y fumado diez cigarrillos era Linda Granberg. Por ella había decidido ir a aquella «fiesta», por llamarla de alguna manera, en casa de Jens&Måns. Jens&Måns eran gemelos, compañeros de octavo e hijos de unos padres no demasiado responsables. Unos padres que, por ejemplo, salían a una fiesta y prometían no estar de vuelta antes de las tres de la madrugada. Unos padres que, cierto, no les compraban alcohol pero que disponían de unas provisiones bastante generosas en el sótano y sobre las que no llevaban mucho control.

Decían que iban a ser unas ocho personas, pero Kristoffer había contado por lo menos quince. La gente iba y venía. Durante la primera hora ya se había ventilado cuatro cervezas; Erik había dicho que subía más si le dabas fuerte desde el principio, y la verdad era que no había funcionado del todo mal. Linda parecía haberle seguido el ritmo; él se había atrevido a apretujarse a su lado en el sofá y a darle conversación de una manera de la que nunca había sido capaz antes. Ella se había reído de él y con él, y poco antes de las once le cogió de la mano y le dijo que le gustaba. Media hora y otro par de cervezas más tarde empezaron a besarse; era la primera vez de Kristoffer, y Linda sabía maravillosamente a cerveza y patatas fritas y tabaco y a algo suave y cálido y rico que solo era ella. La... ¿cómo se llamaba?, *¿esencia?*... de Linda Granberg. Ahora que estaba en la cama diez horas más tarde seguía dejando que la lengua se deslizara por la cavidad bucal buscando restos de su sabor.

Pero se trataba de un recuerdo fugaz y triste. Sobre todo, triste. Después de besarse comieron pizza directamente de los cartones con las manos, y uno de los gemelos los invitó a todos a un vino malísimo que sirvió en vasos de plástico, y luego Linda comenzó a sentirse mal. Se levantó y se tambaleó un poco antes de marcharse con la promesa de volver enseguida. Se dirigió dando tumbos hacia el baño, pero media hora más tarde la encontró en otra habitación, durmiendo en los brazos de Krille Lundin, de 9.º B. Tras mendigarle otra cerveza a Erik y fumarse tres cigarrillos más se marchó a casa. Pensándolo bien, no solo eran los próximos cuatro días los que quería borrar de la historia: no le importaría eliminar también el día anterior.

Que te jodan, Linda Granberg, pensó, pero no eran más que palabras vacías; además, literalmente hablando era justo lo que quería hacer, a decir verdad. Y si hubiera jugado mejor sus

cartas, podría haber sido él, y no el maldito Krille «Hockey» Lundin, quien la hubiera rodeado con los brazos en la cama. De eso estaba seguro. Así de fortuita y de cabrona podía ser la vida, aunque también era cierto que un tío de quince años, miembro del equipo de hockey sobre hielo, tenía un millón más de probabilidades de ligar que un... eso, ¿qué? ¿Un saco de patatas? ¿Un cero a la izquierda? ¿Un perdedor, un paleto, un pardillo? Había donde elegir.

Se sobresaltó al ver que su madre se asomaba por la puerta.

—Nos vamos a hacer la compra. Quizá podrías levantarte y desayunar algo, y dejamos nuestra conversación para cuando volvamos.

—Sí, claro —contestó.

La idea era sonar animado y positivo, pero el ruido que salió de su garganta recordaba más al chillido de un animal muy pequeño que se cruzaba con un cortacésped.

—Quizá podríamos empezar determinando de quién va a tratar esta conversación.

—Trata de mí —respondió Kristoffer al tiempo que intentaba devolver con sus ojos verdosos la mirada azul acero de su madre. No le dio la sensación de que el resultado pasara de regular.

—Eso es, Kristoffer. De ti —confirmó ella despacio, entrelazando los dedos de las manos que descansaban sobre la mesa de la cocina.

Estaban los dos solos. Eran las 11.30. Leif, su padre, había salido a hacer no se sabía qué recado. Henrik había llegado tarde anoche tras su primer semestre de estudios universitarios en Uppsala. Las dos puertas estaban cerradas, el lavavajillas zumbaba.

—Adelante —dijo ella.

—Teníamos un acuerdo —continuó Kristoffer—. Y lo rompí.

—¿Y?

—Debería haber estado en casa a las doce. Y no volví hasta las dos.

—Las dos y diez.

—Las dos y diez.

Ella se inclinó sobre la mesa para acercarse un poco a él. Ojalá me diera un abrazo, pensó. Ahora mismo. Pero sabía que el abrazo no llegaría hasta que no lo hubieran aclarado absolutamente todo. Y eso aún no había pasado. Ni de lejos.

—No me gusta estar aquí haciéndote preguntas, Kristoffer. ¿Hay algo más que me quieras contar?

Inspiró hondo.

—Mentí. Y viene de antes.

—Ahora no te sigo.

—Antes de salir. No pensaba ir a casa de Jonas.

Ella indicó su asombro elevando dos milímetros una de las cejas, pero sin pronunciar palabra.

—Te dije que Jonas y yo íbamos a ver una película en su casa, pero era mentira.

—Ah, ¿sí?

—Estuve en casa de los gemelos.

—¿Qué gemelos?

¿Por qué me interrumpes todo el rato con preguntas si no te gusta hacerme preguntas?, pensó Kristoffer.

—Måns y Jens Pettersson.

—Entiendo. ¿Y por qué tenías la necesidad de mentir sobre eso?

—Si lo hubiera dicho, no me habríais dejado ir.

—¿Y por qué crees que no te habríamos dejado ir?

—Porque no... no es un buen sitio para pasar la noche del sábado.

—¿Y qué tendría de malo ir a casa de los gemelos Pettersson el sábado por la noche?

—Suelen beber... Y bebimos. Éramos unas diez o quince personas y tomamos cerveza y fumamos. No sé por qué fui, no me gustó nada.

Ella asintió con la cabeza y Kristoffer advirtió que le había causado una gran aflicción.

—No acabo de entenderlo. O sea, ¿por qué fuiste? Sin duda tenías algún motivo para acudir a esa casa, ¿no?

—No sé.

—¿No sabes por qué haces las cosas que haces, Kristoffer? Eso me parece un problema serio.

Ahora la expresión era de preocupación, de profunda preocupación. Dame ese abrazo ya, joder, pensó Kristoffer. Total, diga lo que diga nunca será suficiente para ti. Dame un abrazo y nos olvidamos de esto.

—Quería probar... supongo.

—¿Probar qué?

—Cómo era.

—¿Cómo era qué?

—¡Lo de beber y fumar, joder! ¿Quieres dejarlo ya de una vez? ¿No ves que no puedo más?

Las lágrimas y la desesperanza brotaron antes y de forma más repentina de lo que había imaginado, y de alguna manera lo agradeció. Rendirse resultó un alivio. Ocultó la cara en el pliegue del codo encima de la mesa para dar rienda suelta a los hipidos. Pero su madre no se movió; tampoco dijo nada. Tras un minuto o tal vez dos, se le pasó, se levantó, se acercó al fregadero y sacó medio metro de papel de cocina. Se sonó la nariz y volvió a la mesa.

Permanecieron en silencio un rato más, y poco a poco le quedó claro que su madre no tenía intención alguna de abrazarlo.

—Quiero que se lo cuentes también a tu padre, Kristoffer —dijo ella—. Y luego quiero saber si vas a volver a mentirnos en el futuro o si vamos a poder confiar en ti. ¿Quizá elijas quedar más veces con los gemelos Pettersson en el futuro? No somos más que tu familia, Henrik, tu padre y yo, pero si prefieres...

—No, yo... —empezó él, pero ella lo interrumpió enseguida.

—Ahora no —lo cortó—. Elegir el camino de la verdad o el de la mentira es una decisión importante. Creo que es mejor que te tomes unos días para reflexionar sobre eso.

Después se levantó y se marchó dejándolo ahí.

No, pensó él, ni me ha rozado. Ni me ha pasado la mano por la espalda siquiera.

Y una especie de mutismo, que le resultó tan novedoso como paralizador, se extendió por su interior. Esperó un minuto, luego salió deprisa de la cocina, subió la escalera y entró en su habitación. Oyó que Henrik se había despertado al otro lado de la fina pared; se tiró en la cama rezando una silenciosa plegaria para que su hermano mayor se metiera en la ducha antes de entrar a saludarlo.

Si pudieran, me cambiarían, pensó Kristoffer Grundt. Sí, me habrían cambiado por otro hijo hace ya mucho tiempo.

Leif Grundt abrazó a su hijo sin demasiado entusiasmo tras la breve conversación que había mantenido con él antes de que se sentaran a la mesa a cenar, y constató una vez más que su mujer y él eran bastante diferentes.

Por decir algo. Ebba era una persona sobresaliente y un misterio; justo así solía describirla. Además, un misterio que hacía ya mucho tiempo que había abandonado cualquier esperanza de poder resolver. Nunca jamás. En el caso de la iniciación en el alcohol y el tabaco —si es que realmente se trataba de la primera vez, algo en lo que su hijo insistía—, lo importante para su esposa había sido la mentira. Haber faltado a su palabra, la vulneración del acuerdo.

Él, por su parte, lo veía al revés. Si el chaval quería fumar y emborracharse, lo que no podía hacer, por todos los demonios, era informar antes a sus padres. A largo plazo, el alcohol podía causarte cirrosis, y el tabaco, cáncer de pulmón; pero nadie, que él supiera, se había muerto por una mentirijilla.

Antes un mentiroso sobrio que un alcohólico fiel a la verdad, pensó Leif Grundt. Si es que había que elegir un futuro para los hijos, algo que ni por un momento se imaginaba que le fuera a tocar a él.

Aunque también era cierto que él tenía una relación un tanto dudosa con la mentira en sí, eso era innegable. Si forzaba un poco el tema, algo que tampoco se le ocurriría hacer, especialmente delante de su mujer, se podría sostener que la propia existencia de la familia Grundt se basaba en una mentira. Sí, en efecto, un engaño burdo y monumental constituía el fundamento mismo al que los chicos podían agradecer su nacimiento.

Si Leif Grundt se hubiera mantenido fiel a la verdad, nunca habría logrado quitarle las bragas a la madre de sus hijos. Así de claro. Que Ebba Hermansson hubiera dejado que un charcutero de supermercado le robara su apreciada virginidad era una idea tan descabellada como que el hermanastro tartamudo de Leif hubiera conseguido casarse con Pamela Anderson. Leif lo sabía y Ebba lo sabía; y Leif sabía, con la misma certeza, que Ebba nunca reconocería ese hecho

psicológico aunque se encontrara frente a un pelotón de fusilamiento. Cuando Leif eligió el alias de Leif von Grundt, estudiante de derecho, en el baile de primavera de la Östgöta Nation en Uppsala en 1985 (donde había entrado gracias a un carné de estudiante falso), había sido precisamente ese apellido aristocrático —no su prosaica polla de charcutero— lo que a las dos de la madrugada, en la habitación de Ebba, le había permitido acceder a sus humedales virginales. Ni más ni menos.

—Mentiste —constató ella dos meses más tarde cuando el embarazo resultante de aquella noche ya no se podía negar.

—Sí —reconoció—. Quería seducirte y esa era la única manera de lograrlo.

—Estás lleno de prejuicios —dijo ella—. Yo habría apreciado tu sinceridad.

—Seguro —concedió él—. Pero no era tu aprecio lo que buscaba.

—Me habría entregado a ti de todos modos.

—Lo dudo —replicó Leif Grundt—. Lo dudo mucho. ¿Qué piensas hacer?

—¿Cómo que qué pienso hacer? —dijo Ebba Hermansson—. Pues casarme contigo y tener el niño, claro.

Y así fue.

Le había costado un año de interrupción en los estudios de medicina, pero no más. Explotar al máximo la baja paternal se consideraba casi obligatorio si uno era empleado de Konsum a mediados de los años ochenta, y cuando Kristoffer vino al mundo cinco años más tarde, se trató de una operación muy planificada ante la inminente incorporación de Ebba como médica residente. Como no podía ser de otra manera, en el momento perfecto se presentó la esperada alineación de los astros: el hospital de Sundsvall y un cargo hecho a medida como gerente de un supermercado Konsum en la misma ciudad. Poco a poco también se pudo organizar la especialización médica. Y cuando ocupó el puesto de jefa de cirugía vascular en dicho hospital, a la edad de treinta y ocho años y siendo madre de dos niños, Ebba Hermansson Grundt se convirtió en la prueba viviente de que la vida profesional y la familiar se podían compatibilizar. El diablo protegía a los suyos, y en dos días ella cumpliría cuarenta años.

Eso pensó Leif Grundt mientras desplegaba una torcida sonrisa interior. Y que la batalla entre la sinceridad y la mentira era más compleja de lo que la gente se imaginaba; bueno, eso era una verdad que se aseguraba de guardar en lo más profundo de su interior, donde tenía algo así como un almacén especial de sabiduría vital al que se asomaba de cuando en cuando, pero al que cada vez con menos frecuencia invitaba a su mujer. No veía motivos para hacerlo.

Aunque el maldito chaval había empezado a fumar y a beber y, desde luego, había que echarle la bronca. Debía pasar vergüenza y sentirse miserable un rato, y ya está, no había que complicarlo más.

Contento con esa sencilla conclusión, Leif se sentó a la mesa con sus hijos y su mujer. Era

domingo por la noche, y el mundo, así en general, no le parecía un mal sitio para vivir. El día siguiente emprenderían el viaje a Kymlinge para pasar tres días auténticamente infernales, lo sabía, pero mañana era mañana y «bástale a cada día su afán».

Capítulo 3

Ya en su primera y algo confusa sesión una semana después del escándalo, Robert Hermansson le contó a su terapeuta que tenía instintos suicidas.

Pero fue la respuesta a una pregunta directa; intuía que ese tímido hombre con gafas de cristales ahumados y de aspecto algo ratonil deseaba oír esa respuesta. Se esperaba de él que albergara sentimientos suicidas. Por tanto, dijo que sí, claro, que después de lo sucedido se le había pasado por la cabeza en más de una ocasión.

Y también podía reconocerse a sí mismo que sería un final bastante lógico a toda esa mierda, que sería un alivio no seguir dando vueltas en la cama todas las noches mientras recordaba su patética y desperdiciada vida. Un alivio no despertarse a media mañana envuelto en una angustia de sudores fríos para afrontar otro día sin sentido.

Un alivio poder por fin propinarle una patada en el culo al autodesprecio, pensó, dar el paso en el borde del abismo y desaparecer. A nadie, ni a una sola persona, le extrañaría lo más mínimo que Robert Hermansson se suicidara.

Aun así, sospechaba que no lo haría. Le faltarían la determinación y la fuerza necesarias, como siempre. No tenía ni idea de lo que iba a hacer el resto de su vida, pero de momento intentaría aguantar los próximos meses y luego se mudaría al extranjero. Estaba de baja hasta el 26; la suplencia que cubría en el periódico duraba hasta finales de año, pero no se hacía ilusiones de que le quisieran renovar el contrato en enero.

Una editorial de las menos serias se había puesto en contacto con él para ofrecerse a publicar «su propia versión» en forma de libro. Le prometieron un adelanto de cincuenta mil coronas y un escritor fantasma muy cualificado. Les contestó que de ninguna manera necesitaba un escritor fantasma, y pidió unos días para pensárselo. ¿Debería aceptar la propuesta? ¿Por qué no? Podía coger el dinero, marcharse a las islas Canarias o a Tailandia o a donde fuera. No, a Tailandia otra vez no. Bueno, en cualquier caso, pasarse dos meses en una tumbona y darle un último repaso a su novela. *Hombre sin perro*. ¿La publicarían? ¿Y si no era en realidad su versión de los acontecimientos en la isla lo que esa editorial de mierda buscaba, sino solo su nombre? Robert el Pajillero Hermansson.

Y aunque luego rechazasen la novela, ¿no era eso lo que necesitaba, una huida? Concentrarse en el trabajo. Aislamiento y buen tiempo. Hacía siete años desde que revisara por última vez *Hombre sin perro.* ¿No sería ese período de tiempo y esas condiciones lo que necesitaba para darle los últimos retoques al texto y asegurarse de que la novela se publicara? Las cuatro

editoriales más importantes del país la habían leído, Bonniers incluso dos veces. Había podido ver informes de lectura de tres lectores diferentes, y había hablado con dos editores. En concreto, el editor de Albert Bonniers Förlag le había infundido algo de esperanza: le había pedido encarecidamente que repasara de nuevo las seiscientas cincuenta páginas para intentar eliminar al menos ciento cincuenta y que después volviera a contactar con él. En principio, estaban dispuestos a publicar el libro, de eso no cabía duda.

Pero entonces, en septiembre de 1999, cuando Seikka acababa de dejarle claras sus intenciones, no tuvo fuerzas para hacerlo. No fue capaz de sentarse y hurgar una vez más en las metáforas; ¿quién lo habría hecho en esas circunstancias? Tenía dos poemarios publicados: *El árbol de piedra*, de 1991, y *El ejemplo del frutero*, de 1993. Los dos habían recibido críticas bastante decentes; se lo consideraba un poeta en busca de una voz propia, y había participado en cuatro lecturas y en un festival de poesía.

No, ¿por qué Robert Hermansson debía ahorcarse? Todavía había esperanza.

O, al menos, posibilidades de huir. En fin. No pedía más que eso.

Pensándolo bien, nunca le había pedido mucho a la vida. La vida le exigía más a él de lo que él le exigía a ella, ¿o no? A las doce del domingo 18 de diciembre, aún no se había levantado de la cama pero ya había hecho la mitad del crucigrama del *Svenska Dagbladet* del viernes y se había vuelto a quedar dormido tres veces. ¿Posibilidades de huir?, pensó. ¿Mi emblema vital?

Así, desde luego, podía verse el asunto. Nunca había tenido el menor aguante, y lo que quizá podría haber aprendido a aguantar no lo había aguantado a él. Tenía treinta y cinco años y lo único a lo que se había dedicado era a buscar otra cosa. Ya lo creo, joder, pensó mientras le daba la vuelta a la almohada, si te has criado a la sombra de Ebba, lo único que quieres es salir al sol.

Era una idea muy mascada y hacía tiempo que había perdido su dulzor. Podía culpar a su familia y a su hermana mayor de ciertas cosas, pero no eternamente. Podía ser víctima de las circunstancias, pero no toda la vida. No como miembro de la clase media sueca de finales del siglo XX. Resultaba difícil rastrear la historia y la geografía y dar con personas que hubieran tenido las mismas oportunidades para decidir el destino de sus vidas que Ebba, Robert y Kristina Hermansson. Eso era —tal y como su padre, Karl-Erik, lo habría expresado— un hecho irrefutable.

Y, en realidad, lo cierto es que, si nos ponemos puntillosos, no fue hasta que se independizó cuando las cosas comenzaron a torcerse. Robert terminó el bachillerato de ciencias sin sobresaltos en Kymlinge. Fue en 1988 y, aunque no resultó el mejor de su promoción, las notas fueron sin duda respetables. No al nivel de las que había sacado Ebba unos años antes, pero tampoco se lo pedía nadie. El otoño siguiente se incorporó al servicio militar durante diez meses como jefe de grupo en las tropas blindadas de Strängnäs, donde lo forjaron y curtieron hasta

convertirlo en un hombre. Odió todos y cada uno de los días que pasó allí. Cada minuto. En 1989 se trasladó a Lund, donde empezó a estudiar en la universidad.

Humanidades. Su padre se lo desaconsejó, al igual que su hermana mayor, pero él insistió. Conoció a Madeleine, que era muy guapa y valiente y que lo apoyaba. Estudiaron filosofía y follaron. Estudiaron la historia del pensamiento y follaron. Probaron las anfetaminas, pero lo dejaron a tiempo; estudiaron historia del arte, follaron, publicaron dos poemarios (Robert) y les rechazaron uno (Madeleine). Estudiaron historia y teoría del cine, les rechazaron una novela de seiscientas cincuenta páginas (Robert), follaron, se quedaron embarazados (Madeleine), dejaron de fumar porros pero aun así sufrieron un aborto espontáneo en el tercer mes; tuvieron a) ataques de ansiedad (Madeleine) y b) suficiente de Robert (Madeleine), y a la desbandada se mudaron a casa de sus padres en Växjö (Madeleine) y se quedaron sentados sin hacer nada viendo cómo todo se desmoronaba a su alrededor (Robert).

De alguna manera, había conseguido guardar las apariencias de que se tomaba los estudios en serio, tanto de cara a las autoridades que concedían los préstamos estudiantiles como a su familia. Pero cuando Madeleine se marchó, todo se vino abajo. Tenía veinticuatro años, se hallaba a años luz de algún tipo de licenciatura, había acumulado una deuda de trescientas cincuenta mil coronas y adquirido unos hábitos de consumo de alcohol que dejaban bastante que desear. Su bella y valiente novia lo había abandonado y de los dos elogiados poemarios se habían vendido un total de ciento doce ejemplares. Ya era hora de que interviniera la familia.

Para el otoño de 1994 todo estaba resuelto (excepto la deuda del préstamo estudiantil, que con toda probabilidad lo perseguiría hasta la tumba). Con la ayuda del soso marido charcutero de su hermana mayor, allí arriba en la comarca de Medelpad, apareció como por arte de magia un puesto relativamente bien pagado en una oficina regional de Konsum en Jönköping. Trabajo de oficina y de tres a cuatro viajes al mes por diferentes supermercados Konsum en el norte de la provincia de Småland y Västergötland. Robert cedió y aceptó. Al mal tiempo buena cara, el alma artística al exilio interior. No tenía mucho donde elegir. La primera semana de septiembre se instaló en un apartamento de dos habitaciones con algo de vistas sobre el lago Vättern, y el tercer sábado por la noche en el tercer (y último) pub de la ciudad, conoció a Seikka. Ella trabajaba en una guardería de día y por las tardes iba a clases de creatividad de diferentes academias y escuelas. Distintos tipos de creatividad, desde aromaterapia hasta croquis feminista y autodefensa trascendental. Se fueron a vivir juntos en diciembre y en noviembre de 1995 nació su hija, Lena-Sofie. En esa época, Robert empezó a correr para no reventar de la presión que sentía en su interior. Al principio, entre diez y doce kilómetros cada dos días; luego distancias cada vez más largas. Durante 1996 participó en tres maratones con tiempos por debajo de 2 horas y 50 minutos (a excepción del último, que tuvo que interrumpir a menos de dos kilómetros de la meta debido a dolores estomacales agudos, pero en el que marcaba un tiempo de 2 horas y 46 minutos y

medio). Se unió al club de atletismo Vindarnas IF, donde descubrió que tenía verdadero talento para las carreras en pista. La primera prueba de 5.000 metros que corrió fue en una competición interna del club y le sacó más de 300 metros de distancia al segundo. Escribió a un conocido fisiólogo deportivo que le explicó que los corredores de larga distancia muchas veces alcanzaban su mejor momento superados los treinta, por lo que no pasaba nada si esperaban hasta cumplir los veinticinco para empezar con un entrenamiento especializado. Robert tenía veintiséis y se acordaba de Evy Palm, que corrió sus mejores maratones con casi cincuenta años.

Y, efectivamente, los tres años siguientes fueron su etapa de grandeza deportiva. En 1997 fue campeón regional tanto en 5.000 como en 10.000 metros, pero fue al participar en la carrera de 3.000 metros obstáculos en el Estadio de Malmö, sin previa preparación técnica, cuando encontró su disciplina. Acabó en el tercer puesto tras un corredor de la selección nacional y un atleta polaco de reconocido prestigio, con el excelente tiempo de 8:58,6.

Lena-Sofie fue creciendo y entró en la guardería, mientras Seikka seguía apuntándose a nuevos cursos. Él las tenía desatendidas. Cogió media jornada para poder entrenar más. Hacían el amor una vez al mes. Se fueron a Finlandia a pasar la Navidad con los suegros en Lapperanta. Robert se lio a puñetazos con un cuñado que le dejó una cicatriz de cuatro centímetros debajo de la oreja izquierda. En 1998 participó en su primer encuentro entre las selecciones de Finlandia y Suecia. Acabó en cuarto lugar y como el segundo mejor corredor sueco, con un tiempo de 8:42,5. En el campeonato de Suecia en Umeå mejoró su récord personal al ganar la medalla de plata con 8:33,2. Seikka y Robert hacían el amor una vez al trimestre. Los suegros los visitaron en Jönköping una semana durante las vacaciones. No hubo ni peleas ni otros conflictos. Durante las Navidades en casa de Rosemarie y Karl-Erik en Allvädersgatan en Kymlinge, Lena-Sofie le mordió a su abuelo en el labio causándole un pequeño derramamiento de sangre. Y 1999 fue el último año de la carrera deportiva de Robert. No consiguió bajar su marca personal, el tendón de Aquiles le daba problemas, pero aun así repitió su cuarto puesto en el encuentro con la selección de Finlandia, esa vez en el Estadio Olímpico de Helsinki. Los suegros estaban en las gradas viéndolo. Durante la última curva y la recta final, Robert luchó con un corredor finlandés, uno al lado del otro, pero justo en los ultimísimos metros el otro lo superó. Los finlandeses acabaron ocupando los tres puestos del podio. La competición tuvo lugar en agosto; Seikka y él no habían hecho el amor desde abril, y cuando volvió al piso de dos habitaciones con algo de vistas sobre el lago Vättern, ella lo había vaciado de sí misma, de la hija y de todas sus pertenencias femeninas. En la mesa de la cocina había un papel en el que explicaba que ya no lo quería y que él ya no se preocupaba lo más mínimo por ella ni por Lena-Sofie; y decía que regresaba a Finlandia y no quería verlo nunca más.

Robert se dio cuenta de que todo lo que decía era verdad, por lo que decidió ceder y aceptarlo. Aun así, marcó el número de sus suegros tres veces, pero colgaba en cuanto daba tono.

Esto tuvo lugar la noche del domingo del 29 de agosto de 1999, y ese lunes 30 el complaciente editor de Albert Bonniers Förlag lo llamó para animarlo a ponerse en serio con la

revisión de la novela *Hombre sin perro*. Si bien es cierto que Robert pasó unas horas con el voluminoso manuscrito tanto la noche del lunes como la del martes, luego sintió cómo su vacío interior paralizaba todos los esfuerzos artísticos. Enterró las seiscientas cincuenta páginas en una caja de color burdeos con herrajes metálicos donde se quedarían sin tocar hasta el mes de diciembre de 2005.

Después siguió trabajando otras dos semanas más en la oficina regional de la cooperativa y, a finales de septiembre, dejó guardadas todas las cosas que no le cabían en una mochila y se mudó a Australia.

El teléfono sonó interrumpiendo el repaso vital de Robert. Era su madre, que le dijo que su padre quería saber cuándo llegaría.

—¿Y tú no? —preguntó.

—Claro que sí, Robert. No tergiverses las cosas —repuso Rosemarie Wunderlich Hermansson.

—Vale, mamá. Mañana por la noche. Tengo algunas cosas que hacer antes, pero saldré de aquí sobre las dos o las tres.

—¿Robert?

—Sí.

—¿Cómo estás realmente?

—Bueno, las cosas están como están.

—De verdad que no quería...

Ella no terminó la frase y él no hizo nada para llenar el silencio.

—Lo sé, mamá. Nos vemos mañana por la noche.

—Eres muy bienvenido, Robert. Conduce con cuidado, ya has puesto los neumáticos de invierno, ¿no?

—Que sí, mamá. Adiós, mamá.

—Adiós, hijo mío.

Se levantó de la cama. Eran las 12.15. Se acercó a la ventana y paseó la mirada por la ciudad. Nevaba por primera vez ese invierno.

Pensó en su madre.

Pensó en Jeanette. No, pensar no. Intentó imaginársela.

Lo había llamado una semana antes. El sábado pasado.

—Seguro que ni siquiera te acuerdas de mí —dijo ella.

—No, la verdad es que no —convino Robert.

—Soy un poco más joven que tú. Pero fuimos al mismo colegio. Tanto en Malmen como en

el instituto. Aunque yo estaba un par de cursos por debajo de ti.

—Entiendo —contestó Robert.

—Bueno, te preguntarás por qué te llamo.

—Bueno...

—Te vi en ese programa de la tele.

—Me vio mucha gente.

—Sí, claro. Pero lo que pasa es que... Uf, no sé cómo decirlo. Me caes bien, Robert.

—Gracias.

En ese momento pensó en colgar, pero había algo en su voz que le agradaba. Un tono algo áspero y serio. No sonaba como una niña tonta, aunque lo que había dicho hasta entonces posiblemente indicaba que lo era.

—La verdad es que siempre me has gustado. Eras de esos chicos que tenían algo especial. Si supieras la cantidad de veces que pensaba en ti en la adolescencia. Y...

—¿Sí?

—Y tú ni siquiera sabes quién soy. Es un poco injusto.

—Lo siento.

—No, no lo sientas. A esa edad tendemos a relacionarnos con los de nuestro año. No miramos hacia abajo, por decirlo de alguna manera; supongo que está en nuestra naturaleza.

Una nueva pausa durante la que podría haberse disculpado y colgado sin problemas. Era como si ella quisiera brindarle esa oportunidad.

—Dime, ¿por qué me llamas, en realidad?

—Ah, sí; perdón. Bueno, es que vi ese programa y supongo que te ha tocado aguantar bastante mierda por culpa de eso.

—Bastante, sí.

—Así que he pensado que quizá te vendría bien saber que hay gente que todavía te quiere. Para tu autoestima y eso.

—Gracias, pero...

—Y entonces me he enterado de que vas a venir a la ciudad. Por el cumpleaños de tu padre y de tu hermana. Tuve a tu padre de tutor, de hecho. Así que he pensado que si vas a pasar unos días aquí...

—Hmmm —dijo Robert.

—Bueno, solo es una idea. Pero yo no salgo con nadie desde hace seis meses. No me importaría compartir una botella de vino contigo y hablar de la vida. Vivo en Fabriksgatan, si todavía recuerdas dónde está.

—Creo que sí —contestó Robert.

—No tengo hijos, ni siquiera un gato. Mira, deja que te dé mi número de teléfono y luego si te apetece me llamas, ¿vale? Puede que no te venga mal desconectar un rato de la familia, ¿verdad?

—Espera, voy a ir a por un boli —dijo Robert Hermansson.

Y se llamaba Andersson de apellido, dijo antes de terminar la llamada.

¿Jeanette Andersson?

No, no logró recuperar ningún recuerdo de ella. Si hubiera podido ver una foto escolar, probablemente la habría reconocido, pero no guardaba ningún anuario del colegio. Robert Hermansson no era el tipo de persona que guardaba semejantes reliquias.

Aunque cuando su madre lo llamó un par de días más tarde para darle de nuevo la lata con que acudiera a la fiesta de cumpleaños, fue Jeanette Andersson la que inclinó la balanza a favor de ir. No le importaba reconocerlo.

Pero solo a duras penas y solo a sí mismo. Quizá era justo eso lo que ella había previsto. Robert no iba a poder resistir la tentación de ir a casa de una mujer desconocida, llamar a la puerta y que lo dejara pasar.

Claro que sí, mamá. Voy a la fiesta de cumpleaños.

¿Neumáticos de invierno? ¿Robert Hermansson? ¿Para qué?

Durante los años que vivió en Australia había tenido una de cal y otra de arena. La primera temporada la había pasado viajando de un lado a otro por la costa este y trabajando en una infinidad de instalaciones turísticas. Como camarero, cocinero, recepcionista, *steward*, cuidador de animales (osos panda enfermos que dormían dieciocho horas al día y cagaban las otras seis). Byron Bay. Noosa Head. Airlie Beach. Encargado de una bolera en Melbourne. Ningún trabajo duraba más de unas pocas semanas. El cambio de milenio lo celebró en un pub irlandés en Sídney, y también fue en Sídney donde conoció a Paula e inició la tercera (¿y última?) relación seria de su vida.

Paula era inglesa y, al igual que Robert, una especie de refugiada. Había huido de un marido alcohólico y violento en Birmingham, y llevaba dos meses en Sídney cuando conoció a Robert. Se alojaba temporalmente en casa de su hermana y el marido de esta, los dos médicos. Había traído también a su hija de Inglaterra, Judith, de cuatro años y medio. Paula, Judith y Robert se fueron a vivir juntos en mayo de 2000, menos de seis meses después de haberse conocido. Cruzaron al mismo tiempo el enorme continente para establecerse en la otra punta del país, en Perth.

Robert la quería. No tenía del todo claro si también había querido a Madeleine y a Seikka, pero incluso ahora, si miraba hacia atrás, podía jurar que había querido de verdad a Paula. Ella poseía ese carácter dulce e indulgente que resulta imprescindible para convivir con un alcohólico durante seis años, y Robert supo no abusar de ese carácter. Era como si juntos crecieran; además, era muy guapa. Sobre todo para ser inglesa. Sí, definitivamente había querido a Paula.

A Judith también. Llevaba varios años sin ver a su propia hija, Lena-Sofie, que tenía cinco años cuando conoció a Paula. Seikka solía mandar un correo cada dos o tres meses al que siempre contestaba con amabilidad, y llevaba dos fotos en la cartera. De alguna manera, Judith, evidentemente, se convirtió en una especie de sustituta y de consuelo.

Debería haber durado, pensó Robert mientras encendía la máquina de café expreso. Con Paula y Judith debería haber durado.

Su tercer (¿y último?) intento serio de convivir con una mujer tampoco fracasó por culpa de sus propios errores. Al contrario, fue una espada de doble filo de muerte violenta y repentina y una religiosidad no menos violenta y repentina lo que provocó el abandono de Paula y Judith. Una terrible conjunción de desdichadas circunstancias, para ser exactos. En abril de 2003, después de tres felices años juntos (solía pensar en esos años precisamente en esos términos y con mayúsculas: Mis Años Felices), los avisaron desde Inglaterra de que el padre de Paula había fallecido; lo había atropellado un camión. Paula, junto con su hermana y Judith, viajó a Birmingham para asistir al entierro y para acompañar a su madre durante unas semanas. Robert las esperaba de vuelta el 28 de abril. Luego las esperaba el 5 de mayo, después el 12. En lugar de eso recibió una larga carta el 11 en la que Paula le explicó los inverosímiles acontecimientos que habían tenido lugar: que el antes maltratador y bebedor había encontrado su salvación en la fe y se había convertido en una persona buena y responsable. Geoffrey, al fin y al cabo, era el verdadero padre de Judith, y las semanas que había pasado en su vieja patria habían reavivado sus sentimientos hacia él. Además, su madre estaba destrozada tras el súbito fallecimiento de su marido, y Paula no podía dejarla sola en la vida.

Robert se despidió de la empresa de informática donde había trabajado los últimos dieciocho meses, cruzó el continente y pasó medio año en Manly Beach, a las afueras de Sídney. Cuando el verano antípoda empezó a convertirse en otoño, volvió a Suecia. Aterrizó en el aeropuerto de Arlanda de Estocolmo el 15 de marzo de 2004, llamó a su hermana menor para preguntarle si podía quedarse unos días en su casa.

—¿Por qué no llamas a Ebba? —quiso saber Kristina.

—No digas tonterías —contestó Robert.

—¿Cuánto tiempo?

—Solo hasta que encuentre algo. Un par de semanas como máximo.

—¿Sabes que estoy a punto de dar a luz?

—Si es demasiada molestia, busco otra cosa.

—Vale, venga, pedazo de golfo —aceptó Kristina.

Estuvo viviendo con Kristina y Jakob (y Kelvin, que nació la primera semana de mayo) en su chalé en Gamla Enskede hasta mediados de junio, cuando pudo entrar en el pequeño apartamento

de Kungsholmen en el que todavía vivía. Por la misma época empezó a trabajar de barman en un local de moda, y pensó que su vida se movía más o menos como una brizna al viento.

O un insecto ante una bombilla. Se acerca demasiado y es repelido, se acerca y es repelido.

¿Se acerca demasiado y se quema? Se acerca demasiado ¿a qué?

Más o menos por esos derroteros discurría su vida —aunque trabajaba en otro bar de moda y a jornada parcial en el periódico gratuito *Metro*— cuando en mayo vio un anuncio en *Aftonbladet* y se apuntó para participar en el programa de televisión *Los presos de Koh Fuk*, la peor decisión de su vida.

Al menos tengo una máquina de expreso, pensó mientras echaba el café para preparar otra taza. No todos los habitantes del planeta Tierra son propietarios de una máquina de expreso.

Se libró de seguir perdiéndose en otro análisis más de la traumática vorágine de octubre y noviembre gracias a que sonó el teléfono. Era Kristina.

—¿Cómo estás realmente?

Era la misma pregunta que le acababa de hacer su madre, y le dio la misma respuesta.

—Bueno, las cosas son como son.

—¿No quieres venir con nosotros? Hay sitio de sobra en el coche, ya lo sabes.

—No, gracias. Voy en el mío. Tengo cosas que hacer antes de irme.

—Me lo puedo imaginar.

¿Qué quería decir con eso? ¿Había cosas que él debía hacer? ¿Cosas que todos los demás entendían que él debía asegurarse de que se hicieran pero que él no veía?

—Bueno, pues nada, nos vemos mañana por la noche.

—¿Robert?

—Sí.

—Nada, ya lo hablamos cuando nos veamos.

—Vale. Nos vemos.

—Nos vemos. Hasta luego.

—Hasta luego.

Es eso lo que esperan, pensó de repente tras colgar el teléfono. Que me quite la vida. Todos. Max el del periódico. Mi terapeuta; por eso insiste en que le pague después de cada sesión. Incluso mi hermana.

Capítulo 4

Jakob Willnius subió la persiana del mueble bar y sacó la botella de Laphroaig.

—¿Quieres?

—¿Kelvin ya está dormido?

—Como un tronco.

—Solo un dedo. ¿Qué era eso de Jefferson?

Kristina se reclinó en la larga y curvilínea *chaise longue* de Fogia mientras intentaba determinar si estaba irritada o solo cansada.

O si quizá se trataba de una suerte de premonición ante la gran irritación; una preparación mental para ese conflicto silencioso que inevitablemente caracterizaría los próximos días. Tengo que ignorarlo, pensó. Es ridículo e indigno, dejo mi alma aquí y sigo el baile. Soy una persona adulta y esto no es más que un acontecimiento aislado.

Jakob dejó dos vasos sobre la mesa y se sentó al lado de su mujer.

—Me ha llamado desde Oslo.

—¿Jefferson?

—Sí. Al final le va a dar tiempo a pasar por Estocolmo. Sería muy importante para mí poder verlo un par de horas antes de Navidad.

La irritación se tornó real en un instante.

—¿Qué es lo que intentas decirme?

Jakob la contempló mientras hacía girar la copa de whisky en su mano. Igual de inescrutable que un gato viendo la tele, pensó ella. Como siempre. Su sonrisa, que tenía la misma curvatura que el sofá, no revelaba ni rastro de ironía, y en sus ojos verde pálido, en los que antaño había querido pasear descalza, no se vislumbraba premeditación alguna. Por supuesto, era esa ilusoria falta de resistencia la que lo hacía tan difícil de vencer. Y la que hacía que..., desvió la mirada de su marido para reflexionar mejor..., la que hacía que el terreno de juego del inminente conflicto se situara por completo dentro de ella misma. Era injusto, muy injusto; hacía cuatro años que había caído rendida ante esa elasticidad primitiva, o como narices se quiera llamarlo, y la paradójica idea de que serían justo esas mismas características las que en el futuro harían que ella lo dejase se le pasó por la cabeza como un fogonazo. No era la primera vez. Quedarías mejor en una película, Jakob Willnius, pensó ella. Mucho mejor.

—Salud, Kristina —dijo él—. Bueno, lo que quiero decir es que, si los estadounidenses están dispuestos a invertir diez millones en el proyecto Samson, sería una estupidez perder la

oportunidad solo por estar atrapado en una abominable cena de familia en Kymlinge. La palabra *abominable* la he sacado de una fuente iniciada y sensata, quizá a mí no...

—Ya. ¿Y cuándo se supone que el tal Jefferson va a aparecer, exactamente?

—El martes por la noche. Luego tiene un vuelo a París el miércoles a mediodía. Pero una reunión la mañana del miércoles se encuentra dentro del marco de posibilidades.

—¿Dentro del marco de posibilidades? Pero no volvemos hasta el miércoles por la noche.

—Cierto. —Había dejado de mirarla y ahora se examinaba las uñas, ¿es que las estaba contando o qué?—. Kristina, tú sabes que estoy dispuesto a participar en este espectáculo, pero tal y como lo veo, yo podría volver en nuestro coche el martes por la noche. O de madrugada. Kelvin y tú podríais coger el tren, o regresar con Robert. Se supone que él vuelve el miércoles, pase lo que pase... Por cierto, me alegra que vaya, a pesar de todo.

¿Te alegras?, pensó ella. ¿De qué coño se puede alegrar uno con Robert? Apuró su copa y se arrepintió de no haber pedido que le echara dos dedos. O cuatro.

—Si lo he entendido bien —continuó Jakob—, la idea no es que estemos allí toda la noche. Nos alojamos en el hotel, así que ni siquiera tienen por qué enterarse de que me voy un poco antes. ¿Tú qué opinas?

Ella inspiró hondo y tomó carrerilla.

—Si tan importante es que veas a Jefferson, y si ya lo has decidido, la verdad es que no entiendo por qué me lo consultas, Jakob.

Le dio la oportunidad de protestar durante un instante, pero él se limitó a saborear un sorbito del whisky mientras asentía con la cabeza con gesto interesado.

—¿Y cómo voy a saber yo lo que han planificado? —siguió ella—. Es el cuarenta cumpleaños de mi hermana y el sesenta y cinco cumpleaños de mi padre. Es la primera vez que ves a toda la familia reunida, y probablemente la última, pues piensan vender la casa y mudarse a la Costa Senil. La familia está escandalizada, mi padre lleva toda la vida aspirando a ser un hombre cabal y una especie de pilar de la pequeña burguesía, y de pronto su único hijo varón va y se pone delante de las cámaras a hacerse una paja... No, no sé lo que nos espera allí, pero si es tan importante para ti desayunar con ese magnate yanqui, no dejes que mi familia se interponga.

Jakob eligió la más sencilla de las salidas. Interpretó sus palabras de manera literal, fingiendo no enterarse del abismo irónico que se escondía bajo estas.

—Bien —respondió de forma breve y neutral—. Yo le propuse las nueve de la mañana del miércoles. Entonces lo llamo y se lo confirmo.

—¿Y si la fiesta no termina hasta la medianoche?

—Me marcho de todos modos. De noche no se tarda más de tres horas, y a mí me bastan cuatro o cinco de sueño, no necesito más.

—Haz lo que quieras —espetó Kristina—. Quién sabe, quizá Kelvin y yo nos vayamos contigo.

—Nada me alegraría más —respondió Jakob con una nueva e indulgente sonrisa—. ¿No

quieres un poquito más? Está buena, esta leche de burra.

Se despertó a las dos y media de la madrugada y tardó más de una hora en volver a conciliar el sueño. No solía ser una hora propicia para los buenos pensamientos, y esa vez no fue ninguna excepción.

Esto no va a funcionar, pensó. Jakob y yo no vamos a poder seguir. Somos como dos actores en obras de teatro diferentes.

Nuestros instrumentos no están afinados... Despacio pero sin esfuerzo, fueron brotando los argumentos a la superficie. No estamos nunca en el mismo espacio, no hablamos el mismo idioma, somos como el agua y el aceite, a él jamás se le ocurre una idea parecida a las mías. Dentro de cinco años..., dentro de cinco años voy a estar entre las madres solas en mi primera reunión de padres del colegio. ¿Y es que por qué demonios tendría siquiera que preocuparme por buscar otro hombre? Me rindo.

Exijo demasiado, pensó un minuto más tarde.

Justo así lo expresaría Ebba. La magnífica Ebba. La perfecta. «Deja de ser tan jodidamente engreída de una vez, hermanita. Alégrate de lo que tienes porque lo cierto es que podrías haber acabado mucho peor.»

Aunque también es verdad que jamás se le ocurriría hablar de esto con Ebba.

Pero ¿y si lo hiciera? Tienes demasiadas pretensiones y exiges demasiado, diría. ¿Por qué te empeñas en creer que existe alguna persona —¡un hombre encima!— a la que le gustaría perderse por los confusos caminos de tu alma feminista? ¡No hay más que ver esos guiones con los que luchas! Todos los demás del equipo tragan con lo que toca y trabajan según el contrato, solo tú te empeñas en complicarte la vida y al final siempre tienes que dedicar el doble de tiempo a trabajar y repasar el texto. Reescribir y reescribir y reescribir. Te han encargado producir mierda, ¡así que aprende a hacer lo que te han mandado hacer y luego olvídate del tema! Porque escribas lo que escribas, el mundo nunca entenderá tu genialidad.

En fin, eso es lo que podría haber comentado Ebba. Si hubiera estado al corriente de la situación.

Algún minuto más tarde, apareció el obligado barniz pálido de la prudencia cuando se puso en la barricada de Ebba y rompió una lanza en contra de sí misma: ¡no hay ninguna genialidad oculta bajo tu cráneo, Kristina Hermansson! No posees ni una pizca de originalidad. Ninguna creatividad genuina. No eres más que una capulla insatisfecha con delirios de grandeza. Y siempre lo has sido. Los únicos cambios cualitativos que la vida te deparará serán convertirte primero en una capulla de mediana edad y después en una capulla vieja.

Se levantó y bebió un poco de zumo de manzana. Se preparó una tostada de crujiente pan de centeno con queso cheddar. Se puso delante del espejo del baño para contemplar su cuerpo. Era el cuerpo de siempre, había visto días mejores, pero los pechos eran simétricos, el estómago

plano y las caderas de una anchura justa. Nada de celulitis. La verdad es que su aspecto era el de una mujer, y si fuera hombre, probablemente le gustaría lo que veía.

Aunque se había encomendado al mismo macho el resto de su vida, ¿no? Y a ese macho le gustaba hacer el amor en la oscuridad. Sin duda porque no quería que le viera su incipiente michelín. De modo que solo era ella misma quien de vez en cuando disfrutaba de la imagen de ese cuerpo todavía bien conservado. Treinta y un años. Jakob tenía cuarenta y tres. Si se le diera la vuelta a esa disparidad de edades, significaría que ella podría ligarse a uno de diecinueve. Un fugaz cosquilleo recorrió el interior de sus muslos, pero se quedó en eso. De momento.

Qué ridículo, pensó. Joder, qué seres más ridículos somos los humanos. ¿Por qué dedicar tanto tiempo y esfuerzo a reflexionar sobre nosotros mismos y nuestras presuntas vidas? Nuestro egocéntrico trayecto hacia la tumba.

Debería hacerme creyente, se le ocurrió. Al menos debería empezar a interesarme por algo; ballenas o mujeres afganas u otras especies oprimidas. Pero ¿por mi marido y mi hijo? Eso es lo mínimo que podía pedirse.

Quizá por Robert también, sabía que le costaría perdonarse a sí misma si el tío va y se suicida.

¿Pero por Jakob?

¿Cómo iba a hacerlo?

Él le había dado coba desde el primer momento. Dijo que su guion destacaba entre los otros veinticuatro textos participantes, lustrando de lo lindo su vanidad femenina. La contrató enseguida; ella tenía veintisiete años, pero cayó como una adolescente hambrienta de reconocimiento.

Fue en mayo de 2001, hicieron el amor por primera vez en agosto, y unos diez minutos antes de que empezaran, él le contó que estaba casado y que tenía dos hijas gemelas de quince años.

Ella cayó rendida también ante ese tipo de sinceridad. Y cuando, de hecho, él solicitó el divorcio menos de seis meses más tarde, se frustró la sombría profecía de su amiga Karen. (¡No se van a divorciar nunca! ¡Cómo coño puedes ser tan idiota! ¿No has leído un libro de psicología en tu vida? ¡A amebas como tú habría que esterilizarlas!) No fue hasta que se quedó embarazada y la boda estaba a las puertas cuando le quedó claro que Annica, la madre de las gemelas, se había adelantado un año a su marido en ese intrincado juego de buscarse una nueva pareja. No fue Jakob quien destapó esa revelación, sino una de las hijas, Liza, en plan pantera. (Para que no pienses que has sacado a nuestra madre del tablero de ninguna manera. ¡Solo estaba esperando a que alguien como tú apareciera!)

La antigua familia de Jakob se mudó a Londres —liderada por el nuevo macho alfa— más o menos por la misma época en la que nació Kelvin, y su recuerdo parecía desvanecerse como una vieja fotografía bajo una luz solar demasiado intensa. Todo resultaba de lo más raro, a decir

verdad, algo debía de haber estado muy fuera de quicio, pero ¿por qué hurgar en viejos estercoleros?

La casa en Gamla Enskede era carísima. Sin embargo, Jakob Willnius no solo tenía posición social, sino también dinero: era una especie de niño mimado de la televisión digital y despersonificada de los nuevos tiempos; tenía responsabilidad en la programación televisiva y había sobrevivido a dos tristemente célebres jefas como ningún otro hombre meramente mortal había conseguido antes. (Bueno, vale, el tío tiene algo muy especial, en eso estoy de acuerdo, había reconocido Karen, pero sobre si será para bien a largo plazo, prefiero no pronunciarme.) Se ha agenciado una mujer doce años más joven, pensó Kristina en sus momentos más cínicos. Yo soy su boleto ganador en la vida y nunca me va a dejar voluntariamente mientras yo acceda a follar dos veces por semana. Si me muero de hambre un día, será culpa mía.

Pero la implacable carcoma del descontento cotidiano se había intensificado durante los últimos meses, eso no podía negarlo. La necesidad de..., sí, ¿de qué?, se preguntó mientras salía del cuarto de baño. ¿Castigarlo? Otra ridiculez, ¿qué diablos ganaría castigando a Jakob? ¿Qué eran esas palabras insidiosas que invadían sus pensamientos?

Pero el pensamiento y el sentimiento se negaron a hacer las paces. Se mordían en la garganta, y era ahí donde estaba, eso lo tenía claro, el problema. Justo ahí.

Soy primitiva, pensó mientras se metía de nuevo bajo las sábanas en la cama de matrimonio, a una buena distancia de él. Pero está bien entender los motivos de mi comportamiento. Y la vida, de hecho, no es más que esto. *Bonjour, tristesse*.

Entonces, ¿qué demonios debo hacer?, pensó después. O más bien: ¿qué me gustaría hacer?

¿Qué hay en mi vida que de repente me resulta más o menos insoportable?

Pero antes de que le diera tiempo a intentar aclarar esas tenaces dudas, el sueño por fin se apoderó de ella. Y ya era hora, porque probablemente no le quedaban más que tres horas antes de que Kelvin empezara a reclamar su atención. A su discreta manera.

Cuando el escándalo acababa de estallar, su madre la llamó para preguntarle si Jakob podría haber estado involucrado en la selección de Robert para «el programa ese».

Kristina había rechazado la idea como algo absurdo, pero no pudo evitar preguntárselo esa misma noche.

Entonces, por una vez, él dio muestras de algo que podía asemejarse a enfado.

—Pero, Kristina, ¿qué insinuación es esa? Joder, tú sabes muy bien que no. Además, los dos sabemos lo que pienso de Lindmanner y Krantze.

—Perdona, ha sido mi madre quien me lo ha preguntado. La verdad es que mis padres están bastante alterados.

—Ya me imagino —constató Jakob—. Si te soy sincero, no me parece mal que haya ocurrido. A partir de ahora va a resultarles muy difícil conseguir apoyos para sacar adelante ese

tipo de programas.

—¿Quieres decir que la aportación de Robert puede significar algo bueno a largo plazo?

—¿Por qué no? Si la gente quiere más de lo mismo, solo tiene que bajar un par de peldaños en la escala y ver los canales porno, ¿no?

Tenía razón, claro. Pero la sola idea de la escala la irritaba. *Grosso modo* se podía hablar —por encima de las películas porno— de tres niveles de calidad en la industria del entretenimiento televisivo: en el más bajo se hallaban los programas de telerrealidad con el ejemplo de *Fucking Island* como una especie de «mínimo histórico». En medio estaban las teleseries y los concursos; los magacines, los debates y el supuesto análisis de la sociedad. Pero entronado en lo más alto se encontraba el viejo Departamento de Producción Dramática —que ya no existía como tal, o al menos tenía otro nombre desde hacía tiempo, y que en gran medida seguía durmiendo sobre los laureles de los años setenta y ochenta—, y era ahí donde se encontraba Jakob y donde él asumía la más distinguida de las responsabilidades. En este departamento ni siquiera se tomaban en serio las cifras de audiencia; solo atendían a la calidad y a los premios internacionales.

Fuera como fuera, aunque esas escalas podían discutirse y variar de una época a otra, no cabía duda de que Robert Hermansson, su hermano, se hallaba bien al fondo, en el punto más bajo posible. Una celebridad efímera, esperaban todos, pero dos millones de espectadores eran más de los que Jakob Willnius había alcanzado en sus seis últimas producciones.

Sin contar una nueva «última película» del famoso director ermitaño de la isla de Fårö. Así de claro, era inútil negarlo. *The show must go on*.

Durante la baja maternal estaba segura de que no volvería a La Fábrica, pero cuando llegó el momento no había tenido elección. Un año más, había pensado, le doy un año más.

Ese año terminó el 1 de noviembre. Ahora las Navidades estaban a la vuelta de la esquina y Kristina seguía buscando nuevas ideas y escribía guiones para la posible continuación de una criticada serie sobre un primer ministro y una nación en crisis. Y otras cosas del estilo. A partir del 20 de enero tenían reservadas dos semanas en las Maldivas; vale, venga, se había dicho a sí misma, sigo hasta entonces, luego se acabó. En febrero tengo que hacer algo nuevo.

—Vas demasiado rápido —dijo Jakob—. No tenemos prisa, ¿verdad?

Ella bajó la velocidad a cien.

—¿Quieres parar a comer? —preguntó.

Jakob echó un vistazo a Kelvin.

—¿No sería mejor esperar a que se despierte nuestro príncipe heredero?

—Vale. ¿En qué piensas?

Tardó unos segundos en responder.

—En tu familia, de hecho. Podrías escribir un guion sobre ellos.

—Vete a la...

—No, lo digo en serio. Una especie de *reality* documental crítico. Hay varios en Estados Unidos, pero aquí nadie lo ha hecho. Sobre lo que ocurre en una familia cuando...

—Déjalo, Jakob. Si vuelves a mencionar el tema, estampo el coche en el primer muro que encuentre.

Él le puso la mano sobre el brazo un instante mientras parecía reflexionar.

—Perdona —dijo al cabo de un rato—. Pero solo quería decir que sois un grupo de personas muy interesante... y quizá representativo también.

—¿Representativo de qué?

—De nuestro tiempo —contestó él.

Ella esperó una continuación, pero no la hubo. En su lugar Jakob se puso a hojear el periódico. ¿Un grupo de personas muy interesante?, pensó ella. Qué fácil era para él decir una cosa así. Hijo único en una familia de clase alta con residencia en el elegante barrio de Stocksund. Sus padres habían muerto de cáncer los dos, de distinto tipo y en diferentes partes del cuerpo, pero con menos de diez meses de diferencia. Hacía siete años. El árbol genealógico viviente de Jakob solo iba en una dirección y comprendía al propio Jakob y a las cada vez más lejanas gemelas de Hampstead. Así como a Kelvin. Un anciano tío llevaba toda la última década agonizando en Gilleleje, en Dinamarca, y, una vez que pasara a mejor vida, legaría una considerable herencia. Sí, desde luego que había motivos para preguntarse lo que Jakob entendía por «representativo». Y por «nuestro tiempo».

—Tienes razón —respondió ella—. Pensándolo bien, sin duda podríamos ofrecer un valor de entretenimiento bastante importante.

En esta ocasión él optó por captar el subtexto.

—Pero si a ti no te cae bien ninguno de ellos... —replicó él—. No entiendo por qué siempre te empeñas en defenderlos delante de mí. Lo considero un poco infantil, la verdad.

—No es tan sencillo amputar las partes del cuerpo que a uno no le gustan —explicó ella con paciencia—. Aunque Jesús de Nazaret sostenga que deba hacerse. Por lo demás, nunca he tenido nada en contra de Robert..., al menos no hasta ahora.

Jakob volvió a quedarse pensativo un momento antes de doblar el periódico y observarla de reojo.

—Llevas días cabreada conmigo. ¿No puedes decir de una vez por qué y darme una oportunidad?

Pero antes de que a ella le diera tiempo contestar, Kelvin se despertó entre hipos y sollozos, y ya no se habló más del tema.

Capítulo 5

El programa *Los presos de Koh Fuk* lo idearon dos creativos con las musas por las nubes que fueron reclutados en especial para el proyecto, Torsten «Bengala» Lindmanner y Rickard Krantze, y fue una de las productoras especializadas en telerrealidad del país la que se ocupó de la realización del pésimo espectáculo. La idea maestra del proyecto, en la medida en que se pudiera emplear semejante concepto en este contexto, debía consistir en llegar al límite. Emitir durante unas cuantas semanas de otoño una serie de programas de un denigrante *reality show*, tan transparentemente horribles que ni siquiera habría que simular ningún tipo de decencia, ni ningún objetivo más noble que el de mostrar la cara más borracha, guarra y desnuda de un grupo de personas.

El punto de partida era sencillo. Una isla. Dos grupos —o equipos—, uno masculino y otro femenino. Una persona, o tal vez dos, ganaría una inmensa cantidad de dinero. Al principio, durante los dos o tres primeros programas, los equipos debían mantenerse separados, pero solo hasta un punto que permitiera a un espectador no novato en esas lides intuir que se había producido alguna que otra vulneración de esa norma. De lo que se trataba —el objetivo de todo el jodido tinglado, tal y como lo expresó Krantze en la primera y única rueda de prensa que se celebró antes de partir hacia la isla en septiembre— era de llevar a cabo una misión muy especial, pero el carácter y el contenido de esa misión se mantuvo inicialmente en secreto tanto para los concursantes como para los espectadores.

Las cinco mujeres eran todas muy guapas y tenían entre veinticinco y treinta y cinco años. El denominador común era que todas eran solteras, heterosexuales y en algún momento habían ganado algún tipo de concurso de belleza; como mínimo habían sido seleccionadas para hacer de santa Lucía a nivel regional o municipal. La isla se llamaba Koh Fuk y estaba situada a una hora y pico en bote de cola larga de Trang, en el sur de Tailandia. La tarea inicial de las mujeres durante los diez primeros días en la isla consistió en conseguir un bronceado lo más intenso y atractivo posible; se enviaban todos los días vídeos de su continua toma de sol llenos de piel al descubierto, pechos de silicona y tangas al campamento de los caballeros, que asimismo estaba formado por cinco solteros de edades comprendidas entre los veintiséis y los treinta y ocho. Estos caballeros votaban todas las noches el mejor bronceado y puntuaban otras siete variables femeninas, según un sistema elaborado por Lindmanner y Krantze tras haber consultado con los expertos de una de las principales publicaciones de la llamada «prensa amarilla». Durante el día, los caballeros se dedicaban a medir sus fuerzas en diferentes disciplinas, como escalada de

cuerda, salto de longitud, equilibrio invertido de manos y pulsos, todas ellas realizadas con la más sencilla de las vestimentas: gafas de sol y una funda para el pene de alegres colores. Luego, también todas las noches, las damas, acompañadas de la puesta de sol y un par de copas de champán, puntuaban y comentaban las hazañas de los caballeros siguiendo el correspondiente sistema de variables.

El equipo masculino estaba compuesto por —o al menos eso se pretendía— un puñado de célebres, además de heterosexuales, estrellas del deporte. El estrellato de los participantes que finalmente resultaron seleccionados por los directores de producción brillaba algo menos de lo esperado por los creadores, ¿pero qué demonios?, como lo expresó Krantze en la ya mencionada conferencia de prensa. *Life is a meatball.* [1]

Los cinco eran: un jugador de hockey sobre hielo con dieciséis partidos en la selección y media temporada en la liga norteamericana NHL; un luchador con una medalla de bronce en el campeonato europeo y dos medallas de oro en el nacional; un esquiador de fondo con cuatro medallas en campeonatos nacionales en relevos y una de bronce en la carrera Vasa; un remero con una final olímpica y un bronce en el campeonato europeo, así como Robert Hermansson, corredor de obstáculos con dos cuartos puestos en dos encuentros consecutivos contra Finlandia representando a la selección de atletismo.

Este último, Robert Hermansson, era sin duda el de menos méritos en un grupo ya de por sí con muy pocos, y se lo invitó a participar en el último momento como sustituto de un jugador de fútbol muy conocido que, por desgracia, se echó novia y se acobardó solo unas semanas antes de la salida hacia Koh Fuk a finales de septiembre.

Después de una semana y pico (en el programa número tres), se juntó a los bellamente bronceados y semidesnudos machos y hembras para celebrar una fiesta en la playa en la que el alcohol corría de manera dionisíaca, pero donde también se llevaron a cabo algunas nuevas competiciones: juego de la cuerda, carrera con mujer a hombros, lucha libre y salto de pídola. Un detalle que añadió algo más de chispa a la noche, ignorado tanto por los participantes como por los telespectadores (pero no por los reporteros de los tabloides), era que las copas habían sido aderezadas con una suave dosis de anfetaminas para subir el ánimo a los concursantes. Tras las carreras y la fiesta, se les concedieron dos horas durante las que se relacionaron libremente en la playa al amparo de la noche. Para beneficio de los telespectadores y con la ayuda de cámaras infrarrojas, pudo registrarse la consumación de nada menos que dos coitos. Sin embargo, resultaba imposible distinguir a los ejecutantes, lo que dejó el campo libre a unas entretenidas especulaciones. Ya en ese momento —en el tercer programa— la audiencia superaba el millón: 1.223.650, un número para nada carente de importancia, puesto que, traducido a coronas, constituía la primera parte del prometido premio.

En el cuarto programa se revelarían dos cosas: la suma total del premio (1.223.650 más el número de espectadores de esa noche, que alcanzaría la sobresaliente cifra de 1.880.112, de modo que la cantidad total superaría los tres millones de coronas) y el verdadero objetivo y

propósito de *Los presos de Koh Fuk*. Y fue en este último aspecto en el que se manifestó la verdadera grandeza creativa de Lindmanner y Krantze.

Se trataba de fecundarse unos a otros. Ni más ni menos.

Por alguna razón, ya desde el primer momento los tabloides se enamoraron de *Koh Fuk* —o de *Fucking Island*, como enseguida lo rebautizaron—, y después del primer programa enviaron reporteros permanentes acompañados de fotógrafos (equipados con dispositivos infrarrojos). El interés quizá se debía a la semiconfirmada historia de que dos de las reinas de la belleza presentes en la isla habían salido, pero durante diferentes períodos de tiempo, con un célebre atracador de bancos, cosa que se consideraba que creaba buenas sinergias; o a lo mejor se debía a que los demás programas de telerrealidad de ese otoño resultaron platos bastante mediocres con conflictos manidos, sosos y previsibles, y no tenían más que desnudos a medias; o tal vez se debía a otra cosa. En cualquier caso, pronto resultó evidente que *Fucking Island* se había convertido en el gran éxito televisivo del otoño.

Y la guinda del pastel era genial, en eso estaba de acuerdo la mayoría: engendrar un niño.

Además, ganar millón y medio por hacerlo; o incluso tres millones si la pareja decidía unirse y formar una familia. Desde el punto de vista de las mujeres se trataba de ser la primera en tener un embarazo confirmado por el equipo médico presente. Desde el lado masculino, ser quien había fecundado el óvulo de dicha mujer y poder probarlo mediante un análisis de ADN del líquido amniótico.

Se acabaron los juegos de la cuerda, hacer el pino y las carreras con mujeres al hombro. Solo se mantuvo en la agenda una sesión de rayos de sol.

En su lugar: pereza, baños, alcohol y cópula libre donde y cuando surgiera la oportunidad.

Y un seguimiento con cámaras de una cobertura inaudita.

Y entrevistas. Y mentiras. Y crisis nerviosas. Y consultas psicológicas e insultos y más alcohol.

Tormenta mediática. Llamadas a la reparación moral. Tres ministros que expresaron su rechazo en tres tertulias televisivas diferentes.

Y casi dos millones de espectadores durante el quinto programa, en el que aún era pronto para poder constatar algún embarazo (evidentemente, una jugada magistral en el arte del aplazamiento inteligente), pero en el que los cinco hombres y las cinco mujeres estaban disponibles para las apuestas en Oddset. Tanto para la apuesta individual como para el doble de la semana. De entre las mujeres, una tetona —siliconada en nada menos que catorce sitios— procedente de Escania, de ojos marrones y que había sido filmada con dos de los hombres, posiblemente tres, era la favorita y la que daba menos por el dinero apostado —en torno a 2,40 por 1—, mientras que el viril remero era el favorito entre los caballeros, con algo más de 3 por cada corona jugada. Robert Hermansson se movía en la horquilla de 15 a 25 por 1, muy alejado

incluso del segundo concursante con menos apuestas, el esquiador de fondo, que se mantenía entre 8 y 12 por 1 la mayor parte del tiempo.

Después del sexto programa, que se emitió el 5 de noviembre, un doble de la semana daba por Robert y la agresiva y semidesnuda ex santa Lucía del pueblo de Grums nada menos que 158 por cada corona apostada tras una sonora bofetada y la firme declaración de que, si a Robert siquiera se le pasaba por la cabeza acercarse a ella, le arrancaría las pelotas con los dientes.

Fue en el siguiente programa, el penúltimo, con 1.980.457 telespectadores, cuando se pudo constatar que alguien había logrado preñar a la Miss Hälsingland de 1995, una apuesta que daba 4,82 por 1. Y fue en la misma emisión en la que se pilló al excorredor de obstáculos Robert Hermansson borracho en toda su lastimosa y frustrada humanidad, masturbándose en la orilla con enérgicos movimientos mientras aullaba mirando a la luna. Un columnista de un periódico local de provincias escribió que esa imagen marcaba un antes y un después en la historia de la televisión.

Robert el Pajillero provocó unos titulares casi a la altura de los de la Miss Hälsingland, pero en el último programa (2.011.775 telespectadores) —en el que de forma algo sorprendente se reveló que el jugador de hockey sobre hielo (apuesta individual: 6,60 por 1; apuesta doble: 21,33 por 1) era el feliz semental y futuro padre del niño— Robert Hermansson ni siquiera participó. Había abandonado *Fucking Island* y se hallaba en tratamiento terapéutico en un centro de reposo ubicado en un lugar secreto en alguna parte del reino de Suecia.

Robert se caló la gorra hasta los ojos y se puso las gafas de sol antes de entrar en la gasolinera y pagar. Compró un café y también tabaco; se dio cuenta de repente de que no podría aguantar a su padre ni a su hermana mayor sin una dosis alta y constante de nicotina en las venas.

Eran las 16.15 del lunes 19 de diciembre y quedaba menos de hora y media en coche para llegar a Kymlinge. Dio cuatro vueltas alrededor del área de la gasolinera solo para hacer tiempo. Se fumó dos cigarrillos. Había prometido aparecer no más tarde de las siete. Por tanto, no había motivo alguno para estar allí a las seis o a las seis y media. Cuando subió al coche todavía tenía la sensación de que llegaría demasiado pronto, ¿aunque tal vez podría hacer otra parada más? ¿Por qué no? Compraría una botella de agua con sabor a limón y un paquete de chicles en otra gasolinera y así dejaría pasar otros diez minutos.

Salió a la carretera al tiempo que intentaba evocar la ilusoria imagen de Jeanette Andersson, que quizá podría convertirse en su salvadora en ese momento de necesidad, pero le costaba darle una forma precisa. Aunque la idea de que lo deseara desde la adolescencia le resultaba cada vez más agradable según lo iba pensando. Un deseo sexual contenido y acumulado durante quince, veinte años, las flores del amor que podrían brotar de una tierra tan fértil...

Pero le costaba conservarla en su cabeza. No llevaba más de unos diez o quince minutos conduciendo cuando le sobrevino algo que nunca había experimentado hasta entonces: un

malestar roedor y paralizante al mismo tiempo, tan intenso e implacable que se vio obligado a parar en un área de descanso, bajar del coche y fumarse otro cigarrillo.

Paseó la mirada a su alrededor. Era un aparcamiento de lo más normal, y no había parado ningún otro coche más en esa fría e inhóspita oscuridad grisácea que reinaba. El asfalto, libre de nieve, brillaba y no estaba resbaladizo, así que probablemente habría dos o tres grados. Un tupido bosque de abetos se extendía a ambos lados de la carretera; no había mucho tráfico, algún que otro coche por minuto en cada dirección, no más, y soplaba un viento débil del norte si es que había situado bien los puntos cardinales.

Pero no era el mundo exterior el que se abría paso en él. La sensación que brotaba del interior de su cuerpo le resultaba al mismo tiempo familiar y terriblemente desconocida. Venía de un punto entre el estómago y el tórax, quizá del plexo solar, se expandía despacio, sobre todo hacia arriba, le parecía, y reducía a cenizas todo lo que encontraba en su camino. Un incendio desértico interior, o una gangrena, que no se podía combatir, solo aguardar que siguiera su curso y aceptarlo.

Voy a morir, pensó Robert. Aquí y ahora, en este oscuro aparcamiento por fin voy a morir. No se puede parar, ni siquiera hace falta que salga a la carretera a que me arrolle un coche. Llevo tiempo con el germen de la muerte en mi interior, ha estado ahí al acecho, germinando, creciendo, esperando su momento, y ahora ha llegado. No puedo moverme. Literalmente no puedo moverme, todo resulta inexorable, este es el final del camino, nunca saldrá una novela de mi mano. Nadie leerá nunca *Hombre sin perro*.

Intentó llevarse el cigarrillo a la boca, pero la mano no le obedecía. Intentó separar los dedos para dejar caer el cigarro al suelo, pero ni el más mínimo temblor reveló que las señales enviadas por el cerebro hubiesen alcanzado su destino. Intentó girar la cabeza para mirar el coche en lugar del oscuro bosque y el inquieto cielo, pero no se produjo ningún movimiento.

Ninguno en absoluto.

Hasta que el cigarrillo, casi sin que reparase en ello, se deslizó entre sus dedos y aterrizó a unos diez centímetros de su pie derecho. Se quedó allí, humeando con lentitud antes de apagarse; lo vio en un lateral de su campo de visión sin tener que bajar la mirada.

Dios mío, pensó Robert Hermansson. ¿Ya estoy muerto? ¿Estoy muriéndome ahora mismo? ¿Estoy abandonando mi cuerpo en este instante para transformarme en otra cosa?

Pero todo seguía pareciendo entero e indivisible. El dolor en el pecho no cedía, la respiración llegaba en pequeños y breves golpes, el viento soplaba todavía débil y del norte y resultaba mortalmente frío en su húmeda frente, las luces de un vehículo lo deslumbraron, se acercaron más, pasaron y desaparecieron. Luces y ruidos. Luces y ruidos.

Un número desconocido de vehículos transitó de la misma manera durante un número desconocido de minutos, un número desconocido de acontecimientos sucedieron o dejaron de suceder en el mundo exterior, y luego se desplomó.

Hacia delante en diagonal, dirección nordeste y con las manos a los lados; justo antes de

chocar contra el suelo, consiguió girarse, por lo que recibió el golpe con el hombro derecho. Se quedó tirado en el suelo sobre el costado derecho con brazos y piernas extendidos sin sentir ningún dolor, solo advirtió que su mandíbula empezaba a temblar. Intentó cerrar los puños sin lograrlo, intentó hacer que la mandíbula dejara de temblar antes de rendirse y perder la consciencia.

Un fugaz sueño se coló entre las rejas de su sopor. Solo era un niño, de cuatro o cinco años, tenía a su padre delante y se había meado encima.

—Lo has hecho a propósito —dijo el padre.

—No —contestó—. No lo he hecho a propósito. No he podido pararlo.

—Que sí —repuso el padre—. Te conozco, lo has hecho a propósito. Podías haber ido al baño, pero querías hacer sufrir a tu madre obligándola a lavar tu ropa toda empapada de pis.

—No, no —insistió con el llanto en la garganta—. No ha sido así. No he podido pararlo, puedo lavarme yo mismo la ropa sucia.

El padre apretó los puños con rabia.

—Y para colmo mientes —espetó—. Te meas encima a propósito, haces sufrir a tu madre y mientes. ¿Para qué crees que te hemos traído al mundo?

—No lo sé, no lo sé —gritó desconsolado—. No puedo evitarlo, no es como dices, padre, yo os quiero a todos, déjame vivir y ya veréis.

Su padre abrió un cajón del escritorio grande detrás del cual estaba sentado y sacó algo. Era la cabeza de su hermana Kristina. Ensangrentada y aterradora, separada del cuerpo. El padre la agarraba del pelo con el brazo extendido, se mecía de derecha a izquierda, de izquierda a derecha encima del escritorio. Kristina parecía desconsolada, y al final el padre le tiró la cabeza a Robert, que a punto estuvo de mearse encima una vez más. Justo cuando se disponía a coger la cabeza de su querida hermana pequeña, en el mismo instante en que alargaba las manos hacia ella como si fuera un portero de balonmano que intenta parar un tiro bien dirigido, justo antes de que le diera tiempo a rozar el cabello rojizo con las puntas de los dedos... se despertó.

Se levantó deprisa, dio tres pasos en dirección al lindero del bosque, se desabrochó la bragueta y se puso a orinar.

Cuando subió de nuevo al coche, a gatas, tenía tanto frío que temblaba y apenas era capaz de meter y girar la llave para arrancar.

—No, no —dijo Ebba Hermansson Grundt—, vamos a esperar con el audiolibro. Ahora lo que queremos es un informe detallado de Henrik. El primer semestre en la universidad es siempre un hito en el desarrollo personal, te guste o no.

Leif Grundt suspiró y apagó el reproductor de CD. Él, por su parte, había terminado su desarrollo personal tras dos años de instituto especializándose en estudios comerciales. Por supuesto que le interesaba saber cómo le iba a su hijo mayor en Uppsala, era un buen padre que

lo hacía lo mejor posible y él mismo había crecido en esa ciudad universitaria —en el barrio de Salabacke, a la debida distancia de los pastos académicos—, pero aun así.

Henrik era territorio de Ebba, se trataba de un derecho de explotación que probablemente había adquirido fuerza legal ya en el útero, y nada había cambiado desde entonces. Y menos ahora, con estudios de derecho, alojamiento en residencia universitaria, participación en las actividades de los clubes estudiantiles, fiestas tradicionales, cenas formales, ponche en el café de la tarde, canciones báquicas y toda la pesca.

Bueno, pensó Leif, quizá todo salga bien y sea un hombre normal a pesar de todo.

—Ha ido bien —dijo Henrik.

—¿Bien? —repitió su madre—. Haz el favor de entrar un poco más en detalles, si no te importa. O sea, ¿tenéis el examen final del semestre en enero? No entiendo por qué dejan que el semestre de otoño continúe después de Navidad y Año Nuevo; en mis tiempos no se hacía así. Un examen parcial tal vez, como mucho, pero ¿todos los créditos del semestre? Bueno, tienes tres semanas para estudiar, a pesar de todo. ¿Verdad?

—Lo tengo todo controlado —la tranquilizó Henrik—. Somos un grupo de cuatro que llevamos todo el otoño estudiando juntos. El dos de enero nos ponemos sin parar durante diez días.

—Te habrás acordado de traerte los libros, espero —dijo Ebba con un tono de preocupación y solicitud maternal en la voz.

—Un par —contestó su hijo—. No tenéis por qué preocuparos por ese tema.

Leif Grundt se dispuso a adelantar a un camión alemán de color amarillo sucio, y como Ebba Hermansson Grundt nunca hablaba durante un adelantamiento, el interior del coche se quedó en silencio unos diez segundos. Kristoffer echó una ojeada a su hermano en el asiento de atrás. ¿Por ese tema?, pensó. ¿Eran imaginaciones suyas o había un sentido oculto en lo que Henrik acababa de decir? ¿Había algo por lo que sí debían preocuparse? ¿Otro tema?

No lo creía. Súper-Henrik jamás les había dado motivos de preocupación a sus padres. Le salía bien todo lo que se proponía: el colegio, su rendimiento deportivo, tocar el piano, jugar al Trivial, pescar con mosca..., lo que fuera. Siempre había sido así. Una vez, cuando Henrik tenía once años y se convirtió en campeón regional del concurso televisivo *Los que estamos en quinto curso*, su padre había dicho que Henrik solo tenía un problema en la vida: decidir si quería ser premio Nobel o primer ministro. Su madre había apostillado inmediatamente que Henrik tendría tiempo de sobra para las dos cosas; y Kristoffer, que en aquel entonces solo contaba seis años, se había encerrado en su habitación enfurruñado, ya que el hermano mayor, como siempre, rapiñaría todos los elogios y los dos mejores trabajos: premio Nobel y primer ministro. Maldito Henrik de mierda, había pensado, yo voy a ser rey y entonces ya verás. Te obligaré a comer verduras crudas toda tu vida hasta que te atragantes.

Pero ahora —a lo mejor, si había interpretado bien esa pequeña disonancia en la voz del hermano—, ¿habría por qué preocuparse?

Vanas esperanzas, pensó Kristoffer mientras observaba con mirada sombría el camión manchado de sal que se deslizaba despacio hacia atrás al otro lado de la ventanilla. No, cosas así no pasan en nuestra familia.

—Y esa chica, ¿qué? —preguntó Ebba mientras empezaba a limarse las uñas, tarea para la que solo tenía tiempo cuando iba en el coche sin conducir, ocasión que, justo por eso, nunca dejaba escapar—. Os cuidáis, ¿no?

Que si usan condón, tradujo Kristoffer en silencio para sí mismo.

—Sí —respondió Henrik—. Nos cuidamos.

—¿Jenny? —dijo Ebba.

—Sí, Jenny.

—¿Estudiante de medicina de Karlskoga?

—Sí.

—¿Está también en el coro del club?

—Sí, aunque no en el mismo. Eso ya te lo he contado, ¿no?

Se hizo el silencio durante unos segundos. Me cago en la leche, pensó Kristoffer; aquí pasa algo raro.

—Pareces cansado —intervino su padre—. Bueno, supongo que es por empollar sin parar y las puñeteras fiestas un día sí y otro también, ¿no?

—Leif —lo reprendió Ebba.

—*Sorry, sorry* —se excusó Leif Grundt, y se preparó para adelantar a otro coche—. Pero es que se le ve un poco lánguido, ¿no os parece? Lejos de mi nivel y el de Kristoffer, claro, pero aun así.

Kristoffer sonrió para sus adentros mientras pensaba en cuánto quería a su padre, el gerente de supermercado.

—¿Cuánto queda? —preguntó.

—Si Dios y tu madre quieren, llegaremos para el ordeño de la tarde —constató Leif Grundt provocando una inexpresiva mirada de su mujer.

—Menos mal que vamos a alojarnos en el hotel —dijo Kristina cuando se habían desviado de la carretera, y las fábricas Gahn y la iglesia ya estaban en su campo de visión—. Así puedo intentar imaginarme que no soy de aquí.

Sabía que era un pensamiento que nunca habría vestido con palabras si no fuera por el cansancio que sentía. Cuando estaba cansada casi cualquier cosa podía salir de su boca, por desgracia, y aunque efectivamente era cierto que en la actualidad detestaba cualquier asociación con la ciudad de su infancia, resultaba innecesario llevar más agua al molino de Jakob. Muy innecesario.

—Nunca he entendido la idea de las pequeñas ciudades —declaró este entonces—. Son una

especie de eslabón defectuoso entre el campo y las ciudades de verdad, ¿no te parece? —Señaló con la mano una fila de chalés adosados que estaban dejando atrás; una apuesta por las familias de principios de los años setenta de ladrillo blanco con manchas de humedad y con candelabros de Adviento en ocho de las diez ventanas y pequeños coches combi del Sudeste Asiático delante de siete de las diez entradas—. Dios debía de tener una buena resaca cuando creó esto.

—Los hay que consideran que Estocolmo tampoco es el centro del mundo —repuso Kristina mientras le ponía el chupete a Kelvin, que lo escupió de inmediato—. En cualquier caso, qué bien que ya hayamos llegado. Venga, vamos a hacer el *check-in* y luego nos duchamos como habíamos dicho, ¿no?

—Por mí, bien, si es que nos da tiempo.

—No son más que las seis menos cuarto. Basta con que estemos allí a las siete.

—Tu voluntad es mi ley —contestó Jakob al tiempo que se detenía en un semáforo en rojo —. Hay que joderse, no sabía yo que hasta tenían semáforos. La cosa mejora.

Cierra el pico, pedazo de pijo fofo de la capital, pensó Kristina, pero a pesar de que el cansancio le colgaba cual plomada en su interior, no salió ni una sola palabra de sus labios.

—Jo —soltó Kelvin inesperadamente.

Capítulo 6

Rosemarie Wunderlich Hermansson dio el último retoque a los pasteles de marisco, los metió en el horno y enderezó con cuidado la espalda. Eran las 18.00 del lunes, aún no había aparecido ningún hijo ni nieto, pero dentro de una hora la casa estaría llena. Ebba había llamado a las cinco para avisar de que se retrasarían un poco, pero llegarían antes de las siete, claro, mamá, sin problema. Kristina acababa de llamar hacía unos cinco minutos para informar de que ya estaban en el hotel. Solo iban a darse una ducha para refrescarse un poco tras el viaje y cambiarle el pañal al pequeño Kelvin.

Robert no había llamado.

Cena ligera, cerveza y un chupito de aguardiente entraban en los planes. Refrescos para los chicos. Quizá Henrik ya era lo bastante mayor para tomar cerveza, ya iba a la universidad. Pero nada de chupito, eso no. En ese punto Rosemarie y Karl-Erik estaban de acuerdo.

Por lo demás, estaban en desacuerdo en casi todo. Llevaban casi todo el día sin hablarse, pero aun así ella lo percibía. Lo sentía hasta en el tuétano. Tras cuarenta años de matrimonio sobran las palabras; una verdad como un templo. Era como si fuera algo natural; en la medida en que todavía tenía algún tipo de poder sobre su marido, ese poder se ejercía mejor en forma de mudas miradas y silencios elocuentes. Si intentaba utilizar el lenguaje como arma, siempre salía perdiendo, lo aprendió muy pronto. Karl-Erik poseía un vocabulario que superaba con creces el número de moléculas del universo, pero las piruetas del silencio tampoco se le daban del todo mal, eso era cierto. Por tanto, cuál de los dos, llegado el balance final, se alzaría con el mayor número de victorias sería una incógnita hasta el último momento.

Aunque quizá tenía razón Vera Ragnebjörk cuando dijo: «También hay duelos con dos perdedores». Tal vez incluso fuera el tipo más común. Duelos largos, eternos, de naturaleza tan trivial que casi no te dabas cuenta de que tenían lugar.

Se había permitido una siesta de media hora por la tarde, y durante ese merecido descanso soñó de nuevo con que uno de los dos debía morir. Estaban en una isla, rodeada de agua verde esmeralda —sin duda debía de ser la maldita Koh Fuk de Robert que la perseguía—, y tenían que sobrevivir. Él o ella. Karl-Erik o Rosemarie. Se iban acercando a una suerte de pugna final, una batalla decisiva en una vieja guerra con unas condiciones y reglas de lo más confusas —y con armas muy diferentes a los silencios y las miradas—, pero todavía se encontraban en fase preparatoria. Rosemarie se despertó mucho antes de que llegara la hora de lanzarse al primer ataque o intentar parar el asalto del otro.

Pero el sueño se quedó con ella. Flotaba como una medusa en el mar de su conciencia, un plasma difuso en la semitransparente capa entre lo perceptible y lo imperceptible.

¿En serio?, se dijo desconcertada. ¿He sido yo la que ha pensado eso?

Albóndigas recién hechas. Salmón ahumado. Una ensalada aburridísima con aliño francés comprado. Dos pasteles de marisco. Un plato grande de la tentación de Jansson. Huevos duros cortados por la mitad y cubiertos con huevas rojas y negras.

Dios, qué poca imaginación, constató mientras contemplaba el minibufé que había preparado. Aunque al menos había llenado la mesa de la cocina, sobre todo una vez que añadió la cesta del pan y el queso cheddar. Pero eran los planes de Karl-Erik los que se habían impuesto. Tanto para la cena del lunes como para todo el día del martes. Era él quien cumplía sesenta y cinco años, no ella. No quería usar la mesa del comedor esta noche, sino dejarla para la gran comida del martes. Podían picotear perfectamente los platos del bufé sentados en los sillones y sofás que había en el salón. Un poco más informal y familiar, mientras se charlaba de todo un poco. El año que estaba a punto de pasar. Las tribulaciones del otoño. ¡Pero, por el amor de Dios, nada de televisión! La vida contemplada como una vida. Karl-Erik podía abordar su recién terminada labor pedagógica mediante ilustrativas anécdotas humorísticas. El trabajo de fin de curso de Ellinor Bengtsson sobre las remolachas en 1974. El incendio en la iglesia durante la celebración de Santa Lucía en 1969, cuando una de las chicas que iba con velas en la procesión se quedó calva como una bola de billar. Los negocios automovilísticos del profesor Nilsson. Dios, Rosemarie esperaba que al menos no volviera a contar las historias de Nilsson, ni las embarazosas anécdotas del jefe de estudios Grunderin ni el referéndum sobre la energía nuclear en 1980.

Y mientras paseaba la mirada de la triste ensalada a la sombría oscuridad del otro lado de la ventana de la cocina, Robert surgió de nuevo en su cabeza como una nube aún más oscura, y de repente deseó que todo esto, toda su vida, fuera una vieja película inglesa de ambientes aristocráticos, en la que ella pudiera sin más retirarse a su habitación, alegando migrañas o cualquier otra apropiada indisposición, y quedarse ahí el tiempo que le viniera en gana.

O escapar a casa de su hermana en Argentina y esconderse allí para siempre. Pero llevaban más de diez años sin hablar. Rosemarie y Regina llegaron a Suecia con sus padres cuando tenían siete y doce años respectivamente, cuatro años después de la guerra. La familia había abandonado a la buenaventura una Hamburgo devastada por las bombas y consiguió echar raíces en Suecia. Primero en Malmö, luego hacia el norte: Växjö, Jönköping, Örebro. Pero Regina nunca encontró su lugar; antes de cumplir dieciocho años se marchó de casa y del país y siguió su camino sin mirar atrás. Cuando la madre, Bärbel, murió en 1980, se vieron en el entierro, pero cuando llegó la hora de Heinrich, el padre, dos años más tarde, no se presentó.

Aunque vivía en Buenos Aires desde hacía una década, todos los años mandaba una tarjeta de felicitación de Navidad. No en los cumpleaños, solo en Navidad.

Buenos Aires, pensó Rosemarie Wunderlich Hermansson. ¿Se podía imaginar algo más lejano? ¿Se podía desear mejor escondite?

Se dio cuenta de que, en el fondo, estaba pisando los mismos surcos que Karl-Erik había arado en la roja tierra española, y refunfuñó enfadada por pensar así.

También se dio cuenta de que estaba murmurando en alemán. Sin duda era por pensar en la familia. Ella nunca se había formado para ser profesora de alemán; fue Karl-Erik quien le propuso que lo intentara cuando quedó una vacante a mediados de los años ochenta y la dirección del colegio no logró encontrar a nadie cualificado que tuviera interés en el puesto. Como, de todos modos, hablaba la lengua desde la infancia...

Así que ella también había seguido su camino sin mirar atrás.

Aunque ya no, se acordó. Había llegado al final del camino hacía tres días. ¿Qué era lo que acababa de pensar hacía tan solo un instante? ¿Algo importante, o quizá solo era...?

Karl-Erik entró en la cocina para inspeccionar la mesa.

—Tiene buena pinta —se permitió decir—. ¿Dónde piensas colocar las cervezas?

—En la encimera —contestó ella—. Pero supongo que las querréis frías, ¿no? Así que todavía no las he sacado.

—Claro. Solo quería saber dónde iban.

—Ya —respondió ella—. Pues ahora ya lo sabes.

—Muy bien, pues eso —asintió su marido de sesenta y cuatro años y trescientos sesenta y cuatro días de edad antes de dirigirse al cuarto de baño para anudarse la corbata.

Ebba llegó primero. Con su gerente de supermercado y sus hijos adolescentes. Rosemarie sintió una turbación repentina ante el ritual de saludos, los chicos le parecieron más adultos de lo que esperaba. Pero como abrazó a Ebba, también le dio un abrazo a Kristoffer, que se le antojó aún más tímido y callado que nunca, y al final también a Henrik y a Leif. Henrik ya era más alto que su padre, debía de medir más de uno noventa. No los veía desde, sí, ¿cuándo fue la última vez? ¿Hacía año y medio? Henrik había heredado los ojos y la nariz de su madre y de Karl-Erik, Rosemarie se dio cuenta en un vertiginoso segundo de que era casi idéntico a Karl-Erik cuando lo conoció en ese baile de instituto hacía casi medio siglo. ¿Una copia de Karl-Erik? Válgame Dios. Era una idea espantosa en muchos sentidos, pero por suerte no hubo tiempo para profundizar en ella. Karl-Erik el Primero estaba en el salón y recibió a su vez a los invitados; nada de abrazos en su caso, solo firmes apretones de manos, mientras escudriñaba con la mirada a cada uno de los miembros de la familia Hermansson-Grundt —a solo un brazo de distancia, ya que era demasiado vanidoso para llevar gafas, como no le hacían falta... — y mostrándoles su habitual sonrisa ceñida. Cuando le tocó el turno a Kristoffer, Rosemarie vio que Karl-Erik estaba a punto de exclamar «¡Ponte recto, chaval!», pero se contuvo; hay un tiempo para todo, incluso para la ausencia de afán pedagógico.

—Bueno, pues ya está —declaró Leif Grundt de manera impenetrable—. Es hora de subir los bártulos y los regalitos a la cubierta superior, supongo. Qué bien haber llegado. Al fin y al cabo,

setecientos kilómetros son setecientos kilómetros, como reza el Corán.

—¿Había hielo en la carretera? —quiso saber Karl-Erik.

—No, no demasiado —contestó Leif.

—¿Mucho tráfico? —preguntó Rosemarie.

—No, no demasiado —contestó Leif.

—Días ajetreados en el quirófano, supongo —comentó Karl-Erik.

—Es cuestión de delegar la responsabilidad —replicó Ebba.

—Muy bien dicho —asintió Leif Grundt—. Yo, la verdad, he delegado unas cuatro toneladas de culos de cerdo la última semana.

—¿Culos de cerdo? —preguntó Rosemarie, pues estaba convencida de que Leif necesitaba esa réplica.

—Jamones —aclaró exhibiendo una amplia sonrisa socarrona.

—Disculpadme, tengo que ir al baño —susurró Kristoffer.

—Claro —intervino de nuevo Rosemarie para agilizar el proceso—. Venga, subid todos a las habitaciones. Las encontraréis igual que siempre, espero que Henrik no haya crecido demasiado y quepa en la cama.

—No pasa nada —dijo Henrik con una afable sonrisa dirigida a su abuela—. Soy flexible por todas partes.

Esa frase provocó una sonora carcajada, al menos del abuelo Karl-Erik.

Kristina *et consortes* llegaron en segundo lugar, diez minutos más tarde. El pequeño Kelvin dio inmediatamente la espalda a la atención de los anfitriones al aferrarse a las piernas de su madre. Kristina llevaba un abrigo de lana nuevo, amarillo, muy urbano y chic, pero parecía cansada; Rosemarie enseguida tomó nota de que debía hablar con ella sobre la anemia, aunque sabía que nunca conseguiría hacerlo, ni quería; las conversaciones en confianza con Kristina habían cesado cuando la hija rondaba los doce años, y quizá (Rosemarie modificó su primera impresión), quizá no se tratara de cansancio, sino más bien de aburrimiento. Se preguntaba si solo tenía que ver con la visita a casa de sus padres o si había motivos más profundos.

Jakob Willnius desplegó su avezado encanto y lucía un abrigo Ulster que tampoco era muy habitual ver en Kymlinge. Además, traía un regalo personal y preliminar para el recién jubilado —y procuró dejar bien claro que no se trataba del verdadero regalo de cumpleaños, ese llegaría al día siguiente, por supuesto—: una botella para disfrutar del *otium*, ja, ja, o sea, una botella de whisky puro de malta de nombre Laphroaig. Envejecido en barricas de roble desde poco después del nacimiento de Cristo. Oro puro cada gota, y con la moderación justa debería durar unos seis meses, y si se tomaba un centilitro de más se podía salir volando, je, je.

Para dejar meridianamente claro lo poco que apreciaba esa pijotada de la capital, Karl-Erik abrió de inmediato la botella y sirvió a todo el mundo. Todos menos los nietos, de los cuales los

hermanos Grundt todavía se estaban instalando en su habitación mientras que Kelvin se hallaba sentado bajo la mesa mirándose el pulgar, pudieron disfrutar de la bebida y musitar con aire de entendidos sobre el característico aroma ahumado; excepto Rosemarie, que hizo uso de su frase habitual de que nunca había entendido eso del whisky.

—Las mujeres son un enigma —sonrió Jakob Willnius.

—¿Robert no ha llegado? —preguntó Kristina.

—No —contestó su madre—. Pero llamó ayer y prometió estar aquí a eso de las siete.

—Son y cuarto —replicó Kristina.

—Sí, ya lo sé —dijo Rosemarie—. Bueno, ahora creo que voy a necesitar un ratito en la cocina.

—¿Quieres que te ayude? —se ofreció Ebba.

—No, muchas gracias —respondió Rosemarie, y oyó que sonaba más cortante de lo que pretendía. ¿Ya estaba irritada? ¿Tanto le costaba aguantar? No estaría bien que sus hijos lo notaran—. Pero puedes avisar a los chicos de que bajen en un cuarto de hora —añadió en un tono más conciliador—. No vamos a esperar y morirnos de hambre por Robert.

—Ejem —dijo Jakob Willnius—. ¿De modo que ahora a España, por lo que me cuentan?

—Andalucía —precisó Karl-Erik, y se acercó en confianza otros diez centímetros a su yerno —. No sé si lo sabes, pero esos lares cuentan con una historia enormemente rica. Granada. Córdoba. Sevilla... Sin olvidarse de Ronda. La herencia musulmana y judía. La verdad es que me he propuesto investigar un poco, con toda modestia. Hacer un pequeño inventario de la herencia de...

Llamaron a la puerta.

Robert el Pajillero acababa de llegar, por lo que el grupo ya estaba completo.

Los dos hermanos estaban tumbados en sendas camas en la habitación de doce metros cuadrados. El papel de pared era verde oscuro con finas rayas verticales de un verde más claro. Había una cómoda con tres cajones y dos pequeñas lámparas idénticas de Smögen, cada una con el nombre del turístico pueblo pesquero en sinuosas letras grabadas a fuego en el pie de madera. En la puerta del armario empotrado colgaba un calendario del año 1988 que promocionaba el equipo de fútbol local, el Reimer. Camisetas verdes, pantalones verdes.

Kristoffer tenía la mirada clavada en el techo, que era blanco, y pensaba en Linda Granberg. Henrik redactaba un SMS en su móvil. Una tranquila lluvia fresca daba en la ventana, sonaba como un susurro del espacio exterior o algo así.

—¿A quién escribes? —preguntó Kristoffer.

—A un amigo —respondió Henrik.

—Ya —dijo Kristoffer.

Cerró los ojos. Resultaba difícil no pensar en Linda. Difícil aguantar. Difícil no volver a esa

idea de poder saltarse unos días.

Dos, ahora mismo bastaría con saltarse dos. Si fuera miércoles por la noche en lugar de lunes, pensó, habría vuelto a Sundsvall. Estaría tumbado en su propia cama en su propia habitación en vez de estar en ese cuarto cutre. Tendría a Linda un poco más cerca; la verdad es que vivía a solo unos centenares de metros de su casa en Stockrosvägen. Podría llamarla y quedar con ella. ¿Por qué no? Decirle que quería darle un regalo de Navidad.

Claro, joder, ¿cómo no se le había ocurrido antes? Llamar a Linda, quedar con ella delante del kiosco de Birger, darle un regalo de la hostia, y luego podrían tomar una hamburguesa y dar un paseo y fumarse unos cigarrillos. Hablar un poco de la vida y empezar a besarse, joder, la leche, con volver a casa todo se arreglaría con Linda. Sin duda.

Se maldijo a sí mismo por haber perdido el móvil, se preguntaba si le regalarían uno nuevo por Navidad, ¿aunque ahora quizá podría coger el de Henrik y mandarle un SMS a Linda?

—¿Me dejas tu móvil cuando termines?

—Mmm. ¿Qué?

—¿Me dejas tu móvil?

—No, sabes de sobra que no.

—¿Por qué no?

—Ya lo sabes.

—Gracias. Con hermanos así, ¿para qué quieres enemigos?

Ninguna respuesta.

—He dicho: con enemigos así, ¿para qué quieres hermanos?

—Lo he oído. Aunque supongo que quieres decir lo contrario, ¿no?

—¿Cómo que lo contrario?

—Has dicho: con enemigos así, ¿para qué quieres hermanos?

—No he dicho eso.

—Sí.

—Que no.

Silencio.

—Que no.

—Kristoffer, joder, no me toques los cojones. ¿No puedes callarte de una vez para que termine de enviar esto?

—¿A quién escribes?

No hubo respuesta.

—Que a quién escribes. ¿A tu novia? ¿Cómo se llama...? ¿Esa tal Jenny?

—Pues sí, efectivamente. ¿Por qué no te echas novia, Kristoffer, y así tienes algo que hacer que le dé sentido a tu vida?

—Gracias por el consejo. Me lo pensaré. ¿Es guapa?

—¿Qué?

—Jenny, que si es guapa.

—No me apetece hablar de ella contigo.

—Gracias. Guay. Mi único hermano se pira a la universidad y se le infla tanto el ego que ya no quiere hablar conmigo.

—Para ya, Kristoffer. Cállate, hazme el favor, a ver si puedo terminar de escribir esto.

—¿No eres capaz de mandar un SMS y hablar a la vez? Yo sí.

—Eso es porque nunca escribes nada importante. Y nunca dices nada importante.

—Gracias de nuevo. Con enemigos así, no hacen falta hermanos.

—Has vuelto a hacerlo.

—¿Qué?

—Lo has dicho al revés.

—No.

Silencio.

—Que no.

Silencio.

Este papel de pared es lo más feo que he visto en mi vida, se dijo Kristoffer Grundt. Pensándolo bien, toda la habitación; hasta yo debo de parecer guapo dentro de estas cuatro paredes.

¿Y si echo a correr, empotro la cabeza contra el muro y me quedo inconsciente dos días?

Karl-Erik Hermansson nunca se había excedido con el alcohol, pero ya que había servido a todos los demás de la ostentosa botella que había traído Jakob, también tuvo que servirle un poco a Robert cuando se presentó, a eso de las siete y veinte. Lo hizo a regañadientes, desde luego, pero a falta de todo lo demás, uno debía apoyarse en los buenos modales; hacer como si nada, como quien oye llover, cosa que por cierto había empezado a pasar: una lluvia helada que podría convertirse en nieve si la temperatura bajaba un grado o dos. La verdad es que he actuado como quien oye llover todo el otoño, pensó estoicamente, pero se percató de que le dolían los dientes al estrecharle la mano a su único hijo para darle la bienvenida. Aunque puedes engañar a los demás, se dio cuenta, nunca puedes engañarte a ti mismo.

Y ahora, cuando invitó a Robert a tomar whisky Lafrogg o como diablos se llamase, tenía que ofrecer otra ronda a los otros, claro, puesto que ya habían dado buena cuenta de sus copas. Todos aceptaron, menos Rosemarie, que repitió su letanía de que nunca había entendido la gracia de esa célebre bebida y, además, no le sentaba muy bien; y tampoco Kelvin, claro, que se había dado la vuelta bajo la mesa para examinar el dibujo de la alfombra.

Y quizá se debió al excesivo consumo inicial de esa bebida supuestamente divina de whisky puro de malta que la noche evolucionara como lo hizo.

O quizá se debió a otra cosa. Por ejemplo, a un cúmulo de factores psicológicamente turbios

pero yuxtapuestos que interactuaban entre sí, sobre los que ninguno de los presentes tenía, y tampoco se esperaba que pudiera tener, una buena visión de conjunto.

O, claro está, a una combinación de ambas.

Capítulo 7

—Hay algo que me ha intrigado estos últimos años —dijo Jakob Willnius—, y es el hecho de que no haya más gente que decida marcharse del país, cuando tienen la oportunidad. Lo que quiero decir es: ¿quién quiere despertarse por la mañana en febrero en una ciudad como Tranås, por poner un ejemplo, cuando puede hacerlo en Sevilla? Entiendo a la perfección que queráis marcharos de aquí.

—Hace falta tener amplitud de miras —explicó Karl-Erik con gesto de haber dedicado él también un tiempo considerable a ese aspecto de la psicología humana—. No todo el mundo la tiene, y tampoco es algo que se pueda exigir.

—¿Cuándo os vais? —preguntó Leif Grundt.

—En principio podemos entrar en la casa el uno de marzo, el quince en el peor de los casos. Lo que no nos llevemos lo dejaremos de momento en un almacén, no hace falta que penséis todavía en el reparto de la herencia.

—¡Madre mía! —exclamó Kristina—. ¿Cómo íbamos a pensar en...?

—España está muy bien —comentó Leif—. Cuarenta millones de españoles no pueden equivocarse.

—De hecho, son cuarenta y dos millones —lo corrigió Karl-Erik—. Estadística del uno de enero de 2005. Pero tienen una curva demográfica casi como la nuestra.

—Entonces, no es como que la cosa vaya a mejorar mucho con vuestro traslado, ¿no? —dijo Kristina.

—Ahora no entiendo muy bien adónde quieres ir a parar —repuso su padre mientras olisqueaba cuidadosamente su copa vacía.

—No seas borde —recriminó Ebba mientras con el tenedor le hacía un gesto de advertencia a su hermana pequeña—. Pero, papá, nunca te he oído hablar antes de que quisierais mudaros. Espero que no tenga nada que ver con... con los acontecimientos del otoño.

—Claro que no —aseguró Rosemarie de inmediato—. No entiendo a qué te refieres. ¿De verdad nadie quiere un poco más de pastel de marisco? Apenas habéis tocado el segundo.

—Yo voy a ello —se animó Leif.

—Yo creo que me voy a tomar otra cerveza —anunció Robert antes de levantarse con cierta dificultad del sillón—. Pero de comida no me entra ya más, lo siento, mamá.

—Como tú veas, Robert. —Rosemarie tenía una expresión difícil de interpretar y algo melancólica en los ojos.

—*Coñe* —dijo Kelvin de manera algo sorprendente desde el suelo.

—Evidentemente no hemos pensado formar parte de ninguna estúpida colonia sueca —continuó Karl-Erik tras haber dejado la copa en la mesa y echado una ojeada a su mujer—. Recordad que, con solo rascar un poco en la superficie andaluza, encontraremos un tesoro artístico y cultural sin parangón en toda Europa. En todo el mundo. Allí no hay épocas de oscurantismo, por todas partes encontramos vestigios de una coexistencia entre judíos, moros y cristianos que es única tanto en el tiempo como en el espacio, me atrevo a afirmar. Imaginaos estar sentados en lo alto del Albaicín contemplando la Alhambra mientras alguien toca la guitarra bajo el platanero... Bueno —dijo entre risas—, al final voy a tener que darle la razón a Jakob: nada que ver con un martes en Tranås, desde luego.

—Ya —dijo Jakob Willnius.

—A Jakob le cuesta un poco apreciar las ciudades suecas de provincia —intervino su mujer, Kristina—. Y no solo Tranås.

—Espero que el pastel no estuviera salado —dijo Rosemarie.

—El pastel estaba riquísimo, querida mamá —elogió Ebba Hermansson Grundt.

—¿Habéis podido vender la casa? —preguntó Leif Grundt al volver de la cocina con un nuevo plato rebosante de comida—. Porque fácil no es, joder, tal y como están los tiempos.

—Leif —le reprendió Ebba.

—Aún no está cerrado del todo —explicó Rosemarie—. Es que lo de la sal es muy complicado hoy en día. Hay tantas variedades...

—Firmaremos los papeles este miércoles —anunció su marido.

—¿De verdad nadie quiere un poco más de helado o de arándanos? Quedan toneladas. Chicos, ¿qué os pasa?

Rosemarie Wunderlich Hermansson miró a sus dos nietos con gesto triste. Henrik y Kristoffer negaron con la cabeza a la vez.

—Quizá están madurando y convirtiéndose en hombres —sugirió su tío Jakob Willnius—. Tarde o temprano llega un momento en la vida de un hombre en el que se acaba lo de las gominolas y los Bugg.

—¿Bugg? —le salió a Kristoffer sin querer—. ¿Qué son los Bugg?

—Chicles —explicó su padre, Leif Grundt, con tono experto—. De hecho, todavía existen en el mercado, pero nadie los compra ya. ¿No os habréis olvidado de «Cuatro Buggs y una Coca-Cola»? Una canción estupenda.

—Madre mía... —murmuró Kristina.

—La Coca-Cola sí que sé lo que es —dijo Kristoffer.

Karl-Erik carraspeó y tomó impulso.

—Se avecina un cambio de paradigma respecto a la herencia cultural secundaria, ¿no os

habéis percatado?

—¿Qué? —inquirió Kristoffer.

—Los jóvenes de hoy en día no saben quiénes eran Hasse y Tage. Nunca han oído hablar de Gösta Knutsson ni de Lennart Hyland ni de Monica Zetterlund. Con la excepción, evidentemente, de los alumnos a los que yo he podido dar clase; pero, claro, en términos generales son muy pocos. Bueno, venga, servíos vino de Málaga, dentro de un par de meses tendremos el sótano lleno.

—Con mucho gusto —aceptó Leif Grundt—. Está muy bueno. Pero algunas cosas vivirán para siempre, ¿no? Miguel el Travieso, Konsum y esas cosas. Un brindis por todos, y en especial por mi querida esposa. Mañana cumples cuarenta, ¿te lo puedes creer? A mis ojos no parece que pases ni un día de los treinta y nueve y medio.

—Gracias —contestó Ebba sin mirar a su marido—. Como habréis notado, Leif ha asistido a un curso en Konsum para aprender a tratar a los clientes con encanto.

—Je, je, ejem, bueno... —dijo Karl-Erik, e hizo rechinar los dientes para acto seguido volver a su cambio de paradigma—. *Fucking Åmål* es otro ejemplo algo chistoso. ¿Sabéis lo que dijo uno de mis alumnos nada más estrenarse la película? «"Fucking" sé lo que es, pero ¿qué diablos es "Åmål"?»

Se rio entre dientes, contento, mientras una apagada animación sobrevolaba un instante la estancia, como si un ángel de la alegría algo achispado se hubiese quedado suspendido en el aire unos segundos antes de darse cuenta de que se había equivocado de casa y salir volando de allí. Solo Kristina advirtió el comentario de su sobrino Henrik, que murmuró en voz baja:

—Ese chiste se podía leer en todos los periódicos.

Me cae bien Henrik, pensó ella. Sí, él sí que me cae muy bien.

—¿De modo que de verdad hay un sótano en la casa? —preguntó Leif—. Quiero decir, por lo de guardar el vino.

—Sí, de hecho, es una especie de bodega —explicó Karl-Erik con tono de satisfacción—. Entre doce y quince metros cúbicos, creo, así que hay sitio de sobra para las botellas.

—¿Me pongo ya con el café? —preguntó Rosemarie.

—Té para mí, mamá —dijo Ebba—. Te echo una mano.

Jakob bajó de la planta de arriba.

—¡Por fin! —exclamó Kristina—. ¿Qué demonios has estado haciendo todo este tiempo?

—He dormido a nuestro hijo, mi amor —se excusó él humildemente antes de apurar su copa de vino de Málaga, que había dejado sobre el aparador de roble junto a un pequeño fragmento del Muro de Berlín incrustado en un cristal. Se sentó en el sofá entre Kristina y Henrik.

—Suele llevar unos tres minutos.

—Sí, pero en esta ocasión me ha llevado cuarenta y cinco. ¿De qué estáis hablando? ¿Me he

perdido algo importante?

—No, desde luego que no —contestó Kristina.

—No, ¿qué podría ser? —soltó Robert—. ¿Cuándo se puede ir uno a la cama sin ofender a nadie?

Se hizo el silencio en el salón. Un silencio inusual teniendo en cuenta que había nueve personas, más o menos adultas, presentes.

—Perdón —añadió Robert—. Creo que he bebido demasiado vino. Perdóname, mamá.

—No sé a qué te refieres —dijo Rosemarie animada—. No hay nada por lo que pedir perdón. Ahora vamos a tomar un poco de café y té.

Se marchó a la cocina seguida de cerca por su hija mayor y más educada.

—Joder, Robert —intentó susurrar Kristina a modo de apuntadora de teatro—. ¿A qué ha venido eso?

Robert Hermansson se encogió de hombros con gesto triste antes de apurar su vaso de cerveza. Luego, durante un instante, dio la impresión de estar a punto de decir algo, de explicar alguna cosa, pero la ocasión se le pasó y todavía tuvo que transcurrir una hora antes de que se lanzara a las aclaraciones.

—Supongo que todos estáis esperando algún tipo de explicación.

Dejó la copa tras haberse tomado casi las últimas gotas nobles de esa botella de Laphroaig que debía durar seis meses. Pero no pasaba nada, el whisky se había repartido de forma bastante fraternal entre los caballeros. Excluyendo a Henrik y Kristoffer. Kristina tomaba vino, y Ebba seguía con su té verde. Rosemarie estaba en la cocina lavando los platos y Kelvin dormía. Eran las 23.30. Ha llegado la hora, pensó Kristina, las escaramuzas preliminares han terminado.

—O algún tipo de disculpa —continuó Robert.

Siguió un largo momento de silencio.

—No estamos esperando nada, Robert —dijo Kristina—. Sí, claro que puedes tomar un poco de mi vino, Henrik.

—No, claro que no, en absoluto —convino Ebba con firmeza, pero un poco tarde para que sonara convincente—. Lo pasado, pasado está, por Dios. Lo único que podemos aprender de eso es la importancia y el arte del olvido. Y esperar que los demás también dominen ese arte, ¿verdad?

Miró a su alrededor buscando aprobación, pero lo único que recibió fue un encogimiento de hombros por parte de su cuñado Jakob, por lo que cambió de tema.

—Papá, ¿estás seguro de que no vendrá nadie a felicitarte mañana? Henrik, ya vale.

—Seguro, tanto como seguro... —murmuró Karl-Erik—. Rosemarie ha preparado tres tartas de más y hemos comprado cinco kilos de café por si acaso. Pero si viene alguien, lo hará por la mañana. No tenéis más que manteneros alejados ese rato.

—¿Cómo puedes saber que vendrán por la mañana? —preguntó Kristina.

—Porque así lo formulé en el anuncio —explicó Karl-Erik entre bostezos—. Se ruega desistir de visitas de felicitación. La familia parte de viaje a la una.

—Eso está genial —convino Jakob Willnius antes de levantar su copa con las últimas gotas del whisky noble—. Si le has cogido el gusto a esta bebida, os recomiendo Gibraltar, ahora que vais a estar cerca. No hay alcohol más barato en toda Europa.

—¿No me digas? —contestó su suegro en tono neutro—. Bueno, como he dicho, vamos a tener una bodega de doce a quince metros cúbicos.

—O sea, ¿que nadie espera una explicación? —retomó el hilo Robert mientras miraba a su alrededor—. Es que percibo cierta tensión en el ambiente.

Kristina se apoyó en la rodilla de Henrik y se levantó.

—Robert, acompáñame fuera un momento, por favor.

—Con mucho gusto —aceptó Robert—. Necesito un cigarrillo.

Se marcharon y otro tipo de ángel pasó por el salón. Karl-Erik bostezó de nuevo y Leif Grundt se rascó el cuello.

—Creo que se está haciendo tarde —constató Jakob Willnius—. Voy a subir a por Kelvin. Mañana será otro día.

—¿Qué tal el nivel del hotel estos días? —quiso saber Ebba de repente—. Recuerdo cómo era antes.

—Pero tú no te has alojado nunca en el hotel, ¿verdad? —dijo Rosemarie, que acababa de entrar en el salón—. ¿Alguien quiere un sándwich o algo de fruta?

—Nada, mamá —contestó Ebba—. Pero es que en mi época no tenía la mejor de las reputaciones, que se diga.

—Bueno, al menos parecía respetable cuando hicimos el *check-in* —aseguró Jakob—. Ni prostitutas ni cucarachas a la vista. Aunque tampoco se sabe cómo se transformará llegada la noche.

—¿Fruta? —repitió Rosemarie con un deje de impotencia en la voz—. ¿Un sándwich? ¿Alguien?

—¿No te das cuenta de que estos pájaros ya tienen el buche lleno, palomita mía? —respondió su marido—. Bueno, si no os parece mal, ya es hora de que la generación perdida se retire. Pero quedaos el tiempo que queráis.

—¿Dónde están Robert y Kristina? —preguntó Rosemarie.

—Han salido a fumar y hablar de moral —respondió Leif Grundt—. Oye, Ebbaebbita, ¿qué te parece si nos vamos al sobre nosotros también? Es que tengo que madrugar mañana para cantarle a una *bella donna* que conozco.

—¿Kristina fuma? —inquirió Rosemarie—. Nunca había...

—No, ella es la que habla de moral —dijo Leif Grundt—. Buenas noches a todo hijo de hombre.

—No, Jakob. La verdad es que quiero quedarme un rato más. Quiero hablar con mi familia, ¿tan raro te parece?

Había esperado que diera al menos alguna muestra de oposición, pero no lo hizo. Kristina se percató de que estaba aprovechando la ocasión para tener la conciencia tranquila por su desayuno con aquel magnate yanqui el miércoles, y de que en realidad ella había caído en su juego. Eso le molestó. Sería mejor que tuviera que forjarse sus propias armas, pensó.

—Vale —fue lo único que dijo—. Me voy en taxi con Kelvin. Ven cuando quieras.

—En una hora, quizá —indicó ella—. Iré andando, no son más de diez minutos.

—No subestimes los peligros de una ciudad de provincias —repuso él.

Yo nunca subestimo nada, pensó Kristina Hermansson. Ese es el problema.

A las 00.15 los padres, la generación perdida, ya estaban descansando. En cualquier caso, se hallaban refugiados tras la puerta de su dormitorio. Ebba Hermansson Grundt y el gerente de supermercado Leif Grundt también se habían retirado. A la habitación de niña de esta, tras otra puerta cerrada.

Jakob y Kelvin Willnius se habían marchado al hotel Kymlinge de Drottninggatan en taxi.

En el salón de la planta baja del chalé de la familia Hermansson, en Allvädersgatan, 4, estaban los hermanos Robert y Kristina, así como los hermanos Henrik y Kristoffer. Kristina miró el reloj.

—Media hora más —decidió—. Si no, mi hermana me va a echar la bronca.

—Bah —dijo Henrik.

—Fijo —contestó Kristoffer—. Pero son cosas que hay que aprender a encajar.

—El botellero de la cocina me ha parecido un poco sobrecargado —comentó Robert—. Creo que deberíamos abrir otra botella de vino.

Desapareció del salón sin esperar una respuesta, y unos segundos más tarde volvió con una botella de Valpolicella en la mano.

—Háblame de Uppsala —pidió Kristina mientras se inclinaba un poquito más hacia Henrik.

Era una petición de lo más inofensiva, pero, para su gran asombro, vio que el chico se mordía el labio inferior y por un instante le pareció que sus ojos iban a llenarse de lágrimas. Lo más probable era que ni a su hermano ni a Robert les diera tiempo a advertir su reacción, pero a Kristina no le cupo ninguna duda.

Su sobrino cargaba con una gran tristeza.

Capítulo 8

Kristoffer encontró el móvil de su hermano donde lo había escondido. En la cama, debajo de la almohada. ¡Ja!, pensó.

¿Por qué coño pienso «¡Ja!»?, se dijo a continuación.

Sintió un leve mareo. Eran más de las doce y media; se había tomado dos copas de vino, no creía que los demás se hubieran percatado de nada, pero comprendió que debía de estar un poco borracho. Seguro que por eso se le había ocurrido un pensamiento tan friqui como «¡Ja!» cuando dio con el teléfono de Henrik.

Los otros se habían quedado en el salón. Kristina, Henrik y Robert. Kristina estaba buena. Era su madrina; si su madre muriera —«falleciera», como se decía—, sería Kristina quien ocuparía su lugar. ¡Uau!, pensó (otra vez un poco friqui), ¡imagínate que tu vieja fuera Kristina!

Acto seguido un pensamiento de color rojo vivo apareció en su cabeza: no se podía pensar que los padres iban a morir. Si Dios existía, sería una idea que quedaría grabada para siempre como un punto negativo en su lista.

Pero Kristoffer no creía que Dios existiera. Y, al fin y al cabo, Kristina y su madre eran hermanas; tenían un montón de genes y aminoácidos y cosas que eran idénticas, así que lo menos que se podría haber pedido era que se parecieran un poco más en la superficie.

Robert también compartía los mismos genes. Pensándolo bien, se parecía algo a Kristina, tal vez, pero, madre mía, qué personaje más patético. Joder, un auténtico perdedor. ¡¿A quién se le ocurre hacerse una paja en la tele?!

Aunque de eso no se había comentado casi nada durante la noche. Era como si alguien hubiese puesto algo encima para taparlo; un escándalo como una catedral por el que había que pasar de puntillas. Kristoffer no lo había visto, claro, porque en casa de la familia Grundt en Stockrosvägen de Sundsvall no se veían programas de ese tipo. Pero había leído sobre el tema en *Aftonbladet*, se había hablado en el colegio y, gracias a Dios —sí, gracias a Dios—, había obedecido desde el principio la orden de su madre de callarse que un tío suyo participaba en *Fucking Island*. A veces podía tener razón, a pesar de todo; eso había que reconocérselo.

El móvil estaba encendido. No hacía falta ninguna contraseña para usarlo. Perfecto, pensó Kristoffer. Estoy genial, ¡qué bien me ha sentado beber! ¿Quién podría haberse imaginado que las cosas evolucionarían de una manera tan positiva en este agujero de mala muerte? Voy a enviarle a Linda un mensaje sexy e irresistible. ¡Venga, joder!

Primero, lo formuló en la cabeza, no tardó nada, le brotó de forma espontánea y elegante

como agua que mana de una fuente: Hola Linda. Me pones. ¿Nos intercambiamos los regalos de Navidad? Kiosco de Birger a las 9 de la noche el jueves.

Sonaba bien. Irresistible. Y añadió: No me respondas, este es el móvil de mi hermano. Solo ven. Kristoffer.

Se sonrió a sí mismo. ¿Era demasiado atrevido escribir que le ponía? Que no, joder; era el tipo de comentarios que les encantaban a las tías como Linda. Se trataba de no acobardarse. Llevaba toda la vida siendo un cobardica, ese era su problema. Si seguía así, nunca jamás sabría cómo... cómo era acariciar el sexo de una mujer.

De repente, la pantalla del móvil se iluminó: Mensaje nuevo, ponía.

O sea, un nuevo mensaje para Henrik. Hmm, pensó Kristoffer. ¿Y si yo...? ¿Por qué no? ¿Leer ahora? Solo había que pulsar el OK. Henrik nunca se enteraría. Y tampoco se enteraría de que Kristoffer le había enviado un SMS a Linda, ya que iba a eliminarlo ahora mismo. Solo le llevaría un par de segundos leer el mensaje de Henrik. ¿Sería de la tal Jenny? ¿Alguna guarrada, tal vez? Se preguntó si Henrik ya habría follado con ella. Claro que sí, seguro que ese era el rollo que llevaban los universitarios en Uppsala. Salir de juerga y follar todo el rato. Y luego la tarde del domingo estudiaban unas horitas para no quedarse atrás. Kristoffer esperaba estar pronto allí también. Si pudiera saltarse unos cuatro o cinco años... No, joder, otra vez con esas ideas de saltarse cosas. ¡Olvídalas! Ahora se trataba de Linda Granberg. Aquí y ahora. O, mejor dicho, en el kiosco de Birger el jueves. Miró de nuevo la pantalla. 00.46, ponía. ¿Leer ahora? Pulsó el botón de OK.

Henrik, mi príncipe. Te echo de menos. Mis brazos alrededor
de tu cuerpo. Penetro en ti en mis sueños. J

Leyó el texto tres veces. ¿Qué coño?, pensó. ¿«Penetro en ti»? ¿Qué quería decir? ¿Era... era solo que ella quería entrar en sus sueños? No, que no, joder, eso no era lo que ponía. La «J» debía de ser de Jenny. Pero ¿qué cojones quería decir con que le...? ¿Había alguna variante totalmente decisiva del coito que se le hubiera pasado? ¿Cómo va una mujer a penetrar a un hombre, joder? Kristoffer no había visto muchas películas porno en sus catorce años de vida, pero virgen del todo en ese sentido no era. Estaba bastante familiarizado con la apariencia del sexo femenino, en todos sus aspectos y fases, pero se le diera el uso que se le diera, una cosa para la que no servía era penetrar nada ni a nadie. Todo lo contrario.

¿Y dónde se supone que debía penetrar a Hen...?

Joder, pensó. A no ser que... Parece como si...

Por un instante su consciencia se quedó en blanco como un paisaje cubierto de nieve. Después comprendió lo que tenía que hacer para cerciorarse; rápido como un rayo, casi antes de que le diese tiempo siquiera a formularse la pregunta. Miró el número, lo memorizó y abrió el listado de contactos. Empezó a bajar desde la A. Henrik al parecer hacía lo mismo que él:

escribía los nombres de pila pasando de los apellidos. Se fue directo a la J, y allí, allí lo encontró. Clavó la mirada en la pantalla iluminada sin poder creer lo que estaba viendo.

Jens, ponía.

Jens. El número era correcto.

Me cago en..., pensó Kristoffer Grundt.

No había ninguna Jenny.

Solo había un Jens. Henrik no salía con una guapa estudiante de medicina de Karlskoga. Salía con un chico. Uno que se llamaba Jens y que... ¡que estaba ansioso por meter la polla en el culo de Henrik!

Un montón de impulsos y pensamientos contradictorios empezaron a bombardear de pronto el cerebro ligeramente ebrio de Kristoffer, pero una vez pasada esa primera tormenta apenas podía reprimir la risa.

Su hermano mayor era maricón.

Súper-Henrik follaba con chicos.

Al menos con uno que se llamaba Jens.

¡Menuda... menuda baza tenía ahora! Sí, justo así lo sentía. Fue la primera palabra que le vino a la cabeza. *¡Baza!* No es que fuera un pensamiento muy bonito, lo sabía, pero por fin —por primera vez en su vida— era como si... como si tuviera por dónde agarrar a ese superhombre que era su hermano mayor. ¡Gracias, muchas gracias, santo creador de los móviles! ¡Esto cambia las cosas, ya lo creo! ¡Hostia puta!

Redactó el mensaje para Linda, lo envió y lo borró. Devolvió el aparato a su estado original y lo metió bajo la almohada de Henrik.

¡Jens!

Apagó la lámpara recuerdo de Smögen en su lado de la cómoda, pero dejó la de Henrik encendida. Se giró hacia la pared y contempló desde muy cerca una de las rayas verticales de un verde un poco más claro pensando que esto haría que sus padres envejecieran diez años por lo menos.

Y por una vez, por una sola vez, el problema no era él.

Rosemarie Wunderlich Hermansson estaba tumbada de lado en posición fetal observando los minutos rojos del despertador: 01.12. Karl-Erik se hallaba detrás de ella bocarriba respirando con las mismas inhalaciones tranquilas y ligeramente susurrantes que llevaba cuarenta años oyendo. Si le pusiera una almohada en la boca, pensó, ¿se acabarían? ¿Sería así de sencillo?

Tenía pinta de que no. De esa manera se podía matar a niños y a delicadas doncellas, pero no a hombres adultos. Se despertaría y empezaría a defenderse. Además, era su cumpleaños, nunca le perdonaría que intentara matarlo en su sesenta y cinco cumpleaños.

Apartó la idea de su mente. 01.13. Mejor suicidarse entonces. Aunque lo más probable era

que eso tampoco se lo perdonara. Que se quitara la vida en su gran día. Las cosas son como son. Tenía que aguantar un día más. El gran día de Ebba y Karl-Erik. Debería haber sido un momento cumbre, pero más bien se le antojaba... ¿cómo decirlo?, ¿un socavón? Sí, la verdad es que sí. Pero ¿de dónde salía toda esa tristeza? ¿Por qué le asaltaban de repente todas esas macabras fantasías? Día tras día, noche tras noche. ¿Se debía solo al desafortunado programa televisivo de Robert o Robert era el catalizador de otra cosa? No recordaba haber pensado cosas así antes.

¿O tal vez España? ¿Era España lo que la hundía en el fango de la depresión? 01.14. ¿O la jubilación? ¿Había perdido el sentido y el objetivo de su vida solo porque ya no tenía un trabajo al que acudir? ¿Por esos malditos mocosos del colegio Kymlingevik?

Toda la noche había sido una caminata por el valle de la sombra de la muerte. Y un acto de equilibrio: había estado a punto de mandar los platos y los cubiertos a la mierda y gritar. Aun así, nadie había notado nada. Mamá esto, mamá lo otro. Esta salsa caliente de moras boreales la haces mejor que nadie en el mundo, mamá. Como si hiciera falta algún tipo de habilidad especial para calentar unas moras sacadas del congelador. Había servido y recogido y fregado declamando frases relativas a la alimentación de un guion tan viejo y trillado que nadie se percataba siquiera de que lo que veían era puro teatro. Había faenado en lo más profundo de su alma para decir algo con sentido —sentimientos afectuosos por alguno de sus hijos (o nietos o yernos)—, pero los anzuelos se balanceaban desnudos en sus sedales en medio del socavón. 01:15. Kelvin era un niño raro, introvertido, se preguntaba si no le pasaría algo. Tal vez tuviera autismo, o el síndrome de Asperger, aunque por lo visto era una variante de lo mismo, ¿no? Los pocos sonidos que muy de vez en cuando soltaba siempre le acababan recordando de algún modo a palabrotas obscenas. Si tuviera veinte años y me tocara elegir a uno de ellos para vivir con él en una isla desierta —bueno, él también tendría veinte años, claro—, creo que, manda narices, elegiría a Leif.

Era una conclusión algo sorprendente, pero es que Leif al menos no era un lobo con piel de cordero. Más bien un cerdo con piel de cerdo, pero uno bondadoso y con el que nunca había que esforzarse. Ebba ha tenido suerte, pensó. Durante toda su vida creerá que le ha tocado un hombre muy por debajo de sus posibilidades, cuando en realidad le ha tocado el décimo ganador. ¡Boba engreída!, pensó de pronto con un repentino acceso de ira incendiaria, ¡tendrías que haberte llamado Karl-Ebba! Era una idea que casi le hizo sonreír en medio de la oscuridad. Se preguntaba si habría algo, lo que fuera, aparte de un cuarto de siglo y genitales de diferente forma, que los separara. Padre e hija. Uña y carne. ¡Que se vayan a la mierda! 01.16. Y los chicos parecían alicaídos los dos. Sobre todo el pequeño Kristoffer, claro, pero es que el pobre siempre ha estado a la sombra del chaval triunfador que es su hermano mayor. Vaya, este era la tercera generación, descendiente directo. Karl-Erik, Karl-Ebba, Karl-Henrik. Solo faltaba que Henrik también cumpliera años el día siguiente. Sin embargo, se trataba de un niño no planificado, y Rosemarie esperaba que ese sencillo hecho fuera el detalle que lo salvara.

Y lo que Kristina veía —o, mejor dicho, lo que vio una vez— en Jakob Willnius no resultaba

difícil de entender: fuerza, éxito, madurez. Encanto y seguridad, falso como el agua. No, eso era injusto, pero había algo en lo del agua que encajaba con él: ¿transparencia y adaptabilidad quizá? ¿Qué más da?, pensó Rosemarie. ¿Por qué estoy analizando a todo el mundo? Si ni uno solo me importa un pepino.

Aunque, en cualquier caso, tanto Robert como Kristina se parecen más a mí que a Karl-Erik... —continuaron sus pensamientos de todos modos, como si ya no fuera capaz de controlarlos lo más mínimo—, eso se hace cada vez más patente según pasan los años. ¿Y tal vez hubo una especie de calidez en el abrazo de Kristina? Una insinuación y un mensaje silencioso de entendimiento y reconciliación, a pesar de todo —aún resultaba su relación demasiado frágil para palabras y actos—, 01:17 —pero a su debido tiempo la cosa podría crecer y hacerse fuerte y útil—. Si Kristina lograra apañárselas, si no se rompiera por el camino...

Como Robert. Rosemarie apoyó las manos en la blanda carne de encima de las rodillas, entrelazó los dedos y rezó una oración a ese dios en el que a ratos creía pero la mayoría de las veces no para que Robert no fuera alcohólico. En el programa había estado borracho como una cuba, y esa noche también se había pasado. Dios mío, murmuró en silencio, protege a mis hijos... Al menos a los más jóvenes, la mayor se las arreglará de todos modos. Protégelos de todo el mal con el que se vayan a cruzar en el camino de la vida y protégeme de mí misma: déjame dormir un poco ahora y luego deja que aguante otro día y medio. Si acabo en el hospital el miércoles por la tarde da igual —y si es por el cuerpo o por el alma también da igual—, lo cierto es que sería bastante agradable. 01.18. Tengo que levantarme a tomar una pastilla para dormir de todas formas, mierda, debería haberlo previsto antes de que mi cerebro se pusiera a hervir. Antes del socavón. Antes de que... Odio estas noches, en serio, últimamente se han vuelto casi peores que los días.

—Voy a salir a dar una vuelta —dijo Robert—. Necesito un paseo y un par de cigarrillos. Hay que joderse, lo difícil que es llevar esto.

—¿Llevar qué? —preguntó Kristina mientras llenaba su copa y la de Henrik con la segunda botella de vino que Robert había ido a buscar a la cocina. Derramó unas gotas en la mesa. Ostras, estoy borracha, pensó. Esta tendrá que ser la última copa.

Pero era bastante agradable. Se dio cuenta de que no se había emborrachado desde que se había quedado embarazada de Kelvin. Hacía dos años, no, más, dos años y medio, así que no era de extrañar que la sensación resultara no solo placentera, sino también novedosa.

Y qué raro que ocurriera precisamente esa noche.

—Volver a casa —dijo Robert—. Es el fenómeno volver a casa a lo que me refiero. Todo este maldito cenagal familiar... Bueno, no me refiero a ti, Henrik. Tú sabes de qué hablo, Kristina.

—Claro que sí —convino Kristina—. Te acuerdas de *Mi familia*, ¿no?

Robert se rio. Aquello era un clásico. Fue en 1983. Ebba tenía dieciocho años y estaba en el último curso del instituto, y Robert, trece. Kristina tenía nueve años, estaba en tercero de primaria y de deberes le habían mandado una redacción con el título *Mi familia*.

> Mi familia es como una cárcel. Papá es el director de la cárcel. Mamá es la cocinera. Mi hermana Ebba, que se ha puesto muy gorda los últimos meses y ya no entra en los baqueros, es carcelera, y somos Robert mi hermano y yo los pressos. Somos inocentes pero nos han condenado a cadena perpetua.
>
> Por la mañana tenemos perrmiso para ir a otra cárcel que está cerca, se llama colegio Kymlingvik y allí hay montón de pressos y carceleros. Y es un poco más divertido, no tan estricto.
>
> Papá es el director de la cárcel y es un cabrón malbado y siempre lleva corbata menos los domingos cuando tiene la camisa desabotonada. Mamá que es cozinera le tiene miedo y siempre hace lo que él diga. Los otros también lo hacemos porque si no nos pega con una gran porra con clavos.
>
> Mi hermana la carcelera le hace la pelota y ella también es una cabrona muy malbada. A veces puede ser buena con nosotros los pressos, pero solo porque es nuestro cumple.
>
> Cuando Robert y yo seamos mayores vamos a escapar y a ir a la asoziación de niños a denunziar a nuestra familia. Y al rey y la reina Sylvia que es la protectora de todos los niños maltratados. El rey va a montar su asno blanco y venir a matar a mamá y papá y a Ebba y liberar a Robert y a mí de la cárcel. Vamos a vivir felices y comer perdices hasta el fin de los tiempos.
>
> Verdad, verdad, verdad.

La redacción había provocado cierto revuelo. Ocurrió a principios de los años ochenta, cuando los psicólogos y orientadores de los colegios asistían a cursos de formación para aprender la saga de los casos ocultos que supuestamente había tras las estadísticas oficiales. Al menos dos de incesto en cada clase, así rezaba el mensaje directo. Al menos otros tres de abusos graves, solo era cuestión de descubrirlos. Se convocó a la familia Hermansson al completo a una reunión: tuvo lugar en el despacho del orientador del colegio, de paredes color pastel, y se inició con la lectura en voz alta de la redacción por parte de la profesora de Kristina, una mujer de veinticinco años de armas tomar natural de la región de Landskrona, que al poco tiempo dejó la carrera de pedagogía para convertirse en la primera mujer buzo del ejército sueco.

Rosemarie se desmayó. Karl-Erik Roca Pedagógica Hombre Cabal empezó a bizquear y a tartamudear, pero fue Ebba la que salvó la situación al echarse a reír a carcajadas, abrazar a su hermana pequeña y decir que era la historia más tonta que había oído en su vida.

Kristina confesó que cuando lo escribió estaba enfadada porque no le dejaban ver un programa de la tele sobre violadores y asesinos en serie de Nueva York, y que por eso había exagerado un poco.

A Robert no le dieron la oportunidad de expresar su opinión, pero cuando Rosemarie se

recuperó de su desmayo ya no había problema alguno, todo se había solucionado. El orientador estaba contento, el subdirector estaba contento, y la futura buzo militar estaba al menos todo lo contenta que su predisposición le permitía: acusaba cierto defecto precisamente en esa área de su psicología. El tartamudeo de Karl-Erik cesó, aunque la mirada bizca le duró un par de días más. Hubo especulaciones de que quizá se trataba de un derrame cerebral menor.

—Captaste algo en ese texto —indicó Robert—. En fin, que voy a salir un ratito. Nos vemos mañana, no os quedéis hasta muy tarde.

—Yo me marcho a la cama dentro de nada —aseguró Kristina.

—Yo también —dijo Henrik.

Era la 01.05 cuando Robert llegó a la plaza. Qué bien, pensó. En este pueblo de mala muerte no hay nadie en la calle a estas horas. Nadie ante quien bajar la mirada, quien camina de noche, tropieza...

Aun así, una familiar sensación le fue invadiendo poco a poco al detenerse delante de la oscura entrada del cine Royal y mirar a su alrededor. Un manto húmedo y una sensación de ahogo. Este rincón de la eternidad había sido su eje durante sus primeros veinte años de vida. No era de extrañar que hubiera sufrido daños. No era de extrañar que todo se hubiera ido a la mierda.

Sintió el tufo a autocompasión. Por supuesto. Echar la culpa de la desolación interior de la vida adulta a la exterior de la infancia era a lo que los náufragos del alma se habían dedicado siempre, no suponía ninguna novedad. Todo el mundo tiene que nacer en algún sitio. Ponerse en pie y echar a andar era lo que había que aprender. Calculó que llevaba año y medio sin pasar por su casa, y al mismo tiempo se preguntaba por qué todavía llamaba a aquel lugar «su casa». Un agujero negro que nunca parecía perder su fuerza de atracción, pero ¿no le sucedía eso a todo el mundo? Solo había que evitar que te absorbiera. Mantener la distancia. Encendió un cigarrillo y enfiló Bastugatan. ¿Qué era aquello que le había pasado antes en el aparcamiento? ¿Qué? Uno no se moría de pura angustia, ¿no? Solo de acciones realizadas durante la influencia de la angustia. ¿O se trataba de un simple colapso nervioso? ¿Era así como se vivía eso? Se había desmayado, de hecho. ¿Era posible sentirse tan jodidamente mal que uno sin más se desmayaba? Si era así, no estaba nada mal como mecanismo de defensa. Dormir, dormir y olvidarse del mundo y de su propia podredumbre.

No había mirado a su madre a los ojos en toda la noche. Tampoco a los demás. Lo más probable es que solo hubiera cruzado la mirada con Kristina. Ella había dado con las palabras adecuadas cuando habían salido a hablar, de eso no cabía duda: «Eres un jodido cerdo, Robert, y te quiero mucho». Todos los demás habían intentado situarse junto a una cómoda boya que flotaba en algún sitio entre el cerdo y el amor, pero solo Kristina era lo bastante grande para abarcar los dos extremos. Y mandar el espacio intermedio a la mierda. Le vino a la cabeza que Paula también era una mujer así. Una mujer familiarizada tanto con la mierda como con la

belleza. El sucio brillo dorado del ser humano, la puta y la virgen... Las palabras se revolvieron desenfrenadas en su cabeza, era por el whisky y el vino, claro. Llegó a Norra Kungsvägen, se detuvo un rato a contemplar la vieja y bonita torre de agua. Ladrillo color caoba, completamente redonda. Ojalá derribaran todas las torres de agua feas de todo el país y levantasen torres como esa en su lugar, con pequeñas ventanas aquí y allá y un tejado de cobre de color verde cardenillo; no debería ser tan difícil. Sería un mundo en el que se podría vivir, pensó Robert: en un mundo con torres de agua redondas hechas con ladrillo color caoba, allí me sentiría a gusto.

Pero con una nueva Paula, claro. Eso era lo que necesitaba, eso sería su salvación. No debería ser imposible encontrar a otra mujer si se marchaba a las islas Canarias y se quedaba allí tres meses. Allí sin duda sobraban las mujeres solteras. Y podría darle un repaso a esa vieja pero brillante novela suya al tiempo que conocía a su definitiva virgen-puta... Sí, ya iba siendo hora, desde luego. Para las dos cosas. Encendió otro cigarrillo y caminó en dirección a la iglesia. Mañana voy a mirar a mi madre a los ojos, decidió. Voy a decirle que de nada sirve llorar sobre el semen derramado (quiero decir *leche*, joder, ¡la leche derramada!), y que tengo un plan.

Durante toda la noche apenas había dedicado un solo pensamiento a Jeanette Andersson, pero al entrar en Fabriksgatan se dio cuenta de repente de que vivía en esa calle. En el 26, ¿no era ese el número?

¿Por qué no?, pensó Robert Hermansson.

Era la una y veinte de la madrugada, lo sabía, pero seguro que no tenía que madrugar mañana para ir al trabajo. Sacó la cartera y buscó el papelito donde había apuntado su número de teléfono.

Capítulo 9

Es un chico tan guapo, pensó Kristina. Solo espero que sea capaz de resistirse a la influencia materna. Pero ¿de dónde le viene esa tristeza?

—¿Eres feliz, Henrik?

Ese tipo de preguntas las podía hacer por ser quien era: su «tía de libertad». El propio Henrik había inventado esa expresión hacía ya varios años, cuando pasaron unas semanas juntos en Skagen. Sus padres habían alquilado una casa enorme durante un mes entero, pero Ebba tenía compromisos profesionales, congresos y operaciones, al menos la mitad del tiempo, por lo que Kristina se había incorporado como madre suplente de los chicos. Henrik tenía doce años; Kristoffer, siete. «Kristina, ¿sabes lo que eres?», había dicho Henrik un día mientras hacían castillos de arena en la playa y bebían Coca-Cola. «¡Eres mi maravillosa y fantástica tía de libertad!»

Y le había dado tal abrazo con su huesudo cuerpo infantil que casi la había dejado sin aire, y después acabaron los tres en una lucha tan desaforada que la arena salió volando y el castillo quedó en ruinas. Aunando esfuerzos, Henrik y Kristoffer habían logrado tumbarla bocarriba, besarla en el ombligo y poco a poco la habían enterrado bajo miles de toneladas de arena hasta que no se le veía más que la cabeza.

Debió de ser un buen verano, pensó asombrada; o tal vez la sensación se debía solo al habitual retoque que hacía la memoria.

—No lo sé —contestó—. No, supongo que no soy muy feliz, no.

—Te lo he notado. Sabes que sé escuchar, si es que hay algo de lo que quieras hablar.

Henrik se quedó pensativo girando su copa de vino. Lo más probable era que estuviera un poco borracho él también, pero difícilmente ese estado le resultaba desconocido. Sobre todo después de un semestre entero en Uppsala. Diecinueve años, pensó. Doce años más joven que ella y una edad nada deseable si miraba en su propio retrovisor. Pero ¿qué le pasaba? ¿No tenía amigos? ¿Le iban mal los estudios? ¿Drogas? ¿O ha discutido con esa novia? Ebba le había dicho que tenía una novia que estudiaba medicina.

—¿Has suspendido algún examen? —intentó Kristina.

Henrik negó con la cabeza.

—Aún no hemos hecho ninguno. Tenemos ese examen enorme ahora en enero.

—O sea que tendrás que estudiar mucho durante las vacaciones, ¿no?

—Sí, parece más un período de estudios que unas vacaciones.

—Vaya. Pero ¿crees que vas bien preparado? ¿Que has seguido las clases bien y eso?

Él asintió con la cabeza. A Kristina se le ocurrió que a lo mejor estaba pensando que era tonta; que era una estupidez preguntarle a Súper-Henrik si podía con los estudios.

—¿Y crees que has elegido bien la carrera?

—Sí, me parece que sí.

No, pensó Kristina, los tiros no van por ahí. Bebe un poco más de vino, mi querido sobrino, para atreverte a hablarme de lo que te preocupa. Ella levantó su copa en un pequeño intento de aligerar el ambiente, mientras le guiñaba el ojo.

Henrik tomó un trago de vino, y de repente la observó con una especie de nueva energía. La medía con la mirada y durante unos segundos pareció hacer equilibrios en el fino filo de la decisión. De pronto resultaba difícil entender que solo tuviera diecinueve años.

—Hay una cosa sobre la que no creo que pueda hablar —afirmó al final—. Lo siento, pero es así.

—¿Ni siquiera conmigo? —preguntó Kristina—. ¿Ni siquiera en mitad de la noche?

Henrik no dijo nada.

—Bueno, si es algo serio, espero que tengas a alguien en quien puedas confiar. Con quien no lo reprimas...

Vaya chorrada de psicología barata, pensó. Parezco una maldita orientadora escolar. Lo observó. Él había bajado la vista, había juntado las manos y entrelazado los dedos delante de él, esos dedos largos y fuertes, de pianista, y permanecía callado. El espeso y castaño flequillo le caía tapándole la cara. Kristina casi podía percibir la intensidad de sus pensamientos. La decisión se cocía a fuego lento entre el corazón y la laringe, las palabras ya estaban preparadas, no sería más que obra de un instante articularlas. Se preguntaba si realmente podía percibir todo eso con tanta nitidez o si solo se lo estaba imaginando porque tenía muchas ganas de que así fuera. En cualquier caso, ese era el momento; si no le contaba lo que le preocupaba ahora, tampoco lo haría más tarde. Ni mañana, ni la semana que viene ni nunca. Quiero saberlo, pensó. Quiero de verdad a este chico y quiero que me abra su corazón. Voy a ayudarte, Henrik, ¿no lo entiendes? No soy tu madre, soy tu tía de libertad. Sopesó ponerle la mano sobre el brazo, pero desistió. El equilibrio era muy delicado, demasiada presión podía decantar la balanza hacia el lado equivocado.

Agarró la botella de vino y volvió a llenar las copas. Pasó medio minuto, quizá uno entero; Kristina acababa de decidir que la situación era ridícula y que estaba absurdamente hipersensible y susceptible por haber bebido demasiado cuando Henrik de pronto enderezó la espalda, tomó un buen trago de vino y la miró de nuevo con esa energía.

—Soy homosexual, Kristina —dijo—. Ese es el problema.

Cuando Robert ya tenía el móvil en la mano, de repente le asaltaron las dudas.

Llamar a una mujer completamente desconocida a la una y media de la madrugada, ¿no era eso una locura? ¿Y si solo tenía una pierna y pesaba ciento cuarenta kilos? ¿Y si era una yonqui sin dientes?

¿Jeanette Andersson?

Aunque, por otra parte, ¿y si era su salvación? ¿Y si estaba esperándolo en estos momentos? Su nueva Paula. Como al parecer estaba al tanto del ciento cinco cumpleaños de la familia Hermansson, sin duda también sabía que él se encontraba en la ciudad. Que había vuelto.

Pero aun así. Si al menos hubiese sido la noche de un viernes o sábado...

Hizo un trato consigo mismo. Un paseo por Pampas hacia el campo de fútbol y el ferrocarril para poner un poco más de distancia entre los dos. Si no se arrepentía durante los diez minutos que duraría el paseo, la llamaría, y si llegaba a contestar y lo invitaba a ir a su casa, todavía tenía diez minutos para arrepentirse en su camino de vuelta a Fabriksgatan.

Un plan sencillo, pensó Robert, mientras encendía otro cigarrillo y temblaba de frío. Inteligente. Se respiraba un aire gélido y húmedo, pero se sentía agradecido de tener el suficiente alcohol en sangre para no quedarse helado. Algo es algo.

Subió los hombros y echó a andar.

Una corriente de pensamientos automáticos y bastante divergentes pasó por su cabeza. Tomó un poco de vino al tiempo que se esforzaba por no mostrar ninguna reacción. Algo le decía que era importante no reaccionar del modo equivocado, y ese mismo algo también le informó de que había al menos cien reacciones equivocadas entre las que elegir. Además, le sorprendió que no se le ocurriera nada espontáneo que decir, que no le surgiera un sentimiento que pudiera revestir con palabras puras y verdaderas. Resultaba del todo evidente que Henrik estaba atormentado. Tanto por su orientación sexual como por habérselo revelado; Kristina no podía determinar cuál de las dos cosas pesaba más en el tenso silencio de Henrik, que se había reclinado en el sofá, con las manos entrelazadas detrás de la nuca y la vista fija en el techo. Al parecer, no quería mirarla. Ella desgranaba —y rechazaba— con celeridad todo el arsenal de comentarios políticamente correctos: «Tampoco es para sentirse desgraciado, ¿no?», «Todo el mundo siente ese tipo de atracción», «Todavía no has desarrollado tu sexualidad del todo», «Vale, ¿y?». Intentó dar con lo que ella de verdad sentía, opinaba y pensaba; no debería ser tan condenadamente difícil, ¿no? Con que se relajara y se dejara llevar un poco...

Al final le salió:

—No, no lo eres para nada.

—¿Qué? —dijo él.

—He dicho que no lo eres para nada.

Henrik soltó las manos de detrás de la nuca y se inclinó hacia delante para apoyar los codos en las rodillas.

—Ya lo he oído. Pero ¿qué chorrada es esa? ¿No crees que yo sabré si soy...?

—No —replicó Kristina—. Lo cierto es que no creo que lo sepas.

—Pero ¿cómo puedes decir eso? He de admitir que me esperaba otra reacción. —Un tono agresivo de repente.

Kristina lo miró fijo a los ojos un segundo antes de contestar.

—¿Cuál?

—¿Cómo?

—¿Qué reacción esperabas?

—No lo sé. Esa no, desde luego.

—¿Tan importante es mi reacción?

Henrik se encogió de hombros y se relajó un poco.

—No sé. Sí..., bueno, no, claro que no. Da igual, de todos modos, ahora ya sabes que soy maricón.

Ella negó con la cabeza y le sonrió. Se le acercó un poco más en el sofá y le acarició el brazo.

—Henrik, escúchame bien. Tengo al menos media docena de homosexuales en mi círculo de amigos. Sé que hay varios tipos y que uno se vuelve homosexual por varios motivos. Pero estoy muy segura de que tú no encajas en ese grupo. No me cabe duda de que has tenido experiencias homoeróticas, pero eso no te convierte automáticamente en marica. Yo misma he... —Se detuvo un instante, pero se dio cuenta de que ya no valían las ambigüedades—. Yo también he estado con mujeres un par de veces en mi vida, y me gustó, pero comprendí pronto que era del otro bando.

—¿Has sido lesbiana? ¿Tú?

El asombro de Henrik era total y se le abrieron los ojos como platos.

—He dicho que he tenido un par de experiencias de amor lésbico. Del mismo modo que tú, me imagino, has experimentado cómo es estar con un hombre.

—Joder —dijo Henrik, y tomó un poco más de vino—. Nunca lo habría pensado.

—¿No tenías tú una novia en el instituto, por ejemplo? Se llamaba Hanna, ¿no?

—La verdad es que tuve dos —reconoció Henrik—. Pero nunca llegó a funcionar del todo.

—¿Te acostaste con ellas?

—Sí. O como se le quiera llamar a eso.

Se rio de sí mismo con ironía. Pero su risa también denotaba afabilidad; ella se inclinó más hacia él.

—Y, como funcionó mejor con ese chico que supongo que has conocido en Uppsala, ¿sacas la conclusión de que eres homosexual?

—Sí, bueno...

—Hay bastante gente que es un poco bi, ¿sabes? Y con el tiempo se va eligiendo o lo uno o lo otro, así de sencillo. Es un poco como elegir una profesión... o un coche, porque la verdad es que no necesitas un Bugatti y también un Rolls Royce.

—¿Un Bugatti y un Rolls...? —Se rio otra vez, pero de pronto paró; la tristeza le sobrevino de nuevo. Contempló a Kristina desde muy cerca con una mirada ligeramente oscilante—. Kristina, soy maricón. Te agradezco el intento de poner bálsamo en la herida, pero no cambia nada.

Ella le sostuvo la mirada. Pasaron cinco segundos. Cinco vertiginosos segundos en los que algo empezó a suceder: le resultó extraño estar sentada en el sofá y contemplar los ojos azules de su sobrino de esa manera y a una distancia a todas luces demasiado corta. Pasaron algunos segundos más, la habitación que los rodeaba parecía ir perdiendo tanto su forma como su contenido; despacio, se fue creando alrededor de ellos una campana de cristal, una incubadora, y de pronto todos los supuestos se antojaron neutralizados.

No, pensó ella, es solo un intento de ponerle el broche de oro a mi borrachera. Acto seguido dijo:

—Ponme la mano en el pecho, Henrik.

Henrik dudó, pero no se movió.

—Venga, no llevo sujetador, ya lo ves. Adelante.

Él hizo lo que ella le pidió. Primero encima del vestido, luego por debajo. Su mano resultaba cálida y cautelosa. El pezón se puso duro de inmediato.

—¿Qué sientes?

Él no contestó. Su mano tembló un poco. O a lo mejor era ella misma. ¿Por qué debía parar ahora?, pensó. ¿Por qué dejarlo a medias? Apretó la mano en la entrepierna de Henrik, y la mantuvo allí mientras notaba cómo él crecía. ¿Qué estoy haciendo?, gritó una voz en su interior. ¿Qué coño estoy haciendo?

Pero la ignoró.

—Tengo dos pechos —susurró ella—. Adelante.

Henrik obedeció de nuevo. Ella le desabrochó los vaqueros y metió la mano. Agarró su miembro.

—¿Qué sientes?

Henrik tragó saliva. Seguía sin apartar la vista de ella. Como si la mirada fuese el hilo invisible del que todo pendía. Acarició con cuidado los pechos de Kristina. Ella le bajó los calzoncillos por debajo de los testículos y lo agarró mejor. Movió la mano arriba y abajo un par de veces. Él abrió la boca mientras su respiración se volvía más pesada.

—Dios mío —dijo, y cerró los ojos.

—Sí —susurró Kristina—. Eso es. Dios mío.

Robert decidió dar una vuelta entera al oscuro campo de fútbol antes de sacar el móvil. Una última vuelta de posible arrepentimiento. Una fina y difusa lluvia había empezado a caer, una lluvia helada que se le depositaba en el pelo y la cara como una gélida capa, pero sin que de

momento notara el frío. No había visto a nadie durante el último cuarto de hora, solo dos coches que pasaron y un gato callejero, que de un salto salió delante de sus pies desde un rincón en Johannes Kyrkogata.

—Más solitario que esto, imposible —murmuró para sí al encontrarse de nuevo en la entrada principal del campo de fútbol, y de alguna manera le resultó una consolación. Como si finalmente hubiese tocado fondo. Durante un solitario paseo por el polideportivo de Kymlinge una noche de diciembre. Sacó el móvil. Vio que ya era la 1:51.

Se detuvo, inspiró hondo y encendió otro cigarrillo. Vio que solo le quedaban dos en el paquete antes de marcar el número.

Ella contestó después de tres tonos...

—¿Sí? Soy yo.

—¿Jeanette?

—Sí.

No parecía que la hubiera despertado, pero sabía que a veces esas cosas eran difíciles de determinar. Algunas personas eran capaces de hablar en sueños y aun así sonar despiertas y espabiladas. Jeanette tenía una voz áspera, un poco susurrante. Pero cálida, a Robert le gustó; y durante un instante de lo más idiota una frase le atravesó el cerebro.

«Soy tu amante perdido y tengo nieve en el pelo.»

Consiguió pararla, sin que le diera tiempo a reflexionar sobre de dónde diablos había venido.

—Perdona —dijo—. Soy Robert, Robert Hermansson. Sé que es muy tarde, pero no podía dormir, y si tú todavía...

—Ven —respondió ella sin más—. Te estoy esperando.

—No era mi intención...

—Venga, ven —lo interrumpió ella—. Te he invitado yo y aún no me he acostado. ¿Sabes dónde vivo?

—Sí —contestó Robert—. Me lo dijiste. Fabriksgatan, veintiséis... ¿El portero automático tiene código?

—Diecinueve cincuenta y ocho —contestó ella—. ¿Dónde estás ahora?

—En el campo de fútbol.

—¿En el campo de fútbol? ¿Qué haces allí en mitad de la noche?

—He dado un paseo. Y luego he pensado en ti.

—Bien —dijo—. Entonces no tardarás más de diez minutos en llegar. Preparo un poco de té. ¿O prefieres una copa de vino?

—Té está bien..., creo.

—De acuerdo. Podemos tomar las dos cosas. Tengo muchas ganas de verte, Robert. Diecinueve cincuenta y ocho.

Después colgó. Su voz se quedó con él, y de repente le pareció que había algo vagamente familiar en ella. Metió el teléfono en el bolsillo del abrigo, tiró el cigarrillo a medio fumar y se

encaminó de vuelta a Fabriksgatan.

Solo llevaba el vestido y unas bragas, de modo que llegar a ella era de lo más fácil, pero cuando Henrik alcanzó su punto más sensible, Kristina lo paró todo.

—Debemos tener cuidado, Henrik —le susurró al oído—. No podemos hacer daño a otras personas.

—¿Hmm? —dijo Henrik.

—Pero, si tú quieres, yo estaré encantada de ir hasta el final. Te habrás dado cuenta de que soy una mujer, espero...

—Eres una mujer —admitió con voz ronca—. Déjame continuar.

Lo soltó y lo apartó ligeramente. Se ajustó las bragas y el vestido. El reloj de la pared dio las dos, los frágiles golpes del péndulo se quedaron suspendidos en el salón como un recordatorio inequívoco de la existencia del mundo exterior. No solo existían ese sofá y esas dos personas en el mundo, sino que además había, pensó Kristina, así en general, una cantidad infinita de relaciones y circunstancias paralizantes que tener en cuenta. Si eso era lo que quería.

—Mañana por la noche, Henrik —propuso ella—. Jakob regresa a Estocolmo por la noche y, si quieres, te espero en el hotel.

—Pero... —musitó Henrik—. ¿De verdad se puede...?

—Kelvin siempre duerme como un tronco —le aseguró Kristina—. Sí, de verdad se puede. No te preocupes. Y tengo muchas ganas de enseñarte algo sobre el amor antes de terminar contigo. Sobre lo mejor del amor.

—Dios —repitió Henrik mientras la miraba fijamente—. No me entra en la cabeza...

—¿Qué?

—No me entra en la cabeza que seamos nosotros los que estemos aquí, Kristina. ¿Qué quieres decir con lo mejor?

—El arte de prolongar —dijo ella—. El dulce placer de demorarse. Pero ahora nos despedimos, tengo que volver con mi marido y mi hijo.

—Kristina, yo...

Ella le puso el dedo índice en los labios y él se calló. Lo besó con ligereza en las dos palmas de las manos y se levantó. Se tambaleó un instante cuando la sangre le abandonó la cabeza, pero se recuperó enseguida.

—No, no me acompañes. Nos vemos mañana.

La lluvia resultaba densa y rara, como una suerte de musgo suave y líquido, pensó, y esa sensación la siguió todo el camino por la larga y desierta Järnvägsgatan. Y lo agradeció. El frío y

la insistencia. Entre los miles de pensamientos que la desgarraban por dentro, había dos que gritaban por encima del resto.

Mañana por la noche vamos a ir de verdad hasta el final.

Esto no va a terminar bien.

Y cuando recorrió en silencio el pasillo hacia su habitación en la primera planta del hotel Kymlinge, también oyó una tercera voz que no era la suya: mi sobrino me ha puesto tanto que tengo que despertar a mi marido y hacer el amor con él.

Eran las 02.20, pero le daba igual.

Capítulo 10

Karl-Erik Hermansson se despertó a las 03.40 al oír un nítido clic en su cabeza.

No le había pasado jamás. Ni lo uno ni lo otro. Su cabeza no solía hacer clic y siempre dormía como un tronco hasta las siete menos cuarto. Ya fuera día de trabajo o de descanso.

Aunque, claro, ya no había días de trabajo. Solo días de descanso. Eso era un hecho irrefutable. Una circunstancia vital que había que aceptar.

Nunca más sacaría del garaje su bicicleta Crescent de tres marchas para pedalear los mil trescientos cincuenta metros al colegio. Nunca más sacaría el llavero del bolsillo de la americana con un único movimiento elegante para meter la llave en la cerradura e invitar a la perezosa horda a entrar en el aula 112. Nunca más citaría de memoria el discurso de Marco Antonio al pueblo del 15 de marzo del año 44 a. C.

Solo días de descanso. Una infinidad de mañanas en las que podía quedarse en la cama el tiempo que quisiera y luego dedicar las horas del día a lo que fuese. La recompensa. Los días dorados después de toda una vida de trabajo arduo y penoso y de nuevos planes de estudio. Pero ¿por qué se había despertado a las 03.40? ¿Por qué había sonado un clic en su cabeza? Además, oía un leve susurro que no conseguía identificar. Aunque igual se trataba del radiador bajo la ventana en el lado de Rosemarie. Seguro que lo había subido a escondidas, como siempre.

Pero, aun así, algo había pasado, así lo sentía, había como una inquietud flotando en su pecho, una tensión y una especie de aleteo, ¿verdad? Se quedó quieto intentando identificar la sensación. ¿Y no había oído que justo a esta hora —entre las tres y las cuatro de la madrugada— era cuando la mayoría de la gente moría? El momento en el que se apagaba la llama de la vida, cuando más baja ardía. Estaba seguro de que lo había leído en alguna parte. ¿No podría ser que...?

Karl-Erik Hermansson se incorporó tieso como un palo en la cama. Se mareó unos segundos antes de que a la sangre le diera tiempo a oxigenar su cerebro, pero una vez que este proceso llegó a buen puerto pudo, gracias a Dios, constatar que se sentía sano como un roble. O al menos bastante sano.

Y no fue hasta ese instante, cuando enérgica y ágilmente giró las piernas por encima del borde de la cama y puso los pies en la suave y lanuda alfombra, que se acordó del día que era.

El día del ciento cinco cumpleaños.

Sesenta y cinco para él. Cuarenta para Ebba.

Y a la estela de ese pensamiento siguieron otros miles de cosas más. Estepona. Rosemarie.

Su pie izquierdo agrietado. Pero a la mierda las grietas, en Andalucía no se le agrietaban los pies a nadie. Muy bien. Whisky. ¿Whisky? Sí, es verdad, ese whisky de pijos con sabor ahumado con el que el marido de Kristina había fanfarroneado y cuyo sabor todavía podía sentir en el paladar. Lundgren, el del banco, también apareció, y eso sí que era algo importante. Una de esas cosas en las que debía pensar. Los papeles que se firmarían el miércoles por la tarde, o sea mañana, y esa estirada familia que se iba a mudar aquí; juraría que ni el marido ni la mujer sabrían nombrar ni tres ministros ni dos inventores suecos que hubieran sido relevantes para el desarrollo industrial de los siglos XIX y XX... Cretinos. Qué alivio marcharse de este país ignorante de su propia historia. Un alivio enorme, la verdad; aunque ahora tampoco podía acordarse de cómo se llamaba la Familia Estirada. No importaba, a ver, ¿qué más?

Robert.

Robert. No, fuera Robert.

Rosemarie. Sin comentarios. No, de vuelta a la grieta recién abierta en su pie izquierdo, que desaparecería en cuanto pisara la tierra roja de España..., o sea, la grieta, no el pie; Karl-Erik Hermansson siempre había sido muy concienzudo con la gramática, incluso en sus pensamientos... Y luego, de nuevo, un salto a Robert.

¡Fuera! Mis pensamientos tienen una estructura diferente a estas horas de la madrugada, pensó Karl-Erik con ligero asombro, y se quedó ahí sentado, sin más, en el borde de la cama contemplando el cuadro que representaba el castillo de Örebro, que había ganado en un concurso de crucigramas en 1977. Rosemarie no quería colgarlo, pero, tras explicarle la extraordinaria importancia que el castillo había desempeñado en la historia sueca, naturalmente había cedido.

Robert de nuevo. Venga, vale. El hijo pródigo; había previsto mantener la conversación seria con él ya anoche mismo —para quitársela de encima—, pero no había encontrado el momento. Demasiada gente y demasiadas circunstancias. Y ese whisky. Por tanto, debía asegurarse de que tuviera lugar hoy. Cuanto antes, mejor. Antes de que se sentaran a la mesa para la cena del cumpleaños, en cualquier caso. Había cosas que no se podían eludir.

La conversación entre Padre e hijo. Con «P» mayúscula, pero «h» minúscula, justo así, en forma de texto, lo visualizaba en su cabeza. Era raro, pero detrás de eso había una idea. Aunque *conversación* no era la palabra más adecuada, pues conversación no era precisamente lo que iba a ser. De lo que se trataba, más bien, era de aclarar una postura: de que... —durante un instante, los pensamientos patinaron en el vacío hasta que prendieron—... de que se había tocado el fondo absoluto.

Ya no podía ser peor. Justo así lo expresaría. *Tocar fondo* estaba bien. Le producía malestar solo pensarlo. El deshonor que Robert había causado a la familia duraría toda la vida... No, no quería oír ni excusas ni explicaciones. Lo que Robert había hecho no se dejaba relativizar, y no, de nuevo no, no teníamos planes de abandonar el país, tu madre y yo, no los teníamos, pero es que no nos ha quedado otra. No vemos otra salida.

La vergüenza, Robert, le diría, nos has tirado al cenagal de la vergüenza, y no hay más

remedio que vivir con ello, y ya no quiero decir ni una sola palabra más sobre este asunto.

¿Cuestión? ¿Sobre esta cuestión? No, *asunto* estaba mejor. *Cuestión* sonaba demasiado... Bueno, no sabía muy bien qué.

Se levantó y fue al baño. Se sentó en el inodoro para orinar. Llevaba más de diez años sentándose siempre a orinar por las mañanas, tampoco era nada que hubiera que disimular. Pero solo por las mañanas. Salía aún más despacio de lo habitual esa mañana, quizá se debiera a la hora, todavía no había pasado tiempo suficiente para que se le llenara bien la vejiga, por lo que aprovechó para repasar toda la charla con Robert una vez más.

La tenía en la cabeza desde hacía más de un mes. Las palabras, las formulaciones, las pausas medidas al milímetro. Iba a ser una especie de obra maestra de la pedagogía. En la brevedad se distinguía al maestro. Robert permanecería callado. Y las palabras de su padre penetrarían en él de manera firme e implacable. «Como garrapatas en un perro sarnoso», había leído en alguna parte. Robert comprendería la magnitud de lo que había hecho. Se arrepentiría amargamente, pero no serviría de nada. Miraría a su padre y se daría cuenta de que para algo así no había perdón. Solo la niebla del silencio y del olvido podía con el paso del tiempo cubrir lo acontecido. Una niebla y un bálsamo. Solo tenía un hijo, Robert, diría..., pausa a efectos dramáticos..., y sigo teniendo solo un hijo. Eso es lo que me ha tocado en suerte. Tu madre lo ha pasado muy mal por culpa de esto, Robert, más de una vez he temido por su vida. No, mejor *juicio*. He temido que perdiera el juicio. La vergüenza debería corresponderte a ti y solo a ti, Robert, pero también afecta a tu familia. No, no digas nada. Las palabras no son más que aire después de unos actos así. Debes saber que el director Bergson quería darnos de baja el resto del curso, por consideración hacia nosotros, pero nosotros seguimos. Con la cabeza alta dimos la cara y continuamos trabajando, con la cabeza alta miramos a nuestros colegas a los ojos, no, mejor *compañeros*, con la cabeza alta miramos a nuestros compañeros a los ojos. Quiero que recuerdes eso, Robert. Esta primavera abandonaremos el país, pero lo haremos con la cabeza bien alta. Quiero que no se te olvide.

Se quedó sentado saboreando las palabras pese a que el goteo había cesado hacía un buen rato. Luego se levantó, se subió los pantalones del pijama y tiró de la cadena. Se lavó las manos y se miró en el espejo. Algo le pasaba a su ojo derecho, ¿verdad? No estaba claro lo que era, pero tenía un aspecto un poco raro. El párpado le colgaba un milímetro más abajo de lo que solía. ¿O no era más que su imaginación?

Se echó agua fría en los dos ojos y volvió a comprobarlo. Ahora parecía normal.

Imaginaciones suyas, claro.

Eran las 03.55. Regresó al dormitorio y se metió entre las sábanas al lado de su esposa. Aún se oía el ligero susurro del radiador. El castillo de Örebro no se había movido.

Tengo que intentar dormirme otra vez, pensó. Mañana me espera un día largo.

Primero llegó una pequeña delegación de familiares. A eso de las nueve de la mañana. Eran los dos primos de Karl-Erik de Gotemburgo con sus respectivas parejas, que por pura casualidad estaban en las inmediaciones de Kymlinge y habían decidido pasar a saludar un momento a su primo en su gran día.

Consumieron media tarta y doce tazas de café. Ni Robert, ni Leif ni los chicos se habían levantado todavía (o al menos tuvieron la suficiente cordura como para no bajar de la planta de arriba). Se sentaron a la mesa de la cocina los cuatro que pasaban por allí por casualidad, los dos cumpleañeros y Rosemarie, así como un cachorro de bóxer que acompañaba a los visitantes y que se hizo pis tres veces bajo la mesa.

La conversación discurría con cierta torpeza y giraba en torno a un pariente común que había emigrado a las Américas (Gunvald, 1947), los tipos de interés vigentes, así como todas esas personas amabilísimas que uno conocía por el mero hecho de tener un perro.

El programa televisivo *Los presos de Koh Fuk* fue mencionado de pasada y por error, pero nadie siguió ese hilo.

Tras concluir su misión, a eso de las diez y cuarto, la delegación partió en dos coches pequeños y muy parecidos de color metalizado, uno blanco y otro gris. Dejaron tras de sí dos regalos: una obra de arte enmarcada más grande (100 x 70 centímetros) con un motivo marítimo en lana desmotada, así como una más pequeña, también enmarcada, con un motivo playero (70 x 40 centímetros) en lana desmotada. Los firmaba Ingelund Sägebrandt, que Rosemarie no estaba segura de si se trataba de un hombre o una mujer. Tras consultarlo con Ebba, decidió guardar las dos obras de arte en el garaje, de momento.

Cuando el almacenaje concluyó, Rosemarie salió y levantó la tapa del buzón, que estaba vacío; había empezado a nevar y ya sentía las típicas señales de una incipiente acidez de estómago. Este día no terminará nunca, pensó.

A las once se presentaron ocho compañeros del colegio. Leif había bajado ya, pero Robert no, ni los chicos. Tampoco se sabía nada de Kristina, Jakob y Kelvin; Rosemarie suponía que se habían permitido el lujo de quedarse toda la mañana durmiendo en el hotel y, pensándolo bien, mejor así.

Entre los compañeros del colegio estaba la siempre tan hilarante profesora de matemáticas Rigmor Petrén, de la misma edad que Rosemarie y a la que habían quitado los dos pechos, pero que ahí estaba, dando guerra todavía. Hacía veinticinco años le había dado clase de matemáticas a Ebba (un curso de física también), y ahora había compuesto una nueva y desternillante canción dedicada tanto a Karl-Erik como a su perfecta hija.

Contenía veinticuatro estrofas, y mientras se interpretaba en un arreglo a ocho voces Rosemarie pensó en dos cosas: primero se imaginó un maratón bajo el agua en la oscuridad, una nueva —y en algún sentido interesante— imagen de la vida; y después le pareció ver algo raro

en la cara de Karl-Erik. No tenía el mismo aspecto de siempre, ahí sentado en una silla de cocina sonriendo con tanto empeño que las mandíbulas se le iban tornando blancas.

Aunque quizá era así como uno debería afrontarlo todo, pensó. Como una cuestión de aguante. Rigmor Petrén era de esos profesores a los que siempre les daba tiempo a hacer todo lo que se proponían en todos sus cursos. Año tras año. Ni siquiera el cáncer pudo con ella. Sus graciosas ocurrencias arrasaban con todo lo que se interponía en su camino y lo reducían a cenizas. Leif Grundt se escabulló al baño durante la séptima estrofa y volvió para la decimonovena.

Cuando la canción se acabó, pasaron al salón, donde se bebieron veintinueve tazas de café y se comieron lo que quedaba de la tarta de los primos y dos tercios de la siguiente. El gerente de supermercado Grundt los entretenía con un estudio comparativo y humorístico sobre los precios del jamón en vísperas navideñas. La acidez de estómago de Rosemarie floreció en plenitud.

A continuación, el profesor Arne Barkman pronunció un conmovedor discurso dirigido a Karl-Erik. Hacia la mitad tuvo que hacer un alto para sonarse la nariz e intentar controlar la profunda emoción que no podía evitar sentir en un momento así. Karl-Erik y él habían compartido el mismo cuarto de trabajo pedagógico durante casi treinta años, y Arne se preguntó si lograría volver a su mesa en el colegio en enero. El vacío que Karl-Erik dejaba tras de sí no podía describirse con palabras, dijo. Por eso tampoco pensaba intentarlo. Gracias, Karl-Erik, eso era todo lo que quería decir. Gracias por todo. Gracias, gracias, gracias.

—Gracias, Arne —respondió Karl-Erik oportunamente, y le dio unas palmadas en la espalda a su viejo compañero, de modo que este tuvo que recurrir de nuevo al pañuelo.

Nada más llegar, ya le habían entregado dos ramos de flores, uno más grande, en tonos amarillos, y otro más pequeño, en tonos rojos, pero ahora era la hora de los regalos. Primero un libro del médico y cómico Richard Fuchs para Ebba; al fin y al cabo, era médica, y sin duda le vendría bien reírse un poco de su profesión. Luego siete regalos para Karl-Erik, la cifra simbolizaba el número de musas o gracias o virtudes, o cualquier número siete al que uno quiera entregarse, ja, ja, y todos con una clara referencia a lo ibérico.

La cabeza de un toro en bronce que pesaba más de un kilo. Una botella de Rioja Gran Reserva de 1972. Un libro ilustrado de seiscientas páginas sobre la Alhambra. Un libro de cocina sobre tapas. Un libro de viajes por España de Cees Nooteboom. Un par de castañuelas en madera noble. Un CD con música del guitarrista José Muñoz Coca.

—Estoy emocionado —admitió Karl-Erik Hermansson.

—Es demasiado, de verdad —dijo Rosemarie.

—Son para ti también un poco, por supuesto, querida Rosemarie —indicó Ruth Immerström, ciencias sociales, religión e historia—. Bueno, vais a dejar un gran vacío, tal y como ha dicho Arne.

Los compañeros partieron todos juntos poco antes de la una. Rosemarie puso todos los regalos en el aparador de roble, bajo el cuadro que representaba la batalla de Gestilren, y Ebba

subió al piso de arriba para espabilar a sus dos hijos y a su hermano.

—Robert no está —constató cuando diez minutos más tarde bajó a echarle una mano a su madre con los platos.

—¿No está? —inquirió Rosemarie—. ¿Qué quieres decir con que no está?

—Quiero decir que no está, naturalmente —respondió Ebba—. Ha hecho la cama, pero no está en su cuarto. Y aquí abajo tampoco.

—¿Quién no está? —preguntó Kristina, que llegaba en ese momento acompañada por su marido y su hijo, los dos con traje, el primero de Armani y el segundo de marinero.

—Qué vestido más bonito llevas —dijo Rosemarie—. Siempre te ha sentado bien el rojo. Es curioso que Ebba sea tan azul y tú tan roja. Casi podría pensarse que...

—Gracias, querida mamá —la cortó Kristina—. ¿Quién no está?

—Robert, claro, ¿quién si no? —contestó Ebba—. Pero habrá salido a pasear y a fumar otra vez. Supongo que tiene muchas cosas en las que pensar. ¿Habéis dormido bien en el hotel?

—Gracias, de maravilla —aseguró Jakob con Kelvin colgándole entre los brazos como un muñeco de trapo.

Algo realmente serio le ocurre a ese crío, pensó Rosemarie de manera automática.

—La verdad es que pareces un poco cansada, Kristina —comentó con el mismo automatismo. Alguna cosa pasaba con el aspecto de las hijas que una madre no podía callarse—. Creía que habíais dormido toda la mañana.

—He dormido demasiado —contestó Kristina—. Felicidades, papá. Felicidades, Ebba. ¿Qué has hecho con los paquetes, Jakob?

—Mierda —se le escapó a él—. Los he dejado en el coche.

—Luego voy a buscarlos —repuso Kristina—. Aún no es la hora de los regalos, supongo. ¿Subes a acostar a Kelvin?

Jakob y Kelvin salieron de la cocina. ¿Está mangoneando a Jakob?, pensó Rosemarie. No reparé en eso ayer.

—¿Qué te ha pasado en la cara, papá? —preguntó Kristina—. No pareces el mismo.

—Es la edad —intervino Leif Grundt.

—Bueno, no sé —repuso Karl-Erik mientras se pasaba las dos manos por las mejillas—. Me he despertado a las tres y media y no he podido volver a dormirme. No entiendo por qué no, la verdad es que me siento un poco cansado.

—Tienes que recortarte los pelos de la nariz —sugirió Rosemarie.

—Yo creo que lo que necesita papá es echarse una siesta —declaró Ebba—. Ha habido un poco de jaleo por la mañana, os lo podemos asegurar a los que no habéis estado presentes.

No es solo que a mí me cueste encontrar mis sentimientos por ellos, pensó Rosemarie, es que tampoco se quieren entre ellos. Si no me tomo un poco de Samarin pronto, este ardor me va a quemar viva.

Los hermanos Grundt aparecieron por la puerta, inmaculadamente peinados y encorbatados.

—Buenos días, so granujas —los saludó su padre con afabilidad—. Menudas cuerdas de quinquis lleváis en el cuello.

—Ahora que ya estamos todos reunidos tomaremos un poco de café y unos sándwiches —anunció Rosemarie Wunderlich Hermansson.

Capítulo 11

Durante la tarde, la temperatura bajó cinco grados y la nevada se intensificó. El viento del sudoeste cambió a nordeste, y su velocidad aumentó de tres a ocho metros por segundo, pero nada de eso suponía el menor obstáculo para el siguiente punto en el orden de día: el paseo por la ciudad.

Karl-Erik Hermansson llevaba al menos veinticinco años haciendo un recorrido de unas dos horas con los alumnos de octavo a los que impartía alguna de las asignaturas de ciencias sociales —a fin de transmitir a las futuras generaciones ni que fueran unos conocimientos rudimentarios de su propia ciudad y sus lugares de interés— y no le parecía que hubiera tanta diferencia entre mayo y diciembre.

El ayuntamiento. El Museo del Calzado. La vieja torre de agua. La finca de la familia Hemmelberg. El parque Gahn, y la bien conservada herrería Rademacher junto a la pequeña cascada del riachuelo. Por mencionar solo algunas de las paradas.

Para más de uno de los participantes de ese día, la mayoría de los sitios estaban ya muy vistos, pero la nueva biblioteca municipal se había inaugurado hacía tan solo ocho meses y la restauración de la pintura del retablo de la iglesia acababa de concluir, por lo que nadie había tenido ocasión de verla.

Además, siempre venía bien salir a dar un paseo. El grupo estaba al completo, exceptuando a Rosemarie, que, tras consultarlo con su amiga y ayudante de cocina, Ester Bräldin, se había quedado en casa para organizar la comida, y Robert, al que nadie había visto todavía.

—No me puedo creer que ni siquiera sea capaz de hacer un esfuerzo por participar en esto, muy típico de él —se quejó Ebba a su hermana, una vez que el padre de ambas terminó su presentación de la historia y los diferentes avatares del Museo del Calzado y estaba dando indicaciones al grupo para seguir la marcha hacia Linnégatan en medio de los remolinos de nieve.

—¿Cómo que típico? —preguntó Kristina—. ¿Es que no es igual de libre que el resto?

—¿Libre? —repitió Ebba, e hizo un gesto con los brazos como si no fuera capaz de recordar muy bien lo que significaba ese extraño concepto—. ¿De qué diablos estás hablando?

—Lo que quiero decir es que no debemos juzgarlo antes de conocer sus motivos —respondió Kristina.

—Yo jamás juzgaría a nadie, ya lo sabes —dijo Ebba—. Me ofendes, Kristina.

—Vale, perdona —se disculpó Kristina antes de limpiarle los mocos a su hijo con un kleenex

—. Es solo que es tan fácil criticar a Robert...

—Grrmf —gruñó Ebba mientras cogía a su marido del brazo.

—Bueno, chicos —Karl-Erik Roca Pedagógica se volvió hacia los hermanos Grundt—, ¿podéis decirme por qué aparece grabada esa fecha encima de la entrada?

—¿1848? —dijo Henrik pensativo, y se detuvo—. El manifiesto comunista. Aunque no sabía que se escribió en Kymlinge.

Karl-Erik, que había conseguido echarse una siesta de unos quince minutos pese a la abarrotada agenda de ese día, se rio.

—Muy bien, muchacho. No, Marx y Engels, que se sepa, nunca pisaron Kymlinge. ¿Quizá tu madre nos puede iluminar?

—El incendio —contestó Ebba rauda—. Toda la ciudad de Kymlinge ardió ese año. En aquella época casi todo se construía en madera, y esta casa fue la única que se salvó. La casa de Lehrberg. Se cuenta que aquella noche no había más que una criada en la vivienda, y que fueron su devoción y sus oraciones los que la salvaron tanto a ella como a la casa.

—Exacto —asintió Karl-Erik—. Y fue después, en la década de 1850, cuando se construyó la ciudad moderna. La Kymlinge que conocemos. Una nueva red de calles en lugar de la vieja de la época medieval. Dos plazas nuevas, Södra Torg y Norra Torg. El ayuntamiento, que hemos visto antes, el mercado y...

—Joder con la nieve, no para —interrumpió Leif Grundt—. Menos mal que llevamos zapatos de invierno. ¿De veras se acabó ese whisky anoche?

—Leif, por favor —dijo Ebba mientras le soltaba el brazo.

—Parece que se acabó, sí —constató Karl-Erik con un gesto ligeramente preocupado—. Bueno, sí, la verdad es que es raro que no esté Robert.

Parece como si de repente se le hubiera ocurrido que esas dos circunstancias pudieran estar relacionadas de alguna manera, pensó Kristina, y por primera vez sintió una punzada de inquietud por su hermano. Eran las 16.30, y no lo habían visto en todo el día, ¿no era un poco extraño? Incluso tratándose de Robert.

Aunque quizá estuviera sentado al calor de la cocina en casa charlando tranquilamente con su madre y Ester Brälldin.

—Vamos a dar un paseo rápido hasta la iglesia, y luego creo que ya será la hora de volver a casa y darnos un buen festín —anunció Karl-Erik antes de bajarse las orejeras de la gorra de piel que databa de principios de los setenta y asumir el mando sobre el grupo que tiritaba de frío.

—¡Uy, menudo tiempo hace! —exclamó Rosemarie Wunderlich Hermansson unos tres cuartos de hora más tarde, cuando todos estaban en el recibidor dando zapatazos para quitarse la nieve

—. ¿Habéis vuelto todos sanos y salvos? No, ¿dónde están...?

—Kristina y Henrik han ido al súper a comprar algo —explicó Ebba—. ¿Ha aparecido Robert?

—No —dijo Rosemarie mientras ayudaba a sacar a Kelvin del arnés que llevaba su padre—. No entiendo dónde se ha metido, en serio. Pero si tenéis que estar congelados... ¿Era realmente necesario sacar a todo el mundo a pasear con esta ventisca, Karl-Erik?

—Tonterías —replicó Karl-Erik—. La verdad es que yo soy el mayor del grupo. Y si a mí no me ha pasado nada, no entiendo por qué tendría que haberle pasado nada a nadie. Venga, tomemos un *glögg* frente a la chimenea en el salón.

—Eso, muy buena idea —convino su mujer—. Es perfecto, porque nos sentaremos a la mesa dentro de una hora más o menos. Els-Marie ha llamado para felicitaros, por cierto. A los dos, claro.

—Gracias —dijo Ebba.

—Gracias —repitió Karl-Erik.

Ya que no se consideraba demasiado apropiado que el joven Kristoffer tomase *glögg*, tampoco debía tomarlo Henrik, por solidaridad fraternal, de modo que estos aprovecharon la ocasión para retirarse a su habitación durante media hora.

—Oye, pasa una cosa —dijo Henrik después de haber redactado y enviado otro SMS.

—¿Mmm? —musitó Kristoffer con indiferencia desde su cama.

—Yo... necesito tu ayuda con una cosa.

¿Qué?, pensó Kristoffer. ¿Mi ayuda? ¡Joder! El fin del mundo está cerca. El armagedón o como se llame.

—Eh... claro —contestó.

—Bueno, en realidad, tu ayuda no —siguió Henrik—. Tu silencio, más bien.

—Ah, ¿sí?

Advirtió que el corazón le empezaba a galopar en el pecho, y esperaba por Dios que su hermano no se diera cuenta.

—O sea, solo un pacto de silencio.

—¿De qué se trata? —preguntó Kristoffer mientras fingía bostezar.

Henrik permaneció callado un momento, tirado en su cama, como si deliberara consigo mismo. Kristoffer se puso a silbar con pereza.

—Voy a salir un par de horas esta noche.

—¿Qué?

—He dicho que voy a salir un par de horas esta noche.

—¿Por qué?

—Y no quiero que se lo digas a nadie.

—Ya..., pero ¿por qué vas a estar fuera un par de horas?

Henrik dudó de nuevo.

—No creo que haga falta que lo sepas. Solo quiero que no se lo digas a mamá, ni a nadie más.

Kristoffer silbó un poco más. La verdad es que sonaba a *Stairway to Heaven*.

—Si quieres mi silencio, creo que tengo derecho a saber lo que vas a hacer.

—No estoy de acuerdo.

Kristoffer reflexionó.

—Bueno, pues en ese caso creo...

—Vale —dijo—. He quedado con un viejo amigo.

—¿Un amigo? ¿Aquí en Kymlinge?

—Sí. ¿Y qué hay de raro en eso? Se mudaron aquí hace unos años.

Joder, cómo mientes, hermanito, pensó Kristoffer. Y qué mal lo haces. Pero ¿qué narices voy a decir?

—¿Es una chica? —preguntó. Le salió casi automáticamente, sin pensar, pero en el instante en el que las palabras saltaron de su boca comprendió que era justo la pregunta más oportuna. Teniendo en cuenta las circunstancias. Todas las circunstancias.

Pasaron tres segundos.

—Sí —reconoció Henrik—. Es una chica.

Kristoffer sintió que la excitación hacía tictac en su interior y simuló un nuevo bostezo para camuflarla. Tío, pensó, mientes más que caga un caballo. ¿No será por casualidad Jens el nombre de esa chica?

Pero ¿qué hace Jens en Kymlinge? No vivía él en...

Ah, no, es verdad, se acordó Kristoffer. La que vivía en Karlskoga era Jenny, y lo especial de esa chica era que por lo visto no existía.

—¿Entonces? —insistió Henrik.

—Eh..., sí, claro —contestó Kristoffer—. No diré nada. Ni una palabra saldrá de mis labios.

—Muy bien —dijo Henrik—. Bueno, tampoco es seguro al cien por cien que salga, pero por si acaso.

—Por si acaso —repitió Kristoffer—. Entiendo, claro.

No, añadió en su cabeza. No lo entiendo en absoluto.

Aunque, pensándolo bien, no había motivo por el que la casa de los padres de Jens no pudiera estar cerca de Kymlinge. O en la misma ciudad. La verdad era que no, aunque parecía algo inverosímil.

Bueno, pensó Kristoffer, un viaje interesante este, sin duda. Mejor de lo que había pensado, debo admitir.

—No entiendo a qué te refieres —dijo Karl-Erik irritado—. ¿Adónde quieres ir a parar?

—No puede ser tan difícil de entender —replicó Rosemarie. Estaban en el cuarto de la lavadora, adonde Rosemarie había llevado a su marido con el uso de una leve fuerza—. Robert no ha vuelto.

—Me he dado cuenta —repuso Karl-Erik—. Pero la mesa ya está puesta, el primer plato listo, según Ester, y todo el mundo está sentado esperando. ¿Quieres decir que vamos a permitir que ese maldito golfo arruine toda la...?

—Es tu hijo —lo interrumpió Rosemarie—. Piénsate bien lo que dices, Karl-Erik.

—Bah —soltó Karl-Erik—. Me he pensado bien cada palabra que he pronunciado durante cincuenta años. Ya basta. ¿Te entra eso en la cabeza o no?

Dios santo, ¿qué es lo que le pasa?, le dio tiempo a pensar a Rosemarie antes de que la nube Robert volviera a asumir el control y se cerniera sobre su mente.

—Tranquilízate —le pidió ella—. Además, he descubierto una cosa.

—No me digas. ¿Y qué es lo que has descubierto? Son casi las seis y media, no podemos esperar más. No soy el único que está a punto de perder la paciencia.

—Lo que he descubierto —continuó Rosemarie con esforzada lentitud— es que no ha dormido en su cama en toda la noche.

—Tonterías. Pues claro que ha dormido en su cama, ¿dónde si no? Y además el coche sigue ahí fuera.

—Sé que su coche sigue ahí —replicó Rosemarie, y dio un paso para acercarse más a su marido, colocándose a tan solo veinte centímetros de su cara. Le resultaba raro, pero no había mejor manera de averiguar cuántos vasos de *glögg* que se había echado al coleto.

—Ahora vas a escuchar lo que voy a decirte, Karl-Erik —dijo—. Robert no ha dormido en su cama. Puse uno de sus viejos pijamas y una toalla debajo de la almohada, y las dos cosas siguen allí planchadas y dobladas tal cual las dejé. Robert debió de irse ya anoche. No se llegó a meter en la cama.

Un destello de nerviosismo apareció en los ojos de Karl-Erik, pero Rosemarie solo llegó a detectar un discreto aroma de *glögg* en su aliento.

—¿Has hablado con Kristina y los demás? —preguntó—. Creo que estuvo hasta tarde con ellos, fueran los que fueran los que se quedaron en el salón después de que nos acostáramos tú y yo.

—No se lo he dicho a nadie —dijo Rosemarie, y dio un paso hacia atrás—. Lo he descubierto hace cinco minutos.

Con gesto adusto, Karl-Erik inspiró hondo llenando los pulmones de aire.

—Tenemos que preguntarles a los otros, por supuesto. Quizá les haya dicho algo... O sea, ¿lo que quieres decir es que se marchó anoche?

—¿Y tú qué crees? —contestó Rosemarie—. En cualquier caso, no me hace mucha gracia sentarme a cenar sin más.

—¡Su móvil! —se le ocurrió a Karl-Erik—. Llamemos a su móvil, claro.

—Ya lo he hecho —repuso Rosemarie resignada—. Seis o siete veces durante la tarde. Parece apagado, solo salta el buzón de voz.

Karl-Erik suspiró.

—¿Y su bolsa? Llevaba una bolsa anoche cuando llegó, ¿no?

—Está todavía en el cuarto. Karl-Erik...

—¿Sí?

—Karl-Erik, no puede ser que le haya pasado algo, ¿verdad?

Karl-Erik Hermansson carraspeó de manera exageradamente ruidosa al tiempo que intentaba reírse y negar con la cabeza. Parecía, y sonaba, como un perro enfermo.

—Tonterías. ¿Qué podría pasarle a Robert aquí en Kymlinge? Ahora vamos a sentarnos a la mesa. Ya aparecerá, y si no, lo comentamos con los demás después de la cena. La verdad es que hay consideraciones más importantes que tener en cuenta ahora mismo, en eso estarás de acuerdo conmigo, Rosemarie, querida.

—Vale, está bien —asintió Rosemarie con tristeza en la voz—. Tendremos que sentarnos, supongo, a pesar de todo.

En la puerta que conducía a la mesa de la cena, Karl-Erik se detuvo un instante, como si de repente se acordara del verdadero estado de las cosas y quisiera dejarlo bien claro.

—Quiero que sepas una cosa —declaró—. En este momento estoy de Robert hasta la mismísima coronilla. Si resultara que ha vuelto a largarse a Australia, nadie estaría más agradecido que yo.

—Lo entiendo —contestó Rosemarie antes de entrar en la cocina y avisar a Ester Bräldin de que ya estaba todo listo para servir los blinis con cebolleta roja, los espárragos al vapor y los dos tipos de huevas de lumpo.

Se pronunciaron discursos.

Con los blinis y el vino Riesling, el mayor de los dos cumpleañeros dio la bienvenida a todo el equipo de fútbol (por lo visto incluía también al ausente Robert y a Ester Bräldin en la cocina; si no, no habría llegado a once). Era un gran día, manifestó, tanto para él como para Ebba. Cumplir cuarenta significaba que todavía te hallabas en medio del salto, que te faltaban todavía diez años para el cénit de la vida, los cincuenta. Cumplir sesenta y cinco no solo significaba que habías aterrizado, sino también que habías cruzado la línea de meta. Metafóricamente hablando, claro, y si continuáramos por el camino de la analogía deportiva.

Se trabó un poco en esa última frase, lo que provocó que su mujer se preguntara de nuevo si no le pasaba algo. Porque trabarse no era muy propio de la vieja y tenaz roca pedagógica.

En cualquier caso, se lanzó a una disertación de veinte minutos sobre la escuela básica sueca desde su inicio en 1968, que terminó con un brindis por «el buen Conocimiento, con C

mayúscula, que es suficiente en sí mismo y que no se vende a codiciosos sibaritas del llamado mercado ni a *correntes* temporales» (debería haber sido *corrientes*, ¿no?, pensó Rosemarie), y al final concluyó dándoles a todos la bienvenida una vez más.

Luego se sirvió el asado de carne de venado con verduras tempranas, jalea de grosellas negras y *pommes duchesse*, y antes de que se llenaran de nuevo los platos le tocó el turno a Leif Grundt. Su intervención se descompuso en tres partes. Primero contó una anécdota difícil de seguir sobre una charcutera pechugona que trabajaba en un supermercado en Gällivare, después elogió las virtudes de su mujer durante unos veinte segundos y terminó diciendo que él, por su parte, no le habría echado más que sesenta y cuatro años y medio a su suegro.

Durante los quesos, Rosemarie se echó a llorar. Tuvo que ausentarse de la mesa y cuando volvió explicó que su arrebato se debía a una intensa emoción que la había asaltado sin previo aviso. Ahora que estaban allí (casi) todos reunidos y eso.

En ese momento, para gran asombro de los presentes (a excepción de Ebba, posiblemente), Henrik se puso de pie para cantar una canción *a cappella* —parecía tratarse de algún tipo de serenata italiana—, una iniciativa que no solo levantó una salva de aplausos, sino bastante los ánimos también.

A continuación, sirvieron peras al horno con escamas de almendra y crema de coñac y hubo un discurso a cargo de Jakob, sofisticado pero bastante impersonal (lo cual podía deberse a que ya lo había pronunciado al menos veinte veces en diferentes contextos, constató su mujer), agradeciendo a los anfitriones la cena. Al final de esta intervención, sacaron también a Ester Bränldin de la cocina para que los acompañara con una copa del popular vino de Málaga.

Por último, llegó la hora del café, la tarta y los regalos. El eje fundamental en lo que respectaba a Ebba giró en torno a toda una nueva vajilla de una marca inglesa muy conocida: platos, llanos y hondos, platillos, tazas de café y de té, fuentes y recipientes y una sopera; pero además recibió un par de los llamados «regalos de experiencias»: una estancia en el hotel Yasuragi de Hasseludden que incluía cena y treinta minutos de masaje con piedras, así como otra en el spa Selma Lagerlöf de Sunne con *body splash* (allí ya había estado dos veces, pero ¿quién iba a acordarse de eso?).

En cuanto a Karl-Erik, el resultado fue más diverso: libros de distinta índole, un albornoz, un bastón con puño de plata, cinco corbatas de seda (a todas luces compradas por Robert en el aeropuerto de Bangkok), una cámara digital y una vieja litografía que representaba la batalla de Baldkirchenerheim de 1622.

Hasta que ese punto de la agenda del día no quedó zanjado, no se abordó el tema del posible paradero de Robert. Eran casi las once y la celebración del ciento cinco cumpleaños podía darse ya por concluida. Había llegado el momento de empezar a sacar los cadáveres del armario, tal y como Leif Grundt, algo falto de tacto, lo expresó, razón por la cual recibió una suave reprimenda de su mujer de cuarenta años recién cumplidos.

—Salió a dar un paseo y a fumar —explicó Kristina—. No me fijé en la hora, pero serían las

doce y media más o menos.

—¿Cómo te pareció que estaba? —preguntó Rosemarie.

—Pues no sé —contestó Kristina—. Como siempre, supongo.

—¿Por qué preguntas cómo le pareció que estaba, mamá? —quiso saber Ebba.

—¿No crees que es una pregunta normal dadas las circunstancias? —respondió Rosemarie.

—Desde luego —indicó Leif Grundt—. Se habrá ligado a una tía, simplemente. Parece ser lo que necesita.

—Leif —lo reprendió Ebba con severidad—. Ya está bien.

—Vale, vale —dijo Leif—. Solo era una teoría. ¿Qué otras teorías hay?

—Creo que eran más de las doce y media —apuntó Kristoffer algo cohibido—. Me fui a la cama a la una menos veinte y entonces todavía estaba. Le di las buenas noches.

—Vale —dijo Karl-Erik—. Unos diez minutos más o menos no creo que sean de mucha importancia. ¿En serio no tenemos otra cosa de la que hablar?

—Seguro que la tenemos, Karl-Erik —intervino su mujer—. Lo que pasa es que algunos estamos un poco preocupados por Robert. Aunque tú no lo pareces.

Karl-Erik apuró su taza de café y se levantó.

—Voy al baño —se excusó.

—Mierdas que pasan —concluyó Leif Grundt.

—Pero en serio, Kristina, ¿qué impresión te dio? Salisteis a hablar en confianza. ¿Estaba borracho cuando se fue a dar el paseo?

Kristina contempló el rostro preocupado de su madre e intentó medir sus palabras. ¿Qué debería decir? ¿Se había comportado Robert de una manera extraña? ¿Estaría borracho? Bueno, sobrio no estaba, eso está claro.

Ni ella misma tampoco. Desde luego. Pero a decir verdad había tenido la cabeza en otras cosas. Vaya si la había tenido. Ya lo creo, sobre todo después de que Robert se marchara.

Y hoy Henrik le había dicho que pensaba ir a verla al hotel, sí o sí. Si ella había creído que la reflexión el día después lo haría palidecer, se había equivocado de pleno.

—Iré a verte esta noche, Kristina —declaró cuando, como si lo hubieran planeado, consiguieron escabullirse al supermercado ICA después del paseo por la ciudad—. ¿No habrás cambiado de opinión?

Ella había negado con la cabeza. No, no había cambiado de opinión. No, si él tampoco lo había hecho.

Luego apenas intercambiaron palabra durante toda la tarde. Evitaron mirarse a los ojos, lo cual quizá no fuera tan raro. Y a lo largo de la dilatada cena, Kristina había sentido una extraña excitación, que le recordó..., sí, que le recordó a cómo era cuando tenía catorce o quince años, estaba hasta los topes de hormonas y le interesaba unas veces uno y otras veces otro de los

chavales adolescentes de su entorno. Mientras Henrik cantaba su canción sentía que el corazón le iba a mil.

Y al mismo tiempo: si Ebba hubiese sospechado lo que sucedía entre su hijo y su hermana, no habría dudado ni un segundo en matarla. Kristina lo sabía con la misma certeza que... siente un animal muy pequeño cuando de repente se encuentra cara a cara con una leona decidida a defender a su cachorro. Sí, esa era una metáfora bastante acertada para la situación.

Pero ¿Robert? No, lo cierto era que no tenía ni idea de dónde se podría haber metido.

—Di algo, Kristina —la exhortó su madre—. No te quedes ahí callada pensando.

Estaban en el despacho, cada una con una copita de Baileys en la mano. Rosemarie había maniobrado para que se quedaran a solas allí, y Kristina comprendió que su madre se imaginaba que ella se hallaba en posesión de algún tipo de información secreta sobre el asunto.

—Lo siento, mamá —dijo—. Pero la verdad es que no lo sé. Es obvio que Robert no se ha sentido demasiado bien últimamente, pero si crees que se ha marchado para suicidarse, estoy bastante segura de que te equivocas.

—Pero si yo nunca he dicho que... —empezó Rosemarie, pero se interrumpió a sí misma dando unos fuertes pisotones en el suelo. Acto seguido se quedó mirando con asombro su pie y parecía a punto de echarse a llorar de nuevo.

Kristina permaneció callada unos instantes más observando a su madre. De repente le dio una pena infinita y sintió un inesperado impulso de abrazarla, pero ni siquiera le dio tiempo a ponerle la mano en el brazo cuando Jakob se asomó por la puerta.

—¿Kristina?

—¿Sí?

No hacía falta que dijera nada más. Llevaba toda la noche bebiendo solo agua y su paciencia estaba al límite. Resultaba evidente para una persona como ella, que sabía interpretar las señales. Quería irse. Deseaba poder dejar a su mujer y su hijo en el hotel para sentarse al volante de su coche en maravillosa soledad. Volver a Estocolmo recorriendo de noche carreteras vacías mientras escuchaba un CD de Dexter Gordon. Otro tipo de situación, desde luego, y la verdad era que lo entendía.

Y ese destello de cariño por su madre se fue apagando hasta desaparecer por completo.

—De acuerdo, Jakob —asintió—. Supongo que ya va siendo hora.

—¡Pero ¿cómo os vais a ir ya?! —exclamó Rosemarie—. Si ni siquiera hemos... —Pero no dio con las palabras que describieran esas supuestas necesidades que todavía quedaban—. Es solo que estoy tan preocupada por Robert... —dijo en su lugar.

—Estoy seguro de que tiene una explicación lógica —afirmó Jakob—. Sin duda aparecerá de un momento a otro.

—¿Lo crees de verdad? —preguntó Rosemarie mientras miraba crédula a su yerno. Como si Jakob Willnius, en virtud de ser de la capital y además formar parte de la dirección de la televisión nacional sueca, también debiera estar dotado de la capacidad clarividente de saber lo

que había sucedido con los hijos pródigos que se habían perdido en la noche invernal de una ciudad de provincias.

—Sin duda —repitió—. Puede que la presión lo superara, simplemente. Tampoco sería del todo incomprensible en tal caso, ¿verdad?

—Qui-quizá sea así —tartamudeó Rosemarie—. Espero que sea así. Que no le haya ocurrido nada. Es que estoy tan... —Paseó la mirada entre su hija y el ligeramente sonriente marido de esta un par de veces, pero no se le ocurrió nada más que decir.

Durante un instante, pensó, durante un instante me ha dado la impresión de que Kristina pensaba abrazarme. Pero por lo visto solo han sido imaginaciones mías.

—Subo a buscar a Kelvin —dijo Jakob—. ¿Te parece?

—Sí, claro —asintió Kristina—. Sube. Gracias, mamá, ha sido una fiesta maravillosa.

—Pero ¿de verdad ya os...? —empezó Rosemarie, pero le sonó tan falso que por tercera o cuarta vez en muy poco tiempo se tragó las palabras y se calló.

¿Qué me está pasando?, pensó. Ya ni siquiera puedo hablar como una persona normal.

Capítulo 12

Había un total de dieciocho fotografías de la casa de España, y después de que Kristina, Jakob y Kelvin se hubieran marchado al hotel en su Mercedes, llegó la hora de enseñarlas.

—¿Quién las ha sacado? —preguntó Ebba.

—Yo, claro —respondió Karl-Erik.

—¿Así que habéis estado allí?

—Solo yo —explicó Karl-Erik—. Me fui un fin de semana. El primer domingo de Adviento, de hecho. Hacía veintitrés grados a la sombra, aunque casi no había sombra, ja, ja. El cielo estaba azul como en un día de verano sueco.

Las fotos pasaban de mano en mano. Dieciocho imágenes algo desenfocadas de una casa encalada, de tejado plano, en medio de un grupito de casas encaladas de tejados planos. Al fondo, montañas desnudas. Alguna que otra buganvilla. Algún que otro ciprés. Una pequeña piscina con sillas blancas de plástico y agua de color azul claro.

En un par de fotos también se veía el mar en la distancia. Al parecer estaba a unos cinco kilómetros, y había una red de carreteras modernas que llevaban hacia allí.

—¿Ninguna foto del interior? —preguntó Leif Grundt.

—Los actuales residentes estaban en casa —explicó Karl-Erik—. Se mudan en febrero. No quería importunarlos.

—Entiendo —dijo Ebba.

—Solo llevaba mi vieja cámara —añadió él como disculpándose—. No funciona muy bien, mide mal la luz. Por eso quería esta nueva cámara digital. Ahora vamos a poder mandaros fotos nuevas todas las semanas. Por internet.

—Nos encantará recibirlas —aseguró Leif Grundt.

—¿De cuántos píxeles? —quiso saber Kristoffer.

—De muchos —afirmó Karl-Erik.

Se hizo el silencio durante un instante y el reloj de la pared aprovechó para dar las doce.

—Espero que estéis de acuerdo en esto y que sepáis realmente lo que hacéis —comentó Ebba.

—¿Conoces Granada, hija mía? —dijo Karl-Erik, y su voz adquirió un ligero tono de reprimenda—. ¿Has estado en el puente Nuevo de Ronda y has mirado hacia abajo, al barranco? ¿Has...?

—Papá, no digo que haya nada malo con mudarse allí, solo espero que no haya sido una

decisión precipitada.

Karl-Erik recogió las fotos y las metió en el sobre donde las guardaba.

—Ebba, no vamos a hablar de eso ahora —manifestó con gesto severo—. No hace falta que te recuerde lo que ha pasado este otoño. Hay situaciones en la vida en las que tienes que tomar una decisión.

—Bueno, no hay nada de malo en preguntar, ¿no? —replicó Ebba.

—¿Alguien quiere un sándwich antes de que nos vayamos a la cama? —quiso saber Rosemarie, que acababa de entrar desde la cocina—. ¿O un poco de fruta?

—Pero ¿te has vuelto loca, mamá? —dijo Ebba—. Llevamos cinco horas comiendo sin parar.

—Es que... —Pero la voz se quebró. Inspiró hondo y volvió a intentarlo—. Es que estoy pensando si... si no deberíamos llamar a la policía.

—Ni hablar —le dijo Karl-Erik a su mujer en cuanto estuvieron solos en el dormitorio un cuarto de hora más tarde—. Hagas lo que hagas, ni se te ocurra contactar con la policía. Te lo prohíbo.

—¿Me lo prohíbes?

—Sí, te lo prohíbo.

Su cara lucía un color que Rosemarie no recordaba haber visto antes. Bueno, en ciruelas y otras frutas demasiado maduras quizá, pero nunca en el rostro de su marido.

—Pero, Karl-Erik, querido —empezó—. Es que creía que...

—No creías nada —la interrumpió con enfado—. ¿No entiendes la que se armaría? ¡Como si no tuviéramos suficiente con lo que ha hecho ya! Que después de todo tenga el descaro de venir aquí y para colmo desaparecer... Joder, no soporto ni imaginármelo. ¡Robert el Pajillero se esfuma en Kymlinge! ¿Puedes ver los titulares, Rosemarie? ¡Es de tu hijo de quien estamos hablando!

Rosemarie tragó saliva y se dejó caer en el borde de la cama. Nunca lo había visto tan irritado. En cuarenta y cinco años. Si le llevo la contraria ahora, le da una embolia y se muere, pensó.

—No le llames así, por favor —pidió con docilidad mientras él se dirigía al cuarto de baño entre gruñidos y palabrotas.

En cierto sentido, tenía razón, claro, Rosemarie se daba cuenta. No se atrevía a imaginarse todo lo que los periódicos escribirían ni lo que la gente diría si saliera a la luz que Robert había desaparecido. Aquí en Kymlinge. ¡Con motivo de una fiesta de cumpleaños en casa de sus padres!

Y si llamaba la policía, estaba bastante segura de que se correría la voz. La mitad de lo que ponía en los periódicos y de lo que se hablaba en la radio y en la televisión tenía que ver con lo que hacía la policía. De una u otra manera.

Dios mío, ¿qué voy a hacer?, pensó, y entrelazó las manos en sus rodillas; pero la única

respuesta que recibió fue una imagen que se proyectó en su retina interior: Robert, abandonado y muerto por congelación entre un montón de nieve. Dios mío, ayúdame, imploró de nuevo, no sé si puedo más.

Y evocó el sueño que había tenido sobre los pájaros con los extraños bocadillos de tebeo que salían de sus picos. Era su vida o la de Karl-Erik. Déjalo vivir, pensó ahora. Llévame a mí en su lugar. Si mañana no me despierto, no sentiré más que una enorme gratitud.

—Entonces, ¿no quieres venir? —preguntó Jakob Willnius cuando se detuvo frente a la entrada de ligeros brillos rojizos del hotel Kymlinge.

—Creo que no —dijo Kristina.

—No tardarías más que un cuarto de hora en subir y hacer la maleta, ya sabes.

Kristina asintió de manera vaga. El equipaje de Jakob ya estaba en el coche, él se había encargado de resolver ese pequeño detalle por la mañana. Con su típica eficacia. Siempre pensaba en todo; en los detalles pequeños, pequeñísimos, para los que podían faltar horas, o días, pero que, si eras cuidadoso, se dejaban resolver con antelación.

¿De verdad quiere que vaya con él?, pensó ella. ¿O solo lo finge? ¿Por cortesía? ¿Por una especie de corrección política familiar?

No lograba determinar la respuesta.

—No —dijo—. Me parece que es mejor que nos quedemos hasta mañana.

—¿Es por lo de Robert?

—Entre otros motivos. Es que me resulta un poco ruin marcharme sin más. Si Robert no aparece, creo que mamá... Bueno, que necesita a alguien aparte de Ebba con quien hablar.

Qué excusa tan increíblemente cómoda, pensó. Eso sí que es ennoblecer sus bajos motivos. Pero Jakob se lo creyó, por supuesto.

—Vale —aceptó—. Entiendo. Pero ¿cómo vais a regresar si el bueno de Robert no aparece?

—Hay trenes —respondió Kristina—. Aunque también me da que no podré irme sin más si resulta que ha desaparecido de verdad. Quiero decir, entonces es que habrá sucedido algo. Esto no lo puede haber... planeado. —Desabrochó a Kelvin de la sillita infantil.

Jakob bajó del coche y fue hasta el lado del copiloto.

—No, no hace falta que subas con nosotros —dijo Kristina—. Llevo a Kelvin con un brazo y la bolsa en la otra mano. No pasa nada.

—¿Y la silla? —preguntó Jakob—. Si vas con Robert, a lo mejor la necesitas...

—En tal caso, nos pondremos en el asiento de atrás. Y no me apetece cargar con ella en el tren.

Cogió a Kelvin en brazos. El niño se despertó y se quedó contemplando a sus padres con su habitual expresión triste. Luego apoyó la cabeza en el hombro de Kristina y se durmió de nuevo.

Jakob le acarició la mejilla con el dorso de la mano mientras paseaba la mirada entre el niño y su mujer.

—Kristina —dijo—. Te quiero. Que no se te olvide. Me gustó mucho cuando llegaste anoche.

Ella mostró una fugaz sonrisa de culpabilidad.

—A mí también me gustó mucho. Y también te quiero, Jakob. Perdóname si no te lo demuestro lo suficiente.

Se puso de puntillas y lo besó.

—Venga, vete. Hablamos mañana. Suerte con el yanqui, pero ante todo conduce con cuidado.

—Lo prometo —dijo él, y le rozó brevemente con los dedos la mejilla igual que antes había hecho con su hijo—. Es una suerte que haya dejado de nevar, seguro que les ha dado tiempo a despejar bastante la carretera.

Después se metió en el coche y se marchó.

Cuando Kristina llegó a la habitación eran las 00.20. Acostó a Kelvin en la cama adicional sin que se despertara, se desnudó y se metió en la ducha.

¿Qué estoy haciendo?, pensó. ¿Qué es lo que me lleva a esto? ¿No es... no es el amor de Jakob suficiente? Aquí estoy, limpiándome su última caricia y preparándome para otro.

Es vergonzoso, no hay otra palabra.

Eran pensamientos justificados, cierto, pero al mismo tiempo sabía que, cualesquiera que fueran las acusaciones que se lanzara a sí misma, no sería más que un juego retórico.

Es en momentos así cuando la gente toma este tipo de elecciones, cuando se arruinan la vida, constató.

Y lo más raro de todo es que es algo profundamente humano.

Aun así, solo se trataba —en cierto modo— de ayudar a Henrik a descubrir su sexualidad. Eso era lo que lo había desencadenado todo. En cualquier caso, era de eso de lo que quería convencerse, y si... si todo acababa bien, pues ¿por qué no iba a acabar bien?, debía hacerlo... quizá. Quizá podrían, alguna vez en el futuro, él y ella, sobrino y tía, reírse de todo eso y conservarlo como un bonito recuerdo. Un dulce secreto que compartían y que llevarían consigo encapsulado bajo sus corazones el resto de sus vidas. Evocarlo para contemplarlo solo durante momentos breves y muy especiales.

Eso lo he leído en al menos tres novelas y cinco revistas durante el último año, pensó mientras salía de la ducha y empezaba a secarse con la toalla de color rojo intenso del hotel.

Luego se quedó contemplando su cuerpo en el espejo con la misma actitud neutral y levemente tolerante de la otra noche en el cuarto de baño de su casa en Gamla Enskede.

Intentó imaginarse cómo sería cuando el joven Henrik de solo diecinueve años apretara su

desgarbado cuerpo contra el suyo. Cuando la penetrara.

Dentro de una hora tal vez. ¿Hora y media?

Se llevó el móvil y se metió desnuda entre las suaves y frescas sábanas del hotel. Aunque no las habían cambiado, notó. Jakob y ella habían hecho el amor con vehemencia, casi con brutalidad, en esa cama, justo entre esas sábanas, hacía menos de veinticuatro horas. Y ahora...

Toqueteó los pequeños botones del aparato, pero algo la retenía. Había voces en su interior que gritaban que lo reconsiderara. Decidió esperar diez minutos y reflexionar, o al menos simular algún tipo de reflexión.

Dos cosas surgieron en medio del embrollo de contradicciones. La primera fue esa imagen de Ebba como una leona defendiendo a su prole hasta las últimas consecuencias. Con la sangre goteándole entre los dientes.

La segunda era algo diferente, algo en lo que podía decir con total seguridad que no había pensado en años. Era una cosa que Liza, la hija de Jakob, había dicho en aquella ocasión cuando llamó desde Londres.

Que Jakob podía ser violento. «No es solo el tipo sofisticado y flemático que tú crees, no está mal que lo sepas, para que estés preparada.»

¿Jakob, violento? No se lo creyó cuando la hija se lo había dicho, y nunca había visto el menor indicio de que lo fuera. Además, las gemelas despreciaban tanto a su padre como a ella, nunca lo habían ocultado. No dudarían en meter falsas ideas en su cabeza.

¿Y entonces por qué le venía a la cabeza justo ahora?

¿La leona y el flemático violento?

Kristina se rio. No tenía ninguna intención de exponerse ni a una cosa ni a la otra. Pero la risa sonó falsa y se le atragantó. Sopesó el móvil en la mano. No habían acordado nada, pero tenía su número. Quizá él esperaba una señal de vía libre.

No me atrevo, pensó ella de repente.

Pero los dedos que rozaban las pequeñísimas teclas parecían dominarla. Una vez que escribió el número, no hicieron falta más que tres pequeñas pulsaciones: Ven.

Solo faltaba enviarlo. ¿Sí o no?

No lo mandó. Tenía que decidirlo él.

Capítulo 13

Kristoffer Grundt llevaba casi todo el día sin pensar en Linda Granberg, pero cuando bajó la mirada a su pito mientras meaba justo antes de acostarse en la HMFM (la Habitación Más Fea del Mundo, tal y como los hermanos habían convenido llamarla), se acordó de ella.

Se preguntó por qué justo en ese momento. Por qué apareció Linda en su mente mientras tenía el pito en la mano.

Pero antes de adentrarse más en ese sendero freudiano (que sí, que Kristoffer Grundt sabía quién era Sigmund Freud pese a no tener más que catorce años), se metió la pequeña pilila (como su madre siempre había denominado a su imponente órgano cuando era más pequeño) en los calzoncillos pensando que era un gilipollas. Un friqui y un cursi y un payaso engreído, como quieras llamarlo. Jamás de los jamases se cruzaría Linda Granberg con su Pequeña Pilila, y mejor así. Y si contra todo pronóstico lo hiciese, lo más probable era que se tronchara de risa.

Aunque cinco minutos más tarde, al meterse en la cama, se volvió a topar con ella en sus pensamientos, y fue también en ese instante cuando se acordó de que ya debería haber reaccionado de alguna manera a su atrevido SMS del día anterior.

Ojalá supiera cómo. Ojalá le hubiera escrito que se comunicara con él de algún modo y no solo que se pasara por el kiosco de Birger. Pero ¿cómo? Una vez más: ¿cómo?

¿Quizá podría enviarle otro SMS? Preguntarle a Henrik si le dejaba el móvil, ya que desde ayer su posición con respecto a su hermano había avanzado un poco, por decirlo de alguna manera. A lo mejor accedía. Aunque también era verdad que Henrik aún no estaba al tanto de la nueva posición de cada uno.

Suspiró. Se maldijo a sí mismo por haber perdido el móvil. Mierda, vivir sin móvil hoy en día es como ser un dinosaurio en la Edad de Piedra, pensó. Estás condenado a perecer.

Por otra parte, no estaba seguro de querer saber la reacción de Linda. ¿Y si se había cogido un cabreo de la leche y solo quería mandarlo a la mierda? En tal caso, no le importaba que la respuesta esperara un par de días.

Y, pensándolo bien, parecía estúpido presionar más a Henrik. Hacerse el chulito e insinuar que tenía un as en la manga. Mejor guardarlo. Mejor reservarlo para más adelante, cuando haga más falta. Porque para que a Linda le diera tiempo a contestar a un nuevo SMS, él tendría que quedarse con el móvil de su hermano. Y eso era mucho pedir. Eran las 00.30, y si le enviara un mensaje ahora, lo más probable sería que Linda no lo contestase hasta la mañana siguiente. Y

aunque respondiera durante la noche, difícilmente podría pedirle a Henrik que le dejara el teléfono cuando se iba a marchar enseguida para estar con Jens.

¿Jens? Porque sería a él a quien iba a ver, ¿no?

¿Quién podría ser si no? Kristoffer lanzó una mirada furtiva a su hermano, que acababa de entrar en la HMFM, y se preguntó si ocultaba más secretos. ¿Y si, a pesar de todo, había quedado con un amigo pero había dicho que era una chica para tomarle el pelo? Imposible no era.

Me importa una mierda lo que sea, decidió Kristoffer. Y también me importa una mierda su teléfono.

Pero se arrepintió de no habérselo pedido durante el día. O a otra persona. A Kristina o al abuelo, por ejemplo. Sus padres no habían traído los suyos: su padre, porque odiaba los móviles (aunque tenía asumido que necesitaba uno en el trabajo); su madre, porque quería librarse de las diez llamadas diarias de colegas que no sabían cómo llevar a cabo alguna operación.

Porque habría estado bien pasar el rato aquí tumbado sabiendo que Linda me echa de menos, pensó Kristoffer. Increíblemente bien.

Henrik se metió en la cama en camiseta, calzoncillos y calcetines.

—¿Cuándo piensas largarte? —preguntó Kristoffer.

—No te preocupes por eso —repuso Henrik—. Con que no se lo digas a nadie... Por cierto, a lo mejor se queda en nada.

—¿Y cómo vas a saber si se queda en algo?

—Por favor, Kristoffer. Piensa en otra cosa y duérmete. Si al final me voy, lo más seguro es que no sea hasta dentro de media hora.

Kristoffer apagó la lámpara y se quedó reflexionando un rato.

—De acuerdo, hermanito. En cualquier caso, pásalo bien. Puedes confiar en mí.

—Gracias, lo tendré en cuenta —contestó Henrik, y apagó su lámpara también.

Ha sido agradable, pensó Kristoffer. Que Henrik le hubiese dado las gracias. No solía hacerlo; a decir verdad, rara vez le daba motivos, pero ahora sí los había. De todas maneras, tengo que mantenerme despierto sin que se entere para saber si al final se va o no, pensó Kristoffer mientras daba la vuelta a la enorme y durísima almohada.

Pero, cuando Henrik Grundt salió de la habitación a la chita callando unos veinte minutos más tarde, Kristoffer Grundt ya se había dormido y soñaba que pedaleaba en un tándem con Linda Granberg. Ella iba delante y él detrás; su culo desnudo se movía y bailaba ante sus ojos, y la vida era maravillosa.

—Algo le pasa a Henrik —manifestó Ebba—. Lo presiento.

—¿A Henrik? —murmuró Leif desde su mitad de la estrecha cama—. ¿No querrás decir a

Kristoffer?

—No —contestó ella—. Cuando digo Henrik, quiero decir Henrik.

—Y haces bien —convino Leif—. ¿Y qué se supone que le pasa?

—No lo sé. Pero hay algo que no me cuadra. No lo reconozco. Me pregunto si habrá ocurrido algo en Uppsala que no nos quiere contar. ¿No has notado que..., bueno, que hay algo?

—No —respondió él con sinceridad—. Me temo que se me ha pasado. Pero lo que sí he notado es que Robert parece haber salido del tablero.

Ese comentario no mereció más que silencio, y Leif reflexionó durante un instante si valdría la pena ponerle la mano en la cadera a su mujer. Concluyó que no. Ella no había bebido apenas nada y además se la veía irritada. Él, por su parte, estaba un poco borracho y algo cansado.

Además, ya habían hecho el amor una vez en ese mes de diciembre.

—¿Quieres que encienda la lámpara? —preguntó sin entender muy bien por qué preguntaba eso. ¿Para arrojar algo de luz sobre el tema de Henrik, quizá? ¿O sobre Robert o sobre todo?

—¿Por qué íbamos a encender la lámpara? Pero si es casi la una.

—Ya lo sé —dijo Leif Grundt—. Retiro la propuesta. Pero ¿dónde crees que se ha metido Robert?

Pasaron unos segundos antes de que Ebba contestara.

—En eso supongo que debo darte la razón —admitió.

—¿Cómo? —dijo Leif con sincero asombro—. No entiendo muy bien a qué te refieres.

—Una mujer —suspiró ella—. ¿No tenías tú la teoría de que había conocido a una mujer? Estoy de acuerdo, es lo que suena más creíble. Tal vez tenga alguna antigua novia aquí también.

—Hmm. —Leif Grundt le puso con cuidado la mano en la cadera a su mujer.

Pero resultó tan inútil como había previsto.

Dos teorías acertadas en el mismo día, pensó Leif alegremente, y se le escapó una risita en la oscuridad.

—¿De qué te ríes? —preguntó Ebba—. Si hay algo que tenga gracia en esta situación me gustaría que lo compartieras conmigo.

—Las alegrías compartidas son menos penas —dijo él, y le dio la espalda a su mujer—. No, no es nada, solo que me picaba la nariz. Consultémoslo con la almohada.

Estoy casada con un idiota, pensó Ebba Hermansson Grundt. Pero lo he elegido yo misma.

¿O no?

Resultó que las carreteras no estaban tan transitables y despejadas como Jakob Willnius había supuesto, por lo que tardó más de una hora en recorrer los primeros setenta kilómetros. Se cruzó con dos máquinas quitanieves y adelantó a otra.

Pero tampoco le importó demasiado. Le gustaba conducir solo, sobre todo de noche; el Mercedes ronroneaba como un gato y sonaba Thelonious Monk. Pensó en Kristina. Se dio cuenta

de que llevaba un tiempo preocupado por su relación, aunque ahora sentía que iba bien. Habían pasado unas semanas desde la última vez que hicieron el amor; pero había tenido el período y sabía que no había nada de lo que preocuparse. Y anoche habían intimado de maravilla. ¿Por qué uso una expresión tan anticuada como *intimar*?, pensó, pero, claro, cuanto más querida la actividad, más nombres tiene. Ella había llevado la iniciativa de una manera inaudita desde que nació Kelvin. Y antes, al despedirse delante del hotel hacía poco más de una hora, había notado que no le habría importado recibirlo esta noche también.

Y le había dicho que lo quería, de ese modo que significaba que de verdad lo hacía.

Eres un hombre afortunado, Jakob Willnius, pensó. Jodidamente afortunado, que no se te olvide.

Sabía que era así. No cabía duda de que había tenido suerte. Más de la que se merecía. Todo podría haber acabado en catástrofe con Annica, eso era cierto, pero consiguió salir ileso de aquello. Si las cosas se hubiesen puesto feas, podría haber tenido que enfrentarse tanto a un juicio como a un escándalo, pero gracias a Dios pudo echar mano del dinero. Annica y su abogado aceptaron un acuerdo económico, con la condición de que ella se quedara con la custodia de las dos hijas y no tuviera que volver a verlo más.

Pero Annica era otra historia, pensó, algo que formaba parte de otro capítulo de su vida. Había aprendido.

Aunque en ocasiones soñaba con ella, tanto pesadillas como lo contrario: sueños calientes, excitantes, que a veces resultaban tan reales que luego al despertarse le parecía que podía percibir su olor.

En ese instante, en cambio, era el olor de Kristina el que se le había quedado en las fosas nasales. Joder, pensó, cuántas ganas tengo de ella. Ojalá se hubiera ido con él. Si no fuera por ese maldito Robert, podría haber estado a su lado en ese momento; habrían recorrido la noche juntos y él solo habría tenido que extender la mano para...

El teléfono interrumpió sus fantasías.

Es ella, pensó. Es Kristina.

Pero no lo era. Era Jefferson.

—*Jakob, I'm terribly, terribly sorry* —empezó a disculparse.

Después pidió perdón por llamarlo a esas horas de la noche, pero no era por eso por lo que estaba tan terriblemente apenado, sino porque las cosas se habían complicado de una forma tan infernal en Oslo... *Infernally complicated*. ¿Eran siempre tan imposibles de tratar los noruegos? Quizá les faltaba experiencia en las negociaciones, ¿podría ser eso? Y, encima, ¿decretos estatales por todas partes? Bueno, daba igual, sin duda en otra ocasión podría informarle más en detalle sobre el tema. Pero ahora el problema era que tenía que quedarse un día más en Oslo para luego coger el avión directo a París el jueves, así que le resultaba imposible encajar en la agenda la reunión que habían acordado. ¿Tal vez podrían verse a principios de enero? En Estocolmo, *of*

course, solo tenía que cruzar el Atlántico para primero celebrar las Navidades y el Año Nuevo en Vermont, pero después, alrededor del 5 o 6 de enero, ¿qué le parecía eso?

Engreído cabrón yanqui harvardiano de mierda, pensó Jakob.

—Sí, claro —dijo—. No hay problema.

Jefferson le dio las gracias, volvió a explicar hasta qué punto estaba *terribly*, *terribly sorry*, le deseó unas felices fiestas y colgó.

Jakob Willnius soltó unas cuantas palabrotas y miró el reloj. Era la 01.45. Volvió a meter el móvil en el bolsillo interior de la americana, echó un vistazo al indicador del nivel de gasolina y constató que apenas le quedaba un cuarto.

Le llevaría al menos otras tres horas llegar a Estocolmo, probablemente tres horas y media teniendo en cuenta el estado de la carretera. De repente se sintió cansado.

Si diera la vuelta, podría meterse en la cama con su mujer en poco más de una hora.

En el mismo momento en que pensó eso —y antes de que hubiera tomado una decisión al respecto— apareció una gasolinera abierta. Cogió el desvío. Hiciera lo que hiciera, necesitaba echar gasolina y tomarse un café.

La llamo a ver qué le parece, pensó. Si sigue igual que ayer, no va a decir que no.

Pero, cuando estaba a punto de sacar el móvil del bolsillo, sus dedos toparon con la tarjeta llave del hotel, que se le había olvidado devolver en la recepción del hotel Kymlinge. ¿Por qué no sorprenderla?, se le ocurrió.

Bajó del coche y empezó a llenar el depósito con gasolina del mayor octanaje.

Sí, ¿por qué no? Entraré sigilosamente en la habitación como un ladrón nocturno, me desnudaré y me meteré entre las sábanas tras su espalda caliente.

—Que te jodan, Jefferson, bocazas de mierda —murmuró Jakob Willnius cuando el contador del surtidor se paró.

Entró en la gasolinera, pagó y se compró un expreso doble en la máquina. Se puso al volante y se dirigió de vuelta al Kymlinge.

Capítulo 14

Cuando Rosemarie Wunderlich Hermansson se despertó el miércoles 21 de diciembre, eran las seis menos pocos minutos y su cabeza contenía dos pensamientos muy claros.

Robert está muerto.

Esta tarde perdemos nuestra casa.

Pero no había pájaros. Ni bocadillos de tebeo saliendo de sus picos. Se quedó un rato en la cama mirando la oscuridad que la rodeaba, mientras escuchaba las regulares respiraciones de Karl-Erik e intentaba sopesar esos pensamientos. Evaluar el grado de verdad que había en ellos. Al primero no se atrevió a mantenerlo en la consciencia más que unos breves y vertiginosos instantes. ¿Robert muerto? La idea apareció y ella la apartó; volvió y la rechazó de nuevo. ¿Quizá estaba arriba, en la cama? ¿Quizá había regresado durante la noche? Decidió no subir a comprobarlo. Porque si no estaba, si llevaba desaparecido dos noches y un día, solo podía significar... No, era demasiado.

El otro pensamiento. La casa. Esa tarde a las cuatro estarían, por tanto, en el despacho del señor Lundgren en el banco. Se sentarían en esos muebles de oficina chapados en madera de abedul y venderían sus vidas. Karl-Erik y ella. Llevaban treinta y ocho años en esa casa. Ebba había cumplido dos cuando se instalaron, Robert y Kristina nacieron en ella. Y llevaban casi cuarenta en Kymlinge. Aquí he tenido mi vida, pensó. Aquí he tenido mi hogar. ¿Qué va a pasar conmigo ahora? ¿Nunca más podré sentarme en el emparrado del jardín y comer las primeras patatas de la temporada? ¿Nunca podré ver el ciruelo que plantamos hace seis años dar frutos? ¿Voy a... voy a quedarme sentada en una silla blanca de plástico en una montaña desnuda hasta encontrarme con la muerte? Bajo el ardiente sol de España. ¿Es ese el sentido de mi vida? ¿Es ese el destino que Dios me ha deparado?

¿Y qué piensa él que debo llevarme? ¿Mis sesenta y tres años perdidos y deshechos? ¿Mi curso a distancia de encaje de Flandes? ¿Mi librito de direcciones para poder escribirles postales cada semana a mis tres... bueno, venga, cuatro... amigas, y hablarles del agua azul de la piscina y del agua azul del mar y de las sillas blancas de plástico?

No, pensó Rosemarie. No quiero.

Pero ese «no» sonaba muy débil en su interior. Tan rematadamente débil y soso. ¿Cómo iba a encontrar fuerzas para oponerse a Karl-Erik en esto? ¿Y dónde? ¿Dónde clavaría las estacas de la resistencia?

¿Las estacas de la resistencia? ¿Qué diablos era eso? No creía que existiera una expresión así,

pero si Robert estuviera muerto, pensó de repente, si Robert de veras estaba muerto, ¿cómo iban a ir al banco a entregar sus vidas con una firma en semejantes circunstancias?

Se levantó. Enfadada de pronto consigo misma. ¿Por qué iba a estar muerto Robert? ¿Qué eran esas ridículas predicciones, negras como cuervos, a las que se abandonaba? Y, además, resultaba tan crónicamente típico, ¿no? Cuando los niños eran pequeños siempre había temido que murieran: que los arrollara un autobús, que se cayeran en agujeros en el hielo o que los mordieran perros. Robert tenía treinta y cinco años, podía cuidar de sí mismo. Además, ¿no había estado ausente la mayor parte de su vida? Esa era su especialidad, a decir verdad. Y ahora había vuelto a las andadas, ausentándose unos días, por la razón que fuera, ¿qué había de raro en eso?

¿Y por qué iba ella a ir sin más a sentarse ante la mesa del trajeado señor Lundgren y deshacerse de su vida con una firma como un estúpido ganso? ¿Por qué no le decía a esa tirana roca pedagógica que tenía por marido que podía hacer sus maletas y largarse a Andalucía él solito? O adonde le diera la gana. Así de claro.

Ella pensaba quedarse donde tenía su hogar. En Allvädersgatan, en Kymlinge, Suecia. ¡Vete tú a la Costa Senil e intenta convencerte de que eres diferente a todos los demás vejetes achicharrados! ¿Estudiar la herencia histórica de los moros y los judíos? Y un rábano, pensó Rosemarie. ¡Chorradas, Karl-Erik Poste Telefónico!

Se fue a la cocina a preparar café. Y mientras estaba allí con los codos agrietados apoyados en la mesa esperando a que la cafetera eléctrica terminara de borbotear, el coraje y la iniciativa se fueron hundiendo en ella como una piedra en un pozo.

Como siempre. Exactamente como siempre.

Bueno, pero si no soy más que un ganso cobarde, pensó. Una tonta de sesenta y tres años sin ninguna misión que cumplir en la vida.

Más que la de preocuparme y pensar en sombrías profecías cotidianas y esperar hasta la próxima decepción.

Desgracias pequeñas, y grandes. La Desgracia con D mayúscula algún día, quizá. ¿Robert? ¿Era él la profecía de peso que ahora se cumpliría?

¿La muerte? Sí, parecía que era justo esa oscura figura la que esa vez acechaba entre los juncos. Ni más ni menos.

Pero no su propia muerte. Esa no le preocupaba un pimiento. Soy demasiado insignificante como para que la Muerte se interese por mí, pensó resignada. Voy a seguir viviendo como una menguante pelusa de polvo hasta el fin de los tiempos.

El café ya estaba.

La casa todavía dormía. Aún no se habían despertado las pequeñas desgracias.

Ni las grandes tampoco.

—No, mamá —dijo Ebba—, no queremos comer antes de irnos, en serio. Tenemos más de seiscientos cincuenta kilómetros por delante, comeremos por el camino. Un desayuno normal es todo lo que necesitamos.

—Ya, pero yo creo... —intentó objetar Rosemarie.

—Despertaré a los chicos y a Leif en media hora. Increíble el don que tienen los hombres para dormir, ¿verdad, mamá?

—Lo he oído —soltó Karl-Erik, que estaba delante de la encimera preparándose el muesli—. Un pensamiento prejuicioso, hija mía. Recuerda que el despertador lo inventó un hombre. Oscar William Willingstone padre.

—Porque no era capaz de despertarse por sí mismo, papá —argumentó Ebba—. ¿Qué tal Robert? ¿Ha vuelto?

—No sé —contestó Rosemarie.

—¿No sabes? ¿Qué quieres decir con eso?

—Pues que no lo sé —respondió Rosemarie—. No he subido a ver si está.

Ebba contempló a su madre con el ceño fruncido por la preocupación. También parecía a punto de hacerle un ligero reproche, una sencilla reprimenda de hija a madre, pero, fuera lo que fuera, decidió callárselo.

—¿Te quedan algunas operaciones antes de las fiestas? —preguntó Karl-Erik, y se sentó a la mesa con su bol de muesli.

—Ocho —indicó Ebba en un tono neutral—. Pero no muy complicadas. Cinco mañana, tres el viernes. Pero luego hay algunos días de vacaciones de Navidad. Vale, mamá, voy a subir a ver.

Se levantó y abandonó la cocina. Rosemarie miró el reloj. Pasaban unos minutos de las siete y media. Sopesó tomarse su tercera taza de café, pero optó por un vaso de Samarin. Mejor prevenir que curar. Karl-Erik había empezado a hojear el periódico. ¿Está tan despreocupado como parece?, pensó. ¿O solo quiere aparentarlo? Menuda sorpresa se llevaría si le clavara el cuchillo de trinchar entre los omoplatos. ¿Le daría tiempo a decir algo, o solo se desplomaría como un saco de patatas en el suelo?, se preguntó.

Quizá ni siquiera le diera tiempo a sorprenderse.

Nunca lo sabré, pensó cansada. Preparó el vaso de Samarin y, tras apurarlo de tres profundos tragos, se puso a sacar los platos del lavavajillas. Karl-Erik permaneció callado. Ella se preguntó cuántas veces había hecho lo que estaba haciendo en esos momentos, es decir, sacar los platos limpios del lavavajillas. Este era el tercero que tenían. Había funcionado sin problema durante... ¿cuántos años? ¿Cuatro? No, más, al menos cinco. Intentó recordarlo mientras secaba las cacerolas con un trapo de cocina; esa era la única función con la que no estaba del todo contenta, el secado. No, espera, deben de ser seis años ya. Una vez al día, en ocasiones dos, durante seis años; ¿eso cuántas veces eran? Muchas, aunque Karl-Erik echaba una mano de cuando en cuando, eso lo tenía que admitir...

—¿Vendrán a desayunar?

—¿Qué?

—Kristina y familia. Se pasarán a comer algo antes de marcharse, ¿no?

—No lo sé —respondió Rosemarie con sinceridad—. Sí, creo que acordamos eso.

—¿Crees? —preguntó Karl-Erik.

—No me acuerdo —replicó Rosemarie—. Es que con esto de Robert, no resulta fácil controlar... todo lo demás.

Karl-Erik no contestó. Siguió leyendo el periódico.

Dentro de tres días se supone que será Nochebuena, pensó Rosemarie cansada. Y dentro de tres meses, la idea es que vaya a un supermercado cuando quiera hacer la compra. ¿Qué tipo de lavavajillas tendrán en España? Pero si Ebba baja diciendo que Robert está en la cama, se le ocurrió de repente, entonces prometo acompañar a Karl-Erik sin quejarme lo más mínimo; tanto al banco como a España.

Qué *deal* más raro, pensó al cabo de un momento. Se decía así, ¿no? *¿Deal?* Antes se llamaba «chalaneo», esa era una palabra con la que se sentía más familiarizada. *Kuhhandel* en alemán. ¿Pero por qué debía chalanear a Robert por España? ¿Qué eran esas idiotas voces en su interior que afirmaban que debía elegir una cosa o la otra? Que se trataba de una especie de ecuación de la esperanza: la vida de Robert o la casa de Kymlinge. Que sería presuntuoso imaginar que las cosas se podían solucionar en los dos frentes. Que ella tenía que...

Ebba volvió.

—No —dijo—. El hermanito tampoco está en casa hoy.

Rosemarie sintió que se le nublaba la vista, y durante un segundo estuvo segura de que iba a desmayarse.

Pero se agarró a la encimera de la cocina y se recuperó. Cerró la puerta del lavavajillas, a pesar de que no había terminado de sacarlo todo. Se incorporó y se quedó observando a su hija y a su marido, que estaban sentados los dos a la mesa de la cocina; descansando con tranquilidad, al parecer, en sus ciento cinco años, en su innata y heredada afinidad, sin dar señales de preocuparse lo más mínimo. Inspiró hondo.

—La policía —indicó—. Ahora, si me haces el favor, vas y llamas a la policía, Karl-Erik Hermansson.

—Ni hablar —contestó este sin levantar la vista del periódico—. Y te prohíbo hacerlo.

—Papá, creo que tal y como están las cosas debes hacerle caso a mamá —señaló Ebba.

Kristoffer se despertó y clavó la mirada en una pared oscura.

¿Dónde estoy?, fue su primer pensamiento.

Tardó un par de segundos en comprenderlo. Un extraño sueño con hienas se apartó a toda velocidad tragado por el subconsciente. Hienas que daban vueltas riéndose burlonamente en un

sitio que se asemejaba a una vieja cantera. ¿Por qué soñaba con hienas? Él, que no había visto una hiena en su vida. Al menos no en la vida real.

Tampoco muchas canteras.

Miró su reloj de esfera luminosa. Eran las 07.45. Se dio la vuelta y encendió la luz. El papel verde a rayas de las paredes volvió. Henrik ya se había levantado. ¡Maldita sea!, pensó Kristoffer. Anoche debí de quedarme como un tronco. No me di cuenta de si al final salió o no.

En fin, pensó luego, y apagó la lámpara de nuevo. Tendré que preguntarle cómo le ha ido. Me quedo un rato más en la cama, estará en el baño, volverá ahora.

¿O había subido ya su madre a despertarlos? Intentó hacer memoria, pero resultó inútil. Lo había despertado tantas veces, tantas mañanas, empleando tantos tonos de voz diferentes que era imposible distinguir una ocasión de la otra. Quizá había estado, quizá no.

En cualquier caso, ya era miércoles, recordó. Esa noche estaría de regreso a Sundsvall. Y mañana...

Linda Granberg. El kiosco de Birger. Kristoffer se dio la vuelta y encendió la lámpara por segunda vez. Absurdo quedarse en la cama, estaba completamente despierto, como un potro en primavera. Y tenía un poco de hambre también, de hecho; no solía pasarle por las mañanas. Mejor me levanto ya, decidió. Me ducho y luego bajo a desayunar.

Mientras estaba en la estrecha y anticuada cabina dejando que el agua cayera sobre él, pensó en Henrik. ¡Qué cambio! Menudo giro en tan solo un par de días. Del perfecto e inmaculado Súper-Henrik al... ¿cómo se decía?, *¿promiscuo?* Al promiscuo de Henrik, ¡que se había enrollado con un tío que se llamaba Jens y que se escapaba en mitad de la noche a sospechosas reuniones clandestinas!

Si es que realmente se había marchado anoche. No estaba del todo seguro, claro. Pero, aun así, de algún modo se sentía más cerca de su hermano. Aunque Henrik aún no sabía que él lo sabía. Porque Henrik no era inmaculado, esa era la novedad. Tenía sus lados oscuros como cualquier otra persona. Como el propio Kristoffer. Era..., bueno, humano, sin más.

Una grata noticia, pensó Kristoffer. Muy muy grata.

Después subió la temperatura del agua un grado y procedió a elucubrar sobre el tío Robert. Respecto a él, la promiscuidad (palabra difícil, pensó Kristoffer, pero muy buena) estaba sobradamente documentada desde hacía ya mucho tiempo. Había sido la oveja negra de la familia desde mucho antes de que batiera el récord de todos los tiempos en *Fucking Island*. Nunca había sido el tema preferente de conversación en torno a la mesa de su casa en Stockrosvägen en Sundsvall.

Y ahora había desaparecido. ¿O quizá había vuelto durante la noche? Kristoffer se pilló a sí mismo deseando que no fuera así. Le pareció guay que se esfumara de esa manera. Daba la impresión de que varios miembros de la familia, en particular la abuela, estaban preocupados por él, pero Kristoffer no. Lo más probable era que hubiera pasado lo que había dicho su padre: Robert se había ligado a una mujer y, en lugar de sufrir aguantando una fiesta de cumpleaños y

aburriéndose como una ostra, había preferido quedarse con ella. A Robert le importaba una mierda la opinión de la gente. Kristoffer deseaba alcanzar algún día esa posición, donde uno decidía sobre su propio destino y sus propios actos, sin tener que depender de..., resumiendo, de mamá.

Porque así era. Henrik no le había pedido que se callara sobre sus escapadas nocturnas por su padre, eso estaba claro. Su padre había reaccionado a su metedura de pata del sábado pasado como un buen padre debía reaccionar. Se cabreó y le echó una bronca: a ver si espabilaba, joder, y pensaba un poco en lo que hacía; pero sin cargarle con un montón de sentimientos de culpa. Así debería ser la relación entre padres e hijos. Todo claro y directo, nada de andar con rodeos. Una buena reprimenda y asunto arreglado.

Aunque cómo reaccionaría si se enterara de que Henrik era homosexual, bueno, eso a lo mejor era otro cantar, como él mismo solía decir. Otro cantar muy diferente.

Eso pensaba Kristoffer mientras cerraba el agua. Oyó que alguien llamaba a la puerta.

—¿Henrik?

Era su madre.

—No, soy yo, Kristoffer.

—Qué bien que os hayáis levantado ya. Bajad a desayunar cuando estéis listos.

—Sí, claro —dijo Kristoffer, y empezó a inspeccionarse la cara en el espejo.

No más de unos cuatro o cinco granos; teniendo en cuenta la cantidad de chocolate que se había zampado los últimos días, había motivos para estar contento. Si se controlaba un poco hoy y mañana, debería estar bastante presentable para la cita en el kiosco de Birger dentro de unas treinta y siete horas, más o menos.

—Rosemarie, seamos un poco realistas —dijo Karl-Erik con esa lentitud enfática y magisterial que significaba que no tenía intención de repetir lo que estaba diciendo—. No hay nada que indique que le haya pasado algo a Robert. Tanto tú, como yo y Ebba conocemos su carácter. No hace falta que entre en detalles. Lo más probable es que le resultara un poco estresante estar aquí. Quizá se avergonzaba, hablando en plata, y, en tal caso, con toda la razón. Y entonces se le ocurría llamar a algún viejo conocido en esta ciudad. Rud... ¿cómo se llamaba ese amigo suyo del colegio? ¿Rudström?

—Rundström —lo corrigió Rosemarie—. Se mudó a Gotland hace unos años. Pero ¿por qué no nos ha avisado? Eso es lo que me preocupa, Karl-Erik. Robert no haría una cosa así sin...

—Porque le da vergüenza —zanjó su marido con firmeza—. Ya te lo he dicho. Y, además, no tiene ninguna excusa aceptable para ausentarse. ¿Qué podría decir?

—Pero, entonces, ¿por qué se ha molestado en venir, para empezar? Y el coche sigue aquí... todo cubierto de nieve.

—No necesita el coche —explicó Karl-Erik con paciencia—. Seguro que viene esta tarde a

por él, cuando sabe que los demás se habrán ido. De verdad que no entiendo por qué tienes que remover cielo y tierra por esta tontería. De verdad que no, Rosemarie, Robert no merece tu atención.

Kristoffer entró en la cocina y saludó con un educado buenos días. Karl-Erik se interrumpió y pareció dudar si la discusión acerca del depravado hijo resultaba apropiada para unos oídos de catorce años. Por lo visto, llegó a la conclusión de que sí, porque continuó.

—En otras palabras, Rosemarie, dime qué es lo que te imaginas que le ha pasado a nuestro hijo pródigo.

Kristoffer se sentó a la mesa. Rosemarie miró a Ebba buscando algún tipo de apoyo, pero no era capaz de determinar si lo recibía o no. Y es que Ebba era hija de Karl-Erik, a pesar de todo, se dijo, algo que no había que olvidar en absoluto.

—Todo lo que quiero —indicó al final— es que llames a la policía... y al hospital... para saber.

—¿De modo que no crees que nos avisarían, en caso de que hubiese acabado en uno u otro de esos sitios?

—No si...

—Incluso Robert debe de llevar algún tipo de documentación encima —prosiguió Karl-Erik —. Y si no la lleva, bueno, entonces hay muchas probabilidades de que lo reconozcan de todos modos, ¿no?

Rosemarie no contestó. Ebba se aclaró la voz y empezó a mediar.

—Propongo que esperéis un poco. A pesar de todo, no creo que quieras que la policía salga y se ponga a buscarlo, ¿verdad, mamá? En tal caso, aparecería en los periódicos mañana mismo. O que vengan aquí a tomarnos declaración; tampoco sería una evolución deseable del tema, ¿verdad?

Sonó el teléfono. Rosemarie aprovechó la ocasión y se fue al dormitorio a contestar.

—¿Dónde está Henrik? —preguntó Ebba.

Kristoffer se encogió de hombros mientras se servía yogur de frutas en un bol.

—No sé.

Ebba miró el reloj.

—Deberíamos marcharnos en una hora. ¿Sabes si papá se ha metido en la ducha?

—Creo que sí —dijo Kristoffer.

Karl-Erik dobló el periódico y se quedó observando a su nieto un momento. Dio la impresión de estar sopesando algún que otro consejo —un trozo de sabiduría vital— que pudiera llevarse con él al norte, a Sundsvall, pero entre los miles de alternativas posibles no dio, al parecer, con ninguna adecuada y acabó levantándose de la mesa. Se acercó a la ventana, apartó un poco la cortina y miró fuera.

—Doce grados bajo cero —constató—. Bueno, espero que hayáis llenado el depósito del anticongelante.

—Claro que sí, papá —confirmó Ebba—. Aunque no sé cómo estará el montón de nieve de Robert.

—Una buena capa de nieve funciona, de hecho, como protección contra el frío —explicó Karl-Erik—. Creí que lo sabías.

—Y lo sabía, papá.

Rosemarie volvió al mismo tiempo que Leif Grundt apareció, recién duchado y espabilado.

—Buenos días, familia —saludó—. No sé si os habéis dado cuenta, pero un nuevo día ha amanecido.

—Nos hemos dado cuenta —replicó Ebba—. ¿Quién era, mamá? Pareces preocupada.

—No, no —contestó Rosemarie con una rápida sonrisa—. Era Jakob. No van a poder venir a desayunar, tenía no sé qué reunión importante en Estocolmo y de repente todo han sido prisas. El café está aquí, Leif, ¿quieres que te sirva una taza?

—Gracias, bella suegra —respondió él—. Supongo que lo mejor es alimentarse bien para aguantar todo el viaje, porque pronto nos volveremos a dirigir hacia el norte. Y el famoso personaje televisivo, ¿ha aparecido?

—Leif, por favor —lo reprendió Ebba.

Rosemarie lanzó un profundo suspiro y salió de la cocina. Kristoffer metió dos rebanadas de pan en la tostadora mientras pensaba que su padre tenía un gran talento para los comentarios inoportunos. La cuestión era si los hacía adrede o no; en cualquier caso, le parecía admirable.

—Gracias por un desayuno tan rico, papá —dijo Ebba—. Subo a hacer las maletas. Y a decirle a Henrik que se dé prisa. ¿Quieres que te ayude con algo antes de que nos vayamos?

Se trataba a todas luces de una invitación a hablarle a una hija médica de algún achaque, viejo o nuevo, eso lo comprendió incluso Karl-Erik, pero se limitó a negar con la cabeza mientras cruzaba los brazos sobre el pecho.

El único síntoma que sentía era ese leve susurro dentro de su cabeza que había empezado tras oír el clic ayer por la mañana, si es que no se trataba de los radiadores del dormitorio. Y de eso no quería hablar con nadie, y menos con alguien que posiblemente podía darle alguna que otra explicación que no quería oír.

—No me he sentido mejor en mi vida, hija mía —afirmó, e infló el pecho—. Y he dormido como un bebé.

Capítulo 15

Kristoffer estaba de nuevo tumbado en su cama de la HMFM.

Eran las 11.30 y llevaban ya una hora de retraso.

—Vete a tu habitación a esperar, Kristoffer —le había instruido su madre—. Subo enseguida, pero primero los adultos tenemos que hablar de esto.

«Esto» se refería a Henrik. Tras diversas confusiones y preguntas y testimonios —por parte de todos los presentes en la casa de la familia Hermansson en Allvädersgatan, en Kymlinge: su madre Ebba, su padre Leif, la abuela Rosemarie, el abuelo Karl-Erik y el propio Kristoffer— poco a poco había quedado claro que Henrik, en efecto, no estaba. Nadie parecía haberse cruzado con él en toda la mañana; pensaban sin excepción que alguno de ellos había desayunado con Henrik, que alguien había dicho que se había topado con él en la escalera, que le había oído en la ducha, que había hablado con él. Pero una vez que las informaciones fueron metódicamente examinadas bajo la competente dirección de Ebba, resultó que esas suposiciones eran erróneas.

Nadie había visto a Henrik en toda la mañana, y se acabó.

Una incipiente sospecha se despertó en la cabeza de Kristoffer casi de inmediato, y dispuso de tiempo de sobra para decidir qué línea seguir. No resultó demasiado difícil.

—No, mamá, yo tampoco lo he visto. Cuando me desperté ya se había levantado.

En realidad, ni siquiera se vio obligado a mentir. Henrik, en efecto, se había levantado para cuando Kristoffer se despertó, y no lo había visto en toda la mañana.

Que después ocultara un poco de información, por la que nadie le había preguntado de manera explícita, no, de eso en realidad no se le podía echar la culpa. No de momento, al menos.

Pero al cabo de diez o quince minutos las posiciones seguramente cambiarían bastante. La situación se tensaría. Su madre subiría a verlo para interrogarlo más a fondo. Esa era la prueba para la que se estaba preparando.

¿Se te ocurre algo que pueda ayudarnos a saber adónde ha ido Henrik?, preguntaría su madre, por ejemplo, y a eso tendría que responder con una mentira. Habría que traspasar un límite. Precisamente el límite que había estado sobre el tapete el domingo pasado, cuando él mismo se vio en el banquillo de la penitencia.

Aunque en realidad no le preocupaba. No mucho. De eso se dio cuenta al intentar analizar la situación con mayor detenimiento. Que debía proteger a Henrik —el nuevo y promiscuo Henrik — era una obviedad. Ese era el acuerdo que tenían. En esta ocasión era Henrik quien andaba

metido en un apuro, no Kristoffer, y se le antojaba difícil no sentir cierta satisfacción ante ese sencillo pero inusual hecho.

Y Henrik, por supuesto, asumiría toda la culpa él solo, una vez que apareciera. Nunca se sabría que su hermano pequeño había ocultado información. Kristoffer sería absuelto; no arriesgaba lo más mínimo al mentir a su madre. Todo lo contrario: era su deber cumplir con su palabra y respetar el trato que Henrik y él habían hecho.

Hermanos de armas.

Pero era cierto que resultaba extraordinariamente torpe por parte de Henrik. No podía dejar de constatarlo. Ni de asombrarse. Era evidente que Henrik se había escapado a su reunión secreta en mitad de la noche, y luego... Bueno, sobre lo que habría hecho en concreto no tenía muchas ganas de reflexionar en profundidad. Pero después, cuando todo eso que era mejor no mencionar hubiera acabado, Henrik y ese otro, fuera quien fuera, con toda probabilidad se habrían tumbado en la cama a descansar: ¡y se habrían dormido! Una torpeza monumental, pensó Kristoffer. ¿Y qué excusa se inventaría cuando volviera?

Por lo visto había apagado el móvil. Lo habían llamado un montón de veces durante la última hora, pero sin conseguir pasar del buzón de voz. No era propio de Henrik tener el móvil apagado, para nada. A Kristoffer no le había quedado muy claro qué pensaban los adultos. Su padre había lanzado la teoría de que había salido a esquiar, una teoría que se convirtió después en una salida a correr al caer en la cuenta de que no había equipamiento adecuado para esquiar en la casa, para acabar desechándola por completo debido a la abundancia de nieve que había.

Sin embargo, nadie parecía muy preocupado por el momento, aunque quizá era algo que estaba bullendo bajo la superficie. Kristoffer no se sentía aún del todo capaz de evaluar el estado de las cosas a ese respecto. Pero el hecho de que lo hubiesen mandado a la HMFM para deliberar sin su presencia indicaba, naturalmente, que se tomaban el asunto muy en serio. Además, resultaba bastante raro que ahora faltaran dos personas, no solo una. Aunque Kristoffer no había oído a ninguno de los adultos insinuar la menor conexión entre las dos desapariciones. Ya llegaría, no sabían lo que él sabía.

¡Joder, hermano, eres un puto desastre!, murmuró Kristoffer para sí mismo, y se dio cuenta de que era lo más negativo que había pensado nunca de Henrik. ¡Pero es que tener que mentirle a la cara a su madre por salvarle el culo...! Algo así, hacía tan solo un par de días, le habría parecido inimaginable.

Sin embargo, lo haría sin temblarle la mano, y hasta la última gota de sudor, que nadie pensara otra cosa. Decidido estaba. Pero nada impedía que siguiera dándole vueltas a qué coño estaría haciendo. Y ahora que ya llevaba un buen rato en ello, empezó a entrarle una sensación bastante desagradable en el diafragma.

Un poco amedrentadora y un poco..., bueno, un poco triste, la verdad. ¿Qué está pasando contigo, Henrik?, pensó Kristoffer.

Miraba fijamente el papel de la pared, pero allí, como cabía esperar, no encontró escrita

ninguna respuesta.

—Kristoffer, tenemos que intentar aclarar esto, estamos de acuerdo, ¿verdad?

—Sí —dijo Kristoffer.

—Henrik no está y no sabemos dónde se ha metido.

Kristoffer intentó asentir y negar con la cabeza al mismo tiempo, todo para mostrarse lo más complaciente posible.

—Se ha debido de marchar muy pronto esta mañana, o...

Kristoffer no terminó la frase con las palabras que faltaban.

—... o en algún momento a lo largo de la noche —dijo Ebba.

—Pues no lo sé —contestó Kristoffer—. No me he dado cuenta de nada, ni anoche ni esta mañana. Supongo que dormía muy profundamente, me temo.

Su madre intentó penetrarle con sus ojos azul acero, pero a Kristoffer le pareció que conseguía sostenerle la mirada con bastante facilidad. En esta ocasión no era él quien se sentaba en el banquillo de los acusados, lo cual lo hacía todo más fácil. Mucho más fácil.

—¿No te contó nada?

—¿Sobre qué?

—No sé, Kristoffer. ¿Si tenía planes para ausentarse durante un par de horas, por ejemplo?

—No —respondió Kristoffer—. No dijo nada de eso.

—¿Seguro?

—Sí, claro.

—Bueno, la verdad es que no pareces...

—¿Sí?

—Que no pareces muy sorprendido de que no esté aquí.

—¿Qué?

—Que no pareces sorprendido, y eso me resulta un poco raro; estoy intentando comprender qué significa.

Se trataba de un ataque exageradamente insinuador que Kristoffer paró de la única forma posible.

—¿Que no parezco sorprendido? Ahora sí que no entiendo a qué te refieres, mamá. No tengo ni idea de dónde se ha metido Henrik y estoy tan sorprendido como los demás.

Ella dudó un instante, pero luego se batió en retirada.

—De acuerdo, Kristoffer. Te creo. Pero piénsalo un poco, ¿de verdad no hay nada que él haya dicho, o insinuado, que pudiera explicar adónde se ha ido?

Kristoffer se mordió el labio inferior simulando un momento de reflexión.

—No —respondió entonces—. No, mamá, no se me ocurre nada.

—¿Crees que Henrik ha sido el de siempre estos días? Quiero decir, no os habéis visto en

todo el otoño. ¿No te ha dado la sensación de que..., bueno, de que ha cambiado de alguna manera?

Bingo, mamá, pensó Kristoffer. Si supieras hasta qué punto ha cambiado tu angelito, te daría un infarto con cagalera incluida. Y alguna vez, siguió reflexionando, alguna vez desearía poder decir estas cosas en lugar de solo pensarlas.

—Mmm... no —contestó—. No creo. Pero seguro que vuelve enseguida y nos lo explica todo. Tal vez ha pensado que nos íbamos después de comer o algo así. ¿A lo mejor ha salido a comprar regalos de Navidad?

Ebba pareció sopesar en serio esa idea, antes de volver a someterlo a la prueba de fuego de sus ojos de acero. Pero Kristoffer no cedió ni un milímetro.

—¿De qué hablasteis anoche?

No es asunto suyo, señora fiscal, formuló en su cabeza.

—De nada en especial —le salió de la boca—. Me habló un poco de Uppsala y eso.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué ha dicho de Uppsala, si se puede saber?

—Que era divertido estudiar allí. Pero bastante duro.

—¿Habló de Jenny?

Kristoffer reflexionó.

—Puede que la mencionara. Pero solo de pasado.

—De pasada.

—¿Qué?

—De pasada. Has dicho «de pasado».

—Perdón.

—Bueno, no importa. ¿Algo más?

—¿De lo que hablamos?

—Sí.

—Hablamos un poco del tío Robert.

—¿En serio? ¿Y a qué conclusión llegasteis?

—A ninguna —contestó Kristoffer—. Solo que el tío parece un poco raro.

—No me digas —murmuró Ebba—. Bueno, la verdad es que de momento no me interesa mucho vuestra opinión acerca de mi hermano. Pero si te acuerdas de algo relacionado con Henrik, no queremos, ni tu padre ni yo... ni la abuela ni el abuelo... que te lo calles.

—Pero ¿por qué me lo iba a callar? —repuso Kristoffer con una indignación que se le antojó casi auténtica—. Yo también quiero irme de aquí. Si supiera algo, claro que te lo habría dicho enseguida.

Ella hizo una última y breve pausa.

—Bien, Kristoffer —concluyó—. Confío en ti.

Después salió de la habitación.

Henrik, eres un maldito desastre, pensó Kristoffer una vez que su madre cerró la puerta.

¿Dónde coño te has metido?

Miró el reloj. Eran las 11.59.

A las dos, la nieve había empezado a caer de nuevo y en casa de la familia Hermansson acababan de terminar de comer. Salchichas *isterband* con patatas en salsa blanca de eneldo; en condiciones normales, uno de los platos favoritos de Karl-Erik, pero ese día resultó totalmente fuera de lugar. Nadie comió con mucho apetito, y el silencio tenso que flotaba sobre la mesa los acompañó al salón, donde tomaban el café con buñuelos de limón. Kristoffer no bebía café, sino un refresco, y mientras le daba sorbos intentaba estudiar a escondidas los rostros mudos de los adultos: su madre, su padre, su abuela y su abuelo. Se preguntaba qué se ocultaba detrás de sus frentes. Bastantes cosas, seguro. Irritación, preocupación. Aprensiones, frustración, como quieras llamarlo. Todas las preguntas que se podían plantear, y nadie parecía dispuesto a repetirlas una vez más. Todas las posibles suposiciones ya estaban supuestas y todas las especulaciones especuladas. El coche se encontraba listo para partir, con las maletas en el maletero, delante del garaje. Solo quedaba ese pequeño detalle de que faltaba un pasajero.

Lo que nadie había nombrado todavía, pensó Kristoffer, era el miedo. Los temores realmente negros parecían seguir tapados, y nada más pensarlo sintió que la ventaja que les llevaba a los demás se reducía a pasos agigantados. Bien era cierto que sabía lo que sabía: Henrik se había ido a un encuentro secreto en algún momento durante la noche —con toda probabilidad, a ver a un amante desconocido de nombre Jens (aunque en ese punto, Kristoffer sentía una creciente inseguridad)—, pero por qué diablos no había vuelto en toda la mañana, pues esa era una cuestión que se hacía más grande e incomprensible a cada minuto que pasaba.

Henrik había desaparecido. Robert había desaparecido. Joder, esta es una de las cosas más raras que he vivido nunca, pensó Kristoffer Grundt.

—Son las dos y cinco —dijo Rosemarie, como si esa información pudiera arrojar luz sobre algo. Pero el único efecto que tuvo fue que la vena de una de las sienes de Karl-Erik empezó a contonearse como una lombriz, cosa que ya había sucedido un par de veces durante el día. Kristoffer lo había advertido y comprendió que el abuelo estaba irritado o indignado por algún motivo. También pasaba algo raro con uno de sus párpados, le caía sobre el ojo como si estuviera un poco borracho, pensó Kristoffer, aunque estaba bastante seguro de que no era el caso.

A su padre, en cambio, se le caían los dos párpados, y Kristoffer supuso que estaba a punto de quedarse dormido. Llevaba media hora muy callado, actitud poco habitual en él; se notaba que estaba muy lejos de poder soltar ninguna teoría mínimamente convincente acerca del posible paradero de su íntegro y cabal —y hasta el momento casi intachable— hijo.

Su madre tenía un aspecto circunspecto, como si se estuviera concentrando de cara a una intervención quirúrgica que prometía ser de una dificultad inusitada. O como si estuviera

trabajando con la nueva y paradójica ecuación Henrik en su cabeza, sin ser capaz de hallar la solución, aunque lo normal habría sido que la hubiera resuelto hacía ya bastante tiempo.

Kristoffer suspiró y tomó otro buñuelo, a pesar de lo lleno que estaba; las patatas con salsa de eneldo flotaban como un envoltorio que se hinchaba y se le pegaba en el estómago, y se planteó si no debería subir arrastrándose por la escalera sin más para echarse una siesta en la HMFM a la espera de que regresara el hermano perdido. Aunque quizá sería mejor quedarse en su sitio para estar *à...*, ¿cómo se decía?, *¿à jour?...* de lo que estaba pasando. O no estaba pasando.

Lo que de hecho pasó, justo en ese momento, fue que el abuelo Karl-Erik se levantó del sillón con mucho esfuerzo y se acercó a la ventana. Acto seguido se metió las manos en los bolsillos de los pantalones y se meció un par de veces adelante y atrás sobre los dedos de los pies y los talones. Carraspeó ruidosamente, todavía de espaldas a los demás.

—¡Ejem! —entonó—. Ahora lo que ocurre es que a las cuatro Rosemarie y yo tenemos que estar en el banco. Ya veremos si para entonces os habéis marchado o no.

—Pero ¿cómo van a...? —empezó Rosemarie, pero el pensamiento cambió de dirección a medio camino y tuvo un nuevo contenido—. Pero ¿qué estás diciendo, Karl-Erik? ¿Cómo vamos a ir al banco ahora cuando...?

—¿Ahora cuando qué? —quiso saber Karl-Erik, y se dio la vuelta—. Tenemos una cita acordada. Lundgren nos estará esperando y la familia Singlöv ha venido específicamente desde Rimminge.

—Son como mucho treinta kilómetros —dijo Rosemarie—. Que se vuelvan. Como comprenderás, no podemos dejar a Ebba y Leif en la estacada ahora que... y Kristoffer... No, nos quedamos aquí, tendrás que llamar y cancelar la reunión.

—Joder, esto es el... —se dispuso a replicar Karl-Erik, y en la otra sien le brotó una vena hasta entonces desconocida, pero antes de que le diera tiempo a desarrollar su frase, Ebba lo interrumpió.

—Por favor, papá, ahora no. Y mamá, de verdad que no hace falta que canceléis nada por nosotros. Es ridículo. ¿Qué sentido tiene que haya cinco personas esperando cuando hay de sobra con tres? Además, no... No sé, no sé lo que iba a decir... —Y se echó a llorar.

Al principio Kristoffer no entendió que se trataba de llanto. Tal vez porque nunca había visto llorar a su madre. Al menos no recordaba haberlo hecho. Además, era un llanto muy extraño; se asemejaba más a una especie de máquina que no quería arrancar, sí, como un pequeño motor: los hombros subían y bajaban mientras expulsaba e inspiraba aire en pequeños y jadeantes soplidos. La cabeza se mecía de un lado a otro al ritmo de los jadeos, pero no al de los hombros; sí, era ahí donde la cosa no cuadraba, pensó Kristoffer, un motor que tosía y escupía y tosía, pero donde los cilindros, fueran cuantos fueran, no conseguían coordinarse para arrancar nada.

Como si nunca hubiera llorado y no supiera muy bien cómo se hacía.

Los demás sin duda tampoco entendían qué sucedía, porque pasó un buen rato hasta que la abuela Rosemarie comenzó, con algo de torpeza, a pasar la mano por la espalda y los brazos de

su hija para consolarla. Leif acudió al rescate unos instantes después y le acarició la cabeza, mientras que Karl-Erik se quedó plantado en medio del salón como un bóxer macho que acababa de pillarse la pata con la puerta de un ascensor.

Al menos eso le pareció a Kristoffer, al que tampoco se le ocurría ninguna manera de ayudar a su madre para que dejara de llorar. Era su madre, cierto, pero estaba convencido de que se requería una mano bastante más ducha que la que él podía aportar. Aunque le resultó desagradable verla así de inesperadamente indefensa y, cuando echó un vistazo al abuelo, detectó en sus ojos la misma desconcertada frustración que él también sentía revolviéndose en su interior.

Mierda, mierda, mierda, pensó Kristoffer mientras apretaba los dientes para no echarse a lloriquear él también. Mamá está llorando, esto es serio. Ven ya, Henrik, capullo. La cosa ya no tiene gracia.

Unos momentos más tarde, el llanto se había calmado y habían llegado a un acuerdo. Rosemarie y Karl-Erik irían a ver al señor Lundgren al banco tal y como estaba convenido. Calculaban que el papeleo les llevaría como mucho una hora, y si la situación seguía igual a su vuelta, informarían de inmediato a la policía.

En eso se quedó. No había motivo alguno para precipitarse.

A Kristoffer no se le ofreció la oportunidad de aportar su opinión respecto a ese plan de acción, pero cuando volvió a su cama de la HMFM, pudo constatar con algo de tristeza que, aunque se la hubieran dado, no habría tenido nada que objetar.

La nieve seguía cayendo y las horas transcurrían. Rosemarie y Karl-Erik se fueron al banco y una vez terminada la gestión regresaron. A esas alturas, Kristoffer había pasado unos tres cuartos de hora dormido y más o menos el doble de tiempo tirado en la cama sin hacer nada. Bajó de la planta superior en el mismo momento en el que la abuela y el abuelo entraban por la puerta de la calle. No sabía cómo habían matado el tiempo sus padres, pero también estaban presentes en la cocina un minuto más tarde.

La abuela miró a Ebba. Ebba negó con la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos, y Kristoffer comprendió que había llorado aún más y sintió una impotencia desconocida hasta entonces para él. Una especie de pánico congelado, sí, más o menos eso era lo que sentía, la verdad.

Después de una deliberación muy breve, le cayó en suerte a Karl-Erik asumir la misión acordada.

Mientras esperaba respuesta con el auricular en la mano, el reloj de pared del comedor dio dos campanadas, para indicar que eran las 18.30. Era 21 de diciembre, miércoles, y Robert Hermansson y Henrik Grundt estaban más desaparecidos que nunca.

Capítulo 16

El inspector Gunnar Barbarotti también podría haberse llamado Giuseppe Larsson.

Cuando vino al mundo el 21 de febrero de 1960, su padre Giuseppe Barbarotti y su madre Maria Larsson solo estaban de acuerdo en una cosa: no volver a tener ningún tipo de contacto jamás.

Sobre todo lo demás discutían. Por ejemplo, sobre el nombre del recién nacido (3.880 gramos, 54 centímetros). Giuseppe consideró que debería sonar italiano, pues el sueco era una lengua de campesinos, de paletos, y si querían que el chaval empezara su vida con buen pie, era importante ponerle un nombre en condiciones.

Maria, su madre, se negaba a escuchar ese tipo de chorradas sentimentales tan propias del sur de Europa. El hijo debía tener un nombre sano de origen nórdico; presentarse en el colegio con un nombre espagueti de galán empalagoso lo convertiría desde el principio en el saco de golpes de todo el mundo. Giuseppe podía acicalarse el bigote y largarse a esos lares calurosos de donde había venido, pues el nombre del niño no era asunto suyo.

Giuseppe contestó que esto era algo de una importancia tal que, si Maria pensaba seguir poniendo trabas, tendría que plantearse muy en serio casarse con ella para así poder ejercer su legítima influencia sobre el nombre de su primogénito. Y sobre otras cosas también.

Al final se llegó a una solución intermedia siguiendo el sabio consejo de Inger, la hermana mayor de Maria, que era la dueña y única encargada de un puesto de salchichas en Katrineholm. Al fin y al cabo, el italiano no era un idioma que se pudiera despreciar así como así, opinaba, y si las cosas podían combinarse entre ellas, el resultado muchas veces era mejor que si te obsesionabas solo con una cosa o la otra; y es que, a ver, en los perritos calientes, la salchicha con su pan era, en general, siempre preferible a las salchichas con salchichas. O al pan con pan.

De modo que se quedó con Gunnar, en recuerdo del fallecido hermano mayor, muy querido por las dos hermanas, y Barbarotti, por el padre de la criatura que, mientras la madre aún seguía en la maternidad del hospital, preparaba las maletas para regresar a Bolonia. Las dos partes afirmaban estar contentas al menos a medias con la solución propuesta: ambos coincidían en que Giuseppe Larsson sonaba absurdo.

Lo cual, para ser rigurosos, significaba que, en realidad, estaban de acuerdo en dos cosas.

Fue al abandonarle Helena —hacía cuatro años y a la edad de cuarenta y uno— cuando Gunnar

Barbarotti firmó su acuerdo con Dios.

Se trataba de la cuestión de la posible existencia de este, pues de la suya Gunnar Barbarotti era plena y dolorosamente consciente. Helena y él habían estado casados quince años. Tenían tres hijos, y darse cuenta de pronto —de un día para otro— de que formaba parte de la PQ (la Pandilla Quemada) le había llevado a dudar de todo. Era cierto que la presencia o ausencia de Dios no era el primer punto del orden del día; más bien ese puesto lo ocupaban preguntas respecto a si de verdad tenía sentido seguir luchando, qué había hecho mal, por qué ella no había dicho nada antes, en qué diablos iba a ocupar las noches cuando ya no pudiera hacer horas extra y si quizá no sería mejor cambiar de trabajo. Pero un mes después del duro golpe, tras mudarse a su lúgubre piso de dos dormitorios en la calle Baldersgatan, en Kymlinge, apareció Dios una noche en medio de una larga serie de noches de insomnio.

Posiblemente fuera el propio Gunnar quien lo convocara, proyectándolo desde su martirizada alma para pedirle explicaciones; pero, fuera como fuera, mantuvieron una larga y provechosa conversación, que terminó con la firma de dicho acuerdo.

Había tantas pruebas pésimas de la existencia de Dios..., en eso estaban de acuerdo Gunnar Barbarotti y el Señor. Bien una argucia teológica tras otra, bien efímeras circunstancias se tomaban como justificación para llevar el llamado «problema fundamental» a buen puerto. San Anselmo. Descartes. Santo Tomás de Aquino. Lo que Gunnar echaba de menos —cosa que Dios afirmaba comprender a la perfección— era algo más concreto. Un método sencillo y racional que de una vez por todas pudiera zanjar la cuestión. Mejor si aquello llevaba su tiempo, decía Dios. Sí, claro, pero tampoco demasiado, decía Gunnar, que debía tener en consideración su limitado tiempo vital, pues le gustaría saber la verdad del asunto mientras todavía estuviera ocupado con su caminata terrenal, y Dios lo había escuchado y había accedido también a esta condición sin excesivo parlamento.

Al final —a esas alturas ya eran las cinco de la mañana y una ruidosa máquina quitanieves convocada por el Diablo había empezado a pasar la cuchilla por el asfalto con tal ímpetu que saltaban chispas— habían acordado el siguiente modelo de pruebas:

Si es que Dios en realidad existía, una de sus principales tareas debería ser la de escuchar las plegarias de los pobres humanos y satisfacerlas en la medida en que las considerara justificadas. Ante los deseos infundados e interesados poseía el derecho a descartarlos de inmediato, por supuesto. Gunnar Barbarotti, por su parte, no era capaz de recordar ni una sola vez en su vida en que se hubieran atendido sus oraciones. ¿De verdad?, había contraargumentado Dios, ¿y cuántas oraciones me has enviado con un corazón puro y serio, eh, pedazo de canalla agnóstico? Para su gran vergüenza, a Barbarotti no le quedó más remedio que reconocer que ese dato no lo tenía muy controlado, pero lo cierto era que no podía tratarse de muchas; pero borrón y cuenta nueva, dejémonos de discutir sobre viejos agravios: Barbarotti estaba dispuesto a darle a todo una oportunidad sincera.

De acuerdo, dijo Dios. *We have a deal*,[1] respondió Gunnar, como si la marginal lengua

sueca no pudiera expresar o abarcar del todo un acuerdo de ese calibre.

El límite temporal se fijó en diez años. Durante ese tiempo, Gunnar Barbarotti pondría a prueba la supuesta existencia de Dios mediante oraciones enviadas hacia arriba tan a menudo como pudiera pensarse oportuno y justificado, y después —en un cuaderno adquirido ex profeso para ello— anotaría si se cumplían o no.

Por supuesto, no debía tratarse de cualquier tipo de oraciones estúpidas —grandes ganancias pecuniarias jugando a la lotería o a los caballos, bellas ninfas que se materializaran de la nada y cuyo máximo deseo era acostarse con el inspector o semejantes caprichos egoístas—, sino de plegarias razonables y desinteresadas. Cosas que podían suceder con solo tener un poco de suerte y que no perjudicaban a nadie. Dormir bien una noche entera. Buen tiempo durante una excursión de pesca. Que su hija Sara solucionara el conflicto con su mejor amiga Louise de una manera satisfactoria.

Poco a poco, Gunnar Barbarotti (de mutuo acuerdo con Dios, faltaría más) también había desarrollado un sistema de puntuación para establecer cómo de probable podía considerarse una respuesta favorable a la cuestión de la posible existencia de Dios. Si no se atendían las oraciones de Gunnar, Dios recibía siempre un punto negativo, pero si se cumplía su deseo, entonces nuestro Señor podía apuntarse uno, dos o incluso tres puntos en su haber.

Un año después del divorcio, Dios no existía. Había acumulado un total de dieciocho puntos positivos frente a la friolera de treinta y nueve negativos, resultando así en un balance negativo de veintiún puntos.

El segundo año le fue un poco mejor, y el balance se reajustó en un saldo de quince puntos negativos. El tercero retrocedió hasta menos dieciocho, pero fue durante el cuarto —el año actual — cuando se produjo el giro radical. Ya en mayo la distancia se había acortado hasta eliminar del todo el saldo negativo y a mediados del mes de julio Dios existía con un amplio margen de seis puntos. Una puntuación que, sin embargo, se redujo por culpa de una lluviosa semana de vacaciones en una Escocia bastante sombría, una otitis y un otoño cargado de trabajo policial pesado y poco fructífero. Justo hoy, jueves 22 de diciembre, Dios se hallaba dos puntos por debajo de la línea de su existencia; solo nueve días antes del final del año. Bien era cierto que todavía quedaban seis años para completar el maratón, pero habría sido agradable haber podido celebrar el Año Nuevo con la piadosa esperanza de que existía un bondadoso poder superior en el que refugiarse en momentos de necesidad.

En eso pensaba Gunnar Barbarotti. Posiblemente ese también era el motivo por el que anoche, tarde, había enviado una oración algo desesperada de tres puntos y, con que Dios entrase en razón y la cumpliera, se adelantaría a una posición líder. Por solo un punto, cierto, pero en una posdata que completaba la oración, enviada pocos minutos después de que Gunnar Barbarotti se hubiera despertado esa mañana —o sea, hacía menos de una hora—, había prometido al quizá existente Todopoderoso que, si atendía esa plegaria, no lo molestaría con más peticiones hasta

entrado el nuevo año, permitiendo así a Dios existir en tranquilidad durante al menos diez días. ¿No sería eso como para quitarse el sombrero?

Dios había contestado que no tenía por costumbre llevar sombrero de ningún tipo pero que, de todos modos, abordaría el asunto con la habitual imparcialidad y buena voluntad.

Corría un poco de prisa, había apostillado Gunnar. El tren salía a las 13.25 y, si no sucedía nada antes, lo más probable es que hubiera que dar el maratón por terminado. Hablando en plata.

Entiendo, dijo Dios.

Good, respondió Gunnar.

Se trataba de las Navidades.

Desde la repentina ruptura con Helena —durante las fiestas navideñas cuatro años antes—, a Gunnar Barbarotti le había costado sentir una genuina alegría navideña. El exmatrimonio tampoco se había dejado seducir por la moda de celebrar las fiestas juntos por el bien de los niños, una solución que era la norma en su círculo de amistades. En su lugar habían ideado un sistema de alternancia: los tres niños con Helena la primera Navidad, y luego los tres con Gunnar la Navidad siguiente, etcétera. Ese año le habría tocado a él recibir a Lars y a Martin en su piso de dos dormitorios en Kymlinge; la hija mayor, Sara, que tenía dieciocho años y estaba terminando el instituto, ya residía con el padre, una decisión que había tomado durante el divorcio y que había provocado en Gunnar asombro y felicidad a partes iguales.

Pero Lars y Martin —nueve y once años respectivamente— vivían con su madre en Södertälje.

En concreto, con su madre y su padrastro Fredrik. Hasta hacía un tiempo, mejor dicho. Fredrik Fyrehage había aparecido de manera sospechosa muy poco tiempo después de la separación, pero Barbarotti había logrado renunciar a investigar esa circunstancia en profundidad. A veces la dignidad era más importante que el conocimiento. Le había costado unas cuantas noches de insomnio, pero lo había conseguido.

En cualquier caso, el tal Fredrik había resultado desde el primer momento un auténtico portento de persona que poseía, sin excepción, todas las importantes cualidades y virtudes de las que el propio Barbarotti carecía. Hasta el mes de septiembre del año en curso, cuando el hombre, sin mayores explicaciones, había abandonado tanto a Helena como a Lars y Martin en favor de una mujer de color de la Costa de Marfil que era bailarina de la danza del vientre.

Bueno, había dicho Barbarotti intentando consolar a su exesposa al enterarse de lo ocurrido, al menos parece que no es racista.

Aun así, Helena había sufrido una crisis nerviosa y, para colmo, a su padre, que vivía en Malmberget, en Laponia, le dio su primer ictus por la misma época. No obstante, el desenlace fue más o menos feliz, pues sobrevivió, aunque con un marcado debilitamiento del lado izquierdo. Una secuela irónicamente adecuada, pensó Gunnar Barbarotti, para un viejo minero

que había sido comunista toda su vida. Estas dos cosas juntas —la bailarina del vientre africana y el minero atacado por una apoplejía— habían conseguido, no obstante, que Barbarotti se ablandara. Tras un par de conversaciones telefónicas bañadas en lágrimas había accedido a llevar a Sara hasta el agujero minero septentrional para celebrar unas auténticas Navidades familiares bajo la estrella polar. La abuela y el abuelo. Gunnar y Helena. Los tres niños.

La promesa la había hecho a mediados de octubre, y desde entonces no había pasado ni un solo día sin que se arrepintiera. Si en este mundo había personas que a Gunnar Barbarotti le costaba soportar, esas personas eran sus exsuegros.

De ahí la oración de tres puntos.

Oh, Señor, tú que de momento no existes de verdad pero que aun así quizá existas, pon un buen palo en la rueda a este maldito viaje. Líbrame de él, libra a Sara de él, concédenos a mí y a mi hija una Navidad tranquila aquí en nuestro hogar en Kymlinge con pasta y bogavante y partidas al Trivial Pursuit y unos buenos libros —y una misa matinal el día de Navidad si somos capaces de madrugar— en lugar de ese miserable entierro familiar con siete personas metidas en una pequeña y helada casa de amianto de tres habitaciones, con una oscuridad espiritual y relaciones gélidas, además del hostil carcamal comunista con el lado izquierdo debilitado por un ictus y su amargada mujer. Haz lo que sea, oh, Señor, pero sin ocasionar daños ni desgracias a nadie, aunque, solo a modo de idea, yo podría plantearme resbalar en una placa de hielo y romperme algún hueso pequeño, o que me cayera un carámbano en la cabeza, de los menos pesados, hasta ahí estoy dispuesto a llegar, pero tú sabes mejor que nadie qué hacer, oh, Señor. El tren sale a las 13.25, el tiempo apremia. Gracias de antemano y, recuerda, se trata de tres puntos. Amén.

Gunnar Barbarotti miró el reloj. Eran las 09.20. Había medio desayunado en la cama leyendo el periódico de cabo a rabo; ya era hora de levantarse y preparar café. Meterse bajo la ducha y esperar el milagro.

De camino al cuarto de baño pasó por delante de la habitación de Sara y sopesó durante un instante darle un primer aviso para despertarla, pero cambió de idea. La dejaría dormir otra hora más; conociéndola como la conocía, lo más probable era que ya tuviera la maleta hecha y, además, solía ser un portento de eficacia por las mañanas.

A decir verdad, era un portento toda ella, pensó cuando estaba bajo la ducha, y no solo por las mañanas. Había leído en algún sitio (un libro de Klimke, con toda seguridad) que, de todas las alegrías que podían tocarle en suerte a un hombre en este mundo, no había nada que pudiera compararse con la alegría que brindaba una hija buena y sensata.

Tal cual, constató Gunnar Barbarotti mientras se echaba champú en su fino cabello, ¿y qué podía superar a una tranquila convivencia navideña durante cinco días libres con una hija así?

Nada, nada de nada, oh, Señor, escucha mi plegaria.

El milagro que garantizó la existencia de Dios durante las fiestas navideñas se dividió en dos partes y acaeció entre las 09.45 y las 09.55.

Primero llegó la llamada del comisario Asunander.

Asunander era jefe de la brigada criminal de la policía de Kymlinge y el jefe directo de Barbarotti. Pidió unas disculpas del copón, pero si Gunnar Barbarotti no quería recibir la pelota, no había más que pasársela a Backman.

Barbarotti optó por no comentar estas preliminares metáforas futbolísticas. Eva Backman era su compañera y gran amiga, y también había logrado que le dieran unos días libres durante las fiestas. Y buena falta le hacían, eso lo sabía Gunnar, ya que su matrimonio había llegado, sin duda, a ese punto en el que perfectamente podía irse a pique del todo pero en el que también quedaba un claro destello de esperanza. Eva estaba casada con un tal Wilhelm, a quien todos llamaban Ville, fundador, así como presidente y entrenador, de THSK, los Tigres de Hockey Sala de Kymlinge. La pareja tenía tres hijos, de catorce, doce y diez años, jugadores todos ellos de hockey sala y a los que se los consideraba unas auténticas promesas del deporte. Durante el último año, Eva Backman había empezado a detestar, lenta pero irremediablemente, todo lo que tenía que ver con esa práctica, después de una larga serie de años de haber mantenido una actitud neutral. Le había confiado a Barbarotti que incluso le salían erupciones alérgicas en el pliegue del codo y en el cuello cuando se veía obligada a asistir a un partido, cosa que solía pasar dos veces por semana. Le había hecho la misma confidencia a su marido y, por lo que Barbarotti entendía, este no se lo había tomado del todo bien.

Pero Eva quería a su marido y quería a sus hijos. No deseaba que todo se fuera al garete por culpa de un estúpido deporte. O por culpa de su propia tozudez; Backman y Barbarotti habían debatido el asunto hacía solo dos días, de modo que Barbarotti sabía cómo estaba el patio. Unas fiestas trabajando en lugar de pasarlas con la familia (no había ni una sola hora de entrenamiento programada durante los días festivos) sería algo más bien funesto para Eva Backman.

Pero o Barbarotti o Backman debían encargarse de este caso, aclaró el comisario, no había más opciones. El caso era que, en realidad, Backman debería ser la primera en la lista, pero estaba el tema de su situación familiar..., nada que le gustara tener en consideración, dijo el comisario, pero tal y como se presentaba aquello no cabía duda de que le vendrían bien unos días en el calor del hogar, ¿verdad? ¿O qué pensaba Barbarotti al respecto?

Barbarotti se mostró de acuerdo. En principio. Y si incluso Asunander conocía la situación de Backman, desde luego la cosa era seria. ¿De qué se trataba?

El comisario Asunander carraspeó con ese ceremonioso ritual que solo treinta años de persistente consumo de tabaco en pipa podían cimentar, y explicó que se trataba de una desaparición.

No, dos desapariciones.

Después hizo una pausa y se ajustó la dentadura postiza. Siempre se le descolocaba cuando hablaba demasiado. El hecho de que usara dentadura postiza se debía al trabajo. Hacía unos diez años, durante una intervención estando de servicio, se había cruzado con un culturista drogado y armado con un bate de béisbol; el golpe le dio en la boca y Asunander había perdido veintiséis dientes en medio segundo, lo cual posiblemente constituía un récord mundial y lo cual también le había obligado a pasar un año con operaciones quirúrgicas de envergadura con un resultado final no del todo exitoso. La mandíbula no dejaba de bailarle, y la necesidad de constantes ajustes hacía que a menudo se expresara con la mayor brevedad posible; sobre todo si tenía las manos ocupadas y debía sujetar la pipa con la comisura de los labios. A veces podía sonar como un antiguo telegrama, sobre todo si ya había sufrido algún desajuste de la dentadura, y prefería saltarse ciertas palabras pequeñas si no eran necesarias para el contexto.

—Historia rara —informó ahora—. Solo contacto telefónico, anoche y esta mañana.

—Entiendo —contestó Barbarotti.

—Hora de mandar alguien, definitivamente. Investigar el asunto con atención. Ya. ¿Te encargas?

—Dame un cuarto de hora —le pidió Barbarotti—. Tengo un tren que sale a la una y media hacia el norte. Bastantes cosas planificadas que se van a fastidiar, si me encargo.

—Perfecto —dijo el comisario—. Llámame en diez minutos. Feliz Navidad.

Apenas había terminado la conversación cuando Sara entró tambaleándose en la cocina.

Se la quedó mirando. Algo no iba bien. Parecía que alguien se hubiera meado encima de su precioso pelo color caoba. Tenía los ojos acuosos y enrojecidos y respiraba pesadamente con la boca abierta, y el camisón que casi le llegaba a los pies se había convertido en una sucia mortaja. Un sudario. Se detuvo y se agarró a la nevera.

—Papá —lo llamó con voz apagada.

Gunnar resistió al impulso de acercarse corriendo a su hija y levantarla en brazos.

—Sara, cariño —dijo en su lugar—. ¿Qué te pasa?

—Creo que... estoy... enferma.

Las palabras se abrieron camino por sus labios resecos de una en una, y apenas tenían fuerza suficiente para alcanzar los tímpanos de su padre.

—Siéntate, Sara.

Gunnar Barbarotti sacó una silla y ella obedeció. Le puso la mano en la frente. Caliente como una plancha. Su hija lo miró con una mirada vacía y los párpados entrecerrados.

—No creo... que vaya... a poder.

—¿Te has tomado la temperatura?

—No.

—Sara, métete en la cama. Ahora te llevo algo para beber y un termómetro. No tienes buen aspecto.

—Pero... ¿mamá...? ¿Malmberget...?

—Se ha cancelado. Además, tengo que trabajar. Nos vamos a quedar aquí a celebrar la Navidad en Kymlinge, tú y yo.

—Pero...

—Nada de peros. ¿Te ayudo a volver a la cama?

Ella se puso de pie y se tambaleó. Él la sostuvo pasándole el brazo por la cintura.

—Gracias, papá, pero puedo andar sola. Tengo que hacer pis..., pero si me llevas... me llevas algo para... beber, te... lo agradezco.

—Claro que sí, hija mía —dijo Gunnar Barbarotti.

Sacó dos almohadas nuevas con fundas limpias. Ventiló la habitación a toda prisa, tapó a su hija, colocó dos vasos en la mesilla de noche —uno con agua y otro con zumo de arándanos—, se aseguró de que se tomaba la temperatura —39,2— y cuando vio que había vuelto a dormirse, salió con sigilo de la habitación.

Hizo dos llamadas.

La primera al comisario Asunander, para confirmarle que se encargaba del caso de las dos desapariciones.

La otra a su exmujer, para lamentar que por desgracia no podían ir a Malmberget. Sara estaba en la cama con más de 39 de fiebre y ni siquiera era capaz de levantarse.

Una vez que las dos llamadas estuvieron despachadas, se acercó a la ventana del salón y levantó la vista hacia el cielo gris violeta de diciembre.

—Recibe mi más humilde agradecimiento —murmuró—. Si no te importa, hablamos de nuevo en enero.

Luego sacó el cuaderno negro e hizo una anotación.

Capítulo 17

Antes de acercarse a Allvädersgatan, 4, el punto en Kymlinge donde la desaparición a todas luces se había originado, pasó por la comisaría para que Sorgsen lo pusiera al corriente.

Sorgsen [1] se llamaba en realidad Borgsen, Gerald de nombre de pila, y era noruego de nacimiento. Llevaba ya cinco años trabajando en el distrito y tenía —tal y como Backman solía expresarlo— una integridad extrañamente fuerte. Rondaba los treinta y cinco años, vivía en las afueras de la ciudad, en Vinge, con su mujer y dos niños. Nunca participaba en ninguna actividad de ocio con sus compañeros, nunca se iba con ellos a tomar una cerveza; no parecía tener ningún hobby concreto y casi siempre daba, de ahí el apodo, la impresión de estar un poco triste.

Pero se trataba de un agente competente y honrado, de eso no cabía duda.

La sesión informativa duró diez minutos. Sorgsen había redactado un resumen de dos folios, y también lo explicó de palabra.

Se había denunciado la desaparición de dos personas. El denunciante era el mismo: Karl-Erik Hermansson, sesenta y cinco años, exprofesor del instituto Kymlingevik y hacía poco jubilado. Las dos personas en paradero desconocido eran su hijo Robert Hermansson, treinta y cinco años, que desapareció mientras visitaba a sus padres en Allvädersgatan en algún momento durante la noche del lunes 19 al martes 20 de diciembre, y el nieto del denunciante, Henrik Grundt, diecinueve años, desaparecido en algún momento durante la noche siguiente, o sea, entre el 20 y el 21 de diciembre. Tanto Robert como Henrik se encontraban de visita en Kymlinge con motivo de un doble cumpleaños, el día 20. Karl-Erik Hermansson cumplía sesenta y cinco, y su hija Ebba (la madre de Henrik), cuarenta.

Robert Hermansson residía en Estocolmo. Henrik Grundt estaba empadronado en casa de sus padres, en Sundsvall, pero también disponía de una habitación alquilada en una residencia estudiantil en Uppsala, donde acababa de terminar el primer semestre de sus estudios de derecho. O, mejor dicho, su intención era terminarlos en enero, ya que el examen final del semestre era entonces.

El denunciante, Karl-Erik Hermansson, no tenía idea alguna acerca de lo que podía haberles pasado a los dos desaparecidos, y tampoco sabía decir si las dos desapariciones guardaban relación entre sí.

A eso de las diez de la noche se había emitido una orden de búsqueda, pero aún no se había recibido ninguna observación.

Un detalle que no fue proporcionado por el denunciante, pero que al final acabó saliendo a la

luz, era que el primer desaparecido, Robert Hermansson, era idéntico al participante temporalmente famoso del programa televisivo *Los presos de Koh Fuk*.

—¿Robert el Pajillero? —preguntó Barbarotti.

Sorgsen no había dejado que esa denominación pasara por su boca, pero asintió con la cabeza a modo de confirmación.

Cuando Barbarotti abandonó la comisaría se acordó de cómo Asunander había descrito la situación: «historia rara».

El comisario no era conocido por exagerar nunca, y seguro que tampoco lo había hecho en esta ocasión, pensó Gunnar Barbarotti al meterse en el coche y poner rumbo a Allvädersgatan, en la parte oeste de la ciudad.

¿Una doble desaparición en el día con menos horas de luz del año? Pues sí, raro como poco.

Karl-Erik Hermansson estaba pálido pero entero, y su mujer, Rosemarie, pálida también pero destrozada. Barbarotti valoró durante unos instantes si debía seguir la regla básica de hablar siempre con los denunciantes de uno en uno, pero decidió saltársela.

Al menos para empezar. Si fuera necesario tomarles una declaración más detallada, ya lo haría de forma individual. Se sentaron en el salón, un salón al que le sobraba algo de mobiliario, pensó Barbarotti, y cuya heterogeneidad de estilos y colores daba testimonio de una larga vida en común entre dos habitantes a los que, por lo visto, no les interesaba demasiado dejarse guiar por esa costosa estrella llamada buen gusto. Los sofás de piel marrón oscuro databan de mediados de los setenta; la vitrina color crema provista de una suave iluminación era de una fecha considerablemente más reciente; en las paredes abundaban los cuadros de gran colorido con marcos que devoraban los motivos, y el papel de las paredes lucía en azul y amarillo pálido con cenefas de guirnaldas color burdeos. En la robusta mesa de pino, Rosemarie Hermansson había servido con generosidad café y un bizcocho de jengibre, así como cuatro tipos de pastas. La vajilla era de flores azules y las servilletas muy navideñas, en color rojo y verde, pero qué coño, pensó Gunnar Barbarotti, no había venido hasta aquí a documentarse para un reportaje de una revista de decoración.

—Mi nombre es Gunnar Barbarotti —dijo entonces—. Voy a encargarme de este caso e intentaré resolverlo para la satisfacción de todos.

—¿El caso? —preguntó Rosemarie Hermansson antes de que se le cayera medio trozo de bizcocho a las rodillas.

—Esperemos que así sea —apostilló su marido.

—Comencemos con los hechos —propuso Gunnar, y abrió su cuaderno—. Así que la familia se había reunido para celebrar una pequeña fiesta ¿con ocasión de...?

—Con ocasión de que da la casualidad de que mi hija Ebba y yo nacimos el mismo día —explicó Karl-Erik Hermansson de inmediato mientras se ajustaba la brillante corbata de mezclilla

verde—. Además, este año era un cumpleaños especial: yo he cumplido sesenta y cinco, y Ebba, cuarenta.

—¿Qué día? —preguntó Barbarotti.

—El martes veinte. O sea, anteayer. Bueno, solo se trataba de una pequeña celebración en familia, de lo más informal. Nunca nos han atraído las celebraciones ostentosas y pretenciosas, ni a mi esposa ni a mí. ¿A que no, Rosemarie?

—No, sí —convino Rosemarie Hermansson.

—Nuestros tres hijos y sus familias, por tanto. En total éramos unas diez personas..., de las cuales una solo tiene año y medio, nuestro nieto más pequeño. Bueno, todos llegaron durante el lunes, y la fiesta propiamente dicha tuvo lugar al día siguiente..., o sea, el martes, como he mencionado.

—Pero entonces ya había desaparecido una persona —comentó Barbarotti antes de probar con prudencia un sorbito de café. Para su sorpresa estaba cargado y rico. No tengo más que prejuicios, pensó. En todos los niveles.

—Sí, exacto —dijo Karl-Erik Hermansson mientras asentía pensativo con la cabeza—. Aunque me temo que en ese momento no nos dimos cuenta de la gravedad del asunto.

—¿Por qué no?

—¿Qué?

—¿Que por qué no se dieron cuenta de la gravedad del asunto? ¿Había su hijo...? Fue su hijo Robert quien desapareció entre el lunes y el martes, ¿verdad?

—Sí, fue Robert —confirmó Rosemarie Hermansson.

Gunnar Barbarotti le mostró una sonrisa de ánimo, pero se dirigió de nuevo al marido.

—Dice que no se dieron cuenta de la gravedad. ¿Significa eso que Robert podría haber tenido algún motivo para ausentarse...? ¿Quizá creían saber adónde había ido?

—En absoluto —declaró Karl-Erik con determinación—. Esto..., bueno, esto tal vez requiera una pequeña explicación. Mi hijo..., quiero decir, nuestro hijo, claro..., no ha sido el mismo últimamente.

Interesante manera de expresarlo, pensó Barbarotti. No, lo más probable es que, si te masturbas delante de las cámaras, no seas tú mismo. Notó que Rosemarie Hermansson estaba desmigando la servilleta verdirroja en las rodillas, y sospechó que no le quedaba mucho para venirse abajo.

—Estoy al tanto de lo del programa aquel —aclaró—. Aunque no lo vi. Lo cierto es que apenas veo la televisión. Bueno, el caso es que relacionan su desaparición con... con, bueno, ¿con su estado de ánimo?

Karl-Erik Hermansson parecía dudar. Echó una rápida mirada a su mujer mientras se ajustaba de nuevo la corbata. Una especie de seda, si Barbarotti no se equivocaba. Seda tailandesa, si se atrevía a aventurar una conjetura fundamentada. Quizá había sido un regalo de cumpleaños.

—No lo sé —dijo Hermansson al final—. No me dio tiempo a hablar con él con tranquilidad.

Tenía pensado hacerlo, pero no hubo oportunidad. Las cosas no siempre salen como uno imagina...

Al decir eso se hundió un poco. Como si hubiese reconocido algo que en realidad no tenía intención de reconocer, pensó Barbarotti; y se abrió un espacio para que la esposa interviniera.

—Robert llegó sobre las siete, el lunes por la tarde —explicó—. Y los demás también. Cenamos algo, nada especial, algunos se quedaron hablando un poco después de que Karl-Erik y yo nos hubiéramos ido a la cama... Y, bueno, es como dice Karl-Erik, no hubo ocasión de hablar en privado esa noche.

—Pero ¿Robert fue de los que se quedaron un poco más?

—Sí. Creo que fueron él y Kristina, nuestra hija. Tienen..., bueno, siempre han tenido una relación muy estrecha. Me parece que los hijos de Ebba y Leif también estaban.

—¿Y luego Robert desapareció?

Rosemarie intercambió una mirada con su marido, como para que él le confirmara que podía continuar.

—Sí —afirmó, y se encogió de hombros con resignación—. Eso es al menos lo que dice Kristina...

—¿Qué hora era?

—Las doce y media, más o menos... Quizá un poquito más tarde.

—¿Y quién estaba todavía despierto a esa hora, cuando Robert se marchó?

—Creo que en realidad solo Kristina y Henrik. Kristoffer dice...

—Un momento. ¿Quién es Kristoffer?

—El hijo pequeño de Ebba y Leif. Bueno, luego tendrá ocasión de hablar con los tres, claro...

—Entiendo. ¿Y qué dice Kristoffer?

—Dice que subió a su habitación para acostarse poco después de las doce y media. Y entonces Robert, Kristina y Henrik seguían... aquí, en el salón.

Gunnar Barbarotti asintió con la cabeza y lo anotó.

—¿Y Kristina?

—Regresó a Estocolmo ayer.

—¿Ayer cuándo?

—Por la mañana temprano.

—Pero ¿hablaron con ella el martes de la desaparición de Robert?

—Sí, claro. Aunque nos llevó un tiempo darnos cuenta de que había desaparecido. Además, era el día del cumpleaños. Tuvimos unas cuantas visitas y eso...

—¿Cuándo se dieron cuenta de que no estaba? O sea, Robert.

El matrimonio Hermansson se miró. Karl-Erik frunció el ceño y luego lo desfrunció.

—A la hora de comer, quizá...

—Primero pensamos que había salido a dar un paseo por la mañana —explicó su mujer—. Y fue más tarde cuando descubrí que no había dormido aquí.

Gunnar Barbarotti siguió tomando apuntes. Bebió otro trago de café.

—De acuerdo —dijo—. Quizá tengamos que repasar esto en detalle más adelante. Ante todo, debo intentar hacerme una idea general de lo que puede haber pasado.

—Es incomprensible —constató Karl-Erik Hermansson con un pesado suspiro—. Total y absolutamente incomprensible.

Gunnar Barbarotti no respondió a ese comentario, pero en su interior empezó a sentir que con toda probabilidad era una interpretación de la situación que él mismo estaría dispuesto a firmar. Al menos de momento.

Total y absolutamente incomprensible.

—Luego veré a la familia Grundt —informó—. Pero primero me gustaría pedirles que me hablen de Henrik.

Al matrimonio Hermansson le llevó veinticinco minutos hablar de Henrik Grundt y su desaparición. En el cuaderno de Gunnar Barbarotti, no obstante, solo quedaron anotadas seis líneas.

El chico de diecinueve años había abandonado —por motivos desconocidos— su cama y su habitación en algún momento durante la noche entre el martes 20 y el miércoles 21 de diciembre. Probablemente no antes de la una de la madrugada, cuando su hermano Kristoffer, con el que compartía habitación, se durmió, y con toda seguridad no después de las 6.15, cuando Rosemarie Hermansson se levantó, pues ella habría advertido si alguien se hubiera movido en la planta de arriba.

¿Por qué? Bueno, de eso ni el abuelo ni la abuela tenían idea. Mejor preguntar a los padres y al hermano del chico. Por su parte, ellos solo sentían un gran desconcierto y una enorme desesperación.

El inspector Barbarotti dijo entender bien esos sentimientos, pero que no había que perder la esperanza de un desenlace feliz. Antes de terminar la conversación con los señores Hermansson, les preguntó si veían alguna relación entre las dos extrañas desapariciones.

Ninguna en absoluto, en eso los cónyuges estaban por completo de acuerdo.

—A mis padres les ha afectado mucho, espero que lo entienda.

Ebba Hermansson Grundt había pedido hablar con el inspector en privado. Barbarotti sabía que era jefa de cirugía, pero también hermana de uno de los dos desaparecidos y madre del otro. Resultaba un tanto sorprendente que empezara hablando de sus padres.

—Soy consciente —dijo Barbarotti—. Acabo de hablar con ellos.

—Sobre todo a mi madre, seguro que se ha dado cuenta. No ha dormido en toda la noche. Intenté que se tomara un somnífero, pero se negó... Está a punto de sufrir una crisis nerviosa,

pero tal vez ya lo haya notado.

—Es una reacción bastante normal en esta situación, ¿no cree? —contestó el inspector—. ¿Y usted cómo se encuentra?

Ebba estaba sentada en la silla con la espalda recta como una tabla y respiró un par de veces, despacio, por las dilatadas aletas de la nariz antes de contestar. Como si tuviera que realizarse un rápido chequeo a sí misma para poder dar una respuesta correcta.

—A mí me pasa lo mismo —constató—. Pero sería mucho peor si yo perdiera el control.

—¿Está acostumbrada a mantenerlo?

Ella lo observó, como si buscara rastros de crítica o ironía. Al parecer no encontró ninguno, porque respondió:

—No soy una persona insensible, si es eso lo que cree. Pero por el bien de mi madre y de mi padre, y de Kristoffer, intento ser un poco optimista.

—¿Y su marido?

Dudó un instante antes de contestar:

—Por su bien también.

Gunnar Barbarotti asintió con la cabeza. En realidad, no era eso lo que había preguntado. Le daba pena la mujer tan equilibrada y atlética que tenía enfrente. De cuarenta años, con dos hijos y jefa médica. Un trabajo de gran responsabilidad; debe de haberle costado bastante llegar hasta ahí y, aun así, no le habría echado más de treinta y cinco años.

—Entiendo —dijo—. En cualquier caso, debo plantearle unas preguntas, como seguro que comprenderá.

—Adelante, comisario.

—Inspector. Soy solo inspector.

—Perdón.

—No tiene importancia. Bueno, primero me gustaría saber si ve alguna relación entre las dos desapariciones. ¿Hay algo que indique cualquier tipo de relación?

Ella negó con la cabeza.

—Llevo día y noche pensando en eso —contestó ella—. Pero no encuentro nada. Ya es bastante extraño que desaparezca una persona, pero que..., bueno, ¿que se esfumen dos? No, eso resulta incomprensible.

»Para mí también —añadió tras una pequeña pausa. Como si los fenómenos que les resultaban incomprensibles a su madre o a su marido no tuvieran que serlo necesariamente para Ebba Hermansson Grundt.

Aunque en este caso, por lo visto, sí lo era.

—Si está convencida de eso, propongo que hablemos de las desapariciones de forma independiente —dijo Gunnar Barbarotti antes de pasar página en su cuaderno—. Primero Robert, si le parece. ¿Qué puede decirme de él?

—¿Qué puedo decirle de Robert?

—Sí, por favor.

—¿En general, o con relación a su desaparición?

—¿Las dos cosas, quizá? —propuso Gunnar con cautela—. ¿Puede ver algún motivo para su marcha, por ejemplo? Si apartamos de momento el asunto de su hijo.

Ebba permaneció callada unos segundos, pero no parecía buscar una respuesta a la pregunta. Más bien daba la impresión de estar pensando qué quería decir y qué no, creyó el inspector.

—De acuerdo —dijo al final—. Para serle sincera, al principio pensé que se había marchado para esconderse, sin más.

—¿Esconderse?

—O como quiera llamarlo. Robert es una persona bastante débil de carácter. Si la situación le resulta incómoda, muchas veces huye de ella. Sin duda sabrá a lo que se ha dedicado este otoño.

—¿Se refiere al programa de televisión?

—Sí. Y eso lo dice todo, ¿verdad? Es probable que lo haya pasado muy mal últimamente, y no sería raro que esta reunión familiar lo superara. Eso de estar de repente ante sus más allegados y... bueno.

—¿Cree que sigue aquí en Kymlinge?

Se encogió de hombros.

—No lo sé. Pero su coche continúa aparcado aquí delante. Ha crecido en esta ciudad. Seguro que le quedan viejos amigos con los que podría refugiarse.

—¿Mujeres?

—¿Por qué no? Pero no son más que especulaciones. Y quizá del todo equivocadas. Tiene que entender que está causándole una gran preocupación a nuestra madre, y la verdad es que no lo creía capaz de eso.

—¿Habló mucho con él la noche del lunes?

—Casi nada. Solo fueron unas horas y la casa estaba llena, por decirlo de alguna manera. Además, mi marido y yo nos fuimos pronto a la cama.

—¿Qué impresión le dio?

—¿Robert?

—Sí.

Hizo una breve pausa antes de responder.

—Como era de esperar, supongo. Una mezcla de arrogancia e inseguridad. Está claro que de algún modo debe guardar las apariencias, pero por dentro no creo que se haya sentido muy bien. Mi padre nos había pedido que no mencionáramos ese miserable programa, así que no lo hicimos.

—¿Y nunca habló con él a solas?

—No.

—¿Hubo alguna otra persona que sí lo hiciera?

—Creo que Kristina, mi hermana, sí que habló con él. Ellos siempre...

—¿Sí?

—Ellos siempre han tenido una relación más estrecha que la que hemos mantenido Robert y yo.

Gunnar Barbarotti anotó «Kristina» en su cuaderno y subrayó el nombre con dos líneas.

—Ha pasado demasiado tiempo —indicó a continuación.

—¿Perdón?

—Sugiere que es posible que Robert haya elegido mantenerse alejado por voluntad propia. Pero desapareció el lunes por la noche. Hoy es jueves. ¿No le parece que...?

—Ya lo sé —lo interrumpió ella—. Sí, estoy de acuerdo. Unas horas o un día quizá, pero no tanto tiempo. Tiene que... tiene que haberle sucedido algo.

Su voz tembló un poco y él comprendió que esta conclusión también la trasladaba a su hijo. Pasó página en el cuaderno y decidió preguntar sobre la desaparición número dos.

—Henrik —dijo—. ¿Y si habláramos un poco de su hijo ahora?

—Perdóneme —contestó Ebba—. Deme dos minutos.

La voz no le aguantó esta vez. Se levantó y salió de la habitación con pasos apresurados. Gunnar Barbarotti se reclinó y miró por la ventana. Había empezado a caer un poco de nieve y ya se había hecho de noche del todo. Desde algún lugar de la casa se oían las noticias de la radio. Pero las puertas del salón estaban cuidadosamente cerradas; no tenía ni idea de qué hacían los demás miembros de la afectada familia para matar los minutos. Y las horas. Pobres diablos, pensó sin querer. Esto no debe de ser fácil.

Luego se sirvió más café mientras intentaba buscar en su interior algún atisbo de idea de hacia dónde se inclinaba el caso.

No encontró nada.

Capítulo 18

—No, no tengo ni idea de dónde se encuentra Henrik. Ni siquiera puedo aventurarlo. Desafía toda lógica.

Volvía a estar serena, pero Gunnar Barbarotti suponía que había llorado. Los dos minutos se habían convertido en cinco y la cara parecía recién lavada.

—¿Conoce Henrik a más gente aquí en Kymlinge, aparte de a sus abuelos?

—No —dijo ella negando con la cabeza, pero no más de un centímetro en cada dirección—. No conoce a nadie. Henrik habrá estado aquí como mucho unas siete u ocho veces en su vida. Y unos días nada más. No conoce a nadie en esta ciudad.

—¿Está segura?

—Todo lo segura que se puede estar.

—Entonces Henrik tiene diecinueve años y lleva un semestre estudiando en Uppsala. ¿Correcto?

—Sí.

—¿Puede hablarme un poco de él?

—¿Qué quiere saber?

—Solo quiero hacerme una idea general. ¿Es un buen chico? ¿Tranquilo o inquieto? ¿Alguna afición? ¿Se llevan bien?

Ebba tragó saliva y asintió con la cabeza. Se quitó algo del rabillo del ojo con el nudillo del meñique.

—Henrik y yo siempre nos hemos llevado muy bien. Y él es muy formal e inteligente. Se le da bien todo: los estudios, el deporte, la música...

—¿Amigos?

—¿Que si tiene amigos?

—Sí.

—Tiene muchos buenos amigos, y siempre ha sido sincero conmigo. Yo estoy muy orgullosa de mi hijo, quiero que entienda eso, comisario.

Gunnar Barbarotti no se molestó en corregirla. Cerró el cuaderno y lo dejó cerca en el sofá. Metió el bolígrafo en el bolsillo de la americana y entrelazó las manos encima de su rodilla derecha. Se trataba de un gesto ensayado para inspirar confianza y, como siempre, sintió una ligera vergüenza al hacerlo.

—Hay algo que no llego a entender del todo —dijo.

—¿El qué?

—Henrik debe de haber salido durante la noche.

—Sí, supongo que sí.

Algo en el ojo la volvió a irritar y él le dio tiempo a que se limpiara.

—¿Se le ocurre algún motivo razonable o, al menos, posible, por el que su hijo se haya podido levantar y salir de la habitación y de la casa en mitad de la noche?

—No, yo... —dudó ella.

—¿Es sonámbulo?

—No. Henrik nunca ha sido sonámbulo.

—¿Tiene móvil?

—Sí, claro que tiene móvil. Hemos intentado localizarlo desde..., bueno, desde que desapareció.

—¿Ninguna respuesta?

—No, ninguna. ¿Por qué pregunta eso? Si ya lo sabe, ¿no?

Gunnar Barbarotti hizo una pequeña pausa para formular lo que iba a decir.

—Lo pregunto porque veo dos alternativas posibles —explicó.

—¿Dos?

—Sí, dos. O su hijo abandonó la habitación porque alguien lo llamó. O ya había decidido hacerlo antes de acostarse.

—Yo...

—¿Qué le parece lo más probable?

Ella reflexionó unos segundos.

—Veo las dos alternativas igual de sorprendentes.

—¿Puede imaginarse alguna otra o, mejor dicho, una tercera alternativa?

Ella frunció el ceño mientras negaba despacio con la cabeza. Movimientos más amplios esta vez, pero todavía controlados, como si fuera muy consciente de lo que hacía hasta en ese tipo de cosas.

—Por mi parte solo puedo imaginarme otra explicación —comentó Gunnar Barbarotti mientras entrelazaba las manos alrededor de la rodilla izquierda para variar—. Pero no suena muy creíble.

—¿Qué... qué explicación?

—Que alguien lo haya raptado.

—Eso es lo más estúpido que he oído en mi vida —soltó Ebba con un bufido—. ¿Cómo lo haría alguien para llevarse a un hombre adulto?

—De acuerdo —la interrumpió Barbarotti—. Solo quería excluir esa posibilidad. Estoy con usted en que lo más probable es que ese no haya sido el caso. ¿Qué tal le iba en Uppsala?

La pregunta pareció pillarla por sorpresa.

—¿En Uppsala? Bien, le iba bien. Como es natural, el primer semestre en la universidad

puede resultar un poco abrumador, pero es así para todos.

—¿Qué quiere decir con eso?

—¿Con qué?

—Me ha dado la impresión de que insinuaba que algo no iba exactamente como uno desearía.

Ella se lo quedó mirando con la boca apretada formando una línea.

—No, no he insinuado nada —replicó al cabo de un momento—. Pero, por supuesto, no estoy al tanto de todo lo que ha hecho o ha dejado de hacer en Uppsala. La vida estudiantil implica todo tipo de cosas, eso es lo que quería decir. Pero a lo mejor usted no ha...

—Estudié cuatro años en la universidad de Lund —la informó Gunnar Barbarotti, y recibió una mirada asombrada—. ¿Henrik tiene novia?

Ella volvió a dudar.

—Sí, al parecer ha conocido a una chica durante este semestre... Jenny, se llama. Pero no nos ha venido a visitar a Sundsvall, así que no sé hasta qué punto van en serio.

—¿Ha hablado con ella por teléfono?

—¿Por qué iba a haber hecho eso? Henrik solo ha vuelto a casa dos veces durante todo el otoño. Los estudios de derecho son bastante exigentes, así que...

—Lo sé —la interrumpió Gunnar Barbarotti—. Me licencié en derecho en Lund.

—¿Estudió derecho? ¿Y luego... se hizo policía?

—En efecto —asintió—. Luego me hice policía.

Ella no comentó nada más al respecto, pero él vio que le costaba cuadrar la ecuación. Y si algo había entendido de la conversación hasta ese momento era que a Ebba Hermansson Grundt le gustaban las ecuaciones que cuadraban.

—¿Sabe si Henrik recibió alguna llamada durante su estancia aquí, en Kymlinge?

Ella reflexionó un instante antes de encogerse de hombros.

—No le sabría decir. No recuerdo haberle visto hablar por teléfono ni una sola vez, pero tampoco es que lo tuviera delante todo el tiempo. Quizá Kristoffer pueda informarle sobre eso. Compartían habitación, así que debe de haberse dado cuenta de si Henrik hizo o recibió alguna llamada.

—Voy a hablar tanto con Kristoffer como con su marido —le aseguró Gunnar Barbarotti.

Permaneció callado unos segundos mientras contemplaba una pequeña mosca que acababa de aterrizar en el mantel verdirrojo de la mesa, a todas luces ignorante de que estaban en diciembre y de que se había despertado demasiado pronto. O demasiado tarde.

Después se reclinó en el sofá al tiempo que agarraba de nuevo el cuaderno.

—¿Qué es lo que se llevó? —preguntó.

—¿Cómo?

—¿Han comprobado lo que se llevó al marcharse? ¿Ropa de abrigo? ¿Cepillo de dientes? ¿Teléfono...?

—Ah, sí, perdón. No entendía lo que quería decir. Sí, es verdad, su abrigo, la bufanda, los guantes y el gorro no están. El teléfono y la cartera tampoco.

—Pero ¿el cepillo de dientes sí?

—Sí.

—¿Estaba hecha la cama?

—No.

—¿Qué cree que indica eso?

—Supongo que significa que pensaba volver, claro. Dios mío, inspector, ahora suena como si... como si estuviera interrogándome. Lo cierto es que no me esperaba...

—Le pido disculpas —dijo Gunnar Barbarotti—. Pero me interesan las posibles conclusiones que pueda sacar, conoce a Henrik mejor que nadie. Sería presuntuoso por mi parte pretender aclarar cuál es la situación antes de que lo haga usted. ¿Verdad?

—No creo...

—Si la provoco un poco, quizá se le ocurra algo importante; no ganamos nada si me dedico a compadecerla.

—Vaya, de modo que eso es lo que piensa —repuso ella con sequedad, pero él pudo ver que estaba de acuerdo.

Claro, pensó, apelar tanto a sus sentimientos maternales como a su intelecto no podía fallar.

—Así que, ¿qué cree que eso indica? —reiteró.

Esta vez ella reflexionó durante más tiempo. Inclinó la cabeza un poco hacia un lado como, recordó de pronto Barbarotti, solía hacer un esquiador de fondo finlandés, cuyo nombre no recordaba, en la fase final de las carreras.

—Entiendo lo que dice —habló ella al final—. Se marchó porque tenía un motivo para hacerlo, claro, eso debe de ser. Es probable que fuera a ver a alguien... ¿Alguien que lo llamó, tal vez?

—¿Por casualidad esa chica...? —Tuvo que volver unas hojas en el cuaderno—. Jenny. ¿No vivirá Jenny por esta zona?

Vio que ella no lo había pensado.

—¡¿Jenny?! —exclamó—. No, creo que es de Karlskoga. ¿Y por qué iba ella a...?

—Reconozco que suena rebuscado —admitió el inspector—. Pero no tiene por qué haber sido ella, también podría tratarse de algún compañero de la facultad, por ejemplo. Cuando estuve en Lund, mis compañeros eran de toda Suecia.

—Hmm... —Ebba tenía una expresión muy crítica en la cara—. No, la verdad es que no lo creo.

Yo tampoco, pensó Gunnar Barbarotti sombríamente. Yo tampoco. Pero la cuestión es qué creer entonces.

Habló con Leif y Kristoffer Grundt justo después de que su esposa y madre abandonara la habitación, y al concluir se preguntó si no debería haberse permitido una pausa para tomar un poco el aire antes de continuar. Ninguno de los dos tenía gran cosa que aportar que no supiera ya por los otros tres declarantes, pero lo cierto es que tras más de dos horas sentado en el sofá del salón de los Hermansson su concentración había empezado a flaquear. Si hubiera habido cosas que captar entre, y por debajo, de las palabras que se dijeron, no se sentía en absoluto seguro de haber sido capaz de detectarlas.

Al menos no estaba tan embotado como para no darse cuenta de que lo estaba, y con ese pobre consuelo en mente decidió contentarse.

Pero que Leif Grundt estuviera en posesión de algo que pudiese arrojar luz sobre la situación se le antojó poco probable. El hombre era grande y robusto, daba una impresión muy diferente a la de su mujer e irradiaba casi una especie de pachorra, o bonhomía, al menos. Aunque quizá se trataba de una elección consciente; una estrategia y un modus vivendi. Seguro que no tenía ninguna importancia para la desaparición, pero Barbarotti no podía dejar de reflexionar sobre los roles y las relaciones de poder en la familia Grundt. Que Ebba, la madre, era la que llevaba los pantalones en casa parecía fuera de toda duda.

¿Cómo me manejaría yo con una mujer así?, pensó el inspector antes de sacudir la cabeza al darse cuenta de que sus especulaciones lo habían llevado más allá del límite de lo relevante.

Kristoffer resultó ser un chico bastante callado. Tenía catorce años, y Barbarotti sospechaba que en gran parte había crecido a la sombra de su hermano cinco años mayor. Henrik al parecer era uno de esos chicos sobrados de talento que conseguían todo lo que se proponían, eso había quedado meridianamente claro, mientras que Kristoffer se le antojaba un..., ¿eso, un qué? Para nada un joven que va por mal camino, sino más bien un chaval de catorce años normal y corriente.

Había compartido habitación con Henrik durante la estancia con los abuelos; Barbarotti había subido a verla, un cuartucho con dos camas, una cómoda y un papel de pared tan espantoso que le dio por pensar si las personas que cubrían la pared con semejante cosa podían estar en sus cabales.

Respecto a la desaparición de su hermano, Kristoffer no tenía gran cosa que aportar. La noche en cuestión se había quedado dormido poco después de las doce y media, y a esa hora Henrik todavía estaba en la cama. No había advertido que su hermano se hubiera levantado y abandonado la habitación, ni tampoco había oído sonar ningún móvil; cuando se levantó por la mañana, supuso que su hermano se había despertado antes que él y que se hallaba en el cuarto de baño o abajo, en la cocina.

No, no recordaba que Henrik hubiese hablado por teléfono durante la estancia en Kymlinge. A lo mejor había enviado algún que otro SMS, pero eso tampoco podía decirlo con certeza.

Habían hablado, claro, pero tampoco tanto. Un poco de cómo era estudiar en Uppsala, un poco del tío Robert, pero nada que pudiera arrojar ninguna pista sobre las desapariciones. Ni

sobre una ni sobre otra.

Gunnar Barbarotti, por lo demás, pensó que el padre y el hijo Grundt parecían gozar de una buena y distendida relación; el hijo estaba nervioso, como era natural, pero por lo que pudo determinar no se debía a la presencia de su padre durante la conversación. Aun así, decidió, ya mientras hablaban, que tenía que conversar a solas con Kristoffer durante los próximos días para tomarle una nueva declaración algo más rigurosa.

En parte por culpa de su ya constatado cansancio, en parte porque siempre viene bien hacerlo.

A no ser que las cosas tuvieran un pronto y feliz desenlace, claro está. Leif, el padre, comunicó que no era su intención, bajo ningún concepto, regresar a Sundsvall mientras Henrik no hubiera aparecido.

Si por casualidad alguien se lo había planteado.

Cuando Gunnar Barbarotti estaba en el recibidor con los cinco miembros de la familia delante, eran ya las 17.30 y buscaba con desesperación decir algo optimista —o al menos reconfortante— a modo de conclusión, pero incluso para eso hacía mella el cansancio que, acompañado de un incipiente dolor de cabeza, dificultaba la tarea. Todo lo que se le ocurrió fue:

—Seguiremos trabajando en esto y confiamos en encontrar una solución pronto.

Bueno, pensó ya sentado en su coche de camino a casa, al menos no les he prometido demasiado.

Sara no parecía haber mejorado nada. Estaba en la cama durmiendo cuando su padre se asomó con cuidado por la puerta de su habitación; respiraba fatigosa y pesadamente con la boca abierta, y por un segundo fue presa del pánico.

¿Y si este era el precio? Dios había escuchado su plegaria, pero exigía un sacrificio: la vida de su hija. Todo era una siniestra historia del Antiguo Testamento.

Se quedó allí sujetándose en el marco de la puerta y observándola mientras sentía que el dolor de cabeza se intensificaba hasta convertirse en una palpitante nube en su coronilla. Estoy loco, pensó. Tengo que dejar de jugar con los poderes, no se puede negociar de esa manera, menuda soberbia.

Pero sobre todo... sobre todo tengo que tomarme un par de pastillas de Alvedon antes de que me estalle la cabeza.

La visita a la familia Hermansson le había bajado el ánimo considerablemente, no cabía duda. Su piso le pareció sucio y con olor a cerrado. En el dormitorio de Sara se respiraba un aire viciado, y en la cocina había platos sin lavar. No había hecho la compra y tampoco se le había ocurrido consultar con un médico lo de Sara. En el mundo de Gunnar Barbarotti, si te ponías malo, te metías en la cama. Y para recuperarte, dormías y bebías mucha agua, eso era todo. Pero

¿y si se trataba de algo más serio? ¿Y si necesitaba tomar algún medicamento? ¿Qué tipo de padre era en realidad?

Se acercó a la cama y se sentó en el borde. Apartó los mechones húmedos y enredados que se le habían pegado a su hija en la cara, y le puso la mano en la frente.

Pegajosa. Pero no tan caliente como esa mañana, fue su evaluación. Ella abrió los ojos y lo miró un momento para luego volver a cerrarlos.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—Cansada —susurró ella.

—Sigue durmiendo, tesoro. ¿Has bebido en condiciones?

Había puesto otros dos vasos a su lado cuando se fue a eso de las dos —agua y zumo de uvas —, y ella solo se había tomado la mitad de cada vaso. La hija movió un poco la cabeza, quizá en señal de asentimiento.

—Voy al súper. Vuelvo en media hora, ¿vale?

Nuevo movimiento de cabeza. Le acarició con torpeza la mejilla antes de irse.

Los quehaceres sencillos en casa —con el cuidado de su hija enferma como evidente punto neurálgico— le ocuparon el resto de la tarde. Buscó candelabros y encendió velas por doquier, puso a Mercedes Sosa en el reproductor de CD una y otra vez. No había muchos discos en casa que les gustaran tanto a Sara como a él, pero el de Mercedes Sosa era uno de ellos. Preparó una tortilla con verduras al vapor, de la que Sara comió dos bocados y dijo que estaba muy rica. Le tomó la temperatura, había bajado a 38,5. Le preguntó por los síntomas y ella explicó que le dolía la garganta. Que se sentía sin fuerzas y que tenía todo el cuerpo agarrotado, algo así. Necesitaba dormir.

La dejó descansar, pero no sin antes haber ventilado la habitación y cambiado las sábanas. Luego dejó la puerta del cuarto entreabierta, eso creaba al menos la ilusión de algún tipo de unión, pero el acogedor ambiente hogareño, cálido y lleno de expectación ante la Navidad, decorando la casa y tomando frutos secos y tofe casero mientras fuera caía la noche, se hallaba lejos. Muy muy lejos. En parte, claro está, se debía a la falta de ingredientes; no había ni frutos secos, ni tofe casero ni adornos que colocar. Tampoco es que fueran decoradores muy entusiastas, todo hay que decirlo; ciertas cosas simplemente quedaban mejor a distancia y en la imaginación.

Pero Mercedes Sosa y las velas aportaban lo suyo. Y el paracetamol le había hecho efecto, porque el dolor de cabeza se había esfumado. A eso de las nueve, Helena llamó desde Malmberget para informarle con cierta acritud (aunque no tanta como cabía esperar) de que los echaban de menos y de que allí todos estaban bien; había dos metros de nieve, veinticinco grados bajo cero, y su padre parecía haberse tomado la ausencia con serenidad. Gunnar Barbarotti habló con sus dos hijos, cinco minutos con cada uno, y se enteró de que la abuela había hecho una

casita de galletas de jengibre que parecía a punto de caerse de lo torcida que estaba y de que al día siguiente iban a ir al monte Dundret a esquiar. Dijo que sentía mucho no poder estar con ellos y que les daría los regalos en Nochevieja en lugar de en Nochebuena.

Cuando acabó la conversación telefónica con Laponia, comprobó cómo estaba la situación en la habitación de Sara. Dormía como un tronco. Sacó una cerveza de la nevera y se sentó a la mesa de la cocina. Empezó a repasar los apuntes de las declaraciones de la familia Hermansson, intentando hacerse una idea de lo que podía haber pasado.

No resultó fácil. Dos personas habían desaparecido de la misma casa sin dejar rastro con una diferencia de aproximadamente veinticuatro horas. Ninguno de los integrantes de la familia con los que había hablado tenía ni idea de dónde podían haberse metido.

Se habían ido a algún sitio en plena noche. ¿Al mismo sitio?, se preguntó, ¿sería posible?

Le costaba creerlo. Toda la información que había recogido indicaba que Robert Hermansson y Henrik Grundt habían tenido muy poco contacto el uno con el otro. Eran familia, punto, tío y sobrino; pero ninguno de los demás miembros de la familia podía recordar que se hubieran dirigido la palabra durante la noche del lunes, mientras todavía se encontraban en la casa de Allvädersgatan.

Aunque los dos se habían quedado en el salón después de que los demás se hubieran ido a la cama, recordó. Si lo había entendido bien, eran cuatro los que se habían quedado. Los hermanos Robert y Kristina Hermansson y los hermanos Kristoffer y Henrik Grundt.

Y Robert Hermansson salió a fumar, tras lo cual desapareció.

Y durante la noche siguiente, Henrik Grundt abandonó la cama y desapareció.

Ese era el panorama.

¿Por qué? Gunnar Barbarotti negó irritado con la cabeza antes de darle un trago a la cerveza. Sí que era un caso muy extraño. Era como si ni siquiera resultara posible formular preguntas sensatas al respecto.

Pero con suerte, pensó, con suerte sería posible trazar al menos un plan de actuación. ¿Qué haría para intentar avanzar con esta historia?

Dictar una orden de búsqueda de los dos desaparecidos lo primero, claro. Esa medida ya se había tomado; mañana sus fotografías saldrían en el periódico y tal vez algún ciudadano espabilado había visto algo, o había divisado a uno u otro de camino a no se sabe dónde en Kymlinge.

En cualquier caso, no resultaba imposible. Siempre cabía la esperanza. Pero ¿qué debía hacer él, Gunnar Barbarotti, encargado de la investigación y, de momento, único policía que trabajaba en el caso (a excepción quizá de Sorgsen)?

Fiel a su cuaderno y sus rutinas, Barbarotti comenzó a redactar una lista.

Al cabo de diez minutos había escrito cuatro puntos, con los que ya podría empezar a trabajar

el día siguiente.

1. Contactar por teléfono con todos los presentes en Allvädersgatan a los que aún no se les había tomado declaración: Jakob Willnius y Kristina Hermansson. Sobre todo, esta última. Fijar un día y una hora para hablar cara a cara en una ocasión más tarde.
2. ¿Conocidos de Robert Hermansson en Kymlinge? ¿Con qué viejos amigos podría pensarse que seguía en contacto? Hablar con estos.
3. Nueva conversación con Kristoffer Grundt. Si alguien posee información (consciente o inconscientemente), debe de ser él. Los hermanos compartían habitación y tienen que haber hablado bastante.
4. Comprobar el tráfico de llamadas móviles.

Eso era todo. Y con el punto número cuatro seguro que ya se había puesto Sorgsen. El tráfico de telefonía móvil era su responsabilidad, había surgido así por alguna razón, pero naturalmente debía confirmar que su compañero se responsabilizaba de la tarea también en esta ocasión.

Porque tanto Robert Hermansson como Henrik Grundt tenían móviles. Por supuesto. Gunnar había leído en algún sitio que había más móviles que personas en el país. Quince años antes había más lobos que móviles. Así son las cosas, todo tiene su momento.

Se terminó la cerveza y echó un vistazo al reloj. Las diez y veinte. Sacó un trapo de cocina limpio del armario, lo mojó en agua fría, entró en la habitación de Sara y le lavó la cara. Su hija se despertó sobresaltada.

—Pero, papá, ¿qué demonios haces?

—Ayudo a mi querida hija con el aseo nocturno —explicó con amabilidad.

—Madre mía —gimió ella—. Anda, déjame que beba un poco de agua en lugar de echármela por la cara.

—¿Cómo te encuentras?

—Cansada —respondió Sara—. He soñado contigo.

—¿Qué? ¿No tienes cosas mejores con las que soñar?

—De momento, no. Pero era un poco desagradable. Salías a comprar algo y luego desaparecías. No me gusta que andes desapareciendo de esa manera.

—Pero si estoy aquí —replicó él.

—Ya lo veo —dijo Sara con una pálida sonrisa—. Te lo agradezco. Y te agradecería aún más que me trajeras el agua y después me dejaras dormir.

—Ahora mismo, hija mía —contestó Gunnar Barbarotti—. Ahora mismo.

Capítulo 19

El día antes de Nochebuena comenzó con una copiosa nevada en Kymlinge y alrededores.

Gunnar Barbarotti se despertó pronto y contempló asombrado por la ventana del dormitorio un paisaje que muy bien podría haber visto en Laponia. O en Múrmansk. Una blanca y gruesa capa de nieve bajo un cielo gris oscuro. Y, entre los dos, un remolino intenso. Aun así, reinaba una suerte de calma mortal.

Se levantó y se dirigió al recibidor a recoger el periódico. Echó un vistazo a la habitación de Sara. Su hija se había bebido todo el vaso de agua y la mitad del zumo de uvas y seguía durmiendo. Cogió un bol con yogur y un vaso de zumo de la cocina y se volvió a meter en la cama. Empezó a hojear el periódico.

El artículo sobre Robert Hermansson y Henrik Grundt estaba en la página seis. Dos columnas y fotografías de los dos desaparecidos. El titular rezaba sencillamente: DESAPARECIDOS.

Solo una línea recogía la información de que uno de los dos había participado en el conocido programa televisivo *Los presos de Koh Fuk*, y se decía que la policía aún no albergaba ninguna sospecha de que tras las extrañas desapariciones hubiese alguna actividad delictiva.

Gunnar Barbarotti no había hablado con ningún periodista, y se preguntó quién podría haberlo hecho. Sorgsen o el propio Asunander, lo más probable. Y se preguntó asimismo cuánto tardarían los tabloides en meter el hocico en la historia. Si trabajaban como solían, no mucho, sin duda. Y, entonces, los titulares no se quedarían en DESAPARECIDOS, de eso estaba bastante seguro. La señora Hermansson, sobre todo, le había pedido de forma encarecida ayuda con ese tema, pero él no había podido darle, claro está, ningún tipo de garantía. La idea de anunciar una desaparición era para que los ciudadanos se implicaran, y si lo hacían, resultaba imposible impedir que los tabloides difundieran la noticia.

Imposible y quizá tampoco del todo deseable, había intentado explicar. O sea, en circunstancias normales. Por muchas vueltas que se le diera al tema, era difícil no darles a los medios de comunicación como tales una cierta razón de ser. Para bien o para mal.

Así lo había expuesto Gunnar Barbarotti. La señora Hermansson había cedido, y su marido también, y Barbarotti esperaba que esos miserables escribidores sensacionalistas de la capital del reino al menos no emplearan el mismo epíteto para referirse a Robert que la última vez que estuvo sobre el tapete. También guardaba la esperanza de que se consideraran lo bastante finos como para no desplazarse a provincias el día antes de Nochebuena, cuando ya disponían de toda la oferta televisiva de las fiestas para analizar, y a Arne Weise y demás presentadores estrella.

Pero, en fin, no pasaba de ser una mera esperanza. Además, ¿no se había retirado el señor Weise hacía unos años? ¿O se había muerto? En lo relativo a ciertos temas, el inspector Barbarotti se reconocía dolorosamente desfasado. Era más de la época de los lobos que de la de los móviles, para entendernos.

Una vez concluida la lectura del diario, pasó a planificar el día. ¿Qué haría? Repasó la lista que había confeccionado la noche anterior, y decidió aplazar hasta la tarde la nueva visita a la casa de los Hermansson. Mejor darles un poco de tiempo y entretanto intentar contactar con la otra hermana en Estocolmo. Y también llamar a la comisaría para asegurarse de que no se les olvidara avisarlo si entraban llamadas con información, cosa que deberían comprender sin que tuviera que recordárselo, pero nunca se sabía. Si le tocaba a Jonsson contestar el teléfono, aquello podía retrasarse horas o días, lo sabía por experiencia. Y más en esas fechas en las que se avecinaban celebraciones navideñas y demás.

Consiguió contactar con Sorgsen. No, aún no había entrado ninguna llamada, le dijo. Ni siquiera del viejo señor Hörtnagel, notorio informador de los asuntos más dispares. Durante el incidente del submarino soviético que encalló en la bahía de Hårsfjärden, por ejemplo, avisó de numerosos avistamientos de periscopios en el canal de Kymlinge, y en cuanto alguien se fugaba de una cárcel en el país, Hörtnagel lo solía localizar. Era austríaco y como tal se consideraba dotado de una visión de conjunto sobre las cosas notablemente superior a la que podía esperarse de los simples suecos con esa vieja y sosa sangre campesina que les corría por las venas.

—¿No se habrá muerto durante el otoño? —aventuró Gunnar Barbarotti. A punto también estuvo de preguntar si el presentador Arne Weise seguía con vida o no, pero lo dejó correr.

—Me da que no —contestó Sorgsen con voz monótona—. Cumplió ochenta y siete la semana pasada, y no hace ni una hora que lo he visto esquiando en el parque.

Barbarotti miró por la ventana de nuevo. ¿Quizá debería darme una vuelta con los esquís?, pensó. Hay mucho oxígeno en el aire y eso.

—En caso de que entre algo, estaría bien saberlo enseguida —dijo.

Sorgsen prometió asegurarse de que así fuera. Y también prometió encargarse del tráfico de móviles. Como cabía esperar, ya había anotado los dos números, de modo que se despidieron y colgaron. Barbarotti se quedó en la cama un rato intentando recordar, sin éxito, si aún conservaba los esquís de fondo o no. Probablemente habían desaparecido al separarse de Helena. Como tantas otras cosas.

Se levantó y se metió en la ducha. Ya era hora de afrontar la jornada laboral.

—¿Kristina Hermansson?

—Sí.

—Mi nombre es Gunnar Barbarotti. Inspector de la policía criminal de Kymlinge.

—Entiendo.

—Llamo por la desaparición de su hermano y su sobrino. ¿Tiene tiempo para hablar un momento conmigo ahora?

—Sí..., claro.

Sonaba apagada y algo triste. La oía bastante distante, suponía que hablaba por un teléfono inalámbrico lejos de su base. O eran sus propios oídos los que habían comenzado a hartarse. Su padre, el italiano, según informaciones lejanas, se había quedado sordo como una tapia los últimos cinco años de su vida, así que predisposición genética había.

—También voy a necesitar verlos, para una conversación más extensa. A usted y a su marido. ¿Les vendría bien uno de estos próximos días?

—Sí, claro. Estamos pasando la Navidad aquí en Estocolmo. ¿Cómo quiere...?

—Luego lo comentamos. Pero ahora mismo tengo algunas preguntas con las que a lo mejor puede ayudarme.

Oyó que ella estaba bebiendo algo. O tal vez solo se trataba de alguna extraña actividad en las circunvoluciones de sus propios oídos.

—Por supuesto. Naturalmente quiero hacer todo lo que esté en mi mano para que... para que se aclare todo esto cuanto antes. Es terrible, no entiendo lo que puede haber pasado. ¿Tiene alguna idea de adónde pueden haber ido?

—De momento no —respondió Gunnar Barbarotti.

—No, claro. Hablé con mi madre anoche. Me contó que usted había estado allí y había hablado con..., bueno, con todos los demás.

—Podemos tutearnos si le parece bien.

—Perdón... Tutearnos. Claro que sí.

A Barbarotti se le antojó que la mujer estaba a punto de echarse a llorar.

—Empecemos por la noche del lunes —propuso—. Si lo he entendido bien, te quedaste hablando con los dos desaparecidos después de que los demás se hubieran ido a la cama. ¿Es correcto?

—Sí, así es. Éramos yo, Robert y Henrik... y Kristoffer. Los demás se acostaron un poco antes.

—¿Tu marido?

—Jakob se llevó a Kelvin, nuestro hijo, de vuelta al hotel.

—¿Os alojasteis en el hotel Kymlinge?

—Sí. No había sitio para todos en casa de mis padres. Así que decidimos alojarnos allí para facilitar un poco las cosas.

—Ya, estoy al corriente —asintió Gunnar Barbarotti—. Pero tú, entonces, decidiste quedarte para hablar con tu hermano y tus sobrinos, en lugar de acompañarlo.

—Sí.

Sopesó con rapidez si merecía la pena seguir indagando en esta circunstancia. ¿Estaban peleados Kristina y su marido? Tal vez, pero decidió aplazar la pregunta hasta que se vieran cara

a cara.

—Entiendo —dijo—. ¿Y por qué te quedaste?

—Porque quería hablar con ellos, claro. Llevaba mucho tiempo sin ver ni a Robert ni a Henrik..., ni a Kristoffer.

—¿Y de qué hablasteis?

—De todo un poco. De esas cosas de las que los familiares hablan cuando hace tiempo que no se ven, supongo.

—¿Por ejemplo?

—¿Qué?

—¿Puedes ponerme algunos ejemplos de ese tipo de temas de conversación?

Me he pasado, pensó. ¿Por qué todo se convierte siempre en un interrogatorio cruzado al cabo de un par de minutos? No es sospechosa de nada, solo busco información.

—Bueno... —Sonaba dubitativa—. Hablamos de todo un poco. Supongo que conoces la situación de Robert... por ese programa de la tele en el que participó.

—Sí, estoy al tanto —confirmó el inspector.

—La verdad es que estaba bastante mal. Hablamos de eso, los dos solos. Siempre hemos tenido una relación estrecha, Robert y yo. Se sentía avergonzado, claro, pero bebió un poco de más, supongo que intentaba apaciguar la preocupación... Bueno, ya sabes...

—¿Estaba borracho?

—No, borracho no. Bueno, un poco achispado, quizá.

—¿A qué hora se marchó?

—Dijo que quería dar un paseo y fumarse un cigarrillo. Creo que eran algo más de las doce y media.

—¿Y fue la última vez que lo viste?

—Sí.

—¿Y estaba un poco ebrio?

—Sí, vale, de acuerdo, estaba un poco borracho.

—¿Qué habíais bebido?

—Cerveza y vino con la cena. Un poco de whisky...

—¿Tú también estabas ebria?

—No, no especialmente.

—¿Pero un poco?

—Tal vez. ¿Está prohibido?

—En absoluto. Por tanto, eres la persona que más habló con Robert. Salisteis un rato a la calle también, tú y él a solas, nos lo ha contado tu madre. ¿De qué hablasteis en ese momento?

Ella hizo una breve pausa antes de contestar.

—Estaba..., bueno, estaba bastante bajo de ánimo. Además, había tenido una actitud un poco borde con nuestra madre.

—¿Borde? ¿En qué sentido?

—Nada, una tontería. Fue torpe, simplemente. Había una especie de acuerdo tácito de que nadie mencionara ese programa de la tele, y a él le pareció raro que todo el mundo hiciera como si no hubiera pasado nada. Se expresó con un lenguaje algo grosero.

—¿Y eso lo comentaste con él cuando estuvisteis a solas?

—Sí.

—¿Que debía tranquilizarse?

—No, no... no fue tan grave. Pero me daba pena. Sentí que le vendría bien una pequeña charla a solas.

Gunnar Barbarotti reflexionó. Pensó que el teléfono era un aparato muy práctico en muchos sentidos, pero también ocultaba muchas cosas. De la persona con la que hablabas. Ojalá hubiera estado con Kristina Hermansson en un café, cara a cara.

—Muy bien. ¿Hay algo en todo lo que hablasteis Robert y tú que nos pueda indicar dónde podría haberse metido?

Ella inspiró hondo antes de lanzar un profundo suspiro, al menos eso fue lo que transmitió el teléfono.

—No —contestó—. Llevo tres o cuatro días repasando todas y cada una de las palabras que dijimos y no hay nada, créeme, nada de nada que..., bueno, que pueda arrojar algo de luz sobre lo que ha pasado. Todo esto me desespera, quiero que lo entienda..., que lo entiendas. Los dos, tanto Robert como Henrik... Esto... esto es... —Se echó a llorar—. Perdona. —Desapareció unos instantes.

Gunnar Barbarotti miró la nevada sin pensar en nada en particular. O posiblemente en los lobos. Había algo con los lobos y la nieve, algún tipo de conexión.

Kristina regresó.

—Perdóname. Me... me cuesta mucho llevar esto. Entonces ¿no hay ninguna novedad?

—Me temo que no. Pero el aviso nos llegó muy tarde. Robert desapareció el lunes por la noche, y no contactasteis con la policía hasta el miércoles por la tarde, cuando ya había desaparecido otra persona más. ¿Por qué esperasteis tanto?

—No lo sé. Supongo que todo el mundo pensaba que Robert..., bueno, que Robert se mantenía apartado de nosotros por voluntad propia. Que se había ido a ver a algún viejo amigo en Kymlinge. Que se había dado cuenta de que no aguantaba esa reunión familiar. Sería... comprensible, al menos.

—¿Y tú también pensabas que era así?

—Sí, supongo.

—¿Sabes quiénes son los viejos amigos de Robert en Kymlinge?

—No, no lo sé. Lo he comentado con mi madre, pero no se nos ha ocurrido nadie, y han pasado casi cuatro días.

—Investigaremos ese asunto más detenidamente —prometió el inspector Barbarotti—. Pero

es lo que dices. ¿Por qué mantenerse apartado tanto tiempo?

—No lo sé —contestó Kristina entre sollozos—. La verdad es que no tengo ni idea.

—¿Y si pasamos a Henrik, tu sobrino? —se apresuró él a preguntar a fin de evitar una nueva indisposición de la entrevistada—. ¿De qué hablasteis?

—De todo un poco.

Una respuesta muy clarificadora, pensó Barbarotti.

—¿Por ejemplo?

—Bueno, de cómo era haberse mudado de casa, entre otras cosas. Es que Henrik acaba de empezar a estudiar en Uppsala... De la vida estudiantil y eso.

—¿Tienes buena relación con tus sobrinos?

—Sí, creo que sí. Siempre nos hemos querido mucho.

—¿Eso incluye a Kristoffer también?

—Sí, claro.

—Pero sobre todo hablaste con Henrik.

—Sí, Kristoffer se fue a la cama..., bueno, hacia la una menos cuarto.

—¿De modo que os quedasteis solos, Henrik y tú?

—Sí, pero no fue más que un cuarto de hora o algo así, creo. Luego volví andando al hotel.

—Pero ¿hablaste a solas con Henrik durante un cuarto de hora?

—Más o menos. No miré el reloj, pero no fue mucho rato.

—Entiendo. ¿Y hablasteis de algo en particular durante ese cuarto de hora?

—No... De los estudios, de algunos viejos recuerdos... De cuando él y su hermano eran pequeños... Cosas así.

—Gracias. Es decir, esto ocurrió el lunes. ¿Y el martes? ¿Hablaste mucho con Henrik entonces?

—Casi nada. Es que fue el día del cumpleaños, el gran día de Ebba y de mi padre... No, no intercambié muchas palabras con Henrik, la verdad.

—¿Cómo se encontraba de ánimo?

—¿Qué?

—¿Cómo estaba Henrik? ¿Contento? ¿Triste?

—Bastante bien, creo. Estaba contento de haberse ido de casa. Parecía muy a gusto en Uppsala.

—¿Habló de alguna novia?

—No..., no creo. Ebba, mi hermana, dijo algo de una tal Jenny, pero Henrik no mencionó a nadie. Quizá no haya sido nada serio.

—Pero no estaba deprimido, ¿verdad?

—¿Deprimido? No, no creo. Serio..., estaba serio, pero siempre lo ha sido. ¿Por qué lo preguntas si...?

—¿Y no dijo nada que pudiera explicar por qué ha desaparecido?

—No.

—¿O que tuviera unos planes concretos?

Ella volvió a suspirar.

—Por favor, inspector, llevo día y noche pensando en esto. Si se me hubiera ocurrido algo, naturalmente te lo habría dicho ya. Pero me resulta igual de incomprensible que a todos los demás. Llevo dos noches casi sin pegar ojo, y...

—¿Cuándo volvisteis a Estocolmo, tu marido y tú?

—¿Qué? ¿Cuándo...? Sí, volvimos el miércoles. Por la mañana, mi marido tenía una reunión, así que nos fuimos a eso de las ocho.

—¿Y entonces no sabíais que Henrik había desaparecido?

—No, no teníamos ni idea. Me llamó mi madre a la hora de comer para contármelo. No me lo podía creer.

Desde luego, pensó Gunnar Barbarotti, ese comentario lo firmaba él también. Era una historia que, en efecto, resultaba muy difícil creer.

—Muchas gracias por la información —concluyó—. De todos modos, me gustaría organizar un encuentro contigo. Y hablar con tu marido también. ¿Cuándo crees que sería posible?

Tras un rato de darle vueltas a posibles días y horas, quedaron en verse el tercer día después de Nochebuena. El martes.

Bueno, a menos que surgiera algo importante antes; Barbarotti puso buen cuidado en subrayar eso.

Había pedido una lista de los posibles contactos de Robert Hermansson en Kymlinge, y cuando volvió a Allvädersgatan, poco después de las dos, Rosemarie Hermansson ya había preparado una.

Comprendía cuatro nombres.

Inga Jörgensen
Rolf-Gunnar Edelvik
Hans Pettersson
Kerstin Wallander

Las dos mujeres eran exnovias, y los dos hombres, antiguos amigos del colegio, explicó la señora Hermansson. Pero los cuatro seguían viviendo en la ciudad, de manera que si el inspector creía que merecía la pena...

El inspector no lo creía en absoluto, pero no lo dijo, y naturalmente había que investigar ese hilo. A modo de ayuda complementaria le dieron una lista de la clase de Robert sacada de un anuario del instituto, así que ahora no había más que ponerse con ella, elegir y priorizar.

Recibió los dos listados y los introdujo en su maletín. Se dio cuenta de que con ellos mantendría ocupados a dos o tres compañeros durante semanas, si lo consideraba oportuno, pero decidió delegar todo ese asunto en Asunander. No era responsabilidad de Gunnar Barbarotti determinar los recursos que se dedicaban a estas tareas. Dio las gracias a la señora Hermansson y preguntó por Kristoffer Grundt. Le habían surgido un par de dudas después de la conversación del día anterior, y no quería descuidar ningún detalle.

No había que descuidar ningún detalle, asintió Rosemarie Hermansson. ¿Le parecería bien que hablaran en la planta de arriba? Es que daba la casualidad de que una amiga había venido de visita y la familia Grundt todavía estaba en casa, y seguro que prefería un sitio donde no los molestaran, ¿verdad?

Por supuesto, aseguró Gunnar Barbarotti. La planta de arriba era perfecta.

Kristoffer Grundt parecía un chico de catorce años normal y corriente también ese día. Aunque era cierto que Gunnar Barbarotti no tenía una idea muy clara de cómo se manifestaba la normalidad en esa edad. Al menos no ahora, pues hacía muchos años que había dejado la brigada de delincuencia juvenil y su hija había cumplido los dieciocho. Pero aun así. Había leído en algún sitio que catorce años era la edad más moralista de todas, la época de la vida en la que con mayor claridad veías lo que estaba bien y lo que estaba mal, cosa que, sin embargo, no quería decir que actuaras en consecuencia, pero poseías la capacidad de verlo claro. Después, según te hacías mayor, más se oscurecía tu mirada. Más turbias y difíciles de determinar se volvían las cosas.

Lo dudo mucho, pensó Gunnar Barbarotti mientras observaba al huesudo joven sentado frente a él.

—¿Cómo estás? —preguntó.

—No he dormido muy bien —contestó Kristoffer Grundt.

—Me lo puedo imaginar —dijo Gunnar Barbarotti—. No estás muy a gusto aquí en Kymlinge, ¿verdad?

—No mucho, no —admitió Kristoffer Grundt—. Pero con que Henrik aparezca, ya...

—Vamos a hacer todo lo que esté en nuestras manos —prometió el inspector—. Por eso necesito preguntarte un par de cosas más. O sea, sobre Henrik. Nos olvidamos de tu tío, de momento.

—De acuerdo —convino Kristoffer Grundt.

Tonto no es, pensó Barbarotti. Debo tenerlo en cuenta.

—Bueno, he pensado lo siguiente —comenzó—. A pesar de todo, tu hermano debe de haberse marchado por voluntad propia de aquí el martes por la noche. No creemos que nadie haya entrado a raptarlo. Bueno, ¿tú cómo lo ves? ¿Crees que tuvo una idea repentina y se largó, así sin más?

Kristoffer reflexionó un momento.

—No —respondió—. Claro que no, eso no lo creo.

—Por tanto, debe de haber tenido prevista su marcha —continuó Barbarotti—. O haber recibido una llamada de alguien que le pidió que fuese a algún sitio.

—Eso ya lo comentamos ayer.

—Ya lo sé. Pero a veces ocurre que las cosas le vienen a uno pasado un tiempo. ¿Estás seguro de que no oíste ningún teléfono después de dormirte el martes por la noche?

—No, no oí nada.

—Porque, aunque duermas, un ruido así... podría meterse en tus sueños, por decirlo de alguna manera.

—Ah, ¿sí? Bueno, el caso es que no recuerdo haber oído nada.

—¿Reconoces el tono de llamada del móvil de Henrik?

Kristoffer Grundt se lo pensó.

—No, la verdad es que creo que no. Sé cómo sonaba en casa en Sundsvall, pero seguramente lo habrá cambiado... Además, tiene un teléfono nuevo.

—¿Y nunca lo has oído sonar?

—Sí, espera. Sonó una vez cuando veníamos de camino... Ni mamá ni papá se han traído los móviles, pero la abuela..., el abuelo... llamó una vez. Aunque no recuerdo cómo era el tono. Supongo que era uno normal.

—¿Un tono normal?

—Sí.

—¿Así que no era uno de esos con relinchos de caballo, órganos de iglesia o cosas así?

—No, si hubiese sido algo así, me acordaría.

—Vale. Lo dejamos de momento. Supongamos entonces que Henrik sabe que se va a marchar en algún momento durante la noche. Quizá solo tenga que esperar a que tú te duermas. ¿Me sigues?

—Sí, claro.

—A lo que le he estado dando vueltas es a por qué tú no lo sabías.

—¿Qué? ¿Y por qué iba a decirme nada a mí?

—No he dicho que él te dijera nada. Pero tú deberías haberte dado cuenta de algo.

—¿Por qué?

—Porque compartíais habitación. Tenéis que haber estado juntos casi todo el tiempo. Habréis hablado un montón... Bueno, lo cierto es que pienso que tú deberías tener algo que decirme.

—Pero no sé nada.

—No digo que estuvieras al tanto de sus planes. Pero, si haces memoria, ¿de verdad no hay nada en lo que dijo o hizo Henrik que nos pueda dar una pista?

—No.

—¿Ni un pequeño detalle?

—No.

—¿Has pensado en esto?

—Sí, lo he pensado bastante.

—¿Mencionó a alguien de aquí, de Kymlinge?

—No.

—¿Sabes si conocía a alguien aquí, aparte de a vuestros abuelos?

—No creo que conociera a nadie. ¿Por qué iba a hacerlo? Hemos venido muy poco. Yo no conozco a nadie.

El inspector Barbarotti hizo una pequeña pausa. Sintió que una sensación de impotencia le recorría fugazmente el alma y dejaba allí su huella.

—Sea como sea, tiene que haber algo —insistió enfatizando con lentitud—. Estarás de acuerdo, ¿no? Henrik tiene que haber tenido algún tipo de plan, y a mí me parece muy raro que no te hayas dado cuenta de nada en absoluto... Comprenderás que no busco más que alguna idea, ¿no?

Esperó de nuevo unos segundos para darle al chaval una posibilidad de confirmar sus suposiciones. Pero Kristoffer se contentó con bajar la mirada y morderse el labio.

—Algo que puede parecer de lo más insignificante cuando lo oyes, pero que después puede contener una pista decisiva. Tienes claro de qué estoy hablando, ¿verdad?

Kristoffer Grundt asintió con la cabeza. Luego se hundió un poco apoyado en la mesa mientras fijaba la vista en el vacío. Gunnar Barbarotti se quedó observándolo. ¿La más moralista de las edades?, pensó de nuevo. O me dice algo ahora, o no me dice nada.

—Entiendo a qué te refieres —dijo Kristoffer Grundt al final—. Pero aun así no se me ocurre nada de nada.

Bueno, pues ya está, pensó el inspector Barbarotti con un suspiro lleno de cansancio.

Capítulo 20

Los días de Navidad vinieron y se marcharon.

Sara fue mejorando poco a poco. Padre e hija pasaron la Nochebuena prácticamente entera delante del televisor. Arne Weise, el viejo presentador, había cambiado de sexo y de color de piel y ahora se llamaba Blossom. Sara se quedó todo el tiempo tumbada en el sofá bajo una manta; Gunnar, por su parte, ocupaba el sillón cuando no corría entre la cocina y el salón asegurándose de que no les faltaran pequeñas delicias que llevarse a la boca. Sushi. Aceitunas negras. Blinis con crema agria y huevas. Lo había comprado todo en media hora en el mercado, y mientras disfrutaba de los bocados enviaba de vez en cuando un pensamiento de agradecimiento a ese Dios existente e intentaba imaginarse lo que estarían ingiriendo en el bufé navideño ahí arriba en Malmberget. Había pasado la Navidad allí en una ocasión y recordó asqueado su lucha con una manita de cerdo durante media hora o más. Después del tradicional programa navideño del Pato Donald en la tele, llamó para desearles feliz Navidad, y se enteró de que Martin se había hecho daño en la muñeca esquiando por la mañana a veintidós grados bajo cero en Dundret, pero, por lo demás, todo iba bien.

Luego se dedicaron a la lectura de los libros que se habían regalado por las fiestas. Por parte de Sara se trataba de Moa Martinson y Kafka, mano a mano de alguna extraña manera; con toda probabilidad, se debía a algún trabajo del instituto, pero no preguntó. A él le habían regalado el deseado *Train*, de Pete Dexter.

El caso de las dos desapariciones no avanzaba. Al menos a simple vista. Los dos tabloides ya habían echado el guante a la noticia, que, sin embargo, parecía haberse ahogado de algún modo misericordioso en medio de la general gula navideña. ¿O es que los participantes de *reality shows* tenían una semivida tan fabulosamente corta que al cabo de dos meses ya eran pasto del olvido? ¡Ojalá! ¿Una bendición por la que merecía la pena rezar?, se preguntó Gunnar Barbarotti. Había estado en contacto con la familia Hermansson y le habían informado de que un par de periodistas los habían llamado y un fotógrafo había hecho fotos a la casa, por lo visto, pero eso era todo.

No se había enterado de nada más de interés. La familia Grundt se había quedado para celebrar las Navidades en casa de los abuelos, pues no creían que estuviera bien regresar a Sundsvall sin Henrik, explicó su madre. Pero, tarde o temprano, si seguía sin pasar nada, no les quedaría más remedio que dar ese paso también.

Gunnar Barbarotti dijo que le parecía una sabia decisión la de quedarse de momento, y les

aseguró que la policía dedicaba todos sus recursos a intentar aclarar lo que pudiera haber sucedido.

Eso, por supuesto, era una verdad a medias. A lo que en realidad se dedicaban era a esperar informaciones del gran Detective Ciudadano, los datos del tráfico de telefonía móvil de los operadores —las fiestas, al parecer, habían frenado también ese detalle, ya que solía ser una gestión más rápida—, y a que Sorgsen, junto con los agentes Lindström y Hegel, terminara de repasar las listas de posibles amigos de Robert Hermansson. El día de Navidad, a última hora, Gunnar Barbarotti recibió el primer informe del mencionado trabajo de inventariado, y el contenido se veía igual de claro que negativo. Ninguno de los trece entrevistados hasta el momento (los cuatro a los que habían denominado «cercanos», así como nueve más de la lista del anuario del colegio; todos todavía residentes en el vecindario y, por tanto, fáciles de localizar) había estado al corriente de la visita de Robert a Kymlinge. Al menos eso fue lo que declararon, y Sorgsen dijo que tampoco albergaba motivos para dudar de ninguno de los testimonios.

Y hasta ahí. Gunnar Barbarotti también le preguntó a Rosemarie Hermansson si habían comentado algo acerca de que Robert y Henrik iban a venir de visita durante los días previos a las fiestas navideñas; o sea, si lo habían hablado con alguien fuera del ámbito familiar. Consultó el asunto con su marido durante unos segundos, para luego volver al teléfono y explicar que ni ella ni Karl-Erik habían ido sacando el tema por ahí. Claro que no. Aunque suponían que naturalmente habría gente que de todas maneras lo sabría.

En el colegio, por ejemplo, supuso Rosemarie Hermansson, pues allí todas las noticias solían salir a la luz tarde o temprano. Al menos las malas.

Pero ¿con la visita de Robert habían sido discretos?, preguntó Barbarotti. Sí, contestó la señora Hermansson, con la visita de Robert habían sido discretos.

Barbarotti dio las gracias y colgó. No tuvo la sensación de haber avanzado demasiado, pero, en fin, ya estaba acostumbrado. Se metió en la boca el último trozo de sushi antes de volver a la novela de Pete Dexter.

El día después de Navidad, Sara se encontraba lo bastante bien como para vestirse, recoger su habitación y dar un paseo con una amiga, y Gunnar Barbarotti decidió llamar a Eva Backman. La compañera llevaba ya cuatro días en el seno familiar, por lo que quizá le iría bien un pequeño cambio de aires, aunque no hubiera habido partidos de hockey sala diarios.

¿Una hora para un café en el Storken, por ejemplo? Tenía un caso sobre el que quería saber su opinión.

Eva Backman aceptó de inmediato. El marido y los críos se iban al cine de todos modos, explicó, así que ni siquiera le hacía falta tener mala conciencia. Gunnar Barbarotti era incapaz de

determinar si mentía o no, pero la necesidad de hablar de los acontecimientos en Allvädersgatan con una persona sensata le resultaba tan acuciante que apartó de su mente cualquier duda.

Estuvieron charlando en el café Storken durante una hora y cuarenta y cinco minutos. Barbarotti presentó los hechos del caso y la inspectora Backman escuchó con las manos entrelazadas y los ojos característicamente entrecerrados; llevaban casi ocho años trabajando juntos, así que Barbarotti sabía que ese gesto no quería decir que estuviera a punto de quedarse dormida. Todo lo contrario, la espesa expresión de su mirada significaba que prestaba la máxima atención.

—La leche —dijo ella cuando Barbarotti hubo terminado.

—Y que lo digas.

—Desde luego. Es de las cosas más raras que he oído en mi vida. ¿Qué se te ocurre?

Gunnar negó con la cabeza.

—Ese es el problema. Nada.

—¿Nada en absoluto?

—Nada en absoluto.

Eva Backman dedicó un rato a recoger migas del platillo de las pastas con un dedo índice humedecido.

—¿Qué impresión te han dado?

—¿Quiénes?

—La familia. Toda esa cuadrilla de gente. Es que a mí me da una sensación de... —Se interrumpió.

—¿Qué sensación te da, Eva?

Eva Backman permaneció callada mientras sacaba un paquete de tabaco.

—Has vuelto a fumar.

—No, lo has malinterpretado. Suelo quedarme contemplando el paquete un rato solo. Además, ya no se puede fumar en los interiores, y a la terraza con ese viento no pienso salir.

—Perdón. Bueno, ¿qué sensación te da?

—La cosa es que —empezó Eva Backman al tiempo que bajaba la voz y se inclinaba hacia delante sobre la mesa— si encontramos a una mujer asesinada, comprobamos si estaba casada. Si resulta que sí, arrestamos al marido. En ocho casos de cada diez, el culpable es él. No hay que buscar en el jardín del vecino cuando el perro está enterrado en el tuyo. Todo queda en familia. No digo más.

—¿Te parezco idiota? —repuso Gunnar Barbarotti—. ¿No crees que ya he pensado en eso?

—Vale, vale. Por un momento me he llegado a preocupar un poco.

Se reclinó en la silla, sacó un cigarrillo del paquete y lo olió.

—Hmm —gruñó Barbarotti.

—Solo contemplo y huelo —se excusó Eva Backman—. No hay nada de malo en eso. ¿Qué estabas diciendo?

—No me acuerdo muy bien —respondió Barbarotti algo molesto—. Pero creo que intentaba explicar que resulta un poco difícil que esto encaje como un drama familiar.

—¿Por qué?

—¿Se supone que Rosemarie Hermansson ha matado a su hijo y a su nieto y los tiene escondidos en el garaje o qué es lo que quieres decir? Es una vieja profesora de manualidades, por todos los santos, Eva. Las profesoras de manualidades no van por ahí matando a sus hijos y nietos.

—También impartía alemán. Me dio clase dos años.

—Joder, ¿y eso qué más da? Seamos serios, por favor, si no, el café te lo pagas tú.

—Vale —dijo Eva Backman, y dejó a un lado los cigarrillos—. Pero que conste que en ningún momento he dicho que fuera la señora Hermansson la culpable de todo esto. Solo apuntaba que quizá mereciera la pena indagar un poco más en las relaciones familiares. Tampoco es como para que te pongas así, ¿no?

Barbarotti bufó.

—¿Me estás diciendo en serio que alguno de los otros miembros de la familia ha raptado a Robert y a Henrik? ¿Por qué? ¿Cómo?

Eva Backman se encogió de hombros.

—No lo sé —reconoció—. Solo intento ser constructiva. ¿Y tú qué crees, entonces?

Gunnar Barbarotti suspiró mientras movía las manos en un gesto de resignación.

—Ya te lo he dicho. No creo nada.

—Entiendo —contestó Eva, y durante un instante su mirada adquirió un toque suave y consolador. Se le pasó enseguida—. Pero tendrás un plan de acción, al menos, ¿no? Aunque no sepas qué hacer, hay que hacer algo. Si no, te entra la apatía.

—Hay que ver lo que levanta el ánimo hablar contigo —dijo Gunnar—. Desde luego. Pero sí, claro, tengo un plan de acción.

—¿Mmm?

—¿Eso significa que lo quieres oír?

—Estoy aquí, ¿no? ¿Y bien?

—La hermana. Kristina.

—Te sigo.

—Me voy a Estocolmo mañana. Para ver el apartamento de Robert también.

—Bien.

—Bueno, al menos no vendrá mal echarle un vistazo. Luego continuaré hacia Uppsala e intentaré meterme en la vida estudiantil.

—Seguro que la vida estudiantil será un no parar entre Navidad y Nochevieja —comentó Eva Backman con una amable sonrisa.

—Seguro. Tengo muchas ganas de verlo.

—Gracias por el café —dijo ella—. Bueno, supongo que no me queda más que desearte

suerte en la excursión a Estocolmo y Uppsala.

—Llevo un año sin ir a Estocolmo —repuso Barbarotti.

El chalé donde vivía Kristina Hermansson con su marido y su hijo se ubicaba en la calle Musseronvägen en el barrio de Gamla Enskede. Se trataba de una casa de madera, antigua y grande, de los años veinte o treinta, aventuró Barbarotti, y seguramente valdría unos cuantos millones. Una estimación rápida puso de manifiesto que unos cuatro o cinco apartamentos como el del inspector cabrían bajo el elegante tejado con mansardas y tejas de color rojo óxido.

El marido, Jakob Willnius, aún no estaba en casa, pero llegaría dentro de una hora, le hizo saber Kristina Hermansson. Barbarotti había pedido hablar con él también, y por supuesto no se había puesto el menor inconveniente. El hijo, Kelvin, se encontraba tres casas más abajo en la misma calle, con la mujer que lo cuidaba por las mañanas, pero como el pequeño todavía no había cumplido dos años, Gunnar Barbarotti decidió saltarse, de momento, su interrogatorio.

Se sentaron en un porche acristalado y caldeado con infrarrojos que daba al jardín. Kristina Hermansson rondaba la treintena, llevaba el pelo castaño en un corte estilo *bob* y a Barbarotti le pareció una mujer muy guapa. Una mujer así en una casa de estas características era algo que no lograría tener jamás, constató con serenidad. Nunca había estado ni cerca, y se preguntó por qué semejante perspectiva de inferioridad de clase aparecía justo ahora. No solía caer en trincheras emocionales, pero algo había en ese crepúsculo azul que descendía sobre los viejos frutales en el jardín, en el chirrido de los sillones de mimbre, en las delicadas y bellas tazas en las que Kristina servía el té —porcelana de Meissen, si no se equivocaba— que le hizo sentirse como el primo paleto de provincias.

—Por favor, sírvete —dijo ella—. Quizá debería haber preparado unos sándwiches, pero...

Él negó con la cabeza.

—Comí en el tren, así que no te preocupes.

—Estoy destrozada por todo lo que ha pasado. Me resulta tan irreal...

Limpió una pequeña mancha de la mesa con su dedo pulgar. Se trataba de un gesto del todo inconsciente, pero de repente Barbarotti comprendió que Kristina Hermansson en realidad era una persona tan ajena a estos ambientes como él. La única diferencia estaba en que había tenido algunos años para acostumbrarse.

—Una casa muy bonita —comentó—. ¿Cuántos años lleváis aquí?

Ella calculó.

—Cuatro... Sí, hará cuatro años ahora en abril.

—¿Puedes hablarme de Henrik y Robert?

—Sí... ¿Qué es lo que quieres saber?

Barbarotti entrelazó las manos mientras la contemplaba con semblante serio.

—Cualquier cosa que pueda parecerte importante —respondió.

Ella tomó un poco de té, pero no dijo nada.

—Tiene que haber algún motivo para su desaparición —siguió el inspector—. Es posible que haya dos motivos muy diferentes, pero de momento es demasiado pronto para saberlo. No me agradan mucho el azar y las casualidades. Hay una explicación, o dos explicaciones, y si yo supiera lo que pensaban y lo que decían y cómo se sentían durante las horas previas a su desaparición, lo más probable es que pudiera comprender dónde se han metido. O como mínimo me daría ideas. ¿Me sigues?

Ella asintió con la cabeza.

—De entre las personas que estaban en casa de tus padres, probablemente tú seas la que tenía una relación más estrecha con Robert. Al menos esa es mi impresión. ¿Estás de acuerdo en eso?

—Yo... Sí, me parece que sí —convino ella mientras enderezaba un poco la espalda—. Siempre nos hemos querido mucho, Robert y yo. Sé que la mayoría de la gente piensa que es un idiota, pero a mí eso me da igual. Él es como es, pero nosotros siempre hemos conectado de alguna manera. De hecho, vivió una temporada con nosotros en esta casa.

—Ah, ¿sí?

—Sí. Volvió de Australia después de pasar unos años allí y necesitaba un sitio donde aterrizar... No fueron más que un par de meses.

—¿Y Henrik?

—¿Qué?

—¿Qué relación tenías con Henrik?

—Siempre lo he querido, a él también. A él y a Kristoffer. Durante unos años hice de vez en cuando como de madre suplente; mi hermana tiende a dedicarse a su trabajo en exceso. Aunque los últimos años no nos hemos visto mucho.

—¿Cómo es la relación entre Robert y Henrik?

Ella reflexionó, pero solo un instante.

—No la hay. No, no creo que hayan tenido mucho trato nunca. ¿Preguntas eso porque supones que sus desapariciones están..., bueno, relacionadas?

—¿Y qué piensas tú?

—No —respondió sin titubear—. No creo que haya ninguna relación. Aunque eso implica que hay dos misterios en lugar de uno, así que no sé...

—¿Y si intentamos centrarnos en tus observaciones en lugar de especular? —propuso él—. Empecemos por la noche del lunes..., hablaste con los dos, ¿verdad? Con Robert y con Henrik.

—Sí.

—¿Y saliste a hablar en serio con Robert después de que él hubiera ofendido a vuestra madre?

—No sé si... Bueno, sí, supongo que así fue.

—¿Y qué comentasteis, en concreto?

—Pues no mucho. Él dijo que lo estaba pasando mal, que apenas aguantaba pisar esa casa.

Que se avergonzaba. Yo le sugerí que hiciera un esfuerzo y que intentara seguir el juego sin más. Cosa que le ha funcionado otras veces. Le pregunté si tenía planes para el futuro, y dijo que quería marcharse a algún sitio a terminar su novela.

—¿Su novela?

—Robert trabaja en una novela desde... Bueno, la verdad es que no sé muy bien cuándo empezó. Hace diez años, quizá. Habrá pensado que era un buen momento para buscar un lugar solitario en alguna parte del mundo y acabar el libro.

—Entiendo. ¿No dijo nada acerca de quitarse la vida?

Ella negó con la cabeza.

—No, no lo hizo. Es algo a lo que le he dado muchas vueltas, claro, pero quiero pensar que no era una persona con tendencias suicidas..., que no es, mejor dicho. No es ese tipo de persona, aunque tampoco se puede saber con certeza, por supuesto. Ha pasado por momentos muy complicados, Robert, pero no recuerdo haberle oído nunca hablar en esos términos. Ni yo he tenido miedo de que fuera a hacer algo así. Sin duda sabe que...

—¿Qué?

Ella se rio.

—Creo que sabe que me cogería un cabreo monumental si optara por la salida de la cobardía. Que no lo dejaría en paz, que lo buscaría hasta en el infierno para atosigarlo pidiéndole explicaciones.

—Tu madre dijo que había ido a terapia después de la historia con ese programa de televisión. ¿Sabes si eso es verdad?

—Sí, creo que fue un par de veces a ver a un psicólogo.

—¿No sabrás por casualidad su nombre?

—No, lo siento.

Gunnar Barbarotti asintió con la cabeza.

—¿Y Henrik?

—¿Te refieres a si Henrik... si Henrik tiene tendencias suicidas?

—Sí.

—No, ¿por qué iba a tenerlas? Claro que también es algo en lo que he estado pensando, pero me parece de lo más absurdo. Y si Robert o Henrik..., o los dos, se hubiesen quitado la vida, ¿por qué no se han encontrado los cuerpos? No se pueden esfumar así como así, ¿no?

—Se puede saltar al río de Kymlinge —sugirió Gunnar Barbarotti con prudencia—. Pero no hemos empezado a rastrear todavía. Hemos pensado que antes debemos tener un buen motivo para hacerlo. Aunque lo que me interesa ahora es saber de qué hablasteis Henrik y tú el lunes por la noche. Y cómo te pareció que estaba de ánimo. ¿Le has dado vueltas a eso desde que hablamos por teléfono?

—Prácticamente no he hecho otra cosa —respondió Kristina Hermansson—. Y sin sacar nada en claro. Es como dije, hablamos sobre todo de viejos recuerdos de cuando Kristoffer y él

eran pequeños, como en aquella época pasaba bastante tiempo con ellos... Un poco de cómo era su vida en Uppsala, pero no mucho. Y sí, quizá mencionara a una chica también, que creo que se llamaba Jenny, pero me dio la impresión de que no se trataba de una relación seria. Lo... lo siento, pero no puedo inventarme cosas que no estaban ahí.

—¿Y el martes?

—Hablamos muy poco el martes. Y nunca a solas. Es que era el gran día de Ebba y mi padre, y había mucho lío y la casa estaba llena de gente. No pensé mucho en Henrik... Aunque cantó durante la cena. Tiene una voz preciosa.

—¿Sobre qué hora os fuisteis al hotel, tu marido y tú? Esa noche os marchasteis juntos, ¿no?

—Sí. Creo que eran las once y media pasadas.

—¿Te despediste de Henrik?

—Sí..., sí, claro.

—¿Y no notaste nada especial?

—¿En Henrik?

—Sí.

—No, ¿por qué? No había nada de especial en él. De lo que todos hablamos, por supuesto, fue de dónde podía estar Robert. Durante la cena no habíamos tocado el tema... para no arruinarles el día a mi padre y a Ebba. Pero una vez que nos levantamos de la mesa, empezamos a comentar dónde se podría haber metido. Mi madre era la que más preocupada estaba, creo.

—¿Y tú?

—Hombre, claro que me pregunté qué podría haber pasado, pero, como he dicho, creí que simplemente no soportaba estar con nosotros. Que habría ido a ver a algún viejo amigo, y que aparecería al día siguiente.

—Entiendo. ¿Y luego os fuisteis al hotel y a la mañana siguiente volvisteis en coche a Estocolmo?

—Sí. Nos habíamos medio planteado desayunar en casa de mis padres también, pero resultó que Jakob tenía que estar en una reunión a eso de las doce, así que no nos quedó más remedio que irnos temprano.

—¿Y cuándo os enterasteis de que Henrik había desaparecido?

—No lo supimos hasta que llegamos a casa. Mi madre me llamó y me lo contó... O, más bien, me dijo que no sabían dónde estaba. Al principio tampoco sonó tan serio.

—Pero Robert seguía desaparecido. Seguro que estarían...

—Sí, claro. Mi madre estaba bastante alterada, supongo que intentaba aparentar más tranquilidad de la que en realidad sentía.

—Pero hasta el miércoles por la tarde tu padre no contactó con la policía. ¿Tienes alguna explicación de por qué esperó tanto?

—Sí —suspiró Kristina Hermansson—. Por desgracia, hay una explicación bastante sencilla. A mi padre le afectó profundamente lo de ese programa en el que participó Robert. No quería

que volviera a hablarse de aquello nunca más, así de simple. Incluso creo que los demás tuvieron que convencerlo para que llamara, si no...

—Entiendo —dijo el inspector—. Bueno, al fin y al cabo, quizá tampoco sea tan raro.

Cambió de posición en la silla de mimbre. Tomó un poco de té. Pero todo lo demás, pensó, todo lo demás es de lo más raro. No consigo avanzar nada en esta historia.

Ni un centímetro.

La conversación con Jakob Willnius duró media hora. Barbarotti se quedó sentado en la misma silla de mimbre mirando por la misma ventana inglesa. Jakob Willnius tomaba una copa de vino blanco, mientras que Barbarotti seguía con el té.

El resultado fue pobre. Extremadamente pobre. El productor televisivo Willnius confirmó punto por punto la versión que había dado su mujer de lo acaecido durante su estancia en Kymlinge, y como cabía esperar no tenía nada que aportar sobre el carácter de los dos desaparecidos. Con Henrik no había coincidido antes, y en esta ocasión no habían intercambiado más que una decena de palabras, como mucho. En lo que concernía a Robert, este se había alojado en su casa durante unas semanas hacía ya un par de años, pero ni entonces habían llegado a entablar ninguna conversación que fuera más allá de lo superficial, explicó Jakob Willnius con un encogimiento de hombros como gesto de disculpa. Robert era *raison d'être* de Kristina, no de él.

Gunnar Barbarotti reflexionó un momento sobre por qué había utilizado justo esa expresión francesa —además, a su entender, de manera errónea—, pero decidió no plantear la pregunta. Habrá sido algún tipo de indicador social de clase, sin duda. En general, Jakob Willnius daba una sensación de tranquilidad, armonía y de hombre de mundo; los Hermansson eran su familia política y, aunque no le proporcionaban grandes alegrías, al menos tenía suficiente serenidad como para no alterarse.

¿Y por qué iba a hacerlo?, pensó Gunnar Barbarotti, camino de la estación de metro tras haberse despedido de la pareja Hermansson-Willnius. Si había conseguido una mujer como Kristina.

Por su parte, Barbarotti se había mantenido alejado por completo de las mujeres después de su divorcio. Bueno, hasta hacía un mes. Se llamaba Charlotte y también era policía; la había conocido en un congreso en Gotemburgo. Habían bebido un poco y luego habían disfrutado mucho el uno del otro en la habitación de hotel en la que se alojaba ella durante gran parte de la noche.

El problema era que estaba casada. Con otro policía. Vivían en Falkenberg y tenían dos niños, de diez y siete años. Todo eso se lo había contado por la mañana mientras desayunaban;

pero, bueno, tampoco podía reprocharle nada, había tenido toda la noche para preguntárselo y no lo había hecho.

No se habían vuelto a ver, pero habían hablado por teléfono en dos ocasiones. Ella sonaba igual de avergonzada que él, y al final acordaron no volver a verse por el momento. Pero quizá se llamarían de nuevo hacia el verano. Gunnar no sabía muy bien cómo se sentía ante toda esa situación —tampoco cómo iba el matrimonio de Charlotte—, pero durante las dos llamadas telefónicas su corazón se había puesto a mil, y aquella noche en Gotemburgo había sido, sin lugar a dudas, la más memorable que había pasado en muchos años.

Pero llevarse a la cama a la mujer de un compañero, aunque fuera desconocido, no era nada de lo que sentirse orgulloso, y agradecía que lo hubieran dejado en suspenso un tiempo. El pálido dulzor de la añoranza y la esperanza tácita tampoco eran sensaciones nada desdeñables.

El apartamento de Robert Hermansson se hallaba en un inmueble de los años treinta en la calle Inedalsgatan del barrio de Kungsholmen. Quinta planta; ponía «Renstierna» en una placa metálica en la puerta y «Hermansson» escrito a mano en un papel pegado encima de la ranura del buzón. Gunnar Barbarotti pasó dos horas recorriendo de un lado a otro las dos pequeñas habitaciones y una cocina aún más pequeña, buscando información de lo que podría haber pasado con el ausente inquilino. Un agente, de nombre Rasmusson, de la policía de Estocolmo le hacía compañía, aunque la mayoría del tiempo la pasó fumando en el diminuto balcón que daba al patio.

Cuando abandonaron el apartamento y cerraron la puerta con llave —con la ayuda del encargado de mantenimiento, al que no le hizo ninguna gracia tener que acudir—, Gunnar Barbarotti llevaba dos cosas del apartamento en su maletín. Una libreta de direcciones que había encontrado entre un paquete de espaguetis y una tetera en un estante de la cocina, y una especie de cuaderno, que estaba al lado del teléfono encima de la mesilla de noche. Los dos objetos confiscados contenían un caos de nombres y números garabateados, y no le sobraban las ganas de ponerse a repasarlos. El mencionado manuscrito de la novela —*Hombre sin perro* parecía ser el título provisional— se hallaba en dos montones sobre un escritorio desordenado. Tras echarle un vistazo, Barbarotti había decidido no tocarlo de momento; al fin y al cabo, seiscientas cincuenta páginas, guste o no, eran seiscientas cincuenta páginas...

Marcaban las 18.45 cuando estaba de vuelta en su habitación del hotel Terminus, y tras llamar a casa para comprobar que Sara no necesitaba nada, decidió trabajar dos horas, justo dos, ni un minuto más. Luego cruzaría Vasagatan, tomaría un par de cervezas negras en el pub de la estación central y asimilaría las impresiones del día.

Y así fue.

Capítulo 21

Mientras desayunaba, Sorgsen contactó con él.

—Hizo una llamada durante esa noche.

—¿Quién?

—Nos han enviado el listado de llamadas. Robert Hermansson realizó una a la una y cuarenta y ocho la noche del lunes al martes.

—¿A quién?

—No lo sabemos.

—Claro que lo sabemos. El número ha de figurar.

—Llamó a un móvil con tarjeta prepago. Tenemos el número, pero ninguna información de quién es.

—Me cago en la leche.

—Pues sí.

—¿Y Henrik? ¿No tenía también un móvil?

—Aún no hemos recibido esos datos. Es otra operadora. Seguramente llegarán a lo largo del día.

—Vale —aceptó Gunnar Barbarotti—. Robert Hermansson hizo una llamada en mitad de la noche antes de desaparecer. Al menos ya sabemos eso. ¿Hay algo más?

—De momento eso es todo —respondió Gerald Borgsen.

¿Y bien?, pensó una vez que hubo guardado el móvil en el bolsillo de la americana. ¿Qué conclusiones pueden sacarse de eso?

Ninguna, así de claro. ¿E hipótesis? Bueno, a lo mejor. Al menos una conjetura bastante plausible: Robert Hermansson había decidido visitar a alguien en Kymlinge. Llamó a dicha persona —en mitad de la noche— para preguntar si podía ir. ¿Y luego...?

Bueno, luego o fue a ver a esa persona o fue a otro sitio. Cualquiera de las dos cosas.

Aunque, por otra parte —Gunnar Barbarotti continuó su agudísima labor deductiva mientras decapitaba su huevo, cocido durante cuatro minutos, con un corte certero—, también podría haber llamado a una antigua novia de Estocolmo. Evidentemente. Para charlar un rato y desearle felices fiestas, ya que estaba un poco bebido. ¿Y ahora qué? ¿Ahora también se podía localizar al

destinatario de la llamada? ¿Al menos la zona aproximada? ¿O eso solo se aplicaba a conferencias en curso?

Llamaré a Sorgsen por la tarde, decidió. Que lo averigüe él.

No eran más que las 8.45, pero ya sentía que le empezaba a invadir el cansancio. No el cansancio físico, no le habría importado salir a correr unos ocho o diez kilómetros —doce si era por una playa—, no: se trataba del cansancio psíquico, una especie de estrés pertinaz y sombrío, o como fuera que se denominase ese estado. La sensación de..., sí, de insuficiencia ante algo que lo superaba. El malo de la película era el flujo de información, eso lo tenía perfectamente claro; vaya, las condiciones de la época moderna, que de repente te veías ahí con un exceso de información, todo lo que quisieras y más, toneladas de información potencial y real. Así era el trabajo policial moderno: ya no se trataba de buscar información, esa presa tan fácil de capturar, sino de cribarla.

Por ejemplo, podía hablar con las setenta y siete o ciento once personas a las que Henrik Grundt había llamado o de las que había recibido llamadas durante los últimos dos meses, una vez que dispusiera del listado de su tráfico telefónico. Podía tomar declaración a todos sus compañeros de la facultad de derecho y a todos sus profesores, seguir con el coro de su club estudiantil y sus viejos amigos de instituto en Sundsvall, para a continuación enviarlo todo al Libro Guinness de los Récords, pensó el inspector con ánimo sombrío. La investigación policial más grande y menos exitosa del mundo. Aunque sin duda había mucha competencia para ese título. En cuanto a Robert, el tío de Henrik, Barbarotti había pasado tres horas la noche anterior (al final dedicó una hora más al volver del pub) con los garabatos de su libreta de direcciones y con el cuaderno, con garabatos aún más caóticos, intentando desechar todo aquello que con toda probabilidad carecía de importancia. El problema era que le faltaba un método de descarte, al menos uno que funcionara bien, por la sencilla razón de que no sabía lo que estaba buscando.

Y si dejaba ese trabajo en otras manos, tampoco ellos sabrían qué buscar. Se acordó de algo que había leído en algún sitio sobre ese tipo de problemas en la vieja Alemania del Este. Como uno de cada cuatro ciudadanos eran delatores de la Stasi, y el principal deber de un delator era delatar, a la Stasi llegaban tal cantidad de informes que apenas tenían tiempo de leerlos, menos aún de analizar y evaluar el contenido.

Menos aún de actuar.

¿Y cómo iba él a saber qué número de teléfono o qué nombre de entre todos esos apresurados y descuidados garabatos resultaba vital en este caso? ¿O cuál de los ciento setenta y dos jóvenes escupetintas que estudiaban derecho en Uppsala realmente estaba al tanto de algo? Pasaba como con la nueva tecnología: el pajar no hacía más que crecer, pero la aguja no engordaba ni un solo milímetro. Por cierto, ¿por qué no echar un vistazo a los participantes del *reality* de Robert? ¿Y si en realidad todo esto fuera una historia de venganza con origen en la isla de Koh Fuk? Eso, al menos, les daría algún que otro titular a los tabloides.

Otra opción era que Robert Hermansson simplemente se hubiera cansado de toda la atención

y toda la mierda y se hubiese recluido en casa de alguna antigua novia. Y siguiera oculto en algún lugar. Aunque teniendo en cuenta la situación general —y el hecho de que su sobrino también había desaparecido y de que este no parecía tener motivo alguno para pasar a la clandestinidad—, esa explicación no se le antojaba muy probable. En fin, fuera como fuera, sentía el enorme peso del pajar. O de los pajares, si eran dos agujas lo que buscaba.

Aunque Backman tenía un buen modus operandi, recordó. Primero decides lo que vas a hacer. Luego lo haces. Si con eso no has solucionado el caso, debes ir un paso más allá.

Backman es más lista que una orca, pensó Gunnar Barbarotti. Ahora voy a por otro café y así al menos me mantendré despierto.

De todos modos, consiguió llevar una cosa a buen puerto durante la mañana. Dio con el psicólogo al que, a todas luces, Robert Hermansson había acudido tras su crisis en *Fucking Island*. El psicólogo se llamaba Eugen Sventander, pasaba consulta en la calle Skånegatan del barrio de Söder, y mediante el contestador automático comunicó que se había ido de viaje durante las fiestas y que regresaría el 9 de enero. Sventander formaba parte de un grupo de ocho psicólogos y terapeutas, con consultas ubicadas en distintas direcciones de Estocolmo, especializados en atender a participantes que salían quemados de los *reality shows* para intentar después restablecerlos y convertirlos de nuevo en ciudadanos aptos para la vida. Normalmente se necesitaban entre seis y ocho meses para lograrlo, con dos sesiones semanales y, hacia el final, solo una. Y la mayoría de las veces era el canal de televisión implicado el que pagaba el tratamiento.

Contento con esta información de uno de los colegas de Sventander, miembro del mismo grupo, Gunnar se subió al tren para seguir al norte, a Uppsala.

La residencia estudiantil se encontraba en el barrio de Triangeln, junto a Rackarberget. En la planta de Henrik había un pasillo que daba a cinco habitaciones, cada una con su propio cuarto de baño. La cocina era compartida y las paredes estaban decoradas con un póster de Che Guevara, otro de una mujer negra medio desnuda y una diana para jugar a los dardos. Gunnar Barbarotti se preguntó si la cosa no había evolucionado lo más mínimo desde que él mismo estuvo sentado en una cocina parecida de una residencia en Lund hacía ya veinticinco años, bebiendo cerveza tibia directamente de la lata.

La chica que lo recibió se llamaba Linda Markovic y vivía en una de las habitaciones. Se trataba de una joven bajita y delgada que estudiaba matemáticas, cuyos padres vivían en Uppsala pero que prefería quedarse en su rinconcito en Triangeln entre Navidad y Nochevieja. Necesitaba tranquilidad para estudiar. Los inquilinos de las cuatro habitaciones restantes no estaban, dijo, y no se les esperaba de vuelta hasta después de las fiestas, bien entrado ya el mes de enero.

Le preguntó si quería café. El inspector aceptó el ofrecimiento y se sentaron en torno a la mesa de la cocina, equipada con un indestructible laminado gris que con toda probabilidad era de la misma época que el señor Guevara.

—Henrik —empezó—. Como te dije, se trata de Henrik Grundt. El motivo de mi presencia aquí es que parece haber desaparecido.

—¿Desaparecido? Solo hay café instantáneo. ¿Te vale?

—Me vale. Vosotros sois vecinos, pared con pared, ¿verdad?

—Sí. Llevo tres semestres aquí. La habitación de Henrik es subarrendada, resulta casi imposible conseguir alquilarla directamente cuando eres estudiante de primer curso. O sea, Henrik se mudó aquí en septiembre.

—¿Lo conoces bien?

Negó con la cabeza. Tenía un corte de pelo extraño, anticuado, le pareció. Llevaba el cabello castaño en tirabuzones cortos y la nuca despejada a capas. O quizá el anticuado era Barbarotti, también existía esa posibilidad, claro. Linda sirvió agua caliente en dos tazones azules y rojos, le acercó el bote de café instantáneo y abrió un paquete de galletas Singoalla.

—No tengo mucho que ofrecer para acompañar el café, por desgracia —se excusó ella—. Pero supongo que no has venido aquí para comer, ¿verdad?

—Pues no —asintió él—. Entonces, ¿no conoces muy bien a Henrik?

—No —respondió mientras cogía una galleta—. No puedo decir que lo conozca muy bien. La verdad es que en este pasillo hacemos poca vida social. Puede variar mucho de una residencia a otra, pero aquí nos vemos en el desayuno y cuando tomamos un té o algo por la noche. Poco más.

—Pero, aun así, ¿has hablado bastante con él?

Ella se encogió de hombros.

—Sí, claro.

—¿Qué impresión te ha dado?

—Es un tío majo, creo. No tan chulo como pueden ser algunos... Él parece de fiar, creo. Tranquilo. ¿Qué es lo que le ha pasado?

—Aún no lo sabemos. Solo sabemos que ha desaparecido.

—¿Cómo...? ¿Ha desaparecido así sin más?

—Sí.

—Qué horror.

—Sí. Aunque hay personas que desaparecen por voluntad propia también. O que se mantienen escondidas un tiempo por alguna razón. Y eso es lo que intento averiguar.

—¿Si Henrik...? —Se detuvo mientras lo observaba algo desconcertada.

Sus miradas se cruzaron y a Barbarotti no le costó mucho esfuerzo interpretar la de ella.

—Sé lo que estás pensando. Sí, también los hay que se quitan la vida. No hay nada que indique que ese sea el caso de Henrik, pero nunca se sabe.

—No me puedo imaginar que él...

No terminó la frase. Gunnar Barbarotti tomó un pequeño sorbo de café y se quemó el labio superior.

—¿Hay alguien aquí con quien Henrik se haya relacionado un poco más?

Otra negación con la cabeza. Los tirabuzones bailaron.

—No, creo que Per y él salieron juntos una vez al principio del curso, pero creo que solo fue esa vez. Per es... Per es un maldito plasta al que le van las broncas. O sea, cuando bebe, cosa que hace bastante a menudo.

—¿Henrik tiene novia?

—¿Aquí en Uppsala?

—Sí, o en otro sitio.

—Yo diría que no.

—¿Eso qué significa?

—Pues que no creo que tenga novia, ¿qué va a significar?

Gunnar Barbarotti reflexionó un instante. Decidió fiarse de su intuición.

—Me dio la impresión de que significaba algo más.

—Ahora no te sigo. ¿Qué quieres decir?

Pero vio que se había puesto colorada y que intentaba ocultarlo tomándose otra galleta. De repente estaba nerviosa. Había insinuado algo y ahora no quería reconocerlo. ¿Qué coño...?, pensó Gunnar Barbarotti.

—Linda, estoy bastante acostumbrado a interpretar lo que la gente dice y lo que no —explicó Barbarotti despacio mientras intentaba atraparla con la mirada—. Y también lo que dicen sin ser conscientes. Cuando has dicho «yo diría que no», en realidad también estabas refiriéndote a otra cosa, ¿verdad?

Un poco arrogante, pensó Barbarotti, pero parece que ha colado. La chica dudó un par de segundos mordiéndose el labio inferior y tirando de uno de los tirabuzones.

—Solo quería decir que no me sorprendería que Henrik fuera gay.

—¿En serio?

—Pero eso es solo una conjetura totalmente personal, que no se te olvide. Nunca le he preguntado a nadie, ni me importa una mierda que lo sea o no. Es que a veces te da esa sensación y ya está... ¿A ti no te pasa?

Él asintió con la cabeza.

—Ningún gay de esos con pluma, claro, y puede que me equivoque, ¿eh? Tampoco es algo en lo que haya pensado mucho.

—Entiendo —dijo Gunnar Barbarotti—. ¿Lo visitan muchos amigos o compañeros de facultad? ¿Chicos o chicas?

Ella reflexionó.

—Creo que han venido a estudiar un par de veces. Cuatro o cinco personas, de derecho, sí, si

mal no recuerdo eran dos chicos y dos chicas.

—¿Sale mucho de juerga?

—No. Supongo que va a su club de vez en cuando..., o sea, el de Norrland. Creo que canta en el coro allí también. Y luego a Jontes, claro, allí van todos los de derecho. Pero nunca lo he visto borracho. Es un tío bastante formal, la verdad.

—¿Algo que no se puede decir de todos?

—Exacto, algo que no se puede decir de todos.

Barbarotti se reclinó en la silla. ¿Homosexual?, pensó. Nadie lo había mencionado.

—¿Y Jenny? —preguntó—. ¿Has conocido a alguna amiga de Henrik que se llame Jenny?

—No.

—¿Seguro?

—Al menos nadie que me haya presentado. Aunque hoy en día una de cada tres chicas, o más, se llamará Jenny, ¿no?

—De acuerdo —dijo Gunnar Barbarotti—. Creo que es suficiente por el momento. Tenéis una llave de reserva de las habitaciones, has dicho. ¿Podrías ayudarme a abrir la puerta?

Ella dudó.

—¿Tienes permiso para hacer eso? —preguntó—. ¿No deberías enseñarme un documento o algo primero?

Barbarotti asintió con la cabeza y sacó el papel. Ella echó un vistazo antes de levantarse y abrir uno de los cajones del mueble de la cocina. Y de repente, durante el instante en que ella se inclinó hacia delante, Gunnar le vio uno de los pechos y el pezón. La camiseta de tirantes color burdeos que llevaba tenía una ancha abertura junto a la axila, y allí dentro se balanceaba con total libertad su pecho derecho.

—Las hemos puesto aquí de manera voluntaria —explicó—. Todos menos Ersan, que no se fía de nadie, aunque yo tampoco lo haría si tuviera su pasado.

Gunnar Barbarotti tragó saliva y cogió la llave. Decidió no indagar más en la historia del tal Ersan.

—Gracias por el café —dijo—. Ya no te molesto más. Te avisaré cuando haya terminado.

—No te preocupes, no es nada —aseguró Linda Markovic—. Quedan trece días para el examen, tengo todo el tiempo del mundo.

—Recuerdo cómo era —contestó Gunnar Barbarotti mientras sentía que no la envidiaba, nada de nada.

Pero ese pecho se resistía a abandonar su retina.

Dedicó toda la tarde a entrevistarse con, por orden, el líder del coro, una prima de Leif Grundt y un orientador de la facultad de derecho.

El líder del coro se llamaba Kenneth y pudo contribuir a la investigación con una opinión

sobre la voz de barítono de Henrik. Era muy bella, afirmó; en el coro Henrik no era más que uno del montón, claro, pero si tenía ambición suficiente, podría desarrollar su voz y convertirse en solista.

¿Alguna chica llamada Jenny? No, no había oído hablar de ninguna Jenny.

La prima se llamaba Berit y había alojado a Henrik en su casa en el barrio de Bergsbrunna durante las dos primeras semanas del curso. Solo se habían visto en una ocasión después de que Henrik se hubiera mudado, pero el chico le había dado la impresión de ser un joven extraordinariamente simpático y educado.

¿Jenny? No, de chicas no sabía nada.

El orientador se llamaba Gertzén, y tenía conocimiento de que Henrik Grundt estaba matriculado y estudiaba en su departamento. Más no sabía, pero eran muchos los estudiantes y al principio, sobre todo, resultaba difícil hacerse una idea y establecer algún tipo de relación con cada uno de ellos.

¿Jenny? El inspector Barbarotti ni siquiera le formuló la pregunta.

Eran las 20.30 cuando se retiró al hotel Hörnan, ubicado junto al río Fyris, que todavía no se había helado del todo, por lo que los patos se amontonaban en un pequeño agujero con agua. Los veía desde su ventana. Un poco más al norte se vislumbraban también los multicines Filmstaden y el club estudiantil de Norrland, donde, por lo visto, Henrik había dado sus primeros y tambaleantes pasos en la vida estudiantil. Donde había cantado en el coro, y donde a lo mejor también... No, Barbarotti estaba harto de especular. Desvió la mirada de nuevo hacia los patos del oscuro agujero de agua mientras reflexionaba sobre si se sentía más o menos resignado que por la mañana cuando iba en el tren de camino a este baluarte de la erudición que era Uppsala.

Difícil de determinar. En cualquier caso, la habitación de Henrik no había aportado gran cosa. Ninguna carta. Nada de anotaciones o apuntes. Ni siquiera una libreta de direcciones; pertenecía a esa generación joven y racional que guardaba todos los datos importantes en el móvil o en el ordenador. Al ordenador, un flamante PC que le pareció recién adquirido y muy elegante, no había podido acceder. Y el móvil sin duda se hallaba en el mismo sitio que su dueño. Es decir, en paradero desconocido. No había nada comprometedor en el cuarto. En absoluto. Nada de literatura erótica en las estanterías (ni siquiera una revista con desnudos), que podría haber revelado algo acerca de las preferencias sexuales del inquilino. La estancia se hallaba limpia y recogida, justo como Barbarotti había esperado. Le pareció que ya empezaba a conocer a Henrik un poco. Siempre la misma impresión formal, ordenada y tranquila. La teoría de su posible homosexualidad solo se había alimentado de momento de las observaciones personales y de lo más vagas de una joven estudiante; y el hecho de que Gunnar Barbarotti no pudiera despegarse del todo de esa idea se debía, presumiblemente, a que no había otras muchas ideas a las que aferrarse.

Corrió las pesadas cortinas y encendió el móvil que había apagado durante la última conversación de la jornada con el orientador Gertzén. Mientras lo sostenía en la mano sonó un

pitido que anunciaba que había mensajes entrantes sin leer.

O uno, al menos. Era de Sorgsen. Le comunicaba que habían recibido el listado de llamadas de Henrik Grundt durante la tarde, y que había un par de cosas interesantes. Y que si Barbarotti escuchaba el mensaje antes de las nueve, podía llamarlo a su casa.

Echó un vistazo al reloj. Eran menos cinco.

—No digas nada, ya lo sé: ¿Henrik llamó al mismo número que Robert veinticuatro horas antes?

—No exactamente —respondió Sorgsen—. Henrik no llamó a ningún sitio ni el lunes ni el martes. Y solo recibió una llamada: de los abuelos cuando la familia Grundt estaba de camino a Kymlinge desde Sundsvall. Pero hubo algo de tráfico de SMS que quizá podría ser interesante.

—Soy todo oídos —dijo Gunnar Barbarotti.

—Nada directamente vinculado al posible momento de su desaparición, sin embargo. El último SMS que recibió entró el martes a las diez y treinta y cinco de la noche, y el último que él envió salió diez minutos más tarde. Al mismo número. En total recibió siete SMS en cuatro días, es decir, hasta el día de Nochebuena, pero sin responder a ninguno. Los textos, por desgracia, se borraron, solo se guardan un máximo de setenta y dos horas, pero aun así...

—Entiendo —profirió Barbarotti mientras sentía como algo frío e inquietante pasaba página en su interior. No resultaba difícil hacerse una idea del panorama que pintaba la información que Sorgsen acababa de transmitir. Un panorama bastante oscuro.

—¿Del mismo número?

—Cinco de ellos.

—Y es el mismo que...

—Sí. Si solo miramos la última semana, o sea, desde el diecisiete de diciembre hasta el veinticuatro, el mismo número ha enviado veintidós SMS y Henrik ha contestado catorce veces.

—¿Y?

—¿Tú qué crees?

Resultaba tan raro que Sorgsen se dedicara a retrasar la información a efectos dramáticos de esa manera que no sabía qué pensar.

—¿Tarjeta prepago que no se puede rastrear? —aventuró de manera automática.

—Error —repuso Sorgsen—. Tenemos el nombre del abonado.

—Fantástico —contestó Gunnar Barbarotti—. Bueno, suéltalo ya, ¿o quieres que te dé un beso primero? En tal caso tendrás que esperar hasta pasado mañana.

Fue un comentario estúpido, pero Sorgsen lo encajó sin más como si fuese un segundo servicio muy malo en un partido de tenis.

—El nombre es Jens Lindewall. La dirección: Prästgårdsgatan, cinco, en Uppsala, si es que por casualidad pasas por allí.

—Me cago en... Espera, ¿puedes repetirlo para que lo apunte?

—Te lo mando por SMS —dijo Sorgsen—. Y así tienes el número de teléfono también. Hasta luego.

Me cago en la madre que lo parió, completó Gunnar Barbarotti la expresión que ahora le resonaba en la cabeza. A veces las piezas del puzle sí encajan, conviene no olvidarlo.

El SMS con los datos de Jens Lindewall llegó un minuto más tarde, y le llevó otros cinco decidir cómo actuar. Durante ese breve período de tiempo sopesó sobre todo si debía llamar a Eva Backman para tratar el asunto un poco con ella primero, pero enseguida se dio cuenta de que ya sabía perfectamente el consejo que su compañera le daría.

Y casi al mismo tiempo llegó a la conclusión de que debía seguirlo.

Descorrió las cortinas antes de marcar el número. El cielo lucía ese matiz violeta que se queda tras la nieve y los patos en el río parecían congelados.

Esperó seis tonos. Luego otro más, con el pequeño pero inequívoco descenso de volumen. Después saltó el buzón de voz.

Hola, has llamado a Jens. Me he ido a Borneo dejando este pequeño terrorista que es el móvil en un cajón de mi escritorio. Volveré el 12 de enero. Os deseo a todos un feliz año nuevo. Si quieres desearme lo mismo, puedes hacerlo después de la señal. Hasta luego.

¡Pues no, amigo!, pensó Gunnar Barbarotti con rabia antes de colgar. ¡Pero por todos los demonios ya puedes volver pitando, vamos, porque si no enviaremos a los maderos borneanos a buscarte, y esos no se andan con tonterías!

¿Y quién era el que hacía tan solo un momento se imaginaba que las piezas podían encajar?

Corrió las cortinas por segunda vez y se arrepintió de haber prometido que se abstendría de plegarias otros tres días más.

Y cuando apagó la luz, la imagen del pecho de Linda Markovic volvió a aparecer. Qué patético, pensó Gunnar Barbarotti. Tengo una vida amorosa tan pobre que sueño con pezones que he visto medio segundo y que son de estudiantes que no conozco de nada.

¿Y luego Dios pretende existir?

II
Enero

Capítulo 22

A Gunnar Barbarotti no le gustaba volar.

Lo peor eran los vuelos chárter, y luego venían los nacionales. Aunque cuando estos no conseguían respetar sus rutas, le parecían casi peores que los chárter. Si comprabas un viaje a Fuerteventura, casi seguro que tarde o temprano aterrizarías allí. Si cogías un vuelo nacional, podías acabar en cualquier sitio. Dependiendo de las circunstancias. Por lo visto.

Como ahora. Había salido de casa una hora antes de que rayara el alba, se había subido a un avión en Landvetter para aterrizar en Arlanda con cincuenta minutos de retraso, a eso de las nueve. Le cambiaron el billete que tenía para Sundsvall, porque ese vuelo ya había despegado, y al fin tocó tierra en el aeropuerto de Östersund, en la isla de Frösön, hacia la una y cuarto, por culpa de la niebla que envolvía el aeropuerto Midlanda, situado entre Sundsvall y Härnösand. Él mismo la había visto por la ventanilla; era un día invernal con un sol radiante en todo el país excepto en esa pista de aterrizaje tan inoportunamente situada que los dioses del tiempo la habían cubierto con una capa de niebla más espesa que unas gachas de sémola.

Eso sí, en ningún momento le había pedido al Señor un feliz aterrizaje, de modo que no cabía ningún reparto de puntos existenciales ni a favor ni en contra.

Desde Östersund tuvo que hacer un viaje de dos horas y media en autobús hasta Sundsvall, y cuando bajó del autocar en la estación de autobuses en la metrópolis de la provincia de Medelpad —en el mismísimo centro geográfico de Suecia, según la mitología popular local— acababan de dar las 16.00 horas. El retraso ascendía en total a cinco horas y cincuenta y cinco minutos.

Pero bueno, en cualquier caso, si no surgía otro imprevisto, todavía disponía de una hora para hablar con Kristoffer Grundt, antes de verse obligado a coger un taxi para llegar al último avión que le llevaría de vuelta a Arlanda.

Por tanto, aún no había motivo para tirar toallas ni redactar cartas al defensor del pueblo, y al otro lado de la calle, delante del 7 Eleven, tal y como habían acordado después de todos los retrasos y cambios, estaba el joven Grundt dando nerviosas pisadas en la sucia aguanieve. Por primera vez en mucho tiempo, Gunnar Barbarotti tuvo la sensación de que algo iba a ocurrir en esta historia sisífica, tal y como Eva Backman había empezado a llamar al problemático caso. No un avance decisivo. Ni una esperanza de una pronta y definitiva resolución, eso sería mucho pedir, claro, pero tal vez un pequeño paso en algo que quizá, poco a poco y sin demasiadas pretensiones, podría considerarse una buena dirección.

Esa pequeña brecha.

No sabía cuántas horas de trabajo se habían dedicado al caso, pero de momento habían sido infructuosas hasta la última gota de sudor. No había aparecido nada que pudiera arrojar luz alguna sobre lo sucedido con Robert Hermansson y Henrik Grundt, que habían tenido el mal gusto y el poco juicio de desaparecer de Allvädersgatan, 4, en Kymlinge en plenos preparativos navideños. Ya habían pasado tres semanas y tanto Gunnar Barbarotti como sus compañeros empezaban a ser demasiado conscientes de esa vieja verdad policial que decía que los delitos que se resuelven se esclarecen durante los días inmediatamente posteriores a los acontecimientos.

O no se resuelven.

Y que había algún tipo de delito detrás de lo acaecido en Allvädersgatan, bueno, eso ya nadie lo dudaba. Ni Barbarotti ni Backman ni Sorgsen. Eran ellos los que formaban la troika encargada de la investigación, los que tomaban las decisiones de mutuo acuerdo, los que daban las órdenes y los que luego sacaban del agua todos esos anzuelos vacíos; y era a ellos a los que con regularidad, aunque casi siempre de uno en uno, se les convocaba al despacho del comisario Asunander en la tercera planta para responder de sus acciones.

Los ojos acuosos de Asunander habían comenzado a ponerse amarillentos y a lanzar miradas cada vez más asesinas en cuanto se sobrepasó el final de año y se entró en el mes de enero. En pocas palabras, si uno quería entregarse a una interpretación algo burda, significaba que en una sociedad menos civilizada y reglamentada habría preferido echarlos a todos a los lobos y sustituirlos por agentes con más pelotas y cerebro. Ya, pero entonces dinos tú lo que debemos hacer, maldito bocazas, solía proponer Backman. ¡Por una vez en tu vida propón algo constructivo, pedazo de chupatintas impotente!

Ahora bien, no pronunciaba esas ideas en audiencia pública, sino que se las guardaba para acompañar las cervezas que dos terceras partes de esa troika, por fuerza de costumbre y disposición innata, de cuando en cuando, aunque no más de alguna que otra vez por semana, disfrutaban, con disciplinada moderación, en el restaurante Älgen de la plaza Norra Torg al final de una larga y dura jornada laboral. A una hiena no se le puede pedir que cague coñac, era la habitual respuesta de Barbarotti a esos comentarios. O que ponga huevos de oro. El hombre tiene una taiga entre las orejas, un paisaje interior más estéril que..., pues eso, una taiga.

Palabras que solían provocar una sonrisa en Backman.

Y la investigación tampoco había sido del todo infructuosa. No tan infecunda como los dominios interiores del comisario chupatintas. Pues había determinados callejones sin salida que te llevaban un poco más lejos que otros.

La selva móvil, por ejemplo. Ya los había conducido hasta Jens Lindewall, con el que, no obstante, no habían conseguido contactar todavía, ya que había optado por celebrar las fiestas en otra selva, la de la provincia de Sabah, en Borneo. No obstante, al día siguiente por la mañana su avión aterrizaría en Arlanda, y si no había nadie más esperándolo con ramos de flores, Gunnar Barbarotti sí pensaba hacerlo. Aunque sin el follaje, solo con alguna que otra pregunta bien formulada.

A no ser que su vuelo de Midlanda esa tarde se dirigiera a otro sitio, claro. Había aprendido a no cantar victoria antes de tiempo.

También en lo que concernía a la otra desaparición habían logrado adentrarse un poco más entre la maleza antes de quedarse atascados. El hecho de que Robert Hermansson hubiera usado su móvil para llamar a alguien a la 1.48, la noche en que desapareció, era algo que habían averiguado enseguida gracias a los listados proporcionados por la operadora, y evidentemente resultaba de lo más fastidioso que esa llamada se hubiera dirigido al número de una tarjeta prepago. Sin embargo, no estaba todo perdido. El rastreo del receptor les había llevado hasta la ciudad de Kymlinge; por tanto, no se trataba de una antigua novia en alguna otra parte del país, como había temido Barbarotti. Lo cierto era que Robert se había puesto en contacto con alguien que, al menos durante esa noche, se hallaba en Kymlinge, y por supuesto también habían indagado más en ese número de tarjeta prepago. Por desgracia, sin grandes resultados. Aparte de la llamada de Robert, el número de marras solo se había usado en cuatro ocasiones el mes de diciembre, todas ellas entre el 5 y el 15 de diciembre, y todas habían sido llamadas salientes.

Una a Robert Hermansson en Estocolmo, dos a una pizzería en Kymlinge y una a un salón de peluquería en Kymlinge. La troika había hablado tanto con la pizzería como con la peluquería; en la primera aventuraban la idea de que se trataba de alguien que había pedido una pizza, y en la segunda de que sería alguien que quería hora para cortarse el pelo. La clientela total de los dos establecimientos se encontraba, en una estimación aproximada, entre las mil doscientas y las mil ochocientas personas. Eva Backman había dedicado un buen número de horas a realizar un cálculo matemático de probabilidad para averiguar hasta dónde debería llegar la clientela común de los dos, y en la cerveza del jueves había presentado, para gran asombro (por lo menos de Gunnar Barbarotti, que en su época jamás había pasado del aprobado en matemáticas), la cifra exacta de 433.

—¿Cómo coño has llegado a ese número? —preguntó, sin tacto alguno, el hipercrítico Barbarotti.

—¿Y a ti qué te importa? —replicó Eva Einstein—. Robert Hermansson llamó a una de esas cuatrocientas treinta y tres mujeres en Kymlinge. Es posible que se encuentre entre las clientas de ese maldito salón de peluquería.

Einstein-Backman llevaba dos días elaborando una lista de todas las personas que se habían cortado el pelo en el salón Stora Klippet entre el 5 de diciembre y el día antes de Nochebuena (no tenía todos los nombres, pero eran bastantes de todos modos). Una cantidad que se había quedado en la cifra agradablemente baja de 362, y justo cuando acababa de terminar esa interesante labor, la dueña del establecimiento, al parecer muy de moda, llamó para informar de que durante ese período habían tenido que rechazar al menos a tantas personas como las que habían podido atender. Backman-Zoquete maldijo para sus adentros antes de aventurar con extraordinaria sutileza un redondeo que llegó de nuevo a la cifra aproximada de 433.

—¿Ves?

—Sí, veo, oh, gran maestro —reconoció Gunnar Barbarotti, pero sintió que la fatiga mental se volvía a cerner sobre él como una niebla tísica.

Aun así, debía reconocer, había sido un callejón sin salida inusualmente largo y esperanzador.

Pero el hecho de que Kristoffer Grundt lo hubiera llamado la noche anterior porque quería hablar de algo importante —que reconoció haber ocultado— debía, a pesar de todo, considerarse el componente más interesante de la investigación hasta el momento.

¿O qué le parecía a Backman?

Que sí, a Backman le parecía que sí. Ya lo creo, joder.

—Solo dispongo de una hora. ¿Podemos entrar en ese café para que pueda grabar lo que dices?

Kristoffer Grundt asintió con la cabeza.

El chico pidió una Coca-Cola, y Barbarotti optó por un expreso doble. Mejor estar bien despierto por si hubiera alguna cosa que no se grababa bien en la cinta. Y es que se le antojaba uno de esos días. Encontraron un rincón detrás de una gramola requetemuerta y de un ficus artificial y se sentaron.

—¿Y bien? —empezó Gunnar Barbarotti al tiempo que activaba la grabadora—. ¿Qué es lo que querías decirme?

—Prefiero que no se lo cuentes a mi madre ni a mi padre —pidió Kristoffer.

—No puedo garantizarte nada —replicó Barbarotti—. Pero prometo callármelo si es posible.

—¿No sabéis...? ¿No ha sucedido nada?

—¿A qué te refieres?

—¿No sabéis nada más de dónde puede estar Henrik?

Kristoffer Grundt sufría, de eso no cabía ninguna duda. Y con toda probabilidad llevaba un tiempo haciéndolo, pensó Barbarotti. Le costaba fijar la mirada, las manos se movían inquietas entre el vaso de Coca-Cola, la botella y el borde de la mesa; sí, ocultaba algo y lo había ocultado durante demasiado tiempo. Además, lucía ojeras, pese a tener tan solo catorce años, y un color de piel como el de una sábana vieja. Aunque, a decir verdad, ese seguramente era el aspecto que presentaba la mayoría de la población del país en esta época del año olvidada por Dios, pensó Barbarotti.

—No. Seguimos sin saber lo que le ha pasado a tu hermano. Anda, cuéntame lo que has estado ocultando.

El chico le lanzó una mirada apresurada, huraña.

—Bueno, hay una cosa —comenzó tanteando—. Perdón por no haberlo contado antes, pero es que se lo prometí.

—¿A Henrik?

—Sí.

—¿Le prometiste algo? Vale, sigue. ¿Qué le prometiste?

—Le prometí no contárselo a nadie. Pero ahora... Bueno, ahora entiendo que quizá...

Se calló. Gunnar Barbarotti decidió echarle una mano.

—Ya no estás obligado a mantener esa promesa, Kristoffer —dijo con toda la amabilidad que fue capaz de reunir—. Si Henrik pudiera, te liberaría del compromiso. Tenemos que hacer todo lo posible para intentar que vuelva, ¿no te parece?

—¿Crees... crees que está vivo?

Se atisbó un débil rayo de esperanza en la voz, pero muy débil. Ha llegado a la misma conclusión que yo, pensó Gunnar Barbarotti. Tonto no es.

—No lo sé —respondió—. Ni tú ni yo lo sabemos. Pero podemos tener esperanza y hacer todo lo que esté en nuestras manos para averiguar lo que podría haber pasado. ¿A que sí?

Kristoffer Grundt asintió con la cabeza.

—Bueno, lo que pasa es que Henrik... Henrik se marchó esa noche. Quiero decir que tenía previsto irse.

—Entiendo —dijo Barbarotti—. Continúa.

—En realidad solo es eso. Me contó que saldría durante la noche para ver a alguien, y me pidió que no se lo dijera a nadie.

—¿Y se fue?

—Sí, debió de irse. Aunque no sé cuándo, porque me dormí.

—¿Te dormiste antes de que él se fuera?

—Sí.

—¿Y con quién había quedado?

—No lo sé.

—¿No lo sabes?

—No. Dijo que iba a ver a un viejo amigo, y entonces le pregunté si era una chica.

—¿Y?

—Y dijo que sí.

—¿Que era una chica?

—Sí.

—Hmm —murmuró Gunnar Barbarotti, y redujo su expreso doble a uno normal.

Kristoffer Grundt bebió un poco de Coca-Cola. Transcurrieron unos segundos, durante los que el chico no apartó la mirada de la mesa y a Barbarotti le asaltó una visión de cómo debía de sentirse un sacerdote católico al escuchar una confesión.

—Hay algo más, ¿no? —insistió—. No me lo has contado todo, ¿verdad?

Kristoffer Grundt asintió con la cabeza.

—Hay una cosa más —murmuró.

—¿Crees que tu hermano te mintió?

Kristoffer Grundt pegó un respingo.

—¿Cómo... cómo puedes saber eso?

Gunnar Barbarotti se reclinó en la silla.

—Llevo unos cuantos años en esto. Uno aprende a ver cosas. Entonces, ¿qué más me quieres decir?

—No creo que fuera a ver a una chica.

—Ah, ¿no? ¿Y por qué?

—Porque creo que..., creo que Henrik es marica.

—¿Marica? ¿Por qué crees eso?

—Porque le cogí el móvil y entonces por casualidad lo vi.

—¿Se puede ver en el móvil que alguien es homosexual? Estás de broma, ¿no?

—No, no se puede. —Kristoffer Grundt se rio sin querer—. Le cogí el móvil para mandar un SMS. Y entonces leí por casualidad un mensaje que acababa de recibir. Y lo que ponía en el mensaje era bastante...

—¿Inequívoco?

—Inequívoco, sí. Era de un chico que... Bueno, lo busqué entre sus contactos... Era de un chico que se llamaba Jens. Así que no creo que Henrik hubiera quedado con una chica.

—¿Y con quién crees que quedó?

—No lo sé.

Gunnar Barbarotti no esperaba otra respuesta, pero aun así sintió una punzada de decepción por que Kristoffer no hubiera sido capaz de sorprenderle en ese punto.

—¿Y si tuvieras que hacer una conjetura?

El chico reflexionó un momento.

—La verdad es que no tengo ni idea. Quizá era para ver a ese Jens que por casualidad se encontraba en Kymlinge en ese momento... Aunque eso parecía... No, no sabía qué creer. Es que fueron...

—¿Sí?

—Es que fueron muchas cosas a la vez. Acababa de enterarme de que Henrik era marica y ahora iba a salir en mitad de la noche. Henrik, que siempre había sido tan perfecto... Me costaba llegar a entenderlo bien.

—Me lo puedo imaginar —indicó Gunnar Barbarotti—. Y eso de la homosexualidad de Henrik, ¿no lo sabía nadie?

—No.

—¿Y no le dijiste que lo sabías?

—No me dio tiempo. Además, le había cogido el móvil sin permiso, así que no quería decirle nada.

—Entiendo. O sea, Henrik tenía un plan. ¿Cuándo te lo comentó?

—Por la noche. Una hora antes de acostarnos o algo así.

—¿Puedes relatarme con exactitud lo que dijo?

—No me acuerdo muy bien. Pero creo que no dijo más que eso de que iba a estar fuera un par de horas durante la noche, y que no se lo dijera a nadie. Le pregunté por qué, y solo dijo que iba a ver a alguien. Y luego..., bueno, luego le pregunté lo de si era una chica. Nada más.

—¿Por qué le preguntaste si era una chica, si ya sabías que no le interesaban las chicas?

—Ni idea. Me salió así. Henrik se había inventado a la tal Jenny en Uppsala, así que supongo que no quería que lo supiéramos... Bueno, al menos supongo que Jenny no existe de verdad.

—Vale. ¿Has hablado de esto con alguien más? ¿Con tu madre o tu padre, por ejemplo?

—Claro que no. No quiero que se enteren de que...

—¿De que tu hermano es homosexual?

—Sí. Tampoco es para tanto, o sea, a mí me da igual, pero creo que a ellos les alteraría bastante o se pondrían tristes, y más ahora que ha desaparecido. No, no quiero que se enteren. Por eso también me lo he callado, no solo por la promesa a Henrik.

—Entiendo. ¿Y no has averiguado nada más sobre ese tal Jens?

—No, ¿cómo iba a...?

—Está bien. Entonces te puedo contar que hemos comprobado su paradero. Tiene coartada. Se hallaba a casi mil kilómetros de Kymlinge la noche del veinte al veintiuno de diciembre.

Kristoffer se quedó boquiabierto. Literalmente. Se quedó con la boca abierta y la mirada clavada en el inspector Barbarotti.

—¿Así que sabíais...? ¿Has sabido todo el tiempo que...?

Gunnar Barbarotti sacó el móvil del bolsillo de la americana.

—¿Puedo darte un consejo, amigo? —dijo—. Si alguna vez te planteas cometer una actividad delictiva y quieres asegurarte de que te pillen, usa uno de estos.

—¿Cómo?

—Bien es cierto que no nos dedicamos a montar escuchas a ciudadanos corrientes y honrados —continuó Barbarotti—. Pero sabemos quién llama a quién. Cuándo lo hacen, con qué frecuencia y dónde se encuentran al realizar cada llamada. Si por ejemplo hay dos jóvenes en Uppsala que durante un período de dos semanas se llaman y se mandan SMS más de noventa veces... Bueno, entonces sacamos nuestras conclusiones.

—Ya veo —contestó Kristoffer Grundt.

—Bien —dijo el inspector Barbarotti.

Maldita sea, no avanzamos nada, pensó una hora más tarde al dejarse caer en el asiento al lado de la ventana, en el avión agradablemente medio vacío con destino a Arlanda que, además, a todas luces, tenía intención de despegar sin retrasos. No hacemos más que dar vueltas como peonzas. Somos peores que el tráfico aéreo nacional.

Lo más irónico de todo, teniendo en cuenta lo que acababa de explicarle al joven Grundt al final de su conversación en el café Charm, era que Henrik no había usado su móvil. No había

llamado a la persona a la que tenía previsto visitar, no había enviado un SMS para avisar de que «llego en media hora»; y en ese momento, mientras el inspector Barbarotti miraba por la ventanilla y oía cómo el anticongelante caía sobre las alas del avión, le pareció que justo ese hecho —esa ausencia de hechos— era lo más raro de todo ese caso tan raro.

Porque ¿qué podía significar? Si Henrik había acordado verse con alguien durante la noche, tenía que haber quedado de alguna forma, ¿verdad? Pero ¿cómo? La policía había intervenido su ordenador en Uppsala para leer detenidamente todos sus correos —en los que se vio con cierta claridad que había tenido experiencias homoeróticas a finales de noviembre y a principios de diciembre—, pero sin hallar nada relacionado con un encuentro nocturno en Kymlinge. Henrik Grundt tampoco había realizado ninguna llamada, al menos no desde su propio teléfono ni desde el de sus abuelos; lo único que quedaba, hasta donde Gunnar Barbarotti podía interpretar la situación, era que Henrik hubiese acordado el encuentro en persona, cara a cara.

Pero ¿cuándo? ¿Cuándo había tenido lugar ese acuerdo?

Y, por supuesto, el quid de la cuestión: ¿quién? ¿A quién diablos se suponía que Henrik había visto en Kymlinge? Al fin y al cabo, tal y como su hermano había apuntado, no conocía ni a un alma. ¿Habría quedado con un amigo de Uppsala? ¿Un amigo que también había ido a esa parte del país a celebrar la Navidad?

¿Otro amante homosexual diferente de Jens Lindewall?

Muy cuestionable. ¿Y de verdad no guardaba ninguna relación con la desaparición de Robert la noche anterior? Si dos personas desaparecían de la misma casa en una ciudad con apenas setenta mil habitantes en un intervalo de veinticuatro horas, ¿no podía incluso el besugo más lerdo deducir que tenía que haber una relación?

Estoy muy harto de todo esto, constató Gunnar Barbarotti cuando aceptó el pequeño tetrabrik de zumo y el sándwich envuelto en plástico que le ofrecía la azafata. Te puedes inventar todas las variantes que quieras de esta historia, pero ninguna que parezca lo más mínimamente plausible y ninguna que tenga que ver con los hechos probados. Son como... como mapas imaginarios de un continente desconocido.

¿Qué?, pensó desconcertado, ¿«mapas imaginarios de un continente desconocido»? A decir verdad, era una imagen bastante buena para todo tipo de cosas. Tenía que recordarla y utilizarla para hundir a Eva Backman en alguna ocasión oportuna: «¡Ay, ay, ay, nena, que me parece que estás dibujando mapas imaginarios de continentes desconocidos!».

No estaba mal.

Pero ¿no podría ese maldito y escurridizo Lindewall aportar algo, cualquier cosa, por mínima que fuera, cuando aterrizara de las selvas de Borneo el día siguiente por la mañana?

Se sentía con derecho a exigirlo.

Contento con esas reflexiones tan inteligentes, el inspector Barbarotti abrió el tetrabrik y se manchó los pantalones de zumo.

Capítulo 23

Qué típico, pensó Gunnar Barbarotti cuando hizo el *check-in* en el hotel Radisson de Arlanda Sky City. Cuando por una vez me toca alojarme en un hotel decente, llego a las diez de la noche y tengo que levantarme antes de las seis de la mañana. Para eso podría haber dormido en un sofá en cualquier sitio, total...

Tras meterse entre las frescas y recién planchadas sábanas y apagar la luz, rezó una oración existencial.

¡Oh, Señor, si de verdad existes, lo cual de hecho en este momento es así, aunque no con mucho margen y quiero que lo tengas en mente, asegúrate entonces de que el avión de Bangkok de mañana por la mañana se retrase unas cuatro o cinco horas para que a un pobre madero de la criminal, currante a más no poder, le dé tiempo a zamparse un buen desayuno de hotel por una vez en su insulsa vida! Para una cosa así de sencilla, no puedo ofrecer más que un punto, como es lógico, pero, aun así, te estaría más agradecido de lo que incluso tú, oh, gran Dios, puedas imaginar. Buenas noches, buenas noches; he pedido que me despierten a las seis menos cuarto, y tengo intención de llamar para comprobar la hora de llegada en cuanto abra los ojos.

El avión de Bangkok aterrizó cinco minutos antes de la hora prevista.

El inspector Barbarotti había tenido tiempo para una ducha y un café, nada más. Ahora aguardaba sentado en uno de los cuartos de interrogatorio de la policía del aeropuerto con el segundo café encima de la mesa. Temía que, si Jens Lindewall no sabía comportarse, le cortaría las orejas y lo metería en prisión preventiva por tiempo indefinido.

Sentada al lado del inspector, una agente rubia se limaba las uñas. Si Lindewall no aparecía dentro de dos minutos, lo más probable era que Barbarotti le arrancara la lima a la agente, la rompiese en dos y la tirara a la basura para acto seguido explicarle que estaba prohibido hacerse la manicura en una sala de interrogatorios, tal y como recogía el Código Penal, capítulo cuatro, artículo siete, tercer párrafo, cuarta enmienda.

También sospechaba que se hallaba algo irascible de más.

Jens Lindewall presentaba un aspecto bronceado y rebosante de salud. Era alto, rubio y de cuerpo atlético, y llevaba ropa caqui, botas recias y mochila. Más o menos el aspecto que se

podía esperar que presentara un hermano pequeño de Bruce Chatwin después de pasar un mes en algún lugar cerca del ecuador. Barba de dos días. Un fular retorcido sobre sí mismo de color azul y anudado alrededor del cuello. Gunnar Barbarotti comprendió, algo asqueado y en contra de su voluntad, que este joven, sin despeinarse demasiado, podía conseguir compañía en la cama del sexo que fuese.

—Siéntese —ordenó—. Soy el inspector Gunnar Barbarotti de la policía criminal. Bienvenido a casa.

El joven se lo quedó mirando fijamente mientras los músculos de la mejilla le pegaban un par de tirones. Pero no pronunció palabra alguna. Dejó a un lado la mochila, apartó una silla de la mesa y se sentó. Barbarotti lo contempló tranquilo. La agente que lo acompañaba guardó la lima de uñas.

—¿De qué se trata? —preguntó Jens Lindewall al final.

—¿Es cierto que usted ha mantenido una relación de índole sexual con un joven llamado Henrik Grundt? —dijo Gunnar Barbarotti.

—¿Henrik...? —repitió Jens Lindewall.

—Sí, Henrik Grundt. Tuvieron una aventura en diciembre. Llevamos intentando contactar con usted desde las Navidades. Henrik Grundt ha desaparecido.

—¿Desaparecido?

—Exacto. ¿Por qué se ha escondido?

—No me he... —Ahuecó el nudo del fular y se cruzó de brazos. Pareció recuperar un poco la compostura—. No me he escondido de nadie. O... o quizá lo haya hecho. El caso es que suelo irme de viaje un par de semanas cada invierno y me aseguro de que nadie pueda contactar conmigo. No sabía que eso estaba prohibido. Forma parte de mi ciclo vital, así lo vives todo en el sitio donde te encuentras con mayor intensidad, si el inspec..., si usted me entiende.

—Me lo puedo imaginar —repuso Gunnar Barbarotti—. Y si da la casualidad de que a sus padres los atropella un camión que transporta troncos forestales mientras está fuera, que se entierren el uno al otro lo mejor que puedan, ¿verdad? Ese es el espíritu, amigo mío, los escrúpulos para los pringados currantes y demás sabandijas.

Al haber conseguido llevar a buen puerto esa frase tan ingeniosa sintió claramente que su vena sádica ya estaba satisfecha para lo que quedaba de esa infame mañana.

—Y, ahora, haga el favor de contestar a mis preguntas y déjese ya de tonterías —añadió de todos modos.

—Sí..., claro. ¿Qué es lo que...?

—Tuvo una aventura con Henrik Grundt entre noviembre y diciembre. ¿Lo admite?

—Sí.

—¿En Uppsala?

—Sí, vivo en Uppsala.

—Lo sabemos. ¿Y cogió un vuelo al Sudeste Asiático la noche del veintidós de diciembre?

—Eh..., sí, es correcto. Pero, o sea, ¿Henrik ha desaparecido? ¿Es ese el motivo de...?

—Hace más de tres semanas, sí. Los días anteriores a su marcha ¿los pasó en casa de sus padres en Hammerdal?

—En efecto, pero ¿cómo...?

—Viajó pasando por Bangkok, Kuala Lumpur, Kota Kinabalu hasta Sandakan en la parte nordeste de Borneo. Y el mismo camino de vuelta. ¿Es correcto?

—¿Cómo puede saber todo...?

—Lo sé y punto. No se preocupe por cómo lo he averiguado. ¿Y bien?

Jens Lindewall suspiró.

—Sí, es como dice. Empecé el viaje en Sandakan hace... creo que hace cuarenta y ocho horas. La verdad es que estoy un poco cansado, ya me disculpará.

—Yo también he estado bastante por las alturas estos últimos días —replicó Gunnar Barbarotti—. ¿Puede contarme algo sobre su relación?

—¿Sobre Henrik y yo?

—Eso es. Dejemos de lado sus otras relaciones por el momento.

—¿Qué es lo que quiere saber?

—Quiero saberlo todo.

Cosa que, por supuesto, no era cierta —y gracias a Dios no se lo contó todo—, pero cuando unos cuarenta y cinco minutos más tarde dejó salir al joven del cuarto de interrogatorios, le pareció que, aun así, se había enterado de lo suficiente.

Jens Lindewall tenía veintiséis años. Trabajaba en una empresa de publicidad en Uppsala, y llevaba siendo homosexual desde el inicio de su vida sexual. Había tenido una relación larga (once meses) que se había acabado durante el otoño; en septiembre, y en la estela de ese fracaso, Henrik Grundt salió a flote. Se habían conocido en el Katalin, el bar de conciertos que está detrás de la estación central, un viernes de noviembre. Terminaron en la misma mesa y empezaron a hablar. Henrik Grundt no había sido del todo consciente de su orientación sexual, pero esa noche lo fue, para resumir una historia ya en sí bastante corta. Luego estuvieron juntos durante un mes más o menos. Siempre se veían en el apartamento de Jens de Prästgårdsgatan, nunca en la habitación de la residencia estudiantil de Henrik en Triangeln. Jens reconoció sin atisbo de vergüenza que se había enamorado inmediata y apasionadamente del joven estudiante de derecho, y a su juicio su amor era correspondido. No obstante, admitió que Henrik Grundt tenía ciertas dificultades para aceptar su homosexualidad. Con el sexo opuesto, según lo que había contado, no había tenido más que un par de experiencias anteriores, bastante lamentables, y si Jens tuviera que hacer una estimación, diría que Henrik se hallaba en un 65-35 hablando en números homo-hetero. Esto, si Barbarotti no había entendido mal, significaba que en el mejor de los mundos uno de cada tres coitos debería ser con una mujer y los otros dos con hombres.

Barbarotti no se había encontrado antes con semejante escala de estimación, pero aun así anotó los datos a conciencia en su cuaderno. No te acostarás sin saber una cosa más.

La última vez que Jens y Henrik se vieron fue el 17 de diciembre, el día antes de que los dos volvieran a las casas de sus padres en Hammerdal y Sundsvall, respectivamente. Después de eso hablaron por teléfono alguna vez y se mandaron unos cuantos SMS. Los cuatro últimos mensajes de Jens Lindewall, enviados el 21 y el 22 de diciembre, no habían tenido respuesta. Gunnar Barbarotti no pudo evitar preguntar qué tal el amor en el viaje, y Jens Lindewall le explicó con franqueza que muy bien.

—¿De modo que Henrik y usted no eran, por así decirlo, pareja?

—Nos hemos dado libertad —replicó Jens Lindewall—. Es el regalo más grande que se puede dar.

Cuando Barbarotti le preguntó si no le preocupaba que Henrik hubiera desaparecido, obtuvo la respuesta de que claro que le preocupaba, pero que seguro que aparecería. La gente necesita estar sola de vez en cuando, sobre todo la gente joven, eso era algo que Jens Lindewall había aprendido por experiencia propia.

Tras terminar la conversación con ese atractivo trotamundos, el inspector Barbarotti volvió a toda prisa al bufé del desayuno del hotel Radisson; aún quedaba hora y media hasta que saliera su avión para Landvetter, y tenía un hambre canina.

El avión solo llevaba media hora de retraso, pero aun así le sobraba tiempo para resumir el caso en su cabeza. O los casos. Seguía sin poder decidirse de si se trataba de uno o de dos, pero como la investigación, se calculara como se calculara, no había avanzado muchos centímetros en ninguno, quizá daba igual.

De todas formas, no le daba la impresión de que los encuentros con Kristoffer Grundt y Jens Lindewall hubieran arrojado mucha luz sobre nada. Lo sucedido durante aquellos días en Allvädersgatan, en Kymlinge, seguía siendo un misterio. Cuando Henrik salió a la noche el 20 de diciembre, parecía haber sido cuestión de una acción sumamente consciente y prevista; había pedido a su hermano que no dijera nada, pero el motivo por el que se marchó de la casa de sus abuelos —y a quién fue a ver—, bueno, de eso aún no se sabía ni papa.

Y Jens Lindewall no había hecho más que confirmar lo que ya habían deducido. Ni más ni menos. Henrik Grundt y él habían mantenido una relación durante unas semanas en noviembre y diciembre. Henrik había desaparecido, Jens se había ido al Sudeste Asiático, esas dos cosas no estaban relacionadas.

Respecto a Robert, la situación se encontraba igual de bloqueada. Gunnar Barbarotti no sabía con cuántas personas de Kymlinge habían hablado durante las últimas semanas, seguramente cerca de doscientas, pero lo que sí sabía era el resultado de esas entrevistas.

Cero patatero. Cuando Robert Hermansson dejó su ciudad natal hace unos quince o dieciséis

años, por lo visto también cortó todos los lazos. Ninguno de los entrevistados hasta la fecha había tenido contacto con la desaparecida celebridad televisiva ni una sola vez durante la última década. Al menos eso dijeron.

Estamos atascados, pensó Barbarotti. Atascados de cojones.

Y, en ese instante, como una suerte de confirmación invertida de esa constatación, apareció la azafata para advertirle de que no se había abrochado el cinturón de seguridad.

Rosemarie Wunderlich Hermansson subía con esfuerzo la cuesta de Hagendalsvägen. Llevaba el viento, del nordeste, de cara, había doce grados bajo cero y tenía la sensación de que si no llegaba pronto a casa se moriría.

¿Quizá tampoco fuera un final tan malo? Desplomarse en la helada y resbaladiza acera entre la oficina local de la asociación de arrendatarios y la floristería de Belli, y exhalar el último suspiro una gélida y oscura tarde de enero. Resultaba difícil explicar lo que la había mantenido con vida durante el último mes, muy difícil. Desde la terrible semana navideña tenía la sensación de que en realidad no existía, era como si le hubieran extraído el alma del cuerpo dejando solo la cáscara, ese frágil, flaco y decrépito fantasma huesudo que en esos momentos subía con dificultad los últimos metros que lo separaban del salón de peluquería de señoras, Maggie, en la esquina con Kungsgatan, sin entender por qué demonios no había llamado para cancelar la cita que, como siempre, había reservado la última vez que estuvo.

Pero fuera como fuera, tampoco entendía gran cosa de todo lo demás que estaba pasando últimamente, ni por qué se levantaba por las mañanas, ni por qué iba a hacer la compra, ni por qué asistía, junto con Karl-Erik, a un curso de español una hora todas las noches entre las 21.00 y las 22.00. Las palabras revoloteaban como extraños pájaros desorientados por su cabeza, entrando por un oído y saliendo por el otro, por no hablar de las formas verbales. Antes de acostarse, se tomaba un somnífero que la dejaba dormir cinco horas justas. Se despertaba entre las 04.00 y las 04.30, intentando prolongar esos segundos en blanco nada más despertarse, cuando su memoria estaba limpia, cuando no se acordaba de lo sucedido y apenas sabía quién era, pero los segundos nunca fueron más que segundos, y a veces incluso menos que eso.

Y luego se quedaba en la cama de lado con las manos entre las rodillas, dando la espalda a su marido y a toda su vida mientras miraba la ventana y el radiador susurrante y las aburridas cortinas, esperando un amanecer que le resultaba tan lejano como la respuesta a la pregunta de qué podría haberles ocurrido a su hijo y su nieto esos terribles días de diciembre, cuando se extrajo el alma de su cuerpo dejando nada más que este fantasma decrépito que... Y de esa manera revoloteaban los pensamientos en su cabeza como otra especie de pájaros, muy fatigados, que volvían y desaparecían, desaparecían y volvían, y cómo era posible diferenciar una mañana de otra, un despertar de otro, el primero del cuarto o del octavo, era también un interrogante al que no se molestó lo más mínimo en buscarle respuesta.

Abrió la puerta y entró. Vio que las cuatro sillas estaban ocupadas, pero Maggie Fahlén le señaló otro asiento, y dijo que no tardaría más que un par de minutos. Se quitó el sombrero y el abrigo y los colgó en el perchero, se acomodó en la pequeña butaca de tubos de acero y cogió un ejemplar de la revista *Svensk Damtidning* de hacía seis meses con una fotografía veraniega de la princesa Victoria en la portada. Esta mostraba una amplia sonrisa con una infinita cantidad de dientes blanquísimos, aunque muy inteligente no parecía, constató Rosemarie, pero quizá tampoco lo fuera la pobre niña, ¿no?

—¿Cómo estás, querida Rosemarie? —empezó Maggie una vez que la mujer se cambió a la silla y contemplaba con desgana su rostro grande y plano en el implacable espejo—. Qué terrible aquello. ¿Sabéis algo más?

Eran dos preguntas y un comentario de un tirón, y Rosemarie ahogó un rápido impulso de pedir disculpas y salir de nuevo al frío de la calle. Disculparse de parte de la familia Hermansson por causar tanto escándalo siempre —primero una cosa y luego otra, la televisión y los periódicos y todo tipo de historias—, pero Maggie se adelantó. Llevaba desde primera hora de la mañana dándole a la lengua, comentando sin tregua asuntos de mayor y menor envergadura, en Kymlinge y en el mundo. De la actualidad, del pasado y del futuro. También del más allá, si es que la clienta tenía ese tipo de preferencias.

—Pero ¿quién demonios te cortó el pelo la última vez? —dijo mientras ponía los ojos en blanco hacia Rosemarie en el espejo.

—Creo que... creo que fue una chica nueva —contestó Rosemarie intentando recordar el nombre—. Quizá solo sustituía a alguien por enfermedad, no me acuerdo muy bi...

—Almgren —la interrumpió Maggie—. Jane Almgren, madre mía, hay que ver cómo dejaba a la gente, menos mal que no se quedó mucho tiempo. Claro que yo la habría echado de todas maneras, aunque Kathrine no hubiese vuelto tan pronto.

—Vaya —dijo Rosemarie Hermansson—. Bueno, no sé... Tenía el pelo rubio oscuro, creo.

—Entonces fue ella —zanjó Maggie acompañando el comentario con un par de irritados movimientos de las tijeras en el aire—. Decía que tenía formación en peluquería y todo. Bueno, encima puede que fuera verdad, por cierto, porque hoy en día se gradúan de cualquier manera, anda que... El caso es que Kathrine me llamó esa misma mañana y tenían que operarla de apendicitis, así que ¿qué quieres que haga una pobre peluquera de Hudiksvall cuando solo quedan dos semanas para la Navidad?

¿Hudiksvall?, pensó Rosemarie desconcertada. ¿No era Maggie de Kymlinge como..., no era hija del viejo conserje Underström allí en...?

—Como suele decirse —llegó la explicación antes de que a Rosemarie le diera tiempo a preguntar—. Bueno, no sé de dónde viene esa expresión... Vendrá de la propia ciudad de Hudiksvall, supongo, pensándolo bien. En fin, que no se quedó más de tres días, esa Jane, luego volvió Kathrine, imagínate que hoy en día no te dejan quedarte ingresada ni un par de días con el tema del apéndice, pero yo, claro, muy contenta de que volviera. De todas formas, ¿sabes lo que

te digo?, que hoy te voy a hacer un descuento de cien coronas, no vayan a ir diciendo por ahí que Maggie no se preocupa por sus clientas. ¿Cómo te lo corto?

—Como quieras —dijo Rosemarie cerrando los ojos—. Un poco como siempre, creo.

—Aunque al parecer vive aquí en Kymlinge todavía —continuó Maggie al tiempo que introducía el peine en los canosos rizos de Rosemarie—. No la había visto antes, pero el otro día estaba en la pescadería de Gunder comprando arenques, a lo mejor tiene un gato. Pero, por el amor de Dios, a mí qué me importa si tiene gato o no, con que no vuelva a poner un pie aquí y a meter las tijeras en el pelo de mis clientas...

—Recuerdo haber hablado un poco con ella —replicó Rosemarie para no parecer maleducada—. Al menos antipática no era. Ay, madre mía, qué cansada estoy, ¿te importa si echo una cabezadita mientras me atiendes?

—Descansa, reina —contestó Maggie—. Y cierra los oídos si te parece que hablo demasiado. Arne, mi marido, dice que un día de estos, cuando menos lo espere, me voy a caer muerta de tanto hablar. Por cierto, ¿quieres que te lo lave primero?

—Sí, por favor —suspiró Rosemarie con sueño—. Creo que eso me vendría muy bien.

Capítulo 24

Que dos cuerpos pudieran caber en el congelador.

Eso no lo habría creído nunca. Y en la balda de arriba todavía le quedaba sitio para un par de tarrinas de helado y unas bolsas de frutos del bosque.

Un cuerpo, sí. Pero ¿dos? Era un poco raro, la verdad. De repente, le vino a la cabeza que, de entre todas las profesiones que había probado, también había hecho una sustitución como profesora de matemáticas en un colegio. Había mentido diciendo que tenía un montón de créditos universitarios y nadie se había molestado en comprobarlo, como siempre. Fue hacía unos ocho o diez años, en un barrio del extrarradio de Estocolmo, no se acordaba de cuál, y no le había ido muy bien. Recordaba en cambio una reunión con todos los profesores de matemáticas para diseñar un examen común en la que se había sentido incómoda y tonta porque no había podido contribuir con nada. Ahora sabía qué tarea habría incluido en la prueba.

Tienes dos cadáveres. Pesan x *e* y *kilos. Dispones de un congelador de 250 litros. ¿En cuántas partes tienes que partir los cuerpos para que quepan en el congelador?*

Estaba sentada a la mesa de la cocina mirando a la calle. Era de noche, una fría noche de enero, gris y ventosa, la gente caminaba encogida con sus bolsas del supermercado y sus perros. Pero eran solo unos pocos, la mayoría tenía la sensatez suficiente para quedarse en casa. Había limpiado todo el apartamento. No quedaba ni una mota de polvo, había pasado el trapo empapado de Ajax incluso por los rodapiés. Se había duchado y lavado el pelo. Había hablado con su madre por teléfono, contándole todas las cosas positivas de la vida como a ella le gustaba oír.

Todo se hallaba en un estado de brillante armonía.

La madre estaba ingresada de nuevo, pero ella seguía libre. De baja mes a mes, así desde el verano. En el hospital cambiaban de médico sin parar, y cada nuevo doctor le daba la baja por un mes, le recetaba los viejos fármacos de siempre, así como sesiones de terapia con algún terapeuta vinculado a la asistencia ambulatoria. También los terapeutas iban y venían.

Le iba muy bien así. Nadie controlaba nada, ella vivía en el margen y se las apañaba con la prestación de la Seguridad Social. Y la ociosidad le dejaba tiempo para reflexionar y planificar.

Para sopesar si era necesario uno más. Si debía hacerse cargo de Germund también.

O si Mahmot consideraba que ya había alcanzado la reconciliación. No resultaba fácil saberlo, no siempre se comunicaba con tanta claridad como podría desearse, el bueno de Mahmot.

El primero había estado clarísimo. Era un cerdo. No había dudado ni un instante. Ningún equilibrio era posible en el mundo con él vivo.

El otro había aparecido sin más ni más. No tenía ni idea de hasta qué punto representaba la fuerza del mal, no hasta que apareció allí de repente, como una estaca en su carne. Mahmot solo había tenido que susurrar la palabra en su oído: *matar*, y ella había entendido que así, precisamente así, se iba a deshacer el nudo.

Quiero que me devuelvan a mis niños, había osado pedir. *A su debido tiempo*, había susurrado Mahmot. *A su debido tiempo lo recuperarás todo otra vez. Tengo grandes planes para ti, Jane, ¿alguna vez te he decepcionado?*

No, gran Mahmot, murmuró ella a la vez que descubrió una pequeña mancha en la mesa y se puso a frotar la tabla chapada en madera de roble con las palmas de las manos hasta que brilló, movimientos redondos y suaves, pero no tengo sitio para uno más en el congelador. Tengo que ser un poco práctica también, no solo dedicarme a la pasión y el placer todo el rato. Tengo que encontrar a Germund y mis niños, me han quitado a los niños, Mahmot. Se esconden de mí, no sé dónde están.

Está bien, hija mía, susurró Mahmot. *No te preocupes por eso ahora. Cierra los ojos y yo me acercaré a besarte la frente y luego me instalaré en tus dedos. ¿Sabes lo que puedo hacer cuando vivo allí?*

Gracias, gran Mahmot, susurró ella excitada. ¡Gracias, oh, gracias! Ojalá todos los hombres estuvieran muertos y solo existieras Tú. ¿Quieres que...?

Mahmot no contestó; aun así, ella sabía cómo proceder.

III
Agosto

Capítulo 25

Ebba Hermansson Grundt sueña.

Sueña con que está embarazada de su hijo Henrik. Ha tenido el mismo sueño varias noches ese verano, y le causa tanto dolor...

Pesa mucho, su hijo. Le cuelga de la clavícula, balanceándose en el interior de su cuerpo; se mueve entre el corazón y el estómago en un gran vacío que ignoraba albergar dentro de ella.

Cuelga en dos bolsas de plástico de Konsum y está descuartizado en pequeños trozos, su hijo Henrik.

No resulta fácil cargar con su hijo adulto, descuartizado, en plena canícula, y cuando se despierta al amanecer bañada en un sudor frío entrelaza las manos y reza a Dios. Jamás ha creído en ningún dios; aun así, después de esas pesadillas, le pide auxilio. Ya no le queda nada más a lo que recurrir.

Ha dejado de trabajar. Los primeros meses sin Henrik mantuvo su horario habitual. Todo el mes de enero y febrero y parte del mes de marzo. Los compañeros del hospital se asombraban. ¿Cómo podía una mujer que acababa de perder a su hijo —o cuyo hijo había desaparecido, al menos— continuar como si no pasara nada? Una operación tras otra, una visita tras otra, revisiones de casos y de diez a quince horas extra todas las semanas. Como si nada hubiese sucedido. ¿Cómo era posible? ¿De qué pasta estaba hecha una persona así?

Pero luego se encuentra con su antigua compañera de facultad, Benita Ormson. Benita tenía la misma capacidad y le auguraban el mismo futuro brillante que a Ebba durante sus estudios en Uppsala. En realidad, Benita era su única competidora, se turnaban en ser la primera y la segunda en todos los exámenes: anatomía, biología celular, medicina interna, cirugía, enfermedades infecciosas, ginecología. Sin embargo, para asombro de todos, Benita eligió psiquiatría como especialidad tras el período como residente, una apuesta de bajo estatus difícil de comprender, aunque quizá en esa joven morena y callada de Laponia se daban una profundidad y unas dimensiones que en realidad nadie había captado. Ni siquiera Ebba. Cuando coinciden en un congreso de fin de semana en Dalarna a mediados de marzo es la primera vez que se ven en seis..., no, siete años.

Y, finalmente, en los brazos de Benita, Ebba Hermansson Grundt se rompe. Ochenta y tres días después de la desaparición de su hijo llega el derrumbamiento, y lo vive como un salto al vacío sin paracaídas.

Han pasado cinco meses. Desde el 12 de marzo no ha trabajado ni un solo día. Ni una hora. Todas las mañanas Leif se marcha al Konsum y Kristoffer al colegio, como siempre, pero Ebba no se va a ningún sitio, se encuentra en un exilio interior. Dos veces a la semana ve a un terapeuta y dos veces al mes a un psiquiatra. Este último no es Benita Ormson, lo cual es una desventaja, pues bajo los cuidados de Benita podría recuperarse y seguir adelante con lo que sea que deba seguir adelante. Sin embargo, bajo la dirección soñolienta de Erik Segerbjörk seguirá adelante, como mucho, hacia ningún sitio. «Eres un lémur, Erik», le ha dicho en un par de ocasiones, pero a él el comentario le resbala como el agua en un ganso, como el ganso que es, y se limita a sonreír con amabilidad bajo la barba mientras parpadea con pereza.

Aunque, para ser sincera, ella no quiere seguir adelante. Al menos no en la dirección que la ciencia de la psiquiatría se ha imaginado.

Con la terapeuta, una mujer de rasgos afilados que ronda los sesenta años, se lleva mejor. Es inteligente, escucha con moderación y posee sentido del humor. Además, no tiene hijos, cosa que, descubre Ebba casi de inmediato, es definitivamente una ventaja. De esa manera, el lado emocional pisa un terreno más firme. No le queda claro por qué cree eso; pero no quiere, bajo ningún concepto, hablar con otra mujer que tenga un hijo o una hija que podría desaparecer en cualquier momento. Eso sería inapropiado.

Benita Ormson tampoco tiene niños. Hablan por teléfono una vez a la semana, más o menos. Ebba no se puede quejar de los apoyos. Recibe la ayuda que es razonable pedir, tanto de su entorno como del sistema sanitario. Cuenta con una red social, una expresión que, en secreto, detesta.

Pero no hay nada que la acerque siquiera un milímetro a la recuperación, porque no se trata de eso. Ebba no quiere recuperarse.

Quiere recuperar a su hijo. Si está muerto, quiere su cuerpo para enterrarlo en el cementerio.

Si alguien lo ha matado, también quiere atrapar a ese alguien.

Así de sencillo. Todo lo demás le importa un bledo.

Ni Leif, ni Kristoffer.

No me pidáis nada, piensa. No lo dice, pero lo piensa. Apartaos, manteneos en vuestro lado, Henrik y yo nos mantendremos en el nuestro, respetad las reglas del juego, por favor. No es Ebba quien ha creado esas reglas, sino que son un fundamento del que no quiere ni puede alejarse por fuerza y voluntad propias. Henrik y ella se pertenecen, siempre se han pertenecido. No se trata de ninguna priorización, ni de anteponer un hijo al otro, en absoluto. Leif y Kristoffer se pertenecen de la misma evidente manera. Siempre ha sido así. Cuando han jugado en parejas a las cartas, o al Monopoly, cuando han cocinado o se han encargado de lavar los platos. Cuando han salido a esquiar. Ebba y Henrik, Leif y Kristoffer, y por eso el hijo desaparecido ha dejado un agujero

más grande, infinitamente más grande, en el alma de su madre que en la de su padre o su hermano. Eso es una obviedad, Leif y Kristoffer lo saben tan bien como ella. No hablan de ello, no hace falta.

Pero le duele tanto soñar con esas bolsas de plástico de Konsum que se balancean en su clavícula, que se mueven de un lado a otro en ese vacío que ha creado la ausencia en su interior y que no hace más que crecer y volverse cada vez más desolado con cada hora que pasa. Cada día y semana y mes; este lunes de agosto hace doscientos cuarenta y cuatro días que cumplió cuarenta años, y cada día, todos y cada uno de los insoportables días que han pasado desde entonces han sido inalterablemente parecidos a todos los demás.

Sé que estoy loca, piensa a veces, pero es una etiqueta que carece de cualquier interés. Leif y Kristoffer la observan ahora con una atención muy diferente a la que solían prestarle, ella lo advierte, lo registra, pero le da igual. Solo hay una cosa que le importa, una única cosa. Tiene que recuperar a su hijo. Por lo menos..., por lo menos debe averiguar lo que le ha ocurrido. La incertidumbre es lo peor de todo.

La incertidumbre y la pasividad.

¿Y ocuparse del asunto ella misma?, piensa Ebba Hermansson Grundt, y esa, en cualquier caso, es una idea algo nueva; nada que la haya acompañado durante todos esos días, durante toda esa oscuridad.

Que ella misma debería actuar. Que esa es la única solución que puede hacer que el vacío deje de crecer.

Porque Dios solo ayuda al que se ayuda a sí mismo. Es probable que esa verdad ya lleve unos días palpitando en su interior, y esta mañana, mientras se levanta a un pálido y nuboso día de agosto, sabe que ha llegado el momento de ponerse en marcha. Una madre busca a su hijo perdido, de eso se trata. Una madre y un hijo. Nada más.

Durante la mañana habla por teléfono con ese policía. Se acuerda de él con bastante nitidez de los días en Kymlinge. Un hombre que rondaba los cuarenta años con una expresión algo melancólica en el rostro. Alto y delgado, le causó buena impresión; quizá incluso fuera inteligente, pero eso es difícil de determinar en las personas calladas.

En cualquier caso, él no tiene mucho que contarle. La investigación continúa, pero no oculta que ya no le ponen tanto empeño. Aun así, algo en su voz le inspira confianza: «Han investigado todo lo que de forma razonable se puede pedir —dice—, pero sin llegar a ningún sitio». Solo él ha hablado con más de cien personas que tenían algún tipo de relación con Henrik o Robert; pero el misterio de lo que sucedió durante aquellos días de diciembre sigue sin esclarecerse, igual que el primer día. Resulta lamentable, por supuesto, muy lamentable, pero así están las cosas. A veces uno se ve en situaciones como esta, pero eso no quiere decir que haya que perder la

esperanza. Los molinos de Dios son lentos, pero muelen; ha visto casos en los que han aparecido detalles decisivos dos, cinco o diez años después de que la policía hubiera dejado de investigar.

«¿Eso quiere decir que habéis dejado de trabajar en el caso de Henrik? —quiere saber Ebba —. ¿Que solo estáis esperando a que aparezca algo?» «En absoluto», le asegura el inspector Barbarotti. En absoluto.

Ebba le da las gracias y cuelga. Permanece sentada un rato mirando por la ventana, sin moverse. Hay que cortar el césped, Kristoffer prometió hacerlo durante el fin de semana, pero surgió algo. Siempre surge algo con Kristoffer. Pero eso tampoco le importa. El jardín se abre a una estrecha franja de bosque, y recuerda que a Henrik de pequeño le daban miedo los árboles. Cuando tenía dos o tres años, los árboles y la oscuridad. El recuerdo le viene a la cabeza muy rápido, aunque no es algo en especial representativo. Henrik era un chico atrevido, nunca tenía miedo ni al bosque ni a los trols; Kristoffer era mucho más miedica. Las bolsas de Konsum se mecen en su interior, le causan un terrible dolor, pero no debe quedarse más tiempo ahí sentada: una buena madre no se queda sentada esperando a su hijo perdido, una buena madre sale a buscarlo incluso debajo de las piedras si hace falta, hasta encontrarlo. Así es.

Pero ¿por dónde? ¿Por dónde debe Ebba comenzar su búsqueda?

¿Kymlinge? Bueno, habría sido sin duda lo más lógico, si sus padres todavía vivieran allí. Pero no es el caso. Karl-Erik y Rosemarie se marcharon de Allvädersgatan el 1 de marzo para empezar su nueva vida en España, al final ocurrió. Han pasado página en el otoño de sus vidas. Ebba recibe una postal y una llamada telefónica semanales, la postal de su madre y la llamada de su padre. Siempre hace sol, siempre están sentados en la terraza mirando las montañas y una franja de mar, tomando vino dulce de Málaga con cubitos de hielo. En fin, una existencia muy diferente. Si no fuera por lo de Robert y Henrik, se encontrarían en el paraíso, dice Karl-Erik. Si su madre comparte esa idea no le ha quedado claro a Ebba, pero tampoco le importa demasiado. Sus padres están allí al sol sorbiendo vino e intentando olvidar a sus hijos y su Kymlinge y su antigua existencia, es lo que hay, pero menudo giro más extraño que ha dado la vida. ¿Quién podría haber sospechado hace un año que la familia Hermansson se vería en esta situación? En agosto del año pasado todo seguía normal, y ahora..., ¿ahora?, piensa Ebba. Así de frágil es la vida, qué poco sabemos de lo que nos espera de un día para otro. De un año para otro.

Como un huevo que cae de la nevera y se rompe contra el suelo, así de frágiles son nuestros niños.

No, no puede volver a Kymlinge y ponerse a hurgar, eso es obvio. No tendría sentido. Aun así, es eso lo que le gustaría recrear, esa convivencia que reinaba justo antes del día de los cumpleaños, cuando todavía estaban todos; porque si es verdad, piensa Ebba, si realmente es verdad que las cosas guardan relación entre sí, si existe una cadena de causa y efecto en la vida, entonces el germen de lo que pasó —sea lo que sea— debía de haber estado allí ya la primera noche. La segunda también, quizá, cuando Robert, a todas luces, ya había desaparecido pero Henrik aún estaba con ellos. Debía de haber algo en el ambiente, algo que habría podido detectar

si solo hubiera tenido una mínima idea de qué movimientos, qué pensamientos y qué motivaciones hubo en esa casa durante aquellos días de diciembre. Para un observador atento, habría sido posible entenderlo.

¿O no? ¿Cómo fue en realidad? ¿Sabía Henrik, ya cuando estaban en el coche de camino a Kymlinge, que iba a salir aquella noche? ¿Lo sabía Robert? ¿Existía un plan? ¿Existía una relación entre las dos cosas? ¿Quién era esa extraña novia, Jenny, a la que por lo visto la policía no había logrado localizar? ¿No era más que una invención? Y, en tal caso, ¿por qué? ¿Qué era lo que Henrik le ocultaba a su madre? Seguro que existían circunstancias en su vida que ella ignoraba. ¿Qué había pasado durante su primer semestre en Uppsala? Tiene que haber habido...

Las mismas preguntas, la misma búsqueda estéril a tientas; es extraño con qué rapidez y facilidad las sinapsis de su cerebro se han destrozado por las drogas de este virus. Esto es lo que se debe de sentir cuando se aproxima el final de la vida, piensa Ebba, exactamente esto. Interrogantes confusos y vanos sin respuesta. Así de frágiles somos cuando nuestra consciencia al final se rompe de tanto hervir, cuando nuestra propia cáscara de huevo también se hace añicos. Pero no se trata de ella ni de su conciencia. Así que se acabó eso, se acabaron esas consideraciones sensibleras; lo que importa es Henrik, el hijo que grita dentro de ella, descuartizado o no, colgando en... No, sus pensamientos vuelven a desbocarse. ¿Por dónde había empezado? ¿Qué había decidido hacía un momento? Vuelve a observar el césped sin cortar, el jardín con el reloj solar medio derruido, del que el anterior propietario de la casa, el viejo señor Stefansson, estaba tan orgulloso, los oscuros árboles, el inminente otoño..., mientras intenta recuperar ese hilo de pensamiento optimista del que era dueña hace tan solo un instante. ¿Qué era?

Tomar el asunto en sus propias manos, eso era. Recrear aquella noche antes de que ocurriera lo que ocurrió. Actuar, hacer algo, actuar. Eso es. Se levanta y entra en la cocina. Suena el teléfono, pero lo deja sonar. Kristina, piensa. Es con mi hermana con quien tengo que hablar. Kristina, Robert y Henrik se quedaron hablando hasta muy tarde esa noche. Quizá Kristina notara algo... No, en tal caso ya se lo habría dicho a la policía. Y a nosotros. Pero puede que hubiera cosas que... No, cosas no, señales. Señales en las que no reparó, señales que ese policía inteligente, o solo callado, no había conseguido captar. Señales que solo una madre puede entender e interpretar: una palabra, algo que dijo, algo en su manera de... Incluso algo entre Robert y Henrik, que ahora pasado un tiempo podría volver a salir a la luz en una conversación entre dos hermanas, dos hermanas afectadas, ¿por qué no?

Debía hablar con su hermana, no tenía por qué ser más complicado que eso. Por algún sitio se debe empezar, y lo mejor es empezar por lo más sencillo. Así es.

Ahora bien, la relación entre Ebba y Kristina nunca ha sido ni sencilla ni natural, pero en esta ocasión habría que pasar por alto ese detalle.

A los veinte minutos ya ha reservado el billete de tren y la habitación de hotel para tres noches en Estocolmo. El tren sale esa misma tarde, y está claro que si se lo pidiera podría alojarse en casa de Kristina y Jakob, pero no quiere. Su intención es acercarse a su hermana con cautela: la distancia que las separa es demasiado grande, así ha sido desde pequeñas. Quizá este sea el momento de la reconciliación; pero mejor andar con pies de plomo. La cautela es una virtud. Tampoco se molesta en avisar de su visita, bastará con llamarla mañana desde el hotel. No quiere que Kristina se ponga a pensar y planificar y elegir sus palabras con antelación. Si el recuerdo se somete a demasiada presión, esas evocaciones repentinas podrían bloquearse.

Por fin, piensa Ebba, y se mete en la ducha. Por fin algo.

En su interior, una voz grita que nada bueno saldrá de este viaje. Kristina y ella nunca han sido capaces de hablar, siempre han sido como el agua y el aceite, pero Ebba desoye la voz. No escucha a cualquier voz así como así, es el viaje y el hecho de actuar los que hacen que merezca la pena. Como es natural, un par de hermanas deben poder acudir la una a la otra en momentos de necesidad. Las bolsas de Konsum cuelgan en la oscuridad de su interior, hace la maleta y les escribe una nota a Leif y Kristoffer.

Nada sobre el motivo de su viaje y ese tipo de cosas, no lo entenderían de todos modos, solo que se ha ido a Estocolmo para ver a su hermana.

Una fastidiosa lluvia otoñal hace acto de presencia justo cuando está a punto de marcharse caminando a la estación. Pide un taxi. Le da la sensación de que no va a regresar nunca.

Capítulo 26

Una hora y pico después de la conversación con Ebba Hermansson Grundt, el inspector de la policía criminal Gunnar Barbarotti baja a la cafetería de la comisaría para tomarse dos tazas de café y reflexionar sobre la vida.

Es la tercera jornada laboral tras cuatro semanas libres, y no es capaz de recordar otra ocasión en la que le haya costado tanto reincorporarse al trabajo a la vuelta de vacaciones. Ya está metido en varios casos diferentes, entre otros una triste historia en la que el propietario turco de una pizzería se hartó de que una panda de jóvenes xenófobos lo acosara sin descanso y mató a un chico de diecinueve años con un palo de golf. Dos golpes bien dirigidos, uno en cada sien; con un hierro 4. Hasta donde sabe Barbarotti, el hombre tiene intención de alegar defensa propia.

«Una estupidez dar dos golpes cuando habría bastado con uno», dice Eva Backman. Le van a caer seis años más de cárcel. Pero está bien que los inmigrantes hayan empezado a jugar al golf. No hay camino más rápido para entrar en la mercantilista sociedad sueca.

Por su parte, Gunnar Barbarotti nunca ha sostenido un palo de golf entre las manos, pero ha visto quince fotografías de la cabeza destrozada del joven y no sabe qué pensar.

Además, hace mucho calor. El sol canicular abrasa como una plancha que alguien se hubiera dejado encendida sin querer, y eso a pesar de que el mes de agosto ya ha entrado en su segunda quincena. No resulta natural trabajar. Barbarotti ha pasado las primeras semanas de sus vacaciones con sus tres hijos en una casita que le han prestado en Fiskebäckskil, en la costa oeste sueca, y las dos últimas en Grecia. En concreto en Kavala y la isla de Tasos, donde a decir verdad hacía aún más calor, pero donde también había un mar de un azul muy intenso y una mujer llamada Marianne. A esta última la conoció en una taberna ya la segunda noche; andaba a la fuga de una relación frustrada con un profesor de física maníaco-depresivo. Al menos eso era lo que afirmaba y, por una vez, Gunnar pensó que bueno, ¿por qué no? Hacía seis días que se habían despedido en el aeropuerto de Tesalónica con el acuerdo de no llamarse durante un mes. Y que luego ya verían.

En Kymlinge no hay mar ni ninguna Marianne.

En cambio, hay un comisario Asunander que está de un humor inusualmente malo, seguro que debido a que la dentadura postiza no se le mantiene en su sitio por culpa del tiempo. Se muestra más seco e irascible que nunca durante estos días de calor infame de agosto. Hay quien afirma que su perro ha parido cuatro cachorros muertos durante las vacaciones, pero nadie se ha atrevido a preguntárselo.

—¡Los Hermansson! —espeta por ejemplo al tiempo que pone los ojos en blanco cuando Gunnar Barbarotti, con mucha cautela, plantea el tema—. ¡Ni un minuto más sin un cuerpo! ¡O los dos! Prioriza o cambia de trabajo. Objetos perdidos necesita gente.

—Solo quería saber si había sucedido algo durante mis vacaciones —se defiende el inspector.

—¡Suficientes desastres como para no meter las narices en casos medio pres... —grita el jefe de policía—... critos! Dos colegios quemados, cuatro violaciones no resueltas, ocho delitos de lesiones y un atraco de una tienda de..., ¡joder!..., jardinería. ¡Y un turco que se carga a gente con palos de golf!

—Gracias —responde Gunnar Barbarotti—. Entendido.

¿Por qué atracar una tienda de jardinería?, piensa mientras baja en el ascensor. ¿Se les ha acabado el dinero a los bancos? ¿Y ocho meses no son un lapso de tiempo muy corto para que prescriba una doble desaparición?

Pero el caso Hermansson-Grundt está como está. En la elección entre un bollo de canela y una tarta mazarin, opta por el bollo y se arrepiente al instante. Cuando piensa en eso —o sea, en el caso, no en el bollo—, maldita sea, se cuela también en la corriente de su consciencia, al parecer se ha estropeado el aire acondicionado en la cafetería, hace el mismo calor sofocante y pegajoso que en una sauna —y ha pensado bastante sobre eso durante las vacaciones—, opina que todo guarda cierto parecido con una especie de acertijo infame que nadie es capaz de resolver. Gunnar Barbarotti tenía un profesor de secundaria al que le encantaba presentarles ese tipo de enigmas a sus alumnos, sobre todo los viernes por la tarde, para que dispusieran de todo el fin de semana para darle vueltas al problema. No recuerda que fuera capaz de resolver ninguno de esos ejercicios jamás; siempre tenía que ser el propio profesor —¿no se llamaba Klevefjell?— quien mostrara la solución, sumamente elegante, los lunes; una solución que además no siempre entendían.

O sea, un acertijo: Tenemos a dos personas, un tío y un sobrino, que, junto con otros familiares, se reúnen unos días antes de las Navidades para celebrar un cumpleaños. La primera noche el tío se esfuma sin dejar rastro. La segunda noche el sobrino se esfuma sin dejar rastro. ¡Explícalo!

¡Joder!, piensa, y se limpia el sudor de la frente antes de darle un mordisco al bollo de canela. Asunander tiene razón, no sirve de nada dedicar más tiempo a eso. Nunca he estado en una investigación en la que se hayan desperdiciado tantas horas de trabajo con tan malos resultados. ¿No será...? Pues sí, no me sorprendería que el bollo fuera de poliestireno. Siente cómo la masa le hace rechinar los dientes.

Por alguna misteriosa razón esa sospecha levanta un puente hacia su exmujer Helena. Con ella, en cambio, sí ha habido avances. Cuando fue a recoger a los niños para el viaje a la costa oeste, Helena le hizo saber dos cosas: la primera, había conocido a otro hombre; la segunda, estaba a punto de mudarse a Copenhague para vivir con él. Trabaja de instructor de yoga allí.

Aún no ha encontrado el momento para informar a los chicos, Lars y Martin, de esta nueva orientación vital —por diferentes motivos—, y le hizo prometer que no sacaría el tema durante sus vacaciones en Fiskebäckskil.

Cosa que tampoco ha hecho, y desde entonces no ha vuelto a saber nada más del asunto. Quizá los camiones de mudanza ya estén de camino. ¿Lars y Martin?, piensa Gunnar Barbarotti. ¿Qué pasará con vosotros? ¿Me hablaréis en danés dentro de cinco años?

Da otro mordisco al poliestireno. Si los hijos ya no hablan el mismo idioma que sus padres, ¿adónde vamos a ir a parar?

Es una idea que no le resulta fácil valorar. Tal vez sea solo un prejuicio, puede que sea algo normal para mucha gente. En cualquier caso, no es nada por lo que devanarse los sesos un día como este. Seguro que hay más de treinta grados en la cantina. Está a punto de ir a por otro café y un vaso de agua cuando la inspectora Backman se acerca corriendo.

—¡Así que aquí es donde te metes! —exclama en jarras en actitud de reproche—. Acaba de llegar un aviso sobre dos cadáveres en un congelador. ¿Quieres venir?

Gunnar Barbarotti se lo piensa medio segundo. Luego acepta la oferta. Eso de reflexionar sobre la vida tendrá que esperar para otra ocasión y, además, estrictamente hablando, un congelador parece ser lo que más falta le hace un día como este.

Ebba resistió el impulso de bajarse del tren en Uppsala y siguió hasta Estocolmo. Un chico y una chica se subieron y se sentaron en los asientos de delante de ella. Los dos eran morenos, tenían el pelo corto y llevaban gafas; a todas luces debían de ser estudiantes, porque enseguida se pusieron a repasar cada uno sus apuntes, mientras murmuraban y subrayaban cosas. Los contempló a hurtadillas y no podía dejar de fantasear con la idea de que en realidad fuesen compañeros de curso de Henrik. Bien era cierto que el semestre no empezaría hasta dentro de una semana, pero aun así. Cerró los ojos intentando evocar a su hijo en su visión interior, exponerlo ante su ojo materno, pero no salió como quería. Apareció un instante, cierto, pero después desapareció; y cuando se esforzó de nuevo, regresó aunque solo durante un único y fugaz segundo. Resultaba irritante, pero así había sido en los últimos meses. Henrik se había vuelto escurridizo. Cada vez más difícil de captar. ¿Voy camino de olvidar a mi hijo?, pensó aterrada. ¿Por qué no puedes quedarte conmigo, Henrik? ¿Por qué solo resultas de verdad real cuando cuelgas descuartizado en esas bolsas de plástico? Un escalofrío le recorrió el cuerpo y se dio cuenta de que no le quedaba mucho tiempo, de que no podría haber esperado a hacer este viaje ni un minuto más. Eso lo tenía muy claro.

Había telefoneado a Leif desde su móvil, pero no pudo hablar con él más de treinta segundos, luego se cortó la llamada. Leif no había sonado muy sorprendido, pero también era cierto que no solía parecerlo nunca. Se limitó a decirle que Kristoffer y él se las apañarían sin problema, y preguntó cuánto tiempo pensaba estar fuera.

Unos días, había contestado ella, pero no quedó claro si a él le había dado tiempo a oírlo. Bueno, pensó. Que me llame si quiere saberlo.

El tren paró en Knivsta. De repente se acordó de que había hecho una sustitución allí en un instituto durante unas semanas. Fue en enero, en su segundo —¿o cuarto?— semestre de la carrera de medicina. Acababa de terminar una asignatura antes de tiempo y aprovechó el momento para ganar un poco de dinero. Daba clases de matemáticas y biología, y lo que recordaba con mayor intensidad era la cantidad de jóvenes hostiles y la sensación de quedar a merced de fuerzas que era incapaz de controlar. Había necesitado mantenerse en máxima tensión todo el tiempo para lidiar con las clases, y cuando aquello terminó —no debieron de ser más de ocho o diez días en total— y pudo retomar los estudios de medicina, sintió una oleada de gratitud por no haber seguido los pasos de su padre en la docencia.

Pero en aquella ocasión tenía apenas veinte o veintiún años, por Dios, había alumnos que solo eran cinco años más jóvenes que ella.

Aunque lo que en ese instante se le antojó raro fue que ese instituto debía de estar todavía por ahí, en algún sitio al otro lado de la ventanilla del tren. Esas aulas en las que había impartido sus lecciones, esa sala de profesores de color marrón pino con unos mudos sofás de piel y macetas con plantas medio muertas, llenas de polvo; y esos profesores, al menos los más jóvenes... Todo eso existía todavía y había seguido existiendo todo el tiempo desde entonces, todos esos días y horas durante casi veinte años, unos años en los que ella había estado ocupada con su vida, su familia y su profesión. Y por algún motivo, ese pensamiento, comprender eso, le resultó de lo más aterrador, casi una obscenidad, y se dijo que si ahora se bajara del tren y buscara ese instituto y entrase en él, y si consiguiera encontrar esa aula con las grandes manchas de humedad en el techo, por ejemplo, y las incomprensiblemente feas cortinas opacas de color verde, entonces su vida podría cambiar de dirección y tendría la posibilidad de retomarla desde esa época. A mediados de los años ochenta, hace veinte años, sí, sería 1985, el mismo año en el que Leif Grundt apareció en su vida, antes de tener a sus hijos, antes de que todo se hubiese enfilado hacia ese implacable camino que condujo a los terribles acontecimientos de su cuarenta cumpleaños... Pero con que se tirara del tren y saliera corriendo al pueblo de Knivsta, el tiempo giraría sobre su propio eje como una cinta de Möbius y tendría la posibilidad de empezar su vida de nuevo y de dirigirla hacia una dirección por completo diferente, hacia una vida en la que nunca tendría que perder a su amado hijo ni llevarlo colgado en su interior, en ese vacío negro, en dos bolsas verdes y blancas...

Algo les pasa a mis pensamientos, se interrumpió a sí misma en el preciso momento en el que el tren volvía a ponerse en marcha. Algo va mal de verdad. Parece que cualquier cosa puede pedir permiso para entrar en mi cabeza. Y obtenerlo. Tengo que poner límites. Tengo que pararlo. Tengo que... Ya no reconozco mi propia consciencia, y entonces ¿qué..., qué es lo que queda de mi ser? ¿Quién es, y qué es lo que no reconoce?

A modo de antídoto recogió un periódico que alguien había dejado ahí. Se puso a hojearlo,

pero no leyó ni una sola línea, sino que se quedó en su aterrado interior y se dirigió a ese Dios en el que no creía.

Ayúdame, por favor, pidió. No dejes que me vuelva loca. Permite al menos que el encuentro con mi hermana sea un paso en la buena dirección. No me castigues por mi soberbia.

Lo último era una idea que se había colado en su interior durante los últimos días. La soberbia. Que la pérdida de Henrik —o su ausencia— era una especie de prueba de que ella había valorado las cosas equivocadas en su vida. De que había sido egoísta, de que había dejado que la carrera profesional perjudicara a la familia, de que debería haber establecido otras prioridades en general. Clínica e intelectualmente hablando podía, por supuesto, despacharlo como un pensamiento obsesivo automático; era así como se pensaba en situaciones parecidas. Sin embargo, en la oscuridad de su corazón lo sentía como una ecuación que iba ganando cada vez más validez conforme pasaba el tiempo. Ese era el aspecto que presentaba el equilibrio. Ese era el castigo por sus desatenciones.

A las siete y media pasadas hizo el *check-in* en el hotel Terminus, enfrente de la estación central. La habitación estaba en la quinta planta, tenía vistas a toda la zona de las vías, al ayuntamiento y al islote de Kungsholmen, a aguas y puentes cuyos nombres desconocía. Podría mudarme a Estocolmo, se le ocurrió. Si no encuentro a mi hijo, puedo dejar también todo lo demás, ¿total?; buscar un puesto en el hospital de Danderyd o en el Karolinska y entrar en el anonimato absoluto.

Corrió las cortinas, se volvió hacia la habitación y apretó los dientes para no echarse a llorar. ¿De qué coño servían tales delirios ilusorios?, pensó. ¿Por qué intentar convencerse de que sería posible continuar con su vida? ¿Por qué intentar convencerse de que Kristina podría arrojar la más mínima luz sobre nada?

¿Por qué esperar nada en absoluto?

En el minibar dio con dos pequeñas botellas de whisky. Mejor que nada, se dijo mientras desenroscaba la tapa de la primera.

Veinte minutos más tarde y vigorizada por el alcohol, llamó a su hermana. Le contó que llevaba un tiempo de baja y que no se encontraba muy bien; eso, ciertamente, era una novedad para Kristina, pero se limitó a comentarlo con parquedad. Dijo que era normal teniendo en cuenta las circunstancias, o alguna trivialidad parecida. Ebba explicó que estaba en Estocolmo para otro asunto durante un par de días, y le preguntó si no le importaría quedar para hablar.

—¿Hablar de qué? —preguntó Kristina.

—De Robert y Henrik —dijo Ebba.

—¿Y de qué va a servir eso? —repuso Kristina.

A Ebba la invadió una repentina sensación de ahogo. Como si el oxígeno de la pequeña habitación se hubiese consumido en un solo instante.

—Porque... porque parecías entenderte muy bien con Henrik esos días —consiguió articular —. Siempre te has llevado muy bien con él. Se me ocurrió que quizá... que quizá te dijo algo la noche en que desapareció.

Durante unos segundos reinó el silencio. Luego Kristina contestó. No, dijo, no lo había hecho. Claro que no, si lo hubiera hecho, se lo habría contado a la policía y a todos los demás, ¿qué se imaginaba Ebba? Pero si quería pasar por casa el día siguiente por la tarde, claro que podían tomar un té y charlar un rato. Entre la una y las tres le venía mejor, entonces estaría libre tanto del marido como del niño.

Pero que no se esperara que Kristina pudiera aportar nada nuevo.

Ebba le dio las gracias, como si le hubieran concedido una especie de misericordia, y colgó. Después permaneció sentada indecisa unos minutos. Encendió el televisor y vio las noticias un rato. Le daba la impresión de estar encogiéndose. Apagó el televisor, se duchó y se acostó. Eran solo las 21.30. Apagó la luz e inspiró hondo cinco veces como solía hacer para librarse de las preocupaciones y las penas del día.

Pero el sueño no salió a su encuentro como había esperado. En su lugar surgió un recuerdo. Se cristalizó desde la compacta oscuridad que había en su interior y en la habitación y no parecía que se presentara para reconfortarla.

Un verano, hacía varios años. Los chicos tendrían doce y siete. Habían alquilado una casa en Dinamarca para pasar las vacaciones. Fue ella quien lo había organizado todo; un compañero del hospital estaba en Estados Unidos participando en una investigación y no quería que su casa de campo estuviera vacía. Leif y los chicos viajaron a Dinamarca nada más terminar las clases, y ella, por su parte, siguió trabajando hasta la segunda semana de julio. Pero habían quedado en que también iría a verlos cuatro o cinco días para la fiesta de Midsommar.

Leif contaba con la ayuda de Kristina. No porque hiciera falta, sino más bien porque Kristina necesitaba un poco de estabilidad durante unas semanas; estaba sin casa tras una nueva relación amorosa frustrada. Esto fue mucho antes de que Jakob Willnius apareciera en escena.

Para esta celebración de Midsommar, Ebba condujo todo el camino a Dinamarca desde Sundsvall. Cruzó el estrecho de Skagerrak en un ferry nocturno entre Varberg y Grenå, y llegó a la casa, ubicada cerca de la playa de Västerhavet, un poco al norte de Sønderborg, por la mañana temprano. Todo el mundo dormía, no eran más de las seis. Era una casa grande encastrada con gran belleza entre las dunas; solo sabía cómo era y dónde estaba por una explicación de su colega médico y de Leif por teléfono, así que tardó un poco en orientarse. Anduvo con sigilo de habitación en habitación, subiendo y bajando escaleras, y al final dio con toda su familia durmiendo en una gigantesca cama de matrimonio bajo una ventana abuhardillada en el ático. Los cuatro: su marido Leif, su hermana Kristina y sus hijos Henrik y Kristoffer. Los chicos estaban acostados en el centro, y Kristina y Leif en cada extremo, y había algo en esa imagen, en

esa agrupación, que hizo que su corazón perdiera el compás. Miraban todos en la misma dirección, como cucharas en un cajón de la cocina, Leif el de más atrás. Habían quitado el edredón, que se veía arrugado a sus pies. Podía observar sus cuerpos durmientes: los chicos en pantalones cortos, su marido el gerente de supermercado en pijama, Kristina en bragas y camiseta, todos tocando ligeramente al que tenían delante, solo un roce leve; y todo respiraba una armonía y una tranquilidad tan profundas que algo empezó a crecer en su garganta. Era como un cuadro, como un idílico cuadro de una familia feliz.

Permaneció de pie contemplando la escena, tragando saliva una y otra vez, pero las preguntas que quería reprimir de esa manera subieron como la espuma de todos modos: «¿Por qué no estoy entre ellos? ¿Por qué nunca —nunca jamás— hemos dormido así Leif y yo con los chicos? ¿Por qué estoy aquí de pie?».

Y también: «¿Por qué soy yo quien está aquí de pie?».

No los despertó. Bajó la escalera sin hacer ruido y localizó una cama en otra habitación, se acostó y se tapó con una manta. Cuatro horas más tarde, Leif la despertó al entrar con una taza de café y un bollo. Se quedó mirándola sorprendido y preguntó si tenía alergia; ella afirmó que debía de haber algún tipo de polen en el aire, pues había gastado un paquete entero de pañuelos durante el viaje.

No, resultaba evidente que ese recuerdo no se había presentado para reconfortarla.

Capítulo 27

La mujer era menuda y tenía el pelo rubio rojizo.

A Gunnar Barbarotti le hizo pensar en una corredora de maratones. Delgada como una varilla de mimbre, sin un solo gramo de más en el cuerpo. Estaba sentada en la silla con la espalda recta y las manos entrelazadas sobre la mesa. La mirada de sus ojos verdes era abierta y vigilante.

Treinta y cinco, estimó. Dotada de una gran fuerza de voluntad, en su vida sin duda había habido de todo un poco.

La saludó con un movimiento de cabeza. Ella se levantó y le dio la mano. Primero a él y luego a Eva Backman. Tillgren, el policía en prácticas, cerró la puerta detrás de ellos.

—¿Qué le parece si nos presentamos brevemente para empezar? —propuso—. Yo soy Gunnar Barbarotti, y esta es mi compañera Eva Backman.

Se sentaron. Eva activó la grabadora y repasó las formalidades antes de indicarle a la mujer que ya podía comenzar a hablar.

—Me llamo Linda Eriksson. Vivo en Gotemburgo.

Eva Backman alzó un pulgar en señal de que el sonido se grababa sin problemas en la cinta.

—Trabajo como fisioterapeuta en el hospital de Sahlgrenska. Tengo treinta y cuatro años, estoy casada y tengo dos hijos... ¿Eso es suficiente?

—Es suficiente —confirmó el inspector—. ¿Puede contarnos por qué está aquí?

Ella carraspeó y tomó carrerilla.

—Estoy aquí porque tengo una hermana —empezó—. O tenía una hermana, mejor dicho. Jane, se llama Jane... Nuestro apellido era Andersson de pequeñas, pero ella cambió a Almgren cuando se casó. No sé muy bien cómo..., emmm. Perdone.

—Beba un poco de agua —sugirió la inspectora Backman.

—Gracias.

Se sirvió agua en el vaso y la tomó de un trago. Suspiró y volvió a entrelazar las manos.

—Bueno, el caso es que mi hermana Jane falleció hace unas semanas. La atropelló un autobús en Oslo. No sé..., no sé qué hacía allí. Vivía en Kymlinge desde hacía un par de años. Mi hermana no estaba bien de salud.

—¿No estaba bien de salud? —repitió Barbarotti.

—No. Tenía un trastorno de personalidad, que lo llaman, y llevaba bastante tiempo arrastrándolo.

—¿Cuántos años tenía su hermana? —preguntó Eva Backman.

—Treinta y seis. Dos más que yo. No sé por dónde empezar, es una historia un poco larga.

—Tenemos tiempo de sobra —le aseguró Barbarotti—. ¿Por qué no comienza por el principio?

Linda Eriksson asintió con la cabeza y bebió un poco más de agua.

—Vale —dijo—. Bueno, supongo que se puede decir que vengo de una familia con problemas.

Intentó mostrar una sonrisa de disculpa, como si quisiera pedir perdón por la mera existencia de dicha familia. A Barbarotti le invadió una oleada de simpatía hacia esa mujer frágil pero fuerte. Decidió, sin ser en realidad consciente de ello, no cuestionar nada de lo que dijera.

—Aunque esto, claro, se lleva la palma —continuó—. Somos tres hermanos, yo soy la pequeña. Mi madre lleva varios años ingresada en un psiquiátrico; a mi hermano Henry, el mayor, le quedan al menos dos de cárcel de su última condena, y luego está Jane. A mi padre no lo llegué a conocer. Henry y Jane tienen otro, pero está muerto. O sea, somos medio hermanos. Tengo entendido que mi padre es inglés... No sé si es verdad, pero mi madre solía decirlo.

—Pero ¿se criaron juntos? —quiso saber la inspectora—. ¿Sus medio hermanos y usted?

—Por temporadas.

—¿Dónde? —preguntó Barbarotti.

—Por todas partes. Creo que viví en diez lugares diferentes durante mis primeros quince años de vida —contestó Linda Eriksson con una sonrisa rápida—. Dos años aquí en Kymlinge, por ejemplo. Henry tiene ocho años más que yo, se marchó de casa bastante pronto. Pero Jane y yo..., pues sí, crecimos como hermanas. Es que no nos teníamos más que la una a la otra, la verdad.

—Centrémonos en Jane —propuso el inspector—. ¿Mantenían una buena relación también de adultas?

Linda Eriksson negó con la cabeza.

—No, por desgracia no. Resultaba imposible. Seguir relacionándose con Jane habría sido como..., bueno, como dejarse arrastrar al fondo por alguien que está a punto de ahogarse.

—¿Por qué? —quiso saber Eva Backman.

—Porque Jane era como era. Empezó ya en el colegio, le dio muy pronto a las drogas... de todo tipo. Estaba permanentemente obsesionada consigo misma y sus problemas; por lo visto eso forma parte de su perfil clínico. A partir de los dieciocho años pasaba de un centro de rehabilitación a otro, fue entonces cuando comenzamos a perder el contacto. Aunque al final siguió un tratamiento que parecía funcionar, al menos pudo salir del círculo de la droga y conoció a un hombre. También cabe decir que nuestra madre estaba muy mal. Me fui de casa en primero de bachillerato; los servicios sociales y un psicólogo del colegio me ayudaron a encontrar mi propio apartamento.

—¿Y Jane? —preguntó Gunnar Barbarotti.

—Bueno, pues Jane se fue a vivir con ese tal Germund. Se casaron y tuvieron dos hijos. Se

mudaron a Kalmar. Creía que les iba bien, pero cuando los visité al cabo de un par de años me di cuenta de que estaba equivocada. Ninguno de los dos tenía un trabajo de verdad, y resultó que él, claro, también era extoxicómano. Se habían metido en algún tipo de secta y hacían un montón de cosas muy raras. Solo los visité en esa ocasión, y medio año más tarde me enteré de que todo se había ido al traste. Jane había intentado matar tanto al marido como a los niños, detrás había algún tipo de historia de celos, y todo acabó con que la condenaron a ingresar en un centro psiquiátrico penitenciario y perdió el derecho de visitas a los niños.

—¿Y la custodia se la concedieron al marido?

—Sí. Al parecer, se consideró que él sería capaz de responsabilizarse de ellos. Pero no sé, hubo bastantes líos también después de eso... Aunque sobre todo por culpa de Jane.

—¿Tuvo contacto con ella, o con ellos, durante esa época? —preguntó Backman.

—Muy poco. Era mi madre la que me tenía al tanto. Y no siempre con información del todo fiable. En cualquier caso, Germund se marchó al extranjero con los niños hace..., bueno, hará unos dos años ya, y creo que Jane nunca fue capaz de averiguar dónde vivían. Entraba y salía de varias instituciones, pero hace un año y pico salió y consiguió arreglárselas de alguna manera. Siempre de baja, claro, pero que yo sepa o, mejor dicho, que yo supiera, se iba apañando. Aunque, naturalmente, no tenía ni idea... de esto. —Hizo un gesto con las manos y volvió a mostrarse apesadumbrada. Como si fuese ella quien había fallado, y ese descuido fuera lo que había conducido a la catástrofe.

—¿Cuánto tiempo hace que no tenía contacto con su hermana? —preguntó Barbarotti.

—Llevaba más de un año sin verla, pero hablábamos por teléfono. La última vez fue en marzo.

—¿De qué hablaron entonces?

—Quería que le prestara dinero. Me negué y me colgó.

—¿Cuándo se enteró de su muerte?

—El mismo día en que murió. Me llamaron del hospital de Oslo. Al parecer, tenía mi número apuntado en un papelito en su monedero.

—¿El veinticinco de julio?

—Sí. Acabábamos de pasar dos semanas de vacaciones en Alemania. Mi marido es de allí.

—Cuéntenos lo que pasó después —le pidió Eva Backman.

—Bueno, me tuve que encargar de todos los asuntos prácticos. Fui a Oslo a identificar el cuerpo y me puse en contacto con la funeraria para organizar el entierro y el reparto de bienes y esas cosas. No me molesté ni siquiera en intentar que mi hermano o mi madre me echaran una mano, pero al menos fueron al entierro. Tres familiares, dos funcionarios de prisiones y un cuidador, no fue un espectáculo muy alegre.

—¿Cuándo tuvo lugar el entierro?

—El cuatro de agosto.

—¿Aquí en Kymlinge?

—Sí. Es que ella vivió aquí los últimos años.

—¿Y luego?

—Bueno, luego quedaba el apartamento. Conseguí convencer al casero para no tener que pagar más que media mensualidad del alquiler si lograba sacarlo todo para el día quince, y vine el lunes pasado para empezar a recoger y limpiarlo...

Eva Backman echó un vistazo a su cuaderno.

—¿Fabriksgatan veintiséis, es la dirección correcta?

—Sí, es correcta. Había cogido tres días libres para hacerlo. No tenía muchas pertenencias, pero, aun así, esas cosas llevan su tiempo. Decidí deshacerme de todo. Contraté una empresa de transportes para que vinieran a recogerlo y llevarlo a diferentes instituciones de caridad o directamente al vertedero... Es cierto que era mi hermana, pero es que no tenía fuerzas para ponerme a hurgar en su triste vida. Tampoco había guardado nada que mereciera la pena conservar. No había álbumes de fotos ni nada parecido.

—¿Y sus niños y el exmarido?

—Hablé con la policía y un par de asistentes sociales, y estuvimos todos de acuerdo en dejarlos en paz. No ganaban nada metiendo a Jane en sus vidas otra vez. Puede que parezca un poco cínico, pero fue lo que decidimos.

—¿Cuántos años ha dicho que tienen los niños? —preguntó Eva Backman.

—Diez y ocho.

—Suena como una decisión sensata —indicó el inspector—. O sea, que estaba recogiendo el apartamento y fue entonces cuando...

Linda Eriksson cerró los ojos durante un instante. Inspiró hondo como para buscar fuerzas. Los finos hombros dentro del vestido verde de algodón subieron y bajaron. Barbarotti pensó de nuevo que esa era una mujer admirable. Su vida había empezado desde los peores puntos de partida posibles, pero había salido adelante. Intercambió una mirada con su colega y le pareció ver que ella compartía su opinión.

—Sí. He empezado con las habitaciones, y he dejado la cocina para el final. O sea, ha sido esta mañana y, bueno, cuando me he puesto a vaciar el congelador he descubierto esos... dedos. Disculpen.

Un escalofrío recorrió su delgado cuerpo, y por un segundo Barbarotti temió que fuera a vomitar sobre la mesa. Pero se recuperó. Sacudió la cabeza y tomó un poco de agua. Eva le puso la mano sobre el brazo.

—Gracias. Perdónenme, pero creo que sigo en estado de shock. Ha sido espantoso darme cuenta de lo que había en esa bolsa de plástico...

Gunnar Barbarotti esperó sin decir nada y le hizo un gesto a su compañera para que también guardase silencio.

—Era un brazo. Cortado a la altura del codo. Una bolsa de ICA, una de esas rojas y blancas, creo que me he quedado mirándola durante al menos diez minutos antes de que se me ocurriera

hacer nada. Es que había empezado a sacarlo todo del congelador y a meterlo en una bolsa grande para llevarlo al cuarto de la basura, y si esos dedos no hubieran asomado, quizá no me habría dado ni cuenta... Pero entonces he abierto una bolsa más, y al principio no he caído en lo que era, pero al cabo de un momento he visto que se trataba de un trozo de pelvis.

Se calló. Pasaron unos segundos.

—¿De un hombre? —preguntó Eva Backman.

—Sí, de un hombre.

Un movimiento al otro lado de la ventana captó la atención del inspector por un instante. Giró la cabeza y descubrió una urraca que se acercó volando y acabó posándose en el alféizar. ¿Por qué aterrizas ahí?, pensó desconcertado. ¿Eres un explorador del Diablo o de qué va esto?

Gunnar Barbarotti nunca había albergado duda alguna sobre la existencia del Diablo. Era la potencial existencia de Dios la que le traía de cabeza.

—Ejem, bueno —Eva Backman carraspeó—. Y después ¿qué ha hecho? Entiendo que debe de haber sido un shock.

—Sí, desde luego —afirmó Linda Eriksson—. Primero he salido corriendo al baño a vomitar, y después me he tranquilizado y he llamado a la policía. Bueno, y entonces, mientras los esperaba, he abierto otra bolsa más. No sé por qué lo he hecho, quizá porque sospechaba lo que podía ser y quería confirmarlo... Era una cabeza. Me he ido corriendo al baño para vomitar una vez más, y ya me he quedado allí hasta que ha llegado la policía.

Gunnar Barbarotti se incorporó en la silla.

—¿Y sabe que se trataba de dos cuerpos?

—Sí.

—¿Que su hermana por algún motivo guardaba en su congelador?

—Sí.

—¿Tiene alguna idea de por qué lo haría?

—No.

—¿Tiene alguna idea de a quiénes pertenecían esos cuerpos?

—No.

—¿Le han dejado verlos?

—Sí. Los agentes me han preguntado si estaba dispuesta a hacerlo y he dicho que sí, que quería intentarlo... Bueno, o sea, he visto las cabezas.

—¿Y?

—Nada, no he reconocido a ninguno de los dos. No estaban en muy buenas condiciones, pero se veía que eran dos hombres.

—Entiendo.

Gunnar Barbarotti echó un nuevo vistazo a la urraca que al parecer había visto y oído lo suficiente, porque batió las alas y alzó el vuelo. Sintió que a él le pasaba lo mismo: ya había oído

suficiente. Y durante un instante deseó haber tenido alas. La inspectora Backman se inclinó hacia delante para volver a poner una mano en el brazo de Linda Eriksson.

—¿Alguna vez había mostrado su hermana tendencias violentas?

Linda dudó. La dejaron dudar.

—No sé muy bien qué contestar —dijo al final—. Como les he contado, intentó matar a su familia, de hecho, creo que..., creo que...

—¿Sí?

—... que hay que tener claro que Jane era una persona enferma de verdad. No debería haber podido andar libremente por la calle, por su propio bien y por el de los demás. Pero supongo que están familiarizados con la situación de la asistencia psiquiátrica en este país, ¿no? Que salgan todos los locos a la calle y ya está. Causarán algunos daños y algo de sufrimiento, pero no durarán mucho. A la sociedad le sale más barato a la larga.

Gunnar estaba en gran medida de acuerdo con esa crítica, y sabía que Eva también, pero optó por no comentar el análisis de Linda Eriksson.

—Es lo que hay —dijo en su lugar—. Es evidente que muchas cosas deberían estar organizadas de otra manera, quiero decir respecto a la asistencia sanitaria en este país. Aunque en lo que nos concierne a nosotros tenemos que centrarnos en tratar de aclarar lo que ha pasado. Lo más probable es que necesitemos hablar con usted en más ocasiones. ¿Dónde la podemos localizar?

Linda Eriksson se echó a llorar por primera vez. La inspectora Backman le tendió unos cuantos pañuelos de papel. Se sonó la nariz y se limpió los ojos.

—Me gustaría volver a Gotemburgo para estar con mi familia —anunció con voz débil—. Si puede ser.

Barbarotti cruzó otra mirada con su colega, quien le respondió con un pulgar levantado.

—Ningún problema. Tenemos su dirección y su número de teléfono. Seguramente la llamaremos mañana mismo. ¿Cómo piensa ir a Gotemburgo?

—Mi marido vendrá a buscarme en cuanto lo llame. Solo se tarda una hora. Bueno, dos si es ir y volver, claro.

Barbarotti asintió con la cabeza. Eva Backman también.

—Hay una salita de descanso aquí al lado. ¿Le parece bien esperar ahí mientras tanto?

—Gracias —respondió Linda, y acompañó a la inspectora.

Pobre mujer, pensó Gunnar Barbarotti. Si hubiera empezado por la cocina, se habría librado de limpiar el resto del apartamento.

—¿Qué opinas? —preguntó Eva Backman media hora más tarde, tras hundirse en el sillón de visitas que había en el despacho de Barbarotti.

—¿Y tú?

—Grotesco —contestó ella—. Absolutamente grotesco.

—¿Crees que los descuartizó en la cocina?

—En el baño, según Wilhelmsson. Había rastros claros.

—¿En la bañera?

—En el suelo más bien, la hermana había fregado a conciencia, quizá Jane también, por cierto. Pero la sangre es sangre.

—¿Cuánto tiempo hace?

—No podía afirmar nada. Pero hace bastante, por lo visto.

—¿Y estamos seguros de uno de los dos?

—Tú lo has visto, ¿no?

Gunnar Barbarotti asintió con la cabeza. Aunque el rostro no se encontraba en muy buenas condiciones, no cabía demasiada duda. Una de las cabezas pertenecía a Robert Hermansson, desaparecido desde el 20 de diciembre del año anterior. Ocho meses casi, a falta de unos pocos días.

—¿Y no crees que deberíamos haberle preguntado si estaba al tanto de algún vínculo?

—¿Entre su hermana y la familia Hermansson?

—Sí.

—No, no lo creo. No hasta que estemos seguros al cien por cien. Pero si nos lo confirman antes de que se vaya, entonces le haré un par de preguntas más. ¿Qué piensas del otro?

Eva Backman se encogió de hombros.

—También nos lo confirmarán dentro de un par de horas. No pienso nada. Puede que sea Henrik Grundt o puede que no. Wilhelmsson dice que ese cuerpo se halla en peor estado. Sobre todo la cabeza. Parece que estuvo pudriéndose unos días antes de que lo empaquetara y lo metiera en el congelador.

El inspector Barbarotti se reclinó en la silla con las manos entrelazadas detrás de la nuca. De pronto sintió como un inmenso cansancio lo iba invadiendo. Y una enorme impotencia. Inspiró hondo para mejorar la oxigenación.

—Y si resulta que no es Henrik Grundt el segundo cuerpo... —repuso con una especie de callada y perversa meticulosidad—, entonces será otro pobre diablo el que ha tenido el placer de que nuestra amiga Jane Almgren lo matara y descuartizara. ¿Es eso lo que estás diciendo?

—No, el que lo dice eres tú —constató Eva más o menos con el mismo tono de voz—. Pero en cuanto a los hechos estoy de acuerdo. O es Henrik Grundt o no es Henrik Grundt. En el segundo caso se nos abrirá otro interrogante que resolver.

Gunnar Barbarotti echó un vistazo al reloj y reflexionó.

—Bergman ha empezado a elaborar una lista —informó—. Una lista de gente con la que debemos hablar. Vecinos y asistentes sociales y terapeutas y todo tipo de personas...

—¿El marido?

—También. Si conseguimos encontrarlo. Y la madre y el hermano. Hace una hora su lista ya

ascendía a cincuenta y dos nombres. Justo una baraja. Lo que me pregunto...

—¿Sí?

—Me pregunto si no te apetecería que nos escabulléramos un momento a Älgen a tomar una cerveza y un bocadillo antes de que todo se ponga en marcha. Me temo que hoy nos tocará trabajar hasta muy tarde.

Eva suspiró.

—Una cerveza fría antes de la guerra —comentó—. Bueno, no es mala idea. Solo tengo que llamar a casa y avisar a la familia antes.

—Bien. Yo necesito intercambiar algunas palabras con Sara también.

La inspectora Backman se levantó, pero en lugar de abandonar el despacho se quedó mirando unos instantes por la ventana con expresión ausente. Luego dirigió sus ojos de color azul intenso a su compañero.

—¿Sabes lo que pienso, Gunnar?

Él hizo un gesto con las manos esperando su respuesta.

—Pienso que todo esto me resulta completamente absurdo. Madre mía, cómo se van a poner los tabloides en cuanto le hinquen el diente a una historia así. ¡Celebridad televisiva hallada muerta en un congelador! ¡Descuartizado y empaquetado! Joder, Gunnar, debería haber hecho lo que me dijeron: encargarme de la zapatería de mi viejo y casarme con Rojne Walltin.

—¿Quién coño es Rojne Walltin?

—¿No te he hablado de Rojne?

—Nunca.

—Lleva una cadena de tiendas de zapatos en Borås y Vänersborg. Si nos hubiésemos juntado, nos habríamos hecho casi con un monopolio. Y, de hecho, me lo pidió.

—Tenéis problemas, Ville y tú, ¿o qué?

—Para nada. Bueno, no más de los habituales.

—Bien, entonces vete a llamarlo y le dices que te ha tocado el turno de tarde-noche. Al menos no tendrás que jugar al hockey sala.

Eva asintió con la cabeza y salió del despacho. Gunnar permaneció un rato con los pies encima de la mesa reflexionando sobre si debería formular una oración existencialista a Nuestro Señor. Pero ni las palabras ni los puntos adecuados querían hacer acto de presencia, de modo que lo dejó estar. De momento, Dios se hallaba con claridad por encima del límite, en gran parte gracias a Marianne y Grecia, donde había avanzado sus posiciones de forma considerable; y en lo más profundo de su ser, Barbarotti también había empezado a escuchar una voz que, a intervalos regulares, pronunciaba la seductora pero insidiosa verdad de que era más fácil encontrarse a gusto en el mundo si en realidad existía en él un poder superior de actitud benévola.

Y que quizá a dicho poder —al menos a la larga— no le haría mucha gracia ver cuestionada su existencia todo el rato.

Contento con ese análisis de usar y tirar marcó el número de casa para hablar un poco con su hija. No contestó, pero le dejó un mensaje en el contestador avisándola de que trabajaría hasta tarde.

El hecho de que ese trabajo se centraba en partes descuartizadas y congeladas de dos personas era algo que pasó por alto como el buen y considerado padre que, a pesar de todo, era.

Capítulo 28

Ebba Hermansson Grundt bajó del metro en la estación de Skogskyrkogården. Cogió el paso subterráneo por debajo de la carretera de Nynäs, según las indicaciones que se le habían proporcionado, y entró en el barrio de Gamla Enskede. Nunca había ido a casa de su hermana, y enseguida le sorprendió la elegancia de la zona. Leif y los chicos habían estado hacía un par de años, pero a ella le había surgido un imprevisto, ya no se acordaba de lo que había pasado, seguramente algún compañero que se había puesto enfermo.

Los antiguos chalés de madera eran más grandes y tenían más encanto de lo que se había imaginado; con jardines de dimensiones generosas y árboles cargados de frutas. Comparándolo, sin querer, con su propio nivel de vida en Sundsvall, se dio cuenta de que Kristina sin duda se hallaba un par de escalones por encima de ella en la escala social.

Pero no fue más que una observación automática, nada que le preocupara o que le dejara una espina clavada. Tras la desaparición de Henrik ya no quedaba sitio para más espinas. Por su parte, estaría dispuesta a pasar el resto de sus días en un apartamento minúsculo en cualquier barrio del extrarradio por humilde que fuera con tal de que regresara su hijo. O de acortar su vida, ¿por qué no?, a cambio de que Henrik pudiera vivir.

Pero, claro, con este tipo de ecuaciones pasaba lo que pasaba. Es decir, que no existían en la vida real.

Enfiló Musseronvägen mientras pensaba que debería haber comprado unas flores o algo. Siempre venían bien, ¿y no acababa de pasar una floristería hacía apenas cinco minutos? Al lado de esa pequeña plaza. Se detuvo y miró el reloj. Advirtió que todavía era pronto, por lo que volvió atrás.

Entonces se dio cuenta de que durante un breve y amedrentador instante se le había olvidado el motivo de su visita.

—Gracias —dijo Kristina, consiguiendo de alguna forma que su sorpresa sonara sincera—. No tendrías que haberte molestado. Y además se me dan fatal las plantas.

—Es una orquídea. Solo necesita un poco de agua una vez al mes.

—Perfecto. Entonces al menos sobrevivirá un mes.

—Dicen que hay más de tres mil especies diferentes —comentó Ebba.

—¿Tantas? —contestó Kristina.

Menos mal que la he comprado, pensó Ebba; eso nos ha dado algo de lo que hablar de entrada.

Kristina iba delante guiando hacia un porche acristalado que daba al jardín. Sobre la mesa ya había café y algún tipo de bizcocho; le indicó a Ebba que se sentara en una de las butacas de mimbre. Nada de enseñar la casa, nada de ceremonias. Tampoco Ebba lo había esperado. Hasta que se sirvió el café y lo probó no reparó en que su hermana estaba embarazada. Aún no se le notaba la barriga, pero había algo en su forma de sentarse, con las piernas un poco abiertas y la espalda muy recta.

—¿Estás embarazada?

Kristina asintió con la cabeza.

—Felicidades. ¿De cuánto?

—Doce semanas.

Había algo más también, pensó Ebba de repente. Sus ojos no tienen el mismo aspecto de siempre. Algo le preocupa. Y tiene las mandíbulas muy tensas, da la impresión de que esto le resulta desagradable.

Le sorprendió ser capaz de hacer ese tipo de observaciones, teniendo en cuenta hasta qué punto estaba obsesionada con lo suyo. Pero quizá pasa eso con los hermanos, pensó. Nos calamos de una ojeada, queramos o no; es parte de la naturaleza de las cosas.

Aunque, por otro lado, tal vez no fuera tan raro que a Kristina no le hiciera mucha gracia esta visita. Ebba lo comprendía. Durante toda su vida había sido inferior a su hermana mayor, o de todos modos así es como debía de haberse sentido, sobre todo durante la adolescencia; pero al menos se había llevado bien con los niños. O sea, con los niños de Ebba. Así que la desaparición de Henrik naturalmente también le había afectado mucho. Y la de Robert. Kristina y Robert, recordó de repente, siempre habían tenido una relación muy estrecha; era ella quien se había distanciado de sus hermanos. Era ella la que había creado una línea fronteriza y la que se había asegurado de que no se traspasara. Mientras esperaba que encontraran la manera de entablar algún tipo de diálogo, esas irrefutables verdades recorrieron su cabeza y notó que le crecía un nudo en la garganta. ¡Espabílate!, pensó con una mezcla de irritación y miedo, ¡ni se te ocurra ponerte a llorar ahora, cualquier cosa menos eso!

Puede que Kristina percibiera su fragilidad —a lo mejor la calaba con esa mirada entre hermanas—, porque de pronto hizo algo muy inusual en ella. Ebba no era capaz de recordar ni una sola vez en que lo hubiera hecho antes: Kristina se inclinó hacia delante en la silla y le acarició el brazo.

Solo eso.

Fue un gesto cuya realización no duró más que un segundo, pero dio testimonio de algo que de momento no podía describirse con palabras, pensó Ebba. Sintió un repentino vértigo. Se lo quitó parpadeando antes de mirar a los ojos de Kristina. De nuevo percibió esa inquietud, esa

expresión tensa, que para nada armonizaba con la caricia del brazo. Tengo que empezar ahora, pensó. Tengo que empezar a hablar ahora, el silencio tiene sus limitaciones.

—No sé por qué estoy aquí. A decir verdad.

—Yo tampoco —replicó Kristina.

—Tal vez solo sea porque no soporto estar sin hacer nada.

—Nunca se te ha dado bien no hacer nada.

Ebba carraspeó. Ese nudo que crecía dentro de su garganta no quería ceder del todo.

—Es que me cuesta mucho soportarlo, Kristina. Creí que a lo mejor me acostumbraría con el tiempo, pero no es mi caso. No hace más que ir a peor.

Su hermana no contestó. Se mordía el labio inferior mientras mantenía la vista fija en algún punto situado encima y detrás de la cabeza de Ebba.

—Cada día que pasa es peor. Tengo que averiguar qué es lo que le ha ocurrido a Henrik.

Kristina alzó las cejas un milímetro.

—No entiendo muy bien...

—¿Qué es lo que no entiendes?

—De qué va a servir.

—Yo tampoco sé de qué va a servir, pero esperar sin hacer nada me vuelve loca.

—¿Loca?

—Sí, la verdad es que sí. La inactividad me vuelve loca. Tiene que...

—¿Sí?

—Tuvo que pasar algo con Henrik durante aquellos días. Algo que..., bueno, algo en lo que no reparé.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que el hecho es que Henrik decidió salir esa noche.

—Sí, eso parece.

—Quizá lo había decidido mucho antes. Y... y ya que tú hablaste bastante con él, ¿no es posible que advirtieras algo? Ese es mi planteamiento.

—No advertí nada especial, Ebba —respondió Kristina con la mirada todavía clavada en ese punto—. Y te lo he dicho ya cien veces.

—Sé que me lo has dicho. Pero si lo piensas ahora con el tiempo que ha pasado, ¿realmente no te viene nada a la cabeza?

—No.

—Pero tiene que haber...

—Por favor, Ebba, ¿no crees que ya he pensado en esto? Si apenas he podido hacer otra cosa desde que pasó. Le he dado vueltas día y noche.

—Entiendo. Pero ¿de qué hablasteis?

—¿Cómo?

—¿De qué hablasteis Henrik y tú?

—De todo un poco.

—¿De todo?

—Sí.

—¿Por ejemplo?

—Por ejemplo, de Uppsala. No me gusta que me interrogues, Ebba.

El nudo que crecía en su garganta amenazó de repente con quebrarse.

—Ya, pero ¿qué quieres que haga, Kristina? Dime qué quieres que haga. No me ayudas nada.

Kristina dudó un segundo. Bajó los ojos y se encontró con la mirada de su hermana.

—No te ayudo porque no puedo hacerlo —repuso despacio, casi como si hablara con un niño —. De verdad que no hay nada que dijera o hiciera Henrik que pueda explicar lo que pasó. ¿Por qué iba a ocultarte nada, Ebba? Dímelo, por favor.

—No sé —dijo ella—. No, claro que no pienso que me ocultes nada. ¿Hablasteis de... de mí?

—¿De ti?

—Sí. O de las relaciones familiares en general. Quizá salieron temas que serían delicados para mí... En tal caso, te pido, Kristina, que no tengas ese tipo de consideraciones. Me es completamente irrelevante si...

—No hablamos de ti, Ebba. Ni de la familia tampoco.

Ebba hizo una pausa mientras manoseaba con torpeza la taza de café. Luego volvió a dejarla en el platillo sin haber bebido nada.

—¿Y Uppsala? ¿Qué comentasteis de Uppsala?

—Henrik habló un poco de los estudios. De cómo vivía y eso.

—¿Y de Jenny?

—Sí, la mencionó.

—¿Y?

—Me dio la impresión de que tampoco era una relación muy seria.

—¿Sabes que la policía no ha logrado contactar con ella?

—¿Qué quieres decir?

—No han encontrado a esa chica.

—Ah, ¿no?

—¿No es extraño?

—¿Por qué te parece extraño?

—Ni siquiera tenía su número de teléfono apuntado en ningún sitio.

—¿Qué quieres decir, Ebba?

—No quiero decir nada. Solo digo que me resulta extraño.

—¿Crees que Jenny tiene algo que ver en la desaparición de Henrik?

Ebba, resignada, se encogió de hombros.

—No lo sé. Es que es tan terriblemente raro todo... ¿Y qué papel juega Robert en esto?

Kristina suspiró.

—Por favor, Ebba, esto no conduce a ningún sitio. Es como dices, lo que ha sucedido resulta imposible de entender. Era incomprensible entonces y lo sigue siendo ahora. No sirve de nada hurgar en ello, ¿no lo entiendes? Debemos continuar con lo que nos queda, centrarnos en otras cosas... Si alguna vez nos enteramos de lo que les pasó a Robert y a Henrik no será por lo que hagamos o dejemos de hacer nosotras. Tienes que usar tu energía para seguir adelante, Ebba, no para mirar hacia atrás.

—¿Estás diciendo que no me quieres ayudar?

—Estoy diciendo que no te puedo ayudar.

—Pero ¿tú qué crees, Kristina? Eso sí puedes contármelo al menos, ¿no? ¿Qué crees que les pasó a Robert y a Henrik?

Kristina se inclinó hacia delante en la silla de mimbre mientras contemplaba a su hermana con una expresión de... eso, ¿de qué?, pensó Ebba. ¿Compasión? ¿Tedio?

—No creo nada, Ebba, cariño. No creo nada en absoluto.

—¿Están vivos? ¿Ni siquiera me puedes decir si crees que están vivos?

La voz le flojeaba, convirtiéndose en casi un susurro. Kristina había recuperado esa expresión en los ojos que no podía interpretar muy bien, y ahora también agarraba con fuerza los reposabrazos; durante unos segundos parecía incapaz de decidir qué hacer.

Si levantarse o no. Si responder o no. Al final inspiró hondo y relajó los hombros.

—Creo que están muertos, Ebba. Simplemente sería una tontería imaginarse otra cosa.

Se hizo el silencio durante diez segundos.

—Gracias —dijo Ebba al final—. Gracias por dejarme hablar contigo por lo menos.

Kristina se quedó delante de la ventana viendo a su hermana cruzar la verja del jardín. Una vez que desapareció de su campo de visión por Musseronvägen, sintió que no podía moverse. Una gélida parálisis le recorrió el cuerpo desde las plantas de los pies hasta la coronilla y acto seguido su campo de visión empezó a reducirse; viajó de espaldas a través de un túnel que se estrechaba a toda velocidad, y justo antes de desmayarse consiguió suavizar un poco la caída flexionando las rodillas e inclinándose hacia delante.

Se despertó en el suelo del recibidor al cabo de un rato, se arrastró a cuatro patas hasta el cuarto de baño y vomitó, una y otra vez, como si no solo fuera el contenido del estómago lo que debía salir, sino todo lo demás también. Los intestinos, las vísceras y la vida misma.

Su niño no nacido.

Pero no llegó a explotar del todo. Sacó fuerzas desconocidas de alguna parte, el niño seguía allí dentro; se echó agua fría en la cara, se cepilló el pelo, enderezó la espalda y se miró en el espejo. Lo he logrado, pensó sorprendida. He aguantado.

Después volvió al porche acristalado para quitar la cafetera, las tazas y el bizcocho de la mesa.

Tiró la delicada orquídea a la bolsa de basura y salió para depositarla en el contenedor. Todos los rastros quedaron eliminados.

Capítulo 29

Los tabloides celebraban auténticas orgías.

ESTRELLA TELEVISIVA ASESINADA Y DESCUARTIZADA, rezaba uno de los titulares en primera página.

ROBERT EL PAJILLERO HALLADO DESCUARTIZADO EN UN CONGELADOR, afirmaba otro. En total se dedicaron dieciséis páginas a la historia, y en caso de que el *reality show* de *Fucking Island* hubiese caído en el olvido entre el público, llegaba ahora el momento de repescarlo para un renovado escrutinio. Para regocijo de algunos y escarmiento de otros, se supone. Entre otras informaciones se comunicaba, en ambos periódicos, la triste noticia de que la Miss Hälsingland de 1995, la mujer que junto con el semental y jugador de hockey sobre hielo, Gurkan Johansson, hacía casi nueve meses se había embolsado el premio gordo de 3,1 millones de coronas, y quien, por tanto, justo por estas fechas debería haber dado a luz al primer fruto de esa feliz relación amorosa, había sufrido un aborto en el mes de febrero; y, además, por esa época había dejado al jugador de hockey por un cantante de un grupo de heavy metal gótico procedente del pueblo de Skene, de tan solo veinte años, aunque tatuado de arriba abajo.

Mientras Gunnar Barbarotti tomaba un tardío almuerzo de quince minutos —que consistía en un panecillo de jamón cocido y queso, un plátano y veinte centilitros de zumo de manzana—, echó una rápida ojeada a los tabloides antes de tirarlos con gesto irritado a la papelera.

—Sí, creo que se puede decir que estamos sobre el tapete —constató Eva Backman, que en ese mismo momento entraba por la puerta—. ¿A qué hora es la rueda de prensa?

—Dentro de quince minutos. ¿Te ha dado tiempo a repasar las declaraciones?

Eva se encogió de hombros.

—Les he echado un vistazo. No parece que haya nada.

—¿Nada?

—No a primera vista, al menos.

—¿Qué dicen los médicos?

Eva Backman se sentó.

—Hemos hablado con tres, pero hay otros dos que posiblemente tengan algo que decir. Por lo visto hay bastante movimiento de personal. En cualquier caso, esos tres afirman que habría sido oportuno un mayor grado de asistencia psiquiátrica hospitalaria.

—¿No me digas? —dijo Gunnar Barbarotti—. Hasta ahí yo también llego.

—Pero como las reformas políticas han logrado eliminar casi por completo la asistencia

psiquiátrica, pues pasa lo que pasa, dicen. Por otra parte, no había nada en el cuadro clínico de Jane Almgren que apuntara a..., bueno, a que estuviera tan loca.

—Tampoco es que sean unos puntos de vista muy sorprendentes, ¿verdad?

—No, desde luego que no. Y que intentara matar a su anterior familia tampoco tiene mayor relevancia, sostenía al menos uno de esos médicos, pues eso se pudo controlar gracias a una excelente medicación.

—Claro. ¿Y si no se tomaba la medicación?

—En tal caso no se le puede echar la culpa a nadie más que a ella misma. Bueno, yo creo que no vamos a conseguir nada buscando cabezas de turco y atacando el sistema sanitario. A decir verdad...

—¿Sí?

—A decir verdad no sé muy bien en qué deberíamos centrarnos ahora. Al fin y al cabo, hemos dado con la asesina. ¿O qué le parece al señor inspector? El caso está resuelto.

Barbarotti apartó un montón de papeles del escritorio y los dejó en el suelo para hacer sitio a sus codos. Apoyó la cabeza entre las manos.

—Tanto como resuelto, no sé. Se te olvida que nos queda una víctima sin identificar.

—Gracias por recordármelo —replicó Eva Backman antes de meterse dos chicles en la boca y empezar a mascar pensativamente—. ¿Quién crees que es? ¿O era?

—Buena pregunta —dijo él mientras recogía uno de los papeles que todavía seguía sobre la mesa. Lo ojeó de pasada—. Según Wilhelmsson, se trata de un varón de treinta y cinco a cuarenta años. Parece probable que fuera un tipo con una existencia algo azarosa. Dientes en mal estado, señales de pinchazos de jeringuilla...

—Sí, ya lo he visto. En fin, un toxicómano. ¿Cuánto tiempo llevaba en el congelador?

—Mucho. Quizá incluso más que nuestro amigo Robert. Tardarán unos días, pero también darán respuesta a ese pequeño detalle.

—¿Crees que están relacionados?

—¿Relacionados?

—Su caso y el de Robert.

Barbarotti se rascó la cabeza.

—¿Y cómo coño voy a saberlo? Se supone que los dos conocían a Jane Almgren. En eso, al menos, tienes una relación.

En los labios de Eva Backman se dibujó una ligera sonrisa.

—Venga, señor agente, no se me ponga quisquilloso. Alegrémonos de tener al menos a una asesina. Aunque esté muerta. Es un poco como el mundo al revés, ¿no te parece? El puzle está terminado, pero falta una pieza.

—¿Terminado? —bufó Gunnar—. Anda, no delires, joder. Podemos... Escúchame bien, podemos, sobre una base sólida, suponer que Jane Almgren ha matado a Robert Hermansson. Y a partir de esa misma sólida base podemos suponer que lo ha descuartizado y lo ha introducido

en su congelador. Junto a otro tipo, que casi fijo ya estaba allí dentro. Por, como yo lo entiendo, eso es todo lo que sabemos con una seguridad razonable. Tenemos mil preguntas y solo una respuesta: que la asesina se llama Jane Almgren. Y, por cierto, ni siquiera estamos seguros de eso, así que si tú piensas...

—Cálmate —lo interrumpió Backman—. Lo único que quería decir es que no es normal que sepamos el nombre del autor del crimen antes de saber quién es la víctima. Suele ser al revés. Pero me ha quedado meridianamente claro que Henrik Grundt aún debe constar solo como desaparecido.

—Bien. En eso estamos de acuerdo.

—Y a su debido tiempo nos enteraremos de quién era el compañero de congelador de Robert, estoy convencida. Hay centenares de desapariciones que esperan comprobación. Pero, a pesar de todo, estarás de acuerdo en que hemos avanzado un poco gracias a Jane Almgren, ¿no?

—Bueno, venga, vale —suspiró Barbarotti—. Pero avanzado ¿hacia dónde? ¿Por el camino al infierno o qué?

Eva tiró el chicle a la papelera y se levantó.

—Solo intento animarte un poco —comentó—. Pero ya veo que es inútil. Suerte con la rueda de prensa. Creo que debes coger tus bártulos y pirarte ya. Y recuerda no rechinar los dientes, que da mala impresión.

Gunnar Barbarotti se puso la americana con ciertas dificultades y acompañó a su colega fuera del despacho.

—Si ese imbécil calvorota del *GT* está allí, lo estrangulo —anunció apretando los dientes.

—Muy bien, superagente —dijo Eva Backman—. Y yo puedo descuartizarlo y congelarlo si tú andas muy atareado.

Se supone que una mujer no debe hablar así, pensó él, pero no dijo nada.

Cuando llegó a casa ya eran las 22.30, y Sara estaba sentada en la cocina con un chico francés. Se llamaba Yann y había hecho una parada en Kymlinge de camino a París desde el Cabo Norte. Viajaban en una vieja furgoneta Volkswagen reformada, informó Sara, cuatro jóvenes parisinos. Se habían conocido en la terraza del Stadshotell, donde Sara había quedado con unas amigas en el último suspiro de las vacaciones estivales, y había invitado a Yann a tomar un té en casa, ya que le parecía muy simpático.

Gunnar Barbarotti, que portaba veinte vocablos franceses y trece horas de trabajo en el equipaje, murmuró un educado *«Bon soir»* e intentó mostrarle una sonrisa al joven adonis. Vio que Sara advertía su incomodidad, pero, en lugar de acudir en su ayuda, se limitó a decir:

—Ha llamado una mujer.

—¿Una mujer?

—Sí. Se llamaba Marianne y ha dicho que era una amiga. De Helsingborg. Parecía simpática.

Creo que se te ha debido de pasar hablarme de ella, papá.

—No, sí, bueno... —titubeó Gunnar.

—Le he comentado que todavía estabas en el trabajo y me ha dicho que quizá te llamaría más tarde.

El francés dijo algo que él no entendió y Sara se rio. Barbarotti soltó un prudente *«Salut!»* antes de marcharse de la cocina.

Si ese tipo sigue aquí dentro de media hora, lo echo a patadas, decidió una vez metido en la ducha. Que no se crea que puede plantarse aquí y rondar a la francesa como le plazca.

En efecto, Marianne llamó. Gunnar acababa de meterse entre las sábanas, y ella le pidió disculpas por llamar tan tarde.

—No pasa nada —aseguró él—. No me había acostado todavía.

—Lo entiendo. Te vi en la tele. Estabas tan elegante que empecé a echarte de menos. Y das la impresión de ser muy inteligente, ¿sabes? ¿Cómo estás?

Barbarotti tragó saliva. Una calurosa noche mediterránea a la luz de la luna y de las estrellas lo invadió de repente. Una terraza con colchones en el suelo, copas de ouzo y aceitunas y una mujer desnuda con pechos bamboleantes moviéndose encima de él. ¡Dios santo!

—Bien —consiguió pronunciar—. ¿Y tú cómo estás?

—Bien. Pero te echo un poco de menos..., como he comentado.

Habíamos quedado en no llamarnos en un mes, pensó. No han pasado ni siquiera dos semanas.

Pero parecía un poco quisquilloso sacarlo a colación. Eva Backman lo había llamado quisquilloso.

—A mí tampoco me disgustaría verte —se oyó decir a sí mismo —. Aunque andamos un poco liados en el trabajo ahora mismo.

—Me lo puedo imaginar. Solo quería llamarte para darte las buenas noches. Y para que no te olvides de mí.

—Ni me olvido ni me olvidaré —le aseguró él poéticamente.

—O sea, que si te llamo el sábado para proponerte una cita, ¿no me dirás que no?

—Ni se me pasaría por la cabeza —respondió—. Que descanses, Marianne.

Hora y media más tarde aún no había conciliado el sueño. A todas luces, el francés se había marchado, y lo que le preocupaba a Gunnar Barbarotti en ese momento era que Sara también lo hubiera hecho. Pero no quería acercarse a su habitación a comprobarlo. No se había oído un solo ruido durante los últimos veinte minutos, ni en la cocina ni en su habitación; aunque tampoco

había oído que la puerta de entrada se hubiera abierto o cerrado. Joder, pensó, ¿y si tu hija está ahora mismo en su cama dejándose seducir por un gabacho guaperas?

Eso era más de lo que podía soportar. Sabía que Sara tenía dieciocho años y que él mismo había debutado sexualmente con tan solo dieciséis. Pero eso era irrelevante, y aquella no era una experiencia que deseara para su hija.

Por otra parte, tampoco deseaba que tuviera que verse en la situación de que su padre se asomara a su dormitorio mientras estaba desnuda en brazos de un franchu... ¡Mierda!, pensó. No lo aguanto. Soy primitivo como un gorila y tengo más prejuicios que yo qué sé. ¿Quién soy yo para meterme en su vida? Hace un rato estaba recordando a una mujer sentada a horcajadas sobre mí. Es del todo normal que...

¡Coleta! El tal Yann tenía coleta. Si había algo que Gunnar Barbarotti no soportaba era a los hombres con coleta. Es que era como...

¡Chorradas!, protestó su yo superior. ¡Eres un padre sobreprotector y celoso! ¡No te metas en la vida de tu hija, que es mayor de edad!

Y así siguió. Los pensamientos, a medio hacer, daban vueltas histéricos por su cabeza, pero en medio de esa lucha desesperada oyó de repente el clic de la puerta de entrada. Se incorporó en la cama y aguzó el oído. Era Sara, que volvía a casa. ¿Sola? Prestó aún más atención si cabía, quedándose quieto y tenso al tiempo que trataba de evaluar los ruidos procedentes del recibidor.

Sí, solo una persona.

Menos mal. Suspiró de alivio. Sara había acompañado al francés a dar un pequeño paseo. Se habían despedido delante de su furgoneta y Sara le había dado permiso para que la besara en la mejilla. Se habían prometido mantener el contacto, habían intercambiado direcciones de correo electrónico, y mañana mismo el francés estaría en la autopista recorriendo Dinamarca y Alemania. Excelente.

El inspector Barbarotti echó un vistazo al reloj. Las 00.40. Ahora me voy a tumbar bocarriba con las manos cruzadas sobre el pecho y voy a pensar en el caso Jane Almgren hasta quedarme dormido.

Le llevó otros cuarenta y cinco minutos, y le quedaban el mismo número de interrogantes al dormirse que cuando empezó. Pero al menos los tenía en una lista en la cabeza.

Y los había contado. Eran cuatro. Tenía centenares de interrogantes pequeños, claro, pero solo cuatro grandes.

El primero trataba de la relación entre Jane Almgren y Robert Hermansson. A pesar de que habían pasado dos días desde que Linda Eriksson hiciera su macabro descubrimiento en el piso de su hermana en Fabriksgatan, seguían sin dar con ninguna conexión.

Si es que había una. Tal vez solo se habían cruzado en la calle aquella noche y Jane se lo había ligado, para luego llevarlo a casa, matarlo y descuartizarlo. No faltaban motivos para

sumarse a esa teoría, pensó, y creía que la inspectora Backman iba en esa línea. Era cierto que Jane ya había residido en Kymlinge antes. Hacía bastantes años, mientras Robert Hermansson todavía vivía con sus padres en Allvädersgatan. Pero no habían ido al mismo colegio y, además, Robert le sacaba dos años a Jane, y entre todas las personas con las que habían hablado hasta el momento no había nadie que viera el menor vínculo entre los dos.

Quizá, pensó Gunnar Barbarotti con la mirada fija en la oscuridad y escuchando una lluvia que acababa de comenzar y que repiqueteaba sobre el alféizar de la ventana, quizá simplemente lo había reconocido de la televisión. ¿Podía ser así de infame? ¿Que fuera ese programa el que lo hubiera puesto en el punto de mira?

Si es que al final resultaba que ella lo había seleccionado, y no se trataba de una mera casualidad que hubiera sido justo él. No había que perder de vista que la mujer muy normal no era.

Pues bien, el interrogante número dos. ¿El otro? ¿Quién era? ¿Había alguna conexión entre él y Robert Hermansson? ¿Entre él y Jane? Y ¿cuándo murió? Había que suponer que Robert nos abandonó en algún momento en torno al 20 de diciembre, pero ¿qué pasaba con su compañero de infortunio del congelador? ¿Cuánto tiempo había estado allí metido? Tardarían unos días en investigarlo, pero en una semana más o menos lo sabrían.

¿Un yonqui? ¿Tan mal estaba Robert Hermansson que había jugado en esa liga? Barbarotti no lo creía. No había nada que indicara que hubiera consumido drogas de forma seria, y si un dato así se les hubiera escapado tras hurgar en su vida durante más de seis meses, resultaría cuanto menos asombroso.

Es decir, si es que tenía algún tipo de sentido buscar puntos de unión entre los dos compinches congelados...

Número tres. A Gunnar Barbarotti siempre le había gustado hacer listas, de joven guardaba cuadernos enteros llenos de listados de todo tipo de cosas: jugadores de fútbol de la liga sueca, ciudades italianas, astronautas, animales de África, los edificios más altos del mundo, jefes de Estado que habían sido asesinados... A ver, el número tres: ¿por qué?

Se trataba de una pregunta de una importancia extraordinaria, pero dudaba que algún día fueran capaces de dar con una respuesta comprensible. La respuesta a por qué se mataba a dos hombres para a continuación descuartizarlos y guardarlos en un congelador, bueno, un motivo así sin duda se hallaba bien escondido en la oscuridad interior del autor de semejante crimen. Como siempre. No era algo que un simple inspector de policía tuviera posibilidades de comprender y asimilar. Y cuando, además, dicha autora del crimen estaba muerta, no se la podía interrogar, y probablemente, pensó Gunnar Barbarotti, probablemente fuera mejor no saberlo.

Existía, claro está, una pequeña posibilidad de que Jane Almgren no fuera la autora de los hechos, tal y como ya le había indicado a Eva Backman. Puede que Jane Almgren solo hubiera puesto su congelador a disposición de quien fuese; pero de momento no le apetecía mucho

imaginarse tal desenlace. Solo complicaría el caso todavía más, y ya era lo bastante complicado tal y como estaba. Más que suficiente.

¿Y el número cuatro? Bueno, a la hora de la verdad, ese era el interrogante de más relevancia. De eso no cabía duda. El que no le dejaba en paz.

Henrik Grundt. Cuando a lo largo de la mañana se confirmó que el segundo cuerpo del congelador no pertenecía al sobrino de Robert Hermansson, Barbarotti había experimentado una dudosa sensación de frustración y alivio a partes iguales.

Frustración por no haber podido resolver el misterio aún. Alivio porque todavía existía una pequeña posibilidad de que el chico siguiera con vida.

Pero esa contingencia no era demasiado factible, él era el primero en reconocerlo. Con su colega Eva había hablado, largo y tendido, de la probabilidad de que Henrik Grundt siguiera con vida, y habían llegado a la conclusión de que, casi con seguridad, se hallaba en torno a un uno por ciento. Como mucho. Las personas desaparecían para empezar una nueva vida, eso ocurría: conseguían nuevas identidades en nuevos lugares por uno u otro motivo; pero que Henrik Grundt, de diecinueve años, hubiera tenido un motivo así, que hubiera hecho una elección vital de ese tipo, pues no, no parecía muy creíble. Era cierto que llevaba tiempo ocultando su orientación sexual. Tampoco ellos habían revelado esa circunstancia a sus padres; no estaba muy claro por qué habían tomado esa decisión, quizá se trataba solo de no complicarles aún más la vida.

Que ese secreto hubiese provocado que Henrik diera un paso tan drástico como el de huir de todo —dejar a sus padres y a su hermano en ese limbo de la desesperación en el que sin duda se hallaban— parecía, no obstante, una teoría descabellada. Esa era la conclusión a la que habían llegado hacía ocho meses, y llegaron a la misma conclusión ese día nada más esclarecer el terrible destino del tío de Henrik.

Pero aun así. Al fin y al cabo, o, más bien, pregunta número 4B: ¿de verdad no guardaban ninguna relación? ¿De verdad era posible que se tratara de una mera casualidad que dos personas desaparecieran de la misma familia y de la misma casa en un intervalo de veinticuatro horas? ¿Sin que una desaparición tuviera nada que ver con la otra? ¿Qué probabilidades había de que algo así sucediera?

Ese era otro problema de probabilidad con el que Eva Backman y él se habían devanado los sesos durante meses, no a todas horas, claro, pero de vez en cuando, a intervalos regulares, y ahora, justo antes de conciliar el sueño ese interminable jueves, el inspector Barbarotti decidió que, si había algún método científico que no se podía aplicar a los acontecimientos en Kymlinge, era precisamente este: el cálculo de probabilidades. Mañana se lo explicaría a la inspectora Backman.

Contento con tal constatación y con tal decisión, dio la vuelta a la almohada y empezó a soñar con una calurosa noche en la terraza de un ático en la ciudad griega de Helsingborg.

Capítulo 30

Karl-Erik había reservado un coche de alquiler desde el aeropuerto, y nada más enfilar la autopista, Rosemarie empezó a tener la esperanza de que chocaran contra un alce.

No había vuelto a Suecia desde que se mudaron el 1 de marzo. No hacía ni seis meses, pero parecían seis años. O quizá solo seis segundos. Suecia le resultaba al mismo tiempo lejana e inoportunamente familiar, como... —mientras Karl-Erik se hacía un lío con el sistema de ventilación maldiciendo la marca del coche, fuera cual fuera, Rosemarie intentaba dar con una oportuna comparación— como un forúnculo que te hubieran extirpado y que luego volviera a salir, se le ocurrió. O un cáncer.

¿Mi antigua vida un cáncer?, pensó. ¿Era así? ¿Y por qué le venían esos extraños pensamientos a la cabeza, alces y tumores, mientras iban de camino al entierro de su hijo? Aunque tal vez no fuera tan raro. Una insoportable canícula de agosto parecía flotar sobre el paisaje, la época prometida de los gansos canadienses y las algas en floración que llenaban los lagos de las llanuras arcillosas. Puede que fueran esas cosas a las que la gente se dedicaba cuando no soportaba o no podía enfrentarse cara a cara a la verdad. A fijarse solo en lo bueno, a quedarse con el mejor bocado.

¿Ataúd o urna?, les habían preguntado. ¿Qué prefieren?

¿Se podía meter un cuerpo descuartizado en un ataúd? En tal caso, ¿se unían las partes? ¿O cómo lo hacían? ¿Ya habían ensamblado a Robert? ¿Lo habían vestido? ¿Habían pegado su cabeza al cuello y su...? Cada vez que se acercaba a esas preguntas era como si sus entrañas estuvieran a punto de reventar.

Distracciones, le había dicho la bronceada terapeuta de Nerja. Lo que la señora Hermansson necesita son distracciones. Algo en lo que ocuparse. La verdad es que es un problema bastante frecuente por aquí, la ociosidad. Resulta fácil que los pensamientos más negros nos invadan cuando no contamos con ninguna actividad provechosa a la que dedicarnos.

¿Distracciones provechosas?, había pensado. No, gracias. Había ido a la consulta en mayo. Lo dejó después de la segunda sesión. El vino dulce de Málaga funcionaba mucho mejor en todos los sentidos, y por el precio de una consulta podía comprarse ocho botellas. Y eso que tampoco compraba la marca más barata.

Se había acostumbrado y había desarrollado un hábito de consumo. Siempre con dos cubitos de hielo. Una copa bien temprano. La segunda en la terraza a media mañana, cuando Karl-Erik ya se había marchado a una de sus excursiones. En la pared del dormitorio habían colgado un

mapa de toda Andalucía, y con la ayuda de alfileres provistos de pequeñas cabezas azules o amarillas Karl-Erik marcaba cada pueblo que visitaba. Frigiliana. Medosa Pinto. Servaga. También las ciudades más importantes, claro. Ronda. Granada. Córdoba. Cuando estaba en casa se pasaba la mayor parte del tiempo escribiendo, ella no sabía qué. Hablaban cada vez menos, y ya nunca buscaban el contacto físico, pero Rosemarie no tenía nada que objetar a ese estado de las cosas. Nada en absoluto.

La tercera copa, con el postre de la comida.

Luego llegaba el mejor rato del día: la siesta de tres horas. Y después, durante la tarde-noche, tres copas, la última justo antes de acostarse. Si un año atrás —en ese anterior y abortado tumor cancerígeno— le hubieran dicho que llegaría a tomar más de una botella de vino al día, no se lo habría creído.

Pero, en fin, hasta ahí había llegado. Alguna vez, cuando la vecina, una tal Deirdre Henderson de Hull, Inglaterra, estaba presente —en la terraza de una o en la de la otra—, podía ocurrir que bebiera aún más. Sobre todo, cuando el señor Henderson y Karl-Erik salían a jugar al campo de golf de veintisiete hoyos. El inglés le fluía mejor con un par de copas en el cuerpo, incluso había sucedido en alguna ocasión que Deirdre empezara a hablar en alemán.

Soy una vieja profesora de manualidades borracha, solía pensar mientras, tambaleándose, se metía en la cama después de noches así.

Y a nadie le importa. Para colmo, he engordado cinco kilos en menos de seis meses.

Pero ahora iba en el coche sin una gota de vino de Málaga en el cuerpo. Solo un par de tranquilizantes, que deberían haberle dado sueño pero que no habían surtido efecto. Probablemente por eso deseaba que chocaran contra ese alce. No eran más que las 11.15, y no se atrevía a pensar en cómo iba a ser capaz de sobrevivir a ese día. El entierro era a las 15.00 horas. A continuación, tomarían café y pastas en la casa parroquial. Después, una cena sencilla en familia en el hotel; y en algún momento, en algún momento a lo largo de ese interminable trayecto de segundos y minutos y personas y horas y pensamientos insoportables, llegaría su colapso, lo sabía. Le parecía igual de inevitable que una tormenta tras un caluroso día de julio junto al lago Tisaren en Närke, donde había pasado dos de los mejores veranos de su infancia, saliera de donde saliera ese recuerdo ahora...

¿El lago Tisaren? Qué curioso, pensó, que mi vida alcanzara su zénit tan pronto. Con once, doce años; el resto no ha sido más que una cuesta abajo. ¿Era igual para todos? ¿Era la pérdida de la infancia lo que constituía la verdadera muerte?

Otra vez esos pensamientos extraños: ¿la verdadera muerte? Quizá fuera ese el efecto de las pastillas, la apertura de todas las posibles puertas y ventanas al alma que deberían haber permanecido cerradas.

Se tomaría dos más a mediodía, se lo había prescrito ese viejo médico sueco al que había

consultado, el que había pasado los últimos cuarenta años de su vida en Torremolinos y que le recordaba a un envejecido Gregory Peck, o posiblemente a Cary Grant, siempre le había costado distinguir a esas dos grandes figuras, pero de momento no habían ayudado —las pastillas, vaya — y no albergaba grandes esperanzas de que eso fuera a cambiar.

De modo que mientras Karl-Erik conducía ligeramente inclinado hacia el volante, murmurando e intentando sintonizar la P1 en la radio del coche, decidió que doblaría la dosis. Pasara lo que pasara, Karl-Erik no vería con buenos ojos que ella se derrumbara.

Pero lo dicho, lo mejor de todo sería un alce. Pum, directo al parabrisas, y luego echar la persiana para toda la eternidad. Poder morir de camino al entierro de tu hijo descuartizado era justo el tipo de cosas que podías pedirle a ese dios en el que no creías.

El joven de la recepción llevaba la corbata y el pelo del mismo color. Zanahoria pálido. Le sonaba su cara, con toda probabilidad se trataba de un antiguo alumno; siempre se topaba con alguno de ellos. Rosemarie se preguntó si el chico habría comprado la corbata después de teñirse el pelo o al revés. Siete de cada diez hombres jóvenes se habían teñido el pelo en alguna ocasión, lo había leído en la revista que había encontrado en el bolsillo del asiento del avión. Se preguntó si sería verdad.

—Mis más sinceras condolencias por su pérdida —dijo el chico, y sonó como a película antigua. Ella pensó que qué bien le vendría eso, que todo aquello no fuera más que una vieja película, una que pudieras decidir dejar de ver en cualquier momento. Levantarte de la incómoda silla y abandonar la sala.

Rosemarie contestó algo. A su espalda, Karl-Erik arrastraba una maleta hacia un lado u otro. Daba la sensación de que intentaba permanecer invisible a las miradas del joven; en realidad, tal vez se tratara de un antiguo alumno de él, y quizá, se dio cuenta de repente, Karl-Erik se sentía igual de incómodo que ella. No era muy propio de él dejar que ella se encargara de..., ¿cómo se llamaba?, el *check-in*.

Tampoco era que se hubieran pasado la vida haciendo *check-in* en hoteles.

—¿Solo una noche?

—Sí.

—De hecho, van a ocupar la misma habitación.

—¿Cómo?

—La misma habitación que Kristina y su familia ocuparon en diciembre —aclaró el recepcionista mientras sonreía con inseguridad.

—Ah, ¿sí? —contestó Rosemarie, y se preguntó si quizá esa fuera la conexión. Que fuera un antiguo compañero de clase de Kristina. Pero ¿no era un poco joven para eso? Kristina ya había cumplido treinta y dos.

—Sí, es que yo trabajé esa semana antes de Navidad. Ha sido una historia terrible. Que

tengan que... —Buscó las palabras más oportunas, pero al parecer no dio con ninguna, porque carraspeó y en lugar de decir nada más le entregó un formulario para que lo rellenara.

—La vida no es un camino de rosas —dijo ella—. Entonces, ¿conoces a Kristina y Jakob?

—A su marido no —aseguró el joven—. Solo lo vi de pasada, cuando volvió de madrugada.

—¿Cuando volvió de madrugada?

—Sí, fue un poco inesperado. A las tres de la madrugada. Y luego se marcharon antes de las ocho de la mañana.

¿De qué está hablando?, pensó ella desconcertada mientras intentaba comprender qué debía poner en el formulario y dónde. El chico advirtió su confusión, de modo que señaló dos de las casillas. Nombre y firma, nada más.

—Éramos compañeros de clase —aclaró—. Aún no han llegado.

Así que al final era eso, compañeros de clase. Y Kristina y Jakob iban a alojarse en el mismo hotel, claro. Al igual que Ebba y su familia, lo que quedaba de ella. Se acordó de que la casa en Allvädersgatan ya no existía, cosa que había hecho unas cien veces desde por la mañana. Esa época y esa tristeza y ese tumor cancerígeno eran cosa del pasado; hoy se reunían para enterrar los restos de Robert, y lo que había era el hotel Kymlinge. Le resultaba igual de provisional y arbitrario que la propia vida.

Como la misma muerte. Si me quedo en este mostrador diez segundos más, voy a echarme a llorar, pensó antes de extender la mano para coger la llave de la habitación. O a gritar. O me desplomaré en el suelo como si me hubiesen pegado un tiro.

—Muy bien. La ciento doce. Primera planta. Lamento de verdad las circunstancias.

—Gracias.

—Si necesitan algo, no duden en avisarnos.

Empujó hacia ella un pequeño papel doblado con dos tarjetas de plástico dentro. Es verdad, pensó, ya no hay llaves. Ni siquiera eso. Se lo agradeció con un movimiento de cabeza. Karl-Erik la esperaba junto al ascensor con las maletas. Cuatro pastillas, se acordó, debo tomarme cuatro pastillas en cuanto entre en la habitación. Después le diré a Karl-Erik que necesito dormir una hora.

Olle Rimborg, ¿no era así como se llamaba ese recepcionista zanahoria?

A la altura del lago Hornborgarsjön, se detuvo en un aparcamiento vacío a vomitar. Se había vuelto casi una costumbre. Vomitar. Una ligera neblina flotaba suspendida sobre el paisaje llano y desértico. El sol apenas lograba penetrar en ella, y el calor era pegajoso. El mes de la canícula, pensó, y llevo un niño en mi barriga; no es de extrañar que me maree. Si viene alguien, eso bastará como explicación.

Quedaban tres horas para el entierro, pero solo hora y media de coche. Sabía que tenía que llegar a la hora justa a la iglesia; unos diez o quince minutos antes, no más. Si aparecía

demasiado pronto, podría descontrolarse todo. Tenía un número limitado de frases preparadas en la cabeza que podía decir y no creía que fuera capaz de improvisar si se salía de ese guion.

No, lo siento, a Jakob le ha surgido un imprevisto en el último momento. Una historia con una compañía estadounidense. Hay millones en juego.

No, no quería que Kelvin tuviera que hacer tantos kilómetros en coche.

Sí, tengo que regresar enseguida, en cuanto acabe la ceremonia.

Querido Robert, llevo varias noches sin apenas pegar ojo. Querido Robert, ¿por qué?

No, querida mamá, es que simplemente no aguanto quedarme más tiempo. Es terrible.

Como las frases estereotipadas de esos culebrones que solía escribir. Y no debía verse a solas cara a cara con Ebba. Tenía que acordarse de eso. A ser posible con ninguna otra persona tampoco. Aprovecha el duelo, la había instruido Jakob, si te empeñas en ir. Pero *don't fuck it up*, [1] hagas lo que hagas, joder, *don't fuck it up*.

Ella era consciente de lo que significaba cuando empezaba a hablar en inglés.

Es mi hermano, había contestado. Robert era mi hermano.

En los ojos de él apareció esa mirada de falsa indulgencia. Dijo que lo sabía, de la misma manera que sabía que Henrik era su sobrino. Sí, efectivamente, estaba al tanto de esos lazos íntimos que unían a los miembros de la familia Hermansson. Seguro que no hacía falta que le recordara cómo estaban las cosas, ¿no?

No, no hacía falta. Si algo no hacía falta recordarle a Kristina era cómo estaban las cosas.

Si me muero, le había preguntado Kristina una vez que las ondas del shock de las primeras semanas habían empezado a ceder, a mediados de enero más o menos, ¿se lo contarás a mi familia?

Él no necesitó más que un par de segundos para reflexionar.

Kristina, tú y yo vamos a vivir hasta que nos muramos de causas naturales, le había explicado casi con amabilidad. Si las cosas salen de otro modo, me aseguraré de que lo sepan.

Volvió a vomitar. En esta ocasión solo bilis. Le dolía. Apoyó su sudorosa frente contra la oxidada tapa del cubo de basura mientras pensaba que le creía. Justo así era él, Jakob Alexander Willnius, y en ninguna parte de este mundo había la más mínima misericordia para ella.

Echó un vistazo al reloj. Las 13.10 horas. Volvió a subir al coche, echó el respaldo del asiento hacia atrás y cerró los ojos.

Kristoffer Grundt solo había estado una vez en un entierro en sus quince años de vida. Hacía más o menos un año, un chico de su mismo curso, pero de otra clase, se había ahorcado el día antes del comienzo del cuatrimestre de otoño, y la mitad del colegio había estado en la iglesia lloriqueando. Todo el mundo sabía que Benny Bjurling sufría acoso desde primaria, pero de repente se había tergiversado todo de manera que había acabado convertido en una especie de héroe.

«Los amados por los dioses mueren jóvenes», había dicho el director del colegio, el señor Hovelius, y Kristoffer había pensado que si de verdad existía un dios, esa probablemente sería su misión más importante. Amar a los que nadie más ama.

Mientras permanecía allí sentado en el durísimo banco de la iglesia, sentía que esa era una idea grande y verdadera, algo de lo que, de hecho, se podía extraer un poco de consuelo; y ahora en el banco igual de duro de la iglesia de Kymlinge y ante el ataúd cerrado, que habían colocado ahí delante encima de la pequeña elevación y que a todas luces debía de contener el cuerpo descuartizado del tío Robert, intentó recuperar ese sentimiento.

Sin embargo, no lo consiguió. Bien era cierto que estaba bastante seguro de que a Robert, durante sus treinta y cinco años sobre la Tierra, no lo habían querido demasiado, pero a Kristoffer le costaba imaginarse que al otro lado le esperara ninguna clemencia particular. Benny Bjurling había sido una víctima, y eso, claro, era un plus, pero el tío Robert había sido..., sí, eso, ¿qué había sido?, pensó Kristoffer. ¿Un auténtico perdedor de mierda? No se debía hablar mal de los muertos, y a él no lo había tratado nunca mal, pero si te pones delante de las cámaras a hacerte una paja en hora de máxima audiencia en la tele, borracho como una cuba, y luego vas y dejas que te maten y descuarticen, bueno, entonces tampoco puedes pretender que tu vida haya valido gran cosa. Recordaba haber pensado que el tío Robert era un tipo bastante guay por aquel entonces, durante esas Navidades en las que desapareció, pero ya no opinaba lo mismo.

El sacerdote, que era alto, flaco y sin duda medía cerca de dos metros, se las había ingeniado bastante bien a pesar de todo. *No nos corresponde juzgar*. *¿Qué sabemos nosotros de lo que se mueve en lo más profundo de un ser humano y en el ojo de Dios? Puede que Robert Hermansson errase al elegir el camino, pero muchos son los que ahora por primera vez ven el vacío que deja tras de sí.*

Kristoffer no podía dejar de pensar que era un discurso bastante logrado. Oía sollozar a su madre a su derecha, y de la abuela, a su izquierda, salía algo entre hipo y eructo. Se preguntaba si a la abuela no se le habría ido la cabeza. Tenía un aspecto muy raro cuando había bajado del coche delante de la iglesia. La boca medio abierta y los ojos bizcos. Daba la impresión de que el abuelo tenía que sujetarla para que no se cayera y al mismo tiempo empujarla para que avanzara y no se quedara parada. «¿Cómo estás, mamá?», le había preguntado Kristina, y la abuela había contestado algo del estilo de: «Siempre pintaba más huevos de Pascua que nadie. Tenía unas rodillas tan monas...». Eso si Kristoffer había oído bien.

Bueno, lo que pasaba, con toda probabilidad, era que la abuela se había tomado demasiados tranquilizantes, y eso era comprensible. ¿Rodillas monas?

Intentó mantener los pensamientos en la abuela y en el pastor y en Benny Bjurling todo lo posible —y en el tío Robert, claro—, pero al final ya no aguantó más. Henrik se coló en su cabeza a través de su oído derecho, y una vez instalado allí ocupó todos los rincones y recovecos. Como siempre.

Hola, dijo Henrik. Ya estoy otra vez en tu cabeza.

Ya, gracias por decírmelo, no me daba cuenta, contestó Kristoffer.

Espero que no te importe.

No, no, ¿por qué me iba a importar?

Al fin y al cabo, soy tu hermano.

Sí, eres mi hermano.

Los hermanos tienen que estar unidos.

Exactamente, Henrik.

En la vida y en la muerte.

Ya lo sé, pero dime una cosa, Henrik.

Claro, hermano.

¿Estás vivo o muerto?

Buena pregunta.

Pues entonces contéstamela.

Una buena pregunta, pero también difícil. No resulta tan fácil saberlo.

Pero tienes que saber si estás vivo o muerto, ¿no?

Puede que sea normal pensar eso. ¿Y tú cómo estás, Kristoffer?

Me importa una mierda cómo estoy yo. Si te metes en mi cabeza y dejo que te quedes, quiero saber cómo estás tú.

¿Cómo estoy?

Si estás vivo o muerto.

Ya me ha quedado claro que te lo preguntas. Pero me temo que no puedo contestar a tu duda.

¿Por qué no? Mamá se está volviendo loca, papá tampoco aguantará mucho más. Si al menos supieran eso, entonces quizá...

Te entiendo, Kristoffer, lo interrumpió Henrik, y me duele que estéis así. Pero como he intentado explicarte, no mando sobre las circunstancias actuales...

¿Las circunstancias actuales? La ligera irritación de Kristoffer se tornó en cabreo. ¿Qué chorradas son esas? ¡Pero si llevamos un siglo con las mismas circunstancias! Por si te interesa, te digo que yo, la verdad, voy por mal camino. Fatal. Mis notas están cayendo como una piedra en un pozo, me emborracho todas las semanas, y tenerte ocupando mi cabeza todo el tiempo me cansa y me deprime. No creo que vaya a poder soportarlo.

Perdóname, hermanito, pero la verdad es que no tengo otro sitio donde estar ahora mismo.

¿Qué?

Que no tengo otro sitio adonde ir que a tu cabeza, explicó Henrik con paciencia y un poco de tristeza.

¿Por qué?

Henrik suspiró.

Porque mamá está ocupada con Robert. La abuela aturdida por completo, allí no cabe ni un sello. Papá está nadando en un *maelstrom*, deberías prestarle más atención, Kristoffer, y en

Krsitina todo sigue cerrado, como siempre. Y el abuelo, bueno, del abuelo no sé qué decir, solo recita frases en español...

¿Por qué todo sigue cerrado en Kristina?

¡Y yo qué sé!

Creía que lo sabías todo, ¿no?

...

Espera, no te vayas... No, tienes razón, papá tiene mal aspecto, ¿qué decías que estaba haciendo?

Leif Grundt no fue consciente de que había empezado a llorar, pero lo notó cuando las lágrimas ya llevaban un rato cayendo sobre sus manos entrelazadas. Más o menos al mismo tiempo sintió que se hundía de forma lenta pero irremediable, arrastrado a una desesperación abismal. Sí, exactamente así era —un devastador *maelstrom* de consternación sin fin—, y por primera vez en ocho meses dejó de oponer resistencia y aceptó la idea de que su hijo estaba muerto. Era cierto que allí delante, en el ataúd chapado de roble, el segundo modelo más barato, yacía Robert, el cuñado oveja negra de la familia, pero podría haber sido Henrik a la perfección. Su hijo estaba muerto. El primogénito, el hermano de Kristoffer. Muerto, muerto, muerto, y no le correspondía a él, Leif Grundt, gerente de supermercado, pensar otra cosa. Ni defender lo contrario. Ni ante su mujer, cada vez más loca, ni ante Dios ni ante nadie más.

Ya no le correspondía a Leif Grundt ser optimista y fuerte, ni tampoco continuar esta maldita y desconsolada vida día tras día, hora tras hora, en una especie de normalidad absurda, como si todavía existiera una especie de hilo al que atar algún tipo de esperanza o de sentido. Ir al trabajo todos los días, animar a los empleados, bromear con Kristoffer mañana y noche, preguntarle cómo le iban las clases, fingir que no sabía que el chico fumaba y bebía cerveza, asegurarse de que hubiera comida sobre la mesa, de que la ropa sucia se lavara, de que las facturas se pagaran; todos esos pequeños detalles y quehaceres insoportablemente minuciosos que se exigían para mantener a flote a una familia que había perdido a un hijo, a flote encima de un témpano de hielo cada vez más pequeño y más fino, antes de que todo, aun así, se hundiera y se fuera a pique. Llevaba sin hacer el amor con su mujer más de nueve meses, ya ni se le pasaba por la cabeza. La vida había terminado, así de simple. Se acabó. Podían tumbarse todos ahí delante al lado de Robert, ¿total?

La muerte. ¿Por qué aplazarla? ¿Qué sentido tenía?

Pero luego la cosa cambió. De alguna extraña manera. Como si fuera un corcho, Leif Grundt emergió a la superficie saliendo del *maelstrom*, sacó el pañuelo del bolsillo de la camisa y se sonó con un trompeteo tan resuelto que provocó que el pastor hiciera una pausa imprevista. Quien primero reivindique la locura como su dominio, pensó —cosa que sin duda alguna había hecho Ebba—, tendrá después el derecho a su usufructo toda la vida. Derecho exclusivo.

Cuando uno se debilita, el otro debe ser más fuerte.

Esa era una verdad irrefutable, y era jodidamente injusta, opinaba Leif, pero entonces le vino a la cabeza aquello que le había oído decir al obispo Tutu en la tele en una ocasión.

O a lo mejor fue al mismísimo Mandela.

Los que aguantan tienen la obligación de continuar aguantando.

Y de eso se trataba: de continuar aguantando.

Se sonó una vez más, con algo más de discreción, y esta vez no pilló al pastor desprevenido.

—Ese Olle Rimborg —dijo Rosemarie Wunderlich Hermansson.

—¿Sí? —contestó Kristoffer—. ¿Quién?

—Olle Rimborg, le di clases de alemán, ahora me acuerdo.

—Venga, vamos —apremió Karl-Erik—. Ahora tenemos que ir a la casa parroquial.

—Espera un momento —replicó Rosemarie—. Estoy hablando con Henrik, quiero decir, Kristoffer... Sí, se llamaba así, y la verdad es que ya en aquella época era pelirrojo, ahora que lo pienso. Rimborg. Un chico espabilado.

—Ah, ¿sí? —dijo Kristoffer.

—Trabaja en el hotel ahora.

—Ya.

—Es que hay tantas cosas por todas partes estos días... Pero dijo que él volvió de madrugada.

—¿Qué?

—Venga, vámonos, anda —instó Karl-Erik.

—Que él volvió de madrugada. O sea, Jakob. ¿Me oyes, Kristoffer? Aquella terrible noche en la que tu hermano desapareció. No es a él a quien entierran ahora, es Robert, pero Henrik ha desaparecido. Lo dijo cuando estábamos en el hotel haciendo... ¿cómo se llama?, ¿haciendo el *check-in*? O sea, Olle Rimborg. El marido de Kristina volvió a las tres, dijo. Eran compañeros de clase, Kristina y él, pero yo no tenía a Kristina en clase, claro, ella no hacía alemán y, además, no está bien dar clase a tus propios hijos...

—Y ahora encima empieza a llover —se quejó Karl-Erik impaciente—. ¿De qué demonios estás hablando? Tienes que disculpar a la abuela, Kristoffer, está un poco aturdida.

—No pasa nada —repuso Kristoffer.

—Debería preguntarle a Kristina sobre eso, sí, debería hacerlo —continuó Rosemarie—. No sé por qué lo dijo. No me interrumpas todo el rato, Karl-Erik. Y, además, tienes que cortarte los pelos de la nariz, ¿no podrías haber pensado en eso, ahora que estamos en un entierro y todo? Y la verdad es que me parece que el pastor es demasiado alto. Tiene que medir..., bueno, ¿cuánto medirá? ¿Tú qué crees, Kristoffer?

—Uno noventa y ocho —respondió Kristoffer.

—Ahora viene Ebba a meternos prisa —soltó Rosemarie—. Rayos y truenos, aquí el que no

corre vuela. ¿Y adónde vamos?

—Vamos a la casa parroquial a tomar café, mamá —dijo Ebba—. Aunque no entiendo de qué va a servir.

—Ya sé que vamos a la casa parroquial, si es que Karl-Erik no ha parado en todo el día de darme la lata con el tema —repuso rauda su madre—. Esas pastillas que me recetaron no están mal. Me han aclarado la cabeza que da gusto. O sea, uno noventa y ocho, eso crees, Henrik, bueno, creo que has dado en el clavo..., quiero decir, Kristoffer. Olle Rimborg, así se llama, ahora me acuerdo. ¡Que no se te olvide eso, Kristoffer! Pero ¿se puede saber dónde se ha metido Kristina?

Capítulo 31

—Bien —dijo Barbarotti—. ¿Qué has averiguado? Despacio, por favor, y así no tendrás que repetirlo todo dos veces. Vengo de un entierro y estoy aún más lento de lo habitual.

Gerald Borgsen levantó la comisura derecha un centímetro, en señal de que había pillado que Barbarotti se estaba burlando de sí mismo. Parpadeó un par de veces detrás de sus gafas ligeramente sombreadas y comenzó:

—Bastante, de hecho. ¿Empiezo por lo más importante, quizá?

El inspector asintió con la cabeza.

—Ejem. Al final resultó ser el teléfono de Jane Almgren al que Robert Hermansson llamó la noche de su desaparición. Y la había llamado en una ocasión anterior, solo un par de días antes. Teníamos ese número ya en diciembre, pero...

—Tarjeta prepago —completó Barbarotti.

—Exacto. Y no conseguimos ir más allá. O más bien diría que no le dedicamos los recursos necesarios...

Era *vox populi* que Sorgsen se consideraba falto de personal. Gunnar ladeó la cabeza, como ese esquiador finlandés cuyo nombre seguía sin recordar, e intentó poner cara de compasión.

—En este país se realizan más de treinta millones de llamadas telefónicas al día —continuó Sorgsen—. Y del teléfono móvil de Robert Hermansson, por ejemplo, teníamos, si nos centramos únicamente en diciembre, sesenta y cuatro números diferentes que investigar. Este que pertenecía a Jane Almgren solo era uno de ellos. Después, cada número da lugar a cien o ciento cincuenta nuevos números, pero si de verdad queríamos...

—Ya lo sé, Gerald, joder —lo interrumpió Barbarotti—. Es un disparate, claro que sí, que tengas que hacerlo todo tú solo, pero dime: ¿qué pasa con ese teléfono? O sea, el de Jane Almgren. Si mal no recuerdo, no había muchas llamadas registradas desde ese número en diciembre, ¿verdad?

—Solo seis —contestó Sorgsen—. Dos a una pizzería, una a una peluquería, una a Robert Hermansson y dos de él.

—Sí, me acuerdo de eso. Pero ¿qué pasó antes? ¿En noviembre, por ejemplo?

—Unos veinticinco números diferentes —explicó Sorgsen con paciencia—. La mayoría a otros teléfonos de tarjeta prepago y números ocultos, pero no todos. También parece que hizo una sustitución un par de días en diciembre en esa peluquería. Nuestra amiga Jane, quiero decir.

Pero después de la desaparición de Robert no hay ni una sola llamada. Y es eso, claro, lo que ha hecho que no hayamos podido avanzar.

—¿Ni aunque hubiese habido más personal?

—Haré ver que no te he oído... Pero también hay algunas llamadas a teléfonos normales.

—¿En noviembre?

—Sí.

—¿Cuántas?

—Cuatro. Y he investigado las cuatro. Tres se dirigen a particulares y una a una empresa de alquiler de coches. Dos de las personas viven en Estocolmo, los dos son hombres, tengo sus nombres y direcciones, naturalmente, y ambos afirman no tener ni idea de quién es Jane Almgren. La tercera persona tampoco conoce a nadie con ese nombre, pero aun así considero que resulta de interés para el caso.

—Ah, ¿sí?

—Su nombre es Sylvia Karlsson. Tiene setenta años y vive en Kristinehamn. El veintidós de noviembre del año pasado recibió una llamada de su hijo, o sea, de este número, y desde entonces no sabe nada de él.

Ya, pensó Gunnar Barbarotti mientras sentía cómo la concentración estaba a punto de írsele. Apartó la vista de Sorgsen y miró hacia la ventana. Constató que llovía. Dejó pasar unos segundos mientras seguía el serpenteante viaje de un par de gotas de agua deslizándose por el cristal.

—Recuerda que estoy un poco atontado —insistió—. O sea, ¿lo que estás diciendo es que...?

—En efecto —confirmó Sorgsen—. Veo que me sigues. Cabe señalar que estuvimos en contacto con esa mujer ya en diciembre, o a lo mejor a principios de enero, pero en aquel momento no sabía que su hijo había desaparecido, claro. Por lo visto, no tienen mucho trato. Pero ella cumplió setenta años en junio y él solía llamarla siempre en los cumpleaños.

—Hmm... ¿Un maleante?

—Podría expresarse así, si lo que quieres es ser un poco antiguo.

—No hay nada malo en ser un antiguo —replicó Barbarotti—. ¿Cómo se llama? ¿Está fichado?

—Sören Karlsson. He realizado una búsqueda y tiene un bonito portafolio.

—¿Por ejemplo?

—Un poco de todo. Estupefacientes. Delitos de lesiones. Colaboración en atracos de bancos. Ha pasado un total de veintidós meses en la cárcel. La última vuelta la hizo hace tres años.

—¿Conexión con Jane Almgren?

—No la hemos averiguado todavía. Pero Karlsson estuvo empadronado en Kalmar durante la época en la que Jane Almgren vivió allí. Así que es posible que la conexión venga de ahí. Por no decir probable.

Gunnar Barbarotti entrelazó las manos reflexionando.

—Bien —dijo—. Y como lo tenemos fichado, supongo que nos encontramos en pleno proceso de identificación.

—No te quepa la menor duda —confirmó Gerald Borgsen con un énfasis poco usual en él—. Si él ha sido el compañero de congelador de Robert Hermansson, lo sabrás dentro de cuatro horas. Yo iba a...

—Espera un momento —lo interrumpió Barbarotti—. A ver si me aclaro. Es decir, ¿puede que Jane Almgren matara a ese Sören Karlsson en algún momento antes de ponerse con Robert Hermansson? ¿Luego se quedó con su móvil y lo usó durante una semana y pico... hasta que de repente dejó de hacerlo?

Sorgsen asintió con la cabeza.

—Sí, más o menos. Quizá se le acabara la batería. O el dinero de la tarjeta. La última llamada registrada es, de hecho, la que recibió de Robert Hermansson la misma noche en que desapareció.

—Y todo esto...

—... gracias al trabajo de investigación de los teléfonos móviles —completó Sorgsen—. Correcto otra vez.

¿Y no podrías haber llegado a esa conclusión en diciembre?, pensó el inspector Barbarotti sin formular la pregunta en voz alta.

—Muchas gracias, Gerald —dijo en su lugar mientras se levantaba—. ¿Te quedas esta noche a esperar la confirmación?

Sorgsen carraspeó antes de hacer un gesto señalando su mesa hasta arriba de papeles.

—Trabajo no me falta, como puedes ver. Sí, me quedo. Te llamo en cuanto me llegue la información.

—Muy bien. —Barbarotti se marchó del despacho de su compañero. Echó un vistazo al reloj. Eran las 18.10. Había quien afirmaba que Gerald Borgsen tenía una media de veinte horas extra a la semana, pero Barbarotti nunca se había molestado en comprobarlo. Tal vez eso fuera quedarse corto.

El inspector, por su parte, no pensaba hacer horas extra. No más de las que ya había hecho ese día, en todo caso. Iba a ir a la piscina a nadar mil metros y luego se pasaría una hora en la sauna. Era viernes por la noche, y Sara había prometido preparar un plato de pasta a las 20.30. Debería darle tiempo de sobra, a menos que tropezase con un cadáver de camino al polideportivo.

Después quizá, a su debido tiempo, haría una llamadita a la ciudad de Helsingborg.

Les llevó hasta el sábado por la mañana terminar con la identificación. Barbarotti desconocía el motivo de tanta demora y no pensaba molestarse en averiguarlo.

—Te he dejado el informe sobre la mesa —explicó Sorgsen con voz triste por teléfono—.

Ahí puedes leer sobre nuestro amigo Sören Karlsson. Unos treinta y nueve años, más o menos. No sabemos con total seguridad si logró alcanzar ese último cumpleaños en noviembre, ya que no podemos determinar con exactitud cuándo falleció. Y no he llamado a su madre, pensé dejártelo mejor a ti. Estoy un poco cansado de teléfonos. Hasta luego.

A pesar de ese último comentario, Sorgsen volvió a llamar dos minutos más tarde.

—Cabe añadir —dijo con un pesado suspiro—, cabe añadir que el motivo por el que Jane Almgren empezó a utilizar el móvil de la víctima probablemente fuera porque Telia, su compañía telefónica, rescindió el contrato de su teléfono fijo el veinticinco de noviembre. Eso es todo.

—Gracias, Gerald —respondió Barbarotti, y colgó.

Una hora después estaba en su despacho con el pasado de Sören Karlsson en la mano. Escrito con la letra diminuta de Sorgsen —era una de las últimas personas vivas a las que todavía les gustaba escribir a mano—, comprendía poco más de medio folio y evidenciaba que Karlsson nació en Karlstad en 1965 y abandonó la casa de su infancia para mudarse a Estocolmo cuando terminó una formación profesional de dos años en 1984. Había residido en una decena de lugares del país, había tenido una veintena de medios de sustento, y su primer acto delictivo documentado se clasificaba como un delito de lesiones cuya víctima fue una mujer de setenta y seis años en relación con el robo de su bolso en la calle Västerlånggatan, en Gamla Stan. Tuvo lugar en el verano de 1988. Nunca se había casado y por lo que se sabía no tenía hijos. Durante dieciocho meses, a finales de los años noventa, había vivido en la ciudad de Kalmar mientras trabajaba para una pequeña empresa de limpieza, y existía un testimonio fiable de que, durante un breve período de tiempo, mantuvo una relación con una tal Jane Almgren, que por aquel entonces todavía estaba casada, tenía dos hijos y trabajaba en la misma empresa.

Muy bien, pensó Gunnar Barbarotti, y lanzó un profundo suspiro. Pues ya está.

En la parte de abajo del papel, Sorgsen había anotado un número de teléfono y un nombre. Barbarotti cerró los ojos e inspiró hondo por la nariz un par de veces. Había llegado el momento de llamar a la señora Sylvia Karlsson en Kristinehamn, ya no cabía aplazarlo más. La llamaría y le explicaría que en absoluto se debía a la dejadez el hecho de que su único hijo no la hubiera felicitado el día de su setenta cumpleaños.

Espero que no esté en casa, pensó antes de marcar el número.

Pero optó por no entrar en ninguna apuesta con Dios, y Sylvia Karlsson contestó con aspereza ya tras el segundo tono.

—¿Cómo fue el entierro? —preguntó Eva Backman.

Era lunes por la mañana. Llovía. Barbarotti había pasado la mayor parte del domingo en Helsingborg y también en Dinamarca, al otro lado del estrecho, en Helsingör (y en el Museo Louisiana), y no había llegado a casa hasta pasada la medianoche. Casi diez horas de carretera en total, pero, en fin, ¿qué no haría uno?

—Muy agradable —respondió—. Una pena que no pudieras ir. Y al parecer van a enterrar a Sören Karlsson en Karlstad. ¿Tal vez tampoco puedes asistir a ese?

—Me lo pensaré —dijo ella—. Tú tienes buen aspecto de todos modos... Lunes lluvioso y once meses para las próximas vacaciones, ¿estás tomando Prozac o armañac, o algo?

Gunnar Barbarotti negó con la cabeza.

—Bueno, no es asunto mío. Entonces, ¿estamos de acuerdo en que el caso se ha resuelto?

—Aparte del pequeño detalle de Henrik Grundt, el caso está más que resuelto —convino Barbarotti—. Pero me encantaría oír el resto de la historia de Jane Almgren, si no te importa. ¿Qué pasó con ese nuevo testigo? Nos ayudó a atar algunos cabos sueltos, ¿verdad?

—Sí, algunos —contestó Eva antes de apurar el último trago de café de su tazón—. Pues ayer apareció una mujer que dijo que era muy posible que Jane hubiera tenido una pequeña aventura con Robert Hermansson durante la adolescencia, bueno, tampoco una aventura. Al parecer formaban parte de la misma pandilla, y Robert había cambiado a..., bueno, había preferido a esta testigo... en mitad de la noche.

—Vaya.

—Ya lo creo. En pleno saco de dormir.

—¿Cómo?

—Sí, esas fueron las palabras exactas. Habían hecho una excursión con tienda de campaña por la zona de Kymmen. No sé si significa algo, pero la testigo, que era amiga de Jane Almgren, dijo que Jane se había vuelto loca y decía que lo iba a matar, y por lo visto lo intentó.

—¿Ya en aquel entonces?

—Ya en aquel entonces. Tenía dieciséis años, hay que empezar pronto si quieres llegar a algo. En cualquier caso, existe un antiguo vínculo con Robert. Quizá es lo que tú decías, que se acordó de la traición cuando lo vio en la tele al cabo de veinte años. Sören Karlsson evidentemente es la causa directa de que su matrimonio se fuera a pique en Kalmar, de modo que creo que podemos dar por hecho que el móvil de la venganza juega un papel importante. En los dos casos.

—¿Una vieja historia en una tienda de campaña?

—Ya sabes, las cosas se quedan ahí, latentes, germinando. Y pueden brotar al cabo de veinte o treinta años, sobre todo en las almas rotas.

—Gracias, ya lo sé. ¿Y qué pasa con su marido?, exmarido, quiero decir.

—Eso, el exmarido. Debería haber sido una presunta víctima. Pero los niños y él tenían una especie de identidad protegida. Viven en Drammen, en Noruega, y ¿qué crees que hacía Jane Almgren en Oslo? Si no hubiese sufrido ese accidente, puede que también lo hubiera encontrado.

Gunnar Barbarotti se mordió el labio inferior mientras ponderaba esa idea durante unos segundos.

—Joder —dijo.

—Sí. Buen resumen de la situación. Pero tú y yo tal vez podamos archivar a esa mujer.

¿Verdad?

Barbarotti asintió con la cabeza.

—Supongo que sí. Berggren y Toivonen llenarán los huecos que queden. Supongo que solo se trata de hacer el retrato psicológico, y eso a Toivonen se le da de maravilla.

Eva Backman mostró un conato de sonrisa.

—¿Y a ti? ¿A ti qué es lo que de verdad se te da de maravilla? —preguntó.

Gunnar Barbarotti enderezó la espalda y procuró rehuir la mirada de su compañera. Hizo una mueca mientras se lo pensaba.

—Me alegro de que hayas sacado el tema —repuso—. Es algo sobre lo que he meditado bastante.

—¿Y a qué conclusión has llegado?

—Creo que soy un hacha en cabezonería.

—¿En serio?

—Sí. Una vez, cuando estaba en el colegio, dediqué dos semanas a resolver el problema de los siete puentes de Königsberg. Teníamos un profesor que siempre nos mandaba ese tipo de enigmas. Conocerás los puentes de Königsberg, supongo.

—Creía que era un problema irresoluble.

—Y lo es. Y nos lo dijo. Pero a mí me dio igual, intenté resolverlo de todos modos.

Eva Backman asintió con la cabeza y se mordió la uña del dedo índice.

—Entiendo. ¿Y Henrik Grundt, porque supongo que es ahí donde quieres ir a parar?

—Lejos de ser irresoluble —contestó Gunnar Barbarotti—. Solo dame un poco de tiempo.

Eva permaneció callada un momento.

—¿Cuánto?

Barbarotti se encogió de hombros.

—No tiene mucha importancia. Un par de meses o un par de años. Lo siento como algo absolutamente necesario, la verdad; los he visto bastante mal.

—¿Mal? ¿A quiénes?

—A la familia. A todos los del entierro. No sé quién de ellos está peor. Pero una cosa está clara: no era a Robert a quien lloraban en la iglesia. Pobre diablo, ni siquiera consiguió ser el protagonista de su propio entierro. Tienes que reconocer que eso ya es el colmo del infortunio.

—Desde luego no le tocó el gordo en el sorteo de la vida, no. Pero ¿no creerás que Henrik Grundt sigue vivo?

—Me cuesta creerlo. Mucho.

—¿Tanto como te cuesta imaginarte que haya tenido una muerte natural?

—Casi tanto, sí. —Barbarotti suspiró—. Pero si consigo convencer a Asunander, me gustaría sentarme tres días para repasar todo el caso una vez más. Todo lo que tenemos. Todas las entrevistas, todo, darle la vuelta a cada palabra y cuestionar a todo cabrón que haya dicho algo.

—¿No sería mejor hacerlo al revés?

—¿El qué?

—¿Cuestionar cada palabra y darle la vuelta a cada hijo de vecino que haya dicho algo?

—Señora Backman, hay que ver la gracia que tiene usted, lo sabe, ¿verdad?

—Mi marido suele decírmelo —rio Eva—. Pero venga, tú coméntalo con el jefe, anda. Lo he visto esta mañana.

—¿A Asunander? ¿Qué tal estaba?

—Triste. Inmensamente triste.

—Entonces esperaré hasta mañana —decidió el inspector—. Nuestro Señor todo lo ha creado, pero las prisas no.

—¿Conoces a Nuestro Señor? —preguntó Eva Backman—. Nunca lo habría sospechado.

—Solo un poco —reconoció Barbarotti—. Solo un poco.

IV
Noviembre

Capítulo 32

Kristina bajó en Gullmarsplan, ya que su metro continuaba hacia Farsta Strand. Se inclinó para protegerse de las ráfagas de viento, cruzó la desierta plaza luchando contra las inclemencias y recorrió el túnel peatonal que apestaba a orina en dirección a la zona del Globen. La lluvia arremetía en cascadas heladas y se preguntó por qué no habría hecho caso del consejo de Jakob de hacer la compra en el mercado de Östermalm y luego coger un taxi a casa.

Pero quizá ella funcionaba así: justo en esas insignificantes desobediencias residían sus espacios de resistencia. Ahí y solo ahí. ¿Por qué no? En algún sitio hemos de encontrar el oxígeno para sobrevivir.

Iban a tener invitados. En concreto, dos productores de cine daneses acompañados por sus esposas, un mandamás de la televisión sueca sin acompañante y una directora finlandesa lesbiana. Había que cocinar y dar de beber con regia elegancia. Se trataba de un proyecto de colaboración nórdica. Blinis, huevas de alburno y chupitos de aguardiente. Carne de corzo y vino de Barolo. Higos caramelizados, queso de cabra, café, calvados y toda la puñetera parafernalia.

El cansancio le llegaba hasta el alma. Pero el caso es que había decidido hacer la compra en el centro comercial del Globen. Y es que si la obligaban a desempeñar el papel de la joven, perfecta —y favorecedoramente embarazada— esposa, al menos tendría derecho a decidir dónde comprar la comida, ¿no? Esa que durante la tarde iba a prepararse con meticulosidad para que a la hora de la cena pudiera introducirse en las fauces de los hambrientos magnates y sus maquilladísimas mujeres, del mandamás televisivo y de la tortillera finlandesa.

La simulación de una resistencia, por tanto. No eran más que las once de la mañana. Tenía tiempo de sobra, había reservado unas cinco o seis horas para los preparativos culinarios. Jakob incluso se había ofrecido a recoger a Kelvin en casa de la niñera; nadie podría decir que no mostraba el debido aprecio y consideración a su mujer embarazada.

Entró en el centro comercial atravesando el McDonald’s. Tuvo que abrirse paso a codazos porque estaba hasta arriba de gente, pero ya no aguantaba ni un segundo más bajo la fría lluvia. Sintió que necesitaba sentarse a descansar un rato antes de acometer la búsqueda de provisiones. Encontró una cafetería, se quitó la gabardina y pidió un capuchino. Se sentó en un taburete alto frente a una mesa diminuta en medio del ir y venir de gente. Había recuperado el gusto por el café la semana anterior. En medio del séptimo mes, igual que la vez anterior.

¿La vez anterior?, pensó, y mientras removía la espuma distraídamente con el palito de madera intentó recordar cómo se había sentido cuando esperaba su primer hijo. El callado e

introvertido Kelvin. Intentó evocar ese sentimiento de imprecisa expectación e ingenuo optimismo, ni que fuera sintonizar con el tono, pero resultó inútil. Todo había cambiado tantísimo... La reorganización de las condiciones vitales había sido tan profunda que a veces se preguntaba si en realidad tenía sentido creer que era la misma persona. ¿Era el mismo cerebro el que ideaba estos pensamientos, el que en este preciso instante ordenaba a la mano que alzara la taza y a la boca que le diera un sorbito a la leche espumosa demasiado caliente? Buena pregunta, como solía decirse. Llevaba casi un año viviendo una pesadilla permanente y no había ninguna señal de que fuera a terminarse nunca. Ni la más mínima señal.

—No pareces muy contenta —le había dicho Marika en el centro de maternidad.

Había pasado la mañana allí. Al menos media hora de ella. Como era natural, debería haber acudido a un centro en su barrio, pero le había cogido cariño a Marika durante el embarazo de Kelvin y Marika trabajaba en la calle Artillerigatan. Jakob había propuesto que fuera a Gamla Enskede, pero ella había insistido en Marika. Resistencia.

—No —le había contestado—. No estoy contenta. No quiero tener a este niño.

No entendió qué la había llevado a decir algo así. Nunca antes había reconocido nada semejante. Pero quizá fuera justo ese el punto fuerte de Marika, uno de ellos: el de sacar la verdad de la gente.

Marika puso su robusta mano en el brazo de Kristina y la miró profundamente a los ojos a tan solo veinte centímetros de distancia.

—No pasa nada. Ya se arreglará —la consoló con el sonoro timbre de su acento finlandés—. Créeme, con el tiempo las cosas irán mejor. No te preocupes, cielo.

Acto seguido le preguntó si ocurría algo con la paternidad. En algún sentido. Kristina negó con la cabeza pensando que el problema no era la paternidad, sino el padre. Ahí estaba el problema. Daba la casualidad de que se había casado con un asesino, y era al hijo del asesino al que ahora llevaba bajo su corazón. Pero se hallaba a merced de ese loco marido-asesino, simplemente no había nada que hacer al respecto: era el castigo de los dioses por haber jugado a un juego prohibido, y mientras siguiera viva, jamás se libraría de esos términos y condiciones.

Pero no le había confiado nada de eso a Marika. Eso también formaba parte de los términos y condiciones: el silencio.

Dio otro sorbito al café y sacudió la cabeza. Se tragó tanto la bebida como la bola que tenía en la garganta, tal y como se había acostumbrado a hacer. Durante unos minutos observó a dos mujeres jóvenes que conversaban con entusiasmo y alegría en la mesa de al lado, y pensó que si hubiese nacido diez años más tarde, podría haber sido una de ellas. La morena, si podía elegir, porque tenía una cara muy agradable: despreocupada de alguna manera, el futuro por delante y ningún equipaje pesado.

Después se quedó un segundo en blanco, y luego el plan volvió a aparecer en su cabeza.

O *El Plan*, porque en los últimos tiempos había empezado a presentarse en mayúsculas y en cursiva, significara lo que significara eso. Igual que un letrero que de repente relampagueaba en

su cabeza, justo con esas seis letras escritas en un color rojo sangre inconfundible.

No había sido así desde el principio. Todo lo contrario: cuando se le presentó por primera vez, solo había sido como un ladrón en la noche, discreto y furtivo, para nada con la intención de que lo notaran o lo tuviesen en cuenta. Pero más tarde, de alguna misteriosa forma, se envalentonó, y de repente ya no se dejaba rechazar así como así, sino que se quedaba y exigía un trato preferente. De verdad que era una cosa muy rara, como un pretendiente que se acercaba para invitarla a bailar y al que ella no pudiera decidir si rechazar o no.

Soy tu única alternativa, solía decir. Tu único camino para salir de esto, Kristina. Ya lo sabes, puedes optar por reconocerlo ahora o dentro de diez años. Pero tarde o temprano me abrazarás. Tu cobardía decide el plazo, nada más, tú misma decides cuántos días más quieres vivir bajo la opresión de tu marido.

Un asesinato, pensó. Matarlo. Es eso lo que le propone el pretendiente.

Pero ninguna de esas palabras concretas aparecía nunca en cursiva ni tampoco se iluminaba en su ojo interior. Más bien al revés: en cuanto las pensaba, se desdibujaban y desaparecían alejándose en su propia absurdidad.

O en la niebla de su propia cobardía o lo que fuera.

Y, aun así, era justo eso lo que contenía *El Plan*. Eso y nada más.

La pesadilla, no obstante, no se desdibujaba nunca. Se reponía tres o cuatro noches al mes, y en cada sesión todos los detalles se encontraban irremediablemente en su sitio. Nada cambiaba, todo se mantenía igual: la entrada de Jakob en la habitación, la aterrada inspiración de aire de Henrik, los prolongados segundos de absoluto silencio e inmovilidad... Las manos de Jakob sacando a Henrik de la cama y arrojándolo con brutalidad al suelo, la rodilla contra su pecho, el grito ahogado de ella.

Los tres o cuatro puñetazos de Jakob, sus manos en torno al cuello de Henrik, los ojos que parecían que iban a salírsele de las órbitas, su propia incapacidad para hacer algo, sus dientes apretados por la impotencia y las palabras finales de Jakob: «Ya está, ahora está muerto».

La estruendosa bofetada y los escupitajos en el rostro de Kristina.

A modo de documental. No era una pesadilla, en el sentido estricto de la palabra. Era una secuencia de recuerdos auténtica —del todo auténtica y fiel hasta el más mínimo detalle— de aquella noche. Envolver el cuerpo sin vida de Henrik en sábanas. Tirarlo desde la pequeña escalera de incendios hasta la maleza. Arrastrarlo al coche. Nadie los había visto. Eran las 04.30 cuando terminaron. Entonces volvió a abofetearla y la violó. A las 07.00 ya estaban en el comedor del hotel desayunando. Kelvin también, encajado en la silla infantil lacada en rojo; había dormido como un tronco toda la noche. A las 07.45 se fueron de Kymlinge.

Del entierro del cadáver se encargó él solo. Kristina ignoraba dónde descansaba el cuerpo de Henrik. Jakob había pasado fuera toda la noche siguiente, y ella comprendió que había tomado

todas las precauciones posibles. Quizá en el mar, quizá en algún bosque por la zona de Nynäshamn, pues conocía esa zona muy bien. Nunca se lo preguntó, y él tampoco se lo habría contado.

Y cuando le explicó el marco en el que se desarrollaría el resto de sus vidas, ella ya lo había asumido.

Si tú me delatas, yo haré lo mismo contigo.

Un par de semanas más tarde añadió esa otra frase.

Si me matas, está todo en mi testamento.

Si me matas, está todo en mi testamento.

Durante mucho tiempo se lo había creído. Durante mucho tiempo había tenido pesadillas con ese testamento también. Creía en su autenticidad.

Que realmente lo había puesto por escrito. Que había ido a un abogado para entregarle un sobre cerrado: «Para ser abierto tras mi muerte». O: «Para ser abierto en caso de que fallezca en circunstancias sospechosas».

Ahora tenía sus dudas. Desde hacía un tiempo había comenzado a intuir que tal documento no existía. ¿Qué interés tendría Jakob en ser desenmascarado como asesino después de su muerte? ¿De verdad había motivos para asegurarse esa reputación póstuma?

Era una pregunta harto difícil. Se había devanado los sesos durante días y semanas buscando una respuesta. Y eso la llevaba a unas cuantas preguntas más.

¿De verdad la odiaba tanto?, por ejemplo. ¿Tanto como para castigarla cuando él mismo ya no estuviera vivo?

En ese caso, ¿por qué había elegido atarla a él, para empezar? Tenerla atrapada de esta manera entre la espada y la pared... ¿Era solo porque quería una mujer que nunca pudiera negarle nada? ¿Era así de sencillo? Una mujer a la que se sintiera con el derecho moral de violar noche tras noche, todas las veces que le viniera en gana.

¿Podría ser? ¿Sería eso? Quizá Jakob Willnius estaba cortado por ese patrón, y estaba tan enfermo que podía —y quería— vivir de esa forma. Había indicios de que tal vez fuera así. Ciertos hombres tenían ese fondo.

Aunque había otra pregunta más interesante. Al cabo de algún tiempo, cuando ya le había dado muchas vueltas, cuando llevaba semanas devanándose los sesos con ello, casi se atrevía a convertir la pregunta en una constatación.

Lo importante, lo ciertamente importante —desde el punto de vista de Jakob Willnius— no era el contenido de tal documento, claro, sino convencer a su mujer de la existencia del mismo. Era a través de esto último como la ataba de pies y manos y se agenciaba un seguro de vida, no por medio de lo primero. Pues claro.

¿A que sí?, se preguntó Kristina. ¿A que sí? ¿A que sí? ¿A que sí?

Y después de la respuesta afirmativa, pronunciada con cautela, apenas audible, a esa pregunta medio retórica, medio desesperada, surgió el plan. *El Plan*.

Tomó un trago de café y miró el reloj. Eran las 11.40. A las amigas parlanchinas de la mesa de al lado las había sustituido un hombre cansado que tenía una montaña de bolsas de compras a sus pies. El centro comercial estaba hasta los topes de gente. Jóvenes, viejos. Secos, mojados por la lluvia. Hombres, mujeres. Me cambiaría, pensó Kristina Hermansson, mientras con aire ausente se pasaba la mano por la tensa barriga, me cambiaría, sin dudarlo un instante, por cualquiera de esas personas.

A continuación se levantó, dejó en la mesa su vaso de cartón de café a medio terminar y se dirigió al supermercado ICA para ocuparse de sus deberes de esposa modélica.

Pero ¿cómo?, pensó. ¿Cómo?

Leif Grundt enfiló la entrada del garaje con el Volvo, detuvo el coche y apagó el motor. Se quedó sentado con las manos en el volante, sin fuerzas para bajar. Eran las 21.30. Un jueves de noviembre. Llovía.

La casa se hallaba a oscuras, aparte del cuarto de Kristoffer, donde una luz azulada revelaba que el televisor estaba encendido. Leif se encontraba cansado, cansado hasta la médula. Había salido de casa antes de las siete de la mañana y terminado su trabajo en la tienda once horas más tarde para después pasar otras dos con Ebba en la clínica Vassrogga.

Ebba se quedaba allí entre semana, y los fines de semana volvía con la familia. Un centro privado, algún tipo de terapia intensiva, no tenía muy claro qué hacían con exactitud. En cualquier caso, se hallaba a unos doce o quince kilómetros hacia el interior, a lo largo del río de Indalsälven; llevaba tres semanas en ese centro e iba a pasar otras tres. Todos los jueves por la tarde había terapia en familia, Leif Grundt acudía e intentaba mostrarse amable y comprensivo. Lo de la amabilidad no le resultaba demasiado difícil, pero la parte de la comprensión le costaba más. No pensaba que su mujer diera la impresión de haber progresado mucho.

Cuando se lo planteó con prudencia al terapeuta, un hombre muy afable y barbudo que rondaba los sesenta años, este contestó que la señora Grundt había perdido a un hijo y que, por tanto, iba a ser un proceso lento.

Leif Grundt habría querido replicar que ese hijo perdido también era hijo suyo. Pero entendió que no eran cosas que debieran decirse.

Al día siguiente por la tarde, Ebba volvería a casa, y Leif advirtió la desagradable mezcla de sentimientos que eso le provocaba. Como si a Kristoffer y a él les impusieran de repente ciertas exigencias. La exigencia de mantener a Ebba de buen humor. O de no dejar que se hundiera, o como uno quisiera entenderlo. Llevaba un tiempo con una voz en su cabeza que repetía sonoramente: *A veces estoy hasta los cojones de ti, Ebba, ¿te enteras?*; y sabía que si esas frases

alguna vez se le escapaban, el daño sería irreparable. Sería el tiro de gracia a un matrimonio ya moribundo. El tiro de gracia a la familia Grundt.

Aunque quizá, pensó mientras apretaba, indolente, el mudo volante, quizá ya no había quien los salvara.

Había leído en algún sitio que hay familias que logran superar una catástrofe como esa, pero otras no.

Y a todas luces, la familia Hermansson Grundt pertenecía a la segunda categoría. Once meses habían bastado; hacía un año todo irradiaba bienestar y armonía, al menos según los estándares habituales y su propio, aunque limitado, juicio. Una mujer que era jefa médica, un gerente de supermercado, un estudiante universitario en Uppsala y un alumno de secundaria razonablemente educado. Hoy el estudiante universitario se hallaba desaparecido, muerto con toda probabilidad; la jefa médica se adentraba en su propia oscuridad, y él, por su parte, no tenía ni fuerzas para bajar del coche.

Así estaba el tema. Así habían salido las cosas.

¿Y Kristoffer?

No se atrevía a pensar en Kristoffer. Lo que estaba claro era que el chico había empezado a fumar, que se movía en círculos poco recomendables y que su rendimiento escolar dejaba bastante que desear. Sin duda también bebía cerveza y otras cosas de vez en cuando; Leif lo sabía y Kristoffer sabía que lo sabía, pero los dos preferían hacer como si no pasara nada. Al menos no lo comentaban. Las cosas ya estaban lo bastante mal como estaban; más problemas no, gracias. Todavía le quedaban fuerzas para, de vez en cuando, abrazarlo y dedicarle unas palabras de ánimo al chaval, y esperaba que fuera suficiente. Tenían una especie de pacto entre caballeros, que en líneas generales estipulaba no hablar de nada desagradable y hacer como quien oye llover.

Y vaya si llovía. Leif Grundt podía ver las gotas rebotar en el capó del coche para a continuación condensarse y convertirse en una fina niebla, que al momento se disolvía en la nada. El motor aún no se había enfriado. ¿Por qué estoy sentado aquí?, pensó. A mis cuarenta y tres años estoy sentado en mi coche delante del garaje de mi casa mirando la lluvia. Abatido como un bogavante capturado. ¿Por qué? ¿Por qué estoy sentado aquí? ¿Y qué tienen que ver los bogavantes? Ah, claro, cayó en la cuenta, debe de ser por esos ejemplares congelados de Argentina que habían tenido que tirar tras las quejas de las señoras de... No, volvía a perder el hilo. ¿En qué estaba pensando?

Ah, sí. En Kristoffer. Ahí estaba el chaval viendo la tele otra vez, ese brillo azulado procedente de su habitación no mentía. Aparte de zampar algo de comida de vez en cuando y salir a fumar a escondidas, ver la tele era lo único que hacía en casa.

Lo que hacía fuera de ella, como por ejemplo la mayor parte de los fines de semana, a eso Leif Grundt preferiría no darle demasiadas vueltas.

Y era como si sus ojos no quisieran cruzarse de verdad. No como antes. Aunque eso, se suponía, también formaba parte de la naturaleza de las cosas. Evitar mirarse a los ojos, todo tenía

su precio.

Dentro de poco no voy a poder más, pensó Leif Grundt mientras abría la puerta del coche y salía a la lluvia. Joder.

Apresuró el paso hasta la puerta y entró en el oscuro recibidor. Colgó el abrigo en el perchero y continuó hasta la cocina. Encendió la luz que había encima del fregadero y constató que Kristoffer no había metido en la nevera la mantequilla, el queso ni el tubo de pasta de huevas de bacalao, y que el lavavajillas probablemente ya estaba lleno, porque en la pila había una cacerola pringosa con restos de pasta y un escurridor.

Le llevó un cuarto de hora recogerlo todo, y luego entró a ver a su hijo. Como era de esperar, lo encontró tirado en la cama viendo una película; al menos era una peli sueca. Justo cuando Leif Grundt abrió la puerta, uno de los actores decía: «Vete a la mierda, jodida zorra». Algo es algo, pensó, al tiempo que se preguntaba qué era lo que le parecía tan reconfortante sobre el hecho de que la película fuera sueca.

—Recuerdos de mamá —dijo.

—Vale —contestó Kristoffer.

—Viene mañana por la tarde.

—No sé si estaré.

—Ya, vale. Bueno, venga, creo que me voy a la cama. ¿A qué hora tienes clase mañana?

—No empiezo hasta las diez.

—¿Quieres que te despierte cuando me vaya?

—No hace falta. Pondré el despertador.

—Vale. Entonces te veo mañana por la tarde.

—Supongo.

Te deseo felices sueños, mi querido hijo, pensó Leif Grundt. Que no te pase nada malo.

Pero no lo dijo. Se limitó a bostezar y a salir de la habitación.

Debió de quedarse dormido en algún momento durante la tercera parte de la película, porque lo despertó la música que acompañaba la escena final de una casa en llamas, seguida de los créditos. Un poco estúpido presentar el texto contra ese fondo, pensó Kristoffer, ya que muchos nombres casi no se veían. Pero bueno, qué más daba, había sido una película bastante estúpida en general. La típica peli sueca de serie B.

Aunque quizá fuera justo por eso —por el hecho de que no se podían discernir muy bien los nombres de todos esos actores y fotógrafos y realizadores y asistentes de dirección y técnicos de sonido— por lo que seguía intentando leerlos. No solía malgastar su energía en algo así. Nombre tras nombre tras nombre; increíble que se necesitara tanta gente para hacer una película tan mala, pensó Kristoffer. Era algo en lo que no se había fijado antes. En que se necesitaran tantos. Montadores, guionistas, responsables de casting y de vestuario...; y mientras permanecía ahí

tumbado mirando con pereza cómo desfilaban todas esas personas desconocidas, esos anónimos subalternos de la industria cinematográfica, de pronto apareció un nombre que le sonaba.

Rimborg. Olle Rimborg.

¡Ostras!, pensó Kristoffer. ¿Dónde he visto ese nombre? ¿O lo he oído?

Antes de que le diera tiempo a comprobar qué función había desempeñado ese Olle Rimborg en el curioso mundo del cine, el nombre ya había desaparecido de la pantalla. ¿Rimborg?

Sacó el mando a distancia de debajo de la almohada y apagó el televisor. Desearía haber tenido otra película que ver, pero no le quedaba ninguna nueva; las que tenía las había visto hasta la saciedad. Solo eran las 22.45, habría sido perfecto dormirse viendo otra peli.

¿Rimborg?

Se levantó de la cama. Decidió fumarse otro pitillo asomado a la ventana para después intentar conciliar el sueño de todos modos. El día siguiente era viernes. Por la mañana tenía clase doble de educación física, pero no pensaba ir. Era cierto que el profesor le había advertido que corría el riesgo de suspender, pero pasar dos horas en la piscina de un cutre polideportivo no era una buena forma de empezar el viernes. Al menos, no según la manera que tenía Kristoffer Grundt de ver el mundo.

Su actual manera de ver el mundo, habría que añadir quizá. Tenía muy claro que en esos momentos no llevaba precisamente la vida que le gustaría llevar. Estaba «atravesando una fase», tal y como el orientador del colegio había intentado explicarle a su tutor, el profesor Stahke. Joder, mira que llamarse Stahke... [1]

Se asomó por la ventana y, pese a la desapacible noche de noviembre, consiguió encender el cigarrillo. Por suerte, el balcón de la planta superior estaba justo encima de su ventana, así que al menos el pitillo no se mojaba.

¿Olle Rimborg?

Era... Tras dos caladas apareció la primera pista; mira tú por dónde, pensó, ahí está el efecto positivo de la nicotina en la capacidad de pensar. Era algo relacionado con la abuela. Algo que ella había dicho... ¿Cuándo? ¿Durante el entierro? Sí, eso era. Se encontraban delante de la iglesia —fue, dicho sea de paso, la única vez que había visto a su abuela en todo el año, de modo que no era demasiado difícil de deducir— y ella desvariaba sobre un tipo que se llamaba Rimborg.

Y dijo que él había vuelto.

Él había vuelto. ¿Quién narices era él? Era verdad que durante el entierro de Robert la abuela había chocheado un poco, pero había insistido mucho en ese tal Olle Rimborg y en el hecho de que alguien había vuelto de madrugada. Otra persona, que no era Olle Rimborg. La abuela se había puesto muy insistente, así que algo habría ahí, seguro. A pesar de la chochera.

Eso pensó Kristoffer Grundt mientras daba una profunda calada a su cigarrillo. ¿Qué más había dicho? No porque importara mucho, pero ahora que no tenía ninguna película que ver... Si no tenía nada mejor que hacer que asomarse a la ventana para fumar a escondidas una lluviosa y

triste noche de noviembre, al menos podría ejercitar un poco su máquina de pensar. ¡Sí, eso era! ¡Ahí está! Olle Rimborg era el recepcionista del hotel Kymlinge. Eso era, al menos si se podía fiar uno de la abuela. Y fue él quien dijo que alguien había regresado de madrugada. Y había algo importante en eso, o sea, la abuela había intentado explicárselo, pero la había visto tan ida que en realidad Kristoffer no se había molestado en escucharla, le había dado un poco de vergüenza ajena. Sí, en efecto, eso era, se acordaba de que había pensado que daba un poco de vergüenza, pobre abuela.

Y luego aparece ese nombre en la pantalla de su televisor dos o tres meses más tarde, ¿no era raro? Como si hubiese estado allí latente, esperando. Olle Rimborg, al parecer, no tenía un solo trabajo, sino que además de recepcionista de hotel también trabajaba en el sector del cine, ¿no era como...?

La siguiente calada que dio fue un poco profunda de más y se mareó, y de pronto, en un visto y no visto, volvió a aparecer Henrik.

Hola, hermanito, dijo Henrik.

Hola, Henrik, contestó Kristoffer.

No es bueno fumar.

Gracias. Ya lo sé.

¿Cómo estás?

Bien, gracias.

¿De verdad?

Mmm...

Henrik siguió instalándose en su cabeza durante unos segundos sin decir nada.

Vale, hermanito, soltó al final. Me la suda cómo te vaya. Quizá solo se trata de una fase, como dicen. Pero me gustaría que te interesaras un poco por ese Olle Rimborg.

¿Qué?, preguntó Kristoffer.

Que compruebes eso, dijo Henrik. No vendría mal.

¿Por qué?

Sabes que hay ciertas cosas que no te puedo contar, ya lo hemos comentado.

Sí, ya lo sé, pero...

Nada de peros. Si quieres dedicarte a algo que tenga sentido, aparte de fumar y beber y portarte mal en el cole, investiga a Olle Rimborg. Ya te has dado cuenta de dónde puedes encontrarlo, ¿no?

Sí, claro, pero..., intentó Kristoffer.

Pues quedamos en eso, zanjó Henrik. Y apaga ese maldito cigarrillo de una vez. Lo cierto es que necesitas espabilarte un poco, hermanito.

Kristoffer Grundt suspiró antes de dar una última calada. Tiró la colilla a la lluvia; la temporada de cortar el césped se había acabado, así que su padre no la encontraría. Cerró la ventana y se fue a la cama.

¡Cepíllate los dientes también!, añadió Henrik. Solo porque Linda Granberg se haya mudado a Noruega no tienes por qué ir por ahí apestando, ¿no te parece?

Kristoffer suspiró una vez más, apartó el edredón de una patada y se levantó. Hermanos, pensó.

Capítulo 33

Gunnar Barbarotti se despertó sin saber dónde estaba.

Sintió una mano caliente sobre su estómago. Y no era de él.

O sea, la mano. Era una mano femenina. Durante una milésima de segundo todas las mujeres con las que había despertado durante sus cuarenta y seis años de vida desfilaron como un relámpago por su soñolienta consciencia matinal. Hasta que el desfile se detuvo en la correcta.

Marianne.

Bueno, tampoco es que el camino hasta llegar a Marianne fuera particularmente largo. Aparte de con su ex, como mucho habría hecho el amor con una docena de mujeres; y con la mitad solo una o dos veces, casi todas hacía más de veinte años, durante su época de estudiante en Lund.

Pero ahora, por tanto, ahí estaba acostado con Marianne a su lado. Ella seguía dormida; inspiraba con suavidad y en silencio por la nariz. Le observó el rostro a veinte centímetros de distancia mientras se preguntaba cómo demonios era posible que una mujer tan bella se encaprichara de un patán como él.

Aunque sin duda era algo que formaba parte de la mística femenina, eso también, claro. Gracias a Dios.

Malmö. Paseó despacio la mirada por la habitación y se dio cuenta de que se encontraban en el hotel Baltzar de Malmö. Una habitación grande, esquinera, en la cuarta planta. De modo que el lugar de sus años de estudios no se hallaba más que a una decena de kilómetros. Así era; y una vez que constató eso, también el resto de las piezas del puzle encajaron en su sitio.

Era por la mañana. Sábado. Mediados de noviembre. Habían llegado la noche anterior, y se quedarían hasta el domingo. Se trataba de una boda.

No la suya, eso habría sido precipitarse un poco. No habían pasado ni cuatro meses desde que se conocieron durante esas mágicas semanas en Tasos, así que mucha prisa no tenían. Todo lo contrario, primero vamos a rechupetearnos como a buenos caramelos, había dicho ella, luego ya veremos. Gunnar no tenía nada que objetar; quizá le costaba un poco verse a sí mismo como un buen caramelo, pero qué más daba. Y no cabía duda de que su apetito por las chucherías había aumentado bastante durante el otoño. Se habían visto al menos unas diez veces, él le había presentado a su hija, también él había conocido a los suyos —un chaval de catorce años y una niña de doce— y había estado con ellos en dos ocasiones, sin que hubiese surgido ningún tipo de fricción. Oh, gran Dios, había pensado el otro día, es cierto que no te había pedido a Marianne,

pero estoy casi dispuesto a adjudicarte diez puntos existenciales por haberla puesto en mi camino.

El Señor había contestado que si los seres humanos tan solo tuvieran la cordura suficiente para pedir cosas que en verdad necesitaran, sería más fácil satisfacerlos; y Gunnar Barbarotti se había defendido argumentando que él tenía entendido que era responsabilidad de Dios equipar a las personas precisamente con una cordura así.

Respecto a eso, Nuestro Señor había pedido poder retomar el contacto con la respuesta oportuna a su debido tiempo.

Pero ahora estaban de boda. La hermana de Marianne, Clara, de veintiocho años y de profesión *art director* —Gunnar no tenía muy claro qué significaba eso—, por fin había encontrado a su príncipe azul, un arquitecto danés de nombre Palle. Por su parte, Marianne trabajaba como comadrona, una profesión con un contenido bastante más claro. También le llevaba doce años a su hermana la novia (eran un total de cuatro hermanas y tres hermanos en la familia, la mayoría de los cuales lo eran a medias), y al principio le había asustado la idea de ir a una boda con un ambiente juvenil y tener que mezclarse con ciento treinta y ocho personas de las cuales solo conocía a una. Pero no ir le pareció una alternativa aún peor, y al prolongarse el evento durante todo un fin de semana en Malmö —alojamiento privado, solo Marianne y él— todo se le presentó bajo una luz bastante más agradable.

—Claro que vas a ir, pedazo de cascarrabias —lo había animado Sara—. Tú también necesitas probar un poco de la buena vida.

Mi querida hija, pensó Gunnar Barbarotti mientras bostezaba feliz. Si tú supieras...

La ceremonia tuvo lugar en la iglesia de Sankt Petri, tanto la novia como el novio dijeron «sí, quiero», y después la fiesta fue en el salón de celebraciones Petri, a un minuto andando. (Y solo a tres o cuatro del hotel, una circunstancia que Marianne no dejaba de señalar.)

La cena se alargó mucho. Se sentaron a la mesa a las seis, y cinco horas más tarde ahí seguían. Gunnar Barbarotti contó hasta veinticuatro intervenciones, entre discursos y actuaciones, y según el maestro de ceremonias —un joven rollizo, embutido en un esmoquin azul claro, que tampoco se privaba de darle bien a la lengua— aún quedaban al menos media docena antes de que el baile y la barra libre tomasen el relevo.

Pero, en fin, no había mayores motivos de queja, tenía que admitirlo. Había acabado en una esquina del enorme local no excesivamente refinada y muy animada donde el jolgorio era notable y se bebía que daba gusto; y Marianne estaba cerca, al alcance de la vista y casi del oído también, sentada en diagonal detrás de un bonito centro de mesa de hojas amarillas, brezo y serbas. A su derecha en la mesa tenía a una prima del novio, originaria de un pequeño pueblo de Jylland que hablaba un danés difícil que tras siete copas de vino tampoco se entendía mucho mejor. La silla a su izquierda la ocupaba una dentista de Uddevalla, amiga de la novia y dotada

de una voz que le puso la piel de gallina cuando entonó una canción de amor que ella misma había compuesto. La interpretó *a capella* y de un modo casi erótico; era muy posible que la piel de gallina también se debiera a que se había asegurado de cruzar la mirada con Marianne durante toda la canción.

Como cabía esperar, la profesión de Barbarotti dio pie a bastantes comentarios. Un inspector de la policía criminal no era moco de pavo en ningún contexto, y menos aún en una boda. Antes de que llegara el helado a la mesa, ya se habían abordado los casos criminales más espectaculares de Suecia, partiendo del asesinato del primer ministro Olof Palme. Catrine da Costa. Fadime Şahindal. Los crímenes de Åmsele y los de Knutby. Thomas Quick. Un secretario de la Unión Europea, sentado junto a Marianne y cada vez más beodo, insistía con mayor vehemencia según avanzaba la noche en que se había cruzado con el asesino de Hörby durante una vuelta en bicicleta por la región de Österlen a mediados de los años noventa. Y que para nada se llamaba Olsson. La mujer que había a su lado, al parecer ya se conocían de antes, se fue cansando de su monserga y al final le pidió que saliera a darse un chapuzón en el canal para ver si se le quitaba un poco la borrachera. Para dejar claro que hablaba en serio —estaban entre el vigésimo quinto y el vigésimo sexto discurso— ella apuró el vino dulce, que se acababa de servir con el postre, de su compañero de mesa para gran hilaridad de los allí reunidos.

Gunnar Barbarotti no había captado el nombre de esta despótica mujer —que era de cuello alargado, pelirroja y parecía solo un par de años más joven que él—, pero descubrió que su tarjeta de comensal se hallaba entre ellos en la mesa y le echó un vistazo.

Annica Willnius.

¿Willnius? Una campanilla tintineó en lo más profundo de su cabeza algo ebria.

Le llevó otros dos discursos y una copa de vino que le viniera a la memoria.

Jakob Willnius. Así se llamaba el marido de Kristina Hermansson. Todavía le funcionaban algunas de sus sinapsis.

Pero habían pasado... —tuvo que calcularlo—... algo más de diez meses desde que estuvo en esa bonita casa en Gamla Enskede hablando con aquel hombre. ¿Podía ser una casualidad que se llamara Willnius? No, era un apellido poco frecuente, tenían que ser familia de alguna manera.

Y en unos pocos segundos, mientras se reclinaba en la silla sorbiendo ese vino dulce —y dejaba de prestar atención a la vigésimo séptima charla de la noche—, todo el caso entró navegando al puerto de su conciencia. O, mejor dicho, la mitad del caso, pues la triste historia de Robert Hermansson ya estaba archivada.

Quedaba Henrik Grundt. Quedaba llegar a algún sitio con ese caso. El inspector Barbarotti suspiró y volvió a tomar un poco de vino. Oficialmente, la investigación seguía abierta, pero el dios existente debía de saber que no iba más que a medio gas. O a un cuarto. O a un octavo. Desde agosto no habían avanzado ni un ápice; lo único digno de llamarse «trabajo policial» era el hecho de que los inspectores Barbarotti y Backman comentaban el tema una o dos veces a la semana, expresando su frustración y constatando la falta de novedades.

Pero, como Eva protestaba a menudo, ¿cómo diablos va a haber novedades si nadie hace nada? ¿Estamos esperando otro accidente de autobús en Oslo o qué pasa aquí?

Se dio cuenta de que los pensamientos sobre el caso estaban a punto de desanimarlo por completo. Como solía ocurrir. Puede que cavilar sobre problemas irresolubles lo atrajera durante los años de colegio, pero no resultaba apropiado para un policía criminal en edad adulta. Apuró la copa de vino. Pensó en la regla de oro de que la ebriedad funciona de manera positiva mientras la cantidad de alcohol en la sangre aumenta y de forma negativa cuando empieza a bajar. El discurso continuaba aún, se trataba de un afable amigo de infancia del novio que hablaba un danés casi igual de incomprensible que el de la mujer situada a su derecha, hasta que por fin llegó al brindis por los novios. Gunnar levantó su copa vacía, miró a la derecha y a la izquierda y de frente, tal y como le habían enseñado, y justo cuando simuló beber logró cruzar la mirada con la pelirroja de enfrente. Ella le guiñó el ojo y sonrió.

Tengo que preguntarle, pensó. Eso es lo menos que puedo hacer.

Pero creo que primero debemos quedarnos a solas.

—Qué bien un poco de aire fresco.

Un comentario que fue rebatido en parte porque nada más pronunciarlo ella le dio una profunda calada a su cigarrillo. Estaban en la terraza, faltaban pocos minutos para las doce. Ya se habían levantado de la mesa y dentro andaban en plena reorganización del mobiliario ante el inminente baile. Había dejado de llover y Gunnar Barbarotti apoyó el codo en la alta balaustrada de piedra, miró hacia las brillantes calles mojadas, las capas de niebla y la luz amarilla, y pensó que las noches de noviembre podían ser bastante bonitas. Entrañables en algún sentido. Marianne lo había dejado para ponerse en la cola del tocador y él se había hecho con un botellín de cerveza en el bar recién abierto.

—Desde luego. Pero lo hemos pasado bien ahí dentro.

Ella asintió con la cabeza.

—Tengo que preguntarte sobre tu apellido.

—¿Mi apellido?

—Sí. Te llamas Annica Willnius, ¿verdad?

—¿Inspector de policía de nuevo?

—No, no. Es solo que conocí a un tal Jakob Willnius hace un tiempo. Imagino que seréis familia, ¿no?

Ella volvió a dar una profunda calada. Parecía ponderar su respuesta.

—Mi exmarido.

—Vaya.

—¿Qué ha hecho?

Gunnar Barbarotti se rio.

—Nada. Solo figuraba como testigo en una investigación. En mi trabajo acabas conociendo a muchísima gente.

—Ya, me lo puedo imaginar. Bueno, en fin, nos divorciamos hace cinco años. Ahora no tengo nada que ver con él. Supongo que sigue en Estocolmo con su nueva mujer... y yo vivo con mi nuevo marido en Londres. Así es la vida, ¿verdad?

—En el siglo veintiuno —completó él—. Sí, ya lo creo. Y yo probablemente voy por el mismo camino.

Fue un comentario audaz, comprendió que el alcohol lo había ayudado a pronunciarlo. Ella asintió con la cabeza y durante un instante pareció pensativa.

—Aunque, como ves, me quedé con su apellido. Antes de casarme me apellidaba Pettersson, y mi nueva conquista se llama Czerniewski. ¿Qué te parece Annica Czerniewski?

—Yo me llamo Gunnar Barbarotti —repuso el inspector.

Ella se rio. Él se rio. Qué fácil es todo cuando estamos un poco bebidos, pensó. Es un fastidio que siempre tengamos que arrastrar todas esas inhibiciones. Annica sostenía una copa de vino y la alzó.

—Salud, amigo. Me pareces un madero de lo más simpático.

—Lo mismo digo... Aunque madero no serás, supongo. —Barbarotti le dio un trago a la botella.

—No exactamente. El teatro es mi sustento. Aunque solo entre bastidores.

—Entiendo.

—Pero voy a confesarte algo.

—¿Qué?

—Que no me sorprendería lo más mínimo que Jakob se pasara de la raya. Ni lo más mínimo.

—¿Qué quieres decir?

Annica dio otra calada mientras parecía dudar si seguir o no. Expulsó el humo en una fina estela meditativa. Da la impresión de ser una actriz de una película francesa, se le ocurrió a Barbarotti. Aunque, como trabajaba en el gremio, igual se le había pegado algo.

—Solo quiero decir que Jakob Willnius es un auténtico cabrón. Un jodido y malvado cabrón. A simple vista no se nota, pero si has estado casada con él durante ocho años, entonces lo sabes.

—¿Lo estás pasando bien?

Marianne enlazó su brazo con el suyo y lo besó en la mejilla.

—Uy. Carmín. —Se lo limpió con un dedo mojado en saliva.

—Muy bien. ¿Y tú?

—Ya lo creo. ¿Quién era la mujer de rojo?

—No lo sé. Me sonaba su nombre, solo. La tenía enfrente en la cena.

—Anda. Ahora es el vals de los novios, y luego tienes que sacar a bailar a tu pareja de la

mesa. Pero después de eso solo puedes bailar conmigo.

—No se me ocurriría bailar con nadie más —le aseguró Barbarotti—. Hmm.

—¿Qué significa «hmm»?

—¿Qué?

—Has dicho «hmm». Sonaba como si estuvieses dándole vueltas a algo.

—No sé qué sería. —Rodeó con el brazo la cintura de su amada y la llevó con cuidado de vuelta al salón de baile.

—Hola —saludó Kristoffer Grundt—. ¿Hablo con Olle Rimborg?

—El mismísimo.

—¿Qué?

—Que sí, que soy Olle Rimborg.

—Eh..., vale. Me llamo Kristoffer Grundt. Llamo desde Sundsvall. Entonces, ¿tú eres el que trabaja en el hotel Kymlinge?

—Sí, suelo trabajar de recepcionista de vez en cuando. ¿Puedo ayudarte en algo?

—Hay una cosa —dijo el joven Grundt—. Aunque no sé si...

—¿Sí?

—O sea, me llamo Kristoffer Grundt. En diciembre del año pasado visitamos a mis abuelos en Kymlinge y entonces..., bueno, entonces mi hermano Henrik desapareció. Mi tío también, y a él luego lo encontraron...

—Sé quién eres —lo interrumpió Olle Rimborg con un repentino entusiasmo—. Por supuesto. Conozco toda la historia. A Robert el Pa..., quiero decir, a tu tío lo encontraron descuartizado en agosto. Entonces, tú eres el hermano de...

—De Henrik Grundt, sí. El otro que desapareció.

—¿Y no ha vuelto todavía?

—No..., no, sigue desaparecido.

—¿No te alojaste en el hotel en agosto? Cuando el entierro de Robert. Con tu madre y tu...

—Sí.

—Ya me parecía. Trabajé también esos días. Tal vez nos viéramos.

—Tal vez —contestó Kristoffer.

Se quedaron en silencio durante un par de segundos.

—Ya, ¿y qué era lo que querías?

Kristoffer carraspeó.

—Es que mi abuela dijo una cosa, y pensé que debería comprobarlo contigo. Seguro que no es nada importante, pero es que tenemos una pequeña crisis aquí en la familia, la verdad, y quiero...

—Ya me imagino —le dio tiempo a intervenir a Olle Rimborg.

—... bueno, queremos que las cosas se aclaren, por así decirlo, aunque eso signifique que...

—¿Sí?

—Aunque signifique que mi hermano esté muerto.

—Entiendo. Y entonces ¿qué dijo tu abuela?

—Pues que había hablado contigo y que tú habías dicho que alguien había vuelto.

Se hizo el silencio de nuevo, pero Kristoffer pudo oír que Olle Rimborg inspiraba hondo.

—Sí, exacto —confirmó tras haber expulsado el aire—. Ya veo. Bueno, hablé un momento con la señora Hermansson cuando se alojaron aquí por el entierro, y mencioné una cosa que..., bueno, sobre la que he pensado un poco.

—Ah, ¿sí?

—Eso pasa, ¿no? Cuando suceden ese tipo de cosas te da que pensar. No es que todos los días desaparezcan dos personas en Kymlinge. Al menos no bajo esas circunstancias...

—Sí, lo entiendo —asintió Kristoffer Grundt—. Pero ¿quién era esa persona que volvió? Es que no me enteré bien de lo que dijo mi abuela, la verdad. Seguro que no era nada importante, pero se me ocurrió que debería llamar y hablarlo contigo de todos modos.

—Fue su marido —explicó Olle Rimborg—. Quiero decir, el marido de Kristina Hermansson. Se alojaron en el hotel esos días, en diciembre. De hecho, Kristina y yo fuimos compañeros de clase en el instituto, así que podría decirse que era una vieja amiga. Vaya, ella es tu tía, ¿verdad?

—Eso es —asintió Kristoffer Grundt.

—Bueno, pues eso es a lo que he estado dándole vueltas. Y lo que le comenté a tu abuela es que él, o sea, el marido de Kristina volvió de madrugada. Habían dicho que tenía que regresar a Estocolmo por la noche, y lo hizo. En torno a medianoche. Pero el niño y ella se quedaron. Aunque después él regresó un poco antes de las tres...

—Espera —le pidió Kristoffer—. ¿De qué noche estamos hablando? ¿Es la...?

—La noche en la que desapareció tu hermano —aclaró Olle Rimborg—. Estuve bastante al tanto de lo que contaron los periódicos, cosas que haces cuando pasa algo así. Tu tío desapareció la noche entre el lunes y el martes, y tu hermano la noche siguiente. Entre el martes y el miércoles, vaya. Es correcto, ¿no? Y fue la semana antes de Navidad.

—Correcto —confirmó Kristoffer al tiempo que empezaba a sentir que el corazón le palpitaba más fuerte—. Lo que estás diciendo... —intentó formularlo—, lo que estás diciendo es que Jakob..., ¿cómo se llama?, Jakob Willnius, primero se marchó a las doce; eso debió de haber sido nada más terminar la fiesta en casa de los abuelos. Y que después regresó a las tres de la madrugada. ¿Es eso?

—Exacto.

—¿Y qué pasó luego?

—¿Luego? Bueno, a la mañana siguiente se fueron temprano, toda la familia. Kristina y... ¿cómo decías que se llamaba?

—Jakob Willnius.

—... y Jakob Willnius y el niño. Sí, se marcharon pronto la mañana siguiente. Desayunaron a las siete e hicieron el *check-out* a las ocho menos cuarto más o menos.

Se hizo el silencio de nuevo.

—¿Y? —pidió Kristoffer Grundt.

—Y nada, eso fue todo —contestó Olle Rimborg—. Tampoco es nada extraordinario, pero desde entonces he pensado unas cuantas veces en ello. Quería habérselo preguntado a Kristina cuando vino al entierro en agosto, pero tenía una cara tan triste que no quise molestarla. Es cierto que éramos compañeros de clase, pero en realidad no la conocía. Ya sabes cómo es eso, vas a la misma clase durante años, pero casi nunca hablas con esa persona.

—Sí, lo sé —convino Kristoffer Grundt.

—¿Así que por eso me has llamado?

—Sí, supongo.

—Bueno, en realidad no era nada. Pero es que no pasan muchas cosas aquí en Kymlinge..., ya me entiendes.

—Sí, te entiendo —repuso Kristoffer Grundt—. Gracias de todos modos.

Aunque tras colgar se preguntó si realmente lo comprendía.

¿Lo entendía?

¿Había algo que entender ahí? No lo parecía. Jakob Willnius había vuelto al hotel esa noche. Se fue y volvió. ¿Y qué? Kristoffer echó un vistazo al reloj. Eran las 09.40. Hora de ir al colegio si no quería perderse otra clase más. Bueno, pues, pensó, al menos he hecho lo que mi hermano quería.

Casi esperaba que Henrik apareciera de nuevo en su cabeza para darle las gracias. Eso era lo mínimo que se podía pedir, ¿no?

Pero ni rastro del hermano.

Un silencio sepulcral por ese lado.

Capítulo 34

—¿Quién es ella? —preguntó Eva Backman—. Creo que ya va siendo hora de que sueltes prenda.

Gunnar Barbarotti le dio un mordisco a una zanahoria mientras trataba de mostrarse inescrutable. Estaban sentados en el Kungsgrillen, a un tiro de piedra de la comisaría. Su especialidad era la comida casera, platos tradicionales ya casi olvidados: codillo con puré de nabos, albóndigas de arenque en salsa de pasas de Corinto, rollitos de col rellenos de carne, lucio con rábano picante y mantequilla derretida. El plato de ese día era salchichas *isterband* con patatas en salsa blanca de eneldo, y para acompañar ensalada de remolacha y tomate. Era miércoles —solían ir al Kungsgrillen una o dos veces a la semana—, y Gunnar Barbarotti se dio cuenta de que Eva Backman llevaba guardándose esa pregunta más tiempo del que buenamente se habría podido imaginar. Mucho más tiempo. Y eso que en el Kungsgrillen las preguntas de una naturaleza más delicada solían aflorar con bastante rapidez. Tomó un trocito de salchicha.

—Marianne. Se llama Marianne.

Ella lo observó con mirada crítica.

—Sé que se llama Marianne —constató—. Lo dijiste ayer. ¿Eso es todo lo que puedes decir de ella? ¿Esa es tu visión de las mujeres, que solo diferencias a una de otra por el nombre?

—¿Qué pasa? —dijo Gunnar Barbarotti—. Creía que habíamos quedado para hablar del trabajo. No de mi supuesta vida sentimental. Pero vale, muy bien. Tiene cuarenta años. Está divorciada, trabaja de comadrona y tiene dos hijos adolescentes.

La inspectora Backman suspiró.

—Estupendo. Gracias por la información. Qué romántico eres, señor inspector inseminador, un romántico de pura cepa. ¿Es guapa?

—En mi vida he visto mujer más bella.

—¿Dientes blancos?

—Sí.

—¿Ojos azul violeta?

—Sí.

—¿Tetas guays?

—Ya te digo. Dos.

Eva se rio.

—¿Y tiene alma?

—Sí, una. Grande y fuerte —repuso Gunnar—. Pero creo que con esta información basta de momento. Al fin y al cabo, aún no me ha pedido la mano. Además, ¿qué hay de especial en que haya vuelto a conocer a una mujer?

—Es más especial de lo que tú crees —replicó su colega con una misteriosa sonrisa.

—Ah, ¿sí? Bueno, en cualquier caso, ya la conocerás a su debido tiempo si... si es que seguimos juntos, quiero decir.

—¿Es una promesa?

—No, es algo inevitable. Pero no te preocupes por eso ahora. Quería comentarte una cosa de trabajo. Y si te invito a unas magníficas salchichas ahumadas, creo que es tu obligación colaborar en ese aspecto.

—Ya —dijo Eva—. Necesitas ayuda, para variar. No hay tal cosa como una salchicha gratis, como suele decirse. ¿De qué se trata?

—Henrik Grundt.

—Vaya.

—¿Qué quiere decir «vaya»?

—No lo sé. Probablemente que estoy un poco sorprendida. Llevas más de dos semanas sin comentar el caso.

—Eso no significa que no piense en ello.

—Yo también pienso en ello. A ver, venga...

—Hmm. Bueno, lo que pasa es que había una mujer en la boda.

—¿La novia?

—No, la novia no. Había al menos otras setenta mujeres allí.

—Ya.

—Estaba sentado enfrente de ella en la mesa.

—¿Y?

—Después hablamos un poco. Resulta que se apellidaba Willnius.

—¿Willnius?

—Sí. Annica Willnius.

Eva Backman alzó una ceja interrogativa.

—Es la primera mujer de Jakob Willnius. El Jakob Willnius que ahora está casado con Kristina Hermansson, que es...

—Gracias. Sé quién es Kristina Hermansson. De modo que conociste a la exmujer de... A ver, ¿cómo es entonces? ¿Del marido de la tía de Henrik Grundt? ¿Es eso lo que estás diciendo?

—Sí.

—Impresionante. ¿Cómo lo haces?

—Cierra el pico, inspectora Backman. ¿Qué tal si te dedicas a comer un poco de esa salchicha y me dejas que te lo explique mientras tanto?

—Trato hecho.

—Ves demasiadas series policíacas en la tele. Pero ese es tu problema. Mi problema es que la mujer mencionó algo respecto a ese tal Jakob Willnius.

—¿Hmm?

—Dijo que era un tipo malvado. Que no le sorprendería que matara a alguien.

Eva Backman tragó un trozo de patata con salsa blanca y tomó un sorbo de agua.

—¿Eso dijo?

—Al menos algo en ese plan.

—¿Y qué más?

—Solo eso. Tal vez no signifique nada, pero no puedo dejar de pensar en ello.

—¿Pensar en qué, en concreto?

Gunnar Barbarotti hizo una pausa y se reclinó en la silla.

—Pues no lo sé con exactitud. ¿En que quizá hemos excluido el famoso aspecto familiar demasiado a la ligera, por ejemplo?

Eva Backman apartó los cubiertos para a continuación limpiarse las comisuras de los labios larga y concienzudamente con una servilleta. Observó a Barbarotti con mirada aún más crítica que antes y lanzó un suspiro.

—O sea, en lo que te basas —dijo ella despacio, y no sin un irritante deje de mofa, le pareció a Barbarotti— es en la declaración de una exmujer en una boda. Las exmujeres no suelen querer demasiado a sus exmaridos, a lo mejor te pilla de nuevas, pero...

—Joder —la interrumpió con un enfado repentino que se le antojó sorprendentemente auténtico—. Pero si lo que estoy diciendo no es más que una reflexión. Ha pasado casi un año desde que desapareció Henrik Grundt, y sobre lo que ocurrió sabemos lo mismo... lo mismo que el perro de Asunander sabe de la emancipación femenina. Pero si tienes mejores pistas que comentar, bienvenidas sean.

—Una comparación interesante —opinó Eva Backman—. Y *sorry*, *sorry*. Se me olvidó que es un tema delicado. Claro que la pista familiar es interesante.

—Gracias.

—Aunque, para serte sincera, no la hemos olvidado, ¿verdad? Yo creía que habíamos quedado en que se trataba de un callejón sin salida. ¿Qué motivos tendría alguien de la familia para matar a Henrik Grundt? ¿O qué motivos tendría Jakob Willnius? ¿Se conocían siquiera, Henrik y el malvado exmarido?

Barbarotti hizo un gesto de resignación con las manos.

—Ni idea. Bueno, supongo que ha sido un planteamiento demasiado optimista. En fin, que te lo quería comentar.

—Gracias por la confianza.

—De nada. Es una estupidez dejar que las ideas que se te ocurren se queden solo en tu cabeza, ¿no te parece?

—Una gran estupidez —asintió Eva—. Sobre todo en una cabeza como la tuya. Te prometo

que reflexionaré sobre el asunto. ¿Esta glamurosa invitación incluye postre?

—Incluye café —respondió Gunnar con firmeza—. Nada más.

Los primeros días —incluso las primeras semanas— después de haber empezado a plantearse la idea de matar a su marido, Kristina Hermansson sintió la presencia de una especie de euforia ligera. No era gran cosa en realidad, no más que un fino atisbo de esperanza, pero esa esperanza lograba penetrar la oscuridad y dar a su robótica existencia visos de algo humano. Su conciencia encontró una nueva dirección. El estado convulsivo en el que se había acostumbrado a vivir, esos puños que rotaban implacables —uno en el estómago, otro en la garganta— quizá no tuvieran que acompañarla necesariamente el resto de sus días.

Si Jakob no estuviese, ella podría comenzar su propia penitencia y afrontar su propio dolor. A lo mejor.

Pero esa sensación de euforia pasó. Los puños volvieron a cerrarse. Cuando tenía en el regazo a su hijo Kelvin, de dos años y medio, y miraba sus fríos y ausentes ojos, era como si la invadieran toda la oscuridad y la desesperanza de la existencia. Resultaba amedrentador y la sumía en el desconsuelo. La vida era una broma de mal gusto. Un melodrama cínico, pensó, que algún guionista de televisión amargado y fracasado había escrito de madrugada durante unas horas de borrachera para vengar su propia frustración. Sí, en un dios así, de hecho, podía creer, un payaso resentido que había ideado toda la creación como una farsa y la observaba con una aciaga risa burlona.

Llevaba más de un año sin trabajar. Tal vez tuviera que ver con Kelvin. No era como los otros niños; eso era una verdad que durante mucho tiempo se había negado a aceptar, pero ya no se podía ignorar más. No había empezado a andar hasta los dos años y ahora, seis meses más tarde, seguía sin hablar, solo pronunciaba alguna que otra palabra suelta e incomprensible, que le podía salir en las ocasiones más inesperadas. No jugaba con otros niños, ni siquiera con Emma, Julius y Kasper, con los que pasaba todos los días en casa de la mujer que lo cuidaba tres chalés más abajo en la calle Musseronvägen. Apenas jugaba solo siquiera; podía dedicarse un ratito a montar algo con los Lego o a pintar con pintura de dedos, pero le gustaba mucho más derribar que construir, y la mayor parte del tiempo no hacía más que quedarse sentado mirando al vacío, mientras sus dedos se movían de manera mecánica sin ningún objetivo claro. Como si tramara algo, solía pensar ella, como si hubiera algún oscuro secreto en su interior pero en realidad no fuera capaz de descubrir de qué se trataba. Un poco como lo que le ocurría a ella, se dijo. Así estamos, mi hijo y yo.

Y dormía. Kelvin podía dormir catorce o quince horas al día, no era normal.

Quizá podría haberlo querido a pesar de todo. Kelvin no hacía daño a nadie, y si no fuera porque todo lo demás en su vida se había reducido a ruinas y cenizas, podría haber sido feliz con su carácter tranquilo. Si solo hubieran sido él y ella.

Quizá.

Pero Kelvin no la absorbía. Lo que más la absorbía esos funestos días de noviembre era la posibilidad de volver a captar ese atisbo de euforia.

La posibilidad de matar a Jakob.

Al menos atreverse a creer en ella. Pensar en ella como una posibilidad real, de momento eso le bastaba. Porque en algún lugar a lo largo del camino, en alguna ocasión durante las plomizas mañanas de noviembre, esos pensamientos habían adquirido una suerte de nitidez. Una agudeza que le permitía reconocer que sería, de hecho, posible. Era cierto que ese fulgor que penetraba la oscuridad luego desaparecía, pero ella no lo olvidaba. Y sabía que era precisamente ese paso el que tenía que dar, tarde o temprano, si quería sobrevivir.

Matar.

Porque no existía ningún documento, ya lo tenía claro. Jakob no había entregado nada a ningún abogado ni en ningún otro sitio. Si él moría, no saldría a la luz nada que desvelase su papel en la tragedia de Henrik. Jakob no se señalaría como asesino, ni siquiera tras su propia muerte. Ni siquiera para vengarse de ella.

No estaba del todo segura de si ese razonamiento se sostenía, pero decidió atenerse a él de todas formas. Si debía sacar fuerzas para avanzar en alguna dirección, la que fuera, no le quedaba otra opción.

Matarlo.

Pero ¿cómo?

¿Y cuándo?

¿Y cómo evitar las sospechas? Tanto las sospechas que se dirigirían hacia ella como las que relacionarían la muerte de Jakob con los acontecimientos de Kymlinge. Si él muriera y todo saliera a la luz, entonces la batalla estaría perdida de todos modos.

La muerte de Jakob era el único camino, pero ¿cómo emprenderlo sin dar un paso en falso?

Rumiaba sobre ese problema día y noche sin acercarse ni un solo milímetro a la solución, pero de pronto se abrió —al menos intentaba convencerse de que así era— una posibilidad.

O tal vez no se tratara de más que de imaginaciones suyas. Quizá solo tenía que ver con la distancia. Con nuestra manera de apartar las cosas pensando que resulta más fácil hacerlas en otro lugar. De olvidar que siempre, estés donde estés, tienes que arrastrarte a ti mismo: tu propia presencia y tus propias dudas.

Tailandia. Fue idea de Jakob. Dos semanas en diciembre. Ellos dos solos. Kelvin se quedaría con la niñera, ya les había funcionado otras veces; el niño no daba guerra y ella necesitaba el dinero que le pagarían.

Kristina no había dicho que sí, pero tampoco que no, y al día siguiente Jakob ya había organizado el viaje, dos noches en Bangkok, doce en las islas frente a la costa de Krabi. Habían pasado un par de años desde el tsunami, podía ser interesante ver hasta qué punto habían sido

capaces de reconstruir la zona. Decía Jakob que llevaba doce años sin ir a Tailandia. Kristina había pasado dos semanas en Phuket, en 1996 o puede que 1997.

Salida el 5 de diciembre, en cualquier caso, y vuelta el 20. Ya esa misma noche vio la oportunidad.

No sería la primera vez que un turista sueco desapareciera en Tailandia. Y no solo por la catástrofe del tsunami. Lo había visto en los periódicos, y no le resultó difícil imaginarse sentada llorando delante de un agente de policía local, con un inglés bastante rudimentario, mientras le contaba que su marido había desaparecido. Que llevaba más de veinticuatro horas sin verlo y que tenía miedo de que pudiera haberle sucedido algo.

Pudo visualizar —con total nitidez— cómo los impotentes pero amables tailandeses no lograban aclarar nada, y cómo ella se veía obligada a subir a bordo del avión bañada en lágrimas para regresar a Suecia cinco días antes de lo previsto. Cómo la prensa sueca dedicaba un titular o dos, como mucho, al caso. Cómo amigos conmocionados la llamaban para darle el pésame.

¿Qué necesitaría?

Un cuchillo y una pala, pensó. Y las dos cosas sin duda se podrían comprar en cualquier sitio de Tailandia, y la tierra en la jungla seguro que era mullida y resultaba fácil de cavar, de eso estaba convencida.

También pudo visualizar el crimen en sí. La puñalada por la espalda durante un paseo nocturno. Quizá lo tentaría con acostarse con ella bajo las palmeras... Lo oiría gemir para luego ver su mirada de asombro (y, con suerte, también de terror) y la sangre que le chorreaba a borbotones; otro par de cuchilladas, después cavar una hora y, para terminar, un baño purificador en el mar.

Así de sencillo. Así de liberador.

Cuando Leif Grundt le buscó a Kristoffer unas prácticas en un supermercado en Uppsala, le pareció una gran idea. La semana que el colegio mandaba a los alumnos a hacer prácticas caía entre finales de noviembre y principios de diciembre, y si algo necesitaba el chaval tras este triste otoño era salir un poco de casa. En eso estaban de acuerdo tanto el orientador como el tutor. Kristoffer también, con su indolencia habitual.

Pero una vez que el chico se hubo sentado en el tren, el sábado 27 de noviembre, y él mismo en el coche para volver a casa, de pronto sintió un nudo en la garganta. Era por la tarde. Una fina lluvia barría la ciudad y ensuciaba el crepúsculo. La casa se hallaría vacía. Kristoffer no estaría. Ni tampoco Henrik. Ni siquiera Ebba, que, siguiendo el consejo de su barbudo terapeuta, había decidido quedarse en el centro Vassrogga los dos últimos fines de semana de su tratamiento. Al parecer consideraban que empeoraba en casa. Leif no sabía bien lo que hacían en Vassrogga, pero aun así de alguna funesta manera le daba la sensación de que habían sacado una conclusión acertada respecto a los fines de semana. Hasta el momento, Ebba nunca había mostrado la menor

alegría por volver con Kristoffer y él los viernes por la tarde, y cuando la llevaba otra vez los domingos, no se le notaba desasosiego alguno por dejarlos solos de nuevo. Todo lo contrario; aunque no expresaba ni una cosa ni la otra, había señales que indicaban que regresar allí le resultaba un alivio.

Al menos a Leif le parecía detectar esas señales.

¿Quizá una separación total de tres semanas conseguiría que mejorase? ¿Tal vez veinte días sin su lastimada familia fueran lo que hacía falta para que algo se sacudiera dentro de Ebba?

Probablemente no. Leif no se hacía ilusiones. Durante los últimos días, ese bordado que colgaba sobre la cama de su abuela en la residencia —y que él, cuando tenía unos cinco años, había intentado descifrar deletreándolo— aparecía en su cabeza cada vez más a menudo.

Bástale a cada día su afán.

Sabias palabras en las que apoyarse en momentos de necesidad, pensó. Aunque no muy optimistas.

En cualquier caso, las cosas estaban como estaban. Él se quedaría solo en casa una semana entera, y mientras ascendía por las familiares calles hacia Hemmanshöjden, bajo una lluvia gris que arreciaba, trató de evocar la última vez que le había ocurrido algo así.

Llegó a la conclusión de que hacía mucho tiempo. Muchísimo tiempo. Y solo del todo en la casa de Stockrosvägen no se había quedado nunca, de eso estaba seguro. Algunas horas quizá, alguna tarde, pero ¿una semana entera? Nunca.

De ahí el nudo en la garganta. Tampoco era nada raro. A Leif siempre le habían caído mal las personas que se veían a sí mismas como víctimas. Que culpaban a las circunstancias y se otorgaban el derecho a estar amargadas. Pero en esos momentos sintió que no andaba lejos; no resultaba fácil dar con un ángulo benévolo al analizar el estado de las cosas. Había sufrido un verdadero golpe. No cabía duda alguna. Su familia se había ido al traste; empezó con la desaparición de Henrik y después no había parado. No había pasado ni un año, y simplemente no era capaz de imaginarse que algo así pudiera ocurrir, ni siquiera que estuviera en el marco de las posibilidades. A veces no podía dejar de preguntarse qué cariz tomaría su vida dentro de un año, si aquello continuaba al mismo ritmo. ¿Cómo estaría la familia Grundt en diciembre del año que viene? ¿Y al cabo de dos?

Al mismo tiempo tenía mala conciencia. Aunque no entendía muy bien por qué; difícilmente podría considerarse culpa suya la desaparición de Henrik, ¿no? O que su mujer fuera camino de volverse loca. O que Kristoffer estuviera en caída libre.

Aun así, allí estaba. La espina en su conciencia. Tal vez solo era por lo que decía el obispo Tutu, o quien fuera que lo dijera.

Los que tienen fuerzas tienen la obligación de aguantar.

Pero ¿y si ya no le quedaban fuerzas?

Aparcó el coche en la entrada del garaje, como siempre. Como había hecho miles de veces. Bajó del vehículo y apresuró el paso bajo la lluvia hasta llegar a la puerta; pensó que al menos

debería haber dejado la luz encendida para enmascarar la desolación. ¿«Enmascarar la desolación»? ¿De dónde le salían esas expresiones? Algo les pasaba también a sus pensamientos, a las palabras que le venían a la cabeza. Parecían proceder de algún almacén secreto en su interior, al que nunca se había asomado antes. Al que nunca le había hecho falta asomarse.

Pero no había dejado la luz encendida. La dio ahora, recorrió la planta de arriba y luego la de abajo encendiendo lámparas por todas partes; después cogió el teléfono y llamó a Berit en Uppsala para avisarla de que Kristoffer había salido a la hora prevista.

Era en casa de Berit donde Kristoffer iba a alojarse durante su semana de prácticas. Leif Grundt no tenía hermanos, pero sí dos primos cercanos. Berit en Uppsala y su mellizo Jörgen en Kristianstad. Henrik también había pasado un par de semanas con Berit el otoño pasado, antes de poder entrar en la residencia estudiantil en Triangeln. Estaba divorciada, pero seguía viviendo en una casa muy grande en el barrio de Bergsbrunna con su hija de diez años. Iba a recibir a Kristoffer con la misma generosidad con que había acogido a Henrik un año antes, eso se daba por descontado.

¿Cómo está de verdad?, le había preguntado Berit, y Leif Grundt no había sabido qué contestar.

Tras la conversación, se dejó caer en una silla de la mesa de la cocina y se puso a pensar en qué hacer para que pasaran la tarde y la noche del sábado. Y el domingo.

Y en qué hacer para vencer esa sensación de negligencia que no le dejaba en paz. La sensación de que descuidaba a su mujer y a su hijo.

No debería haberlo mandado a Uppsala, pensó de repente. Solo lo he hecho para estar en paz durante una semana. Si hubiera sido un buen padre, no habría apartado el problema de esa manera.

Pero es que estoy tan cansado... Estoy muerto de cansancio.

Echó un vistazo al reloj. Eran las 16.40. Apoyó la cabeza en las manos y se echó a llorar.

Capítulo 35

Kristina cogió el metro hasta Fridhemsplan y desde allí paseó unas pocas manzanas hasta la calle Inedalsgatan. Era domingo por la tarde. En concreto, el domingo del juicio final según el calendario litúrgico. Dentro de tres días sería 1 de diciembre, y el 1 de diciembre el apartamento de Robert tenía que estar vacío. Había llegado a ese acuerdo con el casero; o, mejor dicho, con la persona que le había subarrendado el apartamento, Erik Renstierna.

Lo había aplazado dos veces. Había prometido vaciar el apartamento para el 1 de octubre, y después para el 1 de noviembre, pero no lo había hecho. Jakob había mostrado cierta comprensión —o al menos indiferencia— la primera vez, pero la segunda se había enfadado. «¿Quieres que paguemos el alquiler de la guarida del Tarzán pajillero el resto de nuestras vidas?»

Pero ahora ella lo había organizado todo. Mañana, lunes, iría una empresa de mudanzas para llevar las pertenencias de su hermano a un trastero alquilado, y al día siguiente acudirían dos profesionales para encargarse de la limpieza. Si quería mirar algo o quedarse con alguna cosa como recuerdo, la última oportunidad era hoy. En el reparto de bienes habían acordado ese procedimiento. La hija, Lena-Sofie no había reclamado nada, ni directamente ni a través de su madre. La otra posible parte —los padres, Rosemarie y Karl-Erik— habían mostrado el mismo desinterés, por lo que el abogado se había contentado con dividir la herencia pecuniaria de Robert, poco más de cuatro mil coronas, en dos partes iguales (no sin antes haber descontado sus propios honorarios de tres mil seiscientas coronas) y repartirla entre los herederos forzosos.

Y Kristina se había encargado de vaciar el apartamento.

A Robert ya lo habían descuartizado una vez. De alguna manera, habría resultado difícil hacerlo también con sus bienes.

En el recibidor se topó con un montón de publicidad. Se respiraba un aire viciado. Era la primera vez que pisaba el apartamento, a pesar de que Robert había residido allí durante año y medio y ella vivía en la misma ciudad. No pudo evitar que una sensación de vergüenza la invadiera al pensar en ello, e hizo lo posible para cortarla de raíz. Durante un rato se dedicó a dar una vuelta por la casa y a encender todas las lámparas que fue encontrando a su paso. Había un pequeño dormitorio, un salón y una minúscula cocina, eso era todo. Nadie había tocado la casa en once meses —con la excepción de un par de visitas policiales—, así que decidió no abrir la puerta de la nevera.

Todo desprendía una tristeza palpable, tal y como Kristina se esperaba. Suciedad y desorden. Muebles baratos, ajados pósteres de arte en las paredes, nada de valor. Como era natural, había razones por las que no lo había visitado mientras estaba vivo, pensó. Buenas razones. Ella había querido a su hermano, mucho más que todos los demás, pero eso no significaba que quisiera formar parte de su vida. Que hubiera querido formar parte de su vida. Llevaba tiempo sin imaginárselo con vida, pero ahora, de hecho, sí lo hacía. De repente le resultó difícil admitir que estaba muerto. Que llevaba casi un año muerto. Robert, el desastre de su hermano.

¿Qué hago aquí?, pensó mientras se mordía el labio para no echarse a llorar. ¿Qué absurdo ritual es el que creo llevar a cabo hurgando en este sórdido lugar? ¿Es una cuestión de deber? Difícilmente. Robert nunca había sido una persona con sentido del deber; todo lo contrario. Ella tampoco. ¡Quema toda esa mierda, Kristina!, seguro que le habría dicho si le hubiera podido preguntar. ¡No hurgues en ese basurero, no harás más que ensuciarte!

Al menos había una estantería medianamente ordenada en el salón. Robert había leído bastante, ¿quizá podría llevarse algunos libros? Aunque ¿para qué? ¿Qué sentido tendría? Dirigió la vista al escritorio. Era grande y estaba abarrotado de un fárrago de trastos y papeles, pero en la esquina derecha, al lado del ordenador, había dos pilas de folios, una bocabajo, como solía decirse —o sea, con el texto hacia abajo—, y la otra bocarriba. ¿Podía ser...? De repente recordó que Robert había hablado de una novela. ¿No sería esto...? Dio la vuelta a la pila que tenía las hojas bocabajo. Juntó los dos montones y miró la primera página.

Hombre sin perro, ponía.

Una novela de Robert Hermansson.

Claro que sí, pensó, y algo que podía parecerse a la alegría hizo clic en su interior. Es verdad, dijo que estaba trabajando en una novela. Se lo contó entonces, las Navidades pasadas.

—Aquí —murmuró mientras, con mucho cuidado, igualaba los bordes de los folios de la pila —, aquí está tu alma, Robert. Aquí has puesto tu alma para que yo la recoja. Gracias. Ahora sé por qué he venido.

Metió el manuscrito en la bandolera que llevaba y después se quedó quieta un instante pensando si hacía falta que continuara buscando o no. ¿Y si no se le exigía más que esto que había sido tan sencillo? *¿Hombre sin perro?* El testamento espiritual de su hermano... ¿Para que ella se ocupara de él y lo gestionara para la posteridad? Extraño, por decir algo, le parecía muy extraño.

Y mientras estaba ahí de pie en medio del sórdido salón de su hermano con su novela en el bolso, sonó el móvil que había dejado en el vestíbulo. Dudó un instante antes de decidirse a contestar.

Era Kristoffer.

Su sobrino Kristoffer Grundt.

—Hola, Kristoffer —saludó sorprendida—. Qué agradable sorpresa. ¿Qué te cuentas?

—Hola —respondió Kristoffer—. Bueno, es que te quería preguntar una cosa.

—Ah, ¿sí? ¿Y qué es?

—Es sobre esa noche.

—¿Qué noche?

—La noche en la que Henrik desapareció.

Algo sucedió en su cabeza. Empezó a sonar una especie de zumbido, agudo e insistente, como el ruido de una sierra mecánica a lo lejos, y se preguntó por qué. No creía haber oído el ruido de una sierra en más de veinte años.

—¿Sí?

—Hay una persona que dice que tu marido volvió.

—¿Qué?

—El conserje del hotel Kymlinge. Dice que tu marido volvió de madrugada. He pensado que debía comentarlo contigo.

Debió de perder la conciencia durante algún segundo, pero no se desplomó. Solo advirtió que su campo de visión se reducía y que un largo y oscuro túnel cada vez más estrecho la absorbía a toda velocidad. Y luego salió a la luz del otro lado. Y el ruido de la sierra se apagó.

—¿Hola?

—Sí, estoy aquí...

¿Estoy?, pensó desconcertada. ¿De verdad estoy aquí?

—Nada, que solo era eso —continuó Kristoffer antes de toser algo nervioso al teléfono—. He pensado que era mejor preguntártelo.

La sangre se precipitó de nuevo en sus sienes. De hecho, incluso podía oírla.

—Entiendo —dijo—. O sea, llamas desde Sundsvall.

—No —contestó Kristoffer—. Estoy en Uppsala. Voy a hacer mi semana de prácticas del cole aquí, así que estoy en casa de Berit, la prima de mi padre...

—¿Uppsala?

—Sí.

Ella inspiró hondo.

—Kristoffer, ¿tú crees... crees que podríamos vernos? En algún momento durante la semana. Podrías coger el tren a Estocolmo alguna tarde después del trabajo, o yo podría...

—Sí, puedo ir yo —respondió él.

—Bien. Y así podemos cenar en algún restaurante y hablar un poco, ¿te parece?

—Vale. ¿Cuándo?

Ella se lo pensó.

—¿El martes?

—El martes —confirmó Kristoffer—. ¿Quieres que te llame cuando sepa la hora? Quiero decir, cuando sepa a qué hora salgo del trabajo y eso.

—Sí, llámame y yo voy a buscarte a la estación central.

—Gracias. Hasta luego —se despidió Kristoffer.

—Hasta luego.

Se dejó caer a la alfombra del recibidor de su hermano muerto y sintió que pesaba una tonelada. Durante un minuto entero, su consciencia permaneció igual de desierta que una pantalla apagada. ¿Por qué me sucede esto ahora?, pensó luego. ¿Siete días antes de Tailandia?

¿El domingo del juicio final?

Como si, de repente, el vengativo y omnipotente dios payaso se hubiese reanimado y hubiera decidido tirar de otro par de hilos más.

Había una vieja regla. Gunnar Barbarotti no sabía dónde se había topado con él por primera vez, pero no importaba.

«De aquello en lo que no puedes dejar de pensar, debes ocuparte.»

Así era, claro. Si no requería un esfuerzo exagerado, solía intentar aplicar ese principio. Por preservar la paz de espíritu, más que nada.

Evidentemente había cosas que exigían demasiado esfuerzo. No eran pocos los fenómenos sobre los que cavilaba con gusto, pero ocuparse de ellos habría supuesto demasiado trajín.

Como la naturaleza del amor, por ejemplo.

O el asesinato de Olof Palme.

O el concepto de la democracia. ¿Era de verdad razonable que la gente que se tragaba cualquier campaña publicitaria, por muy idiota que fuera, decidiera el destino de un país? Gente que elegía a sus presidentes según el color de sus ojos o a los diputados por cómo contaban un chiste verde.

No, puede que fueran buenas preguntas, pero difícilmente merecía la pena dedicarles muchas cavilaciones. Eso lo entendía cualquiera, incluso el propio Barbarotti; había que tener claras las limitaciones de cada uno.

Pero también se trataba de aprovechar las posibilidades a su alcance. Administrar su talento. Pasaba un poco como con esa oración de la serenidad. Gunnar Barbarotti nunca había sido miembro de Alcohólicos Anónimos, pero tenía dos amigos que sí.

Y que todavía lo eran, que él supiera, aunque ninguno vivía ya en Kymlinge y tampoco había mantenido el contacto con ellos.

Señor, concédeme serenidad para aceptar todo aquello que no puedo cambiar,
valor para cambiar lo que soy capaz de cambiar
y sabiduría para entender la diferencia.

Una oración de diez puntos, la verdad, pensándolo bien. Y como llevaba casi tres semanas sin molestar al Señor con ninguna plegaria existencial, aprovechó ese momento.

Oh, Señor, concédeme la sabiduría de un alcohólico sobrio, pidió. Concédeme inteligencia para determinar si merece la pena seguir indagando en ese maldito tipo, Jakob Willnius, o no.

Se dio cuenta de que esas dos sencillas peticiones acusaban cierta falta de claridad, pero era domingo por la noche y estaba cansado, muy cansado; seguro que por haber salido a correr siete kilómetros por la tarde, cuando en los últimos tiempos había descuidado bastante el ejercicio físico. Para aclarar un poco más las condiciones, añadió:

De acuerdo, está bien, estimado Dios, si me decido a investigar más esa infame declaración de la exmujer de Jakob Willnius, te daré tres puntos si conduce a algún sitio, pero perderás dos si al final no es más que un callejón sin salida. ¿Vale?

El Señor no contestó, a pesar de que en esos momentos se encontraba tan solo once puntos por encima del límite, pero de líderes en exceso confiados que pecaban de soberbia antes de caer, de esos estaba la historia de la humanidad llena. No había ninguna psicología de gran complejidad detrás de ese tipo de defectos.

Eso pensó el inspector Barbarotti antes de apagar la lámpara de la mesilla de noche y darle la vuelta a la almohada.

Capítulo 36

Durante el lunes y el martes de esa semana, Kristoffer Grundt no sintió que formase parte del mundo real.

O, mejor dicho, todo a su alrededor le resultaba irreal. Extraño. Por las mañanas se despertaba en una habitación grande y luminosa, con un piano, una cabeza de alce en la pared y plantas muy raras. Tras desayunar con Berit e Ingegerd (¿a quién narices se le ocurre bautizar a alguien con el nombre de Ingegerd?), cogió el autobús para ir al centro de Uppsala. Bajó en la estación de bus, encendió un cigarrillo y cruzó una calle muy transitada. Apagó el pitillo, atajó atravesando un centro comercial, salió de él y entró en otro. Allí es donde estaba el supermercado Konsum, su lugar de trabajo. Se puso una chaqueta verde y empezó a ordenar los productos congelados, luego los refrigerados y a partir de entonces se dedicó a las conservas hasta la hora de comer; después salió al centro comercial y pidió un plato de comida tailandesa para llevar. Paseó un rato por la ciudad, fumando y mirando a toda esa gente que no conocía. A la una volvió a la tienda, se puso la chaqueta verde y retomó la reposición de productos hasta las cinco. El autobús a Bergsbrunna salía a las 17.15.

La idea de que él podría haber sido sin problemas un individuo diferente no lo dejaba en paz. Otra persona. Nadie lo habría notado. Con toda probabilidad, ni siquiera Berit e Ingegerd; llevaban años sin verlo, así que habrían aceptado a cualquiera que se hubiera presentado en su casa diciendo que se llamaba Kristoffer Grundt.

Sin embargo, la tarde del martes no regresó en el autobús de las 17.15 a Bergsbrunna, sino que se subió al tren a Estocolmo, lo cual le resultó aún más irreal. Mientras miraba por la mugrienta ventana el paisaje oscuro que desfilaba ante sus ojos (le sorprendía lo poco edificado que estaba pese a la cercanía a Estocolmo, casi parecía el norte del país), deseaba que Henrik apareciera en su cabeza. Que le hablara y le dedicase unas palabras de ánimo. Las necesitaba; no porque Henrik tuviera ya gran cosa que ver con la realidad, solo le habría gustado. Había algo en la voz de Henrik —la voz imaginaria de Henrik— que lo tranquilizaba, pero fue incapaz de evocarla en esos momentos. Por mucho que cerrara los ojos y se concentrara, Henrik ya no se presentaba, al igual que había ocurrido durante las dos últimas semanas. ¿Habría desaparecido para siempre? Sintió una punzada en su interior al pensarlo; pero desistió en sus intentos y dirigió la atención al futuro. El futuro concreto, inmediato.

¡Salir a cenar con la tía Kristina en Estocolmo! ¿Por qué? ¿Por qué había sugerido que se vieran así? Era un tanto incomprensible, así lo habría expresado el señor Månsson, su viejo

vecino de la calle Stockrosvägen. Kristoffer nunca había estado a solas con Kristina. Si quería hablar de Henrik y de Robert y de todo aquello —ahora que Kristoffer estaba cerca, en Uppsala —, lo más normal habría sido invitarlo a su casa, ¿no? A la casa de Musseronvägen en Gamla Enskede; había ido allí con su padre y con Henrik hacía un par de años y se acordaba de cómo era. A su madre le había surgido un imprevisto en el último momento, seguramente una operación, siempre solía ser algo así. En aquella época.

Pero el caso era que ahora Kristina iría a buscarlo a la estación central para llevarlo a algún restaurante cerca donde se sentarían a hablar.

¿De qué narices iban a hablar?

¿Qué interés tendría Kristina en salir a cenar y hablar con un tímido y desaliñado quinceañero?

Y todo porque él le había contado lo que había dicho el conserje de noche del hotel. Olle Rimborg. ¿No era así?

Pues sí, así era, sin duda. No habían conversado más que un minuto por teléfono, Kristina y él. Y en cuanto mencionó la observación de Olle Rimborg, Kristina le propuso que se vieran. Si la hubiera llamado por otro motivo (¿y qué motivo?), con toda probabilidad ella no habría sugerido ese plan, de eso estaba bastante seguro.

¿Qué es lo que me estoy imaginando?, pensó Kristoffer Grundt.

¿Qué es lo que me estoy imaginando?

Y sabía que la sensación de irrealidad que lo rodeaba como una nube oscura tenía poco que ver con Uppsala, con Konsum, con Berit e Ingegerd, pero todo que ver con las posibles respuestas a esa pregunta.

Se le había olvidado que estaba embarazada.

O quizá no se había enterado. En el entierro, en agosto, no se le había notado, y tampoco podía recordar que sus padres se lo hubieran mencionado.

Aunque lo más probable era que no se acordaba. En cualquier caso, ahora tenía una barriga bien abultada. Le costó reconocerla al principio, aunque no se debió a la barriga. Llevaba una trenca roja y una boina del mismo color, y se había hecho algo en el pelo.

—Kristoffer.

También le pasaba algo en la cara. Parecía... parecía mayor. O desgastada de alguna manera.

—Hola —dijo él al tiempo que le tendía la mano.

Ella la ignoró y le dio un abrazo.

—Me alegro de verte, Kristoffer.

No sonó como si lo dijera de verdad. Si algo le suscitaba ese momento, *alegría* no parecía la palabra más acertada.

—Sí... igualmente.

Le costó decirlo. Sintió que las palabras se le agolpaban en la garganta y le dio la sensación de que tenía que extraerlas una a una. Una pena no haber aprendido a esfumarme, pensó con ánimo sombrío. Porque si supiera, lo haría ahora mismo.

Pero de pronto se dio cuenta, al observarla con discreción, de que, de hecho, ella se sentía aún más incómoda que él. Si la situación le resultaba embarazosa a Kristoffer, no era nada en comparación con lo que le provocaba a ella. Tenía pequeños espasmos por toda la cara y no paraba de parpadear ni un segundo. Decir que estaba incómoda era quedarse muy corto.

Y no hablaba; tras el breve abrazo se quedaron parados cada uno en su sitio mirándose fijo. Separados por un metro de distancia. Le pareció todo de lo más raro, pero aún peor lo vivía ella, de eso no cabía duda.

—¿Cómo estás? —le salió a Kristoffer de forma automática.

Ella tragó saliva despacio, antes de ponerle la mano en el brazo.

—Ven, conozco un sitio al que podemos ir.

Apenas se oyó lo que decía. La voz le flaqueó, no le salió más que un susurro.

El restaurante se llamaba Il Forno, solo les llevó un par de minutos llegar. Ninguno de los dos pronunció palabra durante el corto trayecto. Acababan de dar las seis, de modo que no hubo problemas para conseguir una mesa apartada al fondo de la amplia sala. Kristoffer constató que era un restaurante italiano, por todas partes colgaban banderas tricolores en verde, blanco y rojo y un banderín de la Juventus. Pero no solo servían pizzas, parecía un sitio caro.

—Pedimos primero. Tendrás mucha hambre, ¿no?

Pidieron dos lasañas, una botella de agua y una Coca-Cola. Luego Kristina se disculpó y fue al cuarto de baño.

Tardó al menos diez minutos; mientras tanto, trajeron los platos.

—Perdón —dijo cuando volvió—. Perdóname, Kristoffer.

Este murmuró algo en respuesta mientras la observaba a hurtadillas. Tenía la cara roja e hinchada. ¿Qué cuernos le pasa?, pensó. Debía de haber llorado en el baño. Kristina carraspeó e inspiró hondo. Lo miró directamente a la cara con ojos llorosos.

—Kristoffer, ya no puedo más.

—Eh..., ¿no...?

—Cuando me llamaste...

—¿Sí?

—Cuando me llamaste anteayer fue como si me pegaran un tiro.

—¿Qué?

—O como si me despertara de una pesadilla.

—No acabo de entender...

—No, no puedes entenderlo. Pero llevo once meses viviendo un infierno, Kristoffer. Y sigo

en él, pero anoche vi claro que ya no puedo más.

Él no contestó. No sabía de qué estaba hablando, y al mismo tiempo era como si... Bueno, la verdad era que no sabía muy bien qué era, pero de repente le pareció que toda la situación se asemejaba a otra cosa. Algo que le resultaba muy familiar, como cuando alguien por fin te da la respuesta a un enigma y te das cuenta de que la solución era evidente, de que deberías haberla deducido tú mismo sin ningún problema.

Aunque no en ese preciso momento, sino antes.

—¿De qué estás hablando? —preguntó.

Kristina negó con la cabeza y se quedó callada unos segundos. No lo miraba. Tenía los ojos clavados en su lasaña, sin tocar, y había subido los hombros como si sintiera frío.

Permaneció así un rato, sin moverse, antes de carraspear y dar de pronto la impresión de haber recuperado las fuerzas. En parte, al menos.

—¿Qué era lo que querías preguntarme cuando me llamaste el domingo?

—Quería..., bueno, ya te lo dije —contestó Kristoffer.

—Dímelo otra vez —le pidió Kristina.

—De acuerdo. Todo empezó en el entierro de Robert, en agosto. Cuando salimos de la iglesia, la abuela me habló de un tal Olle Rimborg... y de algo que él le había dicho.

—¿A la abuela?

—Sí. Olle Rimborg trabaja en el hotel Kymlinge y él le dijo a la abuela que tu marido..., o sea, Jakob, había vuelto al hotel de madrugada esa noche en la que Henrik desapareció.

Hizo una pausa, pero Kristina le indicó con un gesto que siguiera.

—No le hice mucho caso, y lo cierto es que no tengo ni idea de por qué la abuela me lo comentó a mí. Pero es que estaba un poco confusa... Vamos, que no le presté mucha atención, pero hace como una semana vi una película en la tele...

—¿Una película?

—Sí, y entonces el nombre de Olle Rimborg apareció en..., ¿cómo se llaman?, ¿los créditos? Y entonces me acordé. Así que llamé a ese Olle Rimborg, la verdad es que solo fue algo que se me ocurrió en el momento.

—¿Y? —preguntó Kristina, y pese a que la palabra solo tenía una letra, la voz le falló de nuevo.

—Y dijo que sí. Que tu marido había regresado al hotel a las tres de la madrugada y que él había estado pensando en por qué lo hizo.

—Vale... —susurró Kristina.

—Eso es todo. Bueno, y yo también empecé a darle vueltas a eso.

—¿A por qué Jakob volvió al hotel a las tres de la madrugada?

—Sí.

Kristina apartó su plato y entrelazó las manos encima de la mesa. Pasaron cinco segundos silenciosos.

—¿Por qué? —preguntó luego.

—¿Qué? —dijo Kristoffer.

—¿Por qué has estado pensando en esto, Kristoffer?

—No... no sé.

—Sí, Kristoffer, creo que lo sabes.

Él sintió que la sangre le subía disparada hasta la cabeza. Las sienes le palpitaban.

—Es que no tengo gran cosa en que pensar últimamente —explicó—. Y eso no se me iba de la cabeza, por así decirlo. Y es que fue...

—¿Sí?

—Fue la misma noche en que desapareció Henrik.

—Sigue.

—Pensé que quizá tuviera alguna relación.

Al pronunciar las últimas palabras, fue a él a quien de repente le flaqueó la voz. *Que quizá tuviera alguna relación,* susurró, y en el mismo instante en que lo dijo supo que era verdad. Era la respuesta al enigma. Era la terrible solución que de buenas a primeras llamaba a la puerta, y era Kristina la que sujetaba la manilla al otro lado, y ahora abría la puerta. No, esa era una imagen muy rara, porque la que conocía la verdad era la propia Kristina, lo veía en su cara, le estaba clavando una mirada que rebosaba... pues no sabía muy bien qué, solo que debía de ser algo terriblemente aterrador y desnudo y desprotegido, y en ese momento, en ese preciso instante desesperanzado e irrevocable, se inclinó sobre la mesa acercándose a él. Los desesperados ojos de Kristina se mantuvieron ahí, a tan solo quince o veinte centímetros de los suyos, y entonces... entonces lo dijo, dijo aquello que él de repente se había dado cuenta de que ya sabía. No, no lo dijo, lo susurró, porque a ella tampoco le quedaba ya voz.

—Kristoffer, fue Jakob quien mató a tu hermano.

Pasó un rato. Mucho, poco, no lo sabía. Kristina no se movió, él tampoco. Un grupo de personas, dos mujeres y dos hombres, entraron en el local y se sentaron a una mesa cercana; pero era una mesa en otro mundo, y los ocupantes también pertenecían a otro mundo muy ajeno. Debajo de la campana de cristal solo estaban él y Kristina, su tía, que acababa de destrozar la realidad con su susurrante e implacable mazazo de la verdad. Esas eran las extrañas palabras e imágenes que le revoloteaban en la cabeza intentando hacerse comprensibles, como unas raras aves migratorias que habían perdido el rumbo. *¿Campana de cristal? ¿Mazazo de la verdad?*

¿Aves migratorias?

Y preguntas. De la misma manera que las palabras se le habían agolpado hacía una hora, ahora le pasaba lo mismo con las preguntas, otra especie de aves extrañas, inquietas. De repente sintió la falta de aire, y a la vez algo que hacía tictac dentro de su pecho, algo que amenazaba con

reventarlo por dentro si no lograba escaparse de la parálisis que crecía rauda bajo la campana de cristal. Por fin, la pregunta más obvia salió a la superficie.

—¿Por qué?

Ella lo miraba con fijeza.

—Porque...

Se detuvo. Buscó sus ojos para encontrar algún tipo de confirmación, probablemente. Confirmación de que él era lo bastante mayor; sí, justo así interpretaba Kristoffer los verdes ojos que lo observaban: buscaba una señal de que sería capaz de entenderlo. Y él supo que tenía que estar a la altura; ¿qué otra cosa podía hacer? Corresponder a su tácita pregunta. Estoy preparado, intentó decirle con su mirada. Cuéntame por qué, Kristina.

Ella inspiró hondo, soltó el aire en una fina y lenta corriente y justo al final, justo antes de que se terminara el aire, lo dijo.

—Porque nos pilló, Kristoffer.

—¿Qué?

—A Henrik y a mí.

—¿A ti y...?

—Sí. Jakob volvió y nos encontró a tu hermano y a mí en la cama.

Una vez oído, a Kristoffer le resultó imposible determinar si lo había sospechado o no. Quizá todo este tiempo había llevado la solución al enigma dentro de sí, como una especie de burbuja que solo estaba ahí a la espera de estallar. En todo caso no era sorpresa lo que sentía, no, más bien... ¿confirmación? ¿Era eso? ¿Lo sabía, en realidad, en alguna tenebrosa circunvolución de su desastroso cerebro?

No, pensó. No creo que haya podido imaginármelo.

Pero no eran más que *rara avis* léxicas de nuevo, cuyo vuelo incontrolado Kristina interrumpió inclinándose aún más hacia él. Le agarró las dos manos.

—Me siento tan culpable, Kristoffer... No merezco seguir viviendo. Aun así, llevo un año viviendo con ello. No te pido perdón ni comprensión. Henrik murió por mi culpa, tengo... tengo todas vuestras vidas en mi conciencia. Yo soy la culpable de vuestra tristeza. Si quieres saber hasta qué punto puede estar desesperada una persona, mírame a mí, Kristoffer.

La miró y se dio cuenta de que así era.

—No he podido contárselo a nadie. Ebba, tu madre, no lo soportaría. No sé si tú serás capaz de soportarlo tampoco, Kristoffer, pero cuando me llamaste para preguntarme, entonces... Pensaba que la mejor solución, la única solución, era que nadie se enterara nunca de lo que pasó. Y no ha sido por cobardía, Kristoffer, piénsalo, ha sido por consideración a todos vosotros. Lo he pasado tan mal... —Soltó las manos de Kristoffer y se dejó caer hacia delante sobre la mesa, pero se incorporó casi de inmediato—. Perdóname, Kristoffer, mi comportamiento es deleznable.

—No —dijo Kristoffer en voz muy baja—. No es deleznable.

No sabía si lo decía en serio o no. De repente lo veía con total claridad ante sus ojos, una

imagen terriblemente fuerte: su tía y su hermano follando como salvajes en la cama de un hotel, y de pronto la puerta se abre de un tirón y allí está Jakob, como en una película cuando el celoso y loco marido que vuelve a casa por sorpresa pilla a los amantes.

—¿Cómo? —preguntó—. ¿Cómo mató a Henrik?

Ella le volvió a dirigir esa mirada escrutadora. Pasaron tres segundos.

—Con sus propias manos, Kristoffer. Con sus propias manos.

Kristoffer clavó la vista en ella. Sintió que una oleada de malestar le subía por dentro.

—Joder —soltó.

—Sí. Daría mi vida por que nunca hubiese sucedido. Espero que lo entiendas, Kristoffer. Si pudiera cambiar mi vida por la de Henrik, lo haría sin dudarlo ni un instante. Pero es como si..., como si estuviera condenada a vivir. No sé si puedes comprenderlo.

—¿Por qué sigues con él? Quiero decir, con Jakob...

—Porque me obliga.

—¿Te obliga?

—Sí.

—No entiendo.

—Mató a Henrik, pero aun así soy yo quien tiene la culpa. Si un hombre pilla a su mujer en la cama con otro hombre, de alguna manera tiene derecho a..., sí, a matar al otro. A defender su honor. Es algo atávico, en algunas culturas ni siquiera es punible.

—¿Crimen de honor?

Ella asintió con la cabeza.

—Algo por el estilo, sí. Y el hecho de que me acostara con mi propio sobrino... No, si yo dejo a mi marido, se ocupará de que se sepa. Es consciente de que mi culpa es mayor que la suya. Mientras él quiera, estoy atrapada como un animal enjaulado.

—Pero ¿tú quieres...? —Sin querer le miró la barriga, sintió vergüenza y perdió el hilo.

—Lo odio, Kristoffer. Jakob es un monstruo.

Kristoffer se quedó esperando.

—Un monstruo calculador. Ya sabía que algo iba mal antes de todo esto. Nuestro matrimonio estuvo a punto de irse a pique durante todo el año pasado, pero ahora...

Se calló. Lo contempló con sus terribles ojos desnudos otra vez. Pasaron unos segundos.

—¿Por qué lo hicisteis? —preguntó Kristoffer—. Henrik y tú.

Ella sacudió la cabeza.

—Era como un juego. Un juego prohibido... Fuimos demasiado lejos.

—¿Fuisteis demasiado lejos? Entiendo.

—Lo siento. Pero algunas veces en la vida cruzas límites que sabes que no debes cruzar. Para algunos no tiene consecuencia alguna, para otros el castigo es mil veces peor. No pretendíamos llegar tan lejos, pero, como es evidente, no sirve de nada que yo venga ahora con excusas. Todo empezó cuando Henrik me contó una cosa.

—¿El qué?

—No, no te lo puedo decir.

Una idea repentina apareció en la cabeza de Kristoffer.

—¿Te contó que era homosexual?

Ella alzó las cejas de asombro.

—¿Lo sabías?

—No. En realidad no. Pero creía que a lo mejor lo era.

—Entiendo. En cualquier caso, Henrik me lo contó, y yo no lo creí. ¿Te acuerdas de que habíamos bebido bastante aquella noche?

—¿La primera?

—La noche antes de la fiesta, sí. No disculpa nada, pero bebí un poco de más, y... se me ocurrió que debía hacerle ver a Henrik que estaba equivocado. O, al menos, que una mujer también podría excitarlo... No, perdóname, Kristoffer, ya te he contado demasiado. Basta ya.

Kristoffer asintió con la cabeza. Tenía razón. Ya era suficiente, sentía que no tenía necesidad de saber nada más.

Y de repente, mientras volvían a quedarse callados mirándose, dos pensamientos se adentraron navegando hasta el puerto de su indolente consciencia.

Le entiendo, dijo uno. Te entiendo, Henrik, hermano.

El otro pensamiento era más negro que el luto.

Y a ti también te entiendo, Jakob Willnius. Pero eso no importa, tienes que morir.

Tienes que morir, se repitió en silencio en su cabeza.

Después, durante un largo rato, todo se quedó quieto y vacío, y entonces sintió unas ganas locas de fumarse un cigarrillo.

Pero fumar delante de su tía se le antojó imposible. Además, en este restaurante, igual que en todos, estaría prohibido fumar.

—¿Nos vamos? —propuso—. No quiero cenar nada.

Ella lo miró sorprendida.

—¿Kristoffer...?

—Gracias por contármelo —dijo, y de pronto advirtió que era un hombre adulto quien hablaba por su boca—. Prometo no hablar con nadie de lo que me has dicho. Puedes confiar en mí.

Ella intentó contestar algo, pero Kristoffer se le adelantó. Probablemente habría que aprovechar mientras la voz adulta todavía estuviera con él.

—Tengo que volver a Uppsala. ¿Puedo llamarte cuando haya reflexionado un poco?

—¿Qué? Pues claro, Kristoffer. Me puedes llamar cuando quieras. Claro que sí.

—Bien. Es que necesito reflexionar un poco.

—Entiendo.

Dejaron Il Forno y salieron a la oscuridad de noviembre. Ninguno de los dos había tocado la

comida. Ninguno de los dos pronunció ni una sola palabra durante el camino de vuelta a la estación central.

—No, no está en casa —dijo Jakob Willnius—. Había quedado con alguien por el centro. Vendrá dentro de una hora o algo así. ¿De parte de quién, por favor?

—Solo un compañero. Nada importante. Volveré a llamar.

La llamada se cortó. Miró la pantalla del teléfono fijo. Número desconocido. Vaya, mira tú por dónde, pensó.

¿Un compañero?

Kristina llevaba más de un año sin trabajar.

Y si de algo podía jactarse, era de buena memoria para las voces.

Apagó la luz y se quedó observando las negras y nudosas siluetas de los árboles frutales al otro lado de la ventana. Sintió que algo empezaba a endurecerse en su interior.

Gunnar Barbarotti permaneció sentado unos instantes con el teléfono en la mano mirando a la oscuridad.

No debería haber hablado con él, pensó. Ha sido una estupidez.

V
Diciembre

Capítulo 37

Ebba Hermansson Grundt sueña.

Es por la mañana, temprano, mucho antes del amanecer, es 1 de diciembre y nieva copiosamente al otro lado de la ventana; pero de eso no sabe nada porque el estor está bajado del todo y la hora no le interesa. Está acostada en la cama de la blanquísima habitación de la clínica Vassrogga, y sueña con su hijo.

Este pende y se balancea en su interior, descuartizado y metido en dos bolsas verdiblancas del supermercado Konsum. Le cuelga desde la clavícula y oscila de un lado a otro como los pesados y oxidados badajos de una vieja y olvidada campana de iglesia. Cada uno sueña a su manera, y a ella no se le puede echar la culpa por eso, pero esta mañana hay algo que no cuadra. El destello de una extraña inquietud recorre su cuerpo dormido, una gélida ráfaga de viento crispa su piel, ella mueve a tientas las manos sobre el pecho y la barriga, acostumbrada como está a llevar a su hijo así a través de las noches. Lo lleva haciendo durante meses. Pero esta mañana algo pasa con Henrik, algo raro y diferente que no reconoce.

No es Henrik. Es Kristoffer. Es su hijo pequeño el que se ha colado ahora en su vacío interior, ¿y eso qué puede significar?

En cuestión de segundos se despierta. Saca las piernas por el borde de la cama y se sienta, los pies contra el frío suelo. ¿Qué está pasando? ¿Por qué Kristoffer ha ocupado el sitio de Henrik?

Algo debe de significar, porque los sueños son llaves. Siempre lo son; solo se trata de encontrar la cerradura en la que encajan.

Abrir o cerrar. Ebba prefiere cerrar, lo ha venido haciendo con insistencia todo el verano y todo el otoño. No dejar que entre nada, solo mantener abierto ese pequeño espacio en lo más recóndito de su interior donde el tiempo no existe, pero donde, aun así, cabe lo más importante. Veranos pasados, un barco de vela, un triciclo azul, una herida en la rodilla que atender, pequeños dedos infantiles pegajosos que le peinan el cabello, sus preciosos ojos.

Ese espacio que, aunque los terapeutas dedican tanto esfuerzo a cerrar, ella misma abre todas las noches con mano firme pero cuidadosa.

Pero ¿Kristoffer? ¿Cómo ha conseguido llegar hasta aquí? ¿Quién le ha dejado entrar? ¿Y por qué es él quien cuelga descuartizado de su clavícula en una bolsa de Konsum, bamboleándose de un lado a otro? En una no, en dos bolsas, ¿no eran dos? ¿Qué es lo que quiere decirle en esta oscura hora mucho antes del amanecer?

Se pone de pie, sube el estor y mira por la ventana. Negro como el carbón ahí fuera, pero cae

la nieve, pesada y espesa.

¿Kristoffer?, piensa. No, tú también, no.

Kristina Hermansson está leyendo. Alejándose de los sufrimientos de este mundo, entrando en los de otros, aquellos que no conoce. Es 1 de diciembre y cae la nieve. Lleva toda la noche nevando, por lo visto, y continúa hasta bien entrada la mañana. Los manzanos al otro lado de la ventana van adquiriendo nuevas formas y peculiaridades, los arbustos de grosellas son como grandes y lanudos bueyes almizcleros.

Jakob se ha ido a la sede de la televisión en Värtahamnen, Kelvin está con la niñera. Espera que Kristoffer se ponga en contacto con ella, espera que la existencia estalle definitivamente, pero mientras aguarda, lee el libro de Robert.

En las sombras de debajo de mis manos vivía un anhelo, escribe. *Mi cobardía de quinceañero albergaba una esperanza. ¿Adónde se ha ido?*

No siempre entiende lo que escribe su hermano, pero le parece bonito. Le habla desde el otro lado de la tumba, detrás de las palabras ella escucha su voz. Solo ha llegado a la página cuarenta de seiscientas cincuenta, pero aun así es como si él estuviera a su lado en la habitación. Como si pudiera hablar con él, hacerle las preguntas que le surgen durante la lectura.

¿Qué quieres decir, Robert, hermano mío? ¿A qué anhelo te refieres? ¿Y qué tipo de esperanza es la que has perdido a lo largo de la vida?

Él no contesta, pero a lo mejor ha ocultado las respuestas más adelante en el libro.

Nací como un perdedor, y me he esforzado en enterrar ese hecho en el olvido durante toda mi vida, escribe en la página cuarenta y dos. *Pero cuando el conocimiento y la verdad asoman sus feas cabezas, los reconozco de inmediato. Uno es quien es, nada más.*

Todavía no está segura de que Robert hable de sí mismo. Tal vez se trate de alguien diferente en realidad. El libro está escrito en primera persona, al menos al principio; el protagonista se llama Mihail Barin, una existencia curiosa, nómada no solo en el espacio sino también en el tiempo, parece ser. Ruso, a todas luces, aparece bien en la actualidad, bien en lo más profundo del siglo XIX; quizá no se trate, al fin y al cabo, de una persona. Puede que solo sea una idea.

Pero continúa leyendo fascinada, y, por cada página que pasa, la voz de Robert suena con mayor intensidad en su interior.

Si me meten en la cárcel, piensa, el libro de Robert será lo que me mantendrá viva y ocupada.

Aunque tal vez no haga falta que la existencia estalle. Quizá no sea una necesidad imperiosa. Hoy es miércoles. El vuelo a Bangkok sale el domingo, no quedan más que cuatro días. Cuatro miserables días. Con que este breve período de tiempo pudiera pasar sin incidentes, luego la cosa estaría en sus manos. Una vez que tome asiento al lado de su marido en el avión, sabrá cómo proceder. Entonces todos los obstáculos se habrán superado, y todo se solucionará según sus planes.

Pero le resultan largos, estos días. Kristoffer la va a llamar, algo va a suceder, lo siente en cuanto levanta la mirada del libro de Robert; pero por ahora, justo en ese prolongado momento, solo se ve la nieve cayendo, nada más.

Kristoffer Grundt tiene la solución en su mano.

Es miércoles por la noche. Y es 1 de diciembre, un día en el que no ha dejado de nevar desde primera hora de la mañana; el autobús a Bergsbrunna tardó en llegar treinta minutos más de lo habitual y en más de una ocasión estuvo a punto de derrapar y acabar en la cuneta. El jefe del supermercado, el señor Luthman, le contó durante el descanso que el caos se había extendido por todo el país, en especial por Escania, donde dentro de poco no quedaría ni una sola carretera transitable, y por Dalsland, donde más de cinco mil casas se encontraban aisladas. Y cómo andarían por la costa en la zona de Roslagen no quería ni imaginárselo. Nunca habían tenido esas cantidades de nieve, que se recuerde, y solo hacía dieciséis horas que había empezado.

Pero nada de eso le preocupa a Kristoffer, porque está en el sótano de la casa de la prima de su padre en Bergsbrunna sosteniendo la solución en la mano.

Es lisa y está fría, y supone que pesará en torno a medio kilo. Lleva grabado el nombre del fabricante, Pinchmann, en la culata, que es también por donde se introduce el cargador desde abajo. Caben doce cartuchos en cada uno, ya lo ha mirado, y envía un pensamiento de agradecimiento a Ingegerd, porque fue ella quien les enseñó tanto el arma como el escondite cuando vinieron de visita hace cuatro años. Se la mostró a Henrik y a Kristoffer, sus primos segundos de Sundsvall, para impresionarlos, se supone. La licencia seguramente se habrá registrado a nombre del exmarido de Berit, Knut, del que se divorció cuando Ingegerd no tenía más que tres años. Un hombre que por lo visto solía ir a la caza de todo un poco, pero dos mujeres que viven solas en una casa en las afueras de la ciudad pueden necesitar un arma para defenderse. Por si acaso. Eso es comprensible.

Pero en cuanto Kristoffer termine lo que tiene que hacer piensa tirar la Pinchmann a un lago o enterrarla, nadie será capaz de rastrearla, nadie sospechará de él; no cree que Berit e Ingegerd tengan por costumbre coger la vieja arma muy a menudo, pues la caja estaba cubierta de un montón de polvo al sacarla del trastero que hay en el sótano. Lleva todo el día repasando el plan, desde que se le ocurrió la idea en el autobús de camino a la ciudad esta misma mañana. No hay pegas; durante la tarde ha oído en lo más profundo de su ser algo que se parece a la risa de Henrik, y aunque por desgracia no ha conseguido oírlo bien, lo siente como algo cálido, bueno y fuerte, y sabe que la solución que ha ideado es la correcta. Que cuenta con el pleno apoyo de Henrik. Para ser sincero, nada de esto le resulta mucho más real de lo que le resultaba antes del encuentro con Kristina ayer, y mientras pasa las yemas de los dedos por el frío acero del arma piensa que, en realidad, todo es una película. Él es un actor que debe interpretar lo que está escrito en el guion; así es, en efecto, justo así. Sigue un guion. O una coreografía. Cuando

contempla las cosas desde ese punto de vista, todo se vuelve nítido y comprensible. A veces la vida es tan inabarcable que tienes que aprovechar esa ayuda.

Y no está preocupado en absoluto. Envuelve la pistola y la caja de cartuchos en una toalla y mete el paquete en una bolsa de plástico de Konsum. La sube a su cuarto y esconde la solución en el armario. Berit e Ingegerd han ido a una reunión en el colegio, no regresarán hasta después de las nueve, si es que consiguen llegar a casa con esa tormenta que parece no acabarse nunca. No, ni rastro de preocupación hay en él; va a matar al asesino de su hermano, no hay nada que temer. Para quien solo cumple con su deber, todo resulta fácil y sencillo.

Aunque no del todo real. La nieve sigue cayendo mientras prepara té y unos sándwiches en la cocina. Son las 21.10, y ni rastro de Berit e Ingegerd todavía.

Gunnar Barbarotti se ha quedado atrapado en un montón de nieve, y mientras espera una ayuda que parece no llegar nunca toma una decisión. A su lado en el coche está su hija Sara, y cuando ella le dice que va a salir con unos amigos el fin de semana, lo termina de ver claro. Se abre el campo de actuación que necesita. A la mierda Backman, piensa. Un hombre tiene que hacer lo que tiene que hacer. Ni siquiera es necesario que le diga a nadie que me voy. Me importa una mierda que no tenga ni pies ni cabeza, debo hablar con ella una vez más.

Pero a él ni una palabra. Solo es el fragmento de una sospecha; el fragmento de un fragmento. Si resulta ser falsa sería una catástrofe.

Y si resulta verdadera, la catástrofe sería doble.

—¿En qué piensas, papá? —pregunta Sara—. ¿El trabajo otra vez?

Barbarotti se ríe.

—En absoluto, hija mía. Pienso si no sería mejor que fueras andando a casa. Llegarías en unos diez minutos. Aquí lo único que vas a conseguir es pillar una cistitis.

Ella se ríe también.

—¿Me estás diciendo que debo dejar a mi padre atrapado en la nieve en un coche? ¿Qué clase de hija sería entonces?

Barbarotti vuelve a arrancar el motor y pone en marcha el limpiaparabrisas. Son las 21.45. La nieve se arremolina alrededor del automóvil.

—Cuéntame lo que quieres ser cuando seas mayor —le pide a su hija.

Leif Grundt se ha quedado dormido delante del televisor, pero el timbre del teléfono lo despierta.

Al principio se equivoca y confunde el mando a distancia con el teléfono inalámbrico. Pero aun así le da tiempo a llegar al recibidor y contestar.

Es Ebba.

Su mujer, Ebba. Llevan más de una semana sin hablar.

—Quiero hablar con Kristoffer —dice.

—Kristoffer no está —responde Leif.

—¿Y dónde está? —pregunta ella.

—En Uppsala, en casa de Berit —explica él—. Ya te lo comenté. Es la semana de prácticas en el colegio, trabaja en un Konsum en Uppsala...

—Estoy preocupada por él.

—No hay de qué preocuparse.

—Llevo todo el día preocupada por él, tienes que cuidar de Kristoffer, Leif. No te olvides de él.

¿Yo?, piensa Leif Grundt con una rabia que lo incendia de repente. ¿Que yo no me olvide de Kristoffer? Esto es el colmo. Esto va a terminar con...

—No me gusta que lo hayas mandado a Uppsala.

—Por favor, Ebba...

—Ya sabes lo que pasa cuando mandamos a nuestros hijos allí.

—Ebba, está en casa de Berit. Va a hacer prácticas en Konsum durante una semana, no le va a pasar nada.

El silencio se instala entre ellos durante un buen rato. Acto seguido se oye un clic. Ebba ha colgado. Leif vuelve a colocar el teléfono en su sitio en la pared, antes de quedarse parado durante medio minuto mientras la irritación y la tristeza cambian de lugar en su interior.

Después sale a quitar la nieve de la rampa del garaje de nuevo. Ya han dado las diez, la nevada debe de haberse prolongado más de veinticuatro horas.

—Ese inspector de policía, ¿cómo se llamaba?

—¿Quién?

Jakob Willnius entra en la habitación desde el cuarto de baño. Con una toalla amarilla de felpa envuelta alrededor de la cintura. Kristina ya está en la cama. Son las 23.30, ha tenido una cena con un productor danés. O uno alemán. ¿O quizá solo era sueco? Una fina aura de alcohol lo rodea, pero no en exceso. No está para nada borracho. Tal vez cachondo, sí, probablemente, la toalla se ve abultada. Ella inspira hondo, se arma de paciencia y pasa la mano por su tensa barriga. Por detrás, la va a penetrar por detrás, como lleva haciendo el último mes debido a su estado.

—El de Kymlinge.

—¿Qué...? ¿De qué estás hablando?

—¿Barotti? ¿No era así? ¿Un apellido italiano? El que estuvo aquí.

Kristina niega con la cabeza sin comprender nada.

—Ah, ya, ese. Bueno, sí, algo así era. ¿Por qué me hablas de él?

Jakob se quita la toalla revelando su fuerte erección.

—No se habrá puesto en contacto contigo, ¿verdad?

—No, ¿por qué iba a...?

Jakob se mete bajo las sábanas y le pone una mano en la cadera.

—Ayer llamó un hombre preguntando por ti. Me pareció que era él. Ya sabes que se me da bien reconocer las voces.

—Pero ¿por qué iba a llamar aquí? Quiero decir, ha pasado un año...

—No lo sé —replica Jakob Willnius—. No sé qué motivo tendría para llamarnos. Pero era contigo con quien quería hablar, no conmigo.

—¿Conmigo?

—Sí.

—¿Y no se presentó?

—No, no lo hizo.

—No lo entiendo. ¿No habrá pasado algo que...?

—¿Como qué?

Jakob le masajea las nalgas. Las masajea y las separa.

—No lo sé, algo que haya cambiado alguna cosa. ¿Quieres que apague la luz?

—No, quiero verte, ya lo sabes. Pero ¿no ha vuelto a llamar? O sea, ese inspector Barbotti o cómo cojones se llame.

—No.

—Quiero que me lo digas si lo hace.

—Claro.

—Y no quiero que se te olvide.

—Prometo no olvidarlo.

—Bien. He cambiado de opinión. Apaga la luz.

Y cuando la penetra por detrás, ella ve a través de la ventana que por fin ha dejado de nevar.

Capítulo 38

Nada más subir al autobús en Bergsbrunna el jueves por la mañana, a Kristoffer le sonó el móvil.

Era su padre.

—¿Cómo vais con la nieve? —quiso saber.

—Nos sobra —repuso Kristoffer.

Luego charlaron un rato del trabajo. Si él se estaba planteando seguir sus pasos, lo mejor era empezar desde abajo, dijo su padre. Para que tuviera claro dónde se metía.

Pero tal vez no eran esos sus planes.

Kristoffer le reconoció que, al menos de momento, no tenía ese tipo de planes, y a continuación su padre le preguntó cuándo pensaba volver a casa.

—El sábado —explicó Kristoffer—. Cogeré un tren por la mañana o a mediodía o algo así. Te llamaré para decirte cuándo llego.

—¿Te queda dinero para el billete?

—Sí.

—¿Y en la tarjeta del móvil?

—Un poco.

—Vale. Si me llamas, te voy a buscar a la estación. Entonces, ¿el sábado por la tarde?

—Sí, el sábado por la tarde —confirmó Kristoffer.

—Saluda a Berit e Ingegerd de mi parte.

Kristoffer prometió hacerlo, y acto seguido colgaron.

¿La realidad?, pensó. ¿Qué es, de hecho, la realidad? Esa fue la primera pregunta que acudió a su cabeza después de la conversación telefónica. Por el motivo que fuera. Intentó mirar por la brumosa ventana del autobús. La nevada había cesado durante la noche, al parecer, y las máquinas quitanieves habían formado montones de nieve de más de un metro de altura en los bordes de las calles. Le dio la sensación de que toda esa nieve que había caído tenía que ver con la historia en algún sentido. Con *el plan* y *la solución*. El mundo blanco era una realidad distinta, y era también en una realidad distinta en la que él iba a llevar a cabo su acto. Luego, una vez que hubiera pasado, las cosas serían de nuevo más normales. Recuperarían sus formas habituales. Por fin. En cuanto hubiera vengado a su hermano, llegaría a una posición desde la que le sería posible dirigir la mirada hacia delante. Llevaba casi un año viviendo en ese inconcebible estado en el que todo parecía estar compuesto únicamente por interrogantes e incertidumbres. Un tenaz sueño que había vivido despierto y que le había tenido preso de alguna extraña manera. Había

perdido el contacto con su vida de antes, y no era para nada exagerado decirlo; pasaba del colegio, no le daba importancia a nada, había perdido a los amigos que había tenido en séptimo y octavo curso y su familia estaba destrozada. Fumaba como un carretero y se emborrachaba al menos una vez por semana..., pero todo, todo ese desconsuelo, tenía un final. Un final y una frontera ulterior, ahora lo veía claro. Cuando matase al asesino de su hermano se hallaría frente a esa frontera. Era como si hubiera una mano que dirigía el desarrollo de la historia, pensó Kristoffer, o un director de cine; alguien que se aseguraba de que las cosas que tenían que pasar terminaran pasando.

Alguien que había dispuesto que la abuela pronunciara esas palabras en el entierro de Robert, por ejemplo. Y que se las dijera justo a él, a Kristoffer, y que después había hecho que viera ese rollo de telefilm hasta el final solo para toparse con el nombre de Olle Rimborg... y que le había infundido el coraje suficiente para llamar a su tía.

Y que se las había arreglado para que su padre lo mandara a Uppsala durante esa semana de prácticas.

Cuando pensó eso, cuando sus pensamientos emprendieron esos senderos ya transitados, le entró vértigo. Era cierto que estaba sentado en un autobús lleno de gente desconocida, somnolienta y malhumorada que avanzaba ruidosamente por un paisaje blanco e invernal que le resultaba ajeno; pero al mismo tiempo, al mismo tiempo formaba parte de otra cosa. De una historia muy diferente, mucho más grande y mucho más importante. Una larga cadena de acontecimientos, en la que un suceso conducía a otro y en la que resultaba imposible volver atrás una vez que se había decidido qué paso dar. Porque no se podían rehacer ni corregir posibles errores, y de repente comprendió, mientras el autobús maniobraba despacio por la atascada calle Kungsgatan del centro de Uppsala esa mañana invernal a principios de diciembre, comprendió que justo así era la vida. Era el mismísimo modelo de la vida: lo que ocurre, ocurre, y se trata de entender qué es lo que uno tiene que hacer.

Y aceptarlo.

Y cuando, por fin, con más de veinte minutos de retraso consiguió bajar del autobús en la estación central apretujado entre el montón de pasajeros y echó a andar por la nieve hacia la galería comercial más cercana, por primera vez en mucho tiempo pudo oír en su interior la voz de Henrik.

Vas bien, hermanito, dijo, sonando algo distante y extrañamente serio a la vez. Muy serio.

Vas bien, estás aprendiendo muchas cosas, Kristoffer.

—Voy a Estocolmo por otro asunto, así que pensé en aprovechar la ocasión.

Había decidido empezar así, se trataba de dar con el equilibrio justo entre la gravedad y la ligereza.

No demasiado serio, pero con cierta trascendencia.

Podía oír cómo ella tragaba saliva, al menos eso era lo que quería imaginarse. Una especie de duda, ¿o no?

—No entiendo. ¿Seguís todavía con eso?

—Por supuesto. Mientras no averigüemos lo que sucedió, mantenemos abierta la investigación.

—Pero...

—¿Sí?

—Pero ¿ha pasado algo nuevo?

—Es difícil de decir. En cualquier caso, me gustaría hablar contigo. El viernes o el sábado, con una hora será suficiente.

—Pero ¿qué...?, o sea, ¿no podemos hablarlo ahora por teléfono?

—Preferiría hacerlo en persona.

Hay algo, pensó el inspector Barbarotti mientras sentía cómo la excitación empezaba a palpitar en su cabeza. Le tiene miedo a algo. ¡Mierda!

Ella permaneció callada unos segundos.

—Creo que..., sí, creo que podría verte mañana por la tarde. ¿Dónde quieres que...?

Barbarotti comprendió que no era posible ir de nuevo a su casa, y agradecía que no lo hubiese propuesto.

—En el vestíbulo del Royal Viking —sugirió—. Al lado de la estación central. Allí podemos hablar con tranquilidad. ¿Qué te parece a las dos?

—A las dos —repitió ella—. Sí, me va bien, supongo. Pero sigo sin entender muy bien para qué va a servir. Habéis... ¿Habéis encontrado alguna pista nueva o algo así?

—Pista sería mucho decir. Más bien se trata de una pequeña idea.

—¿Una idea?

—Sí. Pero mañana te lo explico todo. Entonces, ¿a las dos en el Royal Viking?

—Vale, pues allí estaré, supongo —contestó ella, y a Barbarotti le pareció que su voz sonaba más frágil y delicada que la porcelana antigua. Casi como una colegiala a la que hubieran pillado fumando o haciendo pellas o algo, y a la que ahora le tocaba ir al despacho del director a recibir una buena reprimenda.

Me estoy haciendo ilusiones, pensó después de colgar, y se quedó mirando su desordenada mesa llena de papeles durante diez segundos. Quiero que esto sea algo real e interpreto todas las señales de forma que encajen con mi hipótesis. Soy un pésimo policía.

A continuación, volvió a coger el teléfono para reservar el billete de tren y una habitación de hotel.

El jueves por la noche —después de haber cenado el plato estrella de Berit: patatas gratinadas con solomillo en tiras y salsa bearnesa— Kristoffer estaba tumbado en su cama en la habitación

con las grandes plantas verdes ultimando su plan.

Mañana. La noche entre el viernes y el sábado, tenía que ser entonces. Esa era la ocasión. Le había dicho a Berit que pensaba pasar la última noche en casa de un amigo en el centro de Uppsala para luego coger el tren de vuelta a Sundsvall por la mañana. ¿Un amigo?, le había preguntado Berit. Sí, era un chico muy majo que trabajaba en la caja, solo tenía diecinueve años, le había explicado. Iban a ir a ver una película a los cines Filmstaden, y después a casa de sus padres en Vaksala Torg. Se llamaba Oskar y jugaba al hockey sobre hielo en Almtuna.

Sabía que Berit no iba a comprobar la información, y con toda probabilidad tampoco le diría nada a su padre. De todas formas, daba igual, porque le contaría la misma historia a su padre si hiciera falta. Saldrían del trabajo juntos, Oskar y él, de modo que era mejor que Kristoffer se llevara la maleta de Bergsbrunna ya por la mañana. Ya la había hecho, todo estaba listo.

Pero ese Oskar no existía, claro. Al menos no había nadie con ese nombre en la caja del Konsum. En su lugar cogería un tren a Estocolmo mañana por la tarde, dejaría la maleta en consigna en la estación central, sabía dónde estaban las taquillas, esperaría unas horas por el centro, quizá iría al cine si le apetecía. Tenía dinero de sobra, tanto para ir al cine como para tomarse un par de hamburguesas.

Y para un billete de metro a Gamla Enskede un poco más tarde. Alrededor de las diez u once o algo así. Había que bajarse en Sandsborg o Skogskyrkogården, de eso se acordaba. La línea verde. La otra vez fue con Henrik y su padre. Pero se haría con un plano en la estación central por si acaso. La dirección era Musseronvägen, 5, lo había comprobado.

Cuando llegara, estaría oscuro. No antes de la medianoche, mejor un poco más tarde, se acercaría a la casa. Primero daría una vuelta por el barrio para reconocer el terreno. Comprobar que no había gente por la calle y que Kristina y su familia estaban en casa. A lo mejor, si se atrevía, llamaría antes a Jakob. Y colgaría en cuanto contestara. O, si se ponía Kristina, distorsionaría la voz preguntando por su marido.

Aunque solo si se atrevía; seguro que había mejores maneras de comprobar si la víctima estaba en casa. Tal vez lo descubriría a través de una ventana, sin más. No se le antojaba un gran problema.

En realidad, nada le parecía especialmente problemático ahí tumbado en la cama en ese silencioso cuarto mientras hacía la digestión y trataba de visualizarlo. La sensación de que estaba en proceso de ejecutar una misión, de que seguía el camino que tenía que seguir, persistía en él. Lo había acompañado todo el día, no había sitio para la duda ni para la cobardía. Iría a Estocolmo de verdad, hasta los antiguos chalés de madera de los ricos en el barrio de Gamla Enskede, y allí, en Musseronvägen, 5, mataría a Jakob Willnius de un tiro. Asesinaría al asesino de su hermano, era su deber, nada más. De hecho, era una especie de crimen de honor.

Y como se trataba de un deber de tal magnitud, también sabría llevarlo a buen término. Exactamente cómo lo haría, no se podía prever, no en detalle. Tendría que confiar en su juicio y en su..., ¿cómo se decía?, ¿intuición? Debía hacer que pareciera un robo, eso estaba claro. Lo

más probable era que no le quedase otra opción que romper el cristal de una ventana para entrar. Dejaría pasar bastante tiempo después de que se apagaran las luces en la casa, para darles tiempo a que se durmieran, pero tal vez no pudiera evitar hacer demasiado ruido al entrar. A lo mejor se encontraba con Jakob ya en la planta baja. Debería ir con el arma preparada en todo momento, en cuanto entrara en la casa la tendría lista para disparar. Sabía que el dormitorio se encontraba en la planta de arriba, cabía la posibilidad de que Jakob bajara corriendo, de manera sigilosa, por la escalera. No le daría ni un segundo. Si apareciera allí, le dispararía de inmediato. Dos tiros en el pecho para que se desplomara. Después otro par de disparos en la cabeza para asegurarse de que moría.

Y luego salir de allí. Quizá, si hubiera tiempo, podría llevarse algo para que pareciera un robo. Un ladrón al que han pillado in fraganti y que ha huido.

Si Jakob no bajaba por la escalera, Kristoffer subiría al dormitorio y lo mataría allí. En la cama; era casi aún más apropiado, ya que fue en la cama donde Jakob mató a Henrik. Si es que había entendido bien a Kristina.

Aunque Kristina tendría que quitarse de en medio de alguna manera, claro. No dejaría que ella se lo impidiera, de ningún modo. Aunque no creía que lo fuera a intentar. No haría nada para detenerlo. Ella también quería ver a su marido muerto, de eso no cabía duda. Tal vez se quedaría en shock cuando apareciera Kristoffer, pero daba igual. No había que meterse en discusiones, era importante recordar eso, ni con Kristina ni con Jakob. Nada de ponerse a hablar.

Solo matarlo, y punto. Sin compasión, ni un solo puto segundo de compasión.

Y al final, cuando todo hubiese pasado, saldría de la casa con paso rápido y se largaría de Gamla Enskede.

En metro no. Volvería al centro andando, despacio y dando rodeos. Se desharía de la pistola tirándola al agua en algún sitio. En Estocolmo había agua por todas partes, dejar caer el arma sin más desde algún puente o muelle era sencillísimo. Lo único en lo que debía pensar era en evitar los coches patrulla. Un chico de quince años que andaba solo a las tres o cuatro de la madrugada podría despertar sospechas. Aunque no lo sabía, igual era de lo más habitual en Estocolmo. A lo mejor las calles estaban llenas de jóvenes a esas horas. En cualquier caso, tendría cuidado, iría hacia la estación central, que abría ya a las cinco o seis de la mañana, creía recordar. Desayunaría un poco tal vez, y luego subiría al primer tren hacia Sundsvall.

Encendería el móvil cuando ya llevase un tiempo en el tren, a la altura de Gävle, más o menos. Llamaría a su padre para decirle que estaba de camino. Y cuándo llegaría.

Si su padre —contra todo pronóstico— hubiera oído algo de un asesinato en Gamla Enskede durante la noche, y si lo mencionara, Kristoffer haría como si no supiera nada. Y si su padre le dijera que el asesinado era el marido de Kristina, bueno, entonces se haría aún más el desentendido.

Y ya está, pensó. Pronto descansarás en paz en tu tumba, hermano. Esto está chupado.

Se quedó un rato más intentando detectar alguna inquietud o duda en su interior, pero por

mucho que lo intentara no daba con nada parecido.

Resultaba casi un poco raro, y paso a paso fue apoderándose de él una sensación de excitación, casi alegría, que empezó a apretujarse entre el solomillo, la salsa bearnesa y las patatas gratinadas.

Echó un vistazo al reloj. Las 21.45. Igual había sitio para un poco de té y un par de galletas, a pesar de todo. Igual necesitaba tener el estómago lleno.

Porque había un detalle más. Un pequeño detalle. Debía salir a probar el arma esa misma noche. Debía asegurarse de que funcionaba. Pero sería fácil. Había puesto el despertador del móvil a las 03.00 horas. Sería cuestión de levantarse de la cama, vestirse, salir al bosque y pegar un tiro. Quizá dos seguidos. A unos cientos de metros de la casa, nadie repararía en un par de disparos lejanos en la noche. Chupado.

Pero era necesario. No se podían descuidar los detalles.

Capítulo 39

El viernes 3 de diciembre empezó con otra tormenta de nieve. No exactamente del mismo calibre que la que había provocado el caos en el país esa misma semana, pero aun así causó algún que otro perjuicio. Entre otras cosas, hubo un importante retraso en el transporte público en las zonas sur y oeste de Suecia, por lo que Gunnar Barbarotti agradeció su previsión de haber reservado un tren que partía de Kymlinge ya a las seis de la mañana. En circunstancias normales habría llegado a Estocolmo sobre las diez, pero no llegó hasta las doce, y con sus anteriores aventuras con los vuelos nacionales todavía frescas en la memoria no podía parar de preguntarse si en el futuro no debería claudicar y convertirse en un automovilista confeso.

Aunque, por otra parte, lo más probable era que las carreteras estuvieran igual de intransitables a esas horas de la mañana; y de todas maneras aún le quedaban dos horas antes del encuentro con Kristina Hermansson. Salió de la estación central, cruzó Vasagatan, hizo el *check-in* en el hotel Terminus —la habitación aún no estaba lista, de modo que se tuvo que contentar con dejar la maleta en recepción— y siguió otros cien metros más abriéndose paso entre los remolinos de nieve para almorzar en Jensen’s Bøfhus. Filetes de carne picada con cebolla, aunque en su versión danesa.

Y mientras comía, comenzó a sentir una creciente tensión ante el inminente encuentro. Incluso le picaba el cuero cabelludo, cosa que solo le pasaba cuando le esperaba algo especial.

O puede que le estuviera saliendo caspa. Había sido un problema recurrente durante su divorcio, pero una vez que todo acabó, cuando Helena y él dejaron de vivir juntos —todos los papeles estaban firmados y todas las heridas abiertas empezaban a cicatrizar—, también le mejoró el cuero cabelludo. Su peluquera, una joven con cuarenta y ocho dientes impecables y ojos como pozos, le había dicho que era psicosomático. La chica no sabía pronunciar la palabra del todo bien, pero aun así. La gente que se encontraba a gusto con su vida no tenía caspa, lo había aprendido en los dos años y medio de profesión que llevaba.

Pero si yo no tengo ningún problema con mi vida, pensó Gunnar Barbarotti antes de pedir un expreso doble y una porción de tarta. No he estado mejor desde que conocí a Veronica en el instituto.

De modo que no podía tratarse de caspa. Debía de ser el inminente encuentro lo que le picaba. La tensión. Miró el reloj. Todavía faltaban tres cuartos de hora. El hotel Royal Viking estaba enfrente; si quería, podía quedarse en la mesa y estar pendiente hasta que Kristina

Hermansson apareciera. Si ella venía desde esa dirección, claro. Aunque tal vez sería mejor esperarla dentro del hotel, ¿le daría eso una mayor ventaja?

En cualquier caso, ya era hora de decidir la estrategia. ¿Qué diablos iba a decirle?

Bueno, resulta que he oído que tu marido es un cabrón de mucho cuidado. ¿Es eso cierto?

A lo mejor justo así no. Lo más probable era que la situación requiriera un ataque algo más sutil. Los clavos ardiendo queman mucho, eso le había enseñado una carrera profesional bastante más larga que dos años y medio.

Por otra parte, había quien sostenía que el inspector Barbarotti era uno de los mejores interrogadores que Suecia (al menos la parte oeste del país) podía ofrecer, cosa que había oído desde varias fuentes, en general bien informadas, pero a veces no podía dejar de preguntarse si no lo confundían con otro.

Oh, Señor, pensó Gunnar Barbarotti. Permíteme proponer un trato.

Y Nuestro Señor escuchó, aunque algo distraído.

—¿Qué quieres decir? —dijo Jakob Willnius—. ¿Por qué no tienes tiempo?

—He quedado —contestó Kristina.

—Pero si te dije que Zimmerman estaba en Estocolmo y que quería comer con nosotros.

—Lo siento. Se me ha olvidado.

—¿Y a quién vas a ver?

—A una amiga.

—¿A una amiga? ¿A quién?

—Se llama Henriette. No la conoces. Es de antes de que estuviéramos juntos.

—¿Sabes lo importante que es Zimmerman? ¿A qué hora vas a ver a esa amiga?

—A las dos.

—¿Dónde?

—En... en el Royal Viking.

—Vale, perfecto. Comemos con Zimmerman en Rydbergs a las doce y media. Así que te da tiempo a llegar al Royal Viking, está a solo cinco minutos de allí. Además, seguro que aguantará media hora más si nos retrasamos un poco, ¿no?

—No sé...

—Me voy. Asegúrate de estar allí a las doce y media como muy tarde. Y ponte algo con escote, ya sabes el tipo de personaje que es.

—Madre mía, estoy de siete meses, Jakob.

—Tus pechos no se han encogido que se diga, ¿verdad? A las doce y media en Rydbergs, Kristina, y déjate de tonterías.

Al verlo subir al taxi, el malestar la penetró como una espina clavada en la carne.

Al parecer había causado una buena impresión, porque el viernes a las 14.00 horas se le acercó su jefe, Greger Flodberg, al que no había visto desde el lunes, y le dijo que si quería podía marcharse ya. Además, le dio una bolsa, una bolsa de Konsum normal y corriente, de plástico verde y blanco, y le explicó que, como había trabajado toda la semana sin cobrar, ahora podía llenar la bolsa de chucherías.

Es que tenía un hermano dentista en Sundsvall y habían empezado a escasear los clientes.

Soltó una carcajada tan sonora que retumbó en toda la tienda mientras le daba palmadas en la espalda a Kristoffer, y este también trató de reírse con todo el estruendo del que era capaz. Después, para no quedar mal, llenó la bolsa de cinco kilos de chucherías, se despidió de Urban, Lena y Margareta, que le habían dado instrucciones durante la semana, y devolvió la chaqueta verde.

Cogió su maleta y su bolsa de chuches y se marchó.

Llegó a tiempo a un tren que salía a las 15.00 horas de Uppsala (debería haber partido veinte minutos antes, pero la tormenta de esa mañana había dejado su huella en el horario), y menos de una hora más tarde dejaba todo su equipaje en consigna de la estación central de Estocolmo, a excepción del arma, la munición y medio kilo de golosinas, que guardó en los espaciosos bolsillos de su abrigo. Sentía una ligera preocupación por la pistola. Pero solo ligera. La prueba de tiro no había ido según lo previsto. Debía de haber hecho algo mal al programar el despertador del móvil, porque no había sonado; o igual lo había apagado sin despertarse. No sería la primera vez. En cualquier caso, no había llegado a disparar con la Pinchmann; solo había apretado el gatillo un par de veces con el cargador vacío, pero joder, pensó, claro que funcionaría igual de bien con una bala en la recámara. No creía que fuera posible probar el arma en Gamla Enskede antes de que llegara la hora de la verdad. El riesgo de que lo pillaran era demasiado grande; al fin y al cabo, en esta ciudad vivía casi un millón de personas.

Compró un paquete de tabaco en la tienda Pressbyrån y salió al gélido anochecer de diciembre. Seguía nevando, aunque no con tanta intensidad como antes.

Vale, pensó. Hora de matar un poco el tiempo antes de matar de verdad.

Cuando Kristina Hermansson salió del Royal Viking eran las tres y pico, y no sabía qué pensar.

Pero intuía una cosa: su colapso psicológico no tardaría en llegar. ¿Cómo se llamaba esa película de Almodóvar que habían estrenado hacía unos años? *¿Mujeres al borde de un ataque de nervios?* Nunca llegó a verla, pero, de todos modos, así se sentía ahora. *Al borde*. Se metió en un taxi delante de la estación central, le dio la dirección al taxista y se echó a llorar. El taxista, un inmigrante iraquí de unos cincuenta años, la observó por el retrovisor un instante con compasión, pero sin decir nada. Se limitó a asentir con amabilidad con la cabeza y se centró en conducir.

El ataque de llanto se le pasó en medio minuto. Sacó un par de pañuelos del bolso, se sonó la

nariz con uno y se limpió las lágrimas con el otro. Luego apoyó la cabeza en el reposacabezas e intentó evocar la conversación y entender lo que se había dicho en realidad.

En y entre líneas.

Él había empezado con mucho tacto. Casi pidiendo perdón.

—No era mi intención sonar brusco por teléfono.

Ella contestó que no pasaba nada. De todas formas, tenía que acercarse al centro hoy. Por un vertiginoso segundo se imaginó que en verdad no era policía, sino su amante secreto. Que iban a tomar una copa para a continuación subir a la habitación en la octava planta, encerrarse allí y hacer el amor durante dos días. O al menos dos horas. Después se acordó de su barriga y vio sus agrietadas manos y volvió de inmediato a la realidad.

—Me cuesta dejar este caso —comentó el inspector—. A veces pasa esto en mi profesión.

Ella le aseguró que lo entendía. Un camarero se acercó y pidieron cada uno una botella de agua.

—Desde el principio me pareció extraño —explicó el inspector—. Trabajamos bastante tiempo con el supuesto de que las desapariciones de Robert Hermansson y Henrik Grundt estaban relacionadas.

—Suena razonable. Quiero decir, que supusierais eso.

—Claro. Pero cuando resultó que no era así, la cosa cambió, claro.

Ella carraspeó con discreción.

—¿Estáis seguros de que es así?

—¿De que es cómo?

—De que la muerte de Robert y la desaparición de Henrik no están relacionadas.

Los interrumpió la llegada de las botellas de agua, y el policía se tomó su tiempo antes de responder. Se sirvió agua y bebió. Dejó el vaso. Entrelazó las manos delante de él sobre la mesa mientras la observaba con una expresión que ella no logró interpretar. Pero no se trataba en absoluto de la mirada de un amante. La recorrió un escalofrío de malestar.

—Sí —dijo él al final—. Estamos bastante seguros. ¿Por qué? ¿Tienes otra idea?

—¿Yo? —Se dio cuenta de que la voz le había salido un par de tonos demasiado alta—. Yo no tengo la menor idea de esto.

Él permaneció callado unos segundos mientras parecía sopesar su respuesta.

—Otro aspecto que va y viene —indicó luego— es lo que podríamos denominar el aspecto familiar.

—¿El aspecto familiar?

—Bueno, como quieras llamarlo. Es, evidentemente, algo que hemos examinado varias veces durante las diferentes fases de la investigación, pero quizá haya cobrado..., bueno, una especie de relevancia renovada después de que el asesinato de tu hermano se aclarara en agosto.

—Ah, ¿sí?

No tenía fuerzas para decir nada más. Él tomó otro trago de agua antes de sacar un bolígrafo

del bolsillo de la americana. Estuvo un rato girándolo en el aire mientras pensaba y miraba al vacío.

—Si es que la desaparición de Henrik tiene una..., por así decirlo, solución interna, entonces eso, de forma inevitable, conllevará ciertas consecuencias para la investigación.

—¿Solución interna?

—Sí.

—No lo entiendo muy bien.

—Perdóname, no me expreso con mucha claridad. Lo que quiero decir es que si Henrik, por ejemplo, resultara haber sido asesinado, y eso tuviera que ver con la situación en la familia, podría ser que alguien, o varias personas, aparte del asesino, poseyeran ciertos conocimientos al respecto.

Durante las últimas frases entrecortadas hablaba con una dicción lenta en exceso, subrayando además ese *staccato* mediante golpecitos con el bolígrafo en el borde de la mesa. Kristina no podía dejar de preguntarse si se trataba de algo ensayado.

Y si su intención era que se derrumbara. Si lo que esperaba era que se rindiera y confesara. Lo más seguro, pensó, lo más seguro es que sea esa su intención. Cree que oculto algo, y cree que puede hacer que me derrumbe mediante sus insinuaciones, medidas a la perfección.

De alguna manera, esos pensamientos le inyectaron fuerza, el hecho de que él pareciera subestimarla la hizo más fuerte; se sintió provocada. Se incorporó en la silla y se inclinó un poco sobre la mesa.

—Inspector Barbarotti, debo confesarte una cosa.

—¿Sí?

—Que no entiendo nada de lo que dices. Ni tampoco por qué querías verme hoy. Me dio la impresión de que había sucedido algo nuevo relacionado con Henrik, por eso he venido. Pero hasta el momento...

Él la interrumpió levantando la mano.

—Te pido disculpas de nuevo. Pero debes entender las reglas del juego.

—¿Las reglas del juego?

—Sí. No olvides que soy policía y que, de hecho, estoy investigando las circunstancias en torno a la desaparición de tu sobrino. Es posible que no quiera, o no pueda, revelarte todo lo que ha salido a lo largo de la investigación. Mi misión es averiguar la verdad, y a la verdad no siempre le va bien que se pongan todas las cartas sobre la mesa.

Kristina se dio cuenta en ese momento de que se había quedado mirándolo fijamente. ¿Qué coño era lo que decía ese hombre? ¿Estaba desvariando o de verdad sabía algo? ¿Iba de farol? ¿Era por eso por lo que había utilizado, quizá sin querer, la metáfora de las cartas sobre la mesa?

—¿Qué demonios estás queriendo decir? —soltó ella—. ¿Y con qué pretendes que yo contribuya?

—Tu marido —respondió él, y fue como si de golpe le hubiera metido la cabeza bajo el agua

a la fuerza. De repente sintió como si toda su fuerza y todo su deseo de resistencia se hubieran esfumado.

—¿Mi marido?

La sensación de ahogo era palpable.

—¿Cómo es en realidad?

Si hubiera llevado los electrodos de un detector de mentiras, habría quedado en evidencia en ese preciso instante. Notaba que el pulso se le disparaba y las sienes le ardían. ¿Por qué no estoy preparada para esto?, pensó. Justo el ataque en ese flanco era lo único que tenía que temer. ¿Por qué me siento de pronto totalmente indefensa?

—Quiero a Jakob —logró espetar—. ¿Por qué coño me preguntas por él?

No podía determinar si la rabia conseguía ocultar el pánico lo bastante bien. Tal vez sí, tal vez no. Él la observaba con mirada inquisitiva.

—Porque he recibido cierta información —declaró—. Información en la que por desgracia no puedo entrar en detalle.

—¿Sobre Jakob?

—Sí.

—¿Y eso es todo lo que vas a decirme?

—Debo preguntarte si crees que tu marido sería capaz de matar a alguien.

—¿Cómo dices?

—Desde un punto de vista teórico, claro. En una situación crítica. ¿Qué piensas?

Ella no le contestó. Se limitó a sacudir la cabeza y a tomar un trago de agua. Luego le preguntó si tenía más insinuaciones o si era libre de marcharse.

Él le dijo que era libre de marcharse, pero que sentía mucho que se tomara las cosas de esa manera. Ella le dio las gracias, se levantó y lo dejó allí.

¿Que se tomara las cosas de esa manera?, pensó cuando el taxi acababa de pasar el estadio de hielo de Johanneshov. ¿Cómo demonios creía que se las iba a tomar?

Y lo más importante de todo: ¿cómo habría reaccionado si de verdad no hubiera entendido de lo que hablaba? ¿Igual que ahora o de forma por completo distinta?

Era imposible responder a esa pregunta, pero comprendió que lo que él hacía en esos momentos era justo leer entre líneas, buscando una respuesta. En cualquier caso, la amenaza de sufrir una crisis nerviosa estaba neutralizada temporalmente. O, mejor dicho, solo se había barrido bajo la alfombra, pero mucho más que eso no podía pedir. Miró el reloj y se dio cuenta de que en menos de dos días estaría a bordo del avión a Bangkok. No le resultaba del todo real.

No fue hasta que pagó al apacible taxista de ojos oscuros y entró en su casa cuando esa otra pregunta apareció en su cabeza.

¿De dónde diablos habían salido las informaciones sobre Jakob? No podía habérselo

inventado todo, ¿verdad? ¿O sí?

Capítulo 40

Kristoffer Grundt deambulaba por el centro de Estocolmo. Eran las 18.30. Faltaban cuarenta y cinco minutos para que la película empezara en los cines Rigoletto. *Sospechosos habituales*; había oído que era buena. O leído. El tiempo transcurría despacio. Ya había tomado una hamburguesa en McDonald's y después había dado una vuelta mirando un poco en las tiendas: Åhléns y PUB y algunas galerías comerciales. Estuvo comiendo golosinas hasta que comenzó a encontrarse mal, y al final tiró el resto a una papelera. Si le volvieran a apetecer, siempre le quedaban cuatro kilos guardados en una taquilla de la consigna de la estación central.

Había dejado de nevar, las calles y las aceras estaban llenas de nieve medio derretida y fangosa. Mucha gente y mucho tráfico. De repente pasó por delante de un sitio que le sonaba. ¿Kreatima? ¿No tenía otro nombre cuando pasó aquello? Creía recordar que sí. Sea como sea, era una droguería grande, eso seguía igual. Era ahí donde habían matado a Olof Palme. Kristoffer se detuvo. Había ocurrido unos años antes de que él naciera, pero le habían indicado el lugar en al menos tres ocasiones. Casi cada vez que había ido a Estocolmo.

Y luego el asesino huyó por la calle Tunnelgatan. ¿No era así? Observó el estrecho pasaje. Subiendo por la escalera, esa había sido la ruta de escape.

Aquella vez. Y ahora él estaba a punto de convertirse en un asesino. Encendió un cigarrillo y paseó la mirada a su alrededor. La gente andaba apresurada de un lado para otro. Todo el mundo parecía tener prisa. Como si se dirigieran todos a algún lugar o a algún evento muy importante. Los coches levantaban una sucia mezcla de agua y nieve. A nadie le importaba. Nadie dedicaba ni un solo segundo a pensar que en ese preciso lugar habían asesinado al primer ministro de Suecia. Pero, claro, hacía más de veinte años. Kristoffer apretó el arma que llevaba en el bolsillo del abrigo. Y aquí estoy yo, pensó, con una pistola en el bolsillo. Si el primer ministro de ahora pasara por aquí, podría matarlo de un tiro. Se armaría la de Dios.

Matar era tan jodidamente fácil; nunca había reflexionado sobre eso antes. Solo había que levantar el arma y apretar el gatillo. Dio una calada al cigarrillo mientras se reía para sus adentros. No hacía falta estar mal de la cabeza o ser terrorista o estar drogado para matar; todo lo que se requería era sacar el arma y disparar. Bastaba un segundo para quitarle la vida a una persona, esa era la cruda realidad. Un solo segundo para poner fin a toda esa serie de mañanas, tardes y noches. Y no importaba quién recibiera la bala. Rey o mendigo. La presión de un dedo índice. Después se acabó, no importaba que tuvieras cien millones en el banco o que fueras la estrella de cine más famosa del planeta. O solo un pobre vagabundo.

Daba un poco de vértigo. Al mismo tiempo le parecía justo, la verdad. Si yo saco la pistola, le pego un tiro a esa mujer del abrigo rojo y salgo corriendo como lo hizo el asesino de Olof Palme, pensó Kristoffer, nadie me podría coger. Correría como alma que lleva el diablo durante unos veinte o treinta metros, luego subiría por la escalera, doblaría la esquina y entonces empezaría a andar a un ritmo normal. Volvió a mirar la estrecha callejuela; estaría chupado.

La mujer del abrigo rojo se acercó despacio a él, no parecía estresada como la mayoría de las demás personas, todo lo contrario: hablaba por el móvil y se reía. No era muy guapa, pensó Kristoffer. Sin duda rondaría los cuarenta, aunque intentaba aparentar menos edad. Botas de tacón y unos vaqueros negros ceñidos. Pelo teñido de rubio. A lo mejor era puta. ¿Por qué no? Estocolmo estaba plagado de prostitutas, eso lo sabía todo el mundo. La mujer iba hacia él, y Kristoffer advirtió que apretaba fuerte la pistola en el bolsillo.

Ahora, pensó. Ahora lo hago. Pruebo la pistola en el mismo sitio donde mataron a Olof Palme, ¡venga, joder!

—¡Gittan! ¡Hola!

Un tipo cruzó corriendo el paso de cebra. Un coche frenó entre agresivos bocinazos. La mujer se detuvo.

—¿Jörgen? ¡Hombre! ¡Qué sorpresa!

Se dieron un abrazo. Se rieron y volvieron a abrazarse. Kristoffer tragó saliva y echó a andar. Madre mía, pensó. ¿Qué cojones me pasa? ¿Qué hago? ¿He estado a punto de...?

O quizá no había estado tan cerca. Pensar era una cosa, actuar otra bien distinta. Tal vez todavía había una barrera dentro de él. Puede que varias, sí, la verdad era que podía haber toda una serie de barreras que se aseguraban de que no cometieras ese tipo de actos demenciales. Que el dedo se negara a obedecer las órdenes del cerebro, por ejemplo. Que se negara a apretar el gatillo en el momento decisivo.

De repente se quedó helado. ¿Y si era así? Dio una calada antes de tirar el cigarrillo, pese a haber fumado solo la mitad. Echó a andar de nuevo. ¿Y si no era capaz de apretar el gatillo cuando tuviera a Jakob Willnius delante? ¿Y si..., y si el valor lo abandonaba? Durante unos segundos sintió que el miedo a que ocurriera algo parecido estaba a punto de ahogarlo, se le nubló la vista y las chucherías y la hamburguesa se revolvieron en su estómago; pero justo en ese instante oyó la serena voz de Henrik en su interior.

Cálmate, Kristoffer, dijo. Vas a poder con esto. Yo estoy contigo, que no se te olvide.

Y fue suficiente. La angustia se esfumó en cuestión de segundos. Se trataba de Henrik, nada más; si no se olvidaba de eso, nada podría salir mal.

Henrik, su hermano mayor y su estrella guía. De pronto le vinieron a la mente los hermanos Corazón de León. Jonatan y Skorpan. ¡Sí, justo así eran!

Había llegado a los cines Rigoletto. Miró el reloj. Las 19.00. *Sospechosos habituales* empezaría dentro de quince minutos. Abrió la puerta y entró en el calor.

El inspector Barbarotti estaba irritado.

Llevaba más de una hora tumbado en la cama de su habitación de hotel con la mirada clavada en el techo. Esto es lo que se siente, pensó. Justo esto es lo que se siente, ahora me acuerdo.

De lo que se acordaba era de ese problema que alguien había llamado «el dilema del detective», *«the detective's dilemma»*, algo que sin duda se originó al otro lado del Atlántico. Probablemente con alguno de los autores *hard-boiled* de los años cuarenta. Gunnar Barbarotti no era muy versado en novela negra, pero había leído a Hammett y a Chandler, al menos. Y algún que otro libro de Crumley.

O sea, pasaban dos cosas. Esa era la premisa para el dilema.

Primero, tenías conocimientos que constituían la clave para el caso en el que trabajabas.

Segundo, no había manera de utilizar esos conocimientos.

Incompatibilidad, como solía decirse ahora.

¿Aunque *conocimientos* tal vez era una palabra demasiado fuerte en el contexto? En este contexto concreto. Quizá, al fin y al cabo, no se trataba de un dilema propiamente dicho. Porque si se hubiese atrevido a confiar al cien por cien en que había algo en Kristina Hermansson que daba mala espina —muy mala espina—, entonces seguro que también habría sido capaz de dar con la forma de hacerla hablar. ¿O no?

Si tan solo la intuición tuviera más peso...

Algo le ocurría, eso estaba claro. Nadie en su sano juicio y con la conciencia tranquila se habría comportado como ella lo había hecho en el Royal Viking. Ella lo había tratado como..., sí, como a un enemigo; la conversación se había tornado una especie de batalla, y justo ese era el factor clave. ¿Por qué estaba tan nerviosa? ¿Por qué no quería ayudar, si es que había una nueva pista en la investigación sobre su sobrino? ¿No sería lo normal que también quisiera atrapar al asesino, si es que el chico había sido asesinado? ¿Por qué no colaboraba? ¿Por qué?

Pero también debía detenerse a examinarse a sí mismo. Tal vez fuera culpa suya que el encuentro hubiera salido así. El aspecto familiar fue casi lo primero que planteó, y un ataque dirigido hacia la familia Hermansson Grundt era probable que se convirtiera en un ataque hacia ella. Hacia Kristina. Y su marido. Quizá era lo más normal del mundo que se hubiese puesto a la defensiva enseguida.

Porque ¿qué era lo que él había insinuado en realidad? ¿Cuáles eran esos supuestos hechos que ella debía vislumbrar detrás de las cortinas de humo que él había lanzado?

¿Que su marido, Jakob Willnius, de alguna manera tenía algo que ver con la desaparición? ¿No era eso lo que había dado a entender? ¿Había otras posibles interpretaciones?

¿Y no era también eso lo que él pensaba en el fondo, aunque tratara por todos los medios de hacer como si no lo creyera?

Joder, pensó, y se levantó de la cama. Si ni siquiera soy capaz de juzgar mis propios motivos y mi razonamiento, ¿cómo voy a poder determinar lo que piensan los demás?

¿Y por qué coño iba a deshacerse Jakob Willnius de ese chaval? Apenas lo conocía.

Un punto crucial, sin duda. Barbarotti se puso el abrigo y salió de la habitación. Eran más de las siete, un paseo por la fangosa aguanieve y una cena en algún restaurante vacío quizá podrían aclararle un poco las ideas. Al menos debería intentar eliminar esa imagen mental del fiscal riéndose de él cuando presentase los hechos del caso.

¿Y qué tiene que alegar en contra de este Willnius?

Su exmujer afirma que es enormemente antipático, señor fiscal.

Joder, pues no, pensó Barbarotti al salir a la calle y meter las manos en los bolsillos del abrigo, esto no va muy bien, la verdad.

No tenía nada de hambre, así que decidió darse un paseo de media hora primero. Como mínimo. Pasó por Åhléns y la plaza Sergel y continuó hacia el norte. Al cruzar Sveavägen a la altura de Konserthuset, se fijó en un póster que anunciaba una película. *Sospechosos habituales*. En los cines Rigoletto.

Miró el reloj. Las 19.30. Qué pena, pensó, ha comenzado hace un cuarto de hora. No me habría importado volver a verla.

Se encogió de hombros y continuó por Kungsgatan hacia Stureplan. Se dio cuenta de que había empezado a sentir frío y de que había olvidado tanto los guantes como la bufanda en la habitación.

Y la irritación no lo dejaba en paz.

—Llegas tarde —dijo ella—. Creía que...

—Claro que llego tarde —replicó Jakob Willnius mientras se quitaba el abrigo y lo colgaba en el perchero—. Zimmerman ha rechazado toda la traducción. No entiendo por qué pagamos a esos payasos de guionistas. Y, además, era indispensable que se terminara todo hoy, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—¿Se te ha olvidado que nos vamos a Tailandia el domingo? ¿No pensarás que voy a dejar esto en manos de Törnlund o de Wassing?

—No, claro que no. Eso lo entiendo. ¿Quieres cenar ya?

—No, primero quiero un Laphroaig. Bien cargado. Y te sugiero que te tomes uno tú también.

—Jakob, estoy de siete meses.

—Lo sé. Solo he pensado que te vendría bien para los nervios.

—¿Qué quieres decir? ¿Para los nervios?

Se acercó al mueble bar y sacó una botella.

—Has oído bien. Para los nervios. Para que...

—¿Sí?

—Para que no te vayas de la lengua.

—Ahora no te sigo.

—¿No? Yo creo que sí. Lo que ocurre es lo siguiente: he pasado por el Royal Viking esta tarde. Zimmerman se aloja allí, y necesitaba recoger algo de su habitación. Alrededor de las tres y cuarto, más o menos, cuando tú estabas allí dentro hablando con tu amiga..., ¿cómo se llamaba?

—Henriette.

De repente no estaba segura de haberse acordado bien del nombre. ¿Era Henriette o Josefin? Las dos existían en la vida real, mentía tan mal que tenía que recurrir a viejas amigas, incluso en una situación así.

—Henriette, sí. Lo raro es que..., sí, ¿puedes adivinar qué es lo raro?

—No, no entiendo nada. ¿De qué estás hablando, Jakob?

Jakob se sirvió unos cuatro dedos del whisky antes de contestar. Se tomó su tiempo para volver a meter cuidadosamente el corcho en la botella antes de tomarse un trago.

—Lo raro es —empezó— que mientras estaba allí en el coche, esperando a Zimmerman, vi una cara conocida saliendo del hotel. Supongo que tampoco puedes adivinar quién era.

Ella negó con la cabeza, mientras clavaba las uñas en las palmas de la mano deseando que fuera posible suicidarse así. O hacerse invisible.

—Ese maldito policía. El que nos llamó el otro día. ¿Seguro que no quieres un poco de whisky? Creo que tenemos mucho de que hablar esta noche.

Capítulo 41

El tiempo avanzaba tan despacio...

Al subirse al vagón de la línea verde de metro, Kristoffer se acordó de ese curioso deseo en el que había pensado hacía casi un año. Cuando toda la familia iba en el coche de camino a Kymlinge y nada había sucedido aún.

El deseo de poder saltarse una parte de su vida.

Si mal no recordaba, en aquella ocasión quería librarse de tres o cuatro días. Solo para poder regresar cuanto antes a Sundsvall y estar con Linda Granberg. Linda Granberg, que primero lo había engañado con uno de los hermanos Niskanen de Liden para después mudarse a Drammen, en Noruega.

Qué ridículamente inmaduro había sido aquella vez. Y solo había pasado un año, o menos. Aunque desde entonces han ocurrido unas cuantas cosas, pensó. De eso no hay duda.

Pero en ese preciso instante, en esa oscura y fatídica tarde de diciembre, justo cuando el vagón de metro pegó un tirón y volvió a ponerse en marcha, su cabeza albergaba el mismo deseo: poder saltarse el tiempo. Aunque esa noche no pedía tanto, no cuatro días, sería suficiente con..., bueno, la verdad es que bastaría con dos horas.

Para librarse del frío y la oscuridad.

Y de la espera. Llegaría a la estación de Skogskyrkogården entre las nueve y media y las diez. Joder, qué pronto. Ojalá fuera capaz de manipular un poco las horas para que marcaran las 23.45. Esa hora habría sido perfecta, pensó Kristoffer. Ahora no podía ir directamente a la casa. No antes de medianoche. Ni siquiera para reconocer el terreno; era demasiado arriesgado. Alguien podría verlo y fijarse en su aspecto. El robo no debía empezar antes de la una, como muy pronto, eso lo había decidido. O incluso más tarde, si resultaba que Jakob y Kristina tardaban en acostarse. Mínimo una hora desde que apagasen las luces, eso también lo había decidido. Se trataba de mantenerse fiel al plan; mientras recordara eso, no se arriesgaba luego a tomar un montón de decisiones erróneas de improviso.

Es decir, tenía que matar al menos dos horas antes de pasar a la acción. Se le antojaba una eternidad. Por supuesto, podría haberse quedado todo ese tiempo en el metro, yendo de un lado para otro entre las estaciones, bajando y subiendo unas cuantas veces, pero no estaba a gusto en el metro. No se sentía cómodo. Había un ambiente de miedo y hostilidad ahí abajo que le desagradaba.

Algo que flotaba en el ambiente y que parecía a punto de estallar en cualquier momento. Un

poco más adelante en el vagón una pandilla de jóvenes ruidosos armaba jaleo, y el hombre que se había sentado enfrente de él iba, a todas luces, drogado; era un tipo enorme y muy raro, bizco, que no paraba de morderse el labio inferior y de rascarse las muñecas. Debía de pesar más de ciento cincuenta kilos, y si a su rapada cabeza le daba por ahí, podría sin problemas dar una paliza a Kristoffer. Por mirarlo con chulería o algo. O porque se notaba que era del norte.

Pero entonces lo mato, al cabrón, pensó Kristoffer, y a punto estuvo de escapársele una risa desesperada de la garganta.

Consiguió reprimirla. Decidió hacer como si durmiera, así seguro que no se mosquearía nadie, ¿no? Cerró los ojos y apoyó la cabeza en la ventanilla. El tren frenó. Una voz metálica anunciaba que habían llegado a Skanstull. Cinco estaciones más, pensó Kristoffer. Las había memorizado: Gullmarsplan, Skärmarbrink, Blåsut, Sandsborg. Y luego Skogskyrkogården. Allí debía bajar. ¿Y si paseaba un rato por el cementerio que daba nombre a la estación? Era bastante grande por lo que había oído. Tal vez fuera una buena preparación para un asesino. E incluso podría hacer un disparo de prueba.

No, eso sería pasarse. No vas por ahí pegando tiros en un cementerio. Pero pasear un poco sí que estaría bien, para centrarse. Tendría que contentarse con eso. Un poco más tarde podría fumar unos cigarrillos y comprarse un perrito caliente y un batido de chocolate en algún sitio; tenía dinero de sobra. Para concentrarse bien. Intentar mantener el calor.

Y una vez que fueran las doce, pasaría por el túnel que hay debajo de la carretera de Nynäs, y desde ahí entraría en el barrio de Gamla Enskede y seguiría hasta la calle Musseronvägen. ¿Te parece un buen plan, Henrik?, le preguntó a su interior.

El tren volvió a frenar con ruidosos chirridos, y Henrik contestó que era un plan cojonudo.

No había horario de visita en la clínica Vassrogga. En realidad, las visitas no estaban ni siquiera recomendadas. Se consideraba que las visitas no previstas del mundo exterior podrían interferir en el tratamiento, pero en el caso de Benita Ormson se hacía una excepción. Benita Ormson no solo era una vieja amiga de Ebba Hermansson Grundt, sino también psiquiatra. Bien era cierto que con tendencias excesivamente próximas a los métodos cognitivos para los gustos del centro —se trataba de una psiquiatra bastante conocida—, pero, aun así, consideraron que no iba a influir de forma negativa en la paciente que se les permitiera reunirse una hora. Además, era viernes, y, al fin y al cabo, en una fase inicial del tratamiento se había previsto que la señora Hermansson Grundt pasara los fines de semana con su familia.

Benita Ormson le llevó dos regalos a su vieja amiga y compañera de estudios, y cuando las dejaron solas en la habitación los sacó. Uno era una bolsa de caramelos de la marca Marianne, y el otro una Biblia.

—No soy creyente —manifestó Ebba.

—Yo tampoco. Ni se me ocurriría. Pero la Biblia es otra cosa.

—Ya.

—¿Cómo estás? —quiso saber Benita Ormson—. De verdad.

—¿Qué quieres decir con «de verdad»?

—Quiero decir que entiendo que te gusta estar aquí, y que eres lo bastante inteligente como para buscarte motivos para quedarte.

Ebba permaneció callada un rato reflexionando.

—Un intelecto agudo es ciertamente un compañero sobrevalorado.

—Estoy de acuerdo —afirmó Benita Ormson—. El corazón tiene motivos que la razón no entiende.

—Eso dicen —contestó Ebba—. Pero creo que mi problema es que no veo ninguna razón, por pequeña que sea, para seguir viviendo.

—Entonces, ¿por qué lo haces?

—¿Seguir viviendo?

—Sí.

—Pues no lo sé, la verdad. Quizá pienso que es una especie de deber. Que debes continuar viviendo hasta el final ya que te han dado una vida.

Benita Ormson asintió con la cabeza.

—¿Y eso es algo que has comprendido después de que tu hijo desapareciera?

—Sí. Y entiendo que son cosas que por fuerza todo el mundo llegará a comprender en mayor o menor medida, y que la mayoría de la gente es capaz de asimilarlas y luego seguir. Pero en mi caso es imposible. La caída... Sí, creo que la caída fue demasiado brutal.

—¿Das por hecho que Henrik está muerto?

—Sí, creo que sí.

—¿Y por qué Henrik, precisamente, lo significaba todo para ti?

—Tampoco es algo que pueda controlar. ¿Puedo coger un caramelo?

—Adelante.

—Fíjate, creo que no he comido caramelos Marianne desde que estudiábamos.

—Yo tampoco. Pero ¿por qué justo Henrik? Cuando tenemos hijos, forma parte de las condiciones que ellos puedan morir antes que nosotros. No hay garantías, eso lo sabes tú igual de bien que todos los padres.

—Creo... creo que se me olvidó.

Benita Ormson se rio.

—Sí, querida Ebba, creo que se te olvidó. Y seguro que también habrás olvidado otras cosas por el camino. Pero, bueno, eso nos pasa a todos, y suele funcionar hasta los cuarenta años más o menos. Así que estás en buena compañía.

—No me apetece estar en esa compañía.

—Ya lo sé. No eres una persona sociable, Ebba, pero en determinadas situaciones no se puede salir adelante solo. Por eso te he traído la Biblia.

—Madre mía, Benita, pero si tú ya sabes que...

—Con alguien tienes que relacionarte, Ebba. Con alguien tienes que hablar. Llevas cuarenta años relacionándote contigo misma, y ahora te has cansado. Te toca elegir: otras personas o el Señor.

—Muchas gracias, pero no me interesa ese tipo de...

Benita Ormson levantó una mano y Ebba se interrumpió. Cogió otro caramelo mientras contemplaba a su amiga con ojos rebosantes de escepticismo. Transcurrieron unos segundos.

—Entiendo —repuso Benita—. Prefieres mantener cerradas todas las puertas. No dejar entrar a nadie, a mí tampoco. Es tu elección, Ebba, y se trata de ti y de nadie más. Yo no soy una persona religiosa en absoluto, ya lo sabes. Me parece que ni siquiera soy creyente. Pero en este libro hay diez mil años de experiencia humana reunida. No se trata de un texto propagandístico, es sabiduría. Lo que necesitas es consuelo. Necesitas esperanza y amor y una buena dosis de misericordia, no hay nada más que pueda ayudarte. Cualquier otra cosa carece de importancia, creo que eres lo bastante inteligente para comprenderlo. Pero sabiduría no tienes. Estás encogida, Ebba, has elegido encerrarte con Henrik en una habitación oscura y estrecha. Al menos asegúrate de que sea un poco más grande, deja entrar algo de luz. Pero, de nuevo, tú haz lo que quieras, y yo...

—¿Y tú?

—Yo no soy más que la mensajera. No dispares al mensajero, Ebba.

—Ya, ya. Ya lo sé.

—Vale, bien.

—La verdad es que están muy buenos, estos caramelos. Fíjate el tiempo que hace y siguen existiendo.

—Claro que siguen existiendo, Ebba.

Silencio. Un largo silencio. Un enfermero entreabre la puerta y enseguida la vuelve a cerrar, cuando ve a las dos mujeres cada una en un borde de la cama.

—¿En qué estás pensando, Ebba?

—Pienso en Kristoffer. Perdóname, Benita, creo que tengo que llamar a mi marido.

—Tú sabes mejor que nadie lo que tienes que hacer, Ebba. Hoy y todos los días.

—Gracias, Benita. Gracias por venir a verme, pero ahora debo hacer esa llamada.

—Claro, Ebba. Claro que sí. Te dejo con la Biblia y los caramelos, volveré otro día.

De alguna forma resistía.

Le sorprendía tener fuerzas. Le sorprendía resistir pese a los ataques más o menos insistentes de Jakob. Quizá era porque estaba sobria, tal vez fuera así de sencillo. Jakob tomaba una copa

tras otra de Laphroaig, y su voz resultaba cada vez más sonora, pero no perdía los estribos. Mantenía la calma, como una cobra que yacía bajo el sol esperando su momento. Ese es su problema, pensó ella, el problema de su vida. Que es capaz de ir acumulando más y más emociones hasta que se llena tanto que, de repente, explota.

Pero esos estallidos también eran fríos de alguna curiosa manera, pensó. Calculados. Nunca perdía los estribos del todo. Incluso cuando mató a Henrik, tenía control sobre lo que hacía.

Incluso entonces. Pensándolo bien, puede que eso fuera lo que más miedo daba.

El control. La calma inhumana.

—¿Qué te pareció? —dijo ahora.

—¿Quién?

—Ese madero. Cuando vino en enero.

Eran las 23.15. Estaban sentados en los sillones delante de la chimenea. Kelvin dormía en su cama desde hacía dos horas. Jakob encendió un puro delgado y negro. Barrinque, la única marca que fumaba. Se los encargaba a una pequeña tienda en Hornsgatan que los importaba en exclusiva para él.

—Apenas me acuerdo de él. Jakob, ¿no podemos hablar de otra cosa?

—¿De qué, por ejemplo?

—¿De Tailandia, quizá? Tendremos que ir al centro a comprar unas guías mañana, ¿no?

—Ya lo he hecho. He pasado por Hedengrens y he conseguido tres. Así que ese detalle ya está arreglado. Pero ¿qué te pareció?

—No me acuerdo, Jakob. Por Dios, si ya te he dicho que no me acuerdo de él. ¿Qué es lo que sospechas?

—¿Sospechar?

—Sí.

—¿Tengo motivos para sospechar algo?

—No, pero parece que lo hagas.

—Me cuesta creer en el azar, simplemente. En algunos casos.

—No entiendo.

—Creo que sí, que lo entiendes.

—No, Jakob, no lo entiendo. ¿Qué quieres que te diga? No tengo nada que ocultar.

Jakob tomó un trago del whisky y dio una calada al puro. Afilando los argumentos.

—Escúchame bien —dijo—. Ese madero llama a principios de semana preguntando por ti. Vive en Kymlinge, que está a cuatrocientos kilómetros. Tres días después, lo veo salir del Royal Viking justo a la hora a la que mi esposa afirma que está allí hablando con una amiga que no me suena de nada...

—¿A cuántas de mis amigas conoces, Jakob?

—A alguna que otra.

—No, no es cierto. ¿No podemos irnos ya a la cama? Estoy cansada.

—Me apetece quedarme un rato más hablando contigo, Kristina. Pero vale, prometo dejar esto. ¿Por qué no apagas la luz y nos sentamos en el sofá? ¿Y si ponemos un poco de Coltrane?

Empieza a ponerse cachondo, pensó ella. Ahora la voz había ganado aún más sonoridad. Pero igual eso era bueno. Suspiró. Silenciosa y cuidadosamente. Quedaban dos días, quizá lo lograría.

El inspector Barbarotti volvió al hotel a las 23.00 horas. Aunque se había tomado dos copas de vino y un coñac, tenía frío. En Estocolmo hacía un frío que calaba los huesos. Un viento del norte barría las calles y levantaba remolinos de aquella nieve que los hilos radiantes que había bajo el pavimento aún no habían derretido. Menos mal que no vivo aquí. ¿Cómo lo hacen los sintecho? Deben de morirse de frío todas las noches.

Una vez en la habitación llamó a Marianne. El tiempo en Helsingborg no era mucho mejor, dijo. Tres grados, lluvia y un fuerte viento del oeste.

No me iría mal un hombre y una copa de tinto para entrar en calor, añadió.

Gunnar Barbarotti preguntó si no habría por casualidad un tren nocturno de Escania hasta Estocolmo dentro de media hora o así. Estaba dispuesto a ir a buscarla a la estación central mañana por la mañana, y tenía la habitación de hotel reservada otra noche más.

—Pero ¿no estabas trabajando? —dijo Marianne.

—No todo el tiempo —contestó él.

—Me temo que mis hijos me necesitan todo el fin de semana. ¿Qué te parece si la próxima vez somos un poco más previsores?

Gunnar prometió mejorar ese aspecto en el futuro, y luego se arrullaron tonterías durante un rato antes de colgar.

¿Trabajando?, pensó, y se acercó a la ventana y miró hacia la estación central y las vías del tren. Sí, esa era la idea. En un principio. Pero las cosas se habían torcido.

¿O no? ¿Y si no era más que su habitual tristeza nocturna jugándole una mala pasada? ¿Qué esperaba en verdad de la conversación con Kristina Hermansson? ¿Que sufriera una crisis nerviosa y empezara a confesar algo, Dios sabe qué?

Pues no. Pero, en realidad, pensó con una repentina e inesperada oleada de optimismo mientras desenroscaba la chapa de la pequeña botella de vino del minibar, ¿no se habían visto confirmadas sus sospechas? Al fin y al cabo, sin duda estaba ocultando bastantes cosas cuando charlaron en el vestíbulo del Royal Viking.

¿No? ¿Y no era justo eso lo que pretendía confirmar? Que algo olía a chamusquina en esa pareja idílica de Gamla Enskede. Había algo que no encajaba y que él no podía dejar estar, ahora que había llegado hasta aquí.

Bebió un trago de la botella de plástico y tiró el resto por el lavabo del baño. Menudo matarratas, pensó. Y por esto me van a cobrar sesenta y cinco coronas cuando me vaya de aquí.

Pero ¿Jakob Willnius, entonces? ¿No sería mejor coger el toro por los cuernos?

Se quitó la ropa y se puso bajo la ducha. Abrió el agua caliente y decidió quedarse allí hasta tomar una decisión.

Le llevó veinte minutos, y cuando al final se metió entre las sábanas no estaba para nada seguro de que fuera la decisión correcta, pero al menos la había tomado, por lo que se sentía algo más animado que hacía una hora, cuando caminaba tratando de resistir el viento cortante por las calles y plazas de la capital. Eso era un hecho.

Capítulo 42

Kristoffer Grundt tenía frío.

Eran las 00.20. Por fin. Pasó despacio por delante de la casa de Musseronvägen, 5, por segunda vez; hacía un cuarto de hora que había pasado en la dirección contraria. Las luces estaban apagadas en todas las ventanas, solo quedaba encendido el farolillo de encima de la puerta, que desprendía una luz roja amarillenta. Igual que hacía un cuarto de hora. Dormían; a juzgar por las apariencias, Kristina y Jakob dormían, al igual que todos sus vecinos. Kristoffer era consciente de que ese no era un barrio en el que la gente saliera de juerga hasta bien entrada la madrugada. Bastante parecido, de hecho, a su propio barrio en Sundsvall. Si alguna vez llegaba a casa después de medianoche, no había luz en ninguna casa. Ni una señal de vida a la vista.

En su deambular por el cementerio y por las calles al otro lado de la carretera de Nynäs, le había dado por pensar que a lo mejor no era capaz de encontrar la casa en Musseronvägen; pero una vez que la vio, supo enseguida que era esa. Se dio cuenta de que no eran más que los típicos miedos que la oscuridad y el frío sembraban en su cabeza. Ya ves, pensó, imagínate entrar en otra casa y matar al tío equivocado.

Vamos, que no cabía duda. Reconoció bastantes cosas. El sendero que conducía a la pequeña escalera, donde Henrik y él habían jugado con un balón hacía ya dos años y medio. El pequeño cenador, ahora cubierto de nieve, en el jardín. La terraza donde habían tomado zumo y bollos. Que sí, que sin lugar a dudas era ahí donde vivían la tía Kristina y su marido, al que iba a matar. Pasó por delante de la casa y continuó andando, y notó que la mera idea le provocaba una especie de sofoco.

La idea de matar. Curioso, pero así era. Quizá la sangre empezaba a moverse más rápido por las venas cuando pensabas en ciertas cosas. Y no solo en chicas.

Por lo demás, había pasado mucho frío. Se había comprado un perrito caliente y una taza de café en un puesto de salchichas hacía una hora más o menos, pero eso era todo lo que había cenado. Aunque era cierto que entrabas un poco en calor al moverte, duraba poco rato.

Y todavía era pronto para pasar a la acción. Decidió dar otra vuelta por el barrio y, si todo parecía tranquilo cuando volviera a la casa, entraría.

¿Vale, hermano?, preguntó.

Vale, contestó Henrik.

Cinco minutos para la una. No se había cruzado con nadie. La casa seguía tan a oscuras como hacía media hora. Por alguna razón, ya no tenía tanto frío; tal vez fuera la tensión, como pensaba.

Bien, se dijo. Vamos, ahora o nunca. Miró a su alrededor antes de abrirse paso por el seto hasta el jardín. Se había decidido por las puertas de la terraza. No tenía sentido trepar por la ventana si se podía entrar andando sin siquiera agacharse. Quizá las puertas se abrieran si las empujabas con el hombro, sin más; en su casa en Sundsvall se podía.

Cruzó el jardín con pasos pesados, pues había una capa de nieve de al menos medio metro. En la calle ya se había derretido la mayor parte, o la habían quitado con las máquinas quitanieves. Llegó a la terraza. Constató que se trataba de una puerta de dos hojas, tal y como la recordaba. Se acercó con sigilo. La terraza tenía el suelo de madera y, como estaba debajo del tejado, ahí no había nieve. Chirriaba, pero solo un poco. Tranquilidad, pensó Kristoffer. Entornó los ojos y miró por el cristal de la ventana, pero casi no pudo ver nada dentro. Las puertas no tenían manijas por fuera, pero le dio la impresión de que se abrían hacia dentro. Permaneció inmóvil unos cinco segundos, y luego probó a dar un medido empujón con el hombro.

No pasó nada. Se hizo una visera con las manos, se inclinó hacia delante e intentó distinguir cómo eran los pomos por dentro. Por lo que pudo ver, había una manilla normal en una de las puertas. Dio otro empujón, un poco más fuerte. Le pareció que se movía un poco. Pero probablemente haría falta un golpe muy fuerte para que la madera acabara cediendo.

Y produciría bastante ruido. Decidió apostar por la otra alternativa. Abrir un agujero con la culata de la pistola para acto seguido quitar tanto cristal como resultara necesario. No estaba del todo seguro de que fuera a funcionar, pero había visto cómo lo resolvían sin la menor dificultad en una película hacía un par de meses. Lo importante era que no cayeran al suelo trozos de cristal grandes, pues en ese caso harían un ruido del copón.

Pero un único y breve chasquido no despertaría a nadie. No si dormías en la planta de arriba. Y si, por casualidad, te despertaras un instante, te preguntarías qué había sido eso y decidirías que un gato o algo así para a continuación volver a dormirte. Es decir, era importante dejar pasar un rato antes de empezar a quitar trozos de cristal para agrandar el agujero. Y era importante no hacer más ruido.

Sacó la pistola del bolsillo. Contó hasta cinco y dio un golpe. Se oyó un tintineo cuando los añicos cayeron al suelo. Se agachó apoyando una rodilla en el suelo y se pegó a la pared, para que no lo vieran si alguien encendía la luz. Tenía el arma en ristre; si Jakob Willnius abría las puertas y salía a la terraza, le dispararía enseguida.

No se oía nada dentro. No se encendía ninguna luz. Esperó dos minutos antes de levantarse y mirar de nuevo. Echó un vistazo al agujero: era lo bastante amplio para meter la mano por él, pero entonces descubrió que la ventana tenía doble cristal, y que, en otras palabras, iba a tener que abrir otro agujero más.

¡Joder, qué idiota soy!, pensó Kristoffer irritado. ¿Cómo no iba a haber doble cristal? Aquella

película que había visto debía de desarrollarse en un país con un clima más suave.

Pero en el interior de la casa reinaba un silencio sepulcral, y al cabo de unos segundos ya había quitado casi todo el cristal exterior sin dejar caer ni un solo trozo. Funcionó. Hora de dar un nuevo golpe, pensó. Levantó la pistola y asestó un culatazo.

Casi en el mismo instante en que los trozos de cristal cayeron al suelo por dentro, se encendió la luz. Jakob Willnius apareció en la puerta del recibidor, desnudo, mirándolo. Kristoffer dudó medio segundo antes de lanzarse hacia las puertas con el hombro izquierdo. Oyó cómo la madera se rompía al tiempo que los trozos de cristal se arremolinaban a su alrededor. Entró en el salón y se detuvo en seco; Jakob no se movía. Kristoffer vio que llevaba algo en la mano. Un atizador. Sintió el burbujeo de un triunfo salvaje subirle a la cabeza, al mismo tiempo que vio a Kristina aparecer por detrás de su marido. No estaba desnuda, sino envuelta en una toalla roja, y también llevaba algo en la mano, no logró distinguir qué.

¡Pero un atizador contra una pistola! ¡Era ridículo! Kristoffer levantó el arma. Kristina pegó un grito y Jakob se movió al fin; alzó los brazos —sin dejar de agarrar fuerte el atizador— en un gesto ridículo, que probablemente significaba que se rendía. Kristoffer se rio. Apuntó al pecho de Jakob y apretó el gatillo.

La pistola hizo clic.

Volvió a apretar el gatillo.

Otro clic. Jakob bajó los brazos y dio un paso hacia delante.

La tercera vez ni siquiera se oyó un clic. Se había encasquillado. Kristoffer se quedó mirando la pistola —y la mano que sostenía el arma— y a su tía Kristina, que estaba allí con la toalla envuelta alrededor de su abultada barriga, llevaba algo en la mano y parecía aterrada, y de repente oyó que alguien gritaba.

El grito salía de él mismo. No sonaba humano. Jakob Willnius se acercaba y ahora se encontraba a un solo metro de distancia.

Capítulo 43

El móvil sonó mientras desayunaba.

Era Eva Backman.

—¿Dónde estás? —quiso saber—. ¿Al final has ido a Estocolmo o qué?

Dudó un instante antes de admitir que la suposición era acertada.

—Bien —dijo Eva—. Bueno, después de todo puede que tuvieras razón.

—¿Qué quieres decir?

—He hablado con Sorgsen a primera hora. Bueno, me ha llamado él, vaya. Al parecer ha intentado contactar contigo, pero no le has cogido el teléfono.

Gunnar Barbarotti se dio cuenta de que había visto una notificación de un mensaje nuevo en la pantalla del móvil al contestar la llamada.

—Me habrá pillado en la ducha —dijo.

—Ya. Bueno, en cualquier caso, un tal Olle Rimborg ha llamado aquí a comisaría hará una hora más o menos.

Echó un vistazo al reloj. Eran las 09.45.

—¿Olle Rimborg?

—Sí. ¿No sabes quién es?

—Ni idea —respondió Barbarotti.

La inspectora Backman carraspeó.

—Es, entre otras cosas, el conserje de noche del hotel Kymlinge. Lleva tiempo pensando en llamar a la policía. Y al parecer lo hizo ya una vez, pero la llamada se perdió, lo cual es una putada, claro, pero eso ya lo comentaremos luego.

—¿Qué quería? —preguntó él—. Hay un huevo delante de mí que se va a enfriar.

—¿Cocido?

—Sí, cocido. Al grano, señora Backman, por favor.

—Los huevos cocidos no hay que comerlos calientes. Pero eso quizá también lo podamos comentar en otra ocasión. El caso es que el tal Olle Rimborg trabajó la noche en la que Henrik Grundt desapareció. La noche entre el veinte y el veintiuno de diciembre...

—Sé a la perfección cuándo desapareció Henrik Grundt.

—Bien. Olle Rimborg estaba en la recepción aquella noche, y lo que dice es que Jakob Willnius volvió al hotel a las tres de la madrugada.

—¿Qué?

—Repito. Olle Rimborg, conserje de noche en el hotel Kymlinge, ha afirmado hace un rato, en una conversación con el inspector de policía Gerald Borgsen, que Jakob Willnius, tras haber partido a Estocolmo poco antes de medianoche, volvió al hotel unas tres horas más tarde... aquella misma noche.

—¿Qué coño estás diciendo?

—Exacto. ¿Qué coño estoy diciendo? O, más bien, ¿qué coño está diciendo Olle Rimborg?

Gunnar Barbarotti permaneció callado durante cinco segundos.

—No tiene por qué significar nada —indicó a continuación.

—Eso lo tengo clarísimo —replicó ella—. Pero en el extraño caso de que signifique algo, ¿qué es lo que significa entonces? Esa es la pregunta que te he hecho.

—Gracias. La he oído. Y después... ¿después regresaron los dos a Estocolmo por la mañana, temprano?

—Los tres. Al inspector se le olvida el pequeño Kelvin. Pero sí, dejaron el hotel a las ocho menos cuarto, es correcto.

El inspector Barbarotti se quedó mirando su huevo. Ojalá tuviera veinte centilitros menos de vino tinto en la sangre, pensó. ¿Adónde nos lleva esto?

—¿Adónde nos lleva esto? —preguntó—. ¿Cuánto tiempo has tenido para pensar?

—Un cuarto de hora —respondió Eva Backman—. Un cuarto de hora largo. Pero aún no he terminado con mi análisis.

—¿Ha dicho algo más ese Olle Rimborg?

—No mucho más, por lo visto.

—¿Pero no has hablado con él?

—No. Solo con Sorgsen.

—Entonces, para empezar, ¿por qué nos ha llamado? ¿Es que Jakob Willnius se comportó de forma extraña esa noche?

Eva pensó un instante antes de contestar.

—Creo que no.

—¿«Crees» que no?

—Eso es. Pero el mero hecho de que se vaya a las doce y luego vuelva a las tres para marcharse de nuevo antes de las ocho de la mañana la misma noche en la que desaparece el sobrino de su mujer... Bueno, creo que yo también habría hecho esa llamada. Aunque un poco antes, desde luego. En cualquier caso, pienso que ha sido un momento muy oportuno, ya que estás tú ahora en Estocolmo y eso... Aunque puede que ya hayas hablado con el señor productor Willnius.

—Solo con su mujer —admitió Gunnar.

—Ah, ¿sí? Pues entonces a lo mejor deberías hablar también con él. Quizá haya algo en lo que dijo esa exesposa suya, después de todo.

—Esta tarde voy a por él. Puedes estar segura de eso. ¿Tienes algún número de teléfono del

tal Rimborg?

Se lo dio y colgaron.

Es muy raro, pensó mientras decapitaba su huevo cocido ya medio tibio. Y eso que ya había decidido hablar con él. Pero, como habían dicho, ¿qué coño significaba eso?

¿Qué?

A Leif Grundt se le notaba muy alterado.

—¿Qué quieres decir con que no sabes dónde está? —gritó al teléfono.

—Bueno, estará en el tren —respondió Berit Spak—. Cálmate. O tal vez esté todavía durmiendo en casa de ese amigo suyo. Son solo las diez.

—Y cuarto —corrigió Leif—. Al menos aquí en Sundsvall. ¿Tienes el teléfono de ese amigo?

—No, lo siento. Pero era un compañero de Konsum. Oskar, creo que se llamaba.

—¡Crees que se llamaba Oskar! Pero ¿tú estás bien de la cabeza, Berit? Joder, al menos tienes que saber con quién pasaba la noche. Llevo más de una hora intentando localizarlo en el móvil...

—Se le habrá acabado la batería. ¿Por qué te pones así, Leif? Si tanto miedo te da que le pase algo, lo mejor será que no lo dejes salir nunca de Sundsvall. Kristoffer tiene quince años y me pidió permiso para pasar la última noche en casa de un amigo en Uppsala. Tampoco es para ponerse así.

—A mí no me ha contado nada de esos planes.

—¿No? Bueno, pues ese es tu problema, no el mío.

—Gracias. ¿No entiendes que me preocupo por él? Lo único que quiero saber es a qué hora llega esta tarde para ir a recogerlo a la estación.

—Seguramente ya estará en el tren. Como te he dicho. Ya sabes lo difícil que es llamar desde los trenes. Por cierto, ¿cómo está Ebba?

Leif Grundt le contó que Ebba seguía más o menos igual que antes, y colgó. Después se levantó de la silla del escritorio, pero se quedó ahí de pie, quieto. ¿Era verdad?, pensó. ¿Seguía Ebba igual que antes?

Buena pregunta. Otra más.

¿Acaso algo seguía como antes?

De todos modos, era gracias a Ebba que había llamado a Berit para preguntar por Kristoffer, y también sabía que la irritación que sentía era sobre todo hacia él mismo. Lo sabía muy bien, tal y como Berit le había explicado.

Porque, para ser exactos, las circunstancias no eran como se las había presentado a su prima, sino al revés. No se había preocupado por Kristoffer, ese era el problema. Ya no le quedaban fuerzas para preocuparse por nada. El deber de aguantar había empezado a escurrirse de él como

el agua al descongelar un pavo. Así, sin más. Sentía que todo se derrumbaba; de repente, era como si ya no le resultara posible mantenerse de una pieza, hacer que los pensamientos fluyeran por derroteros normales, terminar quehaceres de lo más cotidianos... Continuar viviendo en esta desgastadora e insoportable normalidad. Al menos no con un hijo desaparecido y una mujer que se adentraba en la oscuridad.

Pero, de pronto, anoche, esa oscura mujer lo había llamado diciéndole que estaba preocupada por Kristoffer y que quería hablar con él. Leif le había explicado que se encontraba en Uppsala haciendo una semana de prácticas, y Ebba le había pedido que se asegurase de que el chico regresara a casa cuanto antes. Había discutido un buen rato con ella para al final acabar medio prometiéndole que..., bueno, no sabía muy bien qué. Que llamaría a Kristoffer y hablaría con él. Para ver un poco cómo andaba.

Y eso era lo que había intentado hacer durante el resto de la noche. A intervalos regulares, pero sin resultado. Además, había telefoneado repetidas veces a Berit, tanto al fijo como al móvil, pero sin obtener respuesta allí tampoco.

Esto último se debía a que Berit e Ingegerd habían ido a cenar a casa de una vecina y no habían vuelto a casa hasta después de las doce.

¿El móvil? ¿Y qué pintaba el móvil en una cena en casa de una vecina? Ingegerd había estado a su lado toda la noche.

Leif no había dormido bien. Se quedó en el despacho un rato más, mientras contemplaba su imagen en el espejo. Tengo cuarenta y dos años, pensó. Este tipo gordo de cara gris y enfermiza parece tener al menos cincuenta y dos.

Se encogió de hombros y marcó el número de Kristoffer.

Sin respuesta.

Gunnar Barbarotti decidió no utilizar el teléfono.

Al menos si había alguna manera de evitarlo. También decidió no contactar con los colegas del distrito de Estocolmo. Sin duda andarían ya de cabeza con lo suyo, así que aparecer de repente como un policía paleto de provincias a pedirles ayuda en un caso como este no le resultaba demasiado tentador.

Pero llamó a Eva Backman y le explicó lo que pensaba hacer.

Ir a Gamla Enskede. Llegar a Musseronvägen, llamar a la puerta del número 5 y pedirles que respondieran a un par de preguntas. Sencillamente.

Y esperar que Jakob Willnius estuviera en casa. Era sábado.

—Un plan brillante —dijo Eva—. ¿Estás seguro de que ella no le ha hablado de vuestro encuentro?

—Bastante seguro —respondió él—. ¿Puedes procurar estar localizable por si necesito buenos consejos?

Backman se lo prometió. No tenía nada especial que hacer, pues era sábado. Al menos tres partidos de hockey sala formaban parte del orden del día, pero había decidido quedarse en casa. Los cuatro hombres de la familia ya estaban en el recibidor a punto de salir.

—Bien —concluyó Barbarotti—. Tengo el presentimiento de que estamos cerca.

—Ten cuidado —le pidió la inspectora Backman.

Cogió el metro hasta Gamla Enskede. Bajó en la estación de Skogskyrkogården, pasó por el túnel bajo la carretera de Nynäs y llegó a Musseronvägen sobre las doce y media. Se quedó un rato en la acera contemplando el bonito y antiguo chalé de madera con sus mansardas, mientras intentaba controlar el creciente nerviosismo que había empezado a experimentar. Las temperaturas habían subido un poco y ya no se veía nieve en la calle, aunque en el jardín aún había, tanto en los árboles como en el suelo. No se advertía ningún movimiento dentro de la casa; no había coches en la rampa al garaje. ¿Quizá estaban haciendo la compra? Aprovisionándose de comida, vino y otras vituallas para la noche. En algún mercado exclusivo como el de Östermalmshallen, por ejemplo. Se acordó de que la última vez que había estado en el barrio le había invadido una cierta conciencia de clase; pero también le había dado la impresión de que Kristina Hermansson no pertenecía aquí.

Accedió por la verja, subió los tres peldaños de la escalera y tocó el timbre.

Esperó treinta segundos y lo intentó de nuevo.

Ninguna respuesta. Soy idiota, pensó. ¿Cómo van a estar en casa? Todo el mundo sabe que la gente hace la compra los sábados a mediodía.

Salió a la calle. Plan B, decidió. Almorzar algo, y luego volver a intentarlo.

Y si el plan B no funcionaba tampoco, siempre quedaba el plan C. El teléfono. A pesar de todo. Tenía el número fijo y el número del trabajo de Jakob Willnius. Tenía su móvil y también el de su mujer.

Pero, en fin, eso era el plan C. Había una clara ventaja en enfrentarse a Jakob Willnius cara a cara. Esa era la idea principal. Hacer las preguntas y observar su reacción. Sin darle la posibilidad de prepararse antes.

Sin duda sería una ventaja. El teléfono tenía aspectos positivos, pero también negativos, pensó el inspector Barbarotti. No veías a la persona con la que hablabas. Al menos eso aún no constituía la norma, lo cual era de agradecer, pues cabía esperar que la mayoría de las llamadas que se realizaban no tuvieran el cariz que preveía que tendría la de Jakob Willnius. Lo preveía y lo esperaba. Manteniendo el semblante serio asintió con la cabeza antes de regresar caminando a la pequeña plaza cerca de la carretera de Nynäs, donde según todas las normas comúnmente establecidas debería haber un restaurante.

Se llamaba El Farol Rojo. Pasó una hora escasa allí en compañía de un plato de *pyttipanna*, remolachas recién cocidas y una cerveza sin alcohol, seguido de café y un pegajoso *biskvi* de almendras. Eva Backman llamó una vez para preguntarle cómo iba. Contestó que solo era cuestión de tiempo.

Eran las 13.55 cuando por segunda vez llamaba al timbre de la puerta en Musseronvägen, 5. En el tercer intento ya eran las 15.30, caía la noche y con ella una lluvia que azotaba en diagonal.

¿Qué estoy haciendo?, pensó el inspector Gunnar Barbarotti cuando, desanimado, se dirigió de vuelta a la estación de metro. ¿Por qué no llevo al menos un paraguas?

Cuarenta y cinco minutos más tarde entraba en su habitación del hotel Terminus para poner en marcha el plan C.

—¡Vaya!, ¿tan mal ha ido? —lamentó la inspectora Backman.

Eran las 19.30. Gunnar Barbarotti se hallaba hundido en el único sillón de la habitación, mirando con ojos sombríos a sus pantalones. Había dos manchas de remolacha, una en cada pernera. El único resultado de esa jornada laboral, podría decirse.

—Sí —respondió—. Así de mal.

—Suenas cansado.

—Seguramente porque lo estoy.

—Mierdas que pasan. Se habrán ido a dar una vuelta en su barco de vela, o algo así.

—¿En diciembre? ¿Estás loca?

—Solo intento consolar a un compañero, pero veo que es poco agradecido. Nos pondremos con ese tío cuando aparezca. Al fin y al cabo, no hay ninguna ley que te obligue a coger el teléfono ni a estar en casa.

—Gracias, eso ya lo sé —repuso Gunnar—. Lo único que digo es que esto es como una maldición. Además, la gente siempre suele contestar el móvil. Al menos la gente a la que yo llamo.

—¿Has dejado algún mensaje?

—Claro que no. No quiero ponerle sobre aviso.

—Pareces bastante seguro de que está implicado de alguna manera.

—¿Sí?

—La verdad es que sí.

—Vaya. No, no estoy para nada seguro de que esté implicado, pero de lo que sí estoy seguro es de las ganas que tengo de poder hablar con él, joder. Aunque, como ha pasado casi un año, quizá no debería tener tanta prisa.

—Eso es justo lo que estoy intentando explicarte —dijo ella—. Tranquilízate. Sal a tomarte una cerveza, llama a Maria o lo que sea.

—Marianne.

—¿Cómo?

—Marianne. Se llama Marianne.

—Vale. Pues pégale un telefonazo y habla un poco de amor, y olvídate de ese turbio productor televisivo. No merece nuestra atención. Seguiremos el lunes cuando hayas vuelto.

Gunnar Barbarotti suspiró.

—Eres un bálsamo para el alma, que lo sepas, señora Backman.

—Eso también lo dice mi marido —comentó Eva—. En sus momentos más iluminados. Un beso y pásalo bien.

Me da pereza salir, pensó cuando la voz de su colega se hubo desvanecido del todo. Sobre todo con este tiempo de mierda. Intentó ver algo por la ventana, pero no se podía discernir gran cosa. Continuaba lloviendo. El viento lanzaba la lluvia en cascadas contra la ventana; lo de ahí fuera parecía un acuario en plena tempestad. La estación central probablemente seguiría en su sitio. El ayuntamiento también. No le daba demasiada importancia a las vistas. El desánimo se instalaba en él como un viejo ardor de estómago. ¿Qué coño me creía?, pensó. ¿Por qué he venido aquí?

De todos modos, menos mal que no había pedido asistencia a la policía de Estocolmo. Algo es algo. Se habrían partido de risa.

Decidió prestar atención a sus voces interiores y a los dioses del tiempo y quedarse en su habitación. Hojeó un rato el catálogo de información que había encima del minúsculo escritorio, luego llamó a recepción y pidió que le subieran una ensalada César y una cerveza negra.

Le había dado tiempo a ver las noticias y dos tercios de una vieja película estadounidense de gánsteres cuando sonó el teléfono.

¿Marianne?, pensó esperanzado antes de apagar el sonido de la tele.

Pero no era Marianne. Era Leif Grundt, que lo llamaba desde Sundsvall.

Capítulo 44

Apagó la luz y cerró los ojos.

Oscuridad doble, pensó. Justo lo que necesito. Lo que me merezco.

Y de repente percibió la desconocida habitación como un abrazo. Un capullo o un útero donde podía descansar lejos de cualquier peligro. Escondida. A salvo. Así era, la verdad. Aguzó el oído: los únicos sonidos que podían apreciarse eran un débil zumbido del sistema de ventilación y las respiraciones casi más débiles aún de Kelvin.

Mi pobre niño durmiente, pensó. Con delicadeza pasó la mano por su tensa barriga y reformuló la frase: *mis pobres niños durmientes.*

¿Qué va a ser de vosotros?

Lo que le sucediera a ella carecía de importancia; ahí, al amparo de la cápsula anónima del hotel, le resultaba más que evidente que se trataba sobre todo de ellos. De Kelvin y del no nacido. Era a ellos a los que tenía que llevar a un sitio seguro. A los inocentes.

¿Un sitio seguro?, pensó. ¿Qué tipo de seguridad? ¿Qué son esas soluciones de mentira que fabrica mi conciencia? ¿Qué son esas quimeras de la imaginación?

Y, aun así, *¿los inocentes?* Bueno, así lo sentía. Era una idea correcta, era a ellos a los que debía proteger. Porque, si no, ¿por qué seguir viviendo? ¿Por qué molestarse en luchar un solo segundo más?

Pero ¿cómo voy a tener fuerzas?, pensó. ¿De dónde demonios voy a sacar fuerzas para aguantar?

Y de nuevo deseó que fuera posible simplemente apagarlo todo. Ponerle fin a todo. ¿No sería la alternativa más feliz, incluso para los inocentes? La nada definitiva. Se quedó tumbada un rato más escuchando el zumbido de la ventilación y la respiración de Kelvin. Si el universo va a colapsar, que sea ahora, pensó. Ahora.

Pero no ocurrió nada. Abrió los ojos y giró la cabeza. Los pequeños números rojos en el televisor cambiaron de 23.59 a 00.00. Medianoche, pensó. ¿Puede ser más medianoche en la vida que esto?

Probablemente no. Esperaba que no.

Aun así, aquí estaba ella. Había conseguido llegar hasta aquí. Era un hecho que no podía ignorar. Estaban aquí. Ahora mismo. Cuando reflexionaba sobre las últimas veinticuatro horas, le resultaba casi imposible comprenderlo. Se hallaba aquí tumbada con sus niños en el ilusorio útero de la noche, y el juego aún estaba en sus manos. ¿No era así?

Claro que sí. Todo era posible todavía. Las maletas al lado de la puerta esperaban listas, no se había molestado en deshacerlas. En el bolso en bandolera llevaba una muda para ella y Kelvin. Billetes, pasaporte y dinero.

Un neceser y el libro de Robert. Era todo lo que necesitaba. Y el coraje de seguir adelante un poco más. Prolonga este rato, pensó. Deja que nos quedemos aquí mucho tiempo, deja que estas horas pasen despacio; necesito tiempo para reunir fuerzas para el día de mañana. Dormir y dormir más.

Aun así, sentía que el descanso no le sería concedido. Todo su cuerpo era una bomba de nervios que hacía tictac; pensar que iba a poder dormir en ese estado no era, sin duda, más que una vana ilusión.

Se levantó y se acercó sin hacer ruido al escritorio y encendió la lámpara. Kelvin no reaccionó. Kelvin casi nunca reaccionaba por nada, y en estos momentos ella lo agradecía.

Sacó el manuscrito de Robert de su bolso. Robert, hermano mío, pensó, ojalá fuéramos pequeños de nuevo y estuvieras conmigo ahora. Todo podría haber sido tan diferente... Debería haber sido muy diferente. La idea no era que las cosas salieran así para nosotros.

Con la vida y todo eso. Tú perdiste la tuya porque dejaste a una chica cuando eras joven, un momento irreflexivo. Al cabo de muchos años ella volvió y te mató. Si es que de verdad había sucedido como la policía le había contado.

Acción y consecuencia, en cualquier caso. Causa y efecto. Kristina aún estaba viva, por el momento, y las consecuencias que acarrearía su propia irreflexión eran incalculables. Pero pintaba mal, muy muy mal.

Quédate conmigo esta noche, Robert, por favor, pidió. Ayúdame a pasar estas horas y dame unas palabras de ánimo. Robert, hermano.

Para su sorpresa se dio cuenta de que tenía las manos entrelazadas y murmuraba.

Pero no se oían respuestas, ni en su interior ni afuera en la noche. Se inclinó hacia el estrecho haz de luz, abrió la pila de hojas del manuscrito al azar y empezó a leer.

Porque pasa con la vida como con nuestra lengua, había escrito. *En la infancia nos encanta lo dulce, pero es a lo amargo a lo que debemos dar la bienvenida. Si no, nunca seremos seres completos y nuestras papilas gustativas seguirán sin desarrollarse.*

Se reclinó en la silla para reflexionar un instante. Qué palabras más raras; jamás le había oído hablar así. Y el título: ¿por qué se llamaba *Hombre sin perro*? Había leído algo más de cien páginas y todavía no había aparecido ningún perro. ¿Aunque quizá precisamente esa era la intención? Que nunca apareciera un perro. Pasó la página.

Maria y John (por lo visto se trataba de una especie de protagonistas del libro, había leído sobre ellos antes) *decidieron no hablarse durante un año entero, y fue así como rompieron el caparazón de su desesperanza. El habla humana es el más imperfecto de todos los instrumentos del alma, es una puta y un usurero y un farsante. John la contemplaba en silencio por la espalda, y a su esposa no le llevó muchos meses aprender a sentir esa mirada*.

Aún más extraño. Robert, mi pobre hermano, pensó. ¿Qué es lo que en realidad has vivido? Si volviéramos a ser niños, ahora, en esta noche, ¿podríamos encontrar otros caminos?

Sacudió la cabeza. Sus propias palabras también le resultaban extrañas. ¿Como putas y farsantes? Sí, tal vez. Los pensamientos se movían como desorientadas serpientes dentro de ella, y el bebé le dio una patada.

Voy a tener que entregarlos, se le ocurrió de repente. Así será. Van a quitarme a mis niños.

Si no los escondo en un país extranjero, lejos.

El pánico empezó a bailar en su interior de nuevo. ¿Cómo voy a pasar esta noche?, pensó. ¿Se supone que debo quedarme aquí sentada en vela hasta el amanecer? ¿Por qué no me he traído al menos una pastilla para dormir en el neceser?

Por cierto, ¿amanecer? No sería cuestión de ningún amanecer. El avión despegaría a las 07.30, sería una noche de invierno oscuro como el carbón hasta que se elevaran por encima de las nubes. Facturación a las 06.00, como muy tarde. Continuó leyendo:

Cuando John era pequeño pensó durante mucho tiempo que se habían equivocado con él. Que había sido sustituido de alguna manera, que su madre no era su madre y que su padre no era su padre. Que se trataba de una confusión en el hospital y un día ese error se descubriría, y entonces John sería devuelto al lugar al que en verdad pertenecía, un lugar oscuro y húmedo poblado de seres con pieles largas y cuernos pero con rostros bastante similares a los humanos. Y podían hablar la lengua de los hombres. John soñaba con ellos a menudo y los quería. Un día le preguntó a su madre cuándo irían por fin a buscarlo. Sí, se lo preguntó a su madre, pero su padre estaba presente y fue él quien le propinó la bofetada. El escozor le duró mucho tiempo, todavía en la edad adulta podía experimentar de vez en cuando débiles reminiscencias del golpe en la mejilla, sobre todo durante los días más oscuros y húmedos.

Apartó los papeles, sintió que era demasiado. Las palabras de Robert no la ayudaban. Al contrario, parecían provocarle una sensación de ahogo. Algo claustrofóbico, como un..., sí, como un útero dentro de otro útero. Una oscuridad en la oscuridad.

Echó un vistazo al televisor. Las cifras digitales la informaron de que el mundo real había avanzado hasta las 00.32. Ahora al menos notaba que le escocían un poco los ojos del cansancio. Comprobó en el móvil que había puesto el despertador a las 05.00, acto seguido apagó la luz y volvió a la cama. Con mucho cuidado puso una mano en el pecho de Kelvin.

Dios, concédeme un poco de descanso, pidió. Déjame soñar con mi hermano. Déjame quedarme aquí tumbada en mi capullo con mis niños y soñar con Robert durante cien años. Pero no con sus palabras.

Quizá soñar con Henrik también. Un sueño bueno con Henrik.

Guardaba pocas esperanzas de que su plegaria fuera concedida, pero, aun así, diez minutos más tarde se durmió.

Gunnar Barbarotti se echó al coleto otro trago de café tibio mientras miraba fijamente a su compañero.

Se llamaba Hellgren, o tal vez Hellberg, no se acordaba; pero tenía un ojo azul y otro marrón, lo cual hacía que Barbarotti fuera capaz de identificarlo entre cincuenta mil policías. Si por alguna razón hubiera necesidad de ello.

En ese instante no se le antojaba necesario en absoluto. Eran las 02.55 de la madrugada, en la jefatura de policía de Estocolmo, en Kungsholmen, y había que separar el grano de la paja.

—¿Qué coño quieres decir? —preguntó.

—Lo que quiero decir —contestó Hellgrenberg o como se llamara— es que tiene un billete para Bangkok mañana.

—¿Bangkok? ¡Joder! O sea, ¿estás diciendo que...?

—¿Tú qué crees? —replicó Hellgrenberg antes de bostezar.

—O sea, ¿el niño y ella?

—No. El marido y ella.

—¿A qué hora?

—A las once de la noche.

—¿Desde Arlanda?

—Claro, ¿desde dónde si no? ¿Tú de dónde eres?

—Perdona —dijo Gunnar—. Me crie en Manhattan y en Río de Janeiro. Tú has comentado que vivías en Hökarängen, ¿no?

Hellgrenberg no contestó. Se limitó a rascarse la nuca y a mirarlo malhumorado.

—En cualquier caso —siguió el inspector—, en cualquier caso, supongo que eso debería considerarse una pista de las buenas, joder.

—A eso me refiero —asintió Hellgrenberg—. No hay más que ir allí y detenerla, probablemente.

—El niño. Tiene que llevarse al niño.

—Podrá usar el billete del marido, supongo —sugirió Hellgrenberg—. Porque no crees que vaya a acompañarla, ¿verdad?

—No creo —respondió Barbarotti—. Pero ¿se puede cambiar de billete así como así?

El compañero se frotó el ojo marrón con el puño.

—No lo sé —admitió—. Pero si solo se trata de un niño pequeño, supongo que no habrá problema.

—Tendremos que averiguarlo —comentó Barbarotti.

—¿«Tendremos...»? —repitió Hellgrenberg.

—Vale, yo me encargo. ¿Sabes el número de vuelo y eso?

El compañero le tendió un papel.

—Thai Air —contestó—. A las 23.10. Entonces, quizá me pueda ir a descansar un poco.

—Sí, venga, descansa. Pero si antes me buscas un coche que me lleve al hotel, te lo

agradecería.

—Bueno, si no hay más remedio... —aceptó Hellgrenberg.

Eran casi las cuatro y media cuando colgó el teléfono después de haber hablado con el aeropuerto de Arlanda. Estaba tan cansado que se notaba mareado, y ocho tazas de un café pésimo le ardían en el estómago y en la garganta, pero justo mientras apoyaba la cabeza en la almohada apareció un pensamiento fortuito.

Una idea que al principio no pesaba más que el ala de una mariposa, pero el incesante revoloteo por su sobrestimulado cerebro hizo que la veleta girara y se mantuviese despierto.

O como se dijese.

Joder, murmuró, y se incorporó en la cama. Yo no actuaría nunca así. Jamás.

Volvió a coger el teléfono. Todavía se acordaba del número.

Capítulo 45

Una imagen pasó por su cabeza cuando llegó al vestíbulo de salidas.

Si la habitación del hotel era un útero, esto era un criadero de pollos. Así debía de ser la sensación al salir de un huevo.

Empujaba el carrito de Kelvin con una mano y tiraba de la maleta con la otra. Resultaba casi imposible abrirse paso entre toda la gente y todo el equipaje. Son las seis de la mañana, pensó. ¿Salen todos los vuelos tan temprano?

Al cabo de diez minutos consiguió orientarse hasta dar con la cola y el mostrador correctos. Tenía al menos una docena de pasajeros delante, pero, en fin, ya había llegado. Kelvin estaba despierto, pero sentado y quieto en su carrito sin molestar a nadie, como siempre. El bebé de su barriga parecía dormir. Esto va a salir bien, pensó.

Voy a lograr marcharme de aquí.

De inmediato la invadió el miedo por la soberbia de ese pensamiento. No cantes victoria, pensó. Por Dios, no cantes victoria antes de tiempo.

Pero mientras esperaba en la cola, avanzando despacio hacia las jóvenes y pulcras azafatas uniformadas que se hallaban tras el mostrador, la embargó una calma, pese a todo. ¿Qué podría ir mal, en serio?, pensó. ¿Por qué iba a haber descubierto nadie lo que había sucedido?

No había motivos para temerlo. De verdad que no. Y nadie vería nada raro en no saber nada de ella durante dos semanas. Iban a viajar a Tailandia, todo el mundo estaba al tanto de eso. Que ella, en realidad, cogiera un vuelo a Málaga unas horas antes, a ver, ¿quién se iba a enterar? Incluso la conversación con la niñera había ido bien. Le explicó que al final habían decidido llevarse a Kelvin; en el último momento, sí, pero es que todavía había sitio en el avión.

De modo que una tregua de quince días podía esperar seguro, y después, si se las había apañado hasta ahora, sin duda se le ocurriría algo.

Con el tiempo, las cosas se arreglarán.

Eso si seguir viviendo resultaba necesario siquiera. Lo principal era que los niños se salvaran, los pensamientos de la noche seguían presentes en su mente. Y, por supuesto, también hacía falta que pudiera dar a luz a su nuevo niño; quedaban al menos seis semanas hasta ese momento, con lo que, pensándolo bien, esos quince días tendrían que alargarse un poco... ¿Cómo se le había podido olvidar tener eso en cuenta? ¿Por qué se olvidaba de vez en cuando de su niño aún sin nacer? ¿Cómo era posible ignorar algo así?

Por otra parte, apenas había tenido tiempo de tener en cuenta absolutamente nada, y de nuevo

el miedo a la soberbia anunciaba su presencia ondeando su bandera de alarma. Resultaba tan fácil imaginarse que todo el túnel estaba iluminado solo porque había divisado un haz de luz al final. Era tan fácil cantar victoria...

Ningún plan más hasta que hayamos despegado, decidió. Y tampoco entonces, en realidad. Pensar en el próximo par de horas, en el próximo día como mucho, era suficiente, era más que suficiente.

Delante de ella había dos ancianos cogidos de la mano. Lucían un bonito bronceado en pleno diciembre. Sin duda, suecos que vivían en el extranjero, pensó. Habrán estado una semana en su tierra visitando a la familia, y ahora volvían a su paraíso en la Costa del Sol. El hombre llevaba un traje de lino, blanco amarillento, ligeramente arrugado, y la mujer pantalones largos y una túnica de color verde aguamarina. Sintió una punzada de envidia. Tan mayores —seguro que rondaban los ochenta— y aún se cogían de la mano con ese cariño en un aeropuerto. Eso no lo tendré nunca, pensó. Y no puedo verlos sin sentir envidia, ni siquiera eso he aprendido.

Los pensamientos empezaron a serpentear de nuevo en su interior, y de repente se acordó de su sueño. No aparecía Robert, como le habría gustado, sino Henrik. Aunque no había sido el sueño bueno que había pedido, sino que trataba de aquella noche, de aquellas primeras horas —no, aquella única hora, no fue más— en que les dio tiempo a estar juntos, antes de que todo se hiciera añicos.

Soñó con su timidez. Con su torpeza y su cuerpo joven y puro. El sueño se desarrollaba en esa habitación de hotel, pero ella no era Kristina. Eso era lo raro. Ella era otra persona que se encontraba fuera, al otro lado de la ventana, observándolos en la cama, mirándolos mientras hacían el amor; y no fue hasta pasado un buen rato que se percató de que ella era Jakob. Estaba allí mirándose a sí misma y a Henrik con los ojos de Jakob, y cuando al final comprendió quién era y qué era lo que veía, pegó un grito y entró lanzándose por la ventana para separar a los amantes y... Pero antes de alcanzar la cama se despertó.

Despertó y fue incapaz de recordar el sueño. Hasta ese instante, hora y media más tarde. Resultaba extraño. ¿Los sueños desaparecidos podían volver de esa manera? ¿Por qué? ¿Qué significaba? Notó que una gota de sudor se deslizaba por el costado de su cuerpo desde la axila, y al mismo tiempo un tono parecía surgir en su cabeza. Un tono bajo, apenas audible, más como una vibración. ¿Qué me ocurre?, pensó aterrada. ¿Qué me está ocurriendo? ¿Estoy a punto de perder el control, a pesar de todo?

Le tocaba facturar a la pareja mayor. Avanzó hasta la línea amarilla. Inspiró hondo y apretó los puños.

Las cosas estaban bajo control. Una vez más se mantenían controladas. Diez minutos más tarde, ya había facturado el carrito y la maleta. Pasar por el control de seguridad y esperar una hora junto a la puerta 15, eso era todo lo que quedaba. Sujetó a Kelvin con el brazo y se acercó al

control. Le mostró las tarjetas de embarque a un joven de pelo corto que vestía una camisa blanca y corbata oscura. La saludó con un amable asentimiento de cabeza, pero no le devolvió las tarjetas.

—Un momento —dijo mientras le hacía una señal con la cabeza a un compañero.

Este salió de entre las sombras y echó un vistazo a las tarjetas de embarque, tanto a la suya como a la de Kelvin. Acto seguido les sonrió y les pidió que lo acompañaran por otra puerta.

—¿Por qué? —preguntó ella.

—Tiene que ver con su embarazo —explicó con amabilidad, y la condujo a una salita en la que había dos pequeñas mesas y dos sillas en cada una de ellas.

—Como ya sabrá, viajar en avión conlleva ciertos riesgos durante el embarazo, de modo que tenemos que pedirle que rellene un par de papeles. Es una mera formalidad. Siéntese, por favor.

Ella se sentó a una de las mesas y se colocó a Kelvin en las rodillas.

—¿Y por qué no me han dicho nada al facturar? —preguntó—. ¿O cuando compré el billete?

Él no contestó. Se abrió otra puerta.

Al principio no se dio cuenta de quién era. No logró, durante las primeras fracciones del primer segundo, comprender qué hacía él aquí.

Pero luego lo entendió. Todo.

El hombre carraspeó.

—Kristina Hermansson —dijo—. Tu marido fue hallado muerto ayer en vuestra casa en Musseronvägen en Gamla Enskede. Por ello te informo de que quedas detenida como sospechosa de asesinato.

Ella cerró los ojos un instante. Los volvió a abrir.

—Entiendo —respondió—. Bueno, lo que dices es cierto. Siento haber tenido que mentirte.

—No te preocupes —contestó él.

Capítulo 46

Ebba Hermansson Grundt se inclinó sobre la mesa de la cocina. Contempló con semblante serio a su hijo y a su marido, en ese orden.

—Durante estos últimos días me he dado cuenta de una cosa —anunció.

—Ha sido difícil —comentó Leif Grundt—. Para todos.

—De lo que me he dado cuenta es de que debemos presuponer que Henrik está muerto. Muerto. No vamos a poder seguir viviendo si nos imaginamos otra cosa.

—Yo también he pensado en eso —contestó Leif—. Creo que tienes razón.

—Estoy de acuerdo —convino Kristoffer.

Ebba entrelazó las manos alrededor de la taza de té y los observó otro rato más.

—Ha sido un año terrible. Pero a partir de ahora vamos a intentar conservar un buen recuerdo de Henrik.

—Me parece muy bien —afirmó Leif—. ¿Tú qué dices, Kristoffer?

—Sí, me parece muy bien —respondió él mientras se apartaba el flequillo para poder mirar a sus padres.

Pasaron unos segundos en silencio. Leif suspiró.

—Entonces quedamos en eso —resumió Ebba—. Tienes que cortarte el pelo, Kristoffer. ¿Así que lo pasaste bien durante tu semana de prácticas en Uppsala?

Kristoffer echó una rápida ojeada a su padre.

—Sí, gracias. Pero me alegro de haber vuelto a casa, la verdad.

—Yo también —convino Ebba—. Ahora nos toca mirar hacia el futuro.

—Creo que no nos vendría mal —dijo Leif.

—Si me lo explicas con algún detalle más, tampoco pasa nada —propuso Eva Backman.

—Entiendo que pienses eso —repuso el inspector Barbarotti—, pero llevo más de veinticuatro horas sin dormir, de modo que si no hay nada que sea...

—¿Un cuchillo, has dicho?

—Un cuchillo, sí. Nueve puñaladas en la espalda, las últimas seis cuando ya había caído.

—¿Y lo confesó enseguida?

—Ni siquiera hizo falta que se lo preguntara.

—¿Y él...?

—Mató a Henrik Grundt, sí.

—¿Te contó por qué?

—Tengo que reflexionar un poco sobre todo esto.

—¿Cómo?

—He dicho que tengo que reflexionar un poco.

—Ya lo he oído. ¿Y qué coño significa eso? ¿Qué tienes que reflexionar sobre si ha...?

—El asunto es un poco particular. Cuento con la información suficiente tanto en lo que respecta a la muerte de Henrik Grundt como en lo que respecta a la de Jakob Willnius. Pero hay algo de información que sobra en todo esto. Cosas que no sirve de nada decir o incluir en el informe final. O sea, como he comentado, tengo que reflexionar.

—No lo entiendo.

—No, no lo entenderás. Pero déjame que te diga una cosa: a veces la verdad es una joya sobrevalorada.

—Eso lo habrás leído en..., bueno, en un tebeo del Pato Donald o en alguna otra obra literaria de esas en las que sueles hundir las narices.

—Joder, Backman, ¿por qué tienes que ponerte así? ¿Y si me felicitaras por haberlo aclarado todo?

—Ya te gustaría, ya —dijo Eva, y colgó.

Antes de dormirse se quedó dándole vueltas a la cabeza un rato.

Bastó con tan poco..., pensó. Un minuto, no fue necesario más para desenterrar la sobrevalorada joya de la verdad.

Pero ¿no entiendes —había preguntado—, no entiendes que no puedo contentarme con eso? Si no me das ningún motivo por el que tu marido mató a Henrik Grundt, podría sospechar que fuiste tú quien lo mató a él también. O que lo hicisteis juntos. Tienes que darme un motivo.

Ella dudó un instante.

Yo fui el motivo, dijo a continuación.

Durante un segundo no comprendió nada. Después lo vio claro más allá de cualquier posible duda.

Pues no, ni siquiera le hizo falta un minuto.

¿Cómo conseguisteis sacar el cuerpo?, preguntó.

Había un balcón de incendios. Y una escalera. Fue fácil.

Decidió no intentar averiguar dónde habían enterrado el cuerpo. En ese momento no. No lo consideró importante.

Más importante le parecía decidir qué hacer con esa sobreinformación de la que había hablado con Backman. El tenebroso conocimiento de lo que había estado en el fondo de toda la historia. Kristina y Henrik. La tía y el sobrino que habían traspasado la frontera a una tierra

prohibida, si hubiera que expresarlo de forma poética. Borrachera y lascivia, hablando en plata. Mucho se había hecho añicos por culpa de sus actos, pero ¿era de veras necesario destrozar lo poco que todavía permanecía entero?

Buena pregunta. El secreto lo guardaban cuatro personas ahora: él mismo, Kristina, Kristoffer Grundt y su padre. ¿Y no podía quedarse en eso? ¿Tenía Gunnar Barbarotti —como inspector de policía y ser humano— algún tipo de deber de asegurarse de que todo quedara a la vista de todo el mundo, para ser contemplado sin piedad?

Era una decisión importante, sin duda, pero dado el estado en el que se hallaba en esos momentos no se encontraba en condiciones de abordarla. Tal y como había intentado explicarle a la inspectora Backman. Tumbado de espaldas en la suave cama del hotel, con las cortinas corridas y el misterio resuelto, le pareció, en cambio, de una cierta urgencia contactar con el dios posiblemente existente.

Para repasar el balance de las cuentas y eso, pero tampoco hubo tiempo para hacerlo antes de que el sueño descendiera sobre él como un caluroso y perezoso día de verano.

Rosemarie Wunderlich Hermansson estaba sentada en uno de los bares del aeropuerto de Málaga.

Habían pasado dos horas desde que aterrizara el vuelo en el que Kristina y Kelvin deberían haber llegado. Se había tomado tres copas de vino dulce y había hecho el doble de llamadas para intentar averiguar lo que podría haber sucedido. No conseguía que le cogieran el teléfono en ningún sitio. Resultaba incomprensible. Niña malcriada, pensó; al menos podría llamar y avisar de que venía en el siguiente vuelo. No sería mucho pedir, desde luego.

Primero llamaba con tan poca antelación diciendo que había dejado a su marido y que tenía que ir. Y después no se presentaba. Se habrá echado atrás, claro. Habrá vuelto con él. Y se habrá olvidado por completo de la madre que la esperaba preocupada.

Habría estado bien recibir información de listas de pasajeros o algo por el estilo del personal del aeropuerto, pero sabía lo mal que hablaban inglés. Siempre había malentendidos. Además, le daba apuro, por algún motivo. Una hija que no venía como había prometido. Pensarían que era rara por que le pasara una cosa así. Rosemarie Wunderlich Hermansson estaba harta de que le pasaran cosas.

Y había otro vuelo previsto dentro de una hora y media, lo había comprobado. Vía Copenhague, cierto, pero aun así. Karl-Erik estaba jugando al golf. Había entre cuarenta y cinco minutos y una hora en taxi entre el aeropuerto y la urbanización. Dependiendo del tráfico. Y como no tenía nada mejor que hacer, podía quedarse a esperar ese vuelo también; si al final resultaba que Kristina iba a bordo, lo cierto era que desde allí no podría llamar.

Las cosas como son, ese Jakob nunca le había caído demasiado bien. Había algo en él que la hacía desconfiar. Anoche, al colgar el teléfono después de la llamada, se había sentido muy

animada con la idea de que su hija y su nieto fueran a vivir con ellos durante una temporada.

Rosemarie Wunderlich Hermansson suspiró y pidió otra copa de vino. Le gustaba practicar el poco español que, a pesar de todo, había aprendido.

Notas

1. En español en el original. *(N. de los t.)*

1. En inglés, «La vida es una albóndiga». *(N. de los t.)*

1. En inglés, «tenemos un trato». *(N. de los t.)*

1. . Apodo que nace de un juego de palabras entre el apellido del personaje y *tristeza*, *pena*, en sueco. *(N. de los t.)*

1. En inglés, «no la cagues». *(N. de los t.)*

1. . En sueco, *stake* tiene varias acepciones; una de ellas corresponde a la voz malsonante para «pene». *(N. de los t.)*

La noche más oscura (Serie Barbarotti 1)
Håkan Nesser

No se permite la reproducción total o parcial de este libro,
ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión
en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico,
mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos,
sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción
de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito
contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes
del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos)
si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.
Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com
o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *Människa utan hund*

Diseño de la portada, Planeta Arte & Diseño
© de la ilustración de la portada, Shutterstock

© Håkan Nesser, 2006
Publicación original en Albert Bonniers Förlag, Estocolmo, Suecia
Publicación en español por acuerdo con Bonnier Rights, Estocolmo, Suecia

© por la traducción del sueco, Martin Lexell y Mónica Corral Frías, 2021

© Editorial Planeta, S. A., 2021
Ediciones Destino, un sello editorial de Editorial Planeta, S. A.
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2021

ISBN: 978-84-233-6033-8 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!